

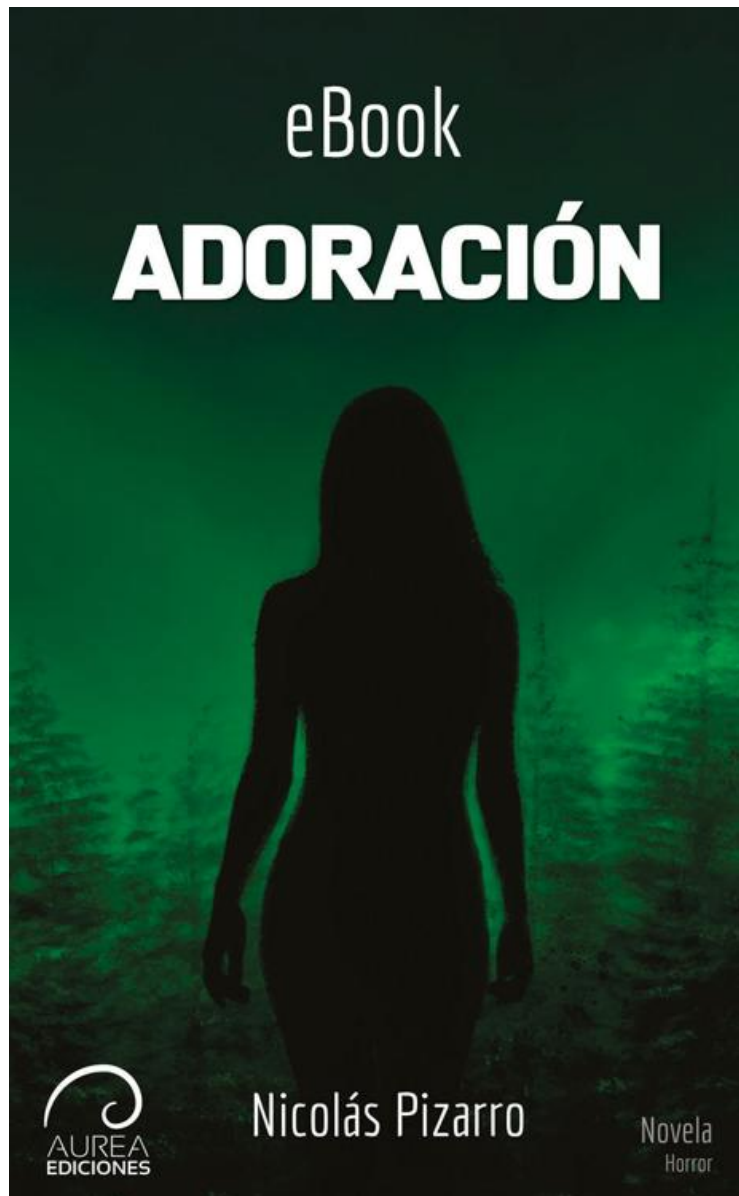
ADORACIÓN




AUREA
EDICIONES

Nicolás Pizarro

Novela
Horror



Adoración



Nicolás Pizarro

OceanofPDF.com

© Adoración.

Colección: Terror Chileno

Sello: Nepenthe

Primera edición: Septiembre 2022

© Nicolás Pizarro

Edición general: Martín Muñoz Kaiser

Ilustración de portada: Luis Naranjo

Corrección de textos: Aldo Berríos

Diagramación: Martín Muñoz Kaiser

© Áurea Ediciones

www.facebook.com/aureaedicioneschile

[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)

www.aureaediciones.cl

Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6183-15-0

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

OceanofPDF.com

Con cariño para cada lector de este libro.

:

NOTA DEL AUTOR

De pinos, y de árboles en general, no sabía absolutamente nada antes de escribir este libro. La información fue extraída en su mayoría de la investigación de Federico Sánchez Rodríguez y Roque Julio Rodríguez Soalleiro (especialmente en el capítulo titulado “Selvicultura de pinus radiata”). El documento se encuentra en internet, en formato PDF, bajo el título antes mencionado.

Hace muchos años, mi padre plantó un pino en el patio trasero de nuestra vieja casa. Varios años después, durante un invierno, y armado con una sierra eléctrica, hizo pedazos ese árbol.

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

Algún día del verano de 1998

Lidia

El eje de los pensamientos ha trocado hacia atrás. Un esplendor lacerante, al igual que bárbaros destellos de fuego, ilustran una verdad: el diablo existe. Aquella declaración brumosa, menester en lóbrego ingenio, no amerita mayor evidencia que hechos.

En efecto, manifestaciones de semejante naturaleza evanescente y cruel, no son creídas por ningún ápice de razón humana. Y, si alguien racionalmente perturbado se atreve a insinuar la objetiva presencia de los demonios, será de inmediato empujado al umbral sin superficie de la locura.

Hechos. Nada más que hechos, de hórridas cualidades, consienten al individuo de que el diablo existe. Subyace en la realidad opuesta de los pensamientos que miran de revés. Y, cuando caes de cabeza y miras hacia atrás, lo ves. Lo ves a los ojos y entonces la cegadora luz te absorbe. Te consume en su eterna sombra de tétricas certezas.

Los colmillos de la bestia se elevan como colinas de nigrománticas sustancias, y te engullen en aquel vacío infinito de malas sensaciones que, sin ser consciente de ello, te arrojan a la médula de una columna de decisiones viles, de pérfidas cualidades y sangrientas consecuencias.

Lidia Garretsen, la hija mayor del heredero de la forestal de Adoración, que esculpía una fortuna con sus pinos, sería una de las tantas en ver los colmillos y escuchar la voz.

Corría el verano de 1998. Paseo escolar de fin de año. Una multitud de críos viraba en todas direcciones, sobre el césped tibio de la zona de *camping* de un pueblo rural. Nada en ese paisaje de serenas condiciones revelaba, con vagas conjeturas, la tragedia que se avecinaba.

Un niño iba a morir. Los niños mueren a diario, por supuesto. Pero moriría asesinado. Los niños, por supuesto, también son asesinados a diario, por mucho que aquella verdad mortifique los huesos.

Pero este niño moriría en manos de su madre.

Lidia Garretsen amaba a su hijo. Su único hijo. Nada en ella se orientaba a las zonas negras del alma. Era, en palabras de su esposo, la mujer más dulce del mundo. *Inaudito*. Esa sería la palabra que el mismo esposo, entre lágrimas, le diría a la policía.

Inaudito, repetiría al tiempo que el cadáver mutilado de su hijo de cinco años se desparramaba sobre sus manos.

Lidia, minutos antes, lo había mordido. Una y otra vez. Mordía, para sorpresa de todos, como una bestia hambrienta. Minutos después, mientras la sangre todavía se secaba en su mandíbula, diría que el diablo de los pinos se lo había ordenado.

Y no mentía.

Pero nadie, nunca —o por lo menos durante varios años— le creería.

Lidia Garretsen, la delgada y amable hija de un millonario adicto a la cocaína, llevaba encima una larga cicatriz que empezaba en el costado derecho de la quijada, traspasaba los labios en diagonal y culminaba en el pómulo izquierdo. Una travesura salida de control hace años, cuando su hermano, aquel bobo chico con una peligrosa tendencia a jugar con la motosierra, le había estado a punto de cercenar el rostro.

Aquella marca era lo único feo en su semblante encantador. Huella de un accidente fraternal acontecido en la madriguera de las idioteces infantiles. No obstante, ese día de verano de 1998, aquella cicatriz se había convertido en el rasgo más íntegro de la cavidad facial derruida de aquella madre caníbal.

Fue el diablo quien me habló, diría sin parar.

Y era cierto.

En Adoración, el diablo hablaba.

Ella no sería la primera ni la última.

Sin embargo, los acontecimientos parricidas que urdían las entrañas de Adoración eran hechos aislados, ocurridos en el azar perverso de voces demoniacas volando como hojas perdidas en el viento que, de vez en cuando, caían sobre las cabezas de incautas madres.

Las madres, allí, mataban a sus hijos... pero solo a veces. Más a menudo que en el resto del mundo, pero no lo suficiente para llamar la atención.

Años después, eso de las madres asesinas se haría múltiple. Las voces, como tornado de espesa bruma, descenderían del cielo como caídos ángeles del más cruel de los paraísos. El mundo se iría a la mierda. *El Desperfecto*, como sería llamado, atravesaría los ángulos del sur del mundo, como una despiadada cicatriz atravesando un bello rostro maternal. Como un sombrío eje sosteniendo los aullidos de quien mora en la oscuridad.

OceanofPDF.com

SEGUNDO PRÓLOGO

2018

Alan

Corre contra el reloj. Contra el tiempo. Y el tiempo es aterrador. Relativo en su realidad científica, e injusto en su realidad humana. Su hijo, el bebé de un par de meses, nació en Adoración... en aquel pueblo donde los hijos mueren en manos de sus madres. Y no hay huida. Lo presume. Debe solucionarlo. Resolverlo. Entonces lee. Pero no entiende. No descifra. Poco y nada es lo que se le queda en la cabeza.

Se trata de los pinos. Los pinos rodean Adoración. De ellos se desprende el mal que allí germina, eso ya lo sabe. Su investigación se lo ha hecho saber. Pero... ¿existe alguna explicación lógica? ¿Hay lógica en todo esto?

Hojea el libro que tiene entre manos. Se siente como un adolescente leyendo para sus exámenes finales. La prueba de magia negra se aproxima. Lo sabe. Debe encontrar una solución. Debe hacerlo, o Emilia matará al bebé. Entonces, mientras afuera la lluvia azota los ventanales de la casa, lee. Lee acerca de pinos.

Pueden liberar semilla viable durante varios años, lo que aumenta las posibilidades de que se encuentren las condiciones óptimas para una buena germinación, y de superar años malos o condiciones adversas para el regenerado. Este comportamiento suele denominarse apertura serótina o tardía, y es considerado un estado avanzado de la evolución del género Pinus.

Bosteza. Cabecea. Despega los ojos del libro de hojas amarillentas y mira la lluvia con sumo interés, como si en cada gota hubiera un payaso haciendo piruetas de lo más divertidas.

Se concentra. Se esfuerza. Piensa en los pinos. Parecen tener una capacidad increíble de adaptación. Y una rapidez de crecimiento sobrecogedora.

Recuerda que tuvo un pino en el patio de su casa en la infancia. El orgullo de su padre. Piensa también que esos jodidos pinos del tipo *radiata* que llegaron a esta parte meridional del mundo vienen de Norteamérica. Sabe que fueron traídos con fines comerciales durante la segunda mitad del siglo XX. También sabe que miden cerca de cuarenta metros de altura. Su copa es piramidal solo mientras el pino es joven, después de los treinta años,

durante su madurez, la pirámide se aplanar, como la espalda de un viejo cuyos huesos ya no soportan el peso de la carne. Sabe que su madera tiene múltiples usos. Que el dinero obtenido es mucho gracias a la exportación de madera. Sabe... vaya mierda, sabe muchas cosas sobre pinos, pero nada que le sea útil. Nada que hable sobre los aterradores pinos de Adoración.

Toma el libro, incapaz de leer. Aburrido. Abre una página al azar.

Estos tratamientos pretenden corregir deficiencias nutricionales o simplemente lograr aumentos productivos, sin que se detecte una sintomatología previa aparente. No obstante, para la mayor parte de los nutrientes, la corrección de deficiencias lleva aparejada un sustancial aumento del crecimiento. Por otro lado, los desequilibrios nutricionales son responsables de una mayor presencia de enfermedades criptogámicas, por lo que estos tratamientos pueden mejorar el estado sanitario del arbolado.

¿Criptogámicas? Va hasta San Google y descubre que se trata de hongos que infectan las hojas de los árboles. Un término en desuso, al parecer. Como sea, le llama la atención. Puede tratarse de una enfermedad en los pinos. De una enfermedad provocada por los nutrientes artificiales que la forestal les da para aumentar su reproducción.

Reproducirse, piensa. No le resulta del todo descabellado. Quizá, al reproducirse, los pinos exhalan su maldición al ambiente. Quizá, mientras sueltan el polen, o quizá el polen mismo... Santo cielo, resuelve, no tiene idea de lo que habla. Vuelve a hojear el libro que pidió prestado en la biblioteca. Tiene el tonto deseo de arrojarlo por la ventana. Que la lluvia se encargue de él.

Descubre que no tiene idea de cómo se reproducen los árboles. Menos en una forestal. Sabe que los árboles, como las plantas, son seres vivos, pero jamás se había preguntado cómo diablos se reproducían. Cómo rayos crecen. Sin duda tenía cosas más importantes en qué pensar. Ahora, con los ojos en el libro, sabe que la sexualidad vegetal no es parte de la obra. Regresa a San Google.

Para reproducirse, los pinos producen conos masculinos que regularmente se encuentran en las ramas inferiores y contienen el polen. Los óvulos se producen en las piñas femeninas que se encuentran en las ramas más altas y son mucho más grandes que los conos masculinos. Al igual que las plantas que producen flores, las coníferas tienen un ciclo para producir semillas.

Lee eso tres veces, intentando visualizarlo. Visualiza muchas cosas, menos algo útil. Vuelve a preguntarse qué es lo que espera encontrar. Hasta el momento sabe que el virus que hace que las madres maten a sus hijos proviene de los pinos. ¿Pero cómo diablos lo expelen al ambiente? A través de sus hojas, se dice a sí mismo. Mientras respiran. A través del polen que emanan mientras se reproducen. La sustancia queda en los óvulos, mientras estos crecen en las piñas femeninas en el periodo de reproducción.

Un repentino relámpago lo saca de sus hipótesis. Mira hacia el exterior. Ve un reflejo en la ventana. Una figura femenina se acerca. Se gira hacia ella.

—¿Te ha despertado el temporal?

—Sí —responde Emilia con somnolencia. Mira el libro sobre la mesa—. No sabía que te gustaba la botánica.

—Estoy desvelado. Es todo. ¿Y el bebé?

—Duerme. Tú deberías hacer lo mismo. Mañana debes ir a la clínica a trabajar.

Alan se desentiende con la ventana. No quiere preocuparla. Pero Emilia es buena esposa. Tiene ese don.

—Algo te pasa —adivina—. Cuéntame.

Y Alan sabe que mentir no es una opción. Ella adivinará otra vez. Pero decir la verdad sobre la historia horrenda que se cuela en Adoración no es una opción. Por supuesto que no. Decide contar otra verdad. Una que su esposa ya conoce.

—Estoy harto de trabajar en la clínica —admite—. Estoy harto de ser un simple guardia de seguridad en el edificio médico de un pueblo de mierda. Era policía. Era un buen policía. Extraño mi trabajo. Es todo.

Esa es una discusión que ya han tenido. Ambos saben que su trabajo como policía no regresará. Emilia se limita a hacer una mueca de desgano.

—Podemos irnos de aquí cuando quieras —se anima a decirle.

—Lo haremos —replica—. Créeme, pronto nos iremos.

Emilia sonríe, resignada. Va hasta el baño.

Alan vuelve a mirar el libro. Recuerda a la madre de la sala de maternidad en la clínica, lanzando a su bebé recién nacido escaleras abajo. Recuerda las animitas sobre hijos muertos y madres asesinas esparcidas por Adoración. Sí, allí las madres matan a sus hijos. Claro que tienen que irse. Pero la maldición les perseguirá por donde vayan. Esa es otra cosa que sabe. Las

madres que dieron a luz en Adoración, en donde sea que se encuentren, tarde o temprano matan a sus hijos.

Vuelve a hojear el libro sobre pinos. Pero solo ve letras difusas sobre hojas podridas. A donde sea que vaya, Emilia y el pequeño Alan estarán en peligro. Debe acabar con aquella locura. Pero la solución no está en el libro. Debe seguir investigando.

Antes de que Emilia regrese del baño, y en un acto de furia, coge el libro y lo lanza a la chimenea encendida de la sala de descanso. Las llamas se esparcen sobre el libro. Y lo queman. Aquellas letras impresas, bajo el fuego, no tardan en convertirse en cenizas.

Toma su pequeña libreta negra en donde ha anotado los apuntes de su investigación. Garabatea algunas cosas sobre pinos. Nada útil. O eso cree.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO UNO

LOS HIJOS ASESINADOS

1

Primera semana de diciembre de 2021

La escuela femenina técnica de la ciudad se encuentra en silencio. Joanna, profesora de matemáticas, permanece desde hace siete minutos en la sala de maestros. Hoy toca reunión de apoderados. No desea asistir. Detesta a las apoderadas de sus alumnas. Son, en su mayoría, millonarias. Y, en su minoría, aspirantes a serlo.

No hay padres en esas reuniones. Marta, la líder de mamás, se ha encargado de ello. Ha formado un comité de mujeres empoderadas a cargo de sus hijas. Ha dicho, con su exasperada voz de líder política con tintes fascistas, que la labor de cuidar colegialas es labor exclusivamente de las mujeres. Sus ideas moralistas y anticuadas han creado un desagradable grupo de seguidoras. “Comité de madres necias sobreprotectoras”, las ha llamado. Y el comité aguarda hace siete minutos en el salón del segundo piso de la escuela.

Siete minutos es poco, piensa Joanna. Pueden esperar por lo menos tres minutos más.

Se deja seducir por el templado balanceo de una tarde de verano. Son las seis con siete minutos y el sol de diciembre todavía permanece en el cielo con una placidez sobrecogedora. La algarabía infantil que sacude a la escuela permanentemente ha desaparecido, y el silencio solo es interrumpido por el canto de las aves y motores de vehículos que recorren la ciudad con indiferencia. Seducida por el curso normal de la tarde y, claro, por hacer esperar al comité, Joanna suelta un solemne suspiro.

Mira el reloj de pared y decide abandonar su calma. Les da una fugaz y última revisión a las calificaciones finales de sus alumnas y se dirige a enfrentar a las apoderadas. Es la última reunión del año. Eso le da un aventón de entusiasmo.

Recorre el pasillo principal observando el abandono que se yergue en el establecimiento. El eco de sus pisadas retumba sobre las baldosas blancas y las paredes color marrón. Llega hasta el recibidor, donde el estante de

trofeos refleja, a través del cristal y las copas plateadas y doradas, su figura de profesora agotada. Nota, debido al mismo cristal, que alguien la mira.

Se vuelve hacia el mirón.

—La mujer de hierro aguarda arriba, Félix.

Félix, el viejo conserje de la escuela, le sonríe con suspicacia. Sostiene en sus manos una taza de café con la figura de una bailarina de *ballet*.

—Entrega las calificaciones y vete —sugiere él con amabilidad.

—Marta parece la líder de una secta. Encontrará la forma de retenerme.

—Vamos, profesora Joanna, es el último culto del año.

Félix suelta una carcajada. Su risa provoca una sacudida. El café se desparrama al suelo. Joanna le sonríe. El conserje la queda mirando con amabilidad. Él la estima y ella a él. Es uno de los pocos trabajadores de la escuela técnica que le resulta honesto. Extrañará a aquel viejo canoso en verano. Pero no lo dice. Se aleja hacia las escaleras.

—Casi quince minutos tarde, profesora —se queja Marta apenas la ve entrar—. Sé que usted es una jovencita, y debe tener mucho tiempo libre, pero mis amigas y yo somos mujeres ocupadas. —Apunta con el dedo a las demás mujeres que copan la sala de clase con postura expectante—. Tenemos trabajos y la labor de cuidar a nuestras hijas.

Su comentario acaba con el ritual de asentimientos de cabeza llevado a cabo por el resto de apoderadas.

—Tengo las calificaciones finales de sus hijas —anuncia con esparcimiento—. Y son sobresalientes.

Aquello apacigua al grupo. Comienza a llamarlas una a una. Puros sobresalientes en matemáticas. Y, bueno, en todas las asignaturas. Sus alumnas son amorosas y responsables. Sin duda, obra del amedrentamiento materno. Si hubiera tenido una madre como Marta, o como las demás, seguramente hubiera tenido mejores calificaciones. Sonríe majaderamente al darse cuenta de lo vacío de esa idea.

A pesar de ser profundamente sobreprotectoras, esas mujeres no tienen sus garras todo el día sobre sus hijas. Gran parte del día, esas niñas se la pasan con Joanna. Y ella no solo se encarga de enseñarles matemáticas, también de intentar apaciguar el estricto mundo que les aguarda en casa.

—Es momento de hablar sobre el paseo de fin de año —exclama Ingrid, la vocera del comité—. Tenemos dos opciones. La primera...

Y el comité se olvida de Joanna. Empiezan a discutir a gritos sobre el destino de vacaciones escolares. Marta intenta calmar el escándalo. Lo logra. Siempre lo logra. Joanna, sentada detrás del pupitre del profesor, termina de afinar los últimos detalles en el libro de clases. Luego finge escuchar con sumo interés las voces que discurren frente a ella.

Solo una apoderada guarda silencio. Florencia, pálida, silenciosa y ansiosa por salir de ahí, mira a Joanna con una honesta sonrisa. Joanna le devuelve la sonrisa a su hermana mayor. Luego le guiña un ojo. Florencia mira su celular y envía un texto.

Florencia: Hermanita, para el comité tu única labor es entregar calificaciones. Pero para mí eres la mejor maestra del mundo. 😊

Joanna coge el celular y suelta una risita de sarcasmo.

Joanna: No sabes cuánto me animan tus palabras, Flo, deberías ser psiquiatra. ☹

Florencia suelta una carcajada que nadie parece oír, más que Joanna. Su hermana mayor coge el celular con intenciones de enviar un nuevo texto, pero Marta la interrumpe con el cuestionario del paseo escolar. Florencia se ve obligada a contestar.

De todos modos, el celular de Joanna vuelve a sonar.

Cristóbal: ¿Nos vemos a la tarde?

Joanna olvida por completo a las apoderadas. Piensa en el verano que aguarda del otro lado de las siete de la tarde. En los calurosos días venideros. Despreocupados días venideros. Piensa en la arena de la playa acariciando sus pies desnudos. En el vidrio helado de las cervezas artesanales tintineando en sus manos. Y en el paisaje. En el efervescente paisaje de verano, cuyos ojos felices por el entorno, le permitirán ver. En alguna parte de ese paisaje está Cristóbal, mirándola fijamente con expresión indecorosa.

Joanna se apresura en tomar su celular.

Joanna: Por supuesto que sí. 😊😊

Envía el texto.

Marta la sorprende con una pregunta.

—¿Usted irá?

Joanna, confundida, frunce el ceño.

—Creo que la profesora no nos escucha —se lamenta Ingrid.

—Las escucho —miente—. Claro que iré.

Marta y las demás se olvidan otra vez de ella. Al rato el número siete es apuntado por la aguja más ancha del reloj de la sala y las apoderadas se marchan, no sin antes ofrecerle un frígido “adiós”.

Florencia se queda con ella.

—Hermana, ¿estás consciente de lo que dijiste?

Un nuevo mensaje en el celular.

Cristóbal: Quiero desnudarte.

Joanna ve el mensaje y se sonroja. Se apresura en desentenderse del aparato.

—¿Me escuchaste? —pregunta Florencia.

—Claro —dice distraída—. ¿Cómo están las gemelas?

—Bien. —Florencia extiende la papeleta con las calificaciones finales—. Ahora mejor, con las notas que la profesora les concede.

—Desde ahora, ya no soy más su profesora. No soy la profesora de nadie hasta marzo del otro año. Mis gemelas, desde hoy, son mis sobrinas. Nada más.

Florencia sonríe.

—Me tengo que ir —termina diciendo ella—. Disfruta de tus vacaciones, Joanna. Estamos en contacto.

—Disfruta tú también, querida hermana.

Luego de su escueta despedida fraternal, Florencia se va. Joanna coge el celular con intenciones de retomar la conversación con Cristóbal, pero desiste. Cierra los ojos y se deja embellecer por los rayos solares, ya menos intensos, que se cuelan por el cristal de la ventana lateral. Suelta un nuevo suspiro. Mucho más satisfactorio.

Se ha acabado, piensa. El año escolar se ha acabado.

Su dictamen optimista se ve embarrado por fuertes pisadas provenientes del piso de arriba. Abre los ojos y mira instintivamente hacia el techo. Se escuchan nuevas pisadas, fuertes y rápidas, como si alguien corriera en la sala del tercer piso. Se le suma el escandaloso ruido de una silla cayendo al suelo. Intrigada, Joanna se pone de pie con intenciones de saber qué está pasando.

Llega al último pasillo y tropieza con un silencio tan grande, que sus palpitaciones hacen eco en alguna parte de su memoria. Siente una extraña sensación de soledad y tristeza. La luz del atardecer, a través de los ventanales del costado derecho, resplandece y genera una visual serena, casi

onírica. Allí no parece haber nadie más que el eco fatigado de añosos y lejanos gritos infantiles acallados por la próxima llegada de la noche.

—¿Hay alguien aquí? —pregunta.

Nadie responde. Camina hasta la sala en donde se escucharon los ruidos. Toma la cerradura y abre. Absolutamente nadie. Una sala vacía, iluminada por aquella tenue luz que parece abrazar toda la escuela con su brillo mortecino. En la pizarra hay varios mensajes sobre la adicción al sexo oral de varias alumnas y profesoras. Hay caricaturas de maestras y el dibujo mal hecho de la directora aparece en el centro, rodeado de penes. Joanna hace una mueca de disgusto. Menea la cabeza hacia los lados. Pero se conoce. Al rato termina soltando un bufido. La caricatura de la directora es buena. Lo admite.

Toma el borrador, pero es inútil, es plumón permanente. Alguien más entra en la sala. Es Félix. La mira, confundido.

—¿Usted corría?

Joanna apunta la pizarra mientras niega con la cabeza.

—Las últimas travesuras infantiles del año —explica.

—Iré por el alcohol. Si la directora ve eso, le dará un ataque.

Joanna lo detiene.

—Es bueno, ¿cierto?

Félix mira la caricatura de la directora con placer.

—Fascinante —admite. Luego se muerde los labios—. Sin embargo, el detalle de los penes... mejor iré por el alcohol.

Joanna, otra vez sola, mira en derredor. Da con otro mensaje. Este está en la pared del fondo. Escrito con enormes letras negras, lee:

EN VERANO... TODAS MORIREMOS.

Siente un mal momento. Piensa en eso de la muerte. Le da la impresión de que la escuela y toda la vida que vive en ella durante el año, han muerto. Pero no, solo están de vacaciones. Sus chicas solo están de vacaciones.

Da un respingo cuando la puerta se vuelve a abrir. El anciano conserje ingresa con un rollo de papel y una botella de alcohol.

—Lo lamento, Félix. —Joanna tiene los ojos fijos en el mensaje—. Creo que necesitarás más papel.

—¡Santo cielo! Al parecer Marta y su secta han empezado a colocar mensajes subliminales.

—¿Es la letra de una canción? —pregunta Joanna.

—Debe ser —admite Félix—. La música y la juventud. Cosas que pueden darse el gusto de la insensatez.

Joanna sonríe. Se despide con la mirada y se marcha. Se detiene en la puerta y se gira hacia el conserje.

—Don Félix —dice—. Usted me agrada.

Con una genuina sonrisa sobre su espalda, Joanna busca la salida de la escuela. Tiene un mal sabor de boca. No le gustan los mensajes sobre la muerte. Después de todo, su madre está muerta. Peor aún, se suicidó. La idea no termina de hundirse en su memoria. Flota allí, como mierda en un desagüe. A veces lo olvida, pero otras veces... *En verano... todas moriremos*. La frase permanece. Y se quedará sobre ella un buen rato. Lo sabe.

Saca el celular y continúa la conversación con Cristóbal. Hablar de sexo es hablar del verano. Le agrada eso.

Sale de la escuela con el celular sonando a montones. Después de todo, eso del sexo le gusta también a Cristóbal. Pero no logra concentrarse en sus mensajes. El mensaje escrito en la sala de clases se ha quedado en ella con resistencia. Le susurra algo al oído:

Es verdad, Joanna, dentro de poco tus alumnas estarán todas muertas.

Una parte, no consciente de Joanna, escucha eso. Y sabe que es cierto. Aquel mensaje es cierto. Y eso la llena de una angustia que se esconde en algún sitio que no alcanza a tocar con las manos. Que no alcanza a ver. Pero que lo siente. Y se acerca. La mierda se acerca.

2

Tercera semana de diciembre de 2021

Joanna ha regresado del supermercado. Una sola compra. Una compra horrenda. Abre la bolsa de plástico con la sensación de que en el interior hay una fea escopeta recortada. En su lugar, un objeto más pequeño y liviano. Un test de embarazo.

Abre la caja rosa. Toma el aparato. Va hasta el baño y lee las instrucciones. Es la primera vez que compra uno. Se baja los pantalones y pone el recipiente de recolección bajo su vagina. Intenta relajarse y mear. Es imposible. Finalmente lo hace. Coloca la tira en el recipiente, aguarda diez segundos y lo saca. Espera.

Esperar, piensa, qué cosa más horrible.

Al cabo de unos minutos, mira. Dos líneas rosadas. Una en cada zona del test. Positivo. Así lo dicen las instrucciones.

Deja caer el test. Se queda de pie un buen rato en el interior del baño.

La idea de ser madre le resulta aterradora.

Ni siquiera está segura de quién es el padre.

Abortará. De eso sí está segura.

3

Los extraños habían venido del Sudeste Asiático.

A Joanna, aquel título no le dice nada. Arroja el libro sobre la despensa y da largas zancadas hacia el enorme ventanal de la sala de estar. El suelo de madera se queja levemente ante el peso de sus pies desnudos. Se apoya en el alféizar y observa el exterior. El alba despunta más allá de los tejados metálicos del vecindario. El resplandor matutino se cierne sobre el entorno, y las murallas color crema de las casas palidecen ante el alza del sol.

Color crema, piensa Joanna, el color de la elegancia. Sonríe con optimismo. Detiene su vista en una paloma que, quieta sobre la cornisa de la casa más grande del lado del frente, parece imbuir su espíritu de la calidez de aquella mañana estival.

Intenta hacer lo mismo, pero un latido en la sien le recuerda su resaca. Repentinamente, un rayo solar se proyecta en el cristal de la casa que tiene sobre ella, reflejándose con agresividad en su mirada. Cierra los ojos. En la súbita oscuridad, la resaca parece un perro ladrándole en el oído. Se gira hacia el interior de su casa y tropieza con la botella de *whisky* vacía. También con los restos del test de embarazo. Sonríe, pero ya sin optimismo.

Cruza hasta la cocina otra vez. Se detiene frente a la botella y la caja rosada que trajo del supermercado el día de ayer. Sobre el vidrio de la botella, siente un fulgor ambarino nauseabundo. Hace una arcada. Corre al fregadero y vomita. Quita la vista del líquido amarillento desapareciendo en el sumidero.

Estruja, con ira, la caja rosa del test y la arroja a la basura. Deja de mirarlo también, como si con eso el recuerdo de su embarazo desapareciera.

Sus ojos, ahora, dan con el libro. Aquel título sobre personas venida de Oriente le produce malestar en las entrañas. Sonríe resignada. Lo había cogido en la mañana sin más intención que la de recordar a mamá. Sabía que el perfume de su madre no reposaba en las hojas podridas de aquellos viejos libros, pero valía la pena intentar rescatar algo, aunque fuera un

diminuto instante que su madre, ávida lectora, hubiese escondido allí. Fue un acto imprudente de una torpe chica con resaca que despertó extrañando a mami.

Mami se había disparado en la cabeza hace más de un año. En los libros, que reposaban ominosamente en el pulcro librero negro de mamá —único mueble que se había traído consigo desde la casa de su madre—, no había más que el olor a sangre seca. El olor de hojas podridas y húmedas, impregnadas de ácaros y polvo. Había títulos extraños que, como un amuleto embrujado, dañaban su estabilidad emocional.

Madre hacía eso, piensa Joanna, e intenta arrojar el libro hacia la basura. No lo hace.

Va hacia el baño, preparada para una rutina conocida. La rutina del borracho que lleva practicando hace meses. Considerada una jugadora experta, se arrodilla detrás del inodoro, se hace un nudo en su largo pelo negro e introduce sus dedos en su boca seca. Siente el vómito reptar por su garganta. El olor a *whisky* podrido se mezcla con el fuerte olor a cloro que desprende la loza del baño. Se mantiene arrodillada unos cinco minutos, sabiendo que debe dejar de beber. Y esperando, con todas sus ansias, que su alcoholismo mate todo lo que crece en su interior.

Se levanta y el mundo ambarino que vibra a sus pies da vueltas a su alrededor. Va hasta el espejo, en donde parece confesarse a sí misma toda la mierda de la noche anterior. Se encuentra más pálida que de costumbre. Sus ojos negros, hinchados y lagañosos, suplican una siesta de a lo menos doce horas. Es verano y el trabajo como profesora de matemáticas en la escuela técnica se encuentra suspendido, no obstante, es lunes y tiene trámites que hacer.

La borracha experta que lleva siendo los últimos meses le hace saber que puede con un lunes mañanero. Recuerda el consejo de mamá cada vez que las cosas se complicaban: *Respira, cariño, respira pausadamente y verás como todo estará bien*. Entonces inhala lenta y profundamente, y mientras el aire entra a sus pulmones, una nueva arcada la empuja al váter. Un consejo más apropiado llega a su memoria: *recibes lo que mereces, perra*.

El último eslabón de la rutina del borracho la espera con su húmeda loza blancuzca. Se quita los calzones y la blusa blanca. Desnuda, siente un inusual hormigueo en las caderas, como si una amenaza de frío le dijera que se apure. Abre el grifo de agua tibia y va hasta el chorro de purificación. El

agua bendita recorre su cuerpo delgado, dándole espasmos de vida. El agua la pone al corriente: *es lunes, amiga, y debes hacer esas cosas que los adultos hacen: trámites.*

Desliza el grifo hacia el agua fría. Bebe largas bocanadas para apagar el fuego ambarino. Los ladridos del perro han desaparecido y ahora la resaca no es más que un absurdo perro en patines deslizándose por su cabeza. Suelta una carcajada boba y vuelve a entibiar el agua. Enjabona su cuerpo por segunda vez, y se queda bajo el agua el tiempo suficiente para hacerse a la idea de eso que los adultos llaman *trámites.*

Al rato está rodeada por una frondosa toalla blanca. En los brazos de Dios, el ritual parece ya haber superado el umbral del dolor. Una vez seca, coge la hostia. Coge dos, a decir verdad. Un ibuprofeno y una pastilla de menta fuerte que le hace lagrimear los ojos.

Mientras se prepara el primer café del día, el sol ya es lo suficientemente fuerte para colarse al interior del departamento y expeler aquel vaho de optimismo resplandeciente. Le da una calada al café y se deja acariciar por aquel dulce calor que irradia en su piel. Inhala profundamente, pero otra vez, su respiración se ve atorada. Aquel puto libro que cogió en la mañana ha vuelto a tropezar con sus ojos.

—Maldición —susurra. Toma el libro y lo lanza contra la pared lateral de la cocina.

Lo había tomado con intención de recordar a mamá. Mamá, en el año que antecedió a su suicidio, hacía eso: joderle los días. Sonríe. Una sonrisa burlona, cruel, llena de ira. Alarga la mano y toma la botella de *whisky*. No tarda en impactar contra la pared. Los vidrios rotos se esparcen sobre la portada de aquel libro y su título: *Los extraños habían venido del Sudeste Asiático.*

Joanna cierra los ojos e intenta concentrarse en el olor a cafeína que desprende la taza que tiene frente a ella. No da resultados. Aquel día está lleno de contrastes. *Acceso de inseguridades*, los llama su psicólogo, a quien verá más tarde.

El odio de la mañana, y del día anterior, surte efecto. Su optimismo se va al garete. La luz solar le resulta fastidiosa, como la luz que desprende un tubo fluorescente en medio de un sótano húmedo y maloliente. Los ladridos en su cabeza han regresado, y dan tumbos.

Hacen ecos.

Recibes lo que mereces, perra, parecen decirle.

Y la impresión de que todo es malo se alza sobre la panorámica desgastada de Joanna.

—Todo es malo —dice de mal humor—. Todo es malo.

Y sin saberlo, su afirmación matutina se transforma en un oscuro presagio.

Todo es malo.

Y será peor.

4

El celular suena. La llamada es de Florencia, su hermana mayor. Toma el aparato y lo sabe: no son buenas noticias. No tarda en comprobarlo. Su hermana la invita a un paseo de verano. Pero se defiende.

—No —le dice al celular con entusiasmo—. No puedo ir.

—Debes ir. Lo prometiste.

—¿De qué estás hablando? —pregunta desconcertada.

Florencia no tarda en responder, pero Joanna no escucha. No es necesario. Ha recordado su promesa. Sabe de lo que habla su hermana. Había prometido acompañar a sus sobrinas y alumnas a esos paseos de verano que organiza la escuela.

—Lo he olvidado —admite—. Maldición, Flo, ¿ya no puedo decir que no?

—Has perdido tu oportunidad.

—No quiero ir —protesta.

—No jodas, Joanna, lo prometiste. A mí me puedes romper todas las promesas que quieras, pero tus sobrinas. Ellas confían en ti. No las defraudes.

—Flo, sabes bien que iría a Australia con mis sobrinas durante todo un año, pero... pero las demás niñas.

—Son tus alumnas —le recuerda Florencia—. Esas niñas te adoran.

—Pero no irán solas —sisea Joanna—. Irán sus benditas madres. Pasar tiempo de verano con el comité de zorras necias sobreprotectoras hace que de verdad considere un año en Australia con mis sobrinas.

—La última vez solo eran el “comité de madres necias sobreprotectoras”.

—Florencia bosteza y cambia el tono suave que lleva adoptando por uno más severo, como cuando se busca dirigir la conversación hacia algo más

importante—. ¿A qué viene lo de zorras? ¿Estás de mal humor? Bebiste anoche, ¿verdad?

—Son las nueve de la mañana, Flo. A esta hora está prohibido hacer tantas preguntas.

Florencia separa los labios con rapidez y toma aire. Se prepara para un nuevo ataque de preguntas y sugerencias, pero su aspaviento de próxima severidad de hermana mayor se detiene bruscamente. Lanza un grito lejos del auricular.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Joanna.

—Tus sobrinas haciendo un desorden, es todo —responde Florencia con tono tranquilizador. Intenta coger aquel tono severo y continuar con los consejos de hermana mayor, pero desecha la idea. Vuelve al tono fraternal—. Tienes que venir, Jo. Tus sobrinas y alumnas te aman. Y el comité de... de madres estúpidas espera que estés allí.

—El comité de... de madres estúpidas siempre espera que esté allí. Esperaban que estuviera allí cuando Paola menstruó por primera vez. Esperaban que estuviera allí cuando Ana reprobó historia. Maldición, hermana, soy la profesora a cargo del curso, no la maldita niñera.

—Mierda, Joanna. —Florencia lanza un suspiro. Parece agotada de intentarlo—. Eres adulta. No puedo obligarte. Solo te diré que una semana con tus sobrinas en el campo te hará bien.

No, piensa Joanna. Di que no. Pero aquella puta y concisa palabra siempre le ha sido ajena. Su hermana tiene razón: ella es adulta. Pero es una adulta con una fastidiosa tendencia a no saber decir que no.

—No —balbucea.

Pero su *no* es débil, lejano y sin más bases que sus dudas e inseguridades, puesto que su hermana tiene razón en otra cosa: una semana con sus sobrinas y demás alumnas en el campo le hará bien.

—Aguarda, ¿vale? —termina diciendo—. Lo pensaré.

—Saldremos poco después del mediodía —menciona Florencia—. Debes darme una respuesta antes.

—Debo ir al banco a actualizar unos datos y luego tengo una cita con un tipo. Minutos antes del mediodía, tendrás mi respuesta.

—¿Qué tal? —la voz de Florencia ha mutado a la voz de una amistosa chiquilla curiosa.

—¿De qué hablas?

—El tipo de tu cita —explica Florencia—. ¿Es bueno en la cama?

Joanna suelta una risotada.

—¿Quién diablos se junta al mediodía a tener sexo?

—Qué sé yo —se defiende Florencia con una orgullosa risita tremolando en su paladar—. Tú eres la experta.

—Es una cita profesional, Flo. Es un psicólogo.

La señal telefónica, tan estable en la conversación de ambas, parece caerse ante el agobio repentino que las últimas palabras de Joanna han provocado. El silencio incómodo se alarga como el eco de malos pensamientos.

—Me gusta hablar con él, es todo —arguye Joanna con tono indiferente.

Su intento por bajarle el perfil a la situación parece haber funcionado. Florencia logra escapar de ese silencio malicioso.

—Es bueno que vayas a terapia, hermana. Me agrada la idea.

—Gracias, Flo.

—Además —insiste—, será bueno que vengas al campo con nosotras.

—La idea me parece fabulosa —suelta Joanna con desánimo—. Debo decirlo: me siento tan ansiosa como una mocosa en Navidad.

—Una mocosa con resaca —corrige Flo, con placer—. Tómate un café cargado y estarás de lo mejor.

—¡Vaya mierda, Flo! El consejo del café me parece súper. Deberías patentarlo. Harías una fortuna con él.

—Deja el sarcasmo, hermanita —sopla Florencia—. Déjalo, o te harás daño.

Joanna acompaña a su hermana con un soprido de risas majaderas. Al rato la conexión se corta. Camina hacia la despensa para seguir el consejo de su hermana. Se sirve un segundo café. Medita sobre la idea del paseo en el campo. No le termina de gustar la idea, pero es mejor que quedarse en casa a leer libros extraños, beber *whisky* y pensar en fáciles maneras de abortar.

Mira el reloj. Son casi las diez. Debe apresurarse en ir al centro. Sale de casa y se aproxima a su pequeño SUV negro. Huele a catalítico. Aquel olor a huevo podrido le recuerda que debe agendar una hora con el mecánico. Enciende el motor y se marcha. El sol se esparce con cautela, desparramándose sobre las murallas de concreto de aquel barrio alejado de la ciudad. Aquel tapiz amarillento lleno de buenos augurios genera sombras. Joanna lo sabe. Detrás de su cabeza están diseminadas en forma de recuerdos.

Mientras conduce piensa, como todas las horas del día, en su madre. Ve la sangre secándose en su mandíbula. Ve la misma mosca gorda, que había estado zumbando toda la tarde en la casa, detenida sobre el cabello húmedo en sangre de mamá. Todavía recuerda las patas de aquel insecto moviéndose sobre el líquido rojo, como las manos malévolas de un ser que trama planes siniestros. Recuerda eso y siente el deseo de beber *whisky*. Acelera.

El tipo, piensa.

El tipo de mi cita puede ayudarme.

Y el sol matutino se cierne sobre ella. Lejos de hacerla sentir bien, la encandila y la obliga a cerrar los ojos.

Su visión, debido al sol, se vuelve rojiza, como sangre crepitando en su memoria.

5

Hay arañas, piensa. Es la segunda vez que visita al psicólogo. En la primera ocasión estaba tan concentrada en no parecer loca, que su postura no veía más allá de la voz y mirada del hombre de bata blanca. Ahora, su conciencia difusa se esparce por el entorno. Ve detalles. Ve arañas.

La más grande, cuyo abdomen negruzco está hinchado de una manera grotesca, se encuentra quieta en la batiente de la ventana principal de la habitación. A centímetros sobre ella, deslizándose sus patas con cautela, reposa otra más pequeña. Una tela gruesa sostiene a ambas, al tiempo que un delgado hilo solar centellea en las hendiduras del tejido.

—Hay arañas —menciona Joanna.

El psicólogo, un hombre añoso, descolorido y solidificado en su aspecto senil por años de estudios, parece abstraído en su libreta. Joanna se pregunta si acaso fue escuchada. Cree que no. Tiene la impresión de que no. No cree haber hablado. Le escupe la culpa al *whisky* y al recuerdo de su madre. Toma una bocanada de aire y sus ideas parecen desenredarse de la tela grisácea que las sostiene. Antes de volver a hablar, sin embargo, es interrumpida por el doc.

—¿Cómo se siente? —pregunta con solemnidad.

—Confundida.

—¿Las pesadillas han regresado?

Joanna, esta vez, tarda en abrir la boca. La primera vez que vino al doc — le gusta llamarlo doc — fue hace un mes. El doc le había recomendado una sesión por semana, pero insistió en una al mes. En los treinta días que han

pasado, la pesadilla no se ha ido lejos. Es como un papel extraviado en una ventisca; atorado, a veces, en las ramas de los árboles que, como estrías, crecen en su cerebro. No puede escapar de la pesadilla. Solo desaparece a ratos. ¿Cómo puede regresar algo que no se ha ido? Piensa.

No, doc, quiere decir.

Las putas pesadillas no se han ido.

Persisten.

Están detrás de usted.

Quietas, como arañas.

—Las pesadillas, Joanna —insiste el doc—. ¿Han regresado?

—No se han ido —responde—. Pensé que sí, pero vuelven a menudo. Y... a veces las veo cuando estoy despierta. Regresan, doc, como alucinaciones.

El semblante del psicólogo no cambia ante aquella confesión. Parece acostumbrado. Gajes del oficio. La rutina diaria de ver cómo la bola de nieve golpea el rostro de sus pacientes que suben la montaña de la locura a pies descalzos. Tarde o temprano el golpe helado llega y los cambia. Los vuelve tarados.

—Los eventos traumáticos, Joanna, dejan rastros. —El doc se acomoda en la silla y acerca su rostro parsimonioso al de su paciente—. Esos rastros nunca se van de la memoria. Quedan ocultos en la masa cerebral, como fotografías en un baúl viejo. Debes hablarme, contar lo que sucedió. Abrir el baúl y ventilar todo el polvo de su interior.

—Al hablarlo, ¿aquel evento desaparecerá?

—No, Joanna, jamás desaparecerá. Pero hablarlo lo hará real. Dejará de ser una pesadilla horrorosa y será un recuerdo triste. Lo racionalizarás y, entonces, solo quedarán imágenes en tu memoria que, de vez en cuando, te harán sentir melancólica. Pero las pesadillas, el miedo, el trauma... —El doc, que habla despacio, se detiene un segundo para pensar bien lo que debe decir. Un destello en sus ojos parece reflejar una buena idea—. Todas esas cosas oscuras que el recuerdo trae, no es más que el polvo en las fotografías. El polvo en el baúl. Es ese polvo el que te asfixia y confunde. Háblame, y verás cómo el polvo se aleja. Cómo el polvo sobre las fotografías de tus recuerdos desaparece.

—Hablar hace que el polvo sobre las imágenes de aquel evento se evapore —menciona Joanna con entusiasmo, como una colegiala que cree haber

captado cómo solucionar ecuaciones algebraicas—. Pero no es tan fácil, doc.

—Hagamos el intento, ¿te parece?

Joanna hace el ademán de abrir la boca, pero no es fácil. Se toma su tiempo. El doc la observa con cautela. Sus ojos exigentes la ponen nerviosa. Le quita la mirada de encima. Se descubre, otra vez, mirando hacia la ventana que yace detrás del psicólogo. Las arañas. Aquellos arácnidos ya no están quietos. La más grande se ha acercado a la más pequeña. Esta última, de las mismas cualidades morfológicas que su acompañante, parece ser su cría. De forma repentina, la más grande ataca. Su mandíbula negruzca se ciñe sobre el cuerpo de la más pequeña y, vaya cosa, parece engullirla.

Joanna frunce el ceño, desconcertada ante aquel evento inusual. Pero su desconcierto se ve interrumpido por un ligero dolor en el vientre.

—Define aquel día, en una palabra —suelta el doc de manera súbita.

—Difuso —responde, intentando volver a la conversación—. Difuso y frío. Ese día, en que mamá se quitó la vida, fue un día muy frío. Recuerdo que...

Pero su voz, al igual que el recuerdo, se detiene. La sola mención de mamá hace que las ramas en su cerebro se agiten. Se acuerda de la humedad sobre las ventanas y de las aceras resbaladizas por la lluvia y la escarcha invernal. Se acuerda del disparo, agrietando el hielo de ese día como un *piñizco*. Se acuerda, finalmente, de mamá, agonizando a los pies del piano Rönisch de la década de los noventa que, en el preludio de su muerte, solía tocar.

Y su ojo izquierdo. Ahí estaba su ojo, batiéndose hacia los lados, en búsqueda de la muerte que aquel suicidio mal acabado le había robado. La bala no había sido definitiva, y su madre tardó minutos en morir. Su piel pálida, humedecida por la sangre que caía a borbotones, se endurecía bajo el frío, mientras Joanna la acompañaba, horrorizada.

Recuerda que tuvo que correr al baño a vomitar cuando vio la mosca zumbear alrededor del ojo de mamá. Cuando regresó del baño, implorando ver un cadáver de ojos quietos, el ojo izquierdo continuaba moviéndose, como la aguja de un reloj siniestro que marca eternamente la misma hora.

—Vamos, Joanna, cuéntame qué sentiste aquel día.

La voz del psicólogo vuelve a traerla a la realidad.

—No puedo —admite con voz temblorosa.

—El polvo, Joanna. Quítalo de tus recuerdos de una vez.

—No es polvo, doc. Es una bruma densa, en cuyo interior habitan monstruos. No quiero entrar allí, me da miedo.

—Ya estás ahí dentro. Ahora debes hablarme. Te ayudaré a escapar.

Joanna siente la mirada del doc encima. Vuelve a desentenderse con la habitación. Las arañas regresan a la panorámica. La araña madre, negra y gorda, se ha alimentado ya de su cría. Alcanza a ver parte de sus patas agitándose sobre la boca de mami. Un movimiento envolvente y repulsivo. Asqueada, vuelve a mirar al doc. Decide hablar.

—Mamá era una buena persona. Amable y divertida. La huida de papá con otra mujer acabó con su buen humor. La depresión y el alcohol la hicieron añicos. Acabó siendo una vieja decrepita, famélica y con un aliento a cigarrillos y garabatos mordiéndole los labios a diario. Recuerdo verla encerrarse en su habitación y oírla tocar su piano. Sus notas tristes eran reemplazadas, a menudo, por maldiciones. En una ocasión que sus maldiciones eran demasiado recurrentes, entré a la fuerza a la habitación. Me sorprendí de lo que vi. Era un monstruo esquelético y sucio. Era... era... ¡Dios santo, doc!, mamá era una cosa espantosa.

Joanna sorbe por la nariz. Inhala y exhala profundamente y mira sus manos un momento. Siente un nudo en la garganta. Siente que va a llorar. Jamás se ha considerado una mujer llorona. Ni siquiera sentimental, pero en ese momento siente que va a romper en llanto, como una niña pequeña que se ha extraviado en un supermercado.

—El día que murió —continúa. Levanta la mirada y ve cómo el psicólogo la escucha con una serenidad sobrecogedora—. El día que murió, ella sufrió mucho. Su suicidio, como le comenté el mes pasado, salió mal. La bala del revólver no fue definitiva. Murió a mi lado, pero no como una anciana que exhala su último suspiro en la comodidad de su cama y rodeada por seres queridos. No. Mamá murió haciéndole justicia a su aspecto: murió como un animal atropellado que resuella a orillas de una autopista, mientras sus tripas, convertidas en jirones sanguinolentos, se secan en el pavimento.

Joanna siente el vaivén de su respiración nerviosa subiendo y bajando de manera descontrolada.

—Su ojo derecho estaba quieto, paralizado, pero el izquierdo se movía hacia todos lados. Parecía pedir ayuda. Yo no supe qué hacer, salvo quedarme viéndola. Luego de huir al baño para vomitar, descubrí cómo los

dedos de su mano izquierda se movían despacio, pero de manera constante, como si gastara todas sus fuerzas en intentar hacer algo. ¿Sabe qué cosa?

—No, Joanna, no lo sé. Cuéntame.

—Quería quitarse una mosca de encima. Una mosca gorda y peluda que zumbaba alrededor de su cabeza. ¿No le parece absurdo, doc? Los últimos aspavientos de mamá se basaron en quitarse una mosca de encima. Lo último que hizo antes de morir, fue sentir el acoso de una mosca sobre su cuerpo pútrido. Su último aliento se fue intentando quitarse el zumbido de un insecto de encima.

Y su respiración asciende, como una tetera hirviendo.

—¡Verla morir fue asqueroso, doc! ¡Fue cruel!

Joanna empieza a llorar. Pero se las arregla para terminar.

—Ver morir a mamá fue algo apocalíptico.

Y, entre llanto, siente el vapor de sus pulmones escapando por su garganta. Quemándola. Y el vapor sube, brumoso y caliente, hacia su cerebro.

—Respira, Joanna —comenta el psicólogo—. Ya ha pasado lo peor.

Pero aquel consejo le resulta ingenuo, como eso del “ya pasará”.

—Tengo miedo —fue lo último que dijo antes de ser absorbida por el vapor.

—¿Miedo? —cuestiona el psicólogo—. No, Joanna. Miedo tenemos de los insectos, de las inseguridades y traiciones. No rebajes lo que te pasó a semejantes pequeñeces. Tienes razón, viste morir a mamá. Eso es algo apocalíptico. No es miedo lo que sientes. Es terror. Es una sensación superior, es...

Pero el vapor suena tan fuerte, que no escucha. La tetera ha hervido y el pitido chirriante anuncia que el terror está listo. La dificultad para respirar no la deja hablar. La disnea a la que está siendo sometida solo le permite llorar. Su respiración se atora. Su visión comienza a nublarse.

Ve a la araña más grande acabar por engullir a la más pequeña.

Su vientre vuelve a doler.

Piensa en su embarazo.

Intenta respirar, pedir ayuda, pero el psicólogo no parece darse cuenta de lo que le sucede. Continúa moviendo los labios con completa calma. Joanna siente cómo el vapor muta a un sonido menos chirriante, más suave, como un soplo.

Respira, cariño, respira pausadamente y verás como todo estará bien.

Pero el consejo no surte efecto.

Otro, no obstante, emerge.

Recibes lo que mereces, perra.

Se levanta incómoda y sale huyendo de la habitación del psicólogo. Baja las escaleras del edificio y llega al vestíbulo. Sale al exterior y corre hasta su auto. No es consciente de lo que hace. Se desliza por inercia. Una vez en el interior de su auto, inerte ante el vaivén de un mal momento, grita. Grita de manera disparatada. Grita como una mujer histérica.

Histérica y aterrada.

6

Mantiene sus manos quietas sobre el volante del SUV. Sigue estacionada a unos metros del edificio del psicólogo. Acaba de tener lo que llama *crisis de angustia*, pero sabe encargarse de ella. Abre la ventanilla del auto y deja que el aire tibio de la mañana endulce el ambiente. Al no haber encendido el motor, el olor a huevo podrido no existe. Eso es bueno.

Intenta encender la radio, pero recuerda que eso implica encender el motor. Toma su celular e ingresa a YouTube. Suena “*Just Breathe*” de Pearl Jam. La melodía tranquila le dice que respirar es buena idea. Bajo el manto de la música olvida los demás consejos que la llaman *perra*. Olvida también las otras cosas. No el llanto. Las lágrimas se quedan. Pero eso está bien. Llorar está bien.

Cierra los ojos y siente la luz solar en su mejilla izquierda. Sonríe de manera torpe. Abre los ojos y mira hacia el cielo. No cree completamente en Dios, pero está segura de que no es el momento para esas inseguridades filosóficas. Debe entregarse por completo a la esperanza. Su madre está en el cielo, o en algún lugar parecido. Está en paz. Toda la mierda que antecedió a su muerte es parte de la vida, mas no de la muerte. En la muerte no hay nada, solo paz. Sonríe menos torpe y con mayor satisfacción.

Apaga la música en el celular y enciende el motor. El olor a catalítico le recuerda que esas cosas llamadas *trámites* también son parte de la vida. Y se deben hacer, porque hay consecuencias. Tropieza una vez más con el olor a huevo podrido. Debo ir al mecánico, dice. Sonríe majaderamente, porque sabe que no lo hará. No a corto plazo, por lo menos.

Conduce hacia la casa de su hermana mayor. Ha decidido que Florencia tiene razón. Pasar tiempo en familia le hará bien. Anhela internarse en la

naturaleza y sentir el rocío y las risas inocentes y honestas de sus sobrinas y demás chicas. El comité de zorras puede hundirse en el lodo. Ella necesita un poco de amor familiar.

Atraviesa el lado oeste de la ciudad con facilidad. El tráfico en ese lado es tranquilo al mediodía y, sin darse cuenta, ya se halla conduciendo sobre el enorme y largo viaducto que conecta las zonas altas de la ciudad con la zona costera, donde el océano Pacífico reluce en el paisaje. Una vez en la costa, su aventura tropical se ve rodeada de jovencitos fornidos que hacen deporte a orillas de la costanera. Allí, el tráfico durante todo el verano es sofocante. Los veraneantes se acumulan, al igual que los bocinazos, pero Joanna no se impacienta. Se deleita con Taylor Swift a todo volumen desde la radio y, bueno, de vez en cuando lleva sus ojos al costado. Uno que otro jovencito de abdomen ancho y buen culo la deleitan también.

A eso de las doce con diez minutos llega al final del camino de la costa. De ahí la zona costera se transforma paulatinamente en autopista. Entonces, Joanna gira hacia la izquierda. La zona residencial más alejada de la ciudad le da la bienvenida con una ancha vía cubierta de sauces y casas enormes. Luego de unos giros al interior de ese pequeño mundo elegante, detiene el SUV.

La casa de Florencia es ancha, cubierta por ladrillos en el primer piso y, sobre el segundo, unas bonitas tablas color blanco. Desciende del vehículo y va hasta el portón de metal negro. Toca el timbre. Siente el alboroto al interior de la casa. La cortina color oro del ventanal principal se mueve. Emergen dos rostros juveniles. Jodidamente iguales y jodidamente hermosos. A los rostros de sus sobrinas no tarda en sumarse el de Florencia. Las tres sonríen al mismo tiempo. Joanna les devuelve la sonrisa. Se le escapa una risita.

El portón se abre. No alcanza a dar dos pasos sobre el césped cuando es irrumpida por sus dos sobrinas. Las gemelas se ciñen a su cintura. Joanna besa a ambas en sus cabezas. Se las quita de encima con amabilidad. Ambas son pálidas, de pelo negro, flacas y de nariz puntiaguda. Pero hay diferencias sustanciales.

Camila lleva encima una camiseta rosa y una falda de mezclilla que deja a la vista sus largas y delgadas piernas. Su pelo negro y largo lo lleva suelto y un mechón cae sobre su frente, otorgándole a sus ojos almendrados un divertido acento coqueto.

—Tía —dice con agudeza—. Sí viniste. Pensé que no vendrías.

—Claro que vine. Lo prometí.

—Me encanta que hayas venido —agrega con una personalidad desbordante. A Joanna le resulta avasalladora, como una Florencia en miniatura, con una tendencia a no quitarle la vista de encima—. Pensé que no te gustaba la naturaleza.

—A todo el mundo le gusta la naturaleza, cariño —se defiende Joanna—. Sobre todo, a las chicas guapas como nosotras.

Joanna le guiña un ojo a su sobrina más parlanchina. Camila sonríe.

—¿Iremos a buscar ardillas? —pregunta emocionada.

Joanna asiente con la cabeza. Luego mira a Elizabeth, quien le devuelve la mirada con una honesta sonrisa de oreja a oreja. La gemela silenciosa es la niña más dulce que ha conocido en toda su vida. Además de inteligente. Detrás de sus anteojos, parece siempre estar pensando un vendaval de cosas. Con sus vaqueros anchos y su sudadera gris demuestra que es completamente diferente a su hermana. Son diferentes. Se complementan. Aquello a Joanna le parece de lo mejor.

Antes de que Camila la invada con una nueva pregunta, Florencia llega a su rescate. Su hermana mayor le da un abrazo y un beso en la mejilla. La queda mirando con el ceño fruncido.

—Te ves como toda una mocosa en Navidad —apunta Florencia. Luego ríe.

Las gemelas también lo hacen. Y Joanna se siente feliz. Aunque intuye que su hermana mayor ha visto sus ojos rojos. Sabe que ha llorado. Pronto le preguntará. Es inevitable. Pero al diablo. Ahora ríe. Todas lo hacen.

—¿A qué hora partimos? —pregunta Joanna.

—Dame un minuto —responde Florencia. Invita a su hermana a pasar a la casa—. Necesito que tus sobrinas ordenen un poco el desastre que han dejado.

Joanna ingresa a la casa de su hermana. Sus sobrinas, como tornados, pasan por su lado y van hacia la sala de estar. Florencia se cruza de brazos.

—¿Lo ves? —pregunta malhumorada.

Joanna ve el enorme sofá de cuero gris que adorna toda la sala principal. Sus cojines yacen en el suelo, junto a unos naipes ingleses que Camila ordena con premura. Elizabeth, por su parte, desocupa la mesa de cristal que, sobre una distinguida alfombra blanca, se alza como mesa de centro.

Una muy grande y refinada. Joanna ve a su sobrina coger dos vasos con restos de jugo de naranja y una envoltura de golosinas, para después dirigirse a la cocina. Más allá de eso, el sitio parece impecable.

—Santo cielo, Flo, ¿de qué desastre hablas?

—No fanfarronees —suelta Flo.

—Hablo en serio, hermana. Si a esto le llamas desastre, no quiero imaginar la crisis de pánico que tendrías al ver mi departamento.

Joanna sonríe y espera una sonrisa de vuelta. No la encuentra. En vez de eso, su hermana le habla con severidad.

—Me basta con ver tu rostro, hermanita.

Joanna mira a Flo. Su hermana, que viste un ajustado suéter negro, tiene toda la facha de abogada que le corresponde. Unos lentes cuadrados y unos ojos enjutos y sagaces se posicionan sobre ella como las patas de una enorme águila. Su pelo tomado hacia atrás y su larga nariz acentúan sus rasgos intransigentes.

Recuerda que, cuando pequeña, ella siempre molestaba a Flo con el apodo de *bruja*. Ahora quiere decirle eso, pero prefiere no hacerlo.

—No me mires así. Me da la impresión de que eres una jueza a punto de condenarme a la silla eléctrica.

—Para tu fortuna, soy abogada, no jueza.

—Con esta casa —bromea Joanna—. Cualquiera diría que eres jueza.

Florencia va a decir algo, pero Joanna la interrumpe con una palmadita en el hombro.

—Venga, he venido a divertirme y es lo que haré.

Camina hasta la sala de estar y se sienta junto a Camila, quien ha terminado de ordenar el sofá.

—¿Y adónde vamos, sobrinita? —pregunta.

—Adoración —responde Camila, emocionada—. El pueblo de los pinos.

—¿Pinos?

—Sí —responde su sobrina—. Dicen que hay más pinos que personas.

Florencia se sienta junto a su hija.

—Entre menos personas, mejor. —Flo mira a Joanna—. ¿No es así, hermanita?

—No creo. A qué viene ese nombre, a todo esto. ¿Adoración? Me suena a nombre de un pueblo de paletos.

—¿Qué son *paletos*? —pregunta Camila.

—Gente tonta.

Joanna siente la mirada inquisitiva de Flo sobre ella. Decide agregar algo más.

—Paletos adoradores de pinos —añade con goce.

La niña ríe. Para su sorpresa, Florencia también.

—Se llama así —explica Florencia—, ya que es un pueblo profundamente religioso. La gente autóctona de Adoración —Florencia se asegura de recalcar la palabra *autóctona*— son personas muy creyentes.

Antes de que alguien agregue algo, aparece Elizabeth desde la cocina.

—Hay muchos pinos por la forestal de los Garretsen. —La niña se sienta a un lado de Joanna y esconde la cara en el brazo de su tía. Su sobrina se siente avergonzada por su inteligencia. Joanna ya lo sabe. Decide hacerle cariño en el pelo mientras la niña termina—. El pueblo abastece de madera a todo el país. Casi toda su población trabaja en los bosques talando pinos.

—No tenía idea —admite Joanna—. Gracias por contármelo, cariño.

—¿Cuándo iremos? —le pregunta la niña.

Joanna mira a su hermana en busca de una respuesta. Florencia se pone de pie y sonríe.

—Bien, es hora de irnos. Es hora de visitar a los adoradores de pinos.

Luego de paseos al baño, revisión de maletas y nuevos paseos al baño, Joanna y sus chicas están saliendo por el jardín. Sus sobrinas corren a la camioneta gris de mamá. Mientras tanto, Florencia guarda las maletas. Joanna se acerca a su SUV negro, al cual deja estacionado en el garaje de su hermana.

Antes de salir del garaje, decide darse un minuto para respirar. Se apoya en su auto y mira a sus sobrinas subirse a la camioneta con total alegría. El sol de verano resplandece sobre sus risas. Quiere ir, pero algo la retiene. Es el olor a catalítico que desprende su auto. Aquel olor parece escabullirse por el baúl de su cabeza. Un olor tóxico.

Mira en derredor. El garaje de su hermana es algo opuesto al resto de la casa. Está descuidado, herrumbroso y lleno de manchas de aceite. Las herramientas oxidadas y sin usar parecen adornos de un sitio hostil y abandonado. Un sitio sucio que se acopla a su esencia. A su verdadera esencia.

Decide salir rápidamente de ahí. Aprieta el botón electrónico y la puerta metálica del garaje comienza a bajar lentamente, soltando un sonido

oxidado. El metal aúlla detrás de ella. Clama con sus dientes de lata, llenos de moho y humedad. Le suena como un eco.

No vayas, nena, tú perteneces aquí. No vayas, tú perteneces aquí. No vayas, tú perteneces aquí.

—¿Todo bien? —pregunta Florencia desde la camioneta.

Joanna dice que sí con la cabeza.

La puerta metálica finalmente se cierra. Debe estar con su familia. Allí pertenece. Está segura de eso. Aunque una frase ha quedado atorada en su alma.

No vayas.

Y la palabra hace eco.

No vayas, no vayas, no vayas...

Y con ese eco mal intencionado, llega el vapor.

7

Lleva casi un año con ese vapor. Ese acceso de inseguridades. Un año abstraída en sus clases y departamento, enseñando matemáticas a sus alumnas en la escuela técnica y regresando al departamento a beber cervezas y fumar marihuana. Los fines de semana cambia el departamento por la playa, pero los hábitos de alcohol y drogas los mantiene. Les suma un hábito más agradable: sexo casual. No resulta complicado. Después de todo, es guapa.

Lo que antecede a esa rutina maliciosa es aquel vapor negruzco que le destruye los órganos, como pedacitos de carbón ingresando a sus fosas nasales y cayendo hasta sus entrañas como una lluvia de mierda tóxica. Odia ese preludio angustiante; tenaz precedente de su alcoholismo y destrucción. Pero no puede evitarlo. Ver morir a mamá ha sido un espectáculo horrible del cual no logra escapar.

Hoy, después de su segunda cita con el psicólogo, parece correr en dirección correcta, a medida que acepta la muerte de mami. Pero el vapor regresa. Regresa como niebla en la visión de un maratonista. Es cegada por la bruma. Tropieza ante aquel miedo que repentinamente ha sentido en el garaje de su hermana. *No vayas.* ¿A qué se debe aquella advertencia que resuena detrás de su cerebro?

Quizá, se responde, se deba a lo acostumbrada que está, desde que acabaron las clases, a estar sola. Quizá, refuta, se deba al miedo que le

causa afianzar sus lazos familiares. Ya perdió a mamá, recuerda. Quizá, concluye, le da miedo perder a sus sobrinas.

Mira por el espejo retrovisor. Las gemelas, quietas en los asientos traseros, parecen ajenas a sus pensamientos corrompidos. Parecen a salvo. Camila está con sus audífonos, concentrada en la música que desprende su celular. Elizabeth parece absorta en la ventanilla, disfrutando del paisaje que el costado de la autopista ofrece.

En los asientos traseros de la camioneta no parece haber vapor. Mira entonces a su hermana. Florencia conduce en silencio. Concentrada en el tráfico incesante de la carretera. La abogada parece estudiar al detalle el caso de los vehículos que, mediante bocinazos e insultos, la adelantan.

—¡Perra! —le grita el conductor de un Subaru blanco.

Florencia cierra su ventanilla para evitar que sus sobrinas escuchen. Luego mira un momento a Joanna.

—Lo debes estar disfrutando.

—Maldición, Florencia, es la carretera. No deberías conducir tan despacio.

—Mis hijas, Joanna, mis hijas van atrás. Debo ir despacio por la seguridad de ellas.

Joanna asiente lentamente. En desacuerdo. Mira los alrededores de la autopista. Ninguna amenaza parece colgar del arcén de aquella larga vía de cemento. Salvo, claro, las amenazas e insultos de los demás conductores que las adelantan incesantemente.

Un repentino e hipotético accidente de tráfico, piensa Joanna. Y aquella idea sucia y fatal se cierne sobre sus hombros como un oscuro buitre que le susurra: *No vayas. No vayas. No, perra. No vayas.*

Y el vapor hierve otra vez, inflamable, dañino y perverso. Ya no solo la quema, sino que la intoxica. El miedo se convierte en terror. No vayas, piensa, no vayas porque en cualquier momento uno de esos conductores que llaman *perra* a tu hermana, puede perder el control del vehículo e impactarla. La camioneta volcada frente a la barrera de contención y sus sobrinas arrastrándose sobre el asfalto llenas de sangre y... y no puede seguir.

Abre la ventanilla para tomar aire.

—Ciérrala —susurra Florencia—. Ciérrala, que tus sobrinas oirán.

—Acelera, hermanita —dice Joanna—. Acelera, que los insultos te alcanzan.

Florencia cierra la ventanilla a través de los botones que hay a un lado del volante.

—Me cierras la ventanilla —se queja Joanna con un susurro—. No crees que actúas como una perra.

—Te estoy secuestrando, hermanita. —Florence mira por el espejo retrovisor para asegurarse de que sus hijas no escuchen. Se vuelve hacia Joanna—. Soy una perra muy cabrona.

Ambas sueltan un bufido. Florence vuelve a cerrar la boca y a concentrarse en el camino. En el repentino silencio, el vapor regresa. Pero parece haber disminuido. Son las risas. Joanna lo sabe. Hablar y reír con su hermana hace que el vapor desaparezca en el aire. Va a abrir la boca, decidida, pero un punzante dolor en el vientre la detiene.

El vapor, en el aire, no desaparece por completo. Quedan rastros. Es inevitable no respirarlo. El dolor en el vientre se lo recuerda. Piensa en su embarazo. Con el último jovencito musculoso de la playa que llevó hasta su cama hubo de todo: *whisky*, hierba, lamidas y sexo, mucho sexo. Pero no hubo preservativo. Menudo descuido.

Y el acceso de inseguridades retoma el ciclo. Como una adicta, respira el vaho húmedo que el vapor reciente ha dejado en el aire. Sus miedos pululan en el ambiente y, como una cría en una dulcería, coge las partículas y se deja llevar por las malas sensaciones. La idea de ser una madre soltera es una mala sensación. Ella sería una mala madre. Tiene la certeza de eso. Y si el *whisky* y las drogas no son suficientes para recordárselo, el recuerdo de su propia madre se lo escupe a la cara: las mamis depresivas acaban mal. Muy mal...

Busca una salida. Hablar, le había dicho el psicólogo. Hablar hace que el vapor, a medida que abre la boca, se desintegre. Pero no desea hablar con su hermana de su embarazo. Tampoco de su decisión de abortarlo. Mucho menos del terror que le produce el recuerdo de su madre muerta. Hablará de eso, pero en otro momento. Ahora, como bien descubrió hace un rato, debe hablar de cosas más simples. Pero su hermana no habla. Es ella la que debe hacerlo.

—Tengo una duda —apunta con malicia—. ¿Crees que el comité de madres sobreprotectoras te deje entrar?

Florencia parece desconcertada.

—¿Por qué no?

Joanna mira hacia atrás. Se asegura de que sus sobrinas no escuchen. No lo hacen. Ahora ambas llevan puesto sus audífonos y el murmullo musical se oye con claridad. Entonces mira a Florencia con una sonrisa dibujada en su rostro.

—Ellas forman el comité de zorras y tú... bueno, venga, tú eres una perra.

Florencia suelta un deslucido “¡ja!”.

—Eres tú la que sigue soltera, hermanita —dice Florencia—. Vives de la soltería. Creo que ese mote te queda mejor a ti.

—No lo niego —admite—. Y lo disfruto. ¿Qué hay de ti? Te separaste de John hace más de un año. ¿Qué hay desde entonces? ¿Algún hombre?

—Nada del otro mundo. Nada especial o romántico. —Florencia mira de soslayo hacia atrás, luego lanza un suspiro hastiado—. Pero a veces... ya sabes... un poco de sexo no está mal.

—No sueñas convencida, hermana.

—Estaba enamorada de John. Cuando descubrí su pasión por las prostitutas, mi idea de amor se fue al tacho de la basura.

—¿Amor? —Joanna se muerde los labios—. A la mierda el amor. No lo necesitas. Necesitas sexo.

—Tengo dos hijas aún pequeñas. John las visita un par de veces al mes, con suerte. Ellas necesitan un padre. Y, bueno, yo también necesito estabilidad, ¿sabes? No me gusta tener sexo casual. Soy más idealista.

Florencia levanta las cejas, intentando subrayar su última frase con un toque de sarcasmo. Pero Joanna sabe que, en el fondo, su hermana habla en serio. Ella es toda una idealista.

—No creo que mis sobrinas necesiten un padre —suelta Joanna—. Eres una abogada exitosa. Levantaste un negocio de leyes tú sola. Tienes una casa enorme y una camioneta sensacional. Eres la mujer más seria y responsable que conozco. Es cosa de verte conducir por la autopista. —Joanna sonríe—. Conduces como una tortuga.

Florencia le saca la lengua. Joanna continúa.

—Eres madre y padre para mis sobrinas. Necesitas un hombre solo para tener sexo.

—Tal vez tengas razón, solo que, desde que descubrí la predilección de mi esposo por las vaginas concesionadas que... que las cosas sobre sexo casual

me producen ciertas náuseas.

—¿Vaginas concesionadas?

—Ya sabes —responde Florencia—. Prostitutas. O *escort*, como les decía John el día que lo descubrí. Lo odié ese día. Lo odié por engañarme y creo que todavía lo odio. Quizá por eso me es difícil estabilizar mi vida amorosa o sexual. A la mierda. —Florencia le da un golpecito en el hombro a su hermana—. Creo que estoy divagando. —Florencia guarda silencio un momento. Medita. Parece querer agregar algo más, pero desecha la idea. Cambia de planes, o de palabras, a última hora—. Y tú, Joanna, ¿por qué no optimizas esta conversación con tus anécdotas sexuales?

—¿De qué hablas? —Ahora es Joanna la que le da un golpecito en el hombro a su hermana—. Soy una santa.

Y Florencia vuelve a anteceder sus palabras con una furtiva mirada hacia sus chicas.

—La santa de la perversión —bromea, al darse cuenta que sus sobrinas están lejos de esa conversación—. Vamos, ¿qué tal el sexo con tus jovencitos desnudistas de la playa?

—Bien —responde lacónica.

—¿Es todo? ¿Bien?

Joanna dice que sí con la cabeza. Recuerda al último jovencito con olor a alcohol y con una erección en su entrepierna. Recuerda el asunto del condón. Estaba demasiado ebria y excitada para pensar en eso. El dolor en el vientre regresa. Con la certidumbre de un embarazo no deseado, regresa el miedo. Y el vapor.

Joanna maldice el rumbo de la conversación. De una manera estúpida, odia las palabras. Odia el lenguaje. Ella, profesora de matemáticas, es lineal. Tres más tres siempre serán seis, en la conversación matemática que sea. Pero las palabras, las puñeteras palabras, mutan, giran, se transforman y cobran cientos de significados. Son complicadas y, después de hacerla reír, le hacen doler el vientre. Le hacen sentir miedo.

Cruelles. Cruelles palabras, piensa. Y sonríe angustiada.

Va a abrir la boca, presionada ante el silencio, pero es rescatada por sus sobrinas.

—¿Cuánto falta para que lleguemos? —pregunta Camila.

—No mucho —responde Florencia.

—Hace calor —se queja Elizabeth—. Vamos, mami, puedes abrir una ventanilla.

—Encenderé el aire acondicionado —menciona la hermana de Joanna.

—Vamos, abre las ventanillas —insiste Elizabeth.

—Y aprovecha de acelerar —agrega Joanna.

—Es verdad, tía Jo —declara Camila—. Mi mami conduce como una tortuga.

Como una perra, piensa Joanna maliciosamente. Sonríe para sus adentros.

—Está bien —concede Florencia—. Está bien.

Abre la ventanilla. Hace rato que no se oyen bocinazos, pero hace rato que no se vislumbran autos. A lo lejos, y desde atrás, emerge un deportivo. Florencia, intuyendo lo que puede pasar, acelera un poco. Joanna la observa y sonríe.

—Calma —dice mientras enciende la radio.

Suena "*I Wanna Be Sedated*", de Ramones. Joanna le sube el volumen y tararea la canción. Camila la imita. Elizabeth no tarda en sumarse. Florencia mira a su hermana con gesto de gratitud. El deportivo pasa por su lado a toda velocidad. Se oye un bocinazo. Nada más.

Un nuevo dolor en el vientre hace que Joanna haga un ligero gesto de dolor.

—¿Todo bien? —pregunta Florencia, al tiempo que le baja a la radio.

Joanna vuelve a asentir con la cabeza.

—Parece triste, tía Jo —observa Camila.

—Lo que pasa —indica Elizabeth con la calma que la caracteriza—, es que mi tía no quería venir.

—Claro que no —se apresura en responder—. Estoy tan emocionada como una moco... —Joanna siente la mirada de Florencia sobre ella—. Como una niña en Navidad.

Le lanza un beso a su hermana y sonríe.

—¿Le duele la cabeza? —pregunta Camila.

La mirada avasalladora y fija de su sobrina se le queda encima como la mirada analítica de la más molesta de las reporteras. La chica tiene una habilidad increíble para actuar como una adulta. A veces a Joanna le cuesta creer que esa niña tenga doce años. Y ahí la tiene, sobre ella, con su personalidad dominante esperando una respuesta.

—Tengo resaca —responde.

—¿Qué es resaca? —pregunta la niña.

—Dolor de cabeza por exceso de alcohol —explica. Y vuelve a sentir la mirada desaprobadora de Florencia—. Mucho dolor, como tener un panal de avispa alojado en el cerebro. Cuando me muevo o hablo mucho, algunas muerden. Muerden fuerte, cariño.

—Las avispas me dan miedo —dice Camila.

—A mí también —dice Elizabeth.

—Ven, mis queridas sobrinas gemelas. Si no quieren tener avispas en el cerebro, nunca beban.

—Jamás beberé una cerveza —menciona Camila.

—Ni yo —añade Elizabeth.

Joanna mira a Florencia con un jactancioso gesto de triunfo enarbolando su rostro distraído.

—Como ves, hermana, soy una excelente consejera.

Florencia le concede eso con una breve carcajada y un nuevo golpecito en el hombro.

—Tía, ¿nos acompañará a buscar ardillas al bosque? —pregunta Camila.

—Por supuesto.

—No hay ardillas —menciona Elizabeth—. El bosque nativo ha dejado de existir hace mucho. No hay mucha vida silvestre. Pinos, Camila, tendrás mejor suerte buscando pinos.

—Mientes, sí hay ardillas. ¿Cierto, tía?

—Lo averiguaremos —se anima a decir.

Joanna cierra los ojos un momento. Oye a sus sobrinas discutir sobre ardillas y pinos. Oye a Florencia regañar a sus hijas cada vez que alzan la voz. Oye cómo, una vez pasada la discusión de sus chicas, Florencia le vuelve a subir el volumen a la radio. La canción "*Mrs. Robinson*" de Simon y Garfunkel irradia de optimismo el interior de la camioneta. Al rato, Camila estira la mano desde atrás y cambia la emisora. Una canción más acorde a su edad hace que todas canten. Y mientras todas cantan y ríen, Joanna abre los ojos.

No es consciente de lo que pasa, pero el vapor se ha ido.

Sus ojos serenos disfrutan del paisaje placentero que envuelve la autopista. No tarda en divisar pinos. Una hilera enorme de esos árboles empieza a crecer a su alrededor. La camioneta toma un acceso, en donde un

camino de tierra se abre. A un costado del camino, un rústico letrero de madera le da la bienvenida.

*BIENVENIDOS AL PUEBLO DE ADORACIÓN.
QUE SU VISITA SEA GRATA.*

8

Florencia aparca la camioneta en un largo altillo de cemento. Apaga el motor y el sitio es sumergido en un silencio envolvente y quieto. A lo lejos, en la autopista que han dejado atrás, se escuchan los motores de vehículos. Son enmudecidos rápidamente por las voces chillonas y emocionadas de sus sobrinas que, cercadas por esa silente naturaleza, parecen dos niñas a punto de estallar de felicidad. Corren hacia un pequeño sendero de tierra, estrecho y cautivador. Florencia las sigue. Joanna se da un segundo para respirar ese silencio. No lo encuentra. Oye el canto de grillos, de pájaros y el sacudir de las hojas de los pinos que se mueven, de vez en cuando, debido a la estival brisa de enero.

Después de una bocanada de la paz que ese paisaje le ofrece, decide seguir a sus chicas. No tardan en llegar al final del sendero. Una vía de grava, ancha y desaliñada, ofrece dos salidas. Hacia la izquierda, siguiendo el camino de grava, se divisan claros por ambos lados. Portones de madera dan la bienvenida a enormes y anticuadas haciendas, protegidas por el incesante ladrido de perros.

—Siguiendo ese camino —dice Florencia—, llegamos a Adoración. No hay mucho que ver ahí. Solo edificios añosos y personas taciturnas.

Sonríe maliciosamente y se vuelve hacia sus hijas. Las gemelas, que ya intuyen el camino a seguir, están quietas en la salida derecha. Un alto letrero de madera dice: *ZONA DE CAMPING A DOSCIENTOS METROS*. Caminan hacia allá a través de inquietas y largas zancadas. Los pies de todas se hunden en la grava. Las piedrecillas del suelo dificultan el paso y sueltan un sonido grave, constante e irritante. El camino, a medida que avanzan, se vuelve angosto. Más de dos personas no pueden caminar juntas. Las gemelas lideran el paso.

Más atrás, Joanna se entretiene vislumbrando el paisaje. A los costados del camino se levantan murallas de pinos. Aquella pared verde que custodia sus pasos como anchas lancetas de madera le produce una vaga sensación de abandono. No obstante, le es imposible conciliar la paz, o hacerse cargo de esas vagas percepciones que el lugar ofrece. A su lado, Florencia no deja

de gritarles a sus hijas. Su hermana mayor parece una instructora militar de lo más agria.

—Serénate, Florencia —dice Joanna—. Es un campamento de verano, no un campo de guerra. No estamos en Vietnam.

—Van muy rápido —espeta Florencia. Luego vuelve a mirar a sus hijas con dramatización—. ¡Van muy rápido! —les grita—. ¡Van muy rápido!

Ni Camila ni Elizabeth parecen oírla. Florencia va a volver a gritar, pero Joanna la detiene.

—Mira a tu alrededor. Disfruta del paisaje, ¿vale?

—¿Cuál paisaje? —pregunta Florencia con un breve agotamiento—. Solo veo pinos.

—Y las colinas —añade Joanna.

—¿Cuáles colinas?

Joanna apunta con el mentón hacia el horizonte. A la distancia se vislumbran dos enormes colinas, tan grandes como montañas, que se levantan de forma magistral sobre el esquema plano de hectáreas y más hectáreas de pinos.

—Si no estuvieras tan ocupada en regañar a mis sobrinas, las verías. Son enormes, ¿no crees? ¿Qué piensas que haya al otro lado?

—Pinos —responde Florencia con desdén—. Solo parece haber pinos.

—¿Qué le pasó a tu humor? —pregunta Joanna—. Me convenciste de venir y ahora pareces fastidiada.

Florencia se detiene. El sol, que la sigue todo el camino, parece detenerse sobre su rostro e ilumina una expresión singular que Joanna no sabe cómo definir.

—Me duele la cabeza —termina diciendo.

Los rayos solares parecen hacerle daño. Son nocivos. Remarcan en su piel pálida una expresión agreste. Algo más que dolor de cabeza. Joanna intuye que se trata de mamá. El recuerdo de mamá muerta ha rebotado en Florencia como puntiagudos dedos solares que le queman los sentidos. Cree que debe hablarle sobre eso, pero no es el momento adecuado. Mira a sus sobrinas bordear una poza de agua y barro que ha brotado en el camino.

—Estaré bien —agrega Florencia.

Vuelve a caminar.

Joanna se muerde el labio inferior. Decide seguirla. Tiene que seguirla. No tiene otra opción. Al rato llegan a un claro enorme, rodeado por unas

delgadas vallas de madera recién barnizadas. Representan el cerco de un bello y extenso jardín que, del otro lado, ya no necesita vallas para demarcar sus límites, pues de forma natural la extensa muralla de pinos se alza por los demás costados como un misterioso muro verdoso, sobrecogedor y soberbio.

Un nuevo letrero de madera, a los pies de una bella cabaña de adobe, señala:

BIENVENIDO A LA ZONA DE CAMPING. SEA RESPETUOSO. BOTE SU BASURA DONDE CORRESPONDA.

En el interior de la cabaña, y del otro lado de una ventanilla, se encuentra una mujer de aspecto retraído. Mira a las nuevas visitantes con gesto de alarma tan breve, que resulta casi imperceptible. A medida que Joanna y sus chicas se acercan, la mujer, que debe tener unos cuarenta años, dibuja una sonrisa estudiada. Sonrisa de empleado público.

—Hola —dice la mujer—. Bienvenidos a la zona de *camping* del pueblo de Adoración.

Aquella voz cremosa, espigada y aparentemente instruida para soltar garabatos, a Joanna le resulta empalagosa, como la voz de una tonta muchachita que intenta hacer amigos. Esa frase aprendida de memoria y esa sonrisa falsa le produce un malestar en el estómago. Da unos pasos al costado y deja que Florencia se encargue de los asuntos burocráticos. Es la hermana mayor, después de todo. Debe encargarse de esos trámites.

Joanna intenta hacerse cargo del panorama verde que se rige sobre ella. Pero no puede, pues la voz sosa de aquella mujer de la recepción está a su lado. Le da *piñizcos* en sus oídos. Recuerda el libro *Misery* de Stephen King. Aquella gorda cuarentona le recuerda a Annie Wilkes. Sonríe tontamente para sus adentros. Su sonrisa interna se vuelve demasiado estruendosa para mantenerla en el baúl introspectivo. Le es inevitable soltar un “¡ja!”. Siente la mirada de todas encima de ella. Se desentiende con su celular y finge ver memes.

Las miradas desaparecen, aunque sus gemelas se acercan para ver el motivo de risa de su tía.

—No es nada —dice. Vuelve a dejar el celular en su bolsillo—. Cosas de adultos. Vengan, niñas, miren a su alrededor. La naturaleza es mejor que el celular.

Sus sobrinas le hacen caso. El control de acceso a la zona de *camping* custodiado por aquel centinela regordete y torpe llega a su fin. Joanna y sus chicas atraviesan las vallas de madera y hunden sus pies en la hierba. A unos metros de su paseo por la antesala de la zona de *camping*, se comienza a escuchar el barullo de las demás mujeres.

El camino, que venía ascendiendo y tomando la forma de un cerro, vuelve a inclinarse hacia abajo. A menos de cien metros a la distancia, logran divisar al resto del curso. Una larga mesa de madera descansa en medio del claro de césped. Una casona amarilla se alza en un rincón. Rodeando aquella imagen de panfleto turístico, se elevan las fortificaciones de pinos. La forestal de los Garretsen y el medioambiente creado se trazan como un laberinto boscoso lleno de secretos. Del lado septentrional de la columna de árboles puntiagudos, se empinan aquellas descomunales colinas que parecen vigilarlo todo bajo ellas.

—Sublime —admite Joanna.

—Sin duda, en Adoración hay más pinos que personas —menciona Florencia—. La forestal de los Garretsen ha imbuido a este pueblo de un semblante boscoso intimidante.

—Leí que la forestal se encuentra del otro lado del pueblo —explica Elizabeth—. En la salida norte. Allí se realizan las faenas.

—Cállate, sabelotodo —dice Camila.

Florencia la mira con severidad.

—Deja que tu hermana hable.

—Solo quería decir que este lugar no pertenece a los Garretsen —termina Elizabeth—. Este lugar es público. Lo que pasa es que sus pinos se han esparcido por todo el pueblo como...

—Como un virus —interrumpe Camila y le da un golpecito a su hermana en el brazo.

Comienza a correr por el césped. Elizabeth la sigue. Ambas ríen. Joanna espera que Florencia vuelva a gritarles, pero su hermana mayor no dice nada. Se limita a sonreír mientras las ve perderse en el horizonte verde.

Joanna y Florencia no tardan en alcanzar a las gemelas. La zona de *camping* las engulle con el alboroto juvenil. Joanna ve a sus alumnas esparcirse en el ambiente como girasoles. Pero también ve a las madres. Sí, las madres también están ahí.

El comité de zorras necias sobreprotectoras siempre está ahí, recuerda Joanna.

No hay nadie más. Ningún otro visitante. Por esa semana, el comité ha pagado para tener la zona de *camping* para ellas solas. A Joanna no le sorprende. Marta, la líder del comité, que parece llevar la cartera copada de dinero, sería capaz de comprarle la luna a su hija si el mundo se lo permitiera.

Joanna suspira. Ve cómo Florencia saluda al grupo de madres que reposa alguna aburrida conversación en la mesa de madera. Su hermana parece no tener problemas en formar parte del grupo. Aunque Florencia es amable y no se olvida que a Joanna el sociabilizar con aquellas mujeres estiradas le es una tarea difícil.

—Mi hermana ha decidido venir —dice y le sonríe a Joanna—. Pero no ha venido como maestra de escuela, sino como mi invitada. Ella ha venido a disfrutar.

—Sí —murmura Joanna—. Ya lo estoy disfrutando.

Recibe las sonrisas estudiadas del comité. Aquellas madres son como la mujer de la recepción. El grupo de *Annie Wilkes* le saluda con un ramillete de sonrisas inventadas. La muchedumbre de apoderadas de la escuela técnica le recuerda que los *trámites* de la vida adulta le siguen incluso ahí, en ese erial de pinos alejado de la civilización.

Entonces, haciéndose cargo del trámite de la falsa simpatía, ella también sonríe. Luego estudia la mesa y el cóctel que hay encima de ella. Ve galletas de soda, ensaladas, pan integral, frutas, todo tipo de aderezos, frituras y jugos.

—¿Dónde está el alcohol? —pregunta con mordacidad.

Marta se apresura en abrir la boca.

—Es un paseo escolar, cariño, no una fiesta de adolescentes.

—Solo bromeaba —se disculpa Joanna.

—Aunque faltan algunas cosas —manifiesta Ingrid, la vocera del comité—. Ha faltado comprar café, azúcar, cigarrillos y algunas revistas para hojear antes de dormir.

—Leche de soya —añade Marta—. Mi hija Gabriela y yo no vivimos sin leche de soya.

—Iré al supermercado de Adoración —dice Joanna sin pensarlo—. Hagan una lista y me la envían por mensaje de texto al celular.

—Me parece súper —resuella Ana, la única miembro del comité que le agrada. Se acerca a Joanna con una legítima sonrisa maliciosa en el rostro—. Podrías traer unas cervezas —le susurra con complicidad. Luego le guiña un ojo.

Aquella situación hace de Joanna una colegiala a punto de hacer una travesura. Sus deseos de escapar de ahí son más fuertes.

—Acabas de llegar —le reprocha Florencia—. Por qué no aguardas un momento. Come algo. Luego podríamos ir las dos.

—He olvidado hacer un trámite en el banco —miente—. Necesito hacerlo.

Cuando comprueba que el comité está ocupado planeando la lista virtual del supermercado, Joanna se acerca al oído de su hermana.

—Debo salir un momento —le susurra—. Debo salir porque las zorras me están mordiendo.

Florencia va a abrir la boca, pero se detiene. Parece abstraída, ausente. Parece haberse olvidado de Joanna.

—Se divierten —dice de repente—. Las chicas se divierten.

Mira a sus hijas con determinación. Como si quisiera ir hasta ellas y decirles algo. Joanna mira a sus sobrinas que, junto a un grupo de sus alumnas, ríen y corren alrededor de la casona amarilla. Vuelve a mirar a su hermana.

—¿Estás bien?

Florencia se gira hacia ella. Sus ojos negros siguen ausentes, como si mirasen a un sitio cuya esencia no es física ni palpable a los ojos humanos. A un sitio que discurre a través del viento y se pierde en el aire. Vapor, piensa Joanna. Y vuelve a tener la certeza de que Florencia es atacada por malas ideas. Algo así como un mal presentimiento provocado, sin duda, por el recuerdo de mamá.

—¿Qué te sucede? —insiste. Esta vez le toca el hombro.

El contacto físico trae de vuelta a su hermana.

—Nada —dice con lentitud y torpeza, como si hubiera despertado de un coma—. He tenido un *déjà vu*.

Florencia sonríe. Joanna, a pesar de la creencia de que su hermana la está pasando mal, se limita a ofrecerle una sonrisa fraternal. Ambas miran al grupo de madres, rodeando el celular de Marta, y discutiendo sobre las cosas que se deben comprar.

Ahora ambas hermanas ríen.

—Parecen hienas rodeando una presa —susurra Florencia.

—Zorras —corrige Joanna.

Un par de minutos después, la lista del supermercado ha sido recibida por su celular. Florencia le ofrece las llaves de su camioneta y Joanna las acepta con emoción. Siempre había querido conducir aquella enorme maquina gris.

Satisfecha, huye de ahí. Pero se ve obligada, después de caminar un poco, a mirar hacia atrás. Le preocupa Florencia. Y su preocupación crece. Se hincha. Siente un vaho conocido adhiriéndose en el pasamano de sus ideas. No debe tomarlas. No debe hacerse cargo de ellas, o el terror regresará.

Astutamente, aparta la vista de Florencia. Mira a sus sobrinas y las demás chicas. Ya no juegan en la casona amarilla. Ahora se esparcen con jolgorio a los pies de los pinos. Intenta llenarse del clamor infantil, pero el afrodisíaco de buenas energías corre en dirección contraria. Corre hacia los pinos. Hacia el bosque. El bosque respira y se traga las risas de sus chicas. Joanna tiene un mal sabor de boca. Decide girarse hacia la salida e ir en búsqueda de la camioneta.

Decide salir de ahí.

9

Adoración le resulta un sitio tranquilo. Demasiado tranquilo. Le provoca un estremecimiento. Joanna recuerda sus visitas, cuando niña, al cementerio; buscaba la tumba de sus abuelos. El silencio de la ciudad de muertos poseía una vibración extraña, retumbante. Sus pensamientos se oían demasiado fuertes. Ahora le pasa lo mismo. El silencio que levanta aquel pueblo polvoriento aumenta el bulto en sus ideas. Aquello no es nada bueno.

Conduce despacio, a pesar de no haber demasiado tráfico. Desconoce las calles y, quiera o no, sus ojos de turista todavía curiosean el detalle de los alrededores. Las calles son angostas y descuidadas. Las soleras se encuentran resquebrajadas, pero limpias. Definitivamente, ese lugar le parece un cementerio. Uno añoso, de muchos siglos y en donde un feo conserje acaba de barrer. Cree, incluso, sentir el olor a polvo en el aire.

Enciende la radio. La frecuencia no anda bien. Se produce una interferencia constante en todas las emisoras, salvo en la radio local. Para su desgano, su sobrina Elizabeth tiene razón: Adoración es un pueblo

profundamente religioso. Luego de oír a dos hombres discutir sobre el Nuevo Testamento, decide apagar la radio. El silencio, otra vez.

Llega hasta el final de lo que parece ser la avenida principal. Vislumbra frente a ella una plaza larga y cuadrada, de la misma longitud en todos sus lados, como un tablero de ajedrez de loza gris en donde, justo en medio, se alza una pequeña cúpula de madera. En su interior cuelga una figura de yeso de la Virgen María.

Un lugar en donde la vida humana parece haber sido consumida. Aunque el abandono no es total. Alcanza a ver a un anciano sentado sobre una de las bancas de madera que rodean la plaza. Su postura es de indiferencia. De ebria indiferencia, concluye Joanna al ver las latas de cerveza rodear sus pies.

Un semáforo en rojo la obliga a detenerse. La indiferencia del viejo parece haber cambiado por un ligero interés. Levanta la mirada hacia el único vehículo que circula frente a él. Alza la mano hacia Joanna. Joanna lo saluda. El viejo, en cambio, le levanta el dedo del medio.

Joanna hace lo mismo. Luego acelera. Olvida que está en rojo y casi atropella a una anciana. La mujer, de espalda encorvada y rostro zarrapastoso, la queda mirando con odio. Odio senil que parece maldecirla. La pequeña bruja que tiene en frente no le levanta el dedo del medio, pero le levanta una execrable mirada que va más allá de un “cuidado, perra, casi me atropellas”. Es algo como “te maldigo. Ah, y por cierto, te condeno al infierno”.

La anciana finalmente le quita la mirada de encima. Parece decirle algo a regañadientes, pero Joanna no escucha. Tiene el deseo de acelerar. Pasar con rojo. Da igual. No ha visto a ningún policía cerca. No ha visto civilización cerca, salvo a aquellos ancianos. Cuando está a punto de acelerar, el semáforo cambia a verde.

Según el GPS de la camioneta, el supermercado está al final de la calle que crece del otro lado de la plaza. Bordea el páramo gris a través de una angosta callejuela deslucida. La apatía de aquel sitio, en donde la humanidad parece vivir bajo las alcantarillas, le dice que ella tiene razón: Adoración es un pueblo de paletos. De paletos adoradores de pinos, añade, cuando nota las copas de los pinos creciendo en los bordes del pueblo.

En la calle contigua parece haber un poco más de gente. Dos hombres caminan velozmente en dirección a la plaza. Más atrás, una señora de

aspecto elegante camina con graduales pasitos por los pasajes anticuados de aquella urbe desolada. Con un café en la mano, se detiene frente a la mampara de una de las muchas tiendas que parecen podrirse en medio del silencio abrumador que se enarbola en cada poro de Adoración.

Al igual que la mujer, Joanna detiene la camioneta frente a algo que le llama la atención. Se trata de una pequeña estructura de cemento que se levanta en la orilla del camino. Es una delgada placa, en cuyos pies reposa, a lo menos, una docena de flores. Abre la ventanilla y lee:

*EN MEMORIA DE TABITA
QUIEN FUERA ASESINADA POR SU MADRE
JUNIO DE 2012 – MAYO DE 2020*

—Era solo una niña —dice Joanna en voz baja. El estremecimiento que había sentido al llegar a Adoración va en aumento.

El mal sabor de boca también. Siente amargura. Una carcajada del otro lado de la calle la hace mirar hacia el jardín de una alta casa color marrón. En el jardín está sentada una sonriente mujer de aspecto demacrado y famélico. La mujer mira a Joanna mientras ríe. En sus brazos mece a un bebé. No tarda en dejarlo caer. Joanna da un respingo y suelta un quejido, mientras la mujer ríe sin parar. Joanna recupera la respiración al darse cuenta de que no se trata de un bebé de verdad. Solo es una muñeca.

Acelera lentamente, desconcertada ante esa situación. Tropieza con otra placa. Esta es de metal y yace a un costado de la casa color marrón. *REPOSO PSIQUIÁTRICO DE ADORACIÓN*. Joanna lee aquella frase dos veces. Lanza un suspiro de agotamiento y se apresura en llegar al supermercado.

Se estaciona en el frontis de aquel edificio anaranjado. Da las gracias por ver tres autos aparcados a su alrededor. Ve abrirse las puertas eléctricas. Ingresa y es avasallada por una música escalofriantemente publicitaria. Unos sonidos por computadora atraviesan la sala como relámpagos estruendosos. A Joanna le recuerda la música de los Supersónicos. Aquello hace que sus ganas de hacer compras se vayan por el retrete. Tiene una idea. Necesita un estimulante. Dos, a decir verdad. Da largas zancadas hasta el pasillo de licores y se hace con dos latas de cerveza. Paga y sale del supermercado. Las compras pueden esperar. Sus deseos de beber, no.

Piensa encerrarse en la camioneta a beber, pero la idea de tomar cerveza al interior de la elegante camioneta de su hermana no le apetece. Además, le

resulta buena idea un poco de aire libre. Camina hasta el costado del supermercado. Un largo, pero estrecho callejón. Se sienta sobre una rampa de cemento que lleva hasta la zona de basureros. El olor a desechos está lo suficientemente lejos como para sentirse una vagabunda. Se apoya en la estructura y abre la primera lata.

Sabe fresca y helada, como debe estar. Sin embargo, la paz que busca conseguir se ve fracturada por un mensaje que alguien, con plumón negro, garabateó en la muralla del fondo, justo del otro lado de los tachos de basura.

DIOS SIEMPRE TE ABANDONA. EL DIABLO, JAMÁS.

Aquello no le termina de hacer sentido. Nada parece tener sentido en aquel pueblo puñetero. Aquel pueblo estúpido parece estar empeñado en joderle la vida. Parece decirle cosas. Busca amedrentarla. Sí, parece entenderlo. Piensa en la placa conmemorativa de la niña muerta. “Quien fuera asesinada por su madre”, recuerda. Aquello no le parece un recordatorio, sino una amenaza.

Le quita la mirada a aquel mensaje. Aquellas letras negras huelen a vapor. Se concentra en la lata de cerveza que tiene en sus manos. Aquel líquido huele a cebada. Y ese olor trae mejores pensamientos. Piensa en sus días en solitario por la playa de la ciudad. Hundiendo sus pies en la arena y sintiendo la humedad del agua burbujeante salpicar, con cada oleaje, sobre sus piernas.

Y bebe largos sorbos.

Piensa en las risas de los grupos de jóvenes rodear la playa durante las mañanas. Y ve a los jovencitos surfear, o intentar hacerlo, en las placenteras oleadas del océano Pacífico. Y ve sus músculos, marcados en sus abdómenes y brazos anchos. Y siente sus miradas encima. Miradas llenas de lujuria.

Y bebe sin parar, hasta acabarse la primera lata. Eructa. Sonríe. Cruza las piernas y se estira. Siente un hormigueo en la cintura.

Ve a esos jovencitos acercándose, sin quitarle la vista de encima. Y siente sus manos deseosas sobre todo su cuerpo. Y recuerda sus noches de sexo. Sexo todos los fines de semana. Y trata de aferrarse a eso. A esa vida sin preocupaciones.

Abre la segunda lata y bebe.

El sol de la mañana la adula y la hace sentir feliz. Da otro sorbo y continúa en su introspectiva reflexión sobre sexo. No hay nada mejor que recordar. El silencio ponzoñoso de Adoración genera ecos de sus pensamientos. Entonces es bueno pensar en sexo. Y el eco de sus gemidos de pasadas noches de pasión la hace soltar una majadera y placentera risita.

Una risita tímida que hace que se sonroje.

Le da otro sorbo a la cerveza.

Mientras el líquido recorre su garganta, ve de soslayo el mensaje en la muralla. Le es inevitable no leerlo otra vez.

DIOS SIEMPRE TE ABANDONA. EL DIABLO, JAMÁS.

Aquel mensaje extraño le recuerda otro: *LOS EXTRAÑOS HABÍAN VENIDO DEL SUDESTE ASIÁTICO.*

Y la cerveza, cayendo por su garganta, se vuelve oscura, tibia y amarga, como *whisky*. Se desvanece. Adoración se defiende. En aquel pueblo no hay espacio para pensamientos pasajeros. Las malas ideas no te abandonan en aquel paraje de pinos. El diablo habita bajo las alcantarillas de Adoración. Y el diablo jamás te abandona. No mientras estés ahí.

Y los recuerdos regresan. El vapor asciende por las alcantarillas de las soleras. Recuerda a su madre agonizando bajo el piano Rönisch. Aquella mujer moribunda le habla. La frase, en aquel callejón abúlico, se oye con fuerza.

RECIBES LO QUE MERECE, PERRA.

Y es verdad. Recibe lo que merece. Después del placentero sexo con su último chico, algo crece en su vientre.

Una inesperada ráfaga de viento golpea su rostro. Su pelo se agita sobre su cara. La lata de cerveza vacía que había dejado a un lado, cae por la rampa. Joanna baja la mirada con intención de recogerla. Tropieza con un panfleto. Lo va a tomar, pero algo la detiene. Son pisadas acercándose hacia ella. Vienen del final del callejón. Ahí donde, hasta hace un rato, parecía solo haber basureros.

Mira hacia allá. Ve una silueta humana encapotada por el sol.

10

La sombra negra se traza sobre el cemento como un espectro movedizo. Se tambalea y huele mal. Cuando la distancia disminuye y los rayos solares no hacen más que esclarecer los rasgos del desconocido, Joanna ve a su acompañante. Se trata de un vagabundo desaliñado y de aspecto hosco.

Se posiciona frente a Joanna con los brazos cruzados. Viste un largo abrigo gris cubierto por manchas de aceite y cerveza. Huele a orina y alcohol podrido. Una mirada agria queda estática sobre la lata que Joanna sostiene en sus manos.

—¿La quieres? —pregunta Joanna con premura. Busca sacarse la figura ominosa de encima.

Pero la personificación de su mal sabor de boca no dice nada. Hunde su mano derecha en la mata de pelo gris y grasoso que cae sobre su frente enrojecida por quemaduras de sol. Joanna ve la caspa caer y siente deseos de vomitar.

—No es bueno que estés aquí —dice el vagabundo—. No deberías, es peligroso.

Joanna lo mira con desconcierto. Con desconcierto y aversión; después de todo, sus deseos de vomitar no se difuminan.

—No es bueno que estés aquí —repite.

Su voz es débil, casi como un susurro. Como si tuviera miedo de que alguien lo escuche. Sus ojos negros están amarillentos, moribundos y, en el derecho, una mancha de sangre reposa sobre su globo ocular. Un derrame. Aquel hombre parece a punto de morir. Sus ojos mortecinos están detenidos ahora en Joanna. Pero no parecen mirarla a ella. Parecen ausentes. Detenidos en el umbral de un lugar imperceptible que, como una barrera, se interpone entre ambos. Esa barrera hace que el viejo luzca alejado, como si el rostro de Joanna fuese un espejo y él se mirase y hablase a sí mismo.

Y su mensaje persiste.

—No es bueno que estés aquí.

Su voz sigue bajo el semblante de un hombre con miedo. De un hombre que murmura.

Joanna, cansada de lo que ocurre, se gira hacia la salida del callejón y camina. En un gesto de compasión, abandona su cerveza y la deja sobre la rampa. Pero el vagabundo no le presta atención. Ni siquiera la mira. Sigue a Joanna con la mirada. No tarda en seguirla con los pies. Y no tarda en alcanzarla.

—No es bueno que estés aquí —reitera.

—¡Déjame en paz!

—No es bueno que estés aquí. En Adoración los niños mueren tan rápido como los días.

—¿Y eso a mí qué?

—Estás embarazada, chica.

Joanna se vuelve hacia el hombre. Si es que había un espejo entre ambos, este se ha roto. Y los cristales salpican y cortan la cara de Joanna. Aquella horrible verdad le hace daño.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta con angustia.

El hombre, que se ve inesperadamente libre de su miedo, se acerca a Joanna con prepotencia y la coge de los brazos. Sus ojos amarillentos y desahuciados parecen suplicarle que se vaya.

—¡El niño!, ¡el niño! —grita con emoción, casi como una plegaria. Pero rápidamente los ojos del viejo vuelven a tener ese semblante espantado. Sus iris, recientemente enormes por la emoción, han vuelto a disminuir. La sangre derramada en su ojo derecho se hace más grande, como la tela sanguinolenta que hace de su panorámica una cosa rojiza, que lo amenaza con la muerte. El miedo en el hombre ha vuelto. Y el susurro también—. En Adoración, chica. En este pueblo maldito las madres matan a sus hijos.

—¡Suéltame! —grita Joanna.

El hombre la suelta, pero Joanna, que tiritaba por el pánico, golpea el pecho del vagabundo. El hombrecillo cae de culo al piso. Joanna tiembla y parece incapaz de salir corriendo. Se limita a mirar a su acompañante con rabia. Pero, a medida que observa al hombre caído, su rabia se convierte en malestar en la conciencia. Mira al hombre con un anticuado gesto de disculpa.

Para su fortuna, el vagabundo no parece herido. Confundido, sí, pero la confusión forma parte de su carácter. Joanna lo ve ponerse de pie con dificultad. Lo ve mirar en derredor y detener su mirada en el norte. A la distancia, las copas de cientos de pinos bordean el pueblo. Sobre ellos, las enormes colinas, como ojos, parecen vigilarlo todo. El vago se vuelve hacia Joanna.

—Vete —se anima a decir en un susurro.

Pero a Joanna le da la impresión de que ese *vete* se lo ha dicho a él mismo. Vaya cosa, el espejo entre ambos ha regresado. El vagabundo se va hacia el acceso al supermercado, sin embargo, se detiene. Vuelve a girarse hacia Joanna.

—¿Puedes darme una moneda?

Joanna frunce el ceño. Dice que no con la cabeza.

—Maldita puta —se queja el vago—. Maldita puta egoísta.

Luego de ese último mensaje amistoso, el vago se aleja. Se aleja cojeando del pie derecho. Joanna lo sigue con la mirada. Mantiene una ceja en alto. Se descubre tocándose el vientre con angustia. Sus ojos se humedecen. Decide quedarse unos minutos más en aquel callejón solitario. Necesita un tiempo para secarse las lágrimas incipientes y recuperar el aire.

Aunque no tarda en entender que eso de recuperar el aire es una mala idea. El aire está viciado. Huele mal. Huele a orina y alcohol podrido. El aire la llama *maldita puta egoísta*. Sus ojos dan con el panfleto que pensaba tomar antes de ser interrumpida por el vago. Aún se encuentra quieto en el piso. Se inclina para tomarlo. Lo lee.

*MISA EN LA PARROQUIA DE ADORACIÓN
OREMOS POR LOS MELLIZOS ASESINADOS
ORANDO SOMOS MÁS FUERTES
ORANDO SOMOS MEJORES PERSONAS
ORANDO LLAMAMOS A CRISTO
Y ORANDO
ALEJAMOS A SATANÁS.*

Bajo aquel mensaje, que parece un poema de algún colegial fanático de Jesús, se lee la dirección de la parroquia junto al día y hora de la misa. Se celebrará mañana al mediodía. Aquello a Joanna, por alguna razón, le pone los pelos de punta.

En la última parte de la hoja, con pequeñas letras negras, se lee: *EN MEMORIA DE LOS HERMANOS DAVID Y ANTONIO, QUIENES A SUS DOS AÑOS FUESEN ASESINADOS POR SU MADRE.*

—Más niños muertos —susurra Joanna—. Y asesinados por sus madres.

Siente un estremecimiento. El dolor en el vientre se hace más poderoso. Recuerda las palabras del vago. Mira hacia el sitio en donde el extraño se había ido. Allá no hay nadie. Solo un escenario silencioso y vacío. Alza la mirada y ve los pinos. Recuerda el miedo del hombre cada vez que hablaba. Tiene la certeza de que ese miedo se debía a los pinos. Al bosque de pinos. Como si alguien, entremedio de ellos, vigilara sus palabras.

Tiene la certeza, también, de que Adoración es como la mandíbula de un perro rabioso. Aquellos puñeteros pinos son los dientes.

Alza la mirada un poco más y tropieza con las enormes y puntiagudas colinas. Aquellas enormes y triangulares formas del relieve ya no le parecen

ojos.

Ahora le parecen colmillos.

11

Aburrida de lo anormal, camina hacia el supermercado. Revisa su celular y lee la lista de cosas que debe comprar. La leche de soya de Marta está subrayada en rojo. Aquello le resulta irritante, pero extrañamente agradable. Es normal, después de todo. Nada más normal que una madre siútica. Nada más normal que ir al supermercado y hacer compras. Las cosas normales le sientan bien.

Ingresa. Poca gente, pero no le llama la atención, pues es el supermercado de un pueblo rural. De un pueblo rural donde no parece vivir gente. Cuatro cajas, una al lado de la otra, ocupan el salón principal. Detrás, cinco pilares de concreto dividen los cuatro anchos pasillos del supermercado. Fluyendo entre ellos, la música electrónica que le recuerda a la intro de los Supersónicos.

Es normal, dice, mientras se abre paso por el costado izquierdo que lleva al pasillo de las frutas y verduras. Es normal la mala música ambiente en un supermercado. Comprar es una experiencia espacial. Comprar es una experiencia supersónica. Una experiencia de mierda. Pero normal, jodidamente normal. Un trámite.

Hay una canasta de plástico sobre el suelo. Parece olvidada. Le parece útil y la toma. Lo primero que busca es la leche de soya. Revisa el celular y se apresura en tomar los artículos ahí descritos. En el quinto y último pasillo, que cierra de manera horizontal el edificio, se encuentra la carnicería. Un hombre de aspecto malhumorado le saca filo a un cuchillo. Detrás de él, una res despellejada cuelga de un gancho. Hay un balde bajo el cráneo. Algunas gotas de sangre caen. Un par de moscas revolotean cerca.

Pide carne para asar. La pide de mal humor, y no porque la imagen del vacuno muerto le anuncie que convertirse en vegana sea buena idea. Lo hace porque el carnicero evita mirarla a los ojos. Las pocas veces que lo hace, Joanna nota cierta amargura en su mirada. Como si un cargo de consciencia no dejara al viejo tranquilo.

Cuando está en el pasillo de los licores, en búsqueda de las cervezas que le encargó Ana, la mirada amarga regresa. Ahora es una anciana decrepita quien la mira. Lo hace de soslayo, mientras finge mirar las etiquetas de unas elegantes botellas de vino. Pero Joanna la ha sorprendido viéndola en un par

de ocasiones, mientras decide qué cerveza llevar a la zona de *camping*. De pronto, por el reflejo del vidrio de la cerveza, nota que la vieja la mira desvergonzadamente. Se gira para sorprenderla, pero cuando lo hace, la vieja no parece mirarla. Al igual que el vagabundo, la anciana tiene sus ojos sobre ella, pero no parece verla. Parece ausente, en otro sitio, como si Joanna nuevamente fuese un espejo.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta.

La mujer parece no escucharla. Un par de lágrimas caen de sus ojos lagañosos y resbalan por encima de su marchita mejilla derecha.

—¿Le pasa algo? —insiste Joanna, ahora más alertada por las lágrimas.

La mujer parece volver a la realidad. Sigue con los ojos puestos sobre Joanna, pero en esta ocasión sí la mira. La mira igual que el hombre de la carnicería. Con una mezcla de severidad y desconfianza.

—Deberías irte —se anima a decir con voz pausada—. Este lugar tiene desperfectos.

Joanna ve a la anciana alejarse. Una vez sola, le es inevitable no descargar su descontento.

—Pueblo de idiotas —dice a regañadientes.

Se concentra en las cervezas. La frase de la mujer ha quedado atorada en alguna parte de su conciencia, pero no debe pensar en ello. Debe enfocarse en lo normal. En el normal trámite de elegir qué cerveza es mejor.

A los minutos está en la sección de revistas. Ingrid, la más parlanchina del comité, y madre de Loreto, le ha encargado revistas para hojear antes de dormir. Frente a ella tiene una variedad de artículos de lectura. Hay muchos libros y libretas de anotaciones. Piensa en que, si Ingrid leyera libros en vez de revistas de espectáculos antes de dormir, sería una persona con una tendencia a pensar antes de abrir la boca. Sería, quizá, más agradable.

Mira las revistas de fama. Toma dos, junto a dos más de moda. Encuentra algunas revistas para adultos. Piensa en tomar una y llevársela a Marta. “Toma, zorra, cautívate con algunos penes”. Sonríe bobamente al darse cuenta de que está pensando tonterías y burlándose de las apoderadas de su curso. Eso es habitual. Y normal.

Piensa en eso de cautivarse con penes. Y la idea de la revista para adultos cobra fuerza. Ya no para jugarle una broma a Marta, sino para hojearla ella misma. Después de disfrutar de la naturaleza junto a sus sobrinas y alumnas, no le parece mala idea hojear revistas de adultos y beber cerveza

antes de dormir. Como toda una quinceañera en un campamento de verano. Quizá podría compartir la revista con su hermana y con Ana, la única miembro del comité que le resulta agradable.

De pronto se da cuenta de que una pequeña niña la mira con un tierno gesto de curiosidad infantil. La niña la obliga a dejar la revista para adultos donde estaba. Joanna, avergonzada, se da cuenta de las tonterías que acaba de pensar. La idea de hojear revistas para adultos como una adolescente le hace sonreír.

Vuelve a mirar a la niña, quien le sonríe de vuelta. Luego corre por el pasillo y se aferra a la pierna de una mujer. Joanna alza la vista y ve a una alta mujer pelirroja sonreírle a la pequeña. Se las queda mirando con el entrecejo en alto. Entonces se da cuenta. Es la primera familia feliz con la que se encuentra en toda su estadía en Adoración.

Finalmente va en busca de medicamentos. Pero descubre que en aquel pequeño supermercado no hay farmacia. Solo unos cuantos antiinflamatorios, adhesivos sanitarios, apósitos, pañales y antiácidos cuelgan de un estante amarillo, a un costado del pasillo de higiene personal. Esperaba encontrar una farmacia. Esperaba encontrar algo para acabar con el bebé que espera.

Decepcionada, se dirige hacia la caja más cercana. Piensa en que, tan pronto como acabe su semana en Adoración, y ya de vuelta en la ciudad, irá a la farmacia en búsqueda de algún fármaco. O quizá se escape dentro de la semana. No lo sabe con certeza.

En la fila de la caja hay dos personas delante de ella. Mira hacia las otras cajas. Parecen haberse llenado de manera repentina. Alcanza a notar a otra familia feliz en la caja contigua.

Se trata de una pareja de adultos sonrientes. Bajo ellos, un niño de a lo sumo siete años, quien se empapa de esa sonrisa de papi y mami. Detrás de ellos, un alto tipo de aspecto rudo y juerguista le da golpecitos inquietos a las latas de cerveza que cuelgan de sus anchas manos. Viste una chaqueta de cuero negra y una pañoleta al más puro estilo de estrella de rock. Una desahuciada y cubierta por las inconfundibles estrías de los adictos.

La mirada de Joanna se cruza con la del extraño. Aquel hombre, a pesar de ser a todas luces un buscapleitos, no lleva encima la marca innata de la gente de Adoración. La mirada severa y desconfiada, marca personalizada de los adoradores de pinos, no se encuentra en él. Hay algo agradable en su

forma de mirar. Y tampoco se trata de coquetería. El tipo no la mira con cara de “súbete a mi moto, guapa, y haz rugir mi motor”. Esa palabrería absurda, sacada del más cliché y porno de las películas de rockabilly, no parece anidar en sus ojos alterados. Nada sexual hay en esa mirada compartida.

Le resulta agradable por otra razón. Cuando ve los dedos moverse inquietos sobre las latas, como los dedos de un pianista en el mejor solo de su interpretación, lo comprende. Lo agradable en esa mirada compartida se debe a que, detrás, hay un sentimiento mutuo: largarse de ahí. Ambos son forasteros con ansias por abandonar Adoración. “Súbete a mi moto, guapa. Súbete y vámonos de aquí”.

Le quita la mirada de encima. Escucha el repentino llanto de una niña. Se trata de la pequeña de hace un rato. Lloro frente a su mami, mientras se aferra a una historieta para niños. El llanto se mezcla con un agudo grito infantil que hace que las ganas de Joanna por irse aumenten.

Alguien la toma del brazo. Se gira hacia adelante, sobresaltada. Se trata de una mujer casi famélica, pero con el vientre hinchado debido a un avanzado embarazo. Viste de manera harapienta y sus pies descalzos, ennegrecidos por la suciedad, le dicen a Joanna que está frente a un nuevo vagabundo.

—¿Puedes darme una moneda? —escupe la mujer con voz fatigada.

La boca de la mujer ofrece un fuerte olor a cigarrillos que se mezcla con el olor a humedad que desprenden los harapos desgastados que viste. Sus dientes amarillentos y encías inflamadas e hinchadas, le dicen que la mujer es una adicta. Una de las malas. Sin vuelta atrás. No es de esas adictas que ingresan al supermercado vistiendo chaqueta de cuero, compran cerveza y parecen apresuradas por irse. Por el contrario, parece ser consumida por una droga aún peor. Una que la hace apresurarse hacia ningún lado, salvo hacia la muerte. Joanna siente compasión por ella. Saca un billete y se lo da.

La mujer sonríe. Va a decir algo más. No alcanza a abrir la boca, pues el guardia del supermercado la obliga a salir de ahí.

—Ella solo quería comprar —se queja Joanna.

El guardia se devuelve con gesto de complacencia.

—Es habitual que entre a pedir dinero —explica con jactanciosa seriedad—. En los supermercados no venden heroína, así que se marcha.

El guardia no espera que Joanna diga algo. Se va rápidamente hasta la puerta principal. Detrás, la mujer embarazada escapa con el billete que le ha

cogido a Joanna.

—Forasteros —masculla la anciana que tiene sobre ella.

Joanna va a decirle algo, pero decide no hacerlo. No tiene deseos de discutir. Su único deseo es marcharse de ahí lo antes posible. Las demás filas avanzan, pero para su mala fortuna, la suya ha quedado detenida debido a la torpeza de una gorda mujer que parece tener inconvenientes con el dinero que debe pagar. Mientras revuelve en su cartera con aspavientos propios de quien es presionada socialmente en la fila del supermercado, deja caer unas monedas. Se inclina al piso con dificultad para tomarlas.

Joanna suelta un suspiro. Suena su celular. Es Florencia.

—¿Por qué tardas tanto, hermana?

—Este pueblo es de locos —responde, asegurándose de que nadie la escuche—. Parece que el deporte más popular en Adoración es joderles el día a los forasteros.

Florencia suelta una risita.

—Vamos, no exageres. ¿Has conseguido todo?

—Todo, incluso la puñetera leche de soya.

—Es bueno oír eso. De no traerla contigo, creo que Marta sería capaz de tomar a su hija y largarse.

—Vaya mierda —dice Joanna—. ¿Lo imaginas? Paseo escolar cancelado por culpa de la leche de soya. Creo que esa pobre niña quedaría traumada el resto de su vida. —Joanna sonríe maliciosamente debido a lo que está por decir—. He revisado la fecha de vencimiento un par de veces. De estar vencida, Marta sería capaz de demandarme por intento de homicidio.

—No te preocupes, yo sería tu abogada.

Ambas ríen. Joanna culmina su risita con una idea. Con una buena idea: es normal. Reír es normal. Hablar tonterías con Florencia es normal. Es normal y hace bien.

—Es bueno oírte reír —agrega Florencia—. Al parecer, Adoración no es tan malo. Deberías pedirle una disculpa.

La mujer gorda finalmente recibe la boleta por sus compras y se marcha. La anciana avanza unos pasos.

—Es la gente —aclara Joanna—. La gente parece de mal humor. Poseen un semblante extraño. Son serios y te miran como si supieran que eres forastero. Es como si odiaran a la gente de afuera.

—¿Dices que los adoradores de pinos son pueblerinos localistas con proyecciones xenófobas?

Florencia ríe.

—Hablo en serio, hermana. No los he visto sonreír. —Joanna mira en los alrededores en busca de alguna sonrisa. Solo la encuentra en la familia de la caja del lado—. A decir verdad, ni siquiera recuerdo haber visto gente joven. La única gente joven que he visto son visitantes. Solo ellos sonríen. En serio, Florencia, este pueblo es espeluznante.

—Suenas como un cuento de la cripta. —Florencia se burla de su hermana menor—. Me estás diciendo que he traído a mis sobrinas a vacacionar a un puto pueblo de ancianos. Quizá Adoración es un asilo y no nos hemos enterado. Eso explicaría sus gestos. Ya sabes cómo son de complicados los ancianos con las visitas.

—Te comportas como una mocosa en Navidad, Florencia. Voy en serio cuando digo que este pueblo tiene un semblante extraño. Si estuvieras acá, te darías cuenta.

—Quizás seas tú la del semblante extraño —suelta Florencia—. Quizá tu visita al psicólogo te ha dejado así, más perceptiva o qué sé yo. Cuando vuelvas hablaremos tú y yo.

—¿Hablares? ¿Estás segura?

—Creo que es bueno —responde Florencia—. Necesito escuchar tus problemas. Y si para hacerlo hay que hablar de mamá, pues lo haremos. ¿Te parece, hermanita?

Obvio que hay que hablar de mamá, piensa Joanna. Es imperativo hablar de mamá. Guarda silencio, pues Florencia siempre huye cuando se trata de mamá. Y, quiera o no, todos sus problemas tienen relación con mamá. Con mamá y el suicidio mal acabado.

Desea decirle que sí, que hablar será bueno. Pero sabe que no. Florencia le ha dicho “hermanita”. Odia que le hable así, como una abogada sabelotodo que tranquiliza al más estúpido de sus clientes. Ella no necesita una abogada, necesita una hermana, pero Florencia odia eso. Odia ser la hermana mayor que aconseja a su hermana menor sobre mami muerta. Después de todo, la mami es de ambas.

Mientras piensa, nota que la cajera, una cuarentona de rulos, lo suficientemente sexy para robarle miradas a los clientes más osados, parece

tener problemas con la máquina registradora. A la anciana que aguarda para pagar parece no importarle. Parece, incluso, agradarle la situación.

—¿Y ahora qué? —se lamenta Joanna.

—¿Estás ahí? ¿Joanna, estás ahí?

—Sí, solo que este puñetero pueblo es un dolor de cabeza.

Esta vez ha olvidado bajar la voz. La cajera y la anciana la miran a los ojos. Parecen robots sincronizados con una sola tarea: quemarla con la mirada. Joanna se desentiende con las revistas de moda que lleva en el cesto.

—Ánimo, hermana, no debes impacientarte, debes...

Pero Joanna está demasiado ensimismada en la tarea de fingir hojear revistas de moda. Mientras sus ojos pasan con descuido las hojas de modelos con un rubor casi obscuro en sus pómulos, llega a una conclusión.

—Acritud —le susurra a su hermana—. Acritud, Flo. Seriedad negra. Es así como miran a los forasteros. Los miran con odio. Como si nos regañaran por estar en su pueblo cabrón.

—Entonces vente rápido, Jo, o te abofetearan por insultarlos.

Joanna no hace caso de la chanza de su hermana. Nota que el llanto agudo de la niña, detrás de ella, ha regresado. O siempre estuvo, solo que estaba tan concentrada en el celular, que lo había dejado de oír. Un pensamiento nuevo llega a su cabeza.

—Sabes otra cosa —menciona con un genuino temor—. He sido testigo de una placa conmemorativa sobre una niña muerta en manos de su madre. Una historia similar he encontrado a la entrada del supermercado. Sé que parecerá una estupidez, o tal vez solo sea una horrible coincidencia, pero... pero es como si los niños no crecieran en este pueblo.

Al decir eso, siente un ardor en el vientre. Recuerda al vagabundo y sus extrañas palabras.

—Es como si en Adoración —agrega en un susurro lleno de pálido terror— las madres mataran a sus hijos.

No escucha nada del otro lado del celular. Lo quita de su oído y observa la pantalla. *SIN SEÑAL*. Hace una mueca de fatiga. Súbitamente, la electricidad se esfuma. La cajera, que lleva tiempo dándole golpes a la máquina registradora, le da un definitivo golpecito final. Hace también una mueca de fatiga.

—La luz se ha ido —anuncia en voz alta.

Un cotilleo de malestar recorre la sala del supermercado.

—Es temporal —anuncia el guardia con tono de calma—. Encenderemos los generadores automáticos y podrán finalizar sus compras.

Un jovencito de movimientos torpes corre hasta el guardia. Le sonríe bobamente mientras el hombre de seguridad le da algunas órdenes. Joanna los ve un instante, pero algo nuevo llama su atención. El llanto de la niña ha desaparecido. Mira hacia atrás. La niña y su madre han abandonado la fila y han regresado al pasillo. La niña mira con una sonrisa el estante de libros y revistas. Madre aguarda atrás, con esa sonrisa de resignación que tienen las madres cuando han sucumbido ante el llanto de sus hijos. La niña ha ganado y se llevará su historieta infantil.

Joanna da un respingo. Un repentino sobresalto la ataca, como si una abeja la hubiera picado en el cerebro. Tiene la obertura de una mala sensación. Siente los aplausos de la multitud bullir sobre su conciencia a medida que el telón se abre. Y la obra se lleva a cabo. La obra de terror.

Se trata del vapor. Ha regresado, pero más denso. Como si alguien le hubiera lanzado una bomba de gas a la cara, y el veneno la rodea. Se trata del contexto. El escenario influye. El puto escenario de Adoración hace que el vapor venenoso sea más potente. Las miradas agrestes, la música robótica y espacial, y la repentina oscuridad, han provocado en Joanna un acceso de inseguridades. E insegura, es vulnerable. Es absorbida por el vapor.

Ve a la madre pelirroja sacar un cuchillo de su cartera. Mira a su hija con una curiosa aversión. Como si de pronto la dulce niña que ama con toda su vida se hubiese transformado en una cucaracha que se desliza asquerosamente sobre el lavabo.

La falta de luz eléctrica hace que el pasillo se vea sombrío, negruzco, como sacado de la escena fatalista de una película de suspenso. Desde las mamparas principales del supermercado ingresa una luz tibia, blancuzca, sin poder. El sol está del otro lado del supermercado y su luz natural no ilumina la fatal escena de la que Joanna es testigo.

La niña coge una historieta y la abre. Se gira hacia su madre con los ojos hundidos en la revista. Madre levanta el cuchillo y mira a su hija con atención. Parece ausente, como todo el puto mundo de Adoración.

—No —dice Joanna, intentando gritar, pero le es imposible. No logra hablar. Tampoco moverse. La gente de las demás cajas parece concentrada

en murmurar sobre la falta de electricidad. Nadie parece notar su desconsuelo. Mucho menos lo que pasa a sus espaldas.

El cotilleo molesto por el corte de electricidad va en aumento. Es lo único que escucha. Le suena como el murmullo ansioso de una muchedumbre que la observa con acritud. Con seriedad negra. Y sobre todos esos sonidos desagradables, el vapor se sobrepone como un sonido más poderoso. Se trata del chirrido de la tetera que hierve. Que sopla. Sí, es un soplido malintencionado que la quema. Y el soplido viene del bosque de pinos. Lo sabe.

Logra girar la cabeza hacia los pinos que, del otro lado de la entrada al supermercado, se encuentran quietos. A la espera. De su frondosidad interior, Joanna está segura, alguien la observa. Ese alguien sopla. Sopla el vapor y le hace daño. Le dice, al igual que la puerta herrumbrosa del garaje, que no vaya. Pero es tarde. Fue. Ahora no le queda de otra que recibir lo que merece. Y en ese enredo hipnotizador y verde, escucha voces. Voces agudas e hirientes. Voces que la llaman *maldita puta egoísta*. Voces que le dicen *vete*. Voces que le dicen *en este pueblo maldito, las madres matan a sus hijos*.

Y las voces se repiten una y otra vez. El perro ladra, a medida que los pinos, como dientes, se acercan a su garganta. Y aquella voz demoniaca tiene razón. Las madres matan a sus hijos. Una pequeña e inocente niña está a punto de morir a unos metros de ella, y no puede hacer nada. La mandíbula se está cerrando a su alrededor, pero es atacada por un pánico vaporoso. No tiene más opción, parece, que esperar a ser mordida. Que esperar que los colmillos, que crecen en Adoración en forma de inquietantes colinas, se ciñan a su cuello.

Hace un esfuerzo por despegarse de los pinos. Se gira, entre el barullo de la multitud quejumbrosa, y logra poner sus ojos sobre la niña y su madre. Intenta moverse, pero no lo logra. Una idea, considerando las circunstancias, bastante estúpida, cruza su mente: es la música. La música de los Supersónicos le parece tan surreal como lo que está viviendo. “Menuda mierda, querida clienta, comprar aquí es una experiencia de otro planeta. Una experiencia espacial”.

—Una experiencia apocalíptica —dice.

Y, junto al poderoso sonido de su voz, llega la luz. El jovencito con cara de idiota ha regresado y ha encendido unos enormes generadores

artificiales. Una gruesa línea amarillenta se multiplica por los pasillos del supermercado. El murmullo se detiene y Joanna siente que el vapor se aleja.

La luz eléctrica golpea el rostro de la mujer pelirroja. La mujer pestañea un par de veces, como el cambio de luces de un vehículo descompuesto. Como las luces de emergencia que enciende un conductor que, sin frenos, estuvo a punto de arrollar a alguien. Que estuvo a punto de arrollar a su propia hija.

Joanna, libre del vapor, abandona su puesto en la fila. Se acerca a la extraña escena familiar. La niña, ensimismada en la historieta, no se ha percatado de la amenaza que estuvo cernida sobre ella.

—¿Todo bien? —pregunta Joanna.

Su voz suena exhausta, como la de una maratonista.

La mujer vuelve a dejar el cuchillo en su cartera. Mira a Joanna con recelo, como si estuviera consciente de lo que estaba por hacer. Y claro, consciente también de que Joanna la ha visto.

—Sí —responde la mujer—. Debo irme.

—Deberías darme ese cuchillo —aconseja Joanna.

—Su padre. —La extraña apunta a su hija con el mentón—. Su padre ha amenazado con matarme. Tiene prohibición de acercarse a nosotras, pero ya sabes. Es mejor prevenir.

—Deberías...

Pero Joanna no alcanza a terminar. La mujer, de mal humor, toma a su hija del brazo. La historieta cae al piso y la niña rompe en llanto.

—Debemos irnos —termina la madre.

Joanna la ve alejarse. La niña, amarrada a su mano, intenta evitarlo entre grito y llanto, pero no puede hacer nada. No debe tener más de ocho años. No puede hacer, desgraciadamente, nada más.

Y Joanna quiere tener tristeza. Quiere hacer algo. Quiere hacerse cargo de lo que siente y de lo que está sucediendo a su alrededor. Pero no logra asimilar nada. Un nuevo grito la sobresalta una vez más.

Un nuevo grito infantil viene desde la zona de cajas.

Un grito lleno de horror.

12

La familia feliz que esperaba en la caja contigua a la de Joanna se ha transformado en un repentino caos. La madre, de pie frente a su hijo, lo ahorca. El niño yace con la boca abierta y grita. Pero su grito se hace cada

vez más débil. El alboroto a su alrededor, por el contrario, se hace más grande.

—¡Maldición, Beatriz! ¿Qué haces? —pregunta el padre.

Y repite la pregunta dos veces más. No obtiene respuesta. Beatriz parece una concentrada jugadora del siniestro juego ¡Ahorca a tu hijo y gana mil dólares!

La voz de papi desaparece. En su lugar, la desesperación lo obliga a acercarse a su esposa e intentar detener el evento. Se gana detrás de ella y la toma de la cintura. Puja hacia atrás con toda su fuerza, pero las manos de mami se han aferrado al cuello de su hijo con una vehemencia extraordinaria.

Papi, dentro de su confusión, pide ayuda con la mirada al público de Adoración. Un anciano, el guardia y el chico de cara idiota atinan a imitar al padre. Tres pares de manos se apoderan de la cintura de Beatriz. Es inútil. Madre deschavetada parece haber conseguido una fuerza sobrenatural. El par de manos de Beatriz se ha ceñido al cuello del pequeño con furia.

Joanna, alejada del evento y de la multitud, se limita a ver todo desde una esquina. Negligente e incapaz de hacer algo. Se pregunta si acaso se trata de un sueño. Sabe que no. Es real. Lo comprueba al ver las miradas de la muchedumbre apostada más allá. Las reacciones en sus miradas son demasiado vívidas, demasiado detalladas y demasiado iguales. Así como hace un rato todo habitante de Adoración llevaba encima un semblante de seriedad pesimista, ahora todos llevan encima un gesto de cómplice tristeza y fastidio.

A partir de esa mirada colectiva, Joanna comprende que esa escena de intento de parricidio es algo relativamente normal. Común. Algo que ya han vivido y a lo que, por triste que resulte, ya están acostumbrados.

En el resto del supermercado, las miradas son otras.

El hijo aúlla de dolor a medida que el aire en sus pulmones empieza a escasear. Una sudorosa tonalidad rojiza cubre sus mejillas y, sobre esa piel que se funde en la asfixia, dos enormes ojos de un color azul suave e ingenua luz infantil, se vuelven índigos, sombríos; adoptan el carácter de un chico que experimenta el terror. Que lo ve a los ojos por primera vez. Joanna piensa en que ese debe ser el semblante que practica el cerebro de un niño en las noches, cuando está teniendo su primera pesadilla. Es el semblante de un crío que va caminando con mami tranquilamente por la

plaza hasta que, de pronto, un auto descontrolado arrolla a mami y la deja despedazada y destripada sobre el asfalto.

Horror, piensa Joanna con lamento. El horror y las miles de dudas de un niño que es testigo de algo siniestro. De un niño que muere en manos del ser que más ama en el mundo. El mundo se ha puesto de cabeza y el pobre crío se rompe el cuello intentando descifrar qué pasa.

Adoración tiene desperfectos, recuerda Joanna.

Y mira a la madre. Los ojos de la mujer parecen querer salirse de sus órbitas. Se han vuelto vidriosos y rojizos, como si hubiera pescado una fuerte gripe. El virus de Adoración se ha apoderado de ella. La rabia súbita le da unos bríos espantosos y empuja como una poderosa levantadora de pesas que intenta levantar miles de kilos. El peso de su conciencia parece no ser un inconveniente. El instinto asesino es parte de ella. Joanna lo sabe. No hay vuelta atrás.

Pero papi, que no tiene idea de que en Adoración hay desperfectos, todavía guarda la tonta esperanza de rescatar al pequeño del edificio que le ha caído encima. Y empuja con ímpetu a su esposa. El guardia y el crío bobo parecen desistir de la ayuda. Se habían abalanzado por el natural instinto de hacer lo correcto. Pero, a medida que la mujer no cede, su ayuda comienza a desvanecerse ante el compartido pensamiento de que la maldición en Adoración, sea cual sea, está haciendo de las suyas otra vez.

Joanna se topa con una última mirada. Se trata del tipo rudo de chaqueta de cuero que, hasta hace un rato, parecía ansioso por salir de ahí. Ahora parece asqueado. Aquel sujeto desconoce, está segura Joanna, el desperfecto que atraviesa Adoración. Para él, aquella escena no es más que la escena esperable de una disfuncional familia con antecedentes de violencia intrafamiliar. Para este caso, una en donde mami tiene una inclinación a golpear al hijo.

—Lo matará —susurra una voz de la multitud.

Y otra se suma, ratificando la idea.

—Diablos, matará al pequeño.

Y esas voces, junto al resto de aspavientos que ofrece la galería del cuadro siniestro que se desenvuelve en Adoración, provocan en el asco del hombre de chaqueta de cuero, algo más. Una mueca circunspecta. La mueca de un adulto que actúa como tal. De un adulto que toma una decisión. El extraño se muerde los labios. Hay dudas. La decisión no parece gustarle.

Pero debe hacer algo. Y pronto. El chico sucumbe. Ya ni siquiera se mantiene en pie. No es más que una marioneta que cuelga de las manos animalescas de mami. El guardia y el jovencito idiota le quitan las manos de encima a la mujer y dan dos pasos hacia atrás. El anciano hace lo mismo.

Papi comienza a llorar. Ya no le quedan fuerzas. Sus rodillas flaquean y se doblan. Su rostro se hunde en la espalda de su mujer a medida que su cuerpo cae al piso. Cae derrotado.

—Ayuda —solloza—. Ayúdenme. Por favor, ayúdenme.

Joanna siente que el corazón se le da vueltas. Quiere ayudar, pero no tiene idea de qué hacer. Cuando vio morir a mamá estaba igual, quieta en la ribera del suicidio mal acabado. Hipnotizada ante el terror. Sí, en esa ocasión tenía terror. Ahora, en cambio, el motivo de su incapacidad para moverse es difusa. Son muchas las emociones que siente. Ninguna es buena.

—Ayúdenme, por favor —repite papi.

La única ayuda que recibe son los rezos susurrantes de una anciana que parece liderar al séquito de curiosos.

—Dios te salve, María —sopla con presunción—, llena eres de gracia; el Señor es contigo...

Papi se levanta del suelo y hace un último intento por salvar a su hijo. Se abalanza sobre Beatriz y comienza a darle golpes de puño en el rostro. Una y otra vez. El malestar y la confusión en Joanna y el tipo de chaqueta de cuero aumentan. Pero ninguno lograr hacer algo.

Los golpes de puño no parecen tener efecto. Madre sigue ahorcando a su hijo sin siquiera inmutarse. Papi coge del estante más cercano una lata de arvejas en conserva. Le asesta un certero golpe en la frente. Cae un hilo de sangre sobre la pálida piel de mami. No parece haber dolor. Los golpes hacen un eco metálico y rojizo.

Sobre el rojo metálico, el rezo no cesa.

Al contrario, cobra bríos.

—Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Y la última palabra repercute con un susurro vigoroso.

—Amén.

—Pueblerinos estúpidos —murmura el hombre de la chaqueta de cuero.

Los golpes con la lata acaban. No hay resultados. La sangre cae desde la frente hasta los ojos y mami encoge los párpados a medida que es cegada por el líquido rojo. Suelta una mano del cuello de su hijo y le da un golpe a su atacante. Papi cae al suelo con una violencia sublime. Se golpea la cabeza con el borde de la caja registradora y, en el piso, ligeramente aturdido, se rinde. Mira con desconcierto y cansancio cómo el desperfecto en Adoración cae sobre su familia.

—Bendita tú eres entre todas las mujeres...

Y sobre el eco de la oración, Joanna escucha el retorno de la ventisca gris. Del vapor. El chirrido humeante, desde los pinos, se cuela sobre sus oídos. Y su incapacidad para moverse se acentúa. Ve las colinas, enormes e iguales. Jodidamente iguales. Y en la bruma de sus ideas, subyace con perversión un recuerdo: sus dos sobrinas. Obtiene la aguda certeza de que jamás las volverá a ver. Y si sus sentimientos vagaban en la errante comisura de opciones oscuras, ahora se detienen por fin en una sola sensación: horror.

Y su mente armoniza con el ambiente.

Y su horror se canaliza en un grito.

Un grito mudo que nadie escucha.

El soplido nebuloso persiste. Baja de las colinas como niebla y sacude sus huesos. El desperfecto de aquel pueblo maldito donde yacen sus pies cae sobre ella. El motor en Adoración no sirve. Suelta humo. Huele a catalítico.

—... ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

—¡Amén!

Y el vapor también parece gritar *Amén*.

Un disparo.

Un repentino disparo.

El sonido, al igual que la repetición culminante de aquella oración, le produce a Joanna escalofríos.

El hombre de chaqueta de cuero ha tomado su decisión. Ha sacado de la parte trasera de su pantalón una pistola plateada.

La bala ha penetrado en el costado izquierdo de la cabeza de Beatriz. La madre ha caído al suelo. El niño cae sobre ella, moribundo. La mujer ha muerto, pero su retrato persiste sobre las baldosas del suelo. Persiste boca arriba e hinchado. Grotescamente hinchado, como si una espantosa reacción alérgica la hubiera atacado.

Joanna no puede dejar de mirar el rostro del cadáver. Su mandíbula llama su atención. La mandíbula de aquella madre se ha alargado de tal manera que parece el hocico de un caballo. Su rostro, antaño delgado y ahora mofletudo, se ha llenado de estrías. Finalmente ve su columna. Se ha inclinado hacia arriba, como una fea joroba.

Santa verdad: aquella madre parece un monstruo.

El monstruo del bosque de pinos, piensa Joanna. Esa es la forma de la cosa que, escondida sobre el fruto de la forestal de los Garretsen, sopla. Es la cosa que lanza el vapor. La cosa nauseabunda y diabólica que, mientras se escabulle por la frondosidad verde, provoca que las madres asesinen a sus hijos.

Joanna regresa a las colinas. Nuevamente ve a sus sobrinas, pero la confusión la mantiene en el supermercado.

La multitud, al igual que ella, inspecciona el cadáver. Papi intenta reanimar a su hijo. Un par de ancianos continúa con el rezo. Uno de ellos mira con desdén al hombre de chaqueta de cuero, quien aún mantiene la pistola en sus manos.

El rezo vuelve a culminar con la palabra Amén.

—Deberías rezar también —escupe el anciano de la mirada ofensiva—. Acabas de matar a una persona.

—¿Persona? —El hombre, incrédulo y enojado, mira al viejo con el entrecejo fruncido—. Eso no era una persona, era un monstruo.

—No creo que a Dios le importe —agrega el viejo—. A Dios...

Joanna engulle esas palabras. Es consciente de esa discusión. Pero también es consciente de que no debe estar ahí. Debe escapar, pero no logra hacerlo. La situación la supera. La bruma vaporosa, como niebla, mancha el camino de un gris cegador.

Dentro de la niebla piensa en sus sobrinas y en sus alumnas. Sus chicas. Sus chicas atrapadas en la zona de *camping*, junto a sus madres. Al comité de zorras necias sobreprotectoras le han salido colmillos. No tardarán en masticar. Debe hacer algo.

Un segundo disparo.

El hombre de la chaqueta de cuero ha vuelto a disparar.

El anciano que lo instaba a rezar cae al suelo. Muerto.

El segundo sonido disipa la niebla.

Joanna huye.

Piensa en sus chicas.
Debe salvarlas.
Debe salvarlas de sus madres.

13

La camioneta abandona el estacionamiento del supermercado, pero antes de tomar la avenida, una conocida silueta humana emerge de manera súbita frente al vehículo.

—Mierda —masculla Joanna.

Frena. Cierra la ventanilla con premura y toca la bocina. No hay caso. El vagabundo la mira fijamente a los ojos. Ya no hay un espejo entre ambos. El viejo ha perdido el miedo, aun cuando parece un lunático miembro de una secta que habla del diablo.

—¡Los pinos se han extendido por todo el pueblo! —exclama con voz de profeta—. ¡Y, con ellos, la maldición también!

—¡Quítate de mi camino! —Joanna toca la bocina con impaciencia—. ¡Quítate, hijo de puta!

El vagabundo no se mueve. Agita sus manos por los aires como un desquiciado alborotador. Su mensaje persiste.

—¡Los pinos se han extendido por todo el pueblo! ¡Y, con ellos, la maldición también!

Joanna acelera. Por un segundo piensa que lo arrollará, pero el vagabundo logra dar un brinco y evitar ser golpeado por la camioneta. Sigue a Joanna con la mirada. A pesar de estar ensimismada en llegar a la zona de *camping*, cree estar segura de algo: el vagabundo la llamará maldita puta egoísta. En un gesto de inusual fanfarronería juvenil, abre la ventanilla para comprobar sus ideas.

El último mensaje del extraño, sin embargo, es otro.

—¡La maldición se extiende por el mundo! ¡Todas las madres matarán a sus hijos!

En cualquier otra circunstancia, para Joanna, aquellos gritos no serían más que sandeces de un viejo ebrio que fastidia a los visitantes con alucinaciones sobre la llegada del Mesías, la caída de una decena de ángeles, o la jugarreta de un vago lo suficientemente astuto para cobrar algunas monedas por un paseo en la casa que, asegura, habitan brujas. “Sí, maldita puta egoísta, dame cien billetes y te hago un recorrido por los rincones fantasmales de Adoración”.

Considerando, en cambio, las circunstancias actuales vistas al interior del supermercado, el griterío del vagabundo le ha sonado fatalista. Una tragedia sin retorno. Como oír a un grupo de destacados científicos decir que un enorme meteorito caerá sobre la Tierra y no hay nada que hacer. Como oír a un feo dictador decir que ha lanzado una bomba atómica en un pueblo cercano y, menuda mierda, tú justo estás ahí, en el futuro epicentro de la explosión. Y su visión sobre científicos y dictadores, y sus horribles verdades, cobran la forma de un personaje conocido: el psicólogo. “Ver morir a mamá es algo apocalíptico”.

Pero las madres no mueren.

Las madres asesinan.

Asesinan a sus hijos, doc.

Joanna acelera a fondo por las calles estrechas de Adoración. Ya no es la ingenua y curiosa visitante del pueblo de paletos. Ahora huye con velocidad. Busca la salida a la autopista. Mira al frente. Nada más.

El hormigueo en su cabeza persiste. Vibra, como un panal de abejas.

Hijos muertos. Madres muertas. Da igual, es apocalíptico, Joanna.

Atraviesa la plaza como un cohete. Piensa entonces en que no solo sus chicas están en peligro. También sus madres. Piensa en el comité de zorras necias sobreprotectoras. Las detesta. Pero las detesta, en gran medida, porque son sobreprotectoras. Son madres que aman demasiado a sus hijas. Jamás les harían más daño que negarles una salida a un baile escolar un viernes en la noche.

Logra salir de Adoración. Llega a la autopista principal. Para su fortuna no hay tráfico. Tiene la pista de cemento solo para ella. Acelera.

110 kilómetros por hora.

Piensa en el comité cercando a sus hijas como una horda de mami hambrientas. Como una horda de zombis. Odia al comité, pero jamás le concedería semejante evento en sus vidas. No si puede evitarlo.

120 kilómetros por hora.

Las líneas amarillas que separan las vías de la carretera se deslizan en medio del camino como haces de luces artificiales. Uno se cuela, mal intencionado, en su cerebro. Y le hace una pregunta.

¿Puedes evitarlo, Joanna?

Pero va demasiado rápido. Y la pregunta es desagradable. La desecha en el baúl polvoriento de sus ideas. De sus malas ideas.

125 kilómetros por hora.

Piensa en Florencia. Su hermana asesinando a sus hijas. Su intelectual, estricta y amorosa hermana dañando a sus pequeñas gemelas. Pervirtiéndolas con una muerte obscena; donde el amor de madre cae de cabeza y se distorsiona. Se vuelve silvestre. Del aliento maternal que cubre a la única familia que tiene Joanna, se cuele un vaho agreste. Animalesco. Olor a zoológico. A mierda de animal seca. Sí, a semejante situación se reduciría su hermana y sus sobrinas. Se pudrirían en la realidad cruel que ofrece Adoración y sus ventajas turísticas.

¿Puedes evitarlo, Joanna?

Con sus sobrinas y hermana en su mente, se atreve a responder.

Sí.

Pero no tiene idea cómo.

Atina a acelerar.

140 kilómetros por hora.

Jamás había conducido tan rápido. En su SUV negro, pequeño y desgastado, la máxima velocidad que había conseguido había sido de 120 kilómetros por hora. En esa ocasión, ebria y drogada, había estado a punto de perder el control, pero su querido SUV le evitó subir la velocidad a través de su oxidado y desgastado motor. Pero la camioneta de Flo es otra cosa. Es un tiburón sin límites y, bueno, Joanna es algo parecido.

La autopista se difumina a su alrededor, y los pinos, putos pinos, se enredan a sus costados como un tejido verdoso y perenne. Joanna, tan inmersa en sus pensamientos, no descubre todavía la amenaza que se cierne sobre ella. No descubre que, en cualquier instante, quedará atorada entre los troncos de esos pinos.

Baja la velocidad, Joanna, parece recordarle una voz conocida.

La voz del hombre de bata blanca.

No, doc, responde inconsciente. No puedo, debo apresurarme. Debo evitarlo.

160 kilómetros por hora.

La camioneta patina sobre el cemento. Las líneas amarillas que, intermitentemente separan ambos costados de la autopista, ahora se han transformado en una sola línea amarilla.

180 kilómetros por hora.

La camioneta da una ligera sacudida. Joanna pierde el control. Los neumáticos se deslizan peligrosamente hacia el costado. La barrera de contención asoma como una cuchilla. Silba sobre el metal gris de la camioneta. Saca unas ligeras y casi imperceptibles chispas. Joanna coge el volante con destreza y toma el control.

160 kilómetros por hora.

Al igual que su respiración, la velocidad desciende.

140 kilómetros por hora.

Cuando llega a 100 kilómetros por hora, su respiración sosegada se canaliza en un suspiro.

Se descubre tiritando. Suda. Un sudor frío. Es consciente por primera vez del tiempo. Entiende que, desde que salió del supermercado, no han pasado más de cinco minutos. Un tiempo increíblemente bajo para la cantidad de kilómetros que ha recorrido. No puede creer la suerte que tuvo de no chocar.

Sonríe con nervios.

Logra oír dos cosas al mismo tiempo. El rugir de un motor acercándose con violencia desde atrás y un repentino bocinazo. Un camión amarillo la adelanta y pasa por su lado como una enorme avispa metálica zumbadora. La hace dar un respingo eléctrico.

Baja todavía más la velocidad.

80 kilómetros por hora.

Divisa, a lo lejos, una silueta humana de pie en el arcén de la carretera. Joanna, intrigada, pisa progresivamente el freno.

60 kilómetros por hora.

40 kilómetros por hora.

Se trata de una mujer conocida. Es la mujer embarazada que hace un rato había entrado al supermercado a pedir limosna. Se toma el vientre con ambas manos.

20 kilómetros por hora.

La distancia es de un par de metros. Joanna hunde el pie sobre el freno y acerca su cabeza por la ventanilla del copiloto. La mujer parece descolocada. Su aspecto deplorable ha aumentado a miles de millones de kilómetros por horas. La mandíbula que oculta su encía roja y llena de infecciones, junto a la hilera de dientes podridos y amarillentos, se ha adherido a sus huesos de una forma grotesca. Parece una famélica mujer

con un bulto en el vientre. A Joanna le da la impresión de estar viendo a Annabelle, aquella muñeca poseída que hacía gritar de miedo a sus sobrinas en sus rutinarias jornadas de cine por la noche.

Joanna, boquiabierta, nota que la mujer no se toma el vientre. Se lo golpea. Haciendo un esfuerzo por mirar mejor, descubre que, entremedio de los dedos de su mano derecha, yace un pequeño cortaplumas. La mujer se está dando puñaladas, una y otra vez. De su estómago brotan goterones de sangre. Caen sobre el cemento del arcén y, debido al fuerte sol de la tarde, el líquido vital cobra un matiz anaranjado, onírico y surreal. Siniestramente surreal.

La mujer continúa con su tarea de asesinar al bebé que crece en su interior. Joanna no da crédito a lo que ve en la orilla de aquel desolado camino. La mujer sucumbe ante las heridas que se hace a ella misma. Cae de rodillas al piso. Una última puñalada la hace reír. Una carcajada aguda y llena de dolor.

Joanna, bajo el torrencial alboroto de esa risa, recuerda que ella también está embarazada. Se toma el vientre con pavor.

¿Puedo evitarlo? Se pregunta.

Espera una respuesta. Una respuesta eficaz que emane de una consciencia tranquila. La suya no lo es. Piensa, otra vez, en el hombre de bata blanca.

¿Puedo evitarlo, doc? No hay respuesta. Odia el silencio y la imagen de esa mujer agonizando a la vera del camino. Aprieta el acelerador a fondo. Su consciencia, que parece vestir de bata blanca, parece regañarla.

No lo hagas.

Pero lo hace.

150 kilómetros por hora en menos de un minuto. Vaya máquina es la camioneta de su hermana. Piensa en sus sobrinas y demás chicas. Piensa en todas las mujeres abandonadas a su suerte en la zona de *camping* de un sitio maldito que amenaza con acabar con sus vidas. No deja de apretar el acelerador.

No lo hagas.

Pero sigue haciéndolo.

180 kilómetros por hora.

190 kilómetros por hora.

200 kilómetros por hora.

Vuelve a perder el mando.

Choca contra la barrera de contención.

Lleva cinturón, pero el puñetazo es duro. La parte delantera de la camioneta queda hecha añicos.

Joanna queda inconsciente.

14

Abre los ojos. El mundo da vueltas a su alrededor. Le duele la frente, justo donde se golpeó con el volante. El olor a sangre seca alojado en su nariz le recuerda que también sufrió un golpe en su tabique nasal. Se lo toca con suavidad. Suelta un gemido grave. Se mira en el espejo retrovisor. No hay fractura. Aun así, se encuentra demasiado magullada.

Abre la puerta del conductor y sale. Toma aire. Está tibio. La atmósfera soleada y silente le hace sentir paz. Es efímera. El silencio le recuerda lo que sucede ahí, donde sostiene sus pies cansados. Una potente sensación de desolación se apodera de ella. Desolación y dolor.

Mira la camioneta de su hermana. Una fractura de metal yace sobre la antaño plana y elegante superficie gris. Ahora está retorcida, hecha un guiñapo metálico en donde asciende un dañino humo grisáceo. El vidrio delantero se encuentra trizado. Definitivamente, la camioneta sacó la peor parte. El diamante de su hermana está hecho añicos. Piensa en la reacción de Florencia. Furiosa. Estaría furiosa. Pero no tiene de qué preocuparse. Terror. Solo terror parece cundir en la panorámica perceptiva de los individuos que reposan en Adoración.

Joanna mira hacia atrás. En la distancia, a unos trescientos metros, el terror yace en el suelo. Alcanza a ver la figura de la mujer embarazada desparramada en la berma de la carretera que, como una inmensa línea gris, se traza interminable en el horizonte. Joanna se imagina la poza de sangre levantándose bajo ella. Y los órganos húmedos secándose al sol. El olor a sangre seca en su nariz le obliga a hacer una arcada. Boca abajo y preparada para vomitar, se imagina al feto apuñalado, enredado en el vientre abierto de la mujer.

Las náuseas crecen y no tarda en vomitar. Vomita la cerveza. Mientras lo hace, el terror se abalanza sobre ella. Inclínada y vulnerable, con los ojos cerrados para evitar ver los desechos caer por su boca seca, se imagina a la mujer embarazada reptar por el arcén de la carretera, como si fuese un animal cuyas patas traseras hubieran sido arrolladas, impidiéndole caminar. El animal se convierte en una serpiente. Y finalmente en un espectro

húmedo, cuyas tripas se desparraman por el cemento. Y el espectro se arrastra en dirección norte. Se arrastra hacia Joanna. Y cuando la última partícula de líquido con cebada escapa de su boca, la imagen que ha creado en su cerebro se hace real. Siente que alguien toma su tobillo. Siente un escalofrío electrizante y grita. Abre los ojos. Nadie cerca. Sus ojos se cruzan con los restos de su vómito. Su terror se convierte en una mueca de asco.

Decide caminar. Bueno, no le queda de otra. Deja atrás la camioneta y, mucho más atrás, el cuerpo de la mujer embarazada. Ningún vehículo parece andar cerca. Mira hacia el cielo y no encuentra ave alguna. La atosigante sensación de abandono se complementa con los rayos solares cayendo sobre su cuero cabelludo. Sus pasos, sobre el asfalto, rebotan incesantemente, creando un tap, tap, tap, continuo y molesto.

Cree oír el motor de un vehículo acercándose. Mira esperanzada, pero nada. Siempre le había sido fácil pedir aventones, o ayuda, sobre todo cuando el viejo SUV la abandonaba en la costa. Era una jovencita en apuros. Una jovencita guapa en apuros. Siempre llegaba a su rescate algún jovencito. Si tenía suerte, el jovencito era sexy. Ahora le daba igual, solo deseaba ver un auto. Deseaba ver otro ser humano. Y que ese extraño de su fantasía le haga un aventón hasta la zona de *camping*.

Un zumbido sopla trepidante por su oído. Una mosca revolotea a su alrededor. Se la quita de encima de un manotazo. Siente el ardor en el rostro. Y el sudor en el resto del cuerpo. La mosca se pierde en el aire seco de esa jornada. El silencio retoma su rumbo incansable y el tap, tap, tap, sobre él no cesa. De pronto cree oír un sonido pegajoso, como de piel húmeda que se despega del pavimento. Mira hacia atrás, creyendo que la mujer embarazada la está alcanzando.

Nada se vislumbra en el camino que ha dejado atrás. La figura del cuerpo de la mujer embarazada parece haberse perdido en la distancia. Suspira con alivio. Una nueva mosca zumba a su alrededor. Esta vez le alcanza a dar un manotazo. El insecto cae al suelo. Joanna lo mira con desprecio. En un acto infantil, comienza a pisotearlo una y otra vez. Cuando acaba, la mosca no es más que un manchón de pelos negros sobre un punto rojo que no tarda en secarse en el asfalto.

Joanna cierra los ojos, cansada debido a la caminata y a ese inapropiado ataque de rabieta infantil. El dolor de cabeza y la fatiga aumentan. Respira,

intentando calmarse, pero el aire escapa con violencia por su boca, junto a un grito de espanto. Una ráfaga de viento se cuela por su costado. Cae al piso. Mira con enfado al descapotable naranja que acaba de pasar por su lado, desde atrás. El bocinazo que casi hace que se le escape el corazón por la boca se pierde también.

Se queda arrodillada sobre el cemento, como una mujer desquiciada. Mira en derredor en búsqueda de un nuevo descapotable. Desea ver un auto, pero tiene la impresión de que ya no desea un aventón. Desea ser atropellada. Piensa en la mujer embarazada pudriéndose en el arcén de la carretera. Luego mira los restos de la mosca. Sus crías, un par de larvas blancas, palpitan sobre la capa de pelos que las sostiene. Las ganas de ser arrollada se alejan.

Intenta ponerse de pie. Le duele mucho el cuerpo y decide quedarse un momento sentada. Estira sus piernas y apoya sus manos sobre el cemento. Está tibio. Se quita el sudor de la frente con cuidado de no tocarse la herida. De todos modos, el sudor es rojizo. La línea de sangre corre por su frente. Odia la camioneta. Y odia al estúpido fabricante de aquel auto y su inútil bolsa de aire.

Pasan los segundos. Empieza a recuperar el aire. Más calmada, piensa en sus sobrinas y demás alumnas. Piensa en las madres. Se pone de pie. Siente un mareo. A su cabeza sacudida llega una frase: *Los extraños habían venido del Sudeste Asiático*. Joanna sonríe con acritud. Los extraños, corrige, habían venido de Adoración.

El motor de un auto se acerca. Viene del mismo lado desde donde había venido el descapotable naranja. Es decir, viene en sentido contrario de Joanna. Pero Joanna guarda la esperanza de cruzarse con un conductor amistoso. Aunque la idea, mientras agita las manos para ser vista, le parece ingenua. La misma palabra *amistoso* le parece extraña, como de un alfabeto y lugar remoto.

Agita las manos a medida que el auto se acerca. Se trata de una vieja camioneta Chevrolet, modelo Chevy 500 que debe ser de principio de la década de los noventa. Es blanca y, a medida que se acerca, Joanna nota lo desgastada que está. Quien conduce es una mujer que parece no querer detenerse. Solo unos cincuenta metros las separan y no demuestra intenciones de reducir la velocidad.

Joanna sigue agitando las manos, de lado a lado, formando grandes X en el aire. Deja de hacerlo. Tiene la impresión de que es mala idea. La señora que conduce no parece ser de esa clase de mujeres que toma riesgos. Es casi una anciana que conduce uno de esos clásicos vehículos pasados de moda, pero jodidamente resistentes.

No obstante, los ancianos siempre ayudan a los que están en aprietos. Entonces, en vez de sacudir las manos como quinceañera estúpida que tiene en frente a su ídolo musical, junta las manos como si estuviera rezando.

—Por favor —dice—. Por favor, señora, ayúdeme.

La camioneta pasa por su lado, reduciendo la velocidad. La anciana se toma dos segundos en mirarla. Sigue conduciendo, pero la velocidad disminuye constantemente. A diez metros de Joanna la camioneta se detiene. Retrocede y queda quieta frente a ella.

La anciana baja la ventanilla y mira a Joanna. La mujer sorbe por la nariz y con un gesto de pocos amigos levanta la ceja derecha. Su pelo canoso es largo y le cae estrictamente peinado hacia atrás, como una cascada plateada. Pero a Joanna le basta con unos segundos para saber que, sobre la cascada plateada, no se sienta ninguna anciana sabia a meditar. Aquella mujer parece estar imbuida en el barro. En el camino pantanoso, lleno de lagunas mentales, que amenaza con hacerte caer sobre el pozo senil en el que habitan los viejos que olvidan en qué lugar han dejado el cepillo dental.

Los ojos de la mujer, marchitos y descuidados, no son faros ajados que iluminan el consumo de cientos de libros y buenos consejos. Parecen ojos extraviados en un lugar lóbrego, en donde anidan las malas relaciones sociales. La mujer no es gentil. Mira a Joanna con cara de *no me jodas*.

—¿Qué mierda te ha pasado? ¿Te ha arrollado un tanque, o qué?

La voz de la anciana es aguda, pero suave, como una madre que regaña a un bebé malcriado. Y detrás de esa voz irritante, reluce un gusto divertido, como si a la vieja le gustase vislumbrar el terrible estado de Joanna.

—He chocado —explica.

Piensa en decir algo más, pero todas las palabras que desea decir con respecto al horror que ha vivido le parecen demasiado falsas, como sacadas de una película. De decirlas, está segura, la mujer la llamaría *loca* y se iría de ahí.

—He chocado —insiste al ver que la mujer no habla—. Ya he llamado a la grúa. Vienen en camino, pero ahora necesito ir donde mis sobrinas. Están

solas —miente—. Están solas en la zona de *camping*.

—Lo que necesitas es una ambulancia —escupe la mujer con su tono de pocas habilidades sociales.

—Estoy bien —vuelve a mentir—. Solo necesito llegar a...

La mujer la interrumpe.

—Te llevo —dice con premura—. *Sue* ya.

Joanna entiende lo que quiso decir y se apresura en rodear el auto hasta el asiento del copiloto. Los asientos están cubiertos por un feo tapiz de color mostaza. Un dulzón olor a desodorante ambiental inunda todos los rincones del auto. Joanna hace una mueca con la nariz. El olor es tan fuerte que siente deseos de estornudar. Se aguanta. A la irritada mujer que lleva al lado no parecen gustarle los estornudos.

La mujer gira la camioneta en U con una imprudencia casi aterradora. Se mantiene en silencio. Eso a Joanna le llama la atención, pues, por más pueblerina y por más huraña que sea una persona, el darle aventón a un desconocido siempre abre curiosidad. Sobre todo, si el desconocido lleva heridas por toda la cara.

Joanna tampoco tiene muchos deseos de hablar, pero el silencio incómodo la obliga a hacerlo.

—La camioneta que he chocado no es mía. Mi hermana me matará.

La mujer, que conduce concentrada, le da un breve vistazo.

—Son los planes —dice—. Los planes de *Dio* todopoderoso.

—¿De Dios?

La anciana dice que sí con la cabeza. Vuelve a mirar a Joanna con aspereza. Parece no gustarle el hecho de que le corrijan sus palabras.

—*Dio* tiene un plan para todos nosotros —agrega, ahora con la mirada fija en el pavimento que se abre frente a ella—. No hay nada que podamos hacer.

La mujer suena como la líder de una secta. Como la bruta portavoz de una secta satánica en donde adoran a algo parecido a Dios. Adoran a “Dio”, sea lo que sea. Pronto el Chevy gira por un acceso de tierra que se abre en el costado del camino.

La anciana acelera. El polvo se levanta en ambos lados del vehículo como una ventisca marrón. La camioneta se sacude. La conductora estira la mano hasta la consola central. Busca algo. Su mirada concentrada en el sendero

sonríe al encontrarlo. Enciende el reproductor de CD. Suena “*Bad Moon Rising*” de Creedence Clearwater Revival.

Conoce la letra en español gracias a su padre.

Veo la mala luna elevarse. Veo problemas en el camino. Veo terremotos y relámpagos. Veo tiempos malos hoy...

La canción, como una advertencia, le recuerda lo malo que la rodea. Joanna mira por la ventanilla. Solo ve polvo saltando por los aires. Del otro lado, sabe, están los pinos. En su interior se oculta la mala luna. Y se eleva sobre las colinas, como un ojo amarillo sobre los colmillos del sabueso maldito que ladra en Adoración.

La camioneta se sacude debido a una piedra en el camino. Algo cae sobre la cabeza de Joanna. Se quita el objeto extraño con la mano. Lo mira y lo arroja con repulsión al suelo. Se trata de una mosca de tamaño medio. Está moribunda y húmeda. Jodidamente húmeda.

Joanna alza la mirada al techo de la camioneta. Ve moscas. Cerca de veinte, colgando del techo como pequeños murciélagos quietos. Los puntos negros sobre la lámina de metal blanco amenazan con caer sobre Joanna.

—Mierda —dice—. Maldita mierda.

—No te preocupes —expresa la anciana con su habitual tono calmo—. Las moscas no te harán daño. El desodorante ambiental las tiene embriagadas y la humedad del aerosol sobre sus alas les impide volar.

—¿Por qué hay tantas? —pregunta Joanna con desconcierto.

—El cadáver —dice la vieja, como si fuera obvio—. El cadáver del cerdo que llevo atrás.

Escucho huracanes soplar. Me temo que el final está cerca...

—¿Cerdo?

—Sí, mujer, el puto cerdo de mi granja ha enfermado. Me ha dado problemas y he tenido que matarlo. Iba a enterrarlo ahí mismo, pero tuve miedo que el virus impregnado en su cuerpo infecte al resto de mis animales. He decidido arrojarlo en algún sitio.

La anciana apunta hacia la parte trasera de la camioneta, en donde yace un bulto cubierto con nailon. Luego realiza un gesto extraño con la boca. Nuevo en ella. Burlesco y aterrador. Aquella nueva sonrisa, de oreja a oreja, a Joanna no le agrada. Le produce un escalofrío.

Así que no salgas esta noche. Seguro tomará tu vida. Ahí está la mala luna en lo alto...

Joanna mira a la vieja. Su mirada desprende una luz molesta, difícil de mirar, casi cegadora, como luz fluorescente parpadeando. Es la luz de la mala luna, elevada sobre las colinas, reflejando su locura en aquella vieja. Es el desperfecto en Adoración.

Las estrías de aquella extraña maldición vibran bajo la piel rugosa de la conductora de la vieja camioneta Chevy de comienzos de los noventa.

El CD pierde señal. La canción se convierte en el estruendo de tierra que avisa que el reproductor de música se ha ido al garete.

—Maldito aparato —se queja la mujer—. Mala suerte.

—Quiero bajarme —dice Joanna.

Lleva su mano al seguro de la puerta.

—No jodas, mujer, o te arrojaré a la parte trasera de la camioneta.

Joanna mira hacia atrás. Del otro lado de los vidrios que sostienen los asientos traseros y, sobre la alargada caja de carga de la Chevy, descansa el cerdo. Una nueva sacudida quita un trozo del nailon que cubre al animal muerto. Joanna descubre la verdad. No ve el cuero rosa del cerdo. Ve otra cosa. A la vista ha quedado una mano humana. Una pequeña mano humana.

—Mi hijo —dice la mujer con afilada excentricidad—. El cerdo de mi hijo. Hubieras visto cómo gritaba cuando lo apunté con la escopeta.

—Quiero bajarme —señala Joanna—. ¡Quiero bajarme!

La anciana detiene la camioneta.

—Los planes de *Dio* —acaba diciendo la vieja—. Son los planes de *Dio* todopoderoso. Cristo quiso que lo hiciera. Él quiso que matara a mi hijo.

Luego de la voz golpeada y electrificada de la mujer, llega el clac que indica que la anciana le abre el seguro de la puerta. Joanna escapa y cae al piso. La oxidada Chevy acelera y no tarda en desaparecer por el sendero de tierra. La vieja loca, que había matado a su hijo y que lo cargaba en la parte trasera de la camioneta, se ha ido.

Los golpes eléctricos que desprendían las palabras de la anciana se han ido también, pero la electricidad y el miedo todavía vibran en su piel. Y vibrarán por mucho tiempo más. Joanna, que se pone de pie en medio de aquel sendero rodeado de pinos, lo sabe.

En Adoración las madres asesinan a sus hijos.

Comienza a dar largas zancadas con el objetivo de rescatar a todas las mujeres, niñas y adultas que, espera con fe, aún sigan vivas. Que aún sigan libres de la maldición que el bosque de pinos de Adoración desprende.

Esperanzada, camina. No tarda en llegar al camino de grava. Está cerca. Pero un mal presentimiento se apodera de ella. Como si una oscura sombra, llena de malas energías, se hubiera erguido en su espalda. No le toma mayor importancia, después de todo, cree que se trata del bosque de pinos que la rodea.

Pero se equivoca. La sombra oscura viene de atrás. Un hombre la sigue. Un hombre que jamás ha visto en su vida. Un hombre malvado. Un hombre con un revólver en el cinto del pantalón. Un hombre que desprende oscuras energías y malas intenciones.

Y, rodeada por esa mala energía, y por la locura que ha creado el reciente evento sobre la camioneta, siente un mareo. Un largo mareo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOS

PERDIDAS EN EL BOSQUE

15

Corre un viento helado desde algún sitio. Observa el perímetro con impaciencia en búsqueda del origen de la ventisca, pero el escándalo blanco que se cierne sobre ella y que corre en la periferia no parece tener una raíz.

Estoy atrapada en una tormenta de nieve, dilucida con una ceja en alto. Pero las tormentas también tienen origen. Sus dudas se hinchan como una bola de nieve que amenaza con caerle encima. No puede hacer nada. La bola se camufla en la metáfora blanca que amotina sus ideas y sus dudas.

Cientos de ellas.

Y las dudas blancas disparadas en la nieve, camufladas e invisibles, le atinan golpes en la cabeza. Cae al piso entumecida y entierra la cara en la nieve. Recuerda la vieja historia del avión caído sobre la cordillera, cuyos tripulantes perecieron de frío y hambre. Los pocos sobrevivientes habían logrado semejante hazaña de sobreponerse a la frigidez de la superficie gracias a la desagradable situación de comerse a sus compañeros.

Levanta ambas cejas. Tiene miedo. Desde la ventisca se levanta un delantal blanco. El psicólogo le ofrece una mano y la ayuda a levantarse. Miedo, le dice, solo es miedo, mas no terror. Es verdad, la idea del canibalismo sobre el blanco plato del horror hambriento le da miedo y dolor de estómago, pero no se acopla a la naturaleza errónea de sus ideas que, como un difícil ejercicio matemático, la llena de dudas.

Se levanta y corre sobre la nieve. Mira hacia abajo y descubre que está descalza. Sus pies desnudos están, en la punta de los dedos, morados. La hipoxia, o “mal de montaña”, le dice que la altura sobre donde yace es descabellada. Se queda sin oxígeno. Entonces se pregunta por qué corre. ¿No es acaso una insensatez?

Se detiene bruscamente. Tiene la certeza de que alguien la persigue. Mira el contorno. De forma súbita, descubre con extrañeza una pequeña cabaña situada sobre la nieve. Es tan vasta la distancia que las separa a ambas, que la cabaña se vuelve pequeña, casi como una diminuta y rústica casa del árbol. Alguien se esconde en su interior. El extraño la persigue con la mirada.

Eso aumenta su sensación de miedo. Se pregunta quién mora ahí. Piensa en un crío malcriado, lleno de rabietas y llantos, que le recuerda que su instinto maternal aún no se desarrolla. Que le recuerda que ser madre es una cosa de locos. El niño, con una risa petulante sobre su rostro inocuo, le levanta el dedo del medio. El crío es cruel. Tiene la potestad de serlo. Pero deja el dedo cabrón de lado y hace un gesto más amable. La invita a acercarse. Pero ella no acepta la invitación. De esa casita no hay escape. Hay un niño en problemas. *Tengo frío, mami. Debes venir a calentarme. Debes protegerme. Para siempre. Debes quedarte aquí y no salir jamás.*

No. No quiero ir. No quiero ser madre. Quiero ser libre.

Y su pequeña confesión hace que le duela el vientre. La concepción de la idea se revuelve en sus entrañas como un eterno dolor de estómago. Un dolor que la incapacita para ponerse de pie y caminar. Un dolor que la anuda a una coyuntura de tenue quietud. Está en coma y, bajo la cama de una oxidada sala de maternidad, se esconde un niño cruel. Un niño que crece despacio, como el musgo en las húmedas paredes de aquel lugar. Vaya mierda, la idea de ser madre le es escalofriante.

Y sobre la amarillenta escala de las malas sensaciones, su miedo se confunde en la pegajosa sustancia del terror. Ascende hasta ponerle los pelos de punta, pero qué va, lleva deambulando en el frío desde hace rato. Tener la piel de gallina no es nada al lado de su hipoxia. Dios santo, sus dedos, tanto de sus pies como de sus manos, están ya azules. Se pregunta por qué no ha llevado ropa adecuada para la nieve. Por qué no se ha puesto zapatos. Pero aquellas preguntas son de otra superficie más normal. Cosas de la vida cotidiana. Trámites. Otra pregunta, alineada de mejor manera, como desconocidos planetas en una galaxia de horrores, rebota en su conciencia: ¿Cuál es el límite de aquella amarillenta escala del terror? ¿Cuál es el hipocentro de aquel plano infernal?

Oye un grito desde la cabaña. Encoge sus ojos para tratar de ver, pero le es imposible. La distancia parece infinita, y llena de manchas producto de las partículas de nieve que azotan sus ojos. Pero es un grito infantil. Es el niño cruel que hace poco le estaba lanzando bolas de nieve en la cara. Ahora está en aprietos. Un niño en aprietos. El niño ya no es cruel. Es un inocente hombrecito que, sentado en un rincón de la casita de madera, esconde su cara sollozante sobre sus rodillas. Y gime por ayuda.

Que te jodan, muchacho cabrón, se dice a sí misma. Pero no le sale. No es ella. Es profesora. No es mala con los niños. Los ama. A su forma, en la distancia, pero de igual forma les ama. Y el niño en aprietos pide ayuda, pero vaya cosa, por más que quiera ayudarlo, no puede hacer nada. La distancia, podrida línea interminable, le dice que no puede hacer nada más que ver.

Algo consume al crío. Un resfriado. Oye un sonido. Un sonido brusco. Un estornudo. El estornudo de una bestia grande. Del abominable hombre de las nieves. Aquella cosa estornuda sobre el chico. Ella sonríe. ¿El abominable hombre de las nieves estornuda? No. Eso es absurdo. Y entonces la bestia ya no estornuda. Engulle al crío con sus colmillos blancos. Pero no le da miedo. Le causa risa. La sonrisa que tenía alojada en el rostro se orienta hacia una majadera risita.

Siente un desequilibrio. Un desperfecto en su escala de emociones. La plataforma blanca que acuchilla su cuerpo helado le dice que no está permitida la risa, por más descabellada e histérica que resuelle. Es como la loza blanca del baño de su departamento. Esa loza blanca que huele a cloro y *whisky* podrido. Allí solo está permitido vomitar y maltratarse a diario. Ahora es lo mismo.

Sobre la nieve vomitas mierda, cariño, nada más.

Entonces siente un ardor en los dedos de los pies. Mira al suelo y ve cómo los pulgares se le han desprendido. Mira después sus manos y ya no tiene dedos. Ningún dedo. Han caído a la nieve junto a goterones de sangre. Suelta un grito de horror. Su grito es largo y parece no terminar. Pero ella no ha abierto la boca. No es quien ha gritado. Es otra persona. Es el niño. Pero ahora es una niña. Son dos niñas. Iguales. Jodidamente iguales.

Sus sobrinas sobresalen sobre la casita de madera como dos girasoles en el cementerio de un pueblo remoto. Como dos pivotes anaranjados a orillas de un oleaje temerario. No hay nada cómico en ello. Solo una sombra silente y sombría detenida sobre ellas, que parece marchitar el perfil virgen de sus cuerpos con su oscuridad.

Y la oscuridad se mece y recorre la piel inexplorada de sus sobrinas. Del perfil idéntico de ambas, surge la umbría presunción de algo ajeno a ellas. Como una mancha sobre sus inocentes miradas. Como una fea cicatriz en una escultura antaño intocable, ahora arañada por cientos de manos perversas. Manos adultas que corrompen las inmaculadas almas de esas

niñas. Las corrompen con palabras extrañas: *PERVERSIÓN*. De la obscenidad de esas voces, la honesta risita infantil de sus sobrinas se recubre con una máscara grasosa, como maquillaje que hace que sus rostros cambien; las hace trocar hacia visiones nuevas, forasteras a sus, todavía, inocentes años. Sus gemelas, que no han visto mayor obscenidad que el paso del tiempo, ahora se ven forzadas a las obscenidades de carácter sexual que la sombra ha sobrepuesto en ellas.

VIOLACIÓN.

Y la palabra, en medio de la ventisca, la llena de una profunda tristeza. Entonces llora. Cae al suelo otra vez, y llora desconsoladamente. Estira su mano hacia la casita, pero ni siquiera tiene dedos. La casita y el umbral del terror allí alcanzado son imposibles siquiera de rozar con los muñones sangrientos que tejen sus dedos mutilados.

Mira en derredor. Blanco por donde mire. Salvo por la casita ceñida sobre la distancia. Cree estar sobre una hoja de papel que danza extraviada en un temporal de malas ideas. En vez de letras, piensa en números. Cree que son menos hostiles, pero se equivoca. Los números son infinitos, como sus dudas. Y la superficie inmaterial que aguanta el peso de su miedo ahora tiene líneas negras sobre el blanco, como una hoja cuadriculada. Habita sobre una ecuación incomprensible.

¿Metafísica?

La densidad de su cuerpo crece, se hincha y la hunde. Su peso presiona hacia abajo y los números alrededor de la hoja cuadriculada se le acercan como dientes. Finalmente es engullida a otra dimensión. Es oscuro el nuevo sitio.

—¿Hay alguien aquí? —pregunta.

Su voz suena distante, como si no escapase de su boca, sino de otra persona oculta en otro planeta.

Una voz similar a la suya le responde.

—Tengo hambre —expresa con tristeza.

—¿Qué dices?

—Tengo hambre. ¿Tú no?

La oscuridad se desvanece. Comprende que habla con ella misma. Sentada sobre la nieve, que ha vuelto, mastica algo.

—¿Quieres? —se dice.

Suelta un grito de miedo al ver que se está comiendo sus propios dedos. Hace una arcada. Regresa a la nieve. Regresa a ella misma. Comprueba que sus dedos siguen intactos sobre la fría nieve. Aquella situación horrible le produce una curiosa satisfacción. No me los estoy comiendo, dice. Es bueno, agrega. Luego sonríe.

Mira hacia la casita. Ahora, detrás de una ventana, reposa con severidad un extraño de gorra amarilla. Delante de él hay un rifle negro brillante. El cañón alargado la apunta. El extraño sonríe. Pone el ojo sobre la mira telescópica. El pequeño vidrio, delante del iris del cazador, está rodeado de números. Malditos números, los odia, al igual que las palabras. Y su odio agudiza el miedo. El hombre lleva el índice de la mano derecha con cautela sobre el gatillo y dispara.

Una bola de nieve golpea el rostro de ella. El hombre de gorra amarilla vuelve a ser el niño idiota que, después de arrojarle una bola de nieve, le levanta el dedo del medio. Quiere hacerle lo mismo, pero recuerda que no tiene dedos. Se le han caído de las manos. Es abordada por un ataque de risa. Ríe a carcajadas mientras se quita, con los brazos, los restos de nieve que han caído sobre su cara.

Lo que sucede a su alrededor no tiene ningún sentido. Ningún puto sentido. Es absurdo y anormal. Es descabellado e inspirado de la más surreal mente de un pintor copado en hongos alucinógenos.

Y no deja de reír. El estómago le duele y la hipoxia aumenta hasta casi dejarla sin respiración. Su risa constante se convierte en pequeños gemidos que acaban en un seco “¡ja!”.

Nota que el crío de la casita la mira con espanto. Se aleja de la ventana con miedo. Ella le da miedo. Ella es una chiflada mujerzuela en alguna parte de la nieve que ríe sin razón aparente.

Entonces lo entiende. A pesar de su confusión entiende ciertos parámetros que rigen su propia locura y que, por tanto, permiten que esta tenga sustento. Es consciente de que está loca. Un don concedido por solo un segundo. Y esa locura a la que ha sido arrojada es, finalmente, el umbral, la meta y la última parte de la escala de malas sensaciones. Allí está el terror. Ella lo es. Ella, mediante la locura, es terrorífica.

Los niños huyen de ella.

Y Joanna no puede dejar de reír.

Ha visto la perversión del mundo alimentarse de las personas que más quiere. Ha visto a Adoración alimentarse de hijos inocentes, y ha visto a sus madres convertidas en asesinas locas. Ese es el terror. Ser consciente de toda esa mierda y que nadie te crea. Ser consciente del demonio y que nadie te escuche. Y ese terror hirviendo en tu cerebro colapsa y se desfigura; se distorsiona debido a la incapacidad mental que conlleva llevar su peso encima. Y acaba siendo una risa.

Y Joanna no deja de reír.

Se ha vuelto loca. Los médicos que tratan a los locos visten de blanco. Las camisas de fuerza son blancas y los colchones que recubren las paredes también lo son. Por eso la nieve. Es el franco paisaje en donde ríe como una vieja deschavetada a quien la gente ignora en la calle.

Y esa gente da terror, ¿no?

—¿Está bien?

La pregunta la hace dar brincos. Como si fuese atrapada por un tornado. Pero, por extraño que resulte, se siente bien. Alguien le habla. No es una tonta mujerzuela condenada al terror de vagar en medio de una civilización que ignora sus miedos. Alguien se preocupa por ella. Alguien llama.

—Tía Jo, ¿está bien?

Y la nieve desaparece. En su lugar, una enorme cúpula de pinos verdosos descansa bajo un cálido manto solar. Frente a Joanna están sus gemelas. Ambas la miran con curiosidad.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Elizabeth.

Joanna tiene el tonto impulso de mirarse las manos. Todos sus dedos están ahí. Luego mira sus pies. Todos sus dedos, descifra, aguardan con normalidad bajo el cuero de sus zapatos.

—¿Por qué? —pregunta entonces.

—Su frente —explica Camila.

Joanna se toma la frente. Recuerda su herida producto del choque en la autopista. Recuerda los disparos al interior del supermercado. Recuerda a la mujer embarazada apuñalándose el vientre. Recuerda a la vieja loca conduciendo la camioneta Chevy con el cadáver de su hijo detrás. Recuerda la locura a la que esas situaciones la habían arrojado. Locura que, junto al terror de no volver a ver nunca más a sus sobrinas, habían convertido su caminar por el sendero que lleva a la zona de *camping*, en un curioso estado de éxtasis.

Recuerda la nieve y sacude la cabeza. Ha vuelto a la realidad. Sonríe y abraza a sus chicas.

—He chocado —dice—. Pero estoy bien.

Aprieta los cuerpos de sus sobrinas sobre el suyo y sonríe. Siente cómo su corazón se llena, y la mierda que alucinaba antes se aleja. Las ha vuelto a tener consigo. No hay mucho que temer. Pero, mientras las abraza, recuerda que se equivoca.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunta.

—En la casona amarilla —responde Camila.

La niña y su hermana se separan de su tía y apuntan hacia la casa amarilla que se alza en medio del claro de la zona de *camping*.

—Duerme —agrega Elizabeth—. Ha dicho que se siente mal.

—¿Y las demás chicas?

—Han salido junto a sus madres al interior del bosque —responde Camila.

Y Elizabeth no tarda en agregar palabras.

—Nosotras queríamos ir también, pero mamá no nos ha dejado. Estábamos esperándola, tía. ¿Podemos ir?

Joanna tiene un mal momento. Tiene el perverso deseo de coger a sus sobrinas y largarse de Adoración. Están a salvo. A las demás que se las lleve el diablo. Pero no. Ama a sus alumnas de la misma forma en que ama a sus sobrinas. No las va a abandonar.

—Tengo que salvarlas —susurra para sí misma.

—¿Cómo dice? —preguntan sus sobrinas al unísono.

—Nada. He dicho que iremos al bosque.

Sonríe con felicidad falsa. Coge de la mano a sus dos sobrinas y se interna en el parámetro verde. Es verde, no blanco, piensa. Es real. Sus sobrinas están a salvo y es real. Vuelve a sonreír con menos falsedad que la vez anterior.

Su sonrisa, sin embargo, se difumina al entender su tarea. Debe salvar al resto de niñas.

¿Será capaz de llegar a tiempo? ¿Será capaz de hallarlas en medio de aquel bosque de pinos?

Vuelve a sonreír. Esta vez con esperanza.

Mientras camina por el bosque verde, entiende que tiene una tarea. Debido a aquel racional pensamiento, el blanco de sus locuras, estado nato

de su momento de éxtasis, se esfuma.

El blanco desaparece, espera, para siempre.

16

—Parecías un zombi —menciona Camila.

Un zombi perdido en la nieve, piensa Joanna. Prefiere dirigir la conversación hacia algo más grato.

—¿Cómo lo han pasado?

Pero sus sobrinas, con la gentil cortesía que las caracteriza, están preocupadas por ella.

—Tía —insiste Camila—, de verdad nos ha parecido un zombi. Nos asustó.

—¿Ha sido el choque? ¿Se ha hecho mucho daño? —agrega Elizabeth.

Niega con la cabeza. Intenta hablar, pero no sabe qué decir. Camina entremedio de los pinos sin dirección aparente más que las vacuas señales que sus sobrinas, con gran inseguridad, otorgaron como vías de llegada al arroyo en donde, espera, estén el resto de las chicas.

—¿Sigue con resaca? —pregunta Elizabeth.

Y, como un coro de suave armonía, llega la réplica de Camila.

—Son las avispas, ¿verdad? ¿Siguen en su cabeza? ¿Le pican el cerebro?

Joanna, por un breve instante, desea gritarles a sus sobrinas. Un “¡cierren la boca!” sería suficiente. Se vuelve hacia ellas y otro breve instante es suficiente para negarle semejante acto. Sus preciadas sobrinas la miran con una tierna amabilidad que no merece un grito. Arrepentida por su idea, les sonríe.

—Les he parecido un zombi de *The Walking Dead*, ¿no es así?

Sus sobrinas asienten al mismo tiempo. Luego el corito semejante le ofrece una fresca brisa de sonrisas infantiles.

Joanna igual sonríe por la idea del zombi perdido en la nieve. Sigue sin comprender cómo es que caminó por el sendero de grava sin ser realmente consciente de ello. Su mente, mientras caminaba hacia la zona de *camping*, estaba atorada en una descabellada tormenta de nieve. Caminó por inercia. Bajo el modo de piloto automático. Como una jovencita ebria que, completamente alcoholizada, camina de regreso a casa sin tener idea de cómo lo hace.

Joanna se encuentra divagando.

—Ha sido el choque —explica—. Me golpeé la cabeza y he sentido un mareo.

—Iré por una flor —suelta Elizabeth, emocionada—. Para que se sienta mejor.

—¡Y yo por una ardilla! —exclama Camila.

Joanna siente el tirón en ambas manos. Los dedos de sus sobrinas que iban entrelazados a los suyos buscan soltarse. Joanna aprieta y les impide salir corriendo. Sus sobrinas fruncen el ceño, alertadas por el extraño comportamiento de su tía.

Joanna tiene la tonta idea de que debe buscar una excusa. No tarda en descubrir que no es necesario. Puede decir la verdad sin tener que explicarles a esas niñas la maldición del bosque.

—No es bueno que corran —dice—. Pueden tropezar con las raíces de los árboles. O, todavía peor, pueden perderse.

—No nos perderemos —se queja Camila con prepotencia.

La niña tira de su mano, pero Joanna no cede.

—Vamos, tía —solicita Elizabeth con un sentimentalista tono de manipulación infantil—. Solo quiero buscar una margarita para usted.

Y las gemelas tiran de sus manos. Joanna comienza a perder la paciencia y sabe que una discusión con esas pequeñas es algo que no desea tener. Entonces, la verdad, hermosa verdad, regresa a su rescate.

—He chocado y estoy adolorida —expresa con placidez—. No necesito margaritas ni ardillas. Necesito a mis hermosas sobrinas.

Sonríe. Las chicas igual. Se abrazan las tres. No es necesario apretar las manos, pero Joanna, de manera inconsciente, lo sigue haciendo. Es natural, después de todo. Bajo el sereno sol que ingresa resquebrajado entremedio de las ramas de infinitos pinos, aquel abrazo se extiende los segundos suficientes para otorgarle calma a Joanna. Se extiende agradable, como un beso materno después de una pesadilla.

Tres personas observan aquel abrazo desde las hendiduras del bosque. Dos de ellas andan juntas. Son dos niñas que sonríen al ver aquel cuadro de alegría familiar.

—Profesora —saluda Gabriela con emoción.

La hija de Marta suda y parece nerviosa. Sin embargo, el encontrarse con su profesora de matemáticas le ha devuelto la tranquilidad. La niña de rostro cuadrado y analítico levanta ambas cejas y ambos hombros. Su

habitual gesto de chica emocionada. El gesto que solía hacer durante las clases, cuando lograba resolver los ejercicios matemáticos con soberbia inteligencia. Ahora, el haber encontrado a Joanna era resolver el ejercicio de hallar la salida del bosque.

Joanna se desprende de sus sobrinas. Saluda a Gabriela. Luego saluda a Loreto, su otra alumna. Al ver su rostro ligeramente aliviado, lo comprueba: esas chicas estaban perdidas.

—¿Qué están haciendo aquí? —les pregunta alertada—. ¿Dónde están sus madres?

—Iban con nosotras al arroyo junto a las demás chicas —responde Gabriela—. Pero nos pidieron dejar atrás el grupo. Madre dijo no sentirse bien. Nos volvíamos a la zona de *camping*, pero de pronto... —Gabriela apunta a Loreto con la mano—. Corrimos por un sendero para escondernos de nuestras madres. Les jugábamos una broma, nada más, pero no sabemos qué pasó. No las volvimos a ver.

Gabriela mira en derredor. Luego mira las copas de los pinos, como si allí se ocultasen Marta e Ingrid; esta última es la madre de Loreto. La chica morena y de pelo aceitunado y largo, al igual que su madre, la presuntuosa vocera del comité, mira a Joanna con un oscuro desconcierto bosquejando sus mandíbulas regordetas.

—Este bosque es extraño, ¿no cree, profesora?

Joanna le concede eso con un conciso movimiento de labios. Iba a decirle a su alumna que la frase dicha es correcta. Demasiado correcta. Pero algo la detiene. La certeza de que alguien la observa. La observa a ella y a sus chicas. Mira a través de los troncos de los pinos que crecen a su alrededor, pero no ve nada. Lo olvida con rapidez, pues cree que es sugestión. Después de todo, la sugestión debe brotar allí como mala hierba.

No tiene idea que un extraño hombre armado la acecha a ella, y a sus chicas. A una de sus chicas en particular.

—¿Iremos al arroyo? —pregunta Gabriela.

—Nuestras madres se enfadarán —desaprueba Loreto—. Creo que es mejor regresar a la zona de *camping*. Nuestras madres deben estar allí.

—Deben estar buscándonos —replica Gabriela—. De ser así, lo más probable es que hayan vuelto al arroyo.

—Solo lo dices porque quieres visitar ese tonto arroyo. —Loreto adopta la misma mueca que su madre cuando, en las reuniones de apoderados,

intentaba dar por acabada una discusión. Es decir, sorbe por la nariz y luego agrega un suspiro.

Joanna se aparta de la discusión juvenil a la que, pronto, se suman sus sobrinas. Piensa en que ya tiene a cuatro chicas. Sus alumnas son veinte en total. Le quedan dieciséis a la deriva. Y la idea de escapar de Adoración con su botín de cuatro piezas de oro resurge. Ahora con más fuerza.

Pero piensa en el resto. Piensa en Andrea y su introvertida personalidad que la hacía sonrojarse cada vez que Joanna le hablaba. Piensa en Josefa, la chica revoltosa que odiaba las matemáticas, tanto como ir a la escuela. Piensa en Antonia, la niña con un poder extraordinario para inventarles motes a sus compañeras. Piensa finalmente en Carla, la chica con la habilidad para inmiscuirse en la vida privada de Joanna y las demás profesoras.

Quiere a esas niñas. No puede abandonarlas. Finalmente toma una decisión. Y su decisión de persona adulta hace acallar las voces de las cuatro niñas que discuten bajo ella. No le es complicado que las chicas acaten. Después de todo, es la profesora. Y, además, solo Loreto parece querer regresar a la zona de *camping*. La mayoría va hacia el arroyo. La mayoría, nena, siempre gana. Quieras o no.

Y el grupo, entonces, se dirige hacia la zona del arroyo. Joanna, hasta antes de cruzarse con Gabriela y Loreto, solo seguía el norte, guiada por las enormes colinas que sobresalían desde esa dirección. Ahora, gracias a sus alumnas, particularmente gracias a Gabriela, que parece más proclive a abrir la boca, tiene una idea más clara de donde está el arroyo. No es lejos.

En el camino, Joanna lucha con sus inseguridades. Esas que le dicen que regresar a la zona de *camping* es buena idea. Cada vez que mira a Loreto, cabizbaja detrás de ella, la idea hace eco en su cabeza. Delante de ella caminan sus sobrinas y Gabriela, quienes no paran de hablar.

Joanna escucha a las chicas, tratando de empaparse de su bondad.

—Mamá se ha dormido —dice Elizabeth—. Se sentía mal.

—Mami también parecía cansada antes de perderla de vista —sopla Gabriela—. Cansada y fastidiada.

—Tía Jo —suma Camila en voz baja, intentado que Joanna no la escuche — ha chocado, y también parece extraña. Ha chocado la camioneta de mi mamá.

Y Joanna es testigo de cómo Gabriela se gira hacia ella, desconociendo por completo las artes del cotilleo.

—Es verdad —dice la hija de Marta. Apunta la frente de Joanna, ahí donde la herida se seca bajo el sudor y el sol—. Joder, es verdad. No lo había notado, pero es verdad. Guau, profe, tiene una herida.

Excelentes habilidades visuales, niña. Joanna prefiere dejar el sarcasmo para sus adentros y se pregunta qué decir. Si regañar a la chica por joder, o si gastar su preciado oxígeno en dar explicaciones sin importancia. Antes de abrir la boca, es interrumpida por un sonido.

Se trata de un sonido líquido. Es agua corriendo sobre piedras.

—El arroyo —descifra Elizabeth.

Tiene razón. Han llegado. El angosto curso del agua atraviesa la hierba en horizontal, dibujándose como un cinturón cristalino que separa al bosque en dos. Da igual, piensa Joanna, en ambos lados hay pinos. Sin embargo, hacia la izquierda, que es desde donde el agua corre, se supone, según los folletos turísticos, hay una cascada. Una hermosa cascada que proviene de alguna parte de las colinas, cuyas cimas ya se vuelven más próximas.

—Ya estamos cerca de la cascada —añade Elizabeth con entusiasmo.

—Quiero bañarme bajo ella —apunta Gabriela.

—Yo quiero buscar ardillas —cierra Camila.

—Las ardillas no nadan —culmina Elizabeth con un despiadado punto final.

—Tú tampoco, niña estúpida. —Camila le pone tres puntos suspensivos a la discusión con su hermana. Y el debate prosigue.

Joanna se desentiende con el arroyo. Ha notado que Loreto, que se ha mantenido lejos del entusiasmo de sus compañeras, mira el agua con gesto sombrío.

—¿Es sangre? —pregunta la niña.

Joanna mira el agua correr sobre las piedrecillas. Se torna roja. Cada vez más roja. La hija de Ingrid tiene razón: es sangre. Hay sangre fluyendo en el arroyo.

Joanna asiente con la cabeza. El resto de niñas mira con curiosidad la sangre. Siguen su curso desaparecer en la distancia. Su rastreo culmina con un sublime miedo.

—¿Por qué hay sangre? —pregunta Gabriela.

—Quizá sea un animal muerto —responde Joanna con velocidad. A diferencia de sus chicas, ella mira hacia el otro lado del arroyo. El lado de donde viene la corriente. Y la sangre—. Iré a ver qué pasa.

—Quiero ir —solicita Camila.

Y un infantil “yo también” se repite tres veces. Las cuatro niñas miran a Joanna con gesto de decidida valentía.

—No —les dice.

Las chicas vuelven a protestar. Y Joanna, a quien nunca se le ha dado bien el decir que no, se defiende con un grito.

—¡No! ¡No, maldita sea! ¡Quédense acá! ¡Háganme caso!

Las sobrinas, sorprendidas ante el inesperado arrebató de su tía, guardan silencio.

—No es necesario que grite —le recuerda Gabriela. Luego mira los pinos como una importante ejecutiva que les da una lección a sus empleados—. ¿Por qué tengo la impresión de que este bosque pone de mal humor a los adultos?

—Es verdad —afirma Loreto—. Debimos ir a la zona de *camping*.

Joanna suspira. Toma una bocanada de aire e intenta dibujarse una falsa sonrisa en el rostro. No lo consigue. Mejor. Las niñas, está segura, captan las mentiras. Prefiere ser honesta.

—No es bueno que vean un animal muerto a su edad, niñas. Háganme caso, ¿vale? Volveré enseguida.

Las chicas acatan de mala gana. Se miran entre sí y luego miran sus zapatos en gesto de rendición. Elizabeth es la única que levanta la mirada y le sonríe. Joanna le devuelve la sonrisa. Esta vez es genuina. Pero, al darse la vuelta y caminar en dirección al origen de la sangre, la sonrisa desaparece.

Da largas zancadas por la orilla del arroyo. No tarda en divisar una enorme roca que sobresale en el lado del frente, es decir, del otro lado del que yacen los pies de ella y sus chicas. Joanna entiende que la sangre viene de ahí. Se apresura en sobrepasar, desde su lado, aquella roca. Se posiciona frente a ella. Retrocede la mirada por donde vino. En la distancia, sus chicas aguardan obedientes.

Entonces mira al frente. A un costado de la roca que sobresale de la orilla lateral del arroyo, se esconde un claro de por lo menos diez metros

cuadrados. En él hay tres asientos de madera, largos y antiguos. Aquella pequeña zona de descanso provoca en Joanna un ahogado grito de horror.

Gabriela tiene razón: el bosque pone de mal humor a los adultos.

A las madres, corrige Joanna.

Y, con la boca abierta por el horror, ve al grupo de madres miembros del comité de zorras necias sobreprotectoras, comerse a sus hijas. La masa del comité parece una jauría de zorras hambrientas alimentándose de sus crías. Aquella escena macabra, que se desangra bajo el sol de verano, hace que Joanna cierre los ojos. Se pregunta si acaso es una ilusión.

Abre los ojos. El cuadro aterrador pintado entero de rojo sigue desenvolviéndose del otro lado del arroyo. Sobre el césped están las madres arrodilladas, una al lado de la otra. Bajo ellas, sus hijas sucumben a los dientes hambrientos de sus madres que, en un acto de demencia siniestra, mastican los cuellos de las pobres y agonizantes alumnas de Joanna.

No están todas. Siete. Sí, Joanna las cuenta. Son siete. Las reconoce y luego llora. Y sus lágrimas caen sobre sus mejillas sudorosas. Al mismo tiempo, y desde los cuellos de las hijas muertas, la sangre cae a borbotones sobre el césped. Se acumula y hace una poza que lentamente discurre hacia la orilla. Hacia el arroyo.

Hacia sus chicas, culmina Joanna.

Gira la cabeza hacia ellas. Las cuatro niñas la observan desde la distancia. Joanna agradece la presencia de la roca que sobresale sobre aquel claro y que oculta el crimen grotesco que allí se desarrolla. Vuelve a mirar ahí. Descubre que sigue con la boca abierta. La cierra. En su lugar, siete mandíbulas se abren frente a ella. Dientes llenos de sangre ajena parecen sonreírle. El grupo de madres vuelve a cerrar las mandíbulas sobre la carne de las hijas muertas. Ellas no sonríen. Ellas mastican.

Joanna digiere toda esa mierda. Quiere vomitar, pero no puede. No logra asimilar nada de lo que ve. No logra hacerse cargo de ningún pensamiento. Oye pisadas desde el lugar donde ha dejado a sus chicas. Mira hacia allá. Ve acercarse, lentamente, a una mujer. Es Marta, la madre de Gabriela.

Joanna, alarmada, empieza a correr. El espectáculo de rojo canibalismo queda atrás. Pero, si no se apresura en llegar donde Gabriela, otro espectáculo de rojo canibalismo se ceñirá a esa pobre niña.

—¡Corran! —grita.

Pero ninguna de sus chicas parece escucharla. O quizá sí, pero no entienden las razones de ese grito. Después de todo, para ellas Marta no representa ningún peligro.

Mientras corre, Joanna logra, a pesar de su miedo, hilar una pregunta: ¿cómo mierda les explicará a esas chicas que sus madres se han convertido en extraños seres que buscan comérselas?

Pero, a medida que llega hasta donde las chicas, entiende que no es momento para explicar nada. Es momento de correr. Pero sus chicas la miran anonadadas. No captan la orden de correr. Y Marta, desde el otro lado, se acerca a ellas.

Pero Marta solo camina. Joanna, a medida que se acerca corriendo, entiende a qué se referían sus sobrinas cuando dijeron que ella parecía un zombi. Ahora Marta camina como uno.

Joanna, sin aliento, llega hasta sus chicas.

—¡Corran! —repite.

Las chicas parecen dudar. Pero, para fortuna de todas, el mensaje es escuchado.

Finalmente, todas corren hacia la zona de *camping*.

17

—¿Por qué corremos? —pregunta Gabriela.

Joanna corre y pretende que las chicas hagan lo mismo. Ha cogido, en cada una de sus manos, a sus dos sobrinas. Las arrastra entremedio de los troncos de cientos de pinos. Detrás, o delante, corren Loreto y Gabriela. Ha perdido total orientación. Su cerebro se ha paralizado y solo una operación resiste allí: correr.

Pero Gabriela insiste con su pregunta. Un cuestionamiento que, como una fisura sobre la operación *correr*, llama su atención como las punciones arriba de una herida. La curiosidad de la niña es como una estría. Entre los pies en movimiento de Joanna, la estría se enreda y la hace tropezar.

¿Por qué corremos?

Sabe que, de no contestar, el sentido común de la niña la hará detenerse. Entonces, de la fisura, como sangre, brotan ideas. Y la operación *correr* se ve embrollada en las causas de lo que, para las niñas, parece no tener sentido.

Joanna sabe que debe explicarles, tarde o temprano, que las madres han perdido la cabeza. Que sus madres se han convertido en seres extraños.

Perturbadoramente extraños. Ella es profesora, debe encontrar la forma de poder explicar eso. Pero no ahora. Ahora deben correr.

Las pisadas se hunden en la hierba con velocidad. Suenan de manera discontinua y desesperada. Joanna hace malabares para no soltar a sus sobrinas al mismo tiempo que zigzaguea entre los troncos de los pinos. Su cabeza roza las ramas. Siente que Elizabeth tropieza con una raíz. Al ir amarrada a la mano de su tía, la niña no cae. Es arrastrada por Joanna. Se queja, pero su tía no tiene intenciones de escucharla. Ni de parar.

Los jadeos del grupo de corredoras suben en intensidad. Se multiplican por todas partes, como el soplo inestable de un confuso grupo de chicas perdidas en el bosque. Y el escenario marrón y verde que cobija el ascenso del cansancio da vueltas como el irritante tablero del juego de “Corre, nena, que mami se acerca”.

Pero el puñetero juego no tiene pistas. Ni salida. ¿Es que acaso solo se trata de correr? Correr sin parar. Y las pisadas resuenan como tambores de una melodía desafinada. Joanna se pregunta si alguna de esas pisadas corresponde a Marta. Desea voltear, pero le es imposible. La idea de ver a aquella mujer corriendo detrás le produce escalofrío.

Y la imagen de mami zombi se multiplica. Se imagina a todas las madres que vio convertidas en animales hambrientos, corriendo detrás de ella; abriéndose paso entre los pinos como los animales silvestres de aquella selva de pinos. Como los perros rabiosos que, rotas sus cadenas, persiguen a las intrusas.

Y el agotamiento es máximo. Le cuesta seguir corriendo. El peso de sus ideas le imprime mayor gravedad a su maratónica huida. Alguien habla a su alrededor. Una voz infantil, femenina y jadeante. No escucha. Trata de ser como una corredora de atletismo a punto de llegar a la meta. Mira en frente. Nada más.

No obstante, su esfuerzo se detiene de súbito. Alguien le obliga a parar. Son sus sobrinas que, de pie sobre la hierba, tiran de sus brazos. Se gira hacia ellas e intenta abrir la boca. Le es imposible. De sus labios rodeados de sudor, solo escapa un hálito cansino. Suelta a sus chicas y se apoya en el tronco de un pino. Inhala y exhala. Sus sobrinas la imitan. Pronto se le suman Loreto y Gabriela.

Joanna siente que el corazón se le quiere escapar por la garganta. El sol de verano parece quemar su piel que, en forma de sudor, se derrite sobre sus

labios. Sorbe por la nariz y se pasa la manga de la camiseta por la boca. El pelo que lleva suelto por la cara se lo peina hacia atrás. Escupe al suelo e intenta decir algo, pero Gabriela se le adelanta.

—¿Por qué corremos?

Aquella condenada pregunta otra vez. Siente que le es más fácil dar una clase de aritmética. De filosofía. De la mierda que sea. Hasta una clase de sexualidad le resulta más cómoda que darles a sus chicas una lección sobre cómo las madres se han vuelto malas. Malas, como esas mujeres psicópatas que protagonizan esos documentales sobre niños asesinados y familias yéndose por el drenaje.

Las chicas la miran con atención.

—Sus madres —empieza vacilante. Se rasca la cabeza y vuelve a quitarse el sudor de la cara. Se desentiende con la herida de su frente, en donde una costra empieza a emerger. Vuelve a mirar a sus chicas. Parecen las crías de un ave a la espera de que mami les arroje el gusano a sus picos—. Sus madres... ellas... —Se muerde el labio inferior. Quiere decir que no. Que no sabe qué mierda decir. Que la profesora está con resaca y que los números le parecen dientes. Dientes amarillos que, a veces, le muerden las orejas. Y se descubre divagando. Sacude lentamente la cabeza y toma aire —. Ellas se han enfermado, ¿vale? Este bosque las ha enfermado.

—¿Enfermado? —pregunta Gabriela.

Es la única niña que parece atenta. Es el único pájaro del nido que chilla por más gusanos. Las demás chicas parecen haber captado la podredumbre que cae de la boca de Joanna. La miran con miedo. Pero Gabriela no. La hija de Marta es como su madre. Sacadora de quicio e insistente, como un puto hipo.

Joanna no quiere volver a abrir la boca. No le suena bien lo que tiene o intenta decir. Le da la impresión de tener un huevo de araña creciendo en el borde de su garganta. Hinchándose a medida que respira. Si sigue hablando, el huevo se erosionará y de su pellejo blancuzco brotarán cientos de pequeñas arañitas negras que, como alfileres peludos, recorrerán su garganta como polvo soplando dentro de un tubo y caerán sobre su estómago. Menuda y sucia tarea. Hablar le resulta escalofriante.

Pero tiene a Gabriela frente a ella. Exasperante. De brazos cruzados. Le recuerda a Marta cuando lideraba al comité en las reuniones de apoderados. Sentada en primera fila junto a Ingrid, de piernas cruzadas y con el mentón

erguido. Miraba a Joanna con un talante de desprecio. Con el talante de una madre que cree que la profesora encargada de su hija no es más que una jovencita alcohólica que prefiere dar clases de sexo oral a muchachos nudistas antes que dar clases de matemáticas en la escuela técnica.

Y el desprecio en Gabriela se debe a que la niña cree que su profesora se ha desquiciado. La mira como si Joanna fuese una loca que desvaría. La mira con absurda confusión, como si detrás de su gesto de altivez se ocultase la sombra de una duda que le dice que, quizá, su profesora bromea. Es como si Joanna insistiese en que dos más dos son seis. Gabriela espera que ella se retracte. Que le diga que es una broma.

—¿Enfermado? —insiste la niña.

Pero su paciencia infantil se agota. Si es que la palabra *paciencia* existiese en los descendientes de Marta. El semblante de incredulidad deja de esconder una leve y absurda risita. La niña está sonrojada. Joanna no sabe si es por el cansancio o por la rabia que empieza a crecer detrás de sus mejillas.

—¿Qué dice? ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loca, o qué?

Y las preguntas de la niña son engullidas por una repentina ráfaga que sacude las copas de los pinos.

—Las madres quieren hacerles daño —suelta Joanna. Pero no le sale. Le resulta imposible de creer. Y entiende que debe sonar como la peor de las actrices leyendo una línea del guion en donde, se hace imperativo, sonar dramática. Pero sigue sin asimilar toda la mierda que discurre en Adoración. Cree estar diciendo una tontería sin sentido. Una mentira. Y las niñas y niños, como magos adversos de las corrompidas habilidades adultas, saben de inmediato cuando un adulto miente. O, mejor dicho, cuando un adulto habla estupideces.

—¿De qué habla? —pregunta Gabriela—. Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué madre querría hacerme daño?

Joanna se anima a tragar saliva. Mira al resto de sus chicas. Loreto y sus sobrinas la miran con el ceño fruncido y con un latente sobresalto erguido en sus frágiles cuerpos cansados. Las niñas, a diferencia de Gabriela, se mantienen en silencio. Pero Joanna descubre que no es por temor a las madres o al bosque. Las tres chicas restantes tampoco se tragan su historia de madres zombis. El silente temor en ellas es porque, al igual que Gabriela, entienden que Joanna ha perdido la cabeza.

Joanna se ve a sí misma como la bruja del bosque. Con la costra en su frente y el sudor empapando sus mejillas coloradas. Joanna, la mujer loca que las había cogido de las manos y las había arrastrado por el bosque; secuestrándolas.

Sus sobrinas y Loreto aguardan en silencio porque asimilan la situación: están atrapadas en el bosque con una mujer que ha perdido la razón. Gabriela, en cambio, parece todavía no comprender eso. O, en su prepotencia adquirida por sangre, cree poder sobreponerse a la loca del bosque de pinos. E insiste.

—¡Vamos! ¡¿Por qué mamá me haría daño?! Creo que usted, profesora, ha perdido la cordura.

Joanna no alcanza a decir nada. Un ruido de pisadas se acerca. Una figura humana emerge entre los pinos. Se trata de Marta, la madre de Gabriela, que camina con torpeza hacia Joanna y sus chicas. No más de tres metros las separan.

—¡Mami! —grita Gabriela, e intenta correr hacia Marta.

Joanna la alcanza a tomar de la cintura. La empuja hacia ella al tiempo que da varios pasos hacia atrás. Gabriela se resiste. Se sacude con violencia, pero Joanna hace un esfuerzo por no soltarla. La niña comienza a gritar desesperada. Elizabeth y Camila lloran debido a la confusión.

Loreto intenta acercarse a Gabriela para tratar de salvarla de la loca de Joanna, pero algo la detiene. Aquella niña, hija de Ingrid, ha visto lo mismo que Joanna: Marta, que se acerca mediante lentos pasos, no es más que un ser monstruoso. Entonces, acobardada, corre hasta las gemelas y se queda detrás.

—Corran —dice Joanna con dificultad. Retrocede un par de pasos hacia sus chicas y las alcanza a mirar un breve segundo. Se compadece—. ¡Corran! —insiste, al tiempo que empuja a Gabriela hacia ella. Pero la niña se defiende. Le da un codazo en el mentón. Joanna se compadece de sí misma. Cuando la niña le muerde la mano, Joanna suelta un grito de dolor y se ve obligada a soltar a Gabriela. Debido a la fuerza con la que la sostenía, Joanna cae de culo al piso. Ve, resignada, cómo la niña corre hasta su madre. Se compadece de su alumna.

Intenta ponerse de pie, pero no lo logra. Para su fortuna, si es que se le puede llamar fortuna, sus gemelas se le acercan y se quedan detrás. Ya no parecen temerle. Pronto siente que Loreto también está detrás de ella. Las

tres niñas han descubierto que la loca no es Joanna, sino Marta. Sí, las tres niñas ven lo mismo que ella: Marta ha adquirido la apariencia de un zombi.

Gabriela se ha detenido a un metro de su madre. Se ha detenido en seco. Parece notar lo mismo que las demás. Joanna lo agradece.

—Regresa, Gabriela. Ella no es tu madre.

La niña la ignora.

—¿Mami? —pregunta—. Mami, ¿qué tienes?

El sol cae con violencia sobre Marta y esclarece sus rasgos nuevos. Dilucida con su luz anaranjada lo que mami tiene: la apariencia de una bestia. Su mandíbula se ha alargado unos centímetros hacia adelante. Sus pómulos pálidos se acentúan como triángulos huesudos que intentan explotar bajo su piel, antaño tersa por el maquillaje, ahora cubierta de poros y estrías. Sus ojos y cuello están amarillentos, como si la mujer tuviera una repentina ictericia.

—¿Mami? —replica Gabriela.

La niña retrocede un paso. Su posición vacila. No tarda en retroceder dos pasos más.

—No es tu madre —dice Joanna, al tiempo que se pone lentamente de pie. Evita hacer ruido para no asustar a Gabriela.

—Soy yo, mami —vocea Marta con tono ajeno. Su tono fanfarrón y siútico ha sido reemplazado por un tono pastoso, como el que llevaba consigo la mujer de la camioneta Chevy. Habla como si una mata de vellos creciera sobre su lengua e impidiera el libre paso de aire. El aire de la voz se abre paso por las hendiduras de su lengua monstruosa y sale disparada como reflujos ácidos; como cuchillas puntiagudas. Como la voz de una mujerzuela ebria que pierde los estribos en un bar de mala muerte.

Marta se recoge el pelo negro que cae sobre su piel. Ahora resalta en ella su frente amplia, llena de espinillas, con una entrada en el costado izquierdo mucho más grande que en el costado derecho, la cual conduce a una alopecia prematura. La mujer pierde el cabello. Joanna ve cómo algunas hebras caen al piso; iluminadas por el sol parecen alargados mosquitos.

—Ven, hija. Ven con mami.

—¿Por qué hablas así, mamá? ¿Acaso estás ebria?

—No estoy ebria, niña estúpida. Ven, hija, es hora de comer.

—¡Estás ebria, mujerzuela estúpida! —exclama Gabriela. Luego rompe en llanto. Entre sollozos se las ingenia para seguir gritándole a su madre. O

a lo que queda de ella—. ¡Maldita madre estúpida! ¡Ebria asquerosa! ¡Con razón papá te abandonó!

—Ella no es tu madre —señala Joanna, que ya está de pie. Se gira hacia sus sobrinas y Loreto—. Quédense aquí —les susurra—. Quédense aquí, ¿vale?

Las niñas, completamente asustadas, asienten con la cabeza. Joanna siente un impulso de abrazarlas y besar sus cabecitas. Pero ya habrá tiempo para aquello. O eso espera. Ahora debe concentrarse en Gabriela. Se vuelve hacia adelante y da dos pasos.

—No es mamá —dice con calma—. Gabriela, hazme caso, ella...

—¡Sí es mamá! ¡Mierda, sí es mamá! ¡Solo está drogada!

—Tienes razón, es tu madre —concede Joanna. Da dos pasos más—. Pero está enferma. El virus del bosque la ha enfermado. Este bosque exhala un virus que... que... que hace que las madres maten a sus hijos y...

—¡Cállese! —grita Gabriela, que sigue mirando fijamente a Marta—. Usted igual está drogada. Son un montón de drogadictas estúpidas.

Joanna no sabe qué decir. Se concentra en el camino. Intenta no tropezar ni emitir ruido alguno que pueda alertar a Gabriela. En medio de aquella situación, Joanna piensa en su madre. Ella, días antes de darse un tiro en la cabeza, había dicho algo: es mejor morir que convertirse en un problema para la familia. Los cuerpos de las personas no son más que automóviles que nos conducen para todas partes. Cuando envejecemos, el automóvil comienza a fallar. Comienza a oxidarse y dar problemas de arranque. Es mejor abandonar el auto antes que convertirte en un problemático conductor que, detenido en medio de la autopista, embotella a todos en un largo taco. Embotella a toda la familia detrás de un viejo moribundo inútil.

En aquella ocasión, no le había prestado mayor atención a mamá. Venía siendo una deprimida mujer con una tendencia a beber alcohol y hablar cosas deprimentes. Ahora, mientras intenta salvar a Gabriela, aquella frase le hace sentido. Madre se estaba despidiendo. Esa tontería de abandonar el auto antes de atorar a toda la familia detrás de ella era su forma de decir que, pronto, se mataría. Se mataría para no ser una molestia. Menuda mierda metafórica, piensa Joanna y siente un estreñimiento. Se pregunta las razones de acordarse de eso. ¿Acaso es como en las películas?, cuando uno está a punto de morir y ve pasajes de su vida. Ahora la que está a punto de

morir es una inocente niña, así que deduce que es algo similar. Algo mortal, después de todo. Y está nerviosa. Por eso piensa sandeces.

Sacude levemente la cabeza, como si mosquitos zumbaran cerca de sus oídos. Se quita las divagaciones de encima y vuelve a concentrarse en Gabriela.

—Padre tenía razón —escupe Gabriela entre lágrimas—. No eres más que una mujerzuela iracunda.

—Hija, no le hables así a mami.

—¡No soy tu hija!

—Hija, ven a comer. Es hora de comer. Comer. Es hora de comer. —Marta, como un agudo disco rayado, repite aquellas frases, una y otra vez—. Es hora de comer. Comer. Comer. Comer. —De pronto empieza a caminar hacia su hija. Se detiene a centímetros de la niña—. Es hora de ser comida, hija —termina diciendo.

Su sonrisa se alarga y, del interior de su boca seca, emergen enormes y puntiagudos dientes amarillos que, como colmillos, se acercan a Gabriela. La niña grita. Se le suman los gritos de las demás chicas. Marta estira el brazo hacia su hija. Gabriela retrocede dos pasos y cae al piso. Joanna se apresura en ponerse en medio de ambas. Lo logra.

Cerca de Marta, el miedo se acrecienta. La líder del comité de zorras necias sobreprotectoras ha mutado al más feo de los zombis de *The Walking Dead*. Desprende, además, un olor nauseabundo. Olor a perro mojado, piensa Joanna.

Cuando la mujer acerca su mandíbula abierta, y varias salivas caen sobre el rostro de Joanna, la idea del perro mojado cambia a la idea de cadáver mojado. Esa mujer se pudre. Se pudre desde dentro. Y, en un lapsus de segundos, Joanna se compadece de ella. Recuerda las palabras de su madre. Fea cosa, Marta ha perdido por completo el control de su vehículo y amenaza con arrollar a su propia hija. Amenaza con caerle encima como un inmenso camión de carga.

Los ojos amarillentos de Marta, como focos de una nave espacial venida del más horrible de los planetas, hacen un extraño cambio de luces. Un cambio ligero de esencia.

Joanna cree que el haberse puesto en medio ha traído a Marta de vuelta. Nunca lo sabrá. Un grito repentino de sus gemelas y Loreto la obligan a mirar atrás. Mientras lo hace, ruega porque no se trate de Florencia. De

tratarse de la madre de sus gemelas, tendría que decidirse entre salvarlas o salvar a Gabriela.

Una vez que mira hacia atrás entiende que no podría salvar a nadie. No tiene ningún arma con la que defenderse. Recuerda la fuerza sobrenatural que había cogido la madre del supermercado. Definitivamente, no tiene nada que hacer frente a dos madres asesinas. Cierra los ojos resignada, pero al abrirlos descubre que quien yace al lado de sus chicas no es Florencia. Tampoco Ingrid. Es un hombre.

El extraño tiene un revólver. Dispara una sola vez. La bala atraviesa la cabeza de Marta. La mujer cae al suelo.

Cae muerta.

Al sonido del disparo le sigue un alargado silencio.

18

Joanna está sentada a los pies de un pino. Metros lejos de ella, están sus sobrinas. A dos pinos de distancia, se encuentra Loreto. En los brazos de la niña descansa Gabriela. Esta última se ha desmayado luego del asesinato de su madre.

El cadáver de Marta está más lejos. A una distancia apropiada para que su cuerpo no sea visto por Joanna y sus chicas. De todos modos, Joanna alcanza a ver su figura desparramada sobre la hierba. Al lado de la muerta, se encuentra el extraño. El hombre silencioso cava la tierra con premura.

La silueta negra del héroe del bosque se agita en un ir y venir agobiante. La tarea de cavar bajo el sol cubre de sudor y jadeos el rostro encapotado del hombre. Y el sonido del metal de la pala acuchillando la tierra genera un silbido agudo e hiriente que, como un eco malicioso, le recuerda a Joanna que el mundo se ha puesto de cabeza.

Desde su asiento privilegiado del teatro verdoso en donde culmina el primer acto de las madres zombis, Joanna asimila la situación: el mundo se ha puesto de revés y espera por ser enterrado. Quien lleva a cabo la tarea es un individuo de rostro difuso, armado con un revólver y de semblante muy extraño.

Se levanta y se acerca a sus gemelas. Las niñas, sentadas sobre la hierba, la miran con temor. No hacia ella, claro, pero verlas así le produce tristeza. Se inclina y las abraza. Luego besa a ambas en la frente.

—Todo estará bien —dice.

Se siente mentirosa y una adulta cruel. Solo los adultos crueles les mienten a los niños. Eso del “todo estará bien” es la clase de cosas que uno dice cuando algo anda mal. Y allí, en medio del bosque, todo anda mal. Están sentadas en el núcleo de un lugar defectuoso. En la frecuencia de una radio en donde se difunde la palabra de un culto siniestro.

—Tengo miedo —susurra Camila.

—Quiero a mami —agrega Elizabeth.

A pesar de que esas niñas necesitan una explicación, sus miradas de congoja dilucidan en Joanna una sola idea: protegerlas. Entonces las vuelve a abrazar y les acaricia sus espaldas con delicadeza.

—No quiero que la mate —dice Camila, mientras se separa de los brazos de su tía.

Elizabeth hace lo mismo. Joanna las mira confundida, pero Elizabeth explica las palabras de su gemela.

—No queremos que mate a mamá. No queremos que le dispare como lo hizo con la mamá de Gabriela.

La niña mira al extraño, quien, en la distancia, ya ha depositado el cuerpo de Marta en su improvisada tumba.

—Marta ha enfermado y...

Elizabeth interrumpe con desesperación.

—Tú has dicho que todas las madres han enfermado. ¡Mami también! ¡También, ¿no?!

—Florescia estará bien, se los prometo.

—No quiero que mami muera —solloza Camila—. Por favor, tía Jo, no permitas que le hagan daño a mami.

Joanna le quita un mechón de pelo que se adhiere a la frente sudorosa de su sobrina. La toma a ella y a Elizabeth de las manos.

—Ustedes son hermanas y se aman, ¿verdad? Pues Florescia no solo es su madre, también es mi hermana. Mi única hermana. La amo y jamás permitiré que le hagan daño. ¿Lo han entendido?

Las chicas asienten lentamente con la cabeza.

Y Joanna vuelve a mentir. Florescia está enferma y, si esa enfermedad la impulsa a querer comerse a sus hijas, Joanna no tendrá más alternativa que dejar que el extraño le dé una bala en la cabeza. La idea da una sacudida en su conciencia y se marcha con la velocidad de los malos pensamientos. No le gusta ese panorama, pero es inevitable, como la oscuridad bajo un

extraño eclipse lunar. Sus gemelas, como si hubieran captado su idea sombría, huyen de ella con gesto de desdén y se sientan alrededor de sus amigas. Joanna ve a Gabriela dormida bajo las miradas afligidas de tres niñas.

Sobre ese marco fúnebre resuenan suspiros. Suspiros masculinos. Insistentes, como el coro de una tonta canción publicitaria. Inapropiada. Joanna entiende que ese extraño no debería estar ahí. Se vuelve hacia él. El hombre ha terminado de cubrir con tierra el cadáver. Apoya su mano izquierda en la pala y con la derecha se quita el sudor de la frente.

Joanna camina lentamente hacia el inusual sepulturero.

—Agotador —dice él—. Agotador, pero necesario. ¿Cómo te llamas?

—Joanna, ¿tú?

—Maicol.

—¿Eres de Adoración?

—No. Soy de la ciudad. He venido desde allá para salvar a mi hija. Llegué justo a tiempo.

—¿Tu hija?

—Sí, Gabriela es mi hija.

Joanna frunce el ceño. No conocía al papá de Gabriela, pues el hombre, según Marta, las había abandonado hace muchos años.

—¿Cómo sabías que estaban aquí?

—Soy un buen padre. Que Marta hubiera dicho lo contrario es... — Maicol mira la tierra bajo sus pies y hace una mueca de tristeza—. Bueno, ya no importa. A lo que voy, es que un buen padre siempre sabe dónde está su hija.

Joanna dice que sí con la cabeza. Estar cerca de Maicol no le agrada. Algo en su aspecto le resulta irritante. Es blanco como la leche, de ojos enjutos y desconfiados; de un negro distraído. Es delgado y viste unos pitillos color rosa, junto a una sudadera celeste y... detiene su análisis. Entiende que nada anómalo hay en la fachada de quien dice ser padre de Gabriela. Salvo una cara de necio treintañero al que todavía no le crece la barba, vive con sus padres y su panorama de viernes por la noche consiste en cuántas veces se jala el pene mientras mira pornografía.

Joanna esculpe una sonrisa interna. Deduce que, bajo aquel cabello castaño con rulos y detrás de esa alargada nariz redonda, no hay más que un

completo imbécil bueno para nada. El problema es que está armado. Y no parece tener problemas para matar.

—No pareces triste —dice Joanna.

—Lo estoy —admite con voz ligera y suave, casi coqueta—. Solo que nunca me llevé bien con Marta. Era una mujer muy materialista y...

—Es la madre de tu hija. Quizá sí era insoportable, pero la mataste.

Maicol deja escapar un soplo. Todavía yace apoyado sobre la pala. Parado así parece un jovencito charlando con su novia después de una jornada de trabajo.

—Tú mejor que nadie sabes que no la maté. No como lo haces sonar, por lo menos. Debía salvar a mi hija de... de la mierda que sea o haya sido Marta. Sabes bien que esa cosa no era Marta, era... vaya a saber Dios qué era.

—Parecía un zombi —reconoce Joanna, cuyos sentidos de alarma hacia el extraño descienden.

Descienden porque una parte de ella entiende el contexto. Maicol acaba de matar a alguien en defensa propia. O en defensa de su hija, que termina siendo lo mismo. Su desconfianza, quizá, se deba a eso.

—Hubieras visto la locura en la ciudad —señala Maicol—. Todo el mundo se había vuelto loco. Daba la aterradora idea de estar en una película de miedo. La gente, te juro que si hubieras visto lo que yo... el asesinato de Marta no sería más que... bueno, no sé cómo decirlo, pero no es nada comparado con los hechos ocurridos en la ciudad.

Joanna decide no contarle todas las muertes que ha visto desde que decidió ir al supermercado. Prefiere dirigir la conversación hacia algo más apremiante.

—En la ciudad también está pasando. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—No tengo idea. Yo estaba trabajando en la tienda deportiva del centro comercial. Era un día común de clientes probándose zapatillas, jovencitos musculosos comprando alimentos para músculos y padres ansiosos por comprarles balones de fútbol a sus hijos, esperanzados en que el crío se convierta en el futuro Pelé. Del otro lado de las mamparas, la gente se apiñaba en la tienda de helados y hacía fila tras los cajeros automáticos. El ir y venir de familias giraba en el ambiente de manera normal. Andrea, mi colega, lo llama “la travesía diaria del frenesí consumista”. Bueno, ella es

algo antisistema y toda esa mierda, y... lo lamento, estoy divagando. A lo que quiero llegar, es que todo iba normal. Ni el más chalado de los vagabundos, o ni el mismísimo Christopher Nolan intuiría que de repente... de repente la gente enloquecería.

Joanna oye las palabras y las digiere con la incertidumbre oportuna. No obstante, Maicol no parece tomarle el peso a lo que dice. Parece nervioso. Pero es natural, supone Joanna. Va a decir algo, pero Maicol no la deja hablar.

—De pronto, pasada la hora del almuerzo, ingresó una mujer y su hijo. El mocoso, que debía tener unos doce años, parecía como un niño en una dulcería. Se movía de lado en lado, y ya había sacado de quicio a Andrea. Su madre deseaba comprar artículos de béisbol. Pidió guantes, un set de pelotas, una gorra y una camiseta de los *Atlanta Braves*. Le dije que no teníamos de ese equipo, pero la vieja insistió en que debía comprarla. Aseguraba que su padre, el abuelo del crío, era de Georgia, Estados Unidos. —Maicol suelta un soplido—. Lo recuerdo. Lo recuerdo muy bien.

Joanna, mientras lo escucha, nota cómo sorbe continuamente por la nariz. Sus ojos, además, se mueven para todos lados. Su actitud ansiosa y neurótica, que parece impedirle dejar de hablar, le resulta agotadora. Pero es normal, Maicol está nervioso, se dice a sí misma.

—Finalmente, el chico coge un bate de béisbol. Lo empieza a aventar por el aire como si fuese el puto Ted Williams. Mami sonrío y aplaude a su hijo, convencida de que el mocoso la hará millonaria. Luego nos mira a nosotros. “¿Lo ven?”, nos dice, “mi hijo ha heredado la derecha norteamericana”. Andrea y yo sonreímos condescendentemente, pero el futuro bateador dorado, en sus infantiles aspavientos, pasa a llevar el vidrio de la mampara que, bajo la caja registradora, protege los artículos deportivos de colección. “No importa”, me apresuro en decir. Andrea no pensó lo mismo, pero sabe que darle un puntapié a un niño no está en sus facultades de vendedora. Sonrió y terminó conmigo en el piso recogiendo los trozos de vidrio. Inclínados al piso fue que... fue que...

Maicol deja la pala en el piso y se estira. Pone las manos en los bolsillos de su ajustado pantalón rosado y mira a Joanna con una inquietante mirada.

Está nervioso, piensa Joanna. Es natural. De seguro tú estás igual.

—Sangre —termina diciendo—. Los trozos de vidrios fueron cubiertos por gotas de sangre. Pensé que Andrea se había cortado la mano. Cuando la

miré, ella estaba boquiabierta mirando hacia arriba. Sobre nosotros, la madre no dejaba de darle batazos al niño en la cabeza. Pronto cayó al piso con los sesos afuera. Oí gritos y... mi idea de pedir ayuda se fue por el inodoro. Cuando miré en derredor lo supe: el centro comercial era un manicomio.

Por fin Maicol deja de hablar. Sorbe otra vez por la nariz. Lo vuelve a hacer. Da una vuelta sobre sí mismo y mira a Joanna con intranquilidad. Entonces Joanna lo entiende: Maicol está drogado. Eso explica su habilidad para hablar sin cesar y su capacidad para enterrar él solo a Marta. Lleva una droga estimulante encima. Cocaína, intuye.

—Deberíamos irnos —dice, y hace ademán de ir donde sus chicas.

Pero Maicol la detiene.

—¿No vas a preguntarme qué pasó después?

No hace falta, piensa Joanna. Se trata de madres. De madres asesinas. Pero la idea de ir donde sus chicas y dejar al extraño hablando solo no le agrada. Y, para ser honesta con ella misma, le interesa saber qué diablos está pasando en la ciudad. Aunque sea de voz de un drogadicto.

—Supongo —responde— que las madres han empezado a matar a sus hijos.

—En efecto. Salí corriendo de la tienda para ver qué pasaba. No di crédito a lo que veía. Dentro de toda la confusión, gente corriendo y gritos, entendí que eran los niños los que estaban en peligro. Niños y niñas sucumbiendo ante mujeres que, intuía, eran sus madres. Vi hombres intentando separar la situación. Vi a otros correr. Vi... vaya mierda, vi mucha sangre y gritos. Gritos infantiles se escuchaban por doquier y... ¿quieres saber qué gritaban?

—Mamá —adivina Joanna.

—Mamá. Esa hermosa palabra se repetía una y otra vez, como si fuese ahora el nombre de un poderoso demonio que hubiera llegado a la ciudad. Confundido, corrí y no dejé de hacerlo. Todo pasaba tan rápido, que ni siquiera fui consciente de llegar al exterior. La ciudad era un caos. Y los disparos... los disparos no tardaron en llegar.

Joanna asiente con la cabeza. Digiere las palabras y entiende que está todo perdido. Su esperanza era llevar a sus chicas a la ciudad, pero según Maicol, la ciudad es un caos. De pie frente al desconocido, escucha el caos, como una incauta chica que oye a un profeta de lo más fatalista. Y ella cree, claro.

Ella también ha visto a las madres asesinas; tiene motivos para creer. Aunque creía que la maldición solo estaba en Adoración, no en la ciudad más cercana. Su ciudad. Sus esperanzas, bajo la voz de un idiota copado en coca, se desvanecen.

—Mientras me movía entremedio del barullo de la muchedumbre, una idea se propagaba entre la multitud: las madres, decían las voces, las madres están matando a sus hijos. Y yo recordé que Gabriela estaba en la zona de *camping* de Adoración con Marta. Debía salvarla. Debía, ya sabes, hacer lo que sea por salvarla. —Maicol acaricia el revólver que descansa en su cinturón—. Sabía que tendría que llevar un arma conmigo. Me aproveché del caos y se la robé a un policía.

—¿A un policía?

—Sí, verás, todo el mundo tiene madre. Hasta los policías. Tropecé con varios policías en mi recorrido frenético por la ciudad. Estaban ocupados disparándoles a las madres, al tiempo que buscaban salvar a los niños. Pero claro, no todos tienen el alma de servidor público con tendencia a comportarse como Superman. No todos son el Ted Williams de las armas. Supongo que aquellos policías con hijos fueron hasta sus casas para ver si podían detener la inminente tragedia. —Vuelve a acariciar el revólver—. Al dueño no le fue bien. La madre de su hijo lo había apuñalado en el corazón por entrometerse en su acto parricida. Yo cogí el arma y tomé la patrulla. Con las balizas prendidas crucé la autopista y llegué hasta Adoración.

Maicol se detiene y da una larga bocanada de aire. Levanta ambas cejas y mira a Joanna con un aire de triunfalismo. A Joanna le da la impresión de estar viendo un niño que, como todo un campeón, cuenta cómo se salió con la suya. Cómo su travesura no fue descubierta. Sí, vaya cosa, Maicol parece vanagloriarse con el hecho de haberle robado el arma a un policía muerto y haber conducido una patrulla.

Joanna, sin embargo, no le ofrece la sonrisa que él espera. Estudia una idea propia. Una frase dicha por Maicol le llama la atención: “Todo el mundo tiene madre. Hasta los policías”. Pero el policía muerto de la historia de Maicol no fue en búsqueda de su madre, sino de la madre de sus hijos. En ese caso, la frase era mejor así: “Todo el mundo tiene familia. Hasta los policías”. Y, en las familias, o en la mayoría de ellas, hay madres. De eso se trata: de familias yéndose por las alcantarillas. La familia lo es todo. Es la raíz del bosque social que significa el mundo civilizado. Pero las madres,

semilla natural de las familias, se habían vuelto locas. Tenían desperfectos. Eso era...

—Apocalíptico —escupe Joanna—. Todo esto es apocalíptico.

—Parece el fin del mundo —acepta Maicol, con desdén—. Jamás pensé que pudiera pasar algo así. ¿Crees que sea el juicio final?

—Tal vez.

—¿Tal vez? ¿Cómo que tal vez? ¿Qué otra explicación tendría?

—No tengo idea.

—¿Crees en Dios?

—Eso qué importa.

—Se trata de Dios. De la furia de Dios.

—Dios está en todo el mundo —menciona Joanna—. Eso significa que...

—Que es a nivel mundial —interrumpe Maicol—. Las madres, en todo el mundo, están matando a sus hijos.

Joanna, con una sombra fatalista sobre sí, observa por fin una mueca genuina de miedo en Maicol. Por primera vez, en aquel jovencito drogadicto, se dibuja el miedo. Parece por fin entender lo que pasa.

Joanna va a abrir la boca, pero Gabriela ha despertado.

Ha despertado gritando.

19

—¡Maldito, hijo de puta! —grita Gabriela.

La niña, que ya estaba de pie al lado de sus amigas, corre hasta Maicol. El hombre da unos pasos hacia atrás, pero la furia de la niña lo alcanza. Gabriela comienza a darle manotazos en todo el cuerpo mientras grita.

—¡Maldito, hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!

Maicol intenta quitársela de encima, pero parece incapaz de hacer algo realmente eficiente, más que mirar a la niña con su usual cara de estúpido. Joanna toma a la niña por detrás y le da un fuerte abrazo. Gabriela entierra la cara en su pecho y comienza a sollozar.

—Calma, corazón. Debes calmarte.

—Él mató a mamá. Mató a mi mami.

—No sabes cuánto lo lamento, corazón, pero había que hacer algo. Ella... ella había enfermado.

—¡No! —El llanto y los gimoteos impiden que la niña hable. Se queda en silencio, acurrucada en los brazos de Joanna.

—Debemos irnos —le recuerda Maicol con una despiadada indolencia.

Joanna se sienta bajo un pino. Gabriela, casi durmiendo, apoya su cabeza en sus piernas. Le hace cariño en el pelo. Nota que la niña tiene fiebre.

—Las chicas necesitan un descanso —alega Joanna.

Loreto y sus gemelas se sientan a su lado. Maicol les ofrece una botella de agua. La primera en beber es Gabriela. Le siguen las demás niñas.

Maicol se pone en cuclillas frente al grupo.

—Hija, yo...

—No soy tu hija —se queja Gabriela—. ¡No soy tu hija!

—¡Vete al diablo! —vocifera Maicol. Se aleja del grupo y coge la pala. La arroja contra un pino—. ¡Vete al diablo, mocosa malcriada!

—Cállate, hijo de puta —murmura la niña, ya sin fuerzas para levantar la voz.

Joanna, luego de beber agua, lleva un poco de líquido a sus manos y lo desparrama suavemente por el cabello sudoroso de la niña.

—Debes calmarte, corazón. No te agites.

—Es difícil hacerlo. Mami está muerta. Ese hijo de puta la mató.

—Papá solo quiso protegerte. Ya te dije, Marta ha enfermado y...

—Que no es mi papá —repite Gabriela—. Es mi padrastro. Mi papá me abandonó hace años. Este hijo de puta es uno de los tantos amantes que mamá tenía. Lo odio. Los odio a todos.

Gabriela, luego de su confesión, se levanta y se acerca a Loreto; la hija de Ingrid parece ser la única persona en la que Gabriela confía.

Joanna, agotada por todo lo que sucede, suspira. Luego se vuelve hacia sus gemelas, que yacen sentadas a su lado izquierdo.

—Ustedes, ¿cómo están?

Las niñas mueven la cabeza de arriba abajo con una triste y resignada mirada. Ruidos de zapatos acercándose alertan a las gemelas. Se trata de Maicol. Regresa.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a la zona de *camping*? —pregunta Elizabeth.

—Mami está en la casa amarilla —le recuerda Camila—. Ella duerme. Dormida no nos puede hacer daño.

—No dejaré que Maicol toque a mi hermana —les susurra Joanna. Luego sella sus tranquilizadoras palabras con un beso en la mejilla para ambas niñas.

—Debemos irnos —dice Maicol—. Se hace tarde. Debemos irnos de este bosque.

—No iré a ningún lado contigo —masculla Gabriela.

Maicol parece contrariado, pero mantiene la calma. Traga saliva y respira profundamente.

—Hija mía, solo quería protegerte.

—No soy tu hija.

—Hija, o hijastra, da igual. Te quiero cuidar. Amaba a tu madre. Y sé que ella hubiera querido que te cuide. Yo te quiero, Gabriela. Te quiero como a una hija.

—Pero no lo soy. No soy tu hija, lameculos.

Joanna descubre a Maicol haciendo el aspaviento de alguien que está a punto de gritar. Se le adelanta.

—¡Ya basta! ¡Basta, maldita sea! Debemos salir de aquí. Una vez en la zona de *camping*, discutan todo lo que quieran.

Maicol asiente con la cabeza y se gira hacia el sur. Gabriela, molesta por la falta de apoyo de su profesora, se gira con furia hacia la tumba de su madre. Se queda viendo el pedazo de tierra en donde yace enterrada Marta. Se la queda mirando un minuto que, para Joanna, parece un día entero. Un día negro. La niña cabizbaja y sollozante parece no querer moverse. Sola e indefensa. A Joanna se le parte el corazón. Da un paso para ir a consolarla, pero no alcanza. La niña mira hacia el sur y comienza a caminar.

Maicol lidera la marcha. Detrás caminan Gabriela y Loreto. Cerrando el grupo, Joanna y sus gemelas. Así se mantuvieron durante varios minutos. Un silencio estremecedor fue interrumpido por las pisadas y por el canto de algunos pájaros que, de copa en copa, examinaban la comitiva desde lo alto de los pinos.

Al rato las gemelas caminan junto a sus amigas. Joanna, sola, mira hacia atrás. Las colinas gemelas se alzan, poco a poco, más lejos. Eso es señal de que están llegando a la zona de *camping*.

Su soledad dura poco. Maicol no tarda en retroceder y ganarse a su lado.

—Se supone que esto era un paseo escolar —dice—. Pero cuando llegué a la zona de *camping*, no encontré a ninguna niña ni ninguna madre. Debo suponer que...

Joanna asiente con la cabeza.

—Una lástima.

Sí, piensa Joanna, una verdadera lástima. El recuerdo del grupo de madres a un lado del arroyo emerge en su memoria. Pero, como si fuese una sustancia evanescente, Joanna la vaporiza.

—Esas gemelas, no son tus... no son tus hijas, ¿verdad?

—Claro que no. Soy la profesora.

—¿Eras la profesora del curso?

—Sí.

—Y tus demás alumnas, ¿murieron?

Joanna siente un deseo enorme por darle una bofetada a aquel tipo. Le parece impertinente y hablador. Le desagrada. Le resulta una mala persona.

—Algunas. A otras las he perdido.

Siente un nudo en la garganta al decirlo. Piensa en sus demás alumnas, extraviadas en alguna parte del inmenso bosque de pinos. Con miedo. O muertas. Seguramente, muertas.

—Lo lamento, mujer. Pero si lo piensas —apunta Maicol—, ambos somos testigos de la mierda que está pasando. Somos como sobrevivientes.

—¿Por qué tengo la impresión de que te burlas de la situación? —pregunta molesta.

Maicol parece contrariado. Sorbe por la nariz.

Joanna recuerda el asunto de la cocaína. Esa es la respuesta. De todos modos, Maicol no es de los que se callan.

—Me lo tomo con todo el humor que puedo. No sé de qué otra forma reaccionar. Tú, ¿cómo te sientes? Supongo que estás mal.

Supones bien, pedazo de imbécil.

Joanna mira a Maicol a los ojos, esperando que él absorba el pensamiento. Pero la cocaína no le da poderes analíticos. Solo poderes para hablar. Hablar, hablar y hablar.

—Debes sentirte muy mal —insiste—. Si quieres hablar, puedes contar conmigo. Hablar es bueno.

Joanna lo mira. Lo estudia. Comprueba lo que sospechaba. Aquel idiota le está coqueteando. Aquel tono delicado y la mirada fija, igual que hace un rato, cuando hablaban a los pies de la tumba de Marta. Aquel sujeto la mira con deseo. Joanna no siente otra cosa que asco. Aquel sujeto ya no solo le resulta desagradable, sino que además asqueroso e insistente. Y no sabe cómo sacárselo de encima, casi como un pedazo de mierda pegado en la parte baja del zapato.

—Quizá seamos los únicos adultos que sobrevivan a esta porquería — sugiere él con viveza.

Levanta su ceja derecha. Sus rasgos mansos y presuntuosamente sucios, se acentúan. Él la mira fijamente. Le sonríe con los labios abiertos. Sus dientes son grandes y sus labios están secos y rosados, como el cuero de un cerdo. Un tufo cítrico, como si hubiera estado comiendo limones, le escupe a la cara a Joanna que, en artes de seducción, aquel pobre muchacho es un novato. El aliento ácido y su mirada corrompida bajo sus rasgos de niño bobo le hacen preguntarse por qué diablos Marta se dejaría engalanar por ese individuo.

Recuerda que Marta era una mujer idiota y siútica, con poco sentido del humor y tan recta como poco sociable. Quizá por eso, piensa. Sus pensamientos son apresados por la mirada vigilante de Maicol. Aquel hombre la mira a la espera de palabras.

Joanna sabe que debe decir algo. Y debe elegir bien sus palabras, ya que Maicol está armado. Piensa alargar el tema de las madres asesinas y el asunto de la maldición de Adoración, pero Gabriela la interrumpe.

O la salva, mejor dicho.

—Profesora, necesito orinar.

—Ve. Te esperaremos.

—No quiero ir sola.

Joanna toma de la mano a la niña. Le dice al resto de chicas que la esperen. Se alejan unos metros.

—Tendrás que hacer detrás de un pino —suelta Maicol con diversión—. No hay nada de malo en eso. Grandes personajes han meado y cagado en el bosque. El rey Arturo, Robin Hood, y hasta el mismísimo Julio César. No te avergüences, hija mía, para mear y cagar en el bosque hay que tener pasta de héroe.

—Hijo de puta —murmura Gabriela.

—No lo escuches, corazón. No es más que un imbécil.

—De seguro está drogado —denuncia la niña—. Solía drogarse con mamá.

Joanna no sabe qué decir. En medio de esa conversación, la risita estúpida de Maicol se deja oír. Se alejan un poco más. Joanna apunta a un pino y se da vuelta para dejar a Gabriela sola. La niña no le suelta la mano.

—Ve a orinar. Estaré aquí.

La niña dice que no con la cabeza.

Joanna, sin soltarle la mano, se arrodilla frente a ella.

—Sé que perder a tu madre es triste, pero...

Gabriela le aprieta la mano. La mira con un perturbador semblante de seriedad.

—No dejes que me lleve. Por favor, profesora, no dejes que me lleve. Él... él es una mala persona.

—Lo sé. No dejaré que ese drogadicto te lleve —reconoce Joanna, aunque no tiene idea de cómo evitarlo.

Pero la niña, casi intuyendo sus dudas, continúa mirándola con súplica. Súbitamente, las facciones inocentes que circundan el rostro de la pequeña se vuelven opacos; peculiarmente oscuros. Como una palidez mortal de carácter singular, opuesta y negruzca, como si una sombra se bosquejara en su mirar. Las súplicas de Gabriela, centelleando detrás de ese matiz negro, mutan, crecen y se transforman en odio. Un odio infantil profundamente poderoso, que vuelve a Gabriela una persona más adulta, más sombría y mucho más triste.

De su tristeza irradia una sensación de fatalidad que hace que el corazón de Joanna se estruje. Siente que el alma de la niña se ha dado vuelta, trocando a la singular confesión de algo que la avergüenza. De algo que no le pertenece. De algo horrible, adulto y perverso. Joanna recuerda sus alucinaciones en la nieve. Particularmente, el asunto de sus sobrinas siendo manoseadas por una umbría presunción de luz cegadora; penumbra de palabras adultas. Una palabra en particular: *violación*.

Y el miedo en Joanna por tal intuición hace que una profunda angustia se apodere de su alma.

—Él le pegaba a mamá —confiesa la niña con lágrimas y miedo—. Y, cuando ambos se emborrachaban, él... iba hasta mi habitación y me... me...

Y ahí está la niña, oscilando en esa frecuencia extraña que no logra entender, ni decir, ya que el solo recuerdo la arroja a un mundo que no le pertenece. Un mundo que no entiende. Un mundo totalmente sombrío que, en su colorida infancia, no hace más que esbozar sombras, dudas, ideas que vacilan en infinitos puntos suspensivos.

—Él me tocaba...

La niña rompe en llanto.

Joanna, que lleva años metida en el fango de las cosas adultas, necesita preguntar.

—¿Él ha hecho algo más? ¿Él te ha...?

Pero antes de soltar la palabra, la niña niega con la cabeza. Su gesto se convierte en una palabra. En una, considerando las circunstancias, hermosa palabra.

—No... —a lo que agrega—: él siempre se detiene. Pero ahora que mamá murió, él no se detendrá.

Joanna abraza a la niña. Ambas lloran. En ese abrazo cruzado, el umbroso bosque de malas confesiones flota y se desvanece bajo el halo de amor que Joanna irradia hacia Gabriela. De amor y protección.

—No dejaré que te lleve. Te lo prometo.

Entonces Gabriela sonríe. Una sonrisa que subyace sobre el arcoíris de las esperanzas infantiles. Vuelve a ser una niña. Una niña con esperanza.

Joanna también sonríe. Sin embargo, detrás de su sonrisa hay restos de dudas. No tiene idea de cómo deshacerse de Maicol. Aquel drogadicto imbécil está armado y no va a querer abandonar a Gabriela.

Joanna traga saliva y busca alguna respuesta.

No encuentra nada. Solo la sonrisa de su alumna.

20

—Dios se ha vuelto loco —empieza Maicol con un inusual triunfalismo intelectual, como si su afirmación estuviese a la altura de hipótesis filosóficas de Nietzsche, Kant, o Ayn Rand.

Se queda mirando a Joanna, como a la espera de aplausos. Joanna no quiere darle otra cosa que una patada en el culo. Al recibir silencio, Maicol vuelve a sorber por la nariz. Joanna intuye que, mientras estaba con Gabriela, aquel sujeto se ha vuelto a meter coca encima.

—¿Por qué callas? —pregunta con una ligera molestia—. ¿Acaso eres de esas que va el domingo a misa? ¿He herido tu ego de fe?

Joanna mira a las chicas caminando frente a ella, libres de la charlatanería de señor cocaína.

—¿Esto es obra de Dios o del diablo? ¿No son la misma cosa?

—¿De qué mierda hablas?

—¿Eres sorda o no sabes diferenciar entre el bien o el mal?

Joanna mira furtivamente al loco que va a su lado. Sus incoherencias van cobrando fuerza. Y sus miradas penetrantes, también. Debe quitárselo de

encima, pero ¿cómo? Necesita tiempo. Y mantener a ese imbécil bajo control. Necesita hablar.

—Creo que Dios nos ha abandonado. El diablo, no. El diablo nunca te abandona.

El diablo eres tú, agrega en su mente.

—Santo infierno, eso es de lo más filosófico. ¿Eres de las que se sentaban en primera fila en clase? ¿Eres de las que sacaban altas calificaciones?

—Déjame adivinar —se defiende Joanna—. Tú eras de los que sentaba atrás a dibujar penes sobre las paredes.

Maicol guarda silencio. Joanna no lo mira, pero sabe que él la mira. Siente su vibración malévola, como el zumbido de un zancudo dispuesto a picarla y chuparle la sangre. De pronto, Maicol suelta un soplo. Lleva las manos a sus ojos. Joanna aprovecha y mira rápidamente el revólver. El cañón plateado brilla bajo el sol de la tarde. La empuñadura marrón sale de la correa del cinturón y descansa sobre la camiseta celeste. Joanna sabe que puede alargar la mano y robar el arma. Antes de que su impulso se concrete, Maicol la mira.

—¿Quieres droga? —le susurra.

—Un rato más —miente.

Y recuerda el plan de hablar.

—Creo que son los pinos. Estos pinos que nos rodean son los culpables de la maldición. No tengo idea de las razones, pero estoy segura de que están malditos.

—¿Malditos?

—Sí, malditos.

—Árboles malditos. Maldita mujer sucia, ¿qué te has puesto encima? ¿Heroína?

Joanna se atreve a mirarlo. Aquel idiota tiene la boca abierta y sonríe majaderamente. Lo desprecia. Instintivamente mira el revólver. Quita la mirada rápidamente.

—No sé las razones de su maldición, pero sé que ellos la esparcen. La forestal de los Garretsen ha aumentado su densidad en la región y, con ella, los pinos y toda la mierda que crece en su interior.

—¿De dónde has sacado eso? ¿De una novela de Charles Manson?

Charles Manson no escribía novelas, imbécil. Quiere decirlo, pero en vez del líder de una secta asesina, tiene en mente al vagabundo del

supermercado. Aquel viejo había dicho: “¡Los pinos se han extendido por todo el pueblo! ¡Y, con ellos, la maldición también!”. Recordaba ello a la perfección.

—Lo ha dicho alguien similar —se anima a decir.

—Bueno, si tienes razón, los pinos solo entran en el radio de la región sur. Quizá el resto del país esté a salvo. Quizá el resto del mundo también.

La voz aguda de Maicol parece haberse deshinchado. Es como si le molestara la idea de que la maldición no sea mundial.

Joanna vuelve a mirar el revólver. Solo un par de segundos.

—O quizá la maldición ya esté en el aire, como un virus que se esparce por la atmósfera. Después de todo, los árboles respiran.

Joanna descubre que es lo más sensato que ha dicho su acompañante. Recuerda al vagabundo y la última frase que dijo antes de que ella estuviera a punto de arrollarlo con la camioneta: “¡La maldición se extiende por el mundo! ¡Todas las madres matarán a sus hijos!”.

El recuerdo de la frase le hace pensar que la hipótesis de Maicol sea la correcta. Eso la hace sentir mal. Se descubre angustiada por frases de vagabundos y drogadictos. Se regaña a ella misma por ese hecho. Y también por estar divagando. Recuerda que tiene una tarea. Vuelve a mirar el revólver. Da un respingo cuando Maicol se mueve bruscamente. Ve que saca una bolsita de su pantalón.

—¿Qué fue ese sobresalto? —pregunta.

—Casi me caigo —dice, esperando que él no la haya sorprendido viendo el arma.

Al parecer no lo hizo. Lo mira y se da cuenta de que está colocando un poco de polvo blanco sobre su pulgar. Empieza a inhalarlo. Joanna aprovecha el momento y estira la mano hacia el revólver.

Maicol le pone la mano en el brazo con fuerza. El plan de Joanna se ve rápidamente frustrado.

Joanna siente dolor en el brazo a medida que él se lo aprieta. Desea gritar, pero no quiere asustar a sus chicas que, delante de ella, caminan sin mirar atrás.

—¿Creíste que podías desarmarme, ratón?

Maicol saca el revólver y pone el cañón sobre la espalda de Joanna. Le suelta el brazo. Ella suelta un suspiro de alivio. El dolor se difumina, pero el miedo presiona detrás mediante la amenaza de un balazo.

—Sigue caminando. Sigue caminando o te daré una bala en la columna.

Joanna obedece. Él camina detrás. Anhela que sus chicas no se den vuelta, pero sabe que tarde o temprano lo harán. Tarde o temprano entenderán lo que pasa y... aquel hombre que camina a su espalda es un pedófilo. La sombra negra y adulta ahora está armada. Siente deseos de llorar. La impotencia le muerde la sien. Le muerde la espalda.

—Sé que Gabriela te dijo cosas —le susurra al oído—. Esa perra es igual que su madre. Una ponzoñosa hembra estúpida. Pensaba llevármela conmigo, pero te he visto mirando mi revólver. Querías arrebatármela, pero ahora estás jodida. Y, si miro al frente, cuatro niñas indefensas y hermosas caminan ingenuas al vaquero que las acecha. Soy todo un Clay Allison. Debería llamarlas y decirles: vengan, chicas, el loco Clay les silba.

—No les hagas daño —susurra.

—Es el apocalipsis, ratón. En el apocalipsis siempre es bueno tener algo que hacer, o de lo contrario pierdes la cabeza. Lo que quiero hacer es llevarme a Gabriela conmigo. Esa mocosa me pertenece.

—Puedes llevártela —miente—. Puedes llevártela. Sé que la cuidarás. Pero el resto de las niñas me pertenece. Yo debo cuidarlas.

—¿Y qué me impide hacerlo? Podría darte un tiro en la cabeza y llevármelas conmigo. Cuatro diamantes en bruto para mí solo.

Joanna no sabe qué decir. Un silencio nauseabundo se apodera de los minutos. Sobre ella, sus gemelas y las otras dos niñas caminan cabizbajas y en pausa, atravesando los troncos de los pinos con flemático andar.

El camino se hace largo. Infinito. Joanna tiene la impresión de ir sobre la nieve otra vez, solo que ahora el mocoso idiota que le levantaba el dedo del medio está detrás de ella, apuntándola con un arma. En cualquier momento puede disparar. Necesita decir algo, pero no se le ocurre nada. De pronto, Loreto se gira.

—Hemos llegado —vocea.

La niña no se ha percatado de lo que sucede. Las demás, tampoco. Maicol yace detrás de Joanna, tan cerca que parece ir abrazándola. Su aliento agrio ingresa por sus oídos y le susurra que está en problemas. En asquerosos problemas.

Pronto llegan al claro. Los pies de Joanna pisan la hierba fresca e iluminada de la zona de *camping*. La mesa de madera, larga y rústica, descansa en medio de la llanura. Más allá, se alza la enorme casona

amarilla. Un mutismo sisea en el ambiente, como un silencio que esconde secretos extraños y antiguos. Aquel paraje culminante de su marcha del terror le parece un cementerio verde en donde millones de árboles han muerto y resurgido sobre el malvado pasado de Adoración. Ahí está, sobre el erial maldito. Ahí está ella, a punto de ver cómo una bala le atraviesa la columna.

Las chicas se detienen. Se giran hacia Joanna. Ella tiritita. Maicol le da unos golpes con el revólver para que avance. Ella da un paso. Él se queda atrás, apoyado en un pino. Comienza a reír. Su risa malévola se esparce por el silencio. Suenan como rayos en una tormenta verdosa. Las chicas comprenden la situación. Gritan.

—¡Silencio! —advierte Maicol—. ¡O le disparo a su profesora!

Las chicas obedecen. Joanna, paralizada entre ellas y el pistolero, siente que se va a desmayar. Intenta tranquilizarse. Intenta inhalar y exhalar. Pero no da resultado. Su respiración se atora y le hace daño; como si respirase humo.

—¡Hijo de puta! —grita Gabriela.

—¡Cállate, zorra! ¡Hoy te irás conmigo! ¡O mataré a tu profesora!

—¡No! —grita Camila—. No mates a mi tía.

—¿Tía? Qué interesante descubrimiento. Tal vez te lleve conmigo. Y a tu gemela. Quizá me siente sobre las colinas gemelas y clave mi bandera del triunfo sobre sus terrenos vírgenes. —Da un paso hacia Joanna. Ahora le pone el revólver en la nuca—. Sé que eres lista, ratón. Sé que entiendes la metáfora.

—Eres asqueroso —balbucea Joanna—. Eres un cabrón asqueroso y espero que te pudras.

Joanna no quiere llorar, pero la impotencia así lo demanda. Una lágrima cae de su ojo izquierdo. El derecho imita el acto.

—Tal vez te folle a ti primero —le susurra—. Puede que la maestra le enseñe algo divertido hoy a sus chicas.

Maicol le toca el culo con timidez. Joanna reacciona instintivamente y le da un codazo en el estómago. Maicol se retuerce de dolor. Luego rompe a reír. Joanna se da vuelta y lo queda mirando. Entonces ve la silueta de una mujer escabulléndose por los pinos del costado derecho.

Joanna encoge los ojos, pero el sol le impide ver con claridad. Piensa en otra madre zombi. Se pregunta si se trata de Florencia. Derrotada, siente

que por fin se desmayará. Pero entonces nota que la mujer, a medida que se acerca, no es ningún zombi. Se trata de la gorda mujer de la recepción — aquella que le recordaba a Annie Wilkes—, quien, a tres pinos de Maicol, parece mirarlo con odio.

Entonces Joanna decide ganar tiempo.

—Dudo que pueda enseñarles algo junto a ti.

Se acerca peligrosamente a Maicol.

—Vamos, ¿vas a hacerlo? —continúa—. ¿O solo eres amenazas?

Maicol cae en la trampa. Empuja a Joanna contra un pino. La mujer de la recepción ya está más cerca. Uno de sus pies, para mala fortuna de todas, pisa una rama. Maicol, alertado, mira en dirección del sonido. Ve a la intrusa. Apunta, pero la mujer alcanza a esconderse detrás de un pino.

Maicol dispara y la bala se hunde en el tronco. Va a dar otro tiro, pero Joanna le toma el brazo y empuja el revólver hacia el interior del bosque. Maicol le da un manotazo con su mano libre. Joanna cae al suelo. La mujer gorda se acerca al pistolero. Maicol, de todos modos, no se acobarda. Dispara. Una bala se hunde en el hombro derecho de la mujer. Ella, sin dolor, se abalanza sobre él. Le cae encima como una montaña. El revólver se le cae de las manos.

Joanna, con asombro, ve cómo la mujer ahorca con la mano izquierda a Maicol. Piensa en ir a buscar el revólver que yace sobre la hierba, a dos metros de distancia, pero algo la detiene. Otra silueta femenina emerge desde la distancia. Desde la entrada de la zona de *camping*. Se trata de Florencia. Convertida en un zombi, camina hacia las gemelas.

—¡Corran! —les grita a sus chicas—. ¡Corran hacia la casona!

Las chicas hacen caso.

Corren a toda prisa.

Joanna corre detrás.

21

Están dentro de la casona. A salvo. Pero no por mucho tiempo. Las cuatro chicas corren hasta la sala principal y se quedan ahí, paradas, nerviosas y atemorizadas. Miran a Joanna. Después de todo, ella es la profesora. Ella es la persona adulta.

—Tranquilas —dice con un acento de estupidez—. Todo estará bien.

—¿Crees que haya muerto? —pregunta Camila.

Las cuatro chicas no esperan respuesta y corren hacia la ventana. Miran en dirección norte. Miran hacia el lugar donde Maicol y la mujer luchan por sobrevivir. Entonces, Joanna lo comprende: las chicas no vieron a Florencia acercarse desde el este. Y no tarda en comprobarlo.

—¿Podemos ir a ver a mamá? —pregunta Elizabeth.

—Debe estar dormida —miente—. Creo que es mejor dejarla así. Iré a verla pronto, ¿vale? Ahora salgan de ahí.

Las chicas hacen caso y se alejan a la mesa principal. Ahora Joanna se acerca a la ventana. Mira por el rabillo de la cortina. El sol impide una visión completa, pero la distancia no es demasiado larga. Entonces ve a una persona tendida sobre la hierba. Es una persona ancha. Es la mujer de la recepción. No parece moverse.

Muerta, concluye Joanna.

Mira, con espanto, en los alrededores. No logra ver el cuerpo de Maicol. Se cambia de ventana y, desalentada, observa cómo desde el este, Florencia se acerca a pasos lentos. Pasos de mami zombi. Suelta un gemido de espanto. Mira a sus chicas. Las cuatro, una al lado de la otra, sueltan jadeos al unísono; parecen cuatro relojes de pared con péndulo, moviendo los ojos como manecillas en busca de respuestas. En búsqueda de que Joanna les diga que acabó; que ya todo está bien. Que les diga que es la hora de descansar. La hora de despertar de la pesadilla que sus inocentes mentes están viviendo.

Pero Joanna está igual que ellas. O peor. Los antecedentes de muertes dan vuelta sobre su cerebro, marcando horas inexactas, momentos oscuros y tiempos extraños, de revés y perversos. Como un prolongado retorno de accesos de muerte. Sí, Adoración es como un tipo mal genio que tiene una tendencia a salirse de quicio y echar a perder todo. Tiene una predisposición a accesos de furia. Y Joanna no deja de dar vueltas en aquel reloj siniestro. Y se marea. No sabe qué decir.

Repentinamente, alguien golpea a la puerta. Ella y los cuatro relojes que tiene enfrente colocan la mirada hacia la entrada. Los golpes se convierten en sacudidas. Alguien le da patadas a la puerta. Las chicas gritan y corren a esconderse por los diversos rincones de la casa.

—Estoy de vuelta, ratón —gruñe Maicol. Parece cansado y adolorido. Lo que le da, a su voz aguda y desagradable, una tilde aún más cruel.

Joanna, presa del pánico, mira hacia todos lados. Da con un cuchillo carnicero que se encuentra en una esquina de la mesa. Lo toma con velocidad y se queda a un costado de la puerta. Se asegura de que sea el costado que, al abrirse la puerta, la oculte del intruso.

Ve con espanto cómo la manilla se agita. La puerta, de madera seca y vieja, empieza a sucumbir ante los golpes. Maicol comienza a darle patadas. Luego empujones con su cuerpo. Joanna corre deprisa en búsqueda de algo que poner frente a la puerta, pero en su desesperación, no encuentra nada. Le da la impresión de que el interior de la casona es difuso, sin ningún elemento claro. Algo tan normal como muebles, le parecen artefactos extraños, singulares, sin uso evidente más que adornar la casa de una manera exótica.

Perdida en sus imágenes borrosas, y sucumbiendo ante la desesperación, regresa al costado de la puerta. Los golpes se han detenido. El vidrio que hay al lado de la cerradura, en la pared contigua, es roto con violencia debido a un golpe de puño. Una mano emerge de aquel rectángulo estrecho de cristal; tantea hacia el costado en búsqueda de la manilla.

—¡Abre la puerta, ratón! ¡Ábrela, puta de mierda!

La mano de Maicol se empeña en hacer girar la cerradura. Es inútil, pues está con seguro. Joanna ve las gotas de sangre caer desde la mano de Maicol hacia el suelo cubierto de pedazos de vidrios. Toma aliento y lo hace. Le clava el cuchillo en la mano. Primera vez que apuñala a alguien. Se siente repugnante.

No puede sacar el cuchillo. Maicol suelta un alarido de espanto al tiempo que borbotones de sangre se esparcen por su piel, como rojas venas movedizas que caen al piso cubierto de vidrio. Joanna insiste en quitarle el cuchillo, pero le es imposible. Finalmente, Maicol quita la mano.

—¡Maldita puta! —suelta, hecho una furia—. ¡Me las pagarás!

Joanna, en ese instante, piensa en que, si sus chicas estuvieran a la vista, ella podría haberlas guiado por la parte trasera de la casona. Supone que esa enorme casa amarilla tiene alguna salida. Por supuesto que debe tener una, pero... sin sus chicas, esa opción es inútil.

Una nueva patada a la puerta. Una segunda. La puerta colapsa y el seguro se rompe. Una hendidura deja entrar luz. Joanna presiona con fuerza, pero Maicol es más fuerte. Mientras pierde el juego de fuerzas, piensa una nueva cosa: Maicol no disparó. Decidió romper el vidrio con la mano, por

insensato que eso suene. No tiene el revólver, dilucida con éxito. Entonces se inclina al piso y coge un trozo de vidrio puntiagudo. Sus manos quedan impregnadas de la sangre de Maicol. No tarda en mezclarse con la suya. El vidrio la corta. Tirita y siente la mordida fibrosa. Pero la adrenalina mastica el dolor. Lo engulle y lo despedaza.

Inclinada al suelo, intenta ponerse de pie. En ese movimiento, Maicol le da una embestida a la puerta. La madera se rompe en la parte alta, donde las bisagras caen al suelo. Joanna se apresura en apuñalarle la pierna. Esta vez, a diferencia de cuando le apuñaló la mano, se sintió más ligero y el vidrio penetró más profundo. Como respuesta, Maicol soltó un nuevo grito. Luego una patada en la cara para su atacante. Joanna sintió el quiebre de su tabique nasal, junto al olor a sangre seca.

—¡Te mataré! —vocifera—. ¡Te mataré, ratón! ¡Al igual que al ratón gordo de afuera! ¡Te mataré y luego me cogeré a tus chicas!

Maicol se le pone encima y comienza a ahorcarla. El cuchillo en la mano ya no está. En su lugar, un profundo corte no deja de manar sangre. Su rostro estúpido también está cubierto de sangre. Pero no parece tener heridas ahí. Joanna supone que es la sangre seca de la mujer de la recepción. Como sea, no parece sentir dolor. Ayudado por la cocaína y la adrenalina, parece haber conseguido una fuerza extraordinaria.

Y la ahorca. Joanna se desvanece. Siente que muere. Hace un intento inútil por alcanzar un nuevo pedazo de vidrio. No alcanza más que fibras incapaces de hacer daño. Se rinde. Pero alguien aparece desde lo alto. Es Gabriela. Tiene otro cuchillo en la mano. Sin pensarlo dos veces, se lo entierra a Maicol en el costado superior derecho de la espalda.

Del grito de dolor escapan varias salivas que caen sobre el rostro de Joanna. En cosa de segundos, Maicol se gira hacia la niña y le da una patada en la rodilla derecha. La niña se tambalea, pero no cae. Da un paso hacia atrás. Maicol se pone de pie con dificultad e intenta quitarse el cuchillo de la espalda. No puede. Solo gime. Es todo. Cae de rodilla al piso. Gabriela lo queda mirando, pero la presencia de una persona nueva, de pie en el umbral de la puerta, llama su atención. La niña, desconcentrada, mira hacia el intruso. En su descuido recibe, de improviso, un puñetazo en el rostro por parte de Maicol. Su atacante se pone de pie y ríe al tiempo que la niña cae al piso, aturdida.

Joanna, con dificultad, levanta la cabeza y ve a Florencia de pie en la puerta. Su hermana parece un zombi encorvado y feo. Pasa sobre el cuerpo de Gabriela. Pasa por el frente de Maicol. No les presta atención.

—Menuda mierda, ratón —Maicol suena complacido—. ¿Es impresión mía, o un zombi acaba de pasar frente a nosotros?

Joanna sigue con la mirada a Florencia. Su hermana sonríe. Su mandíbula se estira hacia los lados, como si su piel fuese gelatinosa. Como una máscara. Joanna abre y cierra los ojos, sin dar crédito a lo que ve.

El olor a sangre seca en sus orificios nasales le recuerda todo. La maldición de Adoración se escabulle por su nariz y va a parar a su lóbulo frontal. Paralelamente, Florencia, o el zombi de Florencia, se escabulle por el pasillo principal de la casona. A pasos melindrosos y titubeantes, como un animal que acecha a su presa, busca a sus hijas. A las gemelas. Para comérselas.

Joanna intenta ponerse de pie. Maicol le da la espalda. El cuchillo sigue ensartado allí. Parece haber olvidado la presencia de ella y del cuchillo. Yace concentrado en la niña. Se inclina hacia Gabriela, la toma de la cabeza y la azota contra el piso. Vuelve a hacerlo. El sonido de los golpes resuena mortalmente en el ambiente.

—Basta —se lamenta Joanna—. No la mates.

Maicol alcanza a darle otro golpe contra el piso de madera, cuando hace ademán de girarse hacia Joanna. No alcanza a voltear del todo. Joanna se abalanza sobre su espalda y toma la empuñadura del cuchillo con ambas manos. Como si se tratara de una palanca, mueve el arma de lado a lado. Siente la carne moverse del otro lado de la piel. Le hace sentir bien. Y los aullidos de ardor de Maicol aumentan su bienestar.

Finalmente logra sacar el cuchillo de la espalda de Maicol. Un chorro de sangre tibia humedece un rasgón en la blanca piel de aquel hombre estúpido. Él se gira hacia ella, e intenta decir algo, pero Joanna no escucha. Le clava el cuchillo en el cuello. Los ojos de aquel hombre se le inyectan encima mientras líneas de sangre escapan por su garganta abierta. La hemorragia no cesa. Maicol cae hacia atrás. Muere. Su cabeza golpea los pies de Gabriela.

Joanna se apresura en llegar hasta donde su alumna. Pone sus dedos en el cuello. Hay pulso. Acaricia el pelo de la niña y... no alcanza a hacer nada

más. Un grito infantil resuena desde alguna parte de la casona amarilla. Al rato se le suma otro. Gritos femeninos. Gritos de horror. Gritos idénticos. Gritos de gemelas.
El zombi de Florencia las ha alcanzado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRES

LA CASONA AMARILLA

22

Se adentra por un largo corredor sin luz eléctrica. La luz natural que irradia desde el exterior, lejos de clarificar el pasillo que conecta la sala principal con la parte trasera de la casona amarilla, lo vuelve más sombrío. Una hilera angosta revestida en ambos lados por tablas de madera, delgadas y largas, de un blanco cadavérico, marchito; bulevar evanescente de un sitio taciturno; como una galería de mármol derruido y abandonado que crece en un espectral y deprimente cementerio.

El eco de sus pisadas penetrando la madera podrida del suelo disemina un alarido espantoso por todos los rincones de ese lugar. Al chillido de su tránsito gradual, se añade el pulso pavoroso de gritos que reparten, desde alguna parte de la casa, sus gemelas.

Joanna tiene la impresión de vagar en una casita del horror de esas ferias que visitaban la región cuando era una niña. Salvo que esta casita no se halla en medio de un sitio de atracción infantil y familiar, envuelto en el jolgorio de luces artificiales, música estrambótica y desenfrenado asombro de familias que suben y bajan por la montaña rusa. Por el contrario, tiene la abúlica idea de encontrarse a la intemperie de un lugar abandonado; parque de diversiones ceñido por el silencio longevo de una ciudad deshabitada. Se siente como visitar un sitio postapocalíptico; caminar por el nido de una feria de atracciones enmudecida por una tragedia; el recuerdo de un accidente, en donde cientos de niños murieron, debido a un desperfecto en la montaña rusa.

Joanna se imagina a los chicos volando por los aires. Gritando de miedo. Sus cuerpos cercenados al caer. Pedazos de carne, sangre y vísceras, acumulándose a los pies de padres estupefactos. Centenares de años después, como la visitante del lugar alusivo a la desgracia, Joanna se alimenta de la memoria plomiza y triste que allí exhala.

El carácter deprimente le ruega una huida. Deambular en el cementerio de gritos perpetuos, que se repiten al igual que el graznido de aves negras invisibles, es tóxico. Quiere largarse. ¿Pero dónde? Piensa en la mujer embarazada apuñalándose el vientre. El mundo entero parece atorado en la

atmósfera gris. Conducido por una vieja loca con moscas sobre la cabeza. Es el apocalipsis, recuerda. Y en las entrañas de aquel planeta crece el embrión de algo que no entiende. Las madres matan a sus hijos. Algunas células de su cerebro quieren entenderlo, asimilarlo, pero... los gritos, los gritos de sus sobrinas la constipan, como estornudos insistentes en una meditación. Y, entonces, el digerir toda la mierda le es imposible; solo fragmentos se balancean en su panorámica.

“Florescia es un zombi”, piensa. “Mi hermana es un guiñapo maloliente, como las protagonistas de películas sobre pobres mujeres poseídas. Y quiere matar a sus hijas. Quiere matar a mis sobrinas. La flameante y estricta abogada quiere sentarse en el estrado de la locura y cometer semejante acto de inhumanidad. ¿Por qué? ¿Por qué está pasando todo esto? ¿Existe una explicación? ¿Acaso estoy soñando?”.

Sus sobrinas gritan. Braman por ayuda.

No seas estúpida, Joanna. No pienses. ¿Es que acaso no escuchas los gritos de ayuda?

Es hora de actuar. Mueve las piernas, querida.

Llega hasta el lugar de los gritos. Se detiene frente a una puerta color mostaza. Estira la mano hacia la cerradura. La gira. No cede. La sacude con violencia. Los gritos del otro lado se detienen un instante, al tiempo que la certidumbre en sus sobrinas les dice que no teman. La ayuda viene.

La puerta no quiere abrirse. Joanna empuja con el cuerpo. Siente un ardor en toda la cara. La nariz, que ha sido golpeada al chocar la camioneta de Florescia, y debido a la patada de Maicol hace un rato, libera un dolor intenso que le hace recuerdo de sus demás heridas en el rostro. Recuerda también el corte en la mano al tomar el trozo de vidrio con el que apuñaló la pierna de Maicol. Finalmente, el cuello enrojecido le menciona lo cerca que estuvo de morir ahorcada en manos de aquel hombre ruin al que le gustaba llamarla ratón.

Se siente a punto de desfallecer. Tiene la fea idea de parecer un zombi. Otro más. Da un nuevo empujón a la puerta. Cede. Se abre. Del otro lado sus sobrinas, apoyadas en la pared del fondo, justo frente al cristal de un enorme ventanal. Frente a las chicas, y dándole la espalda a Joanna, se encuentra Florescia.

—¿Hermana? —pregunta—. Hermana, soy yo. ¿Quieres hablar?

Aquellas preguntas son tontas, lo sabe. Pero no tiene idea de qué más hacer o decir. No tiene la fortaleza de lanzarse encima y matarla. Y sus sobrinas tampoco quieren eso. Eso también lo sabe.

Florencia no responde. Está quieta en medio de Joanna y sus chicas. Lleva un suéter púrpura encima, que seguramente se ha puesto cuando Joanna fue al supermercado. Una pequeña joroba sobresale de su espalda; casi imperceptible, pero debido a su postura encorvada, es evidente. Su pelo negro cae hacia atrás, horriblemente grasoso y ancho, como si fuesen hilos o la cola de un caballo. El resto de su cuerpo que, desde atrás, Joanna ve, parece normal.

Mira a sus sobrinas. Sus desafortunados girasoles parecen podrirse bajo la sombra de un eterno nubarrón gris que se hunde como una nube de humo sobre ellas. Elizabeth, la más tierna, de anteojos y frenillos, de mirada más amable y más propensa al silencio, se encuentra tiritando y con los hombros alzados. Erizada. Su hermana, en cambio, más adulta y risueña, se encuentra quieta. No mira a su madre. Mira a su tía. Pide ayuda. A pesar de los matices, ambas chicas coexisten en la idéntica miseria de ver a mami convertida en un monstruo. Comparten el útero del terror. Ambas chicas, Joanna lo sabe, están cagadas de miedo.

Y esa conexión gemela, de aquellas hermanas que se desarrollaron a partir del mismo cigoto, hace que, en un determinado momento, ambas niñas crucen miradas con Joanna. Es la misma mirada de ayuda. La esencia más introspectiva de Elizabeth hace que su solicitud sea más amable; casi una súplica. En Camila, en cambio, es más drástica y severa. Desafía a Joanna a hacer algo.

—Florencia —atina a decir Joanna.

En el umbral de la puerta, su ayuda se desvanece en aquel cuarto lóbrego, en donde la luz mortecina de los primeros ecos del atardecer, se cuelan por el cristal que yace detrás de las gemelas y cubre toda la habitación con su aliento apático, sórdido y fatalista. La columna de pinos, que crece como paisaje verde y natural del otro lado de la ventana, tampoco ayuda. No, claro que no. El bosque está maldito. Y los pinos son dientes.

Joanna se atreve a dar un paso. Las tablas del piso sueltan polvo y dolor. Aúllan. Florencia responde con dos pasos. Se acerca a sus chicas. Las gemelas gritan otra vez.

—¡Detente! —grita Joanna.

Busca en sus bolsillos. Da con un encendedor. Se lo lanza con furia a su hermana. La pequeña pieza de plástico da en su cabeza. Florencia se gira lentamente hacia su hermana menor. Su rostro se encuentra más blanco de lo normal. Más blanco que la palidez demacrada del adicto de Maicol. Es una palidez escalofriante; como si su hermana no fuese más que un pedazo de hueso moribundo. Sus ojos se han extendido como la clara de un huevo frito. Da la impresión de que el globo ocular inflamado desea escapar de la órbita; la esclerótica blanquecina es tan amplia, que el iris negro de cada ojo prácticamente ha desaparecido.

No obstante, a diferencia de las otras madres que ha visto, Florencia no posee estrías en la cara, ni granos en la frente, ni mucho menos la mandíbula alargada. Sigue habiendo, en alguno de sus rasgos faciales, las características comunes que, antaño, sobresaliesen del marco principal que fuese Florencia.

De todos modos, Joanna intuye con negro fatalismo que, de acabar todas las malditas cosas que se desarrollan en Adoración, su hermana jamás volverá a ser la misma. Habrá secuelas. Pero qué va, piensa, habrá secuelas para todas. Eso, si logran sobrevivir.

Florencia se desentiende de su hermana. Vuelve a girarse. Su figura encorvada da dos pasos más hacia adelante. Y las maderas podridas del piso gimen de dolor, como los huesos fracturados de una añosa casa maldita. *La casa Usher* le ofrece la habitación amortiguada por el vacío y la pulcritud de un lugar remoto.

Joanna entiende que esa alcoba ancha, pero prácticamente vacía, debe ser la habitación central. Una cama matrimonial yace en un costado. Solo el colchón blanco, sin ninguna sábana ni edredón. Un catre de madera barnizada lo sostiene. Del otro lado, a unos cuatro metros de la cama, mirando a la pared lateral contigua, yace un armario y un escritorio. Ambos de madera. De pino, dilucida Joanna con éxito.

Ningún cuadro, adorno u objeto extra. Nada. Aquella habitación es perturbadoramente abúlica, y de una pulcritud que no deriva de una exhaustiva limpieza, sino de un exhaustivo abandono. Joanna se pregunta si esa zona de *camping* ha sido habitada alguna vez. Y, como sea, entiende que las habitaciones para las familias deben ser otras. La que sostiene sus pies debe ser la pieza principal, destinada a algún matrimonio con el dinero

suficiente para pagarse una estadía allí; que busque arreglar su matrimonio. O darse un descanso de él.

Y en ese portal afásico, sin detalles más que la oquedad simple de un par de muebles de madera, Florencia da nuevos pasos hacia sus hijas. Está a un metro de las niñas. Camila corre hacia la izquierda y se apoya en la cama. Elizabeth corre hacia la derecha, rodea el armario y llega hasta Joanna. Su hermana, en cambio, para evitar siquiera rozar a su madre, decide pasar por sobre el colchón. Al saltar al piso, Camila pierde el equilibrio. Cae y, mientras se pone rápidamente de pie, Florencia se abalanza sobre ella.

La niña grita, erizada. Joanna corre hacia ella. Mientras lo hace, tiene la absurda idea de que su hermana es una enorme polilla. Cuando era niña odiaba esos insectos y más de una vez se vio sorprendida por enormes mariposas nocturnas que ingresaban a su habitación en medio del anochecer o en las llanuras de la tarde. Se ponía a gritar como idiota, corriendo escaleras abajo para pedirle a uno de sus padres que se hiciera cargo de la situación. Padre era usualmente el indicado. Luego de abrir la ventanilla, o aplastar a la intrusa —lo que dependía de su estado de ánimo—, miraba a Joanna con gesto conciliador.

Las polillas de aquel entonces no alcanzaban a medir la mitad del pulgar de su mano, pero el batir de sus alas rodeando la ampolleta le producía espanto. Más, después de que Florencia, maliciosamente, le hubiera dicho que las polillas tenían una obscena tendencia a anidar en los oídos de los niños. Una teoría descabellada. Y ahora la tonta imagen de su niñez se mezclaba con la presencia de Florencia, convertida en algo así como un zombi.

Y el recuerdo se desvanece apenas llega hasta donde su hermana. La embiste con fuerza. Florencia cae al piso. Camila logra liberarse de las fauces de mamá. Corre hasta donde Elizabeth. Ambas, erizadas en el umbral de la puerta, observan cómo Joanna y Florencia luchan en el suelo.

Joanna toma del cabello a su hermana. Es una sensación asquerosa, pues el cabello está seboso y huele mal. Es como tomar una peluca que lleva humedeciéndose en un drenaje desde hace mucho tiempo. Jala hacia atrás. Florencia se defiende con un codazo. Para alivio de la nariz de Joanna, alcanza a poner el hombro.

Su hermana se pone de pie. No le cuesta trabajo. Tiene una fuerza sobrehumana. Joanna, que ha visto el poder de la mujer del supermercado

mientras ahorcaba a su hijo y la resistencia a los golpes del padre, sabe que darse de puñetazos con Florencia es una pérdida de tiempo. Saldría perdiendo. Entonces se ciñe a su cintura y esconde la cara en la espalda jorobada para evitar recibir codazos.

—¡Huyan! —les grita a sus sobrinas.

Odia el timbre de su voz. Le ha sonado electrizante e hilarante, como el grito de una ebria mujer que empieza a perder la razón. Da igual. Sus sobrinas hacen caso y desaparecen. Las oye correr por el corredor.

Florencia estira su pierna derecha y luego la impulsa hacia atrás. Una fuerte patada en la ingle hace que Joanna suelte a su hermana, caiga de rodillas al piso y chille de dolor. Pone una mano sobre su vagina adolorida mientras que, con la otra mano, araña las tablas del piso.

Florencia da pasos tambaleantes hacia la salida. Joanna agradece que, a pesar de su fuerza, la mujer camine con vacilación. Como un zombi. La palabra *correr* no parece existir en el cerebro de su hermana. Se aprovecha de ello y estira las manos hacia la pierna derecha. La aprisiona. No tarda en ver cómo Florencia se prepara para dar con la pierna izquierda un nuevo puntapié hacia atrás. Rápidamente toma ambas piernas y las tira hacia ella. Su hermana mayor cae de cara al piso. El impacto sólido resuena por toda la casona.

Joanna entiende que debe evitar que su hermana llegue hasta donde sus gemelas. Pero no puede matarla. No quiere matarla, se corrige. Tiene esperanza de que todo acabe y Flo vuelva a ser la misma. Pero no tiene la fuerza ni el intelecto necesario para llegar a una solución. Lo único que se le ocurre es matarla. Cubierta por tal impotencia, y con Florencia poniéndose de pie, Joanna la atrae hacia ella y le da una fuerte bofetada en la mejilla.

—¡Basta! —grita, exasperada—. ¡Basta! ¡Basta, maldita sea!

Debido al golpe, los ojos enormes de Florencia dan vueltas de lado a lado. No parece sentir dolor. Le da otra bofetada. Y otra. Y otra. Con ambas manos. Sus bofetadas resuenan como chasquidos en el silencio perverso de la habitación. La piel de su hermana es hosca, huesuda y rígida. Le da la impresión de estar golpeando una roca.

Florencia sonrío maliciosamente. Abre la boca y suelta un grito colérico. Sus dientes se han vuelto amarillos y sus encías asquerosamente rojas. Un tufo a desagüe colapsa su sonrisa glutinosa, ebria. Sus labios anchos y secos

se humedecen por la saliva que no deja de caer desde su lengua; ahora más ancha y con unos diminutos granos blancos sobre la carne rosada. El interior de la boca de Florencia ha mutado, al igual que su espalda. Poco queda para que la maldición se apodere completamente de ella y que, de su rostro humanamente demacrado, no quede más que una alargada mandíbula dientona y rodeada por estrías.

Joanna, agobiada por el espectáculo y el cansancio, deja las bofetadas. Florencia suelta una risita e intenta ponerse de pie. Joanna la zamarrea. Le parece sacudir una muñeca embrujada.

—¡Basta! —vuelve a gritar con excitación—. ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Decide morderla. Abre su boca frente a la pierna derecha de Florencia y le entierra los dientes con furia. Sus dientes se apoderan de la piel. Una sustancia gelatinosa se humedece por una línea de sangre. Su hermana suelta un grito amorfo, como si el monstruo que es no conociese el dolor. Mas, sí Florencia. O la parte que queda de ella, atorada detrás del demonio que se ha adueñado de su alma. Florencia conoce el dolor y grita. Su grito, como un eco distante, escapa por su boca hinchada. El grito amorfo, lejano, como un suspiro culminante de ayuda, se repite. Se trata de su hermana, que intenta salir. Que intenta salir mediante la desesperación que la mordida de Joanna genera.

Joanna abre la boca y se dispone a morderla otra vez. Pero siente que Florencia la mira. Alza la vista.

—No —dice Florencia.

Es ella. Ha vuelto por un segundo. Tiempo suficiente para desconcertar a Joanna. El rostro perverso sigue ahí, pero la voz... es de Florencia. Joanna no alcanza a decir nada, pues recibe de parte de su hermana un inesperado puñetazo en el rostro. Se vuelve inconsciente y su cabeza cae. Y todo se hace negro.

Abre los ojos. Sus oídos zumban. El pitido se agudiza al tiempo que levanta la cabeza. Abre y cierra los ojos para que la visión borrosa culmine. Se pone de pie. El mundo parece dar vueltas a su alrededor. La habitación pulcra y desolada gira. Abre y cierra los ojos. Ya de pie, se detiene adolorida, y mira. Ahora ve con claridad que está sola. Y que un silencio abrumador se extiende bajo el pitido en sus oídos.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que quedó inconsciente debido al golpe de su hermana? No tiene idea, pero tiene la corazonada de que fue poco

tiempo. O la esperanza, mejor dicho. Antes de ponerse a andar por el corredor, le da un vistazo a la ventana. En el exterior, la tarde sigue ahí. No ha mutado el efecto de luz.

Abandona la habitación. Da zancadas por el largo corredor de blancas paredes, esforzándose debido al dolor que esculpe todo su cuerpo. Aunque así lo desee, correr le es imposible. Se adentra, tambaleante, hacia la sala principal. La energía plomiza se vuelve cada vez más clara debido a la luz solar, moribunda de la tarde, que ingresa desde los ventanales principales.

—¿Camila? —pregunta—. ¿Elizabeth? ¿Loreto? ¿Alguien anda ahí?

No hay respuesta.

Tiene miedo de llegar a la sala y encontrarse con...

No puede pensar en eso.

Vuelve a preguntar.

—¿Camila? ¿Elizabeth? ¿Loreto? ¿Alguien anda ahí?

Y llega al final del corredor. La sala principal es iluminada por el sol mortecino que, del otro lado del cristal, sucumbe a la muerte del día. En el interior yace Gabriela, tendida en el piso, inconsciente. Unos centímetros a sus pies, el cuerpo de Maicol se seca minuciosamente.

Joanna ve los vidrios rotos al lado de la puerta. La sangre. Una mosca detenida en la ventana. Otra zumbando a los pies de Maicol. Mira rápidamente el resto de la sala. La mesa desocupada y los sofás de tela marrón impávidos sobre paredes blancuzcas, retienen el peso de un suspenso alarmante.

—¿Camila? ¿Elizabeth? ¿Loreto? ¿Alguien anda ahí?

El silencio avasallador le responde con impiedad. Siente que va a desfallecer. Tiene el rojo presentimiento de que, tarde o temprano, tropezará con los cadáveres mutilados de sus sobrinas. En algún otro sitio, estará la hembra madre hinchada de tanto comerse a sus crías.

—¿Camila? ¿Eliza...?

Se detiene bruscamente. Del otro lado de uno de los brazos del sofá más alejado, se deja ver una zapatilla. Es la zapatilla de Elizabeth. Joanna camina hacia allá. Se trata del pie de la niña que sobresale. Luego ve el resto del cuerpo, escondido y tiritando.

—Cariño, ¿tu hermana dónde está?

La niña alza la vista. Está enrojecida de tanto llorar. Va a abrir la boca, pero un ruido la detiene. Son pisadas que vienen desde el corredor. Joanna se

gira con miedo. Se cruza abruptamente con Camila. La niña, con su fija mirada sobre su tía, rompe el silencio denso de la situación con su escuálida voz; voz infantil, pero recta, y que llena a Joanna de alivio.

—Hemos escapado por la parte trasera. Madre nos ha seguido, pero es lenta. No parece poder correr. Rodeamos la casa y volvimos a ingresar por la puerta principal. He cerrado la puerta de atrás, pero... —La niña apunta la puerta principal—. La bisagra del lado de arriba se ha roto. Mami se acerca. Debemos cerrarla. ¿Me ayudas?

Joanna suelta un suspiro de alivio y sonríe.

Florencia se acerca a pasos lentos desde el exterior. Su figura cabizbaja se esparce por la ventana, como una silueta negra encapotada por el sol. Su sombra se bosqueja sobre la madera de la sala principal. Joanna y Camila corren hasta donde el sofá y lo empujan para bloquear la puerta. Lo logran. Jadean. Se sientan sobre el sofá. Al rato se les suma Elizabeth. Joanna, en el centro, recibe los abrazos de sus sobrinas. Las niñas hunden sus cabezas bajo sus brazos y respiran profundamente. Joanna se les suma. Las tres buscan recuperar el aliento. Y la cordura.

Delante de ellas, se encuentran Gabriela y Maicol.

Una se muere. El otro se pudre.

Detrás de ellas, del otro lado de la puerta, se encuentra Florencia. La mujer comienza a arañar la madera con sus uñas. Una y otra vez, como un gato rabioso que busca ingresar a su hogar.

El sonido de los rasguños no cesa por un largo tiempo.

23

—¿Crees que esté muerta?

—No.

—¿Y si lo está?

—No.

—No quiero que muera. Gabriela es buena.

—Lo sé —responde Joanna a las preguntas de sus sobrinas.

Abandona el sillón y se acerca a Gabriela. La niña aún respira. No hay sangre rodeando su cabeza. La toma con cuidado en brazos y, con un esfuerzo abismal, intenta llevarla al otro sofá que se levanta al fondo del comedor. Debido a su cansancio y a los golpes, le es imposible. Camila y Elizabeth la ayudan. Las gemelas levantan, cada una, una pierna de la niña. Joanna pone las manos bajo las axilas de su alumna y, entre las tres, la

llevan a su camilla de descanso. El sofá marrón es reconfortante. La niña se queja levemente al ser depositada ahí, pero rápidamente vuelve a quedar sumida en su sopor.

Camila corre en busca de una manta. La deja con amabilidad sobre la chica. Las tres, con aspecto compungido, miran a Gabriela.

—¿Se recuperará? —se cuestiona Elizabeth.

—Sí —la escueta respuesta de Joanna es acompañada por un suspiro.

Los rasguños en la puerta se detienen bruscamente. Florencia comienza a dar sacudidas. El sillón se agita levemente. Las gemelas también.

—Tranquilas —advierte Joanna—. Solo hay que poner peso sobre el sofá.

No tardan en tomar un largo y pesado parlante y ponerlo sobre los cojines de algodón. Agregan una mesa de centro de madera de pinos. Y un Buda decorativo hecho de cerámica. Entre las tres lo levantan. Y entre las tres acaban su esfuerzo con jadeos. Menudo Buda, les hizo quedar más exhaustas de lo que estaban.

Los embates sobre la puerta se hacen casi imperceptibles debido al peso sobre el sofá. Joanna teme, sin embargo, que Florencia pueda de todos modos derribar la puerta. Para su fortuna, los embates se detienen. Los rasguños regresan.

Ambos sofás están ocupados. Joanna y sus chicas se sientan, entonces, en la larga mesa del comedor.

—Deberíamos irnos —ordena Camila.

—No —responde Joanna.

—¿Por qué no?

—Se hace de noche. Gabriela está moribunda y... Loreto... ¿alguien sabe dónde está Loreto?

—Ella no me agrada —admite Camila—. No me agrada ella ni su madre. ¿A ti?

Camila mira a su hermana. Elizabeth no responde. Mira a su gemela con indiferencia. Joanna está sentada a la cabeza de la mesa y, en cada lado, sus sobrinas la observan como indefensos pajaritos asustadizos. Ambas llevan su miedo de diferentes maneras. Camila lo niega mediante un manto de crueldad adulta y de veloz intento de asimilar la realidad. Su cabeza nerviosa intenta poner las cosas en orden rápidamente.

—Vámonos ahora, por la puerta trasera —dice con tono acelerado y nervioso, como una colegiala dando una exposición de algo que no

entiende, pero que se ha aprendido de memoria—. Mamá estará bien. Cuando lleguemos a la ciudad, encontraremos ayuda para ella. Todo acabará. Todo esto acabará. Solo hay que encontrar un médico.

Joanna recibe la jactanciosa sonrisa de su sobrina.

—Cálmate —se anima a decirle.

—Debemos aprovechar que todavía es de día. Mami está enferma, usted lo dijo. En la ciudad encontraremos ayuda en la clínica. Debemos irnos, tía. Todo esto pasará.

Camila, hiperventilada, empieza a sacar de quicio a Joanna. Parece una mocosa malcriada haciendo una rabieta en el centro comercial. Pero no es más que su cerebro, concluye Joanna. Su cerebro reaccionando ante la situación actual. Reaccionando a su miedo. Digiriendo el horror de ver a mami convertida en un monstruo y racionalizándolo a través de términos que puede comprender.

—Mami está enferma —repite entonces—. Es todo. Ha enfermado y por eso se veía tan mal. Igual que la mami de Marta. Maicol era un hombre malo que quería secuestrar a Gabriela. Es todo. Es todo. Debemos ir a la ciudad. Allí nos darán ayuda.

Su sobrina comienza a parecer más que exaltada. Loca. Es irritante. Y los rasguños sobre la puerta no cesan. Por el contrario, se vuelven más insistentes. Un inflamatorio arañado sobre la madera. Un puto dolor de cabeza.

—Debemos irnos —insiste la niña—. Debemos irnos ahora. Mami puede empeorar. Debemos salvarla. Tía, ¿me escucha? ¿Me escucha?!

—¡Cállate, maldita sea!

Camila, debido al inesperado grito, se echa para atrás instintivamente.

Joanna, de inmediato, se arrepiente de su sobresalto.

—Lo lamento. Estoy cansada... estamos todas cansadas, ¿vale? Necesitamos pensar.

Les sonríe a ambas con cautela. Acaricia la mano de Camila. Entierra la otra mano en el pelo de Elizabeth. Le hace cariño.

—Volveremos a la ciudad —dice pausadamente—. Buscaré ayuda y la traeré hasta acá para que auxilien a Florencia. Ustedes se quedarán con su padre. Pero, antes de salir a hacer todo eso, necesito encontrar a Loreto. Debe estar en alguna parte de la casa. Luego, iremos todas a la zona de

acceso, cogeremos alguno de los autos del comité de zo... de las madres y abandonaremos este lugar. ¿Entendido?

—¿Cuánto tardarás en encontrar a Loreto? —pregunta Camila.

—No lo sé. No mucho.

—Una vez que la encuentres, Elizabeth y yo te ayudaremos a cargar a Gabriela hasta el acceso de la zona de *camping*. ¿Verdad, hermana?

—Sí —vocea Elizabeth con desánimo.

Joanna sonríe condescendentemente. Aquellos planes le resultan de lo más optimistas. Ingenuos. Como del guion de una película, cuyo desenlace accede a los puntos favoritos de los espectadores. Esos donde todos terminan siendo felices. Donde las niñas en el bosque se salvan de ser tragadas por el lobo.

Lo que dice, en gran parte, es mentira. Volver a la ciudad le parece como ir a un sitio de guerra. Un sitio apocalíptico. ¿Es lo mismo? La ciudad es un caos, por lo que dijo Maicol. Un caos de madres zombis. Llevar a sus chicas hasta allá le parece un error. Y encontrar ayuda en la ciudad le resulta difícil, sobre todo después de recordar, otra vez, a Maicol. Todo el mundo tiene madre, había dicho. Y tiene razón. Todo el mundo estará ocupado en sus propios problemas. Encontrar ayuda médica es... Bueno, incluso los médicos tienen madre, ¿no?

La ciudad es un caos. El resto del país, un misterio. Y las dudas giran, como rasguños en una puerta podrida. Le hacen daño.

Además, está adolorida y agotada. Buscar a Loreto y cargar con Gabriela hasta la zona de acceso. Todo eso bajo el anochecer, y asediados por Florencia. No. No, claro que no. Es inverosímil. No se siente capaz.

Pero pasar la noche a los pies de un bosque maldito, y custodiados por la amenaza insistente de Florencia, también le parece inverosímil. Debe hacer algo, pero no encuentra respuestas. Lo más sensato de lo que les dijo a sus chicas era el asunto de su padre. Dejarlas con aquel hombre no sonaba del todo erróneo. El exnovio de Florencia tenía una inclinación por las putas —o vaginas concesionadas, como las llamaba Flo— y era un bueno para nada. O para nada más que no sea beber cervezas y lamer distintas tetas y vaginas, todos los fines de semana. Dejando de lado sus exóticos gustos, Florencia insistía en que era un buen hombre. Y un buen padre. Visitaba a sus gemelas de vez en cuando. Estaba al tanto de las fechas importantes, y por lo menos dos veces al mes hacía videollamadas a través de redes

sociales con sus hijas. Y por lo menos dos veces al año las sacaba a vacacionar al norte del país. Para la estricta escala jurídica de Florencia, el padre de sus gemelas estaba cerca de la parte alta. Y sus hijas, además, lo adoraban.

Sí, llevarlas donde él era buena idea. Hasta ahí llegaban sus pensamientos. ¿Qué hacer después? Era... no lograba hilar una respuesta sobre ello. ¿Qué hacer antes? ¿Qué hacer inmediatamente?

Loreto, el nombre y la palabra *búscala* se añadían a su conciencia.

Y los rasguños sobre la puerta iban y venían, en un alucinante y desesperante sonido.

—Debemos irnos —le recuerda Camila—. Debemos irnos donde papi. ¡Loreto! —grita casi desesperada—. ¡Loreto! ¡Debemos irnos!

—Silencio —regaña Joanna.

—Debe estar muerta —agrega la niña—. De seguro lo está. Ingrid debe haberla matado. O debe haber huido al bosque. O a la ciudad. Ya debe estar allá. Debemos irnos. Debemos salvar a mami.

Camila pone sus manos sobre el brazo más cercano de su tía. La mira con atención agobiada. Parece una niña rogando porque le compren la muñeca de moda para su cumpleaños. Pero detrás de su obstinación, Joanna entiende, que la pobre chica lucha con su incertidumbre. Es su forma de aceptar, o entender, lo que está sucediendo. Al no lograr discernir nada que su inocente alma pueda aceptar, decide encontrar soluciones fáciles y lógicas. “Debemos irnos, tía. Mami está enferma y necesita un doctor. Vamos, tía, ¿qué mierda espera?”.

A pesar de entenderlo, Joanna siente, una vez más, enormes deseos de abofetearla.

Algo la detiene. Otras manos se adhieren a su otro brazo.

Es Elizabeth. La mira con pálida tristeza.

—Quiero a papi —dice con ternura.

Los frenillos en sus dientes son iluminados por el moribundo sol de la tarde. La niña, acongojada y fatigada, no es más que una dulce niña en aprietos. Una niña que despierta de una pesadilla. La pequeña e inteligente gemela parece haber aceptado las calamidades que la rodean. Parece haber aceptado que ha perdido a su madre. Y, a diferencia de su hermana, también ha aceptado que los monstruos existen. Uno se ha apoderado de mami. Elizabeth no busca planes de escape. Busca un abrazo.

—Quiero que todo esto acabe —repite—. Quiero a papi.

¿Cómo es posible que esas niñas sean tan jodidamente iguales y tan jodidamente diferentes? Se pregunta Joanna.

Sus deseos de abofetear a Camila se desvanecen. Elizabeth ha logrado apaciguarla. Elizabeth ha logrado, mediante sus rasgos taciturnos y cariñosos, un abrazo para todas. La chica no mira a su tía desafiante, sino indefensa. Le solicita cariño y ella se lo da. La abraza. Luego le revuelve el pelo con suavidad a Camila.

—Todo estará bien —dice con torpeza—. Ahora buscaré a Loreto y...

Algo la detiene. Da un respingo. El rostro hermoso de Elizabeth parece haberse ido. Sus ojos se han puesto blancos y, en un instante, la niña se desploma sobre la mesa. Joanna se acerca con sobresalto y pone sus dedos en el cuello para sentir la respiración de su sobrina.

—¿Elizabeth? ¿Qué tienes?

—¿Qué le ha pasado a mi hermana? —pregunta Camila, que se alza sobre la mesa, preocupada, para ver—. ¿Qué tiene, tía? ¿Ella está bien?

—Descuida. Solo se ha desmayado. Tu hermana necesita descansar.

La sala principal solo tiene dos sillones. Uno detiene el acceso de Florencia. El otro sostiene el moribundo cuerpo de Gabriela. Toma en brazos a Elizabeth. Su cuerpo, agotado, se queja. Siente las mordidas en la sien mientras contrae sus músculos para llevar a la niña hasta el corredor en busca de alguna cama. Camila la sigue.

La idea de llevar a la niña a la enorme y desolada sala en donde Florencia estuvo a punto de comerse a sus hijas le resulta una espantosa decisión. Decide avanzar unos pasos más. Llega hasta la última puerta que da acceso a una enorme habitación. Allí hay tres camas. Una al lado de la otra. Al fondo, cerca de una puerta que lleva al baño, hay una litera. La pieza es igual que el resto de la casa, es decir, tapizada por tablas blancas en las paredes y techo; tablas marrones, sin pintar, en el piso. Un enorme ventanal en la pared del fondo exhibe el paisaje de pinos.

La diferencia de esta habitación es que las camas están listas para ser usadas. Unos bellos edredones amarillos cubren gruesos y cómodos colchones de una plaza y media. Cerca de la puerta del baño, del otro lado del acceso principal, hay tres maletas apiñadas. Un abrigo negro está desparramado sobre el suelo. Una botella de refresco en el alféizar de la ventana. A su lado, unos audífonos inalámbricos de color rosa. Joanna los

reconoce. Son de Fernanda, una de sus alumnas. Una de las muertas del arroyo. Siente un revoltijo en el estómago. Deja con delicadeza el cuerpo de Elizabeth sobre la primera cama.

—¿Se pondrá bien? —pregunta Camila.

—Sí, solo necesita dormir un momento.

—Me quedaré a su lado, ¿vale? La cuidaré mientras tú vas a buscar a Loreto. Luego nos iremos de este lugar.

Joanna dice que sí con la cabeza. Ve cómo Camila se tiende al lado de su hermana. Les pone el edredón encima. La luz anaranjada de la tarde cae sobre los rostros cansados de las gemelas de manera tranquila, como un manto de melancólico destello. La franja de débil luz solar hace de sus niñas las protagonistas de una postal llena de nostalgia y de recuerdos. Joanna no quiere irse de ahí. Desea acostarse entre ambas y cerrar los ojos.

Antes de que la luz crepuscular la abrace del todo, se apresura en salir. Recorre el resto de las habitaciones del primer piso con rapidez. Visita, una por una, las demás piezas, siendo testigo de más hileras de camas cubiertas por edredones amarillos, maletas, ropas desparramadas por todas partes y bolsas con golosinas. Sobre los accesorios de sus alumnas y madres, el sepulcral viento mudo anaranjado extendiéndose como un silencio *post mortem*.

El aire en esas habitaciones es asfixiante. La esencia fatalista colada en ellas le hace preguntarse si acaso estuvo soñando. La vibración anaranjada de los rayos solares muriendo en el horizonte inclina los suspiros agobiados de escenas oníricas; escenas de niñas risueñas muertas. Y cuando el recuerdo de las niñas siendo tragadas por sus madres, al mismo tiempo que su sangre caía por el arroyo, los suspiros naranjas se vuelven rojos, púrpuras y, finalmente, negros. El ascenso de la noche se acerca. La sensación de estar en un sueño melancólico se convierte en una monstruosa pesadilla.

Amenazada por las energías extrañas, se apresura en su tarea de buscar a Loreto. Revisa bajo los catres de las camas y en los baños. Llega al final del corredor. En la cocina no hay ninguna niña. Le llama la atención las torres de loza erguidas sobre una elegante alacena de cerámica verdosa. Sobre una enorme y costosa cocina a gas, que brilla por su limpieza, se derrite un enorme pedazo de filete. A su lado, varias bolsas con verduras están listas para ser preparadas. En el centro de aquel escenario surreal, tan normal como una cocina, pero en medio de una obra siniestra, yace una escrupulosa

mesa de centro, bajo un mantel color limón. Sobre él, un florero con rosas plásticas y un par de platos con cereales humedeciéndose bajo residuos de leche.

Los restos de sus alumnas se esparcen por dondequiera que mire. Desalentada, se dirige hasta el otro lado de la cocina. Una ancha escalera apunta como una flecha hacia el segundo y último piso. Los escalones son angostos y largos. Veinte. Joanna los cuenta. Se apoya del pasamanos de madera y sube. Las tablas de pino bajo sus pies gimen como cadáveres podridos que aún tienen vida.

Un dañino pensamiento la hace detenerse bruscamente en mitad de su ascenso. Piensa que quizá la maldición del bosque sigue, perpetua, viviendo en los trozos de pinos arrancados de la forestal de los Garretsen. Esa escalera, y toda la puta casa, está fabricada con los huesos de madera de la oscura maldición del bosque.

Siente una punzada en el corazón. Un ligero escalofrío la hace girarse y mirar hacia abajo. Tiene la tonta idea de que alguien la sigue. Fantasmas. Aquella casa debe no solo estar repleta de recuerdos funestos, sino que además repleta de almas en pena y de lo que sea que habite al interior de la madera de esos putos pinos.

Sugestionada por sus pensamientos, Joanna se paraliza. No desea seguir subiendo. Arriba aguarda algo... no sabe qué. Piensa en gorriones ocultos en la copa de los pinos. En la copa de esa casa debe haber pájaros negros, de enormes picos. Pájaros hambrientos. Buitres. Bandadas de buitres quietos, como sombras, en los rincones. Murciélagos, añade en su mente, estimulada por la sugestión.

Está a punto de hacer de sus ideas, realidades. Los murciélagos de su imaginación la harán caer escaleras abajo. Sacude la cabeza. Su rostro adolorido le recuerda que es mala idea hacer eso. El dolor real le hace olvidar su miedo. Cierra los ojos y canaliza sus actos en una palabra.

Basta.

Sigue subiendo las escaleras. Se concentra en el segundo piso. Se concentra en encontrar a Loreto. Se olvida de todo lo demás.

Llega al descansillo. A su izquierda hay un salón que, debido a la alta luz natural que ingresa desde allí, Joanna intuye que lleva hasta una terraza. A su lado izquierdo se levantan varias puertas. Habitaciones de un concurso de *Adivina qué hay del otro lado*.

—¿Loreto?

Su pregunta se desvanece en el pasillo. Va a dar un paso. Algo la detiene. Un ruido. Viene de su lado derecho. El juego de adivinar qué hay del otro lado de la hilera de puertas se ve interrumpido por la presencia de alguien desde la sala iluminada.

Ingresa y da con una ancha sala de reposo. Unas sillas playeras se alzan en una columna de descanso que queda frente a un enorme televisor pantalla plana de quién sabe cuántas pulgadas. En la enorme pared lateral que da hacia el exterior no hay ventana, en su lugar, una larga terraza cercada por una bella reja negra de un metro de alto.

Apoyando las manos en la reja, y mirando hacia los pinos que se extienden en el paisaje, se encuentra una niña.

—¿Loreto? ¿Estás bien?

La niña se gira lentamente hacia ella. Abre y cierra los ojos, incómoda por un decaído rayo solar que circunda su rostro moreno. Sus ojos están inyectados en una humedad rojiza. La chica ha estado llorando.

—Tengo miedo —admite con lástima—. Quiero a mi mami. ¿Sabes dónde está?

—No. Ni idea. De seguro ha ido a la ciudad. ¿No quieres bajar? Tus amigas descansan abajo. Podrías hacer lo mismo. Yo las cuidaré.

—¿Dónde están las demás? ¿Dónde están mis amigas? ¿El resto de las chicas? ¿Y las madres?

—Se han ido a la ciudad. Este bosque es tóxico y... enferma a las... mamis. Enferma a las mamis. Por eso debemos quedarnos aquí, recuperar fuerzas y largarnos.

—¿Tóxico? Entonces, Marta, la madre de Gabriela ha... ¿ella ha enfermado? ¿Por eso la mataron?

—Yo... Sí, creo que sí.

—Y el hombre armado. ¿Por qué quería matarla a usted? ¿Usted también ha enfermado?

—No, claro que no. Yo no estoy enferma. Yo no soy madre.

—¿Y entonces por qué quería hacerle daño?

—Era una mala persona. Es todo. Ahora está muerto.

—¿Usted lo mató?

—No. La mujer de la recepción. Fue ella quien lo mató. Cuando Maicol ingresó a la casa, ya había perdido mucha sangre debido a las heridas.

Había perdido mucha sangre y por eso murió.

Loreto asiente con la cabeza con confusión.

—¿Es real? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Todo esto. Los pinos, las madres enfermas, yo... me siento con mucho miedo.

La niña comienza a llorar. Joanna la consuela mediante un abrazo.

—Descuida. Bajaremos y descansaremos un rato. Luego iremos a la ciudad. Te dejaré con tu padre y... bueno, luego me ocuparé del resto.

—Tengo hambre —dice la niña.

—Yo también. Abajo, en la cocina, he visto las compras que tu madre y las demás hicieron al venir aquí. Creo haber visto pan y huevos. ¿Te gustan los huevos revueltos?

—Sí, me gustan —dice con alegría.

—Bueno, a mí también. Y, verás, también muero de hambre.

Le sonríe. Loreto le devuelve la sonrisa. Baja por donde vino. Loreto la sigue. Es mentira eso de morir de hambre. Se ha tragado tanto miedo, que comer le resulta inverosímil. Está constipada y con ardor en la boca del estómago. Necesita un omeprazol. Cuando llega al primer piso y siente el ardor en la cara debido a los golpes, adiciona a su receta una dosis de naproxeno. Algodón y agua no estaría mal para cambiar el aspecto de mujer golpeada. A su botiquín personal, agrega una tira de paracetamol para detener el dolor de cabeza. Felizmente mezclaría todo eso en un vaso de *whisky*. En esa ecuación de farmacéutica y alcohol, los huevos revueltos le resultan de lo más ridículos.

Lo confirma al estar en la cocina revolviendo huevos en la sartén. Las tripas amarillas cociéndose sobre el gas le producen náuseas. Se resiste al vómito. No quiere hacerlo delante de Loreto. No quiere arruinar el apetito de esa niña. Se aguanta. Acaba tragándose el vómito. Pone la sartén sobre la mesa de centro. Suma un plato con pan y un vaso con jugo. Loreto se sienta y se alimenta con ganas.

—¿Usted no va a comer?

—Luego —responde Joanna.

—Usted dijo que tenía hambre.

Antes de que Joanna responda, aparece Elizabeth con rostro somnoliento.

—¿Qué ha pasado? —Se estira, lanza un bostezo y se acerca a Loreto.

—Te desmayaste —responde Joanna—. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Tengo hambre.

Se sienta, todavía aturdida. Mira a Loreto con un semblante incómodo. Comienza a comer junto a su amiga. No hay palabras entre ellas. Hambre. Solo eso.

—¿Dónde está Camila? —le pregunta alertada.

—Dormida. Sus ronquidos me han despertado.

Joanna sonríe. Mira a sus chicas engullir los huevos revueltos. No puede más. Se acerca al baño que hay del otro lado de la cocina, frente a la escalera, abre el retrete y hace arcadas. No vomita nada. Pero el solo recuerdo de las niñas siendo comidas en el arroyo le revuelve las tripas. Un poco de líquido transparente escapa de su estómago. Está ansiosa y estresada, es todo. Su farmacéutico interno le añade a su receta unas tiras de alprazolam para apaciguar el pánico que agujerea sus tripas.

Arrodillada frente al inodoro, es agredida por un pensamiento oscuro. Un recuerdo, mejor dicho. Recuerda a la mujer embarazada apuñalándose el vientre en el arcén de la carretera. Y el farmacéutico, semejante a un psicólogo conocido, le dice que ella está embarazada. Le dice que apuñalarse el vientre hasta morir es necesario.

Escarba en tu vientre hasta descubrir el fósil que se pudre allí.

Joanna siente las oleadas del miedo humedecer sus intestinos. Se levanta del inodoro. Mira en el espejo que hay sobre el lavamanos. Su nariz inflamada y con sangre seca bajo los orificios. Una incipiente costra húmeda, del porte de una moneda, se seca en medio de su frente. Su pelo negro cae enmarañado sobre su rostro sudoroso y tiene un moretón en el pómulo derecho. Parece una adicta después de un día de jeringas, peleas y más jeringas.

Hace una mueca de espanto. Abre la llave y pone sus manos bajo el chorro de agua helada. Se humedece la cara con suavidad. Su aspecto horrible mejora ligeramente. Por lo menos la sangre seca en sus orificios nasales y el sudor tibio pegado a su cara han desaparecido. Un ligero aire de frescura se añade a su estructura facial.

Vuelve donde sus chicas. Detenida en el acceso a la cocina, las ve comer. Sabe que quedarse durante la noche en la casona amarilla es poco prudente. Sabe que sus miedos no la dejarán dormir. Pero ir a la ciudad también hará

que sus miedos no la dejen actuar. Sus miedos y la incertidumbre de conducir por la autopista de noche, y hacia un destino incierto.

Por si fuera poco, ir a la ciudad hace que deba moverse hasta el acceso de la zona de *camping* con tres niñas somnolientas y otra moribunda e inconsciente en sus brazos. Y con Florencia persiguiéndolas detrás. Aquello sí está mal. No solo no es prudente, es un completo desatino, pero... ¿qué más puede hacer?

Descansar, dilucida con victoria. Necesita descansar y atenuar su dolor físico y mental.

De pronto, los rasguños en la puerta principal se hacen más insistentes.

Loreto da un salto en la mesa y mira a Joanna con temor.

—Tranquila —dice Elizabeth, luego de terminar de beber un vaso de jugo de naranja—. Es mamá, que quiere entrar. No puede porque hemos bloqueado el acceso.

—No quiero salir —replica Loreto—. He visto a Florencia. Ella... Ella me da miedo. Profesora —suplica, mirando a Joanna—. Profesora, no quiero salir de aquí. No esta noche. Quiero esperar a mami. Sé que vendrá por mí.

Joanna traga saliva por lo que eso significa.

—Y yo no quiero dejar a mami sola aquí —agrega Elizabeth—. Sé que parece un monstruo, pero ella es mi mami. Es una buena persona. No quiero que pase la noche sola.

—No iremos a ningún lado —termina Joanna.

A los minutos, y luego de observar a Gabriela, Joanna lleva a Loreto y Elizabeth a la habitación donde duerme Camila. Le saca los zapatos a su sobrina, que duerme plácidamente. Las demás se quitan la ropa y se ponen sus pijamas. La hilera de camas se ve ocupada por tres niñas agotadas.

Joanna las acompaña un tiempo que le resulta infinito. Les promete a sus chicas que mañana irán a la ciudad en búsqueda de sus respectivos padres. Luego les acaricia el pelo y las observa, sentada a los pies de una cuarta cama. Una hora después, las tres niñas duermen.

La habitación se ha vuelto oscura. La luz índigo del anochecer ya culminante hace que Joanna sienta una desoladora sensación de vacío. El silencio nocturno no tarda en sentarse a su lado y darle *piñizcos* en la sien.

Intenta cobijarse de la inocencia y la paz que irradian sus chicas. Pero un nuevo deseo de vomitar la impulsa al baño. Esta vez no se arrodilla frente al

inodoro. Simplemente deja caer su rostro al lavabo. Hace una arcada. No vomita. Solo escupe un poco de bilis. Sus tripas rugen. No de hambre. De nervios. Y la hinchazón en la boca del estómago se hace más grande. Bebe un poco de agua. Sabe bien. Bebe otro trago.

Su nuca no para de latir. El rostro también late por la hinchazón de sus músculos. El moretón en el pómulo se hace más oscuro y grande. Se esparce levemente hacia su ojo.

Cierra los ojos y respira.

Las imágenes de lo vivido en el día dan vueltas en su interior. Un torbellino de nieve roja se esparce en su memoria. Lo acontecido en el arroyo es el que más vueltas da. Aquella escena le da miedo y tristeza.

También da vueltas sin parar el asunto de la mujer embarazada intentando acabar con el bebé que crece en su interior. Aquella escena la desespera y le hace sentir los incisos de un estado de pánico.

Respira con más fuerza. Encoge sus ojos, hasta que la negrura en su vista sea total. Pretende concentrarse en oír las respiraciones de sus chicas. O, por lo menos, el ronquido de Camila. Pero, en su lugar, solo oye el ir y venir de los rasguños que Florencia hace sobre la puerta principal.

Se deja caer al piso del baño.

Apoya la cabeza en las frías cerámicas blancas.

Estira las piernas sobre el suelo. Abre los ojos y empieza a llorar.

Y llora por horas, como una niña indefensa.

24

Tiene los ojos escocidos de tantas lágrimas que ha dejado caer. Se levanta y se enjuaga la cara. Bosteza. Se mira un rato en el espejo, sin hallar nada más que pesadumbre. El crepúsculo se hace cargo de la atmósfera, con una luz mortecina que irradia al interior de la casona amarilla una depresiva y púrpura vibración. El color del anochecer, antesala del negro, ingresa por los alrededores de Joanna como una bandada de cuervos.

Abatida, desdichada y con una abismal sensación de abandono desgarrando sus sentidos, comienza a deambular para todos lados. No le apetece dormir. Está cansada, mas no tranquila, y bajo el domo de sus recelos, dormir le resulta tan descabellado como la situación.

Llega otra vez al segundo piso. La habitación de la terraza ya ha sucumbido a la negrura del exterior. Busca instintivamente el interruptor, pero, decidida a no encender la luz, camina a oscuras hasta la terraza.

Contempla la exótica maraña de pinos extendiéndose a varios kilómetros en la distancia. Trazando el final de la fragosidad verdosa se izan las colinas gemelas. Joanna, como la luctuosa protagonista de una novela medieval, piensa en un valle de la muerte colapsado por añosas maldiciones arrojadas por bosques encantados y mitos arcaicos.

Pero la romántica evocación de ser la prisionera de un castillo erguido a mitad del bosque maldito erosiona al horror actual, simultáneo a la civilización que conoce. Y el desamparo de hallarse sola en aquel sitio le recuerda que el resto de la ciudad yace adherido a la misma médula de cuentos apocalípticos.

No tiene una salida.

Ni un plan.

Sus ojos se topan con el cadáver de la mujer de la recepción. Su ancho cuerpo, tieso sobre el césped, se pudre pausadamente. Los pinos a su alrededor parecen mirarla. Y Joanna recuerda a las otras madres asesinas del arroyo. Se pregunta en qué parte del bosque yacerán. Y recuerda a las otras madres y otras niñas que se salvaron del arroyo, marchando en algún lugar del bosque, esparciendo sus conminativos gemidos de amargas familias, como una serpiente parricida reptando por los ángulos de Adoración.

Se imagina una horda de mujeres zombis saliendo de entre los pinos y caminando hacia la casona amarilla. Uniéndose a Florencia en su frenética melodía de puertas arañadas. Y, repentinamente, Joanna siente un escalofrío. Con los pelos de punta por que esa imagen se haga verídica, huye de la terraza y se vuelve al interior de la casona.

La opacidad de aquel hogar le vuelve a recordar que no hay salida. Quieta en el tablero de Satanás, no le queda de otra que mover los pies en búsqueda de... de nada, solo mover los pies hasta que las agujas del reloj atraviesen la noche silenciosa con los primeros rastros de luz solar. El calor matutino la llevará a la ciudad en búsqueda del padre de sus chicas y después... la incierta respuesta le hace olvidar los cuestionamientos noctívagos. De ellos solo recae la desesperanza. La cual se desparrama como sangre sobre fisuras. Como lágrimas infinitas en el ingenio de una desdichada y solitaria mujer.

Su recorrido por las demás habitaciones del segundo piso de la casona amarilla se ve nulificado en su esencia por sus pensamientos. No es capaz

de distinguir ni un ápice de adorno en las alcobas que recorre, ya que su concentración naufraga en el océano crepuscular de sus ideas. Su visión mira a través de un velo, y las camas, cuadros, lámparas y alfombras se vuelven invisibles ante sus ojos y las reflexiones que le preceden.

Incapaz de palpar los ornamentos de las piezas a oscuras, no es consciente de sus constantes tropiezos con zapatos, maletas, chaquetas y otras tantas pertenencias de sus alumnas que, antes de la tormenta, pretendían descansar allí. Vagando en la residencia de amuletos de encantadoras niñas muertas, Joanna no es más que un espíritu transitando sobre la bruma de una superficie profundamente dañina que no gusta de ver.

Camuflada por la oscuridad de la noche que ya es total, y por el oleaje de ideas que surcan las costas de su cerebro, Joanna llega hasta la última habitación. Nada espera encontrar allí, salvo más oscuridad. Una vez dentro, su visita acabará. No tendrá mucho más que hacer y una sensación de vacío le arrebatará el alma.

Incapaz, por límites físicos, de seguir llorando, su mente ante la quietud del momento, no supondrá más que el final del terror. Lo conoce. Es la locura. Acabará loca, arrodillada en el rincón de la última habitación, urdiendo hilarantes visitas al umbral de los dementes límites de su cerebro. Allí donde la forastera e insistente risita confluye sin sentido con el acantilado de la cordura. Caería a más tardar en medio de la madrugada, y el golpe la dejaría aturdida para siempre.

Sus sobrinas lo lamentarían.

Ante el miedo de ese nefasto desenlace, su concentración física sobre lo material regresa. Pone la mano sobre la cerradura de la última alcoba y abre la puerta. Esta suelta un agudo chirrido. Recorre con la mano la pared y da con el interruptor. Se atreve, por primera vez, a encender la electricidad. Una ampolleta en medio del techo interviene con una centellante y cegadora luz amarillenta. Joanna cierra los ojos ante el inflamatorio avance de la luz que, como antibióticos sobre enfermedad, se comen la negrura. Sus malas ideas se desvanecen y, al abrir los ojos, su concentración da con dos objetos.

El primero es un pequeño crucifijo de madera, del porte de sus manos, colgado mediante una pita de lana azul sobre una pared blanca. Bajo el amparo de Cristo, una pequeña libreta negra, del tamaño de esos Nuevos Testamentos que regalaban en la plaza de la ciudad cuando ella era una

niña. Es decir, libretas poco más altas que su dedo del medio, y lo suficientemente anchas para entrar justo en el bolsillo de su pantalón.

Una curiosa sensación de confianza se apodera de ella. Tiene la absurda idea de haber entrado en el altar de una iglesia. Aquella libreta no es otra cosa que la Biblia. Mira el resto de la habitación. Una estrecha cama en un costado, con un hosco edredón gris encima. Un cajón a sus pies, con un cenicero de metal como único atavío. En el otro costado de la habitación, una pequeña ventana ovalada, con el marco anaranjado, da hacia el lado oriental del bosque de pinos. En el alféizar de madera pintada de frío blanco, hay una telaraña espesa y grande. Sobre ella una cantidad de mosquitos diminutos, como muerte creciendo sobre niebla. Joanna alcanza a ver, del otro lado de la tela, las largas patas del arácnido dueño de esa trampa.

Traga saliva y recuerda algo.

Los extraños habían venido del Sudeste Asiático.

Cuando toma la libreta y la abre, se levanta un ligero polvo. En la primera hoja, con lápiz grafito, alguien garabateó un mensaje igual de extraño.

Yo no estoy loco. Ellos lo están.

Joanna, intrigada, va a la segunda hoja. Allí hay más palabras. Se sienta a los pies de la cama y alimenta su curiosidad con su silenciosa lectura.

Todo ha empezado con ese puto trabajo en la clínica de Adoración. Mi estadía en aquel sitio comenzó con esa frase sin sentido dicha por aquel crío del pasillo de psiquiatría.

Escucho voces, dijo el niño.

¿Quién te habla? Preguntó mamá.

No tengo idea. Feos seres, como enormes gatos de uñas largas. Y son malos, ma, malos como cocodrilos.

Yo, testigo de aquella conversación sin sentido dicha por un infeliz niño esquizofrénico, supe que mi vida en la clínica como guardia de seguridad sería una mierda. Aquella frase era un mal presagio.

Lo comprobé al finalizar el día. Yo, haciendo rondas en el tercer piso, vi a la mujer con el bebé en brazos. El recién nacido lloraba, y mami lo tranquilizaba con su canto suave.

El tercer piso correspondía a la sala de maternidad. Nada raro parecía haber en esa escena, pero yo sabía que algo sucedía. Algo malo, perverso y sin sentido, como enormes gatos de uñas largas.

Y la mujer se acercó a la baranda de la escalera y arrojó a su bebé hacia abajo. Mami se había convertido en una cosa extraña. Mala, como un jodido cocodrilo.

Joanna termina la primera hoja más intrigada que complacida. La lectura no es grata, pues el hecho de imaginar a aquel bebé siendo arrojado escaleras abajo por su propia madre es algo chocante. Y ese crío esquizofrénico le genera más confusión que claridad.

Pero intuye que la historia de aquel guardia de seguridad le dará luces sobre lo que está pasando. Continúa leyendo.

Tiempo después, y todavía desgarrado por el asesinato, fui sucumbido por la presencia y la voz del anciano. Aquel viejo, que llevaba años trabajando como conserje en la clínica, me dijo que el evento de las madres asesinas no era algo aislado. En la clínica de Adoración, particularmente en la sala de maternidad, los niños muertos eran pan de cada día.

Sí, chico, me dijo el viejo. En esta clínica las madres matan a sus hijos. Y aquello se debe a una vieja maldición que crece junto a los pinos del bosque.

Recuerdo haber soltado una risotada. Pensé que aquel viejo estaba más loco que una cabra, y que, sin duda, debía visitar el pasillo de psiquiatría.

Enormes gatos de uñas largas. Malos, ma, tan malos como cocodrilos. Ah, sí, y bosques malditos que hacen que las madres asesinen a sus bebés recién nacidos. Menuda licuadora de estupideces se mezclaba en esa clínica.

Pero el viejo, dueño de una ominosa seriedad, me decía que las estupideces son, quiera o no, parte de la vida real. Y que sus palabras no eran para nada estupideces. Eran reales. Tan reales como cocodrilos.

Y la historia del parricidio colectivo llegó a mis oídos. Y no pude hacer nada para detener la contaminación de aquel relato hiriendo mi conciencia.

Se trataba de una noche apática de otoño, cuando las tres madres que reposaban en la sala de maternidad, colapsadas por el insistente y mutuo llanto de sus bebés, decidieron ponerles los almohadones encima y ahogarlos hasta obtener su silencio perpetuo y calmo.

Estrés postparto, dijeron los doctores. Mentira, me señaló el viejo. Se trataba de la maldición de Adoración dando a luz a sus perversiones. Y, por alguna curiosa razón, le empezaba a creer.

Y los eventos que siguieron me hicieron creer definitivamente.

Recuerdo...

Joanna no logra seguir leyendo. Está agotada de conocer sobre niños muertos, comidos por sus madres, o ahogados, o arrojados por las escaleras. Le da igual. Está cansada de esa mierda. Quiere respuestas. Intuye que el libro las tiene, y comienza a hojear. Descubre, para su pesar, más madres asesinas. Ahora es testigo de sus historias a través de las portadas de periódicos que han sido pegadas en la libreta.

Y los titulares de parricidios dan vueltas frente a sus ojos:

“TRAS ATAQUE PSICÓTICO, MADRE ASESINA A SUS TRES HIJOS”.

“MUJER AHOGA A SU BEBÉ EN LA BAÑERA. CULPA A VOCES EN SU CABEZA”.

“¡ALERTA EN ADORACIÓN POR ENORME CANTIDAD DE MADRES CRIMINALES!”.

“MADRES ASESINAS: ¿A QUÉ SE DEBE ESTE FENÓMENO?”.

“¿ES LA FALTA DE EMPLEO Y EL DISMINUIDO ACCESO A LA EDUCACIÓN LA CAUSA?”.

“¿ACASO ADORACIÓN ESTÁ MALDITO?”.

Joanna descubre con espanto que ese último titular, con sus respectivas preguntas como bajadas de títulos, corresponde a un periódico de 1960. Y, para su sorpresa, pronto las portadas de periódicos se vuelven amarillentas y podridas por el paso del tiempo. Las noticias son menos recurrentes, pero, menuda mierda, el asunto de las madres asesinas no se detiene. Joanna llega a la primera portada. Corresponde a un periódico capitalino de la época colonial. La noticia es del año 1783.

“HORROROSO CRIMEN EN PUEBLO DEL SUR. MADRE DEGOLLA A SUS CUATRO HIJOS. LUEGO SE QUITA LA VIDA”.

Debajo hay un retrato de la mujer junto a sus cuatro hijos. El más pequeño, de pocos meses de nacido, descansa sobre sus brazos al tiempo que ella sonríe.

Joanna pasa la página. Entonces, un brillo de curiosidad atraviesa sus enrojecidos ojos. En la siguiente hoja, regresa la letra del guardia de seguridad de la clínica. Ha garabateado lo siguiente:

“LA HISTORIA DE LOS ZUPATECAS. EL ORIGEN DE LA MALDICIÓN”.

Saca el celular del bolsillo de su pantalón con intenciones de googlear la palabra *zupatecas*, pero claro, no tiene señal. Mucho menos internet. Regresa al libro.

Y Joanna lee con atención. Sabe que ocupar su tiempo nocturno en esa lectura es bueno. Y espera poder encontrar respuestas. Y, por supuesto, un plan.

Entonces, concentrada, se inmiscuye en la historia de los *zupatecas*.

25

El viejo conserje insistía en que la maldición tenía su origen en los pinos. Apostaba su vida a Dios por que eso era cierto. Para mí, eso no tenía sentido. La forestal de los Garretsen, causante del nido de pinos en el pueblo, se inauguró en 1897. Gracias al bendito internet, el dios de las nuevas generaciones que sí sabe dar respuestas, me demostró que las madres asesinas en Adoración databan de mediados del siglo XVIII, es decir, más de cien años antes de que al viejo Garretsen se le ocurriera plantar el primer pino.

No se trataba de los árboles que crecían en la tierra, sino de la tierra misma. Había sido sembrada, miles de años antes, por la sangre de cientos de niños muertos. ¿Cientos? ¡No! Me atrevería a decir que miles. Gracias a Dios Digital llegué a los primeros habitantes de esta región al sur del mundo.

Los zupatecas y su cultura estaba llena de avances y civilización, casi a la altura de aztecas e incas. Oh, sí, Dios Digital me fatigó tardes enteras avasallándome con eso. Llegué a los aztecas y sus guerras floridas o Xochiyáoyotl, en donde salían los guerreros de todas las ciudades mexicas a cazar prisioneros. Los infelices eran usados como ofrendas a los dioses a cambio de mejores cosechas.

Este tipo de rituales, llevados a cabo en tiempos de sequía y, por ende, dificultad para producir alimentos, eran realizados como todo un deporte ritual de lo más sagrado. No me hacía falta Dios Digital para suponer que problemas del mismo tipo afectaban a todos los pueblos indígenas de América, antes de que un problema mucho mayor llegara del otro lado del Atlántico. No obstante, Dios Digital, mediante su apóstol preferido, san Wikipedia, no tardó en hacerme saber que los zupatecas del sur, primeros habitantes del actual territorio donde yace Adoración, tenían similares problemas con las sequías. Y, bueno, similares formas de resolverlos.

Sí, menuda cosa, la mente humana, a pesar de miles de kilómetros de distancia, confluye en ideas. En ideas buenas y malas. Como si alguien las manipulara.

Eso no es algo que Dios Digital me dijo. Eso me lo dijo mi madre hace un par de años.

Los zupatecas que dominaban la zona sur y austral de la región enfrentaban los periodos de sequía a través del Iparika. Ritual sagrado, desarrollado sobre las colinas gemelas que los indígenas llamaban del mismo nombre que el ritual.

Según Dios Digital, iparika significa madre. Las colinas eran las dos madres del mundo: vida y muerte vigilaban todo desde la cima de esas largas colinas. Sobre ellas: el cielo y los dioses. Bajo ellas, la ciudad de Uxoholo, donde reside el rey y sus principales súbditos.

A decir verdad, Dios Digital fue bastante confuso sobre la cosmovisión de los zupatecas. Debo decir también que a mi mente subyugada al vicio de pensar sobre la sangre de los bebés muertos en la clínica no le resultaba divertido tener clases de pueblos aborígenes con Dios Digital. Tenía una puta migraña que no se iba y el espanto hervía en mí a través de decenas de bebés muertos.

Solo supe que en época de sequía se llevaba a cabo el Iparika. A las madres de las bajas clases sociales y prisioneras se les obligaba a subir a las cimas de las colinas gemelas y arrojar a sus bebés al vacío. Si se negaban, eran arrojadas con ellos. La sangre de los hijos inocentes, lanzados por voluntad del amor materno, humedecía la madre tierra generadora de vida y, como agua pura y cristalina, sosegaba a las diosas madres y acababa con la sequía. Florecía entonces la agricultura.

Por perverso que resulte, la mayoría de las madres arrojaban a sus retoños con gusto por las colinas, solo por satisfacer a las deidades maternas y darle paso al nacimiento de la vida en la tierra; los alimentos y el desarrollo de la civilización zupateca. Pero, claro, otras no podían deshacerse de sus hijos. Acababan muertas junto a ellos, lanzadas por soldados crueles hacia el vacío. El bebé lloraba y la madre gritaba, pero al final del abismo solo quedaba el eco de huesos rompiéndose sobre la tierra y sangre desparramándose por la hierba.

Y esa sangre de niños muertos y madres impotentes y sollozantes impregnó la tierra. Estoy seguro de que esa sangre, como un virus

infectando un terreno, crece a través de los pinos y... ¿cómo se esparce a la atmósfera? No lo tengo claro. He investigado algo sobre cómo se reproducen... creo que se trata del polen... no lo sé... bueno, los árboles tienen vida, ¿no?

Joanna se detiene. Leyó cerca de diez hojas. Toma aire y traga saliva. La historia de los aztecas y las guerras floridas las conoce. La historia de los zupatecas también, solo que como la principal civilización que habitó la región sur del país. No tenía idea de que su capital creció en el actual territorio de Adoración, ni mucho menos había oído del ritual del Iparika. Pero no le llama realmente la atención, pues de ritos y sacrificios indígenas había escuchado desde que tenía memoria. La escuela y la televisión ayudaron, sin duda. ¿No es acaso *Apocalypto*, la película dirigida por Mel Gibson, una de sus películas favoritas?

Lejos de aterrarle la historia del Iparika, le produce satisfacción. Comienza a entender las causas de la mierda que vive. Aquello no le resta terror al asunto, pero le produce una ligera tranquilidad, pues le permite asimilar lo que pasa y le da expectativas sobre el futuro. Guarda la esperanza, o mejor dicho la certeza, de que en aquella libreta se esconde ya no solo la causa, sino además algún plan para acabar con la maldición del bosque de pinos.

Entonces da vuelta la página. Hay pegadas tres hojas, una tras otra, de un viejo libro de enmohecidas páginas amarillentas. Se trata de los zupatecas y el ritual del Iparika relatado por un cronista español de la época de la Conquista. El lenguaje del español antiguo dificulta la lectura, pero Joanna ya está ensimismada en la historia, como una jovencita leyendo el último libro de *Canción de hielo y fuego*.

Y la historia del Iparika contada por el cronista español da vueltas en su cabeza. Su imaginación no tarda en recrear esas palabras en su mente.

Piensa en la mujer, desnuda, caminando a pasos lentos sobre la tibia hierba de verano. En sus brazos lleva a su bebé. Su primer hijo solloza intranquilo, pegado a su pecho. La noche inquieta resuella una vibra nigromántica, a medida que el eco de sus pisadas resignadas la lleva a su destino final.

Delante de ella, en fila, otras mujeres desnudas caminan cabizbajas con un bebé sollozante en sus brazos. A cada lado de las madres, esbeltos hombres

de cutis aceitunados y rostros severos, acompañan la congregación de mujeres, cuyas manos femeninas sostienen efímeras vidas en llanto.

Largas lanzas en manos de los soldados les recuerdan a las madres que no está permitido negarse. Y largas pieles de animales salvajes cubriendo su masculinidad, les recuerdan a las madres que ellos están sobre ellas en las piramidales clases sociales.

Alrededor de la hierba, a los pies de las enormes colinas, la multitud rodea la marcha materna con ojos inquietos; incitados al delirio de ofrendar a los dioses sangre y huesos de infantes. Pero su cólera expectante, debido a lo divino del evento, aguarda en un silencio pavoroso y vigilante. Hombres y mujeres, vestidos algunos con pieles de animales, desnudos otros sobre la noche de verano, murmuran a través de sus ojos que el Iparika está por comenzar. Que pronto una hilera de niños recién nacidos caerá colina abajo, arrojados por sus propias madres.

Las antorchas, que algunos soldados sostienen en sus fornidos brazos morenos, iluminan el espectáculo con solemnidad. Su fuego quieto brilla sobre el ambiente como velas en la más oscura de las ceremonias. La columna de rojas llamas forma un anillo de fuego alrededor de la multitud, generando una vasta sombra de muchedumbre pacífica. Mancha negra sobre la hierba verde, como un nubarrón de aves de rapiña a la espera de los desechos de vísceras y tripas. Pronto los niños serán arrojados al vacío y, entonces, la multitud se abalanzará feliz a despedazar los restos, tomar la sangre inocente y bañarse en ella.

Pero, mientras tanto, la fila avanza. Los pies de la madre joven, última en la fila, ya se empinan sobre la colina. El ascenso comienza. De manera paralela, desde lo alto de las colinas, otra bandada de hombres santos comienza a tocar tambores. Estas rústicas piezas de tronco ahuecado y cubiertos por pieles de cerdo, generan un sonido hosco, hondo y fuerte. No se detiene. El tum, tum, tum, va y viene, casi al unísono con la caminata de la joven madre. Marca sus pisadas a través de aquel frenético sonido creado por manos masculinas.

A las pisadas de sus pies desnudos junto al ritmo de tambores en lo alto, se agrega el llanto colectivo de los bebés. La joven madre ve con espanto cómo la muchedumbre detrás de ella, y quienes aguardan arriba, parecen dichosos de ver su sufrida marcha. Aguardan con ufanía su cruel destino.

Incluso algunas madres que caminan delante de ella sonríen al dar el fruto de su vientre a los dioses. Sonríen por ayudar a su civilización.

Ella llora a mares. Quiere huir, pero es imposible. Una lanza, de los soldados que van a su lado, atravesará su tórax antes de lograr internarse en la selva que rodea las colinas. Entonces mira al frente intentando aceptarlo. Le es inútil. Ama a su bebé. No quiere que muera. Mucho menos matarlo. En un acto de instinto maternal, pone uno de sus pechos desnudos sobre la boca del bebé. Su llanto disminuye mientras se alimenta, pero pronto, a medida que la subida se empina y el agotamiento le muerde las rodillas, quita al bebé de su pecho y el llanto retorna.

Suda. Tirita también ante el agotamiento y el pánico. Pánico que se acrecienta a medida que el tum, tum, tum, de los tambores se acerca. Mira desesperada hacia todos lados, pero no ve más ayuda que el despejado cielo nocturno. Millones de estrellas cubren el negro como luciérnagas en abismos. A cada lado, miradas indiferentes de soldados zupatecas endurecen su andar con la nitidez majestuosa de quien sirve a sus dioses.

Llega, desesperada, a la cima de la colina de la muerte. Los tambores se detienen. Sentado en el centro de la hilera de golpeadores de tambores se encuentra el rey, rodeado de soldados y acompañado por varias mujeres desnudas que, sentadas sobre la hierba, parecen recelosas guardianas de un ser magistralmente macabro.

El rey, cubierto por una capa de plumas de todos colores, y con la cabeza de un puma como casco, vislumbra a las madres con soberbia paz.

Un anciano sacerdote, a su lado, de larga barba y espalda encorvada, cubre su intimidad con una blanca tela que le cae hasta las rodillas. El resto de su cuerpo está cubierto por pintura roja. Sangre seca, sin duda.

Los soldados ponen a las madres de pie mirando colina abajo. El sacerdote dice un largo discurso en un idioma extraño. Cuando finaliza es sucedido por la voz del rey, que da la orden para el comienzo del Iparika. Y entonces las madres, una tras otra, arrojan a sus crías a los pies de la colina.

Y la mujer espera su turno, estremecida y a punto de desfallecer. Las piernas le flaquean al tiempo que el sudor tibio de su agotamiento troca a un sudor frío, tan helado como el terror mismo. Y escucha el silencio malintencionado devorando el ruido de huesos impactando debajo.

Su turno se acerca. Sabe que será incapaz de asesinar a su bebé. No lo hará nunca. Ni por el favor de todos sus dioses. El infierno aguarda

entonces al negarse a complacerlos. Pero su lazo maternal no conoce de ningún ritual, cosmovisión o creencia más allá del amor de quien lleva en sus brazos. Entonces se lanzará con él.

El soldado que yace inerte a su lado le hace una mueca con su rígida mandíbula cuadrada. Ella es la última y la multitud aguarda debajo. Las otras madres aguardan a los pies del sacerdote para ser bendecidas por este. Falta ella y el Iparika culminará. La sequía terminará. Solo falta que asesine a su hijo y la celebración roja dará inicio.

Estira los brazos sobre la orilla de la colina. El bebé desgarrar la noche con su llanto. Le pide ayuda a mami. Mami pide ayuda en todos lados, pero a nadie le importa su terror. La gente a su alrededor se ha desquiciado, y la noche de revés no ofrece más dioses que aquellos que observan desde abajo, más allá de la profundidad de la tierra. Extraños seres de mitos vetustos, ancestrales y silvestres como... como enormes gatos de uñas largas y ¡malos, ma! ¡Malos como cocodrilos!

La mujer no suelta a su bebé. Cierra los ojos y se lanza junto a él. Maldice la tierra desde lo profundo de su corazón. Recibe a cambio el jolgorio ameno de quienes aman a sus dioses. Los huesos de ella y el bebé se rompen sobre el césped. Su cabeza se ha roto. El rostro de su bebé también. Su espíritu es inhalado por la noche ceremonial y es tragado por el cruel sonido de tambores, risas, y seres arañando su piel en búsqueda de sus órganos vitales.

Joanna cierra la libreta de golpe. La arroja sobre la cama. Se pregunta cuántas madres murieron a los pies de la colina mientras lanzaban sus maldiciones. Si acaso el odio hervido en la sangre contaminó la tierra y los pinos. Le parece inverosímil. Piensa en un plan. Tiene la aberrante idea de que el fin de aquella maldición tiene que ver con algún conjuro, hechizo o ritual extraño.

Vuelve a coger la libreta. La hojea velozmente hasta el final. Solo ve más letras, pero está cansada de leer. Cierra los ojos fatigados y busca respuestas. Su mente no tiene deseos de responderle otra cosa que: “basta, chica, Dios se ha ido. Vete tú también”.

Piensa meterse en su celular para averiguar algo, lo que sea, en esos blogs de internet, pero no tarda en recordar que no hay señal. Dios Digital también se ha ido. En la última página de la libreta, sin embargo, hay escrita una frase.

Fuego. Mientras el libro sobre pinos se quemaba en la chimenea, yo no podía dejar de ver el fuego.

Y Joanna entiende que ese es el único plan. Es lógico, ¿no? Quemar el bosque. Es eso lo que debe hacer.

Cuando retrocede a la página anterior, descubre que el guardia de seguridad que escribió eso, sea quien sea, tenía pensado iniciar el fuego en la forestal de los Garretsen, pues ahí hay camiones con gasolina y cerros de aserrín y astillas que permitirían iniciar un fuego con facilidad.

El plan de aquel hombre era conseguir bidones con gasolina. ¿Qué ha sido del hombre y su plan? ¿Cuál será su paradero? Mira por la ventana y cierne sus ojos sobre el bosque. Tiene un extraño y vago mal momento.

Pero las malas energías se evaporan velozmente. Tiene un plan, el cual es sencillo de llevar a cabo. Si logra incendiar el bosque de pinos hasta su extinción total, la maldición acabará y podrá recuperar a Florencia. Guarda la libreta en el bolsillo de su pantalón y sale de la pieza, no sin antes mirar el crucifijo que cuelga en la pared. No se considera una mujer creyente, ni siquiera conoce alguna oración, pero con la vista fija en él, se anima a abrir la boca.

—Por favor —dice—. Por favor, que resulte.

Se gira hacia la puerta y escapa de la habitación. Organiza su cerebro. Debe llevar a sus chicas con sus padres y, en el caso de Gabriela, algún otro familiar. Una vez realizado eso, llevará a cabo la quema del bosque. Sonríe satisfecha.

Entiende, sin embargo, que debe aguardar a que sea de día. Mientras tanto, debe esperar a que sus chicas recuperen fuerzas.

Esperar.

La palabra se repite en su conciencia mientras baja al primer piso de la casona amarilla. Los rasguños de Florencia sobre la puerta principal regresan. Escuchando ese sonido, bajo el manto nocturno, la idea de *esperar* le produce inquietud.

El mal momento que sintió hace un rato, vuelve.

Se cuela bajo el rabillo de la puerta y se queda sobre ella.

26

Ha visitado a sus sobrinas y a Loreto. Duermen plácidamente. En esa habitación a oscuras no parece haber más que los sueños no plácidos, mas sí necesarios, de tres chicas agotadas. Joanna siente deseos de echarse sobre el

edredón de la cuarta cama del fondo y olvidarse del mundo, aunque sea por esa noche. Pero le da la impresión de haber olvidado cómo se dormía. Le suena como aprender a andar en bicicleta por primera vez. La perspectiva de cerrar los ojos y respirar hasta dormir la pone nerviosa. Sabe que tropezará con los pedales de su cerebro, caerá al piso y será maltratada por pesadillas.

Va hasta la sala principal y observa a Gabriela. Apaga la luz, pero mantiene encendida la del pasillo lateral para poder vislumbrar, bajo la tenue luminosidad, el rostro de su alumna inconsciente. Le vuelve a tomar el pulso.

—Estarás bien —le susurra. Luego le acaricia el cabello y se pone nuevamente a llorar.

La niña está recostada. Joanna se sienta sobre el piso de madera. Apoya su cabeza en el brazo del sofá que sostiene la nuca de Gabriela. Estira sus piernas sobre el piso y cierra los ojos.

Piensa en mamá. Tiene la certeza de que aquella mujer, en los días que rodearon su suicidio, se sentía como ella en este instante. Abandonada en un mundo maldito y rodeado de cosas feas como zombis. El mundo de su madre, deprimido y suicida, se había tornado tan nauseabundo como el mundo de Adoración. Pero Joanna tiene un plan. Fuego, piensa, y se aferra a eso.

Pero el fuego quema. El cuerpo entero quema. Piensa en los medicamentos que necesita para aliviar su hinchazón en el rostro. No tiene nada a mano, salvo hielo. Va hasta la cocina, abre la nevera, pero no hay hielo. No hay nada. Vuelve a donde estaba y cierra los ojos. Se imagina un enorme incendio serpenteante abriéndose paso en el bosque de pinos. Sobre él, una negra columna de humo ascendiendo al cielo. Pero el fuego quema... el dolor en el rostro y el agotamiento en el cuerpo se intensifica... comienza a desfallecer. Inhala y exhala, y en el avance de aquel simple acto, los latidos en la sien disminuyen y detrás de su conciencia alguien le dice que respirar es bueno.

Inhala y exhala, mujer.

Respira, cariño, respira pausadamente y verás como todo estará bien.

¡Y se siente bien! ¡Por Dios, que se siente bien!

Se queda dormida.

Oye el arrogante silbido de un timbre. Corre desde su habitación hasta el origen del sonido. Llega a la amplia sala de descanso de mami. Del otro lado del piano, la señora Willem, madre de Joanna, mira las teclas de su elegante aparato musical con una mueca de horror.

—Hija, ¿qué necesitas? —vocea con un sarcasmo aborrecible; el sonsonete de los empleados públicos que saludan a un nuevo cliente, controlándose por no llamarle “hijo de perra, ¿qué necesitas?”. Abre la boca y le enseña sus dientes amarillentos—. Hija, ¿por qué estás acá? ¿No deberías estar estudiando para tus exámenes?

—He oído un timbre.

—En esta casa no hay timbre, cariño.

—Pero tú has tocado un timbre.

—No hay timbre en esta casa, Joanna. Lo que he tocado ha sido una tecla del piano. Pero ha sonado fatal, ¿no crees? —Le da un golpecito al piano y hace un suave gesto de desaprobación con la cabeza—. Ha sonado como un timbre. La gente odia los timbres. Odia las visitas. Este condenado aparato me odia. Desde que tu padre se fue, el aparato no anda bien. Sus melodías son desafinadas y... amorcito, ¿no quieres una caja de bombones?

—¿Bombones?

—Sí, Joanna, en la gaveta del piano se esconde una caja de bombones.

La señora Willem hace un aspaviento descuidado con las manos en dirección a la parte baja del aparato musical. Joanna camina hasta allí, inclina su cuerpo al piso y abre el cajón. En efecto, una larga caja de bombones de envoltura plateada se esconde allí.

—Coge uno y dale otro a tu madre. Siéntate conmigo a charlar, ¿quieres?

—¿De qué quieres charlar?

—No lo sé, ¿de qué charlan las madres con sus hijas? ¿Existe un manual?

Joanna niega con la cabeza y se sienta frente a su madre, sobre el alargado taburete que hay del otro lado del piano. Ambas, frente a frente, comienzan a desenvolver los bombones. La caja, como un premio de plata, yace sobre la negra tapa superior del viejo piano Rönisch.

—¿Cómo te sientes, Joanna? ¿Cómo está la pequeña hija de mami?

—¿De qué se trata todo esto? Mamá, te estás muriendo. Veo la depresión infectar tu mirada. Deja de fingir que te intereso. Hace tiempo que te dejaron de interesar las cosas de este mundo. Hace tiempo, creo, que tomaste la decisión de darte un tiro en la cabeza.

—Fue una mala decisión, ¿no? Digo, la bala no me mató de inmediato. Sin duda, fue una mala decisión.

—No debiste hacerlo.

—No me des consejos, niña boba. Por supuesto que las malas decisiones no se deben hacer, pero... tú también fuiste una mala decisión y aquí estás, parloteando en mi oído.

—Jamás pedí nacer.

—Nadie lo hace. —Mamá coge un nuevo bombón de la caja e invita con el mentón a Joanna para que haga lo suyo—. Debí haber interrumpido tu embarazo. Y también el de Florencia. No hicieron más que arruinar mi vida.

Joanna hace un ademán de sacar un bombón. No lo hace. Se cruza de brazos.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Amaba a tu padre. El hijo de puta me abandonó. Maldición, Joanna, debí haberte arrojado por las colinas.

La señora Willem sonríe. De pronto comienza a reír. Saliva y restos de chocolate escapan de sus labios secos. Deja de reír y mira a Joanna con odiosidad.

—No lo vas a poder hacer —dice de pronto.

—¿Qué cosa?

—Quemar el bosque, Joanna. Los pinos tienen vida y se defenderán.

—Debo tener esperanza de que no lo harán.

—Ya lo están haciendo, Joanna. ¿Qué, no ves?

—Esto es solo un mal sueño.

—No es un mal sueño, Joanna. Es una pesadilla. Vamos, hija. Intenta despertar.

—No quiero hacerlo —miente.

La señora Willem comienza a sudar. Su sudor se vuelve rojo. Líneas delgadas de sangre recorren su rostro. Su ojo izquierdo se inflama. Se produce un derrame ocular. El ojo no tarda en salir disparado de su órbita y cae sobre la caja de bombones.

—Vamos, hija —suelta con agudeza—. Intenta despertar.

Joanna cierra los ojos. Los cierra y presiona hasta que la oscuridad es tan asfixiante, como si se hallase en las alcantarillas de una ciudad jodidamente vieja. El agua de desagüe le humedece los pies y el olor a mierda entra por sus narices. Ratas y sapos corren y saltan detrás de ella. Comienza a sentir

la desesperación. Corre. El camino se empina. Llega jadeando a la cima de una enorme y alargada colina. Allí, sobre la hierba, está su madre, sola bajo el anochecer.

—Vamos, hija —repite—. Intenta despertar.

—No puedo —admite Joanna con desaliento.

—Claro que no puedes. Jamás podrás. Quédate conmigo. Acá, en la cima de viejas colinas, mirando al otro lado de un cementerio de niños muertos. Ritual de viejos reinos.

—No quiero quedarme contigo. Te odio.

—Yo también te odio, hija. Ven aquí. Te arrojaré colina abajo para apaciguar mi odio. Mientras caes, y tus huesos se revientan, tú también puedes odiarme.

Joanna intenta olvidar esa imagen de madre sin ojo. Recuerda a la señora Willem antes de que papi la abandonara. A su cabeza llega la hermosa y muy educada profesora de música de la facultad de artes de la región. Con su pelo castaño rizado, rematado con hermosos aros de cobre. A veces usaba vestidos. A su madre le gustaban los vestidos de colores sobrios como el marrón o el gris. Combinaban a la perfección con su severidad de maestra de adolescentes que apuntan a convertirse en intérpretes profesionales.

Esa mujer amaba a sus hijas. Daba consejos y escuchaba con atención todos los problemas de sus chicas. Joanna jamás se había enamorado y no entendía bien eso del *amor*, por eso le costaba tanto entender la silueta negra que cobijó a su madre cuando padre se marchó con una jovencita y decidió cortar toda relación con su familia.

Madre había dejado de ir a su trabajo. Había comenzado a beber y tomar pastillas para dormir. Ya no comía, dormía hasta que el cielo se volvía rojizo y, durante las tardes, se dedicaba a sentarse frente al piano Rönisch a tocar tristes melodías. No les dirigía más palabras a sus hijas que aquellas relacionadas con las viejas historias de amor de ella y el padre de Joanna. Con el tiempo, mami se despertaba al anochecer; el preludio romántico de sus pensamientos deprimentes se desparramaba en la dirección negruzca de la noche y las decisiones que tomaba durante la madrugada. Ya no tocaba tristes melodías. Golpeaba frecuentemente las teclas del piano de manera descoordinada, como si fuesen las teclas de una máquina de escribir en donde la señora Willem se explayaba sobre cómo el amor era una mierda.

Ya no les hablaba a sus hijas sobre nada que no contuviera la palabra *odio*. Florencia, que ya estaba enamorada de John y ocupada en los asuntos universitarios, no tardó en alejarse.

Joanna amaba a su madre. No podía abandonarla en el erial depresivo que la consumía a diario. La palabra *alejarse* era la tormenta que soportaría desgarrando su corazón con embates de miles de “te odio”. Su madre la odiaba y, con el tiempo, sería mutuo, pero jamás la dejaría sola.

La señora Willem, que estaba graduada en las artes de comportarse como un ser despreciable, parecía además haber cogido un magíster en irradiar terror. Tardó menos de dos meses en ser una mujer famélica, harapienta, buena para soltar garabatos y beber alcohol.

Joanna se desentendía de ella. La iba a visitar en las mañanas, cuando el umbral del cansancio y las pastillas para dormir la imposibilitaban de ser consciente de lo que pasaba a su alrededor. Joanna la oía roncar. Se sentaba a su lado y le acariciaba el pelo. En ese tris de paz, Joanna se ponía a llorar desconsoladamente, pidiéndole a Dios que mami regresara. Y se despedazaba el corazón implorándole tal cosa.

Entretanto, rememoraba los días en que su padre estaba en casa. La familia era feliz. A veces, después de cenar, la señora Willem aminoraba el reposo con las dulces melodías de su piano; reliquia familiar que diseminaba la nostalgia gentil de un dichoso hogar. Madre era fantástica en el piano. A los pies de ella, padre, Florencia y Joanna amortiguaban la melodía con sonrisas reconfortantes. Joanna admiraba a su madre, quien inspiraba sus tonadas con el fuerte e introspectivo amor que tenía hacia su familia, y que expresaba ante el piano.

Amor, pensaba Joanna. La señora Willem amaba a su familia y, por sobre todo, a su esposo. Decenas de álbumes de fotografías familiares, esparcidos con meticulosidad en los estantes que había en la casa, demostraban el afecto que existía entre sus padres antes de que Florencia y Joanna nacieran. Añosas historias, bajo polvo y blanco y negro, evocaban con excelsa quietud, épocas de dulce amor juvenil. En esa novelesca edad no existía herrumbre.

Joanna sabe que su madre no la odia. Ni a ella ni a Florencia. Son el fruto de su amor. La palabra *odio* que desprenden sus labios secos son los resuellos del óxido que ha cubierto a su madre. Son los gemidos de miles de

bacterias alimentándose de su piel, como miles de ácaros alimentándose de viejas fotos de antaño, buenos amores.

Padre se había ido, y la señora Willem había trocado hacia una sombra oculta en un armario. Casi como el espíritu malvado escondido en algún rincón de viejas fotografías familiares.

Y mientras la señora Willem dormía, Joanna dejaba de hacerle cariño. Se recostaba a su lado. Su madre no tardaba en despertar y algo le decía.

—Vamos, hija. Intenta despertar.

Joanna regresa a la sala de descanso. Ambas, frente a frente, en el piano.

Joanna va a decir algo. Mamá le da un manotazo a la caja de bombones. Los chocolates salen volando y se desparraman en el piso. El ojo de su madre cae a los pies de la ventana.

—¡Vamos, hija! ¡Intenta despertar! —grita con violencia.

Joanna se sobresalta. Cierra los ojos una vez más. Los abre en medio de un incendio que consume la vieja sala de descanso. Las llamas crecen por doquier y la madera del techo cae sobre el piso, levantando un amenazante humo negro. En medio, el piano Rönisch, como el arquetipo lóbrego de su imaginación; incapaz de ser quemado. A sus pies yace mamá, tal cual como el día en que se disparó en la cabeza.

—¡Vamos, hija! ¡Intenta despertar!

Joanna, de pie bajo el dintel de la puerta de la sala de descanso, observa el cuerpo desparramado de la señora Willem. Su madre agoniza. La sangre cae del costado derecho de su rostro. Su ojo, sobre la línea roja, yace quieto. Yace muerto. El ojo del lado, sin embargo, se mueve en todas direcciones. Desesperado, parece huir del incendio que se cierne a su alrededor. Confundido, como un objeto que ha quedado suspendido en el umbral indescifrable y siniestro del vestíbulo de la muerte. El ojo colapsa. Explota. En el hueco que ha quedado en su lugar emerge una mosca gorda.

—No pude matarme, hija. Y tú no podrás despertar.

—Mamá —se anima a decir Joanna con profunda angustia.

—Ríndete, hija, el desperfecto en Adoración jamás acabará. Jamás podrás incendiar el bosque.

Joanna ve, boquiabierta, cómo la mosca empieza a poner sus huevos sobre las pestañas que rodean el hueco en donde antaño había un ojo. Y con una velocidad extraordinaria, emergen de allí decenas de larvas que de inmediato se convierten en diminutas moscas.

Un olor a podrido emana de la señora Willem.

Su examen final del magíster del horror es llevado a cabo, y la muy zorra aprueba con honores.

—Mamá...

—Jamás podrás quemar el bosque, Joanna. Hazme caso. Mira las paredes de esta habitación. Observa cómo se consumen bajo las llamas. Pero en el centro, el viejo piano Rönisch y yo urdimos el núcleo de tus pesadillas. Y jamás arderemos. Jamás.

—Mamá —repite Joanna.

Se arrodilla frente a su madre.

—Podrás quemar todos los pinos, Joanna, pero jamás quemarás el desperfecto que yace enterrado en Adoración. ¿Puedes quemar lo que yace bajo tierra? ¿Puedes siquiera despertarte de esta pesadilla? No, Joanna, no eres capaz de hacer nada bien.

Joanna espanta con la mano las moscas que vibran al lado de su madre. Luego la abraza con una mezcla de tristeza y repulsión.

—Mamá —susurra—. Pondré a tus nietas a salvo y luego lo haré. Quemaré el bosque de pinos.

La señora Willem no la escucha. Había muerto segundos antes de que Joanna abriera la boca.

27

Gabriela ha despertado y tiene los ojos abiertos sobre ella. La mira con confusión.

—Ha sido una pesadilla —explica Joanna—. Es todo.

—Profesora —gime Gabriela—. Tengo sed.

Joanna se pone de pie. Da largas zancadas por el corredor hasta llegar al final. En la cocina se apresura en tomar un vaso, abre el grifo y lo llena con agua. Aprovecha de poner la boca bajo el chorro y humedece su garganta. Se siente bien. Regresa donde su alumna.

—Qué bueno que has despertado —dice—. Me tenías preocupada.

La niña la mira a los ojos mientras bebe con emoción su vaso de agua.

—Pensé que no despertaría jamás —anuncia Gabriela.

Joanna toma el vaso vacío y lo deja en el piso. Suelta una risita nerviosa al recordar su pesadilla.

—Pero lo hiciste —dice con alegría—. Intentaste despertar y lo hiciste. Ambas despertamos de nuestras pesadillas. Ambas pudimos hacerlo.

—Tengo hambre —anuncia Gabriela—. Tengo mucha hambre.

Joanna va otra vez hasta la cocina. Revuelve en las bolsas de mercadería que el comité de apoderadas ha traído consigo. Descubre un paquete de jamón de pavo. Hace dos panes con dos vasos de jugo de naranja. Ella, después de su pesadilla, también ha quedado con hambre.

Regresa donde la chica. Ambas se alimentan con rapidez.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta Joanna—. ¿Te duele mucho la cabeza? Ese malnacido de Maicol te ha golpeado y... pensé que jamás volverías.

—Estoy bien, profesora. Yo... —Gabriela se acaba su pan con una gran mordida—. Yo sigo hambrienta.

—Sí, creo que yo también. Un pan con jamón es demasiado poco para alguien que lleva horas sin comer. —Vuelve a ir a la cocina. El cuerpo le recuerda que está adolorida y que moverse es algo irresponsable. Pero al diablo, por alimentar a Gabriela puede soportar el dolor y el cansancio. Y, bueno, ella también está hambrienta—. Vuelvo enseguida —agrega mientras echa a andar por el corredor—. Traeré más pan, fruta y creo estar segura de haber visto chocolate.

No se equivoca. Una caja de chocolates artesanales está sobre el mueble de cocina. En la alacena del costado hay también una bolsa con ositos de gelatina. Joanna sonríe. Su sonrisa se esfuma cuando ve una cucaracha asomarse por el sumidero del lavaplatos. Se apresura en regresar donde Gabriela.

La niña sonríe mientras engulle un segundo pan. Joanna se sienta a su lado, sobre el piso, y hace lo propio.

—¿Cómo están mis amigas? —pregunta Gabriela.

—Ellas descansan —responde Joanna—. Duermen, una al lado de la otra, en una de las habitaciones que hay en el costado del corredor.

—¿Dormiré con ellas esta noche?

—Claro que sí, cariño. Cuando termines de comer, irás a dormir junto a ellas.

—¿Y mañana?

—Mañana iremos a la ciudad, buscaré a sus padres y... —Joanna ha metido la pata. Lo sabe. Se desentiende con su pan. Le da una mordida—. Tu padre, Gabriela, ¿él vive en la ciudad?

La niña niega con la cabeza.

—¿Algún familiar en la ciudad al que podamos visitar?

—No, profesora. Nací en el norte. Mamá llegó a esta ciudad hace dos años. No tiene familia acá. Mucho menos amigos. Verá, ella jamás fue buena haciendo amigos.

Joanna se anima a sonreír.

Gabriela hace lo mismo. Su alumna le parece tan indefensa sobre el sofá, abriendo el paquete de ositos de jalea con la emoción infantil de un pobre niño convaleciente que ha sido abandonado por sus padres en la sala de un hospital. Sus mejillas se inflan mientras las llena de golosinas. Sonríe con timidez y mira a Joanna, a la espera de ayuda. Los adultos siempre tienen ayuda, ella lo sabe, y a su sonrisa tímida se le suma un brillo de esperanza en sus ojos.

—Puedes quedarte conmigo —murmura Joanna con vacilación.

La niña ya no le parece como su madre. Los restos de Marta sobre ella se han esfumado en el alero de esa noche extraña. Sus pasados hábitos de ojos enjutos y mirada escrutadora, junto a su voz de niña terca y con personalidad de futura líder, se han ido volando con el relente de sensaciones nocturnas. En su lugar, la mirada apaciguadora e inocente de una niña que, después de una larga pesadilla, logra ver la luz. Joanna es la luz sobre ella y eso la hace sentir bien. Las hace sentir bien a ambas.

—Puedes quedarte conmigo —dice con claridad. Pero la voz se le quiebra y una lágrima cae de su ojo izquierdo—. Puedes... quedarte... conmigo, cariño.

Ambas lloran.

—Ya no llores, Gabriela, y dame un osito de jalea.

Ambas sonríen.

Joanna engulle su dulce. La niña hace lo mismo. La mira con júbilo. No sabe cómo hará para quemar el bosque con la niña a su lado, pero ya encontrará la forma. Ha descubierto que la quiere. Que la quiere de una forma extraña. De una forma desconocida y nueva. No es como el amor a sus alumnas. Es algo más potente. Se asemeja al amor que siente por sus sobrinas. Pero va incluso más allá. Es algo que no entiende del todo, pero que supone tiene que ver con eso de ser madre.

Siente la necesidad de abrazar a la niña. Lo hace. Se imagina con Gabriela paseando a orillas de una playa, con un helado en cada mano, al mismo tiempo que charlan sobre lo que sea. El manual de madre e hija no es necesario para ellas, pues las palabras fluyen con completa naturalidad.

Y lo comprende. Desea ser madre. Madre de Gabriela. Por primera vez su instinto maternal le hace sentir bien. Le hace cariño en la espalda a la niña, mientras promete para sí misma que la protegerá. No permitirá que esa niña sufra más.

—¿Usted me quiere, profesora?

—Te quiero mucho —admite.

De manera súbita es atacada por un ardor en el estómago. El instinto maternal desarrollado hace un instante parece haber alimentado lo que crece en su vientre. El disco germinativo que reposa del otro lado, en su útero, parece haber crecido a un incipiente embrión. Joanna siente un nuevo ardor. Más intenso. Como si alguien la mordiera al interior de su estómago. Sabe que ese dolor es producto de ese nuevo sentimiento maternal que Gabriela produce en ella. Al unísono, su propio bebé le hace daño.

El dolor es más agudo. Una punzada. Recuerda haber sentido algo similar cuando sufrió de apendicitis. O cuando, hace un rato, Florencia la pateó en la vagina. Todos sus dolores parecen regresar. Parecían olvidados, pero vuelven. Da un salto y se aleja de Gabriela.

—El bosque —dice la niña—. Jamás podremos quemar el bosque.

—Claro que sí —responde Joanna entre sollozos—. Lo haremos, hija mía. Todo lo que nos propongamos saldrá bien.

Mira a Gabriela. La niña sonríe maliciosamente. Abre la boca.

—Podrás quemar todos los pinos, Joanna, pero jamás quemarás el desperfecto que yace enterrado en Adoración. ¿Puedes quemar lo que yace bajo tierra? ¿Puedes siquiera despertarte de esta pesadilla? No, Joanna, no eres capaz de hacer nada bien.

Joanna frunce el ceño, aterrada. Entonces, Gabriela ya no está frente a ella. En su lugar está su madre, con ambos ojos cercenados. Joanna deja escapar un grito de horror. Finalmente logra despertar. Lo primero que hace es mirar a Gabriela. La niña se encuentra sobre el sofá, tal como estaba hace un rato, antes de que Joanna se hubiera quedado dormida.

Se levanta con dificultad del piso. Los huesos de sus piernas se quejan. El mundo, una vez de pie, da vueltas a su alrededor. Mareada y cansada, se pregunta qué hora es. ¿Cuánto tiempo estuvo dormida? Saca el celular de su bolsillo y ve la hora: la una de la madrugada con cuarenta minutos. Para su mala suerte, es temprano. Queda todavía una larga noche.

No hay vasos con jugo ni ositos de gelatina rodeando a Gabriela. Todo ha sido un sueño, se lamenta. Sin embargo, su amor por la niña persiste dentro de ella. Le acaricia el cabello con suavidad. Hace una mueca de angustia. Otra cosa que persiste dentro de ella es el hambre. Las tripas le suenan. Sumado al ruido de sus huesos, junto al repetido eco de dolor en su cara y las demás partes donde ha sido golpeada, todo su cuerpo parece un musical de lo más cabrón, llevado a cabo por un grupo de colegiales desafinados y estúpidos. Y no tarda en sumarse el griterío del público juvenil. Sí, el griterío detrás de su conciencia le dice, de mala manera, que todo anda mal.

Y que la noche es larga. Muy larga.

Llega a la cocina. Hace realidad su sueño. Abre un pan y busca en las bolsas algo de jamón. No hay jamón, claro. Pero hay atún. Mejor. Abre el tarro y engulle el pan en menos de dos minutos. Luego busca la botella de jugo. Se ha acabado después de la cena con Loreto y Elizabeth. Abre la nevera y encuentra una lata de Coca. Mientras abre el anillo y bebe, piensa que esa misma lata pudo haberle servido para deshinchar los golpes en su rostro. Deja de beber. Eructa.

Se queda un buen rato sentada en la cocina. Pero, por supuesto, eso de *un buen rato* no son más que minutos en la rueda del tiempo injusto, que disminuye la velocidad en las noches de siniestro desvelo, como aquella cita de madrugada.

A eso de las dos va al baño a mear. La Coca, el haber comido rápido, sin digerir correctamente, más los nervios, la dejan sobre el retrete unos minutos más. Al rato abre la ventanilla para ventilar. Busca en la gaveta bajo el lavabo y toma un aromatizante ambiental. No tarda en favorecer el ambiente con olor a vainilla. Aquellos gestos tan mundanos le resultan, considerando las circunstancias, de lo más estúpidos. Pero son costumbres arraigadas. Nada que hacer con eso. Sonríe majaderamente y luego tose. Escapa del dulzón aroma a vainilla mezclado con olor a mierda y va hasta el corredor.

Observa a sus gemelas y a Loreto dormir en paz. Quiere ir donde ellas y hacerles cariño. Vigilar su paz y engullirla hasta intoxicarse en su noble esencia. Purificarse. Pero no lo hace. Puede despertarlas. Las chicas han visto mucho durante la jornada. Merecen un descanso. Regresa donde Gabriela. Se arrodilla frente a ella.

—Te quiero mucho, Gabriela.

La punzada en el vientre regresa. Creía que aquel dolor era parte de su pesadilla, pero existe también en la vida real. Y se intensifica. Se infla como un huevo hinchándose en su interior. Se retuerce del dolor. Cae al suelo y gime. Suelta un alarido y araña la madera del piso.

El dolor desaparece un segundo. El efímero tiempo de calma para asimilarlo. Regresa con vehemencia. Joanna recuerda una vez, cuando tenía quince años, retorciéndose bajo las sábanas por un dolor de muelas. Se había tomado dos analgésicos, pero el dolor persistía. Tuvo que soportar los embates entre lágrimas, mientras intentaba conciliar el sueño. Se amaneció llorando y a punto de perder la cabeza. A primera hora de la mañana fue con sus padres al centro de urgencias más cercano para que le inyectaran algo para el dolor. Ese mismo día, durante la tarde, partió junto a su padre a la clínica dental más cercana. Caries infectadas, ese fue el diagnóstico. Su padre, con las cejas en alto, dijo no saber de tales caries. Joanna, con una risita adolescentemente nerviosa, dijo que ella tampoco. Luego de un largo tratamiento de endodoncia, su calvario finalizó. Prometió dejar las bebidas azucaradas y las gomas de mascar de fresa.

Un par de años después, llegó la apendicitis. El dolor perverso en el costado derecho del abdomen la encontró, para su poca fortuna, otra vez en mitad de la noche. No obstante, el dolor en esa ocasión era tan intenso que la mantenía gritando de dolor sobre su cama. Entre gritos, gemidos y sudor, sus padres la llevaron a la clínica y, luego de una espera breve, su calvario finalizó. Otra vez. Esa vez no prometió nada. Estaba furiosa. Y las adolescentes furiosas no hacen promesas.

Ahora el termostato del dolor había superado los límites. Desparramada en el suelo, Joanna piensa en que quizá este es el dolor que sienten las mujeres al dar a luz. Mientras aprieta los dientes, intuye que sí. Y se promete a sí misma que jamás lo hará. Jamás dará a luz. Adoptaría. Sí, claro que sí. Con respecto al crío que crece en su interior... al diablo, encontraría la forma de abortarlo.

Bajo el umbral del dolor, su instinto maternal se había ido al garete. Y rápidamente, el huevo crece tanto que se forman estrías a su alrededor. Colapsa y explota. Joanna siente el mordisco doloroso fulminante. Grita de ardor, mientras se toca el vientre con las manos. No tarda en desmayarse.

Las mortajas delirantes del dolor y su andar, flotan con espanto sobre la humanidad de Joanna, inconsciente. Quebrantan su espíritu mediante

golpes. El *shock* al que es expuesta resplandece sobre sus ojos, como la luz eléctrica inflamatoria y potente de un halógeno inmenso. La adversidad a la que es encadenada, del otro lado de su conciencia, guía sus ideas como las huellas y ecos de un monstruo de otra dimensión.

El dolor, al ser físico en su esencia, no logra manifestarse de forma honesta sobre el desmayo de Joanna. Infringe su moralidad oscura y mal intencionada de maneras más metafísicas, colándose en el espíritu de su víctima como una bruma opresiva, llena de malas sensaciones, casi como una luna llena espiando la oscuridad sobre un pueblo maldito, lleno de muerte y madres aullantes.

Y las malas sensaciones son vaporosas. El vapor, gris y espeso, vuelve. Siempre vuelve. El dolor se convierte en algo inmaterial, que ya no afecta directamente a sus músculos, sino que los infecta con su toxina y esta, como un cáncer, envenena su alma con malos recuerdos y malas ideas. La quimera dolorosa llega al éxtasis de su lado subjetivo, más psíquico que corporal, y una opulenta depresión se traga el concilio pacífico que, alguna vez, habitó en Joanna.

Ve a su madre pudriéndose bajo la tierra seca de un abandonado cementerio. Los escarabajos y gusanos anidan en las fisuras de sus huesos amarillentos por el paso del tiempo y la podredumbre. Restos diminutos de carne sucumben a la necrosis de los años.

Joanna ve el proceso en detenimiento, casi como en cámara lenta. Y los restos de carne, a medida que son comidos por los insectos, descienden su volumen hasta parecer simples hilachas colgando de los huesos. Los pedazos de fibras amarillentas se empiezan a desprender y acaban siendo polvo sobre tierra. Su madre ha desaparecido para siempre.

El polvo de los huesos hace jirones amarillentos en algún sitio. Se extravían como polvo sobre el viento. Un enorme huevo emerge desde algún sitio. Se quiebra y nace un ojo humano. El iris oscuro se expande y se derrite. De su interior negro salen las patas movedizas de una mosca. No tarda en salir volando y desaparece por un túnel rosáceo. Es el interior del hueco en donde antaño estuviera el ojo izquierdo de su madre.

La señora Willem vuelve a aparecer a los pies del piano Rönisch. No tiene ningún ojo. Tampoco tiene dientes. Ni nariz. Ni pelo. Joanna mira sus manos. Allí tampoco hay dedos. Un centenar de moscas revolotean alrededor de ella. Joanna siente las mordidas de las moscas sobre su madre

arrancando su piel, y se estremece. Hace una arcada y luego vomita. O cree hacerlo. No es capaz de hacer nada.

—Ves lo que somos —escupe la señora Willem con voz espectral—. Todos tus seres amados acaban siendo el platillo de decenas de moscas y sus gusanos. Nada puedes hacer contra eso, Joanna. Mira a tu familiar más querido y piensa en las moscas. Infinitas moscas, Joanna. Por eso es mejor no amar a nadie. No ames y no sufrirás cuando las moscas caguen sobre ellos y los gusanos naden cerca.

A su lado aparece la mujer embarazada del supermercado, reptando por el arcén de la carretera. Su desnudo cuerpo está lleno de llagas, producto de su arrastre. Va dejando en el camino una huella de vísceras. Un hilo rojo se arrastra junto a ella. Viene de su vientre apuñalado. Se trata del cordón umbilical.

—Debes matar a tu bebé, Jo —dice la mujer—. Mávalo antes de verlo morir. O antes de que él te vea morir. La muerte no debería engendrar sus huevos en medio de tal majo sitio en donde danzan madre e hijo sobre el escenario del amor maternal. Tarde o temprano, uno de los dos morirá y... Dios, cariño, no tienes idea del dolor que se siente. Por eso, mávalo ahora. Mávalo, mujer.

—La muerte es parte de la vida, Joanna.

Esa última voz es del psicólogo. La voz racional apacigua las demás voces e imágenes. En medio de una sala de blancas paredes, Joanna vuelve a escuchar al doc.

—Es el dolor en tu vientre, Joanna, el que te ha provocado el desmayo. Ahora que estás inconsciente, el dolor se manifiesta de manera emocional. Tu dolor se canaliza en malas ideas. Es todo, Joanna. Todo en este mundo pasa por la mente. Debes controlarla, cariño. Contrólala, maldita sea.

La voz y la sala blanca desaparecen. En su lugar, vuelve el ambiente rojizo. Un hombre con gorra de béisbol amarilla, que jamás ha visto en su vida, le sonríe con rostro de modelo publicitario. Una sonrisa monstruosamente falsa le saluda, junto a dientes impecablemente blancos y una voz de animador de espectáculos televisivos. El extraño hombre viste un alargado impermeable, del mismo color de la gorra; luminoso y extrañamente perturbador color amarillo.

—Vamos, Joanna, qué esperas. Debes matar a tu bebé. ¿No ves el daño que te causa?

Un bebé de enormes dientes y largas manos le muerde la carne que hay al interior de su estómago.

—¡Vamos! ¡Vamos, Joanna! ¿Qué esperas?

Al lado del hombre de impermeable amarillo aparece una silla plástica de playa. Un claro césped verde se pinta bajo los pies del extraño. Un sol caricaturesco emerge sobre él, junto a un claro y despejado cielo azul. Parece la postal de un sitio infantil y excéntrico; el dibujo de un niño malcriado y bobo o, en el mejor de los casos, el set de un absurdo programa de televisión. Súbitamente, sobre la silla de playa, brota el cuerpo calvo de su madre, sin más rasgos que una cara vacía y moscas volando a su alrededor.

—¡Mátalo, Joanna! No es un niño, es un enorme gato de uñas largas. Y malo, cariño, malo como cocodrilos.

Su madre y el extraño de chaqueta amarilla rompen en carcajadas. Joanna siente que algo crece bajo ella. Mira hacia abajo. Su vientre se ha inflado. Es como si tuviera, repentinamente, nueve meses de embarazo. Siente que algo perverso se mueve allí dentro. Y quiere salir. Mastica. El vientre estalla y un cúmulo de sangre salpica sobre su rostro. Y sobre el rostro de alguien más. Es Maicol, que la mira desde algún negro sitio con completa repugnancia.

—Gabriela ha despertado tu instinto maternal, querida profesora. Y Adoración no soporta tal instinto. Lo ves, ratón, has atraído hacia ti la maldición. No te dejará en paz hasta que acabes con el bendito fruto de tu vientre.

—Ya lo he hecho —dice Joanna mientras se quita la sangre de su rostro.

—Estás desmayada, es todo —replica Maicol—. Todavía no lo haces. Debes despertar de una vez. ¿Quieres oír algo curioso? Estoy muerto. Y Gabriela también. Donde sea que yo esté, ella irá al mismo lugar que yo. ¿No te parece cruel?

—Te equivocas —discute Joanna—. Ningún niño muerto va al mismo lugar que un monstruo como tú. Tú, imbécil, te pudrirás en el infierno. Ella estará junto a Dios.

—Infierno y Dios. Vaya cosa. Vamos, eres profesora de matemáticas. Hay algo más irracional que el infierno y Dios. No te tragas eso, ratón, yo sé que no.

—Su madre ha muerto también. Ella, entonces, la protegerá.

—Marta era un verdadero monstruo antes de morir. No la protegerá. La perseguirá por toda la eternidad para tragársela y llevarla de vuelta por donde salió. Pero descuida, ratón, yo estoy acá para cuidarla. Para cuidarla ahora y siempre. Para cuidarla por toda la eternidad.

Y Maicol concluye su discurso con una sonrisa de oreja a oreja. Luego desaparece con satisfacción. Joanna cierra los ojos. Oscuridad total. Su desmayo ha culminado. Se sorprende con las uñas enterradas en su vientre. Las saca con espanto de allí. Leves rasguños atraviesan su vientre plano. Plano y sin dolor. Lo agradece. Su desmayo de pesadillas ha culminado.

Aunque no del todo.

Maicol tenía razón, Gabriela ha muerto.

Joanna ya lo sabía. Lo supo desde que fue a sentarse a su lado, luego de leer la libreta que encontró en el segundo piso. La niña no tenía pulso. Por eso había llorado después de tocarla. Un manchón de sangre húmeda se secaba sobre sus cabellos. Estaba fría. Llevaba muerta por lo menos una hora. Solo que Joanna no quería aceptarlo. Le había tomado cariño a la pequeña y no quería aceptarlo. No después de todo lo que la pobre niña había sufrido. No después de entender que la niña había muerto sola, en medio de un sitio embrujado.

Pero ahora lo acepta.

—No puedo adoptar a una muerta —dice con tristeza—. No puedo ser madre de una muerta. Acepto su muerte.

El instinto maternal se desvanece tras su confesión. Y, debido a ello, el dolor en el vientre, también.

Más tranquila, lanza un suspiro de alivio. Al rato otro suspiro. Uno triste. Lleno de remordimiento. Gabriela está muerta y es hora de despedirla.

Se pone de pie y la observa un instante. Mientras lo hace, piensa en las palabras de Maicol sobre la niña y él compartiendo el nicho mortal. Entonces, afligida por esa situación, llega a sus oídos el rasguño constante de Florencia del otro lado de la puerta.

Hermana, piensa.

Familia.

Gabriela se reencontrará con viejos familiares muertos. Personas que la aman; la protegerán.

Aquel pensamiento, por más obvio y tonto que le suene, llena su alma de una vaga tranquilidad.

Es el único consuelo que posee.
Y se aferra a él con todas sus fuerzas.

28

Sin poder dormir con tranquilidad y amenazada por la tristeza que le provoca ver el cadáver de Gabriela, busca algo que hacer. Es el apocalipsis. En tal situación, es bueno tener algo que hacer. A decir verdad, siempre es bueno tener algo que hacer. Y, para la suerte de Joanna, los rasguños de Florencia sobre la puerta le recuerdan que mañana, si quiere salir en paz con sus chicas hacia el estacionamiento, urge mantener a Florencia lejos.

No sabe con certeza dónde meterla, ni cómo hacerlo, en caso de encontrar el sitio para encerrarla. Decide salir al exterior para tomar aire fresco y pensar. Va hacia la parte trasera, abre la puerta de la cocina y una serena madrugada de aire tibio la recibe.

Pone ambos pies sobre el césped que rodea la casona. La quietud y el silencio de la noche le resultan estremecedores. A lo lejos oye el canto de grillos y, de modo intermitente, algunos zancudos y polillas atraviesan el aire con su revoloteo intranquilo.

Alza la vista al cielo. Completamente negro, como un abismo, pero encapotado por estrellas. Una luna llena se alza justo sobre las colinas gemelas. Se asemeja a un ojo vigilante y pérfido. De un amarillo brillante, como el ojo maldito de un sabueso. Y Joanna ve las colinas y recuerda el asunto de los colmillos. Y luego los dientes en forma de pinos. Masca una amarga sonrisa al entender que mira el retrato de un ser siniestro. Le da la impresión de hallarse al interior de una mandíbula de una bestia hambrienta.

Sí, pobre Joanna, tragada por el lobo.

Pero no tiene miedo. Solo tristeza. El sueño con mami, el asunto del bebé en su vientre y Gabriela muerta, le han provocado una desesperante sensación de pena. Inhala en profundidad y exhala de una forma tan amplia, que acaba en un abúlico suspiro.

Sus ojos dan con un pequeño granero en el costado del fondo de la casona. Es de madera, alto y con una bóveda triangular adornado en el centro con la cabeza disecada de un toro. Va hasta allá. Las puertas de viejas y anchas tablas están bloqueadas con un fierro que atraviesa de manera horizontal la cerradura. Es pesado, pero Joanna lo empuja hacia un lado y la entrada se abre.

Ingresa y un fuerte olor a mierda de animal le nubla las narices. En el interior, sin embargo, no se encuentra ningún ser vivo. O ninguno que sea visible. Pues luego de dar unos pasos en el interior, y tropezar con varias telarañas colgando de los rincones de madera, Joanna supone que aquel lugar debe estar impregnado de bichos.

Además de insectos, arácnidos y olor a desechos secos, aquel sitio huele a humedad y está rodeado de fardos de paja. En el centro se alza un soporte de madera que va desde el techo hasta el piso. Parece firme. En una de las torres de paja que hay en el fondo, Joanna ve varias herramientas oxidadas, entre ellas una larga cadena. Ideal para amarrar a su hermana. Dejarla en ese granero le permite ir a la ciudad en paz. Cuando regrese a quemar el bosque, sabrá donde está y podrá recuperarla.

Recuperar a su hermana, piensa. Y agrega una súplica silente: “Que resulte. Por favor, Dios, que resulte”.

Pero entiende que su hermana no irá por su cuenta al granero. Debe llevarla hasta allí de alguna forma. Vuelve a salir al exterior. Regresa a la casona amarilla y se asegura de trancar la puerta trasera con una piedra, para evitar que, de alguna manera, Florencia logre darse la vuelta y entrar.

Rodea la casona. Llega al principio. Mira a su hermana desde un costado. Está inmersa en su tarea de arañar la puerta principal. Parece una ebria jovencita que ha llegado a casa y sus padres no le permiten entrar. Ni siquiera se ha percatado de la presencia de Joanna.

Evita seguir mirándola. Atraviesa el claro en dirección norte. Recuerda que Maicol tenía un revólver. Pero cuando entró en la casona amarilla no lo tenía. Debe haberlo perdido en su pelea con la mujer de la recepción. Hunde sus pies en la hierba en dirección a ella.

No tarda en divisar el cadáver de la mujer que, en un principio, le había parecido una detestable Annie Wilkes. Aquella gorda mujer que estaba boca arriba le había salvado la vida. Se para frente a ella y le agradece. Le cierra los ojos. Piensa en enterrarla, pero entiende que, de acabar con la maldición, los familiares de aquella mujer querrán encontrarla y darle un funeral apropiado. Y la misma idea corre para Gabriela.

Nota en el rostro de la mujer una terrible herida en el costado derecho. Una enorme piedra con sangre seca se halla a su lado. Le quita la vista. Busca el revólver. Lo encuentra a los pies de un pino. Vuelve a agradecerle a la mujer. Gracias a ella y su ímpetu, Maicol perdió su arma. De haberla

encontrado, Joanna no hubiera podido con él. Ahora más que nunca le resulta desagradable abandonar a esa mujer. Pero nada puede hacer. Por ahora.

Toma el revólver con sus manos. La hace sentir poderosa. El arma es pesada y se acopla de buena manera con sus manos cansadas. Camina de regreso a la casona.

Mira fijamente la figura de Florencia. Recuerda esos anuncios publicitarios impertinentes de YouTube que antecedian constantemente sus sesiones musicales matutinas mientras se disponía a pegarse una ducha, en esos meses en que el ritual del borracho no le era tan apremiante. Cosas como “en casa sale tu lado más natural”, o “siempre es tiempo para estar con amigos” se colaban en su cerebro como frases clichés que se repetían de mala manera, casi como el coro de una mala canción.

Ahora, una frase ha llegado a su memoria: “Cómo nos cambia la vida en un segundo”. Aquella frase correspondía a una empresa de seguros. Y no era, por supuesto, para nada original. Era de esas cosas del “ya pasará”, “yo te aviso”, o cualquier otra tonta frase que uno escucha en el día a día.

Pero ahora esa frase no para de dar tumbos sobre su cerebro. Caminando en medio del claro de un bosque, armada con un revólver, y con los ojos fijos en Florencia convertida en un zombi. Los planes de Dios todopoderoso han cogido tintes maquiavélicos. Caramba, sí es verdad.

Recuerda a Florencia en sus días universitarios, con dos niñas creciendo en su vientre y con una energía sobrehumana para descargar los PDF que el servicio estudiantil ofrecía. Con los ojos enrojecidos sonreía cuando padre o madre le daban dinero para comprar sus libros de leyes en formato físico. Los atesoraba con felicidad en el librero blanco que padre le regaló para su cumpleaños número doce.

Entonces la imagen de Flo a los doce años llega a su memoria. Su hermana mayor por tres años, llena de pecas en la cara, siempre fue buena con ella. Amistosa, amable e inteligente. Nunca fue buena haciendo amigas en la escuela. En eso se parecía a su hija, Elizabeth. Pero era la mejor amiga de Joanna. Con eso le bastaba.

Joanna recuerda esos días de infantiles épocas, cubiertas por la honradez absoluta de dos hermanas, riendo en medio de las raíces de largos robles que, con vigor infinito, mantienen los cimientos de majas verdades en el

umbral puro de los recuerdos humanos. De los mejores recuerdos humanos. Risas puras de infantes, sostén de la vida. De la buena vida.

Y se ve junto a Florencia, soslayando años enteros mediante distraídos momentos de genuina alegría. Casi como dos colibríes batiendo sus alas coloridas en las mamparas enormes de castillos resguardados por papi y mami. Felices. Nadie, para ambas hermanas, podía asediar esa jubilosa existencia.

Saltando pausadamente, sincronizadas como gemelas, Florencia y Joanna brincaban sobre el corazón de esa familia feliz. Y Joanna ve cumpleaños, Navidades, fines de semana con juegos de mesa y fuegos serpenteantes en chimeneas hogareñas. Padre y madre juntos. Ella y Florencia juntas, traviesas e incapaces de ver, detrás del velo fraterno e ingenuo, lo que deparaba el futuro.

En el baile feliz, alguien había tropezado. Mala decisión y se fractura toda la vida. Papi se había ido con otra. Madre se había vuelto loca. Florencia se había encerrado en sus estudios de derecho. Joanna, por su parte, había mezclado el trauma de ver morir a mamá con una mala vida sin preocupaciones.

Joanna traga saliva. No tolera el rocío nostálgico que humedece aquella noche de luna llena. No tolera los recuerdos.

Llega hasta donde Florencia. Se detiene detrás de ella con el revólver en la mano. Su hermana, detrás del velo rojo que la cubre, como una máscara de noche de brujas, no logra sentir su amenazante presencia. Pero Joanna sabe que ese velo, a diferencia del suave velo de la infancia, tiene rasguños. El zombi de Florencia ve a través de ellos. Siente a su hermana.

Joanna da un paso titubeante.

—¿Florencia?

Lejos de girarse con lentitud hacia la voz que la llama en la madrugada, Florencia se gira con velocidad. Cae sobre Joanna con brutalidad. Su cara endemoniada por las estrías del valle de la muerte esculpe miedo sobre su hermana menor. Joanna, del susto, cae de espalda al piso. Florencia cae, con aliento y mirada de cadavéricos atributos, sobre ella.

Grita como un animal.

Comienza a ahorcar a Joanna.

Joanna se esfuerza en tomar el revólver que ha caído a unos metros de su cuerpo. Lo coge con solidez y apunta a la cabeza de Flo. Gira rápidamente

el revólver y golpea con la empuñadura en la cabeza de su hermana. No parece hacer efecto. Golpea una vez más. Nada. Florencia no se inmuta. Entonces, a punto de desfallecer, Joanna reúne sus últimas fuerzas y le da un fuerte golpe en la nuca. Por fin, el espectro que tiene encima, cae semiinconsciente, casi aturdido, sobre ella.

Se lo quita de encima. Se pone de pie. Guarda el revólver detrás de su pantalón. Suda y jadea. Su sudor y jadeo no se consuman, pues se apresura en tomar a Florencia de sus brazos y la arrastra hacia el granero.

—Sí que pesas, hermanita.

Su queja no es escuchada. Se detiene a mitad de camino. El esfuerzo es enorme y está a punto de darse por vencida. Pero de una manera extraordinaria logra continuar arrastrando a su hermana hasta el granero. Mira hacia atrás para ver cuánto le falta. Ya casi nada. Luego de extenuantes minutos, llega a su destino. La ingresa al granero. El olor a mierda seca de animales, junto al olor a humedad y encierro, se mezclan con su respiración agobiada.

Hace una arcada. Se apresura en llevar a cabo el último esfuerzo. Coloca a Florencia sobre el pilar de madera. La sienta allí y apoya la cabeza hacia atrás. Le rodea la cintura con la cadena. Es grande y pesada. Le da dos vueltas. Luego coge el candado que está abierto, colgando de una de las hendiduras de las tablas de la entrada. Supone que es el candado de la puerta principal del granero. Es pequeño, pero sirve para mantener a su hermana quieta. ¿Por cuánto tiempo? No lo sabe. Espera que sea suficiente hasta mañana.

Cierra el candado justo frente al cuello de Florencia. Como un collar dorado. No tiene idea dónde está la llave. Pero qué va. Si puede conseguir varios bidones de gasolina en su visita a la ciudad, supone que conseguir un napoleón no le supondrá mayor dificultad.

Mira a su hermana un momento. Parece dormida. Dormida no le parece un zombi. Solo una fea mujer con resaca y adicta a los narcóticos. Joanna le toma el pulso. Respira.

—Te pondrás bien —le dice entre espasmos de cansancio—. Solo descansa aquí. Llevaré a tus hijas donde su padre. Luego quemaré este bosque y tú volverás a ser mi bella hermana mayor. Te lo juro.

Vuelve a la casona e ingresa por la parte de atrás. La puerta abierta le da la bienvenida. Llega hasta la cocina y bebe un largo vaso de agua. Dios santo,

añoraba un vaso de agua. Mira por la puerta abierta de la cocina y tiene la vaga sensación de que ha olvidado algo.

—Florenia —piensa.

Entonces toma otra vez el vaso y lo llena con agua. Luego prepara un pan con queso mantecoso que encuentra en la nevera. Vuelve al granero y, a un lado de su hermana, deja de forma inocente el pan y el vaso con agua. No cree que esa cosa que posee a su hermana le apetezca comer pan con queso. Pero recuerda el velo con rasguños. Todavía, detrás de la careta insana, yacen fragmentos de Florenia. Fragmentos de la Florenia normal. Nada más normal que despertar con hambre. Joanna se aferra a esa ingenua idea de madrugada. Sonríe y le echa un último vistazo a su hermana. Sigue dormida.

Bloquea la puerta del granero con el fierro, tal como estaba en un principio. Agradece que los rasguños sobre la puerta hayan desaparecido. Vuelve hasta la parte trasera e ingresa por la puerta abierta.

Esa última frase se queda con ella.

La puerta abierta...

La sensación de haber olvidado algo le dice que la piedra, que ha dejado para trancar la puerta, ya no está. Alguien la ha tomado y ha abierto la puerta.

Y la sensación de haber olvidado algo se convierte en un mal presentimiento.

Sus chicas están en peligro.

Alguien se ha metido a la casa.

Detenida en la cocina, escucha el ruido.

Son pisadas. Pisadas humanas en el segundo piso.

29

A pesar de que las pisadas vienen de arriba, tiene la necesidad de ir hasta la habitación donde duermen sus chicas. Abre la puerta y enciende la luz. Sus gemelas duermen plácidamente. Loreto no está. Mira hacia el baño. Una puerta de madera pudriéndose en un silencio eterno, le dice que no pierda el tiempo. En el baño no hay nadie.

Apaga la luz y cierra la puerta. Corre hasta las escaleras. Del segundo piso se escucha el sonido inquietante de una puerta abriéndose lentamente. Alguien intenta pasar desapercibido. La imagen de Loreto se cuela vagamente en el cerebro de Joanna, pero la descarta de inmediato. Aquello

no tiene sentido. La imagen de Ingrid, la madre de la niña, sí. Esa mujerzuela de voz imparable, convertida en un zombi, tiene todo el puto sentido del mundo. Por más descabellado que resulte.

Sube por las escaleras sin preocuparse por pasar desapercibida. En la mano derecha lleva el revólver. La cabeza le late a mil por hora. La cara, convertida hace rato en un ramillete de heridas y golpes, se hincha de forma dolorosa, al igual que una mala idea inflándose en su pecho. Escapa de su garganta de manera desagradable, como un eructo ácido. Como el croar de una rana. *No sabes disparar*, dice el reptil.

Joanna siente los reflujos ir y venir. Odia su cuerpo y las ideas que, como un hipo acre, escapan de él. Mira el revólver con cara de ingenuidad. Aquella pequeña arma, simple en su forma y en su peso, le parece el motor de un cohete espacial.

Hazlo andar, cariño. Haz andar el cohete.

Llega al último escalón con la sensación nauseabunda de querer vomitar. Vomitar un sinnúmero de inseguridades y miedos. La idea de ver otra niña muerta le da *piñizcos* en los ojos. Vuelve a mirar el revólver. “Apunta, aprieta el gatillo y ya”, se dice.

Llega al último escalón, poco convencida. Una oscuridad espesa aguarda en lo alto. El monstruo de la resaca parece mirarla desde allí, juzgándola y recordándole que no tiene idea de cómo disparar un arma.

Pone ambos pies en el pasillo del segundo piso. Se apoya en el pasamanos con la mano izquierda. Con la derecha apunta a la oscuridad. Suelta el pasamanos y desliza los dedos por la pared más cercana en busca del interruptor. No lo alcanza a encontrar. Algo la encuentra a ella primero. Ese algo la embiste.

Choca contra una pared. Algo está sobre ella e intenta quitarle el arma. Joanna no ve nada más que el negro, y una figura aún más negra, empujándola. Haciéndole daño.

Recuerda fugazmente sus noches infantiles. Mami le contaba un cuento y luego apagaba la luz. El negro intenso se apoderaba de ella. No lograba ver detalles. Pero al rato, sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Lograba ver los bordes de su habitación a oscuras. Eso la hacía sentir mejor y lograba conciliar el sueño.

Ahora, tan solo unos segundos al interior de la oscuridad que ofrece el segundo piso de la casona amarilla, hace que le sea imposible ver algún

detalle físico más que el negro. Por el contrario, sea quien sea que esté sobre ella, lleva minutos allí. En el negro. La criatura desconocida ve detalles. Ve el revólver. Quiere hacerse con él para asesinarla.

Joanna se defiende. Reúne las fuerzas que le quedan para tratar de quitarse a su atacante de encima. Pero una mano se cierne sobre su cuello, clava el pulgar en la tráquea y hace fuerza. Joanna siente sus huesos a punto de quebrarse.

Otra mano intenta arrebatarse el revólver. Logra encontrar el gatillo. Lo jala. El cohete espacial da un ligero chasquido de luz. Una bala se pierde en la oscuridad. En el efímero resplandor provocado por el despegue de la bala mortal, Joanna logra ver un par de ojos humanos encima de ella. La miraban bajo la gasa negruzca, como un depredador hambriento que tiene acorralada a su presa.

Es Ingrid, resuelve Joanna. Va a tratar de disparar otra vez para ver si logra ahuyentarla, pero repentinamente la mano que estaba sobre su cuello va hasta la solapa de su camiseta y la empuja hacia el piso con todas sus fuerzas. Joanna no cae sola. Alcanza a coger del brazo a su atacante y, quien presume es Ingrid, cae sobre ella.

En medio del forcejeo, hace ademán de disparar una vez más, pero esta vez es interrumpida por una mordida. Dientes humanos se clavan en su brazo derecho. Suelta un alarido. Le da un cabezazo a quien la mordió, pero no da resultado. Su cabeza golpea el aire. El forcejeo continúa. Manotazos van y vienen. Las respiraciones agitadas resuellan sobre el ambiente como los susurros de dos espíritus en disputa. Joanna intenta coger el revólver. Su mano no lo alcanza. Ni siquiera lo ve.

Súbitamente, se hace la luz. De pie bajo el umbral de la habitación que conducía hacia la terraza, con cara compungida y hombros erizados como un gato que ha tropezado con las fauces de un enorme y furioso rottweiler, se encuentra Loreto. La niña mira a Joanna con desdén. En sus manos tiene el revólver. Apunta a Joanna.

El arma se agita levemente en las tensas manos de la niña. Todavía encandilada por la repentina luz eléctrica, Joanna ve puntitos anaranjados rodear toda su visual. Parecen pequeños focos de luz iluminando una imagen perversa. Centelleando, como estrellas de su vista inflamada, una zona siniestra.

Mira, cariño, cómo alumbra esa mierda. Cómo alumbra el recuerdo del chico malcriado escondido en la casita de madera. Guarnecido de la nieve, mientras ella se cagaba de frío. Y, claro, mientras le levantaba el dedo del medio.

Y Loreto le levanta el revólver, junto a una mirada de odio infantil chocante. Profundamente honesta y repulsiva. Hace a Joanna sentir como una mala adulta. Algo así como una mujer maltratadora de niños. Todo el monstruo de los libros infantiles. La madrastra. La perra que, ahora, recibe lo que merece.

—¿Loreto? —dice con confusión—. ¿Qué haces?

—No dejaré que mates a mamá —responde la niña.

Ingrid se encuentra frente a ella. También es golpeada por la fulminante llegada de la luz. Abre y cierra los ojos. Está sentada sobre el suelo. Suda y tiritita. Mira a Joanna con odio.

—Ella está enferma —le recuerda Joanna—. Tu mamá está enferma. Las mamás han enfermado. ¿Lo olvidaste?

—Ella no me hará daño —dice Loreto.

—Baja el arma —ordena Ingrid con voz de madre—. Baja el arma, Loreto.

—Pero... mamá, ella quiere hacerte daño.

—No, Loreto. Ha sido un malentendido.

La niña, a regañadientes, hace caso. Baja el arma. Ingrid estira el brazo y se hace con el revólver. Joanna, confundida, intenta decir algo. No dice nada. La vocera del comité de madres estúpidas, o como sea que solía llamarlas, no parece una monstruosidad.

A decir verdad, su apariencia siútica y mirada de mujer altanera, suspicaz y ambiciosa, con una capacidad aborrecible por mover la lengua y escrutar con la mirada todo lo que respire a su alrededor, siempre le ha parecido una monstruosidad. O, mejor dicho, de una monstruosa personalidad. De esas villanas que llenaban las telenovelas que veía su madre, encargadas de hacer el papel de robamaridos, secuestrachicos, o manipuladoras y celosas esposas con una predilección por los amantes y el dinero. Mujer neurótica. De eso se trataba. Del estereotipo de chica de moda, hueca y malvada, que copaba las pantallas de televisión durante las tardes de tramas telenovelescas.

Pero eran rasgos humanos. Sean ciertos o no, que Ingrid se comporte como una mujer neurótica, eran rasgos humanos. Rasgos despreciables de humanos despreciables concedidos por Joanna. Pero, de esa monstruosidad de humanas cualidades no existe para nada los rasgos físicos de la mami zombi que protagoniza la telenovela perversa de Adoración. Ingrid no parece una mujer poseída por el desperfecto maldito de los pinos.

Joanna, con la ceja en alto, va a abrir la boca. Pero es interrumpida por la mujer que tiene enfrente.

—Vi a las otras madres. Estaban en el bosque convertidas en verdaderos monstruos y... creí volverme loca, pero... —Ingrid mira repentinamente a Joanna con desconsuelo—. ¿Acaso lo estoy?

Joanna niega con la cabeza.

—Entonces es cierto —agrega, llorando—. Las niñas. Ellas están muertas. Yo... yo buscaba a Loreto. Yo pensaba que querías hacerle daño.

—La he mantenido a salvo —explica Joanna—. Solo las madres parecen querer hacerles daño a sus hijas.

Ingrid mira el revólver con extrañeza.

—Por eso no entiendo —continúa Joanna—. ¿Por qué no le has querido hacer daño a Loreto?

Ingrid guarda silencio. Sus labios quieren abrirse, pero algo la detiene. Mira el revólver con detenimiento. A Joanna aquella arma le parece un ave a punto de echarse a volar. Un cohete, mejor dicho.

—Loreto...

La voz de Ingrid se detiene bruscamente. La mujer parece angustiada. Se muerde los labios. Se rasca la cabeza. Alza el revólver y sonríe. Lo sostiene y lo mira como una niña pequeña viendo el mágico aparato de otro mundo. Es como si quisiera huir de su mundo y las verdades que teje. Resignada, deja el arma en el piso. Suelta un suspiro lamentable.

—No soy la madre de Loreto —confiesa—. Ella es adoptada.

30

Hay un armario. Una alta caja de madera vertical, como un ataúd de pie. Del otro lado de las puertas se pudre el muerto. Oh, sí, Joanna está predispuesta a ataúdes, muertos y más muertos. Un cementerio de muertos se quiebra en la superficie de su cerebro. El río de ideas tétricas se arrastra como una enorme lengua que guarda malas palabras y malas intenciones.

Joanna nada indefensa, como una cría que aprende a nadar. Por ello, solo grita cada vez que los monstruos de las profundidades la toman del tobillo.

Grita cada vez que se caga de miedo. Sus pesadillas no la sueltan. Se adhieren a ella como moscas sobre un pedazo de carne podrida. El armario se abre. Del otro lado aguarda el inmenso murciélago, de piel grasienta, rosácea oscura y llena de pelos negros. Sus ojos oscuros se expanden, junto a su sonrisa de colmillos amarillos y alas tenebrosas y triangulares. Aquel engendro volador expande tanto su oscuro ojo izquierdo, que este se cae. Un solo ojo yace en su rostro animalesco y peludo, como el de un ratón volador, mientras el otro suelta un sonido gelatinoso al caer al piso. Un solo ojo. Claro. La cosa de sus pesadillas, tome la forma que tome, solo debe llevar un ojo. Su inconsciente es perverso, pero siempre coherente. Y, al absorber tal coherencia perversa, Joanna grita.

Despierta.

Fue un malentendido, escucha.

Loreto es adoptada.

Se queda sobre la cama. Las sábanas se adhieren a su piel sudorosa. Rayos solares ingresan por la ventana abierta de la habitación. Una luminosidad cálida le hace un suave cariño en la piel. Bosteza. Se estira. Una parte de ella desea seguir durmiendo. Pero la voz de sus sobrinas, desde alguna parte de la casona amarilla, la trae de vuelta a Adoración.

Se despereza. Se quita las sábanas de encima y, todavía somnolienta, mira el resto de la habitación. Se trata del mismo sitio en donde anoche dormían sus gemelas. Ella estaba acostada en la última cama. Mira sus pies. Están desnudos. Ni siquiera recuerda haberse quitado los zapatos. Ni siquiera recuerda haber ido hasta la habitación a dormir. Solo vagos recuerdos se esparcen en su adolorido y cansado cuerpo.

Fue un malentendido.

Aquella frase se repite en su cabeza. Cierra los ojos y absorbe la luz natural de la mañana. Se deja alimentar por el dorado resplandor que baña su visión cerrada. Recuerda a la paloma en el tejado de la casa del frente ayer por la mañana, antes de siquiera considerar viajar a Adoración. Cuando el mundo parecía comportarse con normalidad.

Se imagina despertando en casa de Florencia después de una fiesta. El dolor corporal es por sus ya habituales resacas. Nada anormal en su entorno. Eso de las madres asesinas fue una pesadilla. Arquetipo desarrollado por el

recuerdo lacerante de mami suicida. Toda una maraña psicológica, ¿cierto, doc? Todo un malentendido, ¿no? Solo fue un malentendido.

Malentendido, repite Joanna. Suelta una carcajada triste.

De pronto entra Ingrid a la habitación.

—Mis gemelas —le dice—. ¿Cómo están?

—Están bien. Despertaron hace tan solo unos minutos. Llenas de preguntas y hambre. Desayunan junto a Loreto. En cuanto a las preguntas... No sé qué decirles.

—¿Qué hora es? —pregunta Joanna, todavía aturdida por el sueño.

—Las diez de la mañana.

Aquella escueta respuesta hace que Joanna bostece.

—Tienes un aspecto terrible —declara Ingrid—. Tal vez sea bueno que te duches. Yo me quedaré con las chicas un momento. Podré con sus preguntas unos minutos más.

Ingrid le ofrece una sonrisa débil y meditativa.

Joanna recuerda el asunto de las frases cliché de la publicidad y la vida cotidiana. Piensa en eso de “cómo nos cambia la vida en un segundo”. Que tan cierto resulta eso ahora. Ingrid le ofrece ayuda. Ingrid le parece una amistosa adulta amable. La mayoría de la gente decente tiene bien arraigado eso de ayudar al prójimo. Ingrid no fue nunca alguien decente. Solo ayudaría al prójimo si este fuese algo así como Jon Bon Jovi desnudo y ahogándose en una piscina.

Joanna recuerda cuando Ingrid, en una de las tantas reuniones de apoderados de la escuela técnica, dijo ser fanática de aquella estrella de rock. Aquel recuerdo le produce una sonrisa interna. Se descubre sonriendo, divagando y teniendo cierta simpatía por Ingrid. Una extraña simpatía hacia esa mujer fría. ¿Simpatía? Gran mierda, sí, simpatía. ¡Oh! *Cómo nos cambia la vida en un segundo*. Los curiosos planes de Dios todopoderoso y...

—Joanna —dice Ingrid—. ¿Me escuchaste?

—Sí, claro. Me ducharé. Un poco de agua tibia me vendrá bien.

Antes de que la palabra *toalla* caiga en sus matutinos planes, la muy simpática de Ingrid le señala con el índice de su mano derecha una torre de ropa a los pies de una de las camas. No tarda en divisar una toalla blanca. Va hasta allá. La toma. Mientras escucha a Ingrid alejarse hacia la cocina, se

pregunta de cuál de sus alumnas era esa toalla. Comprende que es mejor no pensar en eso.

El baño está frío. Corre la cortina de la ducha y abre el grifo para que el agua caliente corra. Pretende que el vapor añada temperatura a ese sitio de heladas baldosas blancas. Se queda un rato frente al espejo. Le da la impresión de haber alcanzado el límite máximo de sus borracheras. La cima del ritual del borracho. A la espera ya, de ser arrojada al vacío.

Se desentiende de su aspecto de boxeadora desprevenida. Se hunde en la bañera y se deja acariciar por el agua que, antes de entrar, ha enfriado un poco. Coloca un poco de jabón en sus manos y lo esparce por todo su cuerpo. Burbujas con aroma a lavanda flotan en el aire y se adhieren a las blancuzcas baldosas de las paredes. Toma un poco de champú de limón para el cabello y se masajea el cuero cabelludo con sutileza. Luego coloca la cabeza bajo el chorro de agua y se enjuaga. Las gotas recorren su rostro. Saca la lengua y bebe agua. Se siente bien.

Cuando abre los ojos, estos dan con las marcas de dientes en su brazo. Su simpatía hacia Ingrid se desvanece junto al agua enjabonada; se hunde en el sumidero y desaparece por las cloacas oxidadas y malolientes de aquel pueblo maldito.

La ducha le ha sentado bien. El drenaje de su alma se traga sus malas ideas. El sol matutino junto al vapor del agua le masajea sus sentidos. La toalla de algodón y la perspectiva de ver a sus sobrinas le encandila el alma. Y tiene un plan. Nada mejor que tener un plan de acción. Fuego, recuerda. Se apresura en vestirse y entonces se da cuenta de que le hace falta algo. La libreta negra de aquel misterioso guardia de seguridad ha desaparecido del bolsillo de su pantalón.

—¿Buscas esto? —pregunta Ingrid.

La madre adoptiva de Loreto la espera afuera del baño de la habitación. En sus manos está la libreta negra.

—¿La has leído? —pregunta Joanna. Se sienta a los pies de su cama y se empieza a poner las zapatillas.

Ingrid se sienta en la cama del frente. Dice que sí con la cabeza.

—¿Y? —pregunta Joanna con extrema curiosidad—. ¿Qué dices?

—¿Qué digo de qué?

—Pues, de todo.

—Creo que es una locura. Una locura de principio a fin.

—¿Una locura? ¿Acaso no viste a las madres asesinas en el bosque?

—Dije que era una locura, no que sea falso.

—Debes ayudarme —solicita Joanna. Termina de ponerse las zapatillas y se pone de pie. Mira a Ingrid con intenciones de recuperar lo suyo. La madre de Loreto le devuelve la libreta.

—Esa libreta, y sea quien sea el dueño, no son más que... ¿Zupatecas? ¿Ipara...? Como se llame esa mierda. No son más que locuras.

—¿Leíste la última parte?

—Sí —responde Ingrid de mal humor—. Fuego. Es todo, ¿quemas el bosque y una maldición indígena de miles de años desaparece? ¿Así de fácil?

—Me resulta lógico.

—No son más que estupideces. ¿Por qué entonces el dueño de la libreta no quemó el bosque?

—Quizá algo lo detuvo.

—No dice nada en su libreta. Quizá lo intentó y no funcionó. Quizá está muerto. A la mierda —termina Ingrid. Se pone de pie con intención de salir de la habitación—. Tomaré a Loreto y me iré. Me iré de este pueblo maldito. Tú deberías hacer lo mismo.

—Por lo que sé —anuncia Joanna—, la ciudad también está convertida en un sitio apocalíptico. El virus o maldición que convierte a las madres en parricidas también está en la ciudad y... quizá en todo el mundo.

—¿Por lo que sé? —Ingrid se cruza de brazos—. Por lo que yo sé, no hay señal en ninguna parte. ¿Cómo es que sabes eso?

—Una larga historia —dice Joanna.

El recuerdo de Maicol le revuelve el estómago.

—Una larga historia para mí, fue recorrer ese puto bosque encantado sola, viendo niñas muertas y... Loreto, Dios, pensé que jamás la volvería a ver. Ahora que está conmigo, me marchó. Iré al norte. A la mierda el sur y sus maldiciones.

Ingrid hace ademán de marcharse. Joanna la coge del brazo.

—Ayúdame —le suplica—. Ayúdame a quemar el bosque.

—Es una idea tonta. ¿De dónde sacarías gasolina? ¿O es que acaso en la libreta hay también un conjuro para hacer fuego?

Ingrid se saca de encima a Joanna. La mira con tenacidad. La cara severa de apoderada crítica que solía tener. La cara de zorra necia que hacía que Joanna la detestara.

—¿Huirás entonces?

—Si las gemelas fuesen tus hijas, sé qué harías lo mismo. Sé que no las pondrías en peligro jugando a ser la Mujer Maravilla.

—Las pondré a salvo con su padre —gruñe Joanna—. No son mis hijas, pero las amo como si lo fueran. Conseguiré gasolina de alguna estación de servicio y quemaré todo este puto bosque. De principio a fin. Cuando el fuego arrase con todo, la maldición acabará. Todo volverá a la normalidad.

—A la mierda el bosque y la maldición. Es una insensatez, Joanna, te juro que suena a la mierda más descabellada que he oído.

—Todo esto es descabellado, ¿no crees?

—Sí, lo es. Una mierda enfermiza que no tiene lógica. Cuando esas cosas pasan, uno no tiene un plan. Eso pasa en las películas, Joanna. Ahora, cuando el mundo se viene abajo, lo mejor es huir.

—Hay que hacer algo —insiste Joanna.

—Huir —insiste también Ingrid—. Cuando ves un avispero en casa, no metes la mano para aplastar las putas avispas. Solo huyes. Y, una vez lejos, esperas que los expertos se encarguen del tema. Ahora debemos esperar que el Gobierno se encargue de este pueblo de mierda.

—Nadie se encargará de nada —refuta Joanna—. Nadie sabe lo que está pasando acá en el sur. Los canales de comunicación se han cortado. Será demasiado tarde para cuando el Gobierno se disponga a hacer algo. Debemos quemar el bosque, Ingrid. Debes ayudarme.

Ingrid hace una mueca de resignación. Se toma las manos y las mira con desaliento. Se gira hacia la puerta. Se vuelve hacia Joanna.

—La pequeña hija de mi mejor amiga yace muerta sobre un sofá. Hay una chica muerta en casa. Y decenas más en el bosque. Huye, Joanna. Toma a tus gemelas y escapa de este infierno.

—Mi hermana aún está viva. Florencia puede sanarse. Puedo traerla de vuelta. Puedo reunirla con sus hijas. Las ama tanto y más que yo. Ni miles de niños muertos por el mundo me harán huir. —Joanna se cruza de brazos—. Quizá yo no tengo hijos, pero tengo una hermana. La amo, Ingrid. No sabes cuánto la amo. Y mis sobrinas... Dios sabe cuánto aman a su madre. Jamás se las arrebataría. No si puedo evitarlo.

—Pretendes hacer fuego en un sitio maldito. —Ingrid mete las manos por debajo de su camiseta—. Espero y no termines quemada.

Ingrid le da un vistazo furtivo a Joanna. Vuelve a adoptar ese tono fanfarrón que solía llevar encima cada vez que, en las reuniones de apoderados, se disponía a fastidiarle la vida. Adopta esa mirada recta, uniforme, sin escrúpulos, de un vendedor de seguros que por teléfono intenta convencer a un importante ejecutivo de aceptar un contrato. Un semblante cruel, triunfalista, mecánico. Una cara de “yo siempre tengo la última palabra, perra. Soy yo quien termina las conversaciones”.

Joanna siente deseos de abofetearla.

De pronto, Ingrid parece encontrar lo que buscaba. Saca el revólver. Lo mira unos segundos y se lo entrega a Joanna.

—Lo necesitarás en tu plan, Joanna —termina diciendo—. Loreto y yo nos vamos al norte. Adiós, profesora. Gracias por cuidar a mi hija.

—Adiós, Ingrid. Espero y estén bien.

La mujer se va. Se detiene, una vez más, frente a la puerta de la habitación. Pone la mano en la cerradura, pero se devuelve hacia Joanna.

—Eres valiente. Siempre lo has sido. Hacer clases a niños es un acto de valentía. —Ingrid le ofrece una honesta sonrisa—. Quema el puto bosque, profesora.

Joanna sonríe. La ve alejarse. Se queda de pie un rato, frente a la cama. Por tonto que resulte, el olor a pelo recién lavado y sensación de frescura en su cuerpo, la hace sentir optimista. La calidez solar inunda su optimismo con un esplendor cándido, como la luz del fuego en la chimenea de una familia feliz.

Y mientras está con sus sobrinas en la cocina viéndolas comer, el esplendor se hace más poderoso. Un ligero apetito le obliga a comer una manzana. La fruta abre en su estómago una profunda sensación de hambre. Engulle un pan con dulce de damasco y luego toma una necesaria taza de café.

Sus sobrinas están llenas de preguntas sobre lo que procede en el día. Sobre el porqué Ingrid no estaba enferma. Y las razones de la mujer de llevarse a Loreto lejos. También preguntan por su madre y por Gabriela.

Responde a todas las preguntas con calma. El asunto de Gabriela se queda atorado en su tráquea y no quiere salir. Deja a las chicas en la cocina un momento y va a la sala principal. El cadáver de Maicol está cubierto por una frazada. Aquello es obra de Ingrid, lo sabe. El cadáver de Gabriela

también está cubierto por una frazada, pero solo hasta el cuello. Su rostro infantil inerte sigue presente en la habitación.

Joanna se queda mirándolo un buen rato. Le parecen horas, pero no ha sido más que un minuto. Toma una decisión. Llama a sus sobrinas. Las coloca a su lado y les toma las manos.

—¿Está muerta? —pregunta Elizabeth con una intuición tan dulce y estremecedora a la vez.

—Sí —dice Joanna—. La dejaremos acá. Cuando todo vuelva a la normalidad, le daremos un funeral como corresponde.

Las niñas asienten con la cabeza. Miran a Gabriela con una recta y desoladora expresión de tristeza. El visaje gris que las recubre hace que el corazón de Joanna dé un vuelco. Desea abrazarlas, pero desiste de tal cosa. No es oportuno. Sus niñas afrontan la muerte.

No la muerte roja, sangrienta, de balazos, monstruos y tipos degenerados. No, cuando afrontan esa muerte, es bueno que Joanna las abrace y las haga sentir protegidas.

Ahora confrontan la solemnidad y el vacío de la muerte ya hecha. De la tranquilidad *post mortem* que nutre de silentes anhelos los cementerios y recuerdos. Una amiga ha muerto. La muerte se lo echa en cara con circunspecto drama; acto único de niña que, en profunda paz, entrega su alma a Dios. Sí, a Dios. De eso se trata esta parte de la muerte. De Dios y todas las esperanzas que deslumbran el terreno de la paz tras muerte. Así como la muerte roja, sangrienta y monstruosa requiere gritos y locura para aceptarla; la muerte blanca que yace frente a las niñas, no requiere más que silencio y esperanza para asimilarla.

Nota las lágrimas en sus gemelas. La calidez aumentada del calor exterior ya no es agradable. Quema. Hace daño. Presiente que, una vez en la ciudad, las muertes se desparramarán frente a sus chicas. Se desparramarán como sangre. Sí, se tratará de muerte roja. Habrá gritos. Y tendrá que protegerlas. No le queda de otra. Debe buscar a su padre. Debe quedar liberada para poder quemar el bosque y acabar con toda la mierda.

Revuelve en una de las carteras de las apoderadas. Tropieza con las llaves de un BMW. Abandona, por fin, la casona amarilla. Van a la zona de estacionamiento. Logra oír el tintineo de las cadenas de Florencia. Sube al elegante descapotable negro de alta gama, perteneciente a Alejandra, una de las madres que estaba en el arroyo. Enciende el motor y comienza a sonar

Bob Dylan con “*A Hard Rain’s A-Gonna Fall*”. No se trata de la radio. Por supuesto que no. Se trata de un CD.

Conduciendo un elegante auto que vale millones, vuelve a recordar eso de los planes de Dios todopoderoso. Vuelve a su memoria eso de “cómo nos cambia la vida en un segundo”.

Sus gemelas en la parte trasera guardan un fúnebre silencio. El optimismo de Joanna se ha esparcido por el aire. Los rayos solares rebotan en su cabeza. No queman. No hacen daño ni se sienten bien. Están ahí, recordándole el calor de un incendio.

Mientras el vehículo avanza por la autopista desolada, con dirección a la ciudad, Joanna apaga la música. En su cabeza, el incendio se hace cada vez más grande. Son sus planes. Ni optimistas ni pesimistas. Planes y nada más.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CUATRO

CIUDAD ZOMBI

31

En el apocalipsis es bueno tener algo que hacer.

No recuerda a quién le escuchó eso.

Dilucida, para sus adentros, que sus recuerdos quedan atrás. En el bosque.

Pero aquella idea es verdad, en el apocalipsis es bueno tener algo que hacer... o de lo contrario cae nieve. Nieve blanca, como las batas que les ponen a los locos en los manicomios... el blanco es la ausencia de color... de cordura... el blanco lo asocia, de manera absurda, a la locura...

Y la locura le da miedo.

Joanna se imagina entre paredes acolchadas, blancas y frías, como indiferente locura que, sobre un cuarto aislado, genera ecos eternos de naturaleza incorrecta; con desperfectos... ¡Vaya desperfecto! Las madres matan a sus hijos. Y los zombis existen, perra... recibes lo que mereces... recibes zombis hambrientos.

Un zumbido en su oído derecho. Un latido, casi diminuto, en su nuca. Parece haber un barril de pólvora sostenido sobre su cerebro. Sus ideas son como un niño malcriado con un fósforo encendido, dando vueltas sobre el barril. Cuando estalle no habrá fuego, habrá nieve. Tan fría, que quemará. Y saldrá disparada a la calle, riendo a carcajadas, como una mujerzuela esquizofrénica que escucha los susurros de un mundo de revés, allí donde mamis hambrientas cantan canciones horriblemente pegajosas.

Recuerda a sus vecinos de infancia, un montón de fanáticos religiosos que, los domingos, salían a las calles a cantar coros sobre la llegada del Mesías. Odiaba esos cantos. Y odiaba a sus vecinos. Pero a veces se descubría tarareando las canciones, como una pequeña fanática de Jesús.

¿Cuánto tardará?, se pregunta, en estar cantando los susurros del mundo de revés, de esa melodía que desciende de las colinas gemelas de Adoración. Un hijo crece en su vientre. ¿Cuánto tardará en comérselo? ¿En ser un zombi? ¿En ser una loca perdida y sin retorno?

Adoración va quedando atrás rápidamente. Aquel pueblo de edificios pequeños y soleras vacías y fisgonas, donde parece que miran fantasmas, sucumbe ante un caótico silencio. Súbitamente se oye el ruido de balizas.

Joanna mira por el espejo retrovisor. Una patrulla policial se acerca rápidamente por la calle vacía.

—¿Vienen a ayudarnos? —pregunta Camila.

—La Policía, tía Jo, es la Policía. —Elizabeth parece emocionada.

La emoción contagia la mirada de su hermana. Desde los asientos traseros del descapotable, dos pares de ojos miran con exaltación la llegada de la Policía. La patrulla se acerca velozmente. Joanna alcanza a notar, del otro lado del vidrio, la presencia de un solo oficial.

Joanna piensa en acelerar. Tiene miedo. Sabe que, lo último que quiere, es una persecución. A pesar de ir sobre un deportivo de alta gama, no es una buena conductora. Y copos de nieve, diminutos pero dolorosos, caen en alguna parte de su cabeza. No se siente capacitada para ser perseguida por una patrulla.

Detiene la marcha. Se detiene en una esquina, justo frente a un disco *PARE*. Pulsa el botón del tablero para que el techo del descapotable se cierre. Eso la hace sentir más segura. La patrulla la alcanza. La adelanta. Se detiene frente a ella, en medio de la calle que atraviesa la suya. Da igual. En ese pueblo cabrón no parece volar ni una mosca. El ruido de las balizas se detiene. Las luces, rojas y azules, dan vueltas en la atmósfera de aquella mañana tibia. Producen su efecto alarmante, urgente. Algo anda mal.

El oficial desciende. Joanna mira de soslayo el revólver que descansa en el asiento del copiloto. Lo coge con disimulo y lo esconde entre sus piernas. Siente un ligero temor. Alcanza a ver en la parte trasera de la patrulla la siguiente inscripción: *QUINTA COMISARÍA DE LA PRESIDENCIAL*. Comprende que aquel oficial no es de Adoración. Es de la ciudad adonde ella se dirige. Eso, por alguna razón, le causa más temor.

—Yo la conozco —dice el oficial—. Pero usted a mí, no.

Joanna ve al hombre. No debe tener más de cuarenta años. Es calvo y moreno. Alto y delgado. Sus cejas son el rasgo más distintivo dentro de su rostro relativamente común. Son espesas, negras y feas. Le dan el aspecto de un policía bobo, de movimientos torpes e ideas erradas. Joanna presume que debe de ser el blanco de burlas al interior de la Quinta Comisaría de la Presidencial.

—¿De dónde me conoce? —se atreve a preguntar.

—De la escuela.

Su mirada se ha detenido en las gemelas. Pone una de sus manos en la empuñadura de su arma. Es el mismo revólver que Joanna esconde entre sus piernas. Maicol tenía razón. Le había robado aquella arma a la Policía. El semblante desorientado y ligeramente amistoso del oficial ha cobrado cierto matiz de rabia y miedo. Sus ojos nerviosos permanecen quietos en las niñas. Joanna entiende la situación.

—No son mis hijas —explica—. Son mis sobrinas.

—Son las compañeras de mi hija —dice el oficial. Una lágrima cohibida se acumula en su mirada—. Usted es la profesora de...

—Solange —interrumpe Joanna. Lo adivina, pues sabe que esas cejas espesas las había visto en otra parte. Aquella pequeña niña, no solo la había visto en la escuela técnica. También en la zona de *camping* de Adoración. Y, sí, la había visto en el arroyo, despedazada por su madre, la esposa del oficial.

El poli parece adivinar sus rojos recuerdos.

—¿Ella... está bien? —pregunta incrédulo, como si supiera la respuesta.

—Sí.

—¿Dónde está? Necesito verla... La ciudad es un caos y...

—Y las madres asesinan a sus hijos —agrega Joanna. Luego recuerda que sus sobrinas están atrás—. Debe ser un virus. Ya volverá todo a la normalidad.

—¿Dónde está Solange?

—En la plaza, junto a las demás chicas —miente. Ruega a Dios para que sus sobrinas no metan la pata. Las mira raudamente por el espejo retrovisor. Sus chicas guardan silencio. Su escala de emociones ha disminuido. Pero alcanza a ver un deseo de hablar por parte de Camila. Entonces, se apresura en abrir la boca y seguir mintiendo—: Las madres están detenidas por la Policía local, pero están bien y...

—Necesito que me acompañes —dice el oficial, con una repentina voz de carácter violento y desesperado—. Necesito que me acompañes a esa condenada plaza.

El oficial toma el revólver con firmeza. Parece estar dispuesto a sacarlo si es necesario. Sus cejas se han levantado y le dan un caricaturesco rasgo de ira. Parece el villano de una película infantil. Pero está armado y Joanna tiene miedo. La misma arma yace bajo sus piernas, pero no sabe usarla. Y, además, no cree poder ganarle en un tiroteo a un policía.

—No —se atreve a decir Joanna—. No puedo acompañarte. Debo ir a la ciudad y devolver a mis sobrinas a su padre.

—La ciudad es un caos —le escucha decir—. Necesito que me acompañes.

Joanna niega con la cabeza.

El oficial saca el arma y apunta a Joanna.

—Necesito que me acompañes —repite.

Joanna queda paralizada. No sabe qué hacer o decir. El oficial, sí. El oficial habla.

—No he visto a ninguna persona desde que entré en este pueblo desgraciado. No sé dónde está mi hija. No sé dónde está esa puta plaza, no sé... yo... yo no sé qué mierda está pasando.

El oficial baja el arma. Comienza a llorar. Sus brazos se agitan hacia todos lados. Sus aspavientos de hombre nervioso y desorientado hacen que Joanna tome su propio revólver. Va a sacarlo, sabiendo que debe deshacerse de aquel impredecible hombre. Sabe que, de no hacer nada, aquel sujeto, que raya en la desesperación, al descubrir la mentira sobre el paradero de su hija, le hará daño. Saca el arma, quita el seguro, o cree hacerlo, pero no alcanza a apuntar. La voz infantil de Elizabeth la detiene.

—Debe estar tranquilo, señor policía. Las mamis están enfermas, pero los doctores encontrarán la cura. Mi mami aguarda en la zona de *camping* y...

Y Joanna abre la boca para decir algo. Lo que sea. Teme que su sobrina diga algo inapropiado. Pero otra vez es interrumpida.

—Perdón —el oficial se disculpa. Deja el revólver donde estaba. Joanna, disimuladamente, hace lo mismo—. No quise asustarlas. Solo quiero ver a mi hija. —Mira a las gemelas—. Solange es una buena niña. Tiene su edad. Yo, diablos, yo no quise asustarlas, solo que todo esto es muy raro y... —Mira a Joanna con desconcierto—. ¿Puede acompañarme a la plaza?

—Solo está a tres cuadras, siguiendo esta calle. La encontrará de inmediato. Está rodeada por los agentes policiales de Adoración. Hay un supermercado con un enorme letrero rojo. Lo verá de inmediato. Solo debe seguir derecho.

—¿Cuál supermercado? —pregunta Camila—. Yo no he visto...

—Bueno —se apresura en interrumpir Joanna—. Quizá el supermercado estaba en la otra calle. Pero la plaza está a tres cuadras en línea recta. Insisto, oficial, la verá de inmediato.

Joanna mira a Camila con cara de madrastra borracha. Un “cállate, mocosa” se dibuja en la superficie que sostiene su mirada cómplice.

La niña calla.

El oficial sonríe esperanzado. Mira en línea recta, buscando la plaza. Se dirige a su patrulla. Se detiene repentinamente. Se vuelve hacia Joanna.

—No deberías ir a la ciudad —dice—. Es un caos.

—No me meteré con nadie —explica—. Intentaré pasar lo más desapercibida que pueda.

—Manejas un descapotable negro que vale millones. No pasarás desapercibida.

Joanna sonríe bobamente. Se siente estúpida. El oficial abre el maletero de la patrulla y revuelve en su interior. Joanna, intrigada, lo ve sacar una pistola.

—Ten, la necesitarás.

Joanna la acepta con desconsuelo. Siente lástima por aquel policía. Un destino sangriento le aguarda más allá de la plaza. Mucho más allá. No resiste seguir viéndolo. Ni mintiéndole. Le hace sentir mal.

—¿Sabes disparar? —pregunta él con amabilidad.

—Sí —vuelve a mentir—. Quitas el seguro, apuntas y jalas el gatillo.

Eso lo había escuchado en algún sitio. Sonaba más fácil decirlo que hacerlo. Pero era cierto. El oficial sonríe. Luego se marcha. La patrulla les libera el paso. Da una vuelta en U, y las balizas alarmantes, aunque sin ruido, se pierden en la distancia. Joanna traga saliva y aprieta el acelerador. La ciudad aguarda del otro lado de aquel pueblo inmisericorde.

—¿Por qué le mentiste al policía? —pregunta Camila—. En la plaza no había nadie. ¿Dónde está Solange?

—Da igual —responde cansada—. Debemos llegar a la ciudad. Una vez allí, les pediré una cosa: no hablen si yo no lo pido, ¿vale?

Las chicas asienten con la cabeza. Joanna guarda su nueva pistola en la guantera de aquel lujoso vehículo. El arma queda oculta junto a una chequera y una libreta. El revólver lo deja sobre sus piernas.

El deportivo vuelve a quedar sin techo. A Joanna eso le gusta. Debido a que conduce a alta velocidad por la autopista, ráfagas de viento sacuden amistosamente su rostro y el de sus sobrinas. Aquello resulta agradable.

Es lo único agradable que tiene. La carretera se encuentra vacía y silenciosa. El cielo despejado, lejos de hacerla sentir bien, le produce una

enorme sensación de abandono. La hace sentir diminuta. La cúpula celeste, sin nubes ni pájaros, se asemeja al soberbio ojo de... una especie de malévolo Gran Hermano. Aquel Dios cruel parece vigilarla. Joanna se siente observada, espiada. Tiene la horrible impresión de que alguien escucha, incluso, sus ideas. No tarda en comprobar de qué se trata. Los dedos amarillentos y tibios del sol matutino iluminan una figura roja esparcida en la distancia. El descapotable se acerca a ella.

Joanna piensa en la mujer embarazada. La vagabunda que pedía limosna en el supermercado de Adoración. Eso no tiene sentido. Aquella mujer había muerto del otro lado de la autopista, en el lado norte del pueblo. Ella va hacia el sur. Se devuelve a la ciudad.

Encoge los ojos para ver bien. Acelera a peligrosos 120 kilómetros cuando se da cuenta de qué se trata. Lo que yace en la berma es otro cuerpo infantil, despedazado. Joanna siente un escalofrío. Mira a sus sobrinas y, para su fortuna, ellas miran hacia el otro lado de la calle. Pasa por el lado del cadáver que, debido a la velocidad, no es más que una masa roja y deforme.

Un niño muerto. Joanna baja la velocidad. ¿Cuántos niños muertos más yacen esparcidos en la ciudad? Un revoltijo en el estómago le dice que dar la vuelta e irse es buena idea. ¿Pero irse a dónde? Entonces recuerda al padre de sus sobrinas. Y recuerda el fuego. Planes... planes para salvar el mundo. Pone la vista en frente y acelera. Un pitido en el tablero del vehículo le avisa que se queda sin combustible. Masculla una maldición.

Acelera un poco más, pues recuerda que hay una gasolinera a tres cuadras del acceso a la ciudad. Pero rápidamente baja la velocidad al recordar su accidente con la camioneta de su hermana. A los minutos divisa el primer letrero. Quedan diez kilómetros para acceder a la ciudad. El pitido de sin combustible vuelve a avisar. Y la palabra *mierda* da un aplauso en su cabeza.

—¡Ya llegamos! —anuncia Camila con felicidad.

—Papi —dice Elizabeth—. Hay que ir donde papi.

—¡Sí! —grita Camila. Su grito genera una extraña sensación de irrealdad en Joanna—. Luego iremos por mami, ¿verdad?

—Claro —se anima a decir.

Sonríe.

Su sonrisa se extravía en el relente huraño de una ciudad silente, donde los gritos optimistas de dos niñas pequeñas parecen el eco burlón y absurdo de una ventisca de cruel inocencia infantil. En aquella ciudad de carácter apocalíptico, las esperanzas de sus gemelas no parecen tener lugar.

Un nuevo pitido del tablero. Joanna entiende que es el último suspiro antes de la muerte del deportivo. Acelera. El rugido del descapotable raya el pavimento con alarmante esencia; como los aullidos de un perro en una noche brumosa. La sensación de abandono se esparce por las hendiduras de los enormes edificios residenciales, añosos y derruidos, que dan la bienvenida a la ciudad.

—Aquí no parece haber nadie —susurra Elizabeth.

—¿Qué ha pasado con la gente? —pregunta Camila—. ¿Dónde diablos están todos?

Las soleras resquebrajadas de la salida norte de la ciudad son iluminadas por el sol de la mañana. Un basurero en una esquina es asaltado por un perro negro, callejero y grande. Aquel animal ha dejado un reguero de desechos por la calle. Varios vehículos se encuentran estacionados a orillas de los edificios residenciales, blancos y viejos, que la gente más pobre ocupa como centros de residencia. Un semáforo en rojo aguarda por Joanna al final de la primera cuadra. Bobamente disminuye la velocidad.

No hay nadie a la vista.

Acelera.

Se queda a mitad de camino. La gasolina se agota. La palabra *mierda* huye por su boca, acobardada por su ascendente ira.

—¿Dónde diablos están todos? —vuelve a preguntar Camila.

—¡No lo sé!

Silencio. El perro quita el hocico del basurero y mira el vehículo con las orejas en alto. Suelta un ladrido débil y se aleja corriendo. Joanna lo sigue con la mirada hasta que el animal desaparece por un callejón. A pesar de no ver gente, la sensación de estar siendo vigilada persiste. Mira hacia los ventanales de los edificios. Persianas quietas y murallas agrietadas. Antenas de televisión por cable y adornos en los alféizares de las ventanas. Restos de civilización. Fantasmas sobre los restos, como perros hurgando en la basura, parecen decirle que todos han muerto.

Todas moriremos en verano, profe. ¿Acaso lo olvidó?

—Tía —dice Elizabeth con ternura—, no me grite, pero... tengo miedo.

Joanna traga saliva. No le agrada gritarles a sus gemelas. Y, por cierto, ella igual tiene miedo. Pero es adulta.

Es la profesora, ¿no? ¿Acaso lo olvidó?

—Tranquilícense. El auto ha quedado sin gasolina. Bajaré y veré si consigo ayuda. Si no la encuentro, tendremos que... conseguir otro auto, o... —Golpea suavemente el volante del descapotable—. Caminar hasta la estación de servicio más cercana y conseguir gasolina.

—No queremos que te vayas —acusa Camila—. Tía, no nos dejes solas.

—Deben estar tranquilas —dice con tono conciliador y despreocupado—. No pasa nada. De hecho, no anda nadie. ¿A que le temen? No me alejaré de esta calle, ¿vale?

—Queremos ir con usted —señala Elizabeth.

—No. Quédense en el auto.

Camila va a protestar, pero Joanna se adelanta.

—¿Quieren recuperar a sus padres?

Las chicas asienten con la cabeza.

—Pues bien, deben hacerme caso.

—¿Pero por qué no hay nadie en la ciudad? —cuestiona Camila—. ¿Acaso las mamis de aquí también han enfermado?

—¿Acaso la gente está muerta?

—Claro que no, chicas. La gente está asustada, es todo. Pero cuando lleguemos donde su padre, buscaré ayuda con la Policía y los doctores, ellos... ellos son adultos y saben ayudar. Es decir... —Tiene la fea impresión de que el chiquillo del fósforo rondando en el barril de pólvora que se esconde en su cerebro ha adoptado la forma de una niña. De dos niñas. Idénticas. Se da vuelta y mira a sus sobrinas con el ceño fruncido—. Iré por ayuda. Luego iremos con papá.

—No se vaya lejos —le pide Elizabeth—. Y no se demore, por favor.

—Cariño, no iré lejos. De todos modos, dejaré el auto con seguro. Nadie podrá acercárseles. —Joanna saca el revólver de entre sus piernas. Deja que sus sobrinas lo vean un par de segundos y luego lo esconde detrás de su pantalón—. No se preocupen. Las mantendré a salvo. No se muevan de aquí.

Les guiña un ojo a sus chicas. Cierra el techo del descapotable y sale al exterior. Eso de guiñarles un ojo a sus sobrinas luego de mostrarles un

revólver le recuerda eso de los planes de Dios todopoderoso. Los extraños planes de Dios todopoderoso. Cómo nos cambia la vida en un segundo...

Mientras se aleja del descapotable, con el cañón del revólver besándole la cintura, la sensación de ser una profesora se desvanece. Huye por las alcantarillas de aquellas calles vacías. Ahora es... bueno, no tiene real certeza de lo que es ahora.

Llega a la calle del frente, donde un enorme edificio de ladrillos anaranjados y desgastados, cuyo interior lleva a una serie de departamentos, le llama la atención. Se eleva a varios metros de altura. Un antejardín delgado, lleno de arbustos, le ofrece un inusual consuelo. Una extraña sensación familiar. Una sensación de civilización. De gente y ayuda. De respuestas.

Toma la manilla de una puerta transparente que lleva a la entrada del edificio, pero está con llave. Se va al costado y ve el tablero de citófonos. Aprieta un par al azar. No hay respuesta. Golpea el vidrio de la puerta principal con el puño. El sonido de los golpes atraviesa el aire como ecos de gritos que estremecen el silencio. Pero nadie responde. Mira por el reflejo del vidrio y ve a sus sobrinas, expectantes desde el interior del descapotable. Se vuelve a ellas y les sonríe.

Mira en derredor y no encuentra más que rayos solares colándose entre los edificios y cayendo de forma grosera sobre sus ojos. Hace una mueca de desaliento. Detrás del descapotable se eleva otro edificio de departamentos. Es blanco. Iluminado por el sol, parece el ancho faro de un mundo baldío, desierto; de postguerra. La sensación de abandono allí es alarmante. Y la sensación de estar siendo vigilada lo es aún más. Entonces descubre la razón de sentirse observada. Alguien, además de sus sobrinas, la mira.

Camina hacia el desconocido.

—Ya vuelvo —les dice a sus sobrinas, al pasar frente al vehículo.

Sus sobrinas protestan, pero no les hace caso. Pasa por detrás del descapotable, llega al final de la calle y cruza en diagonal hasta la calle paralela. Atraviesa un pequeño y deslucido parque. Una pasiva jauría de perros custodia una pileta, un columpio y otros oxidados juegos infantiles. Atraviesa con premura el pasto seco. Nota varios restos de basura acumulados cerca de los asientos de madera. Mira sigilosamente a los culpables. Los perros no parecen interesados en ella. Quietos sobre el césped, se limitan a seguirla con la mirada.

Una mosca revolotea sobre su oreja. Sacude la cabeza y se la quita de encima. Llega hasta la entrada de una barbería. Del otro lado de enormes cristales, un delgado hombre la mira fijamente. Está de pie, apoyado sobre un mostrador de madera. No se mueve. Joanna piensa que quizá ha muerto.

Abre la puerta lentamente. Suenan una campanita sobre su cabeza.

—¿Hola? ¿Puedes ayudarme?

Su voz suena extraña. El hombre no le quita los ojos de encima. Joanna siente una incomodidad que, paulatinamente, se convierte en temor. Para su alivio, el hombre mueve las manos. Se quita algo de los oídos. Son audífonos. Joanna entiende. El lejano sonido de música, que cree se trata de rock, se adhiere a la sala de aquella barbería.

—¿Eres policía? —pregunta el hombre con voz ausente.

—No. Vengo por ayuda. Me he quedado sin bencina y...

—Esto es una barbería —acusa—. No una gasolinera.

Joanna mira las paredes llenas de carteles de moda, nuevos peinados y las últimas tendencias en barbas. También ve los espejos, las máquinas para cortar pelo, las tijeras, lacas, sillas y... sonríe sarcásticamente.

—Sé dónde estoy.

—Está cerrado. Hoy no corto el pelo.

—Yo no vengo a cortarme el pelo. Yo... ¿por qué vendría a eso?

—¿Por qué más vendrías?

—¿Es que no has visto afuera? —pregunta Joanna, confundida—. ¿No te enteraste de lo que pasa? ¿Acaso no notas el abandono que flota en las calles?

—No he salido desde ayer —responde con un extraño aturdimiento. Joanna cree que aquel sujeto paliducho está sumamente drogado—. No sé si lo has notado, mujer, pero estás en los límites de la ciudad. La carretera está a unos metros calle abajo. El abandono es usual por aquí.

—Sí, pero el asunto de las madres. La maldición y toda esa mierda que...

—Joanna se detiene repentinamente. Nota el semblante extraño de aquel individuo. Tiene los ojos llorosos y sus manos no dejan de tiritar—. ¿Por qué cuando entré me preguntaste si era policía?

—La maté —dice el hombre con angustia.

—¿A quién?

—A mi esposa. Ella quería matar a mi hijo. A nuestro hijo.

Joanna se acerca unos pasos al hombre.

—Entiendo —dice Joanna con cautela y compasión. Estira la mano para acariciarle el hombro, pero el tipo le quita la mano de encima con malestar.

—No, no me jodas con eso de jugar a entender. Maté a mi esposa. Ella... ella quizá solo quería golpearlo. Quizá solo quería zamarrear a Tomás. Nuestro hijo a veces nos saca de quicio. A veces se comporta como un total pedazo de mierda. Quizá ella solo quería castigarlo y yo... —Comienza a sollozar—. Yo estaba ebrio. La vi convertida en un monstruo, pero solo fue la rabia. Solo fue el alcohol. La jodí, mujer, la jodí y ahora soy un asesino.

Su confesión culmina con un golpe de puño sobre el mesón que sostenía su cuerpo. Camina hacia Joanna.

—¡Soy un asesino! —empieza a gritar—. ¡Soy un asesino! ¡Maté a mi esposa! ¡Ella solo quería castigar a Tomás! Aquel mocoso de mierda es malcriado, es verdad. Malcriado como un gatito juguetón. A veces hay que darle de patadas. Hay que enderezarlo. Ella solo quería enderezarlo y yo... diablos, yo la maté.

Joanna retrocede de manera instintiva. Quiere largarse de ahí. No obstante, el drama que engulle a aquel pobre hombre le obliga a explicarle la situación.

—Ella quería matarlo. Es verdad. Quería asesinarlo. Está pasando en toda la región. Sé que es difícil de explicar, pero es verdad. Las madres están matando a sus hijos. La maldición proviene de Adoración, el pueblo aledaño.

El hombre se queda de pie frente a Joanna. Tiene las cejas en alto. Abre la boca, pero no dice nada. La deja abierta, incrédulo. Una diminuta sonrisa se esparce con vergüenza por sus labios delgados. Ahora él retrocede dos pasos. Se toma la cabeza y revuelve su pelo negro con desesperación. Suelta una risita. Luego una risa estruendosa. Joanna entiende que es mejor irse. Aquel hombre es como el oficial de policía: inestable y peligroso. Da un paso hacia la puerta, pero un bufido hilarante que escapa de la boca de aquel sujeto la deja encrespada e incapaz de moverse. Una mirada de asesina locura se ha apoderado del hombre, quien mira a Joanna con enormes ojos de rabia.

—¡Te burlas de mí, maldita mujer! ¡Acaso te divierte mi desgracia!

Antes de que Joanna pueda decir o hacer algo, el hombre se abalanza sobre ella. La toma de ambos brazos y la aprieta con una fuerza descomunal. Joanna no puede moverse. Él le lleva las manos hacia atrás,

intentando inmovilizarla. Lo logra con facilidad. Joanna, herida y asustada, no tiene fuerzas ni para gritar. Debido al movimiento, tanto los dedos de ella como los de él rozan la empuñadura del revólver. Para tomarlo, el extraño le suelta uno de los brazos. Ambos intentan coger el arma. Es él quien lo logra.

Joanna le da un rápido cabezazo. Le da la impresión de que le duele más a ella que a la víctima. Se da vuelta rápidamente hacia la puerta. No alcanza a mover las piernas cuando su atacante ya la tiene tomada del cuello. Le apunta a la cabeza.

—¿Acaso te burlas de mí? —le susurra al oído.

El aliento agridulce del alcohol le genera una mezcla de impotencia, rabia y asco.

—No —responde nerviosa—. Es cierto. Las madres en todo el puto país parecen haberse vuelto asesinas. Como zombis hambrientos.

Su nerviosa confesión no hace más que enarbolar la rabia en él.

—Sí, perra, y marcianos de piel verdosa invaden Norteamérica. Ah, por cierto, yo le quité la virginidad a Madonna. ¡Crees que es divertido, perra! ¡Crees que es divertido reírte de mi desgracia! ¡Soy un asesino y nada más! ¡Soy un asesino y nada queda por hacer!

—Queda mucho por hacer —sisea Joanna—. Tu hijo y tú pueden salvarse. Esta mierda puede acabar.

—Acompáñame —gruñe él. Hace que Joanna se gire hacia la parte trasera de la barbería—. Camina.

Joanna, impotente, no tiene más que caminar. Piensa en algún escape. No lo encuentra. Nota cómo sus dedos tiritan. Detrás de sus ojos acobardados, lágrimas se acumulan. Camina. Aunque no quiera.

Atraviesa una puerta roja y llegan a un pasillo.

—Es mi casa —explica el hombre—. Modifiqué la sala principal para trabajar. Cortar el pelo es la única mierda que sé hacer para ganarme la vida.

A un costado del estrecho pasillo oscuro se alza otra puerta roja.

—Abre —le oye decir.

Hace caso. Lleva sus tiritonas manos a la cerradura y gira.

—Entra.

Y vuelve a hacer caso. La luz natural de un pequeño cuarto ilumina con armonía una ancha cama de dos plazas. Sobre el edredón verde, y enturbiando esa armonía, varias moscas zumban con su canto mal

intencionado. Bajo ellas, el cadáver de una mujer. Alguien, evidentemente el hombre que tiene atrás, le cortó la garganta. Al lado de la mujer, un niño. También tiene la garganta cortada. Los ojos abiertos de madre miran al techo con un monstruoso y demoníaco semblante. En el pequeño Tomás, sin embargo, los ojos miran al techo con una estremecedora angustia.

—Maté a mi hijo —confiesa con dolor—. Luego de matar a su madre, la ira me invadió. Le corté la garganta con una de mis navajas de afeitar. Como ves, mujer, no hay nada que arreglar. Intenté quitarme la vida con la navaja, pero no pude. No tuve el valor de hacerlo. Vaya mierda, ¿no crees? Matar a las personas que amo me resulta fácil, pero quitarle la vida al monstruo que hizo eso... verás, mujer, quitarse la vida es difícil. Más con una navaja. Me quedé inerte, drogado durante toda la madrugada, parado en la barbería, esperando que alguien llegue. Que la maldita Policía llegue y me dé un tiro en la cabeza.

—Lo lamento —gime Joanna.

—Te odio —dice él.

—¿Por qué?

—Te odio —vuelve a decir.

—¿Por qué?

—Te odio.

Joanna entiende que el odio no va dirigido hacia ella. Nota cómo el frío cañón del revólver escapa de su nuca. Escucha cómo el seguro es quitado. Se gira velozmente, pero es tarde, el cañón apunta la cabeza del hombre. Se dispara. Sus sesos estallan. Gotas de sangre salpican el rostro de Joanna. El suicida cae al piso. Joanna, que odia ver a otro suicida, y que odia además el zumbido de las moscas, se inclina al piso, coge el revólver y se devuelve hacia la barbería.

Se mira en el espejo. Deja escapar el grito que mantenía en su garganta. Había creído que moriría en esa habitación cegada por moscas y cadáveres. La idea le resultaba repulsiva. Aliviada, grita.

Su reflejo de mujer gritona, con la cara cubierta de heridas y sangre ajena, se expande por el espejo. Parece un ser siniestro.

Coge una toalla para limpiarse, pensando en eso de los planes de Dios todopoderoso. La profesora de matemáticas, ahora convertida en un monstruo.

Sonríe.

Va a quitarse la sangre de encima, cuando escucha el ruido de cristales romperse. Viene del exterior. A eso le sigue el grito idéntico de sus gemelas. Sale disparada hacia ellas. Ve con espanto cómo una multitud de personas, desesperadas y chillonas, se ha acumulado alrededor del descapotable. Un hombre armado con un bate de béisbol ha roto la ventanilla del asiento delantero.

Joanna, desesperada, corre hacia allá. Mientras lo hace, aprieta la empuñadura del revólver con sus manos.

32

El deportivo, como una negra y brillante piedra semipreciosa, aguarda en medio de la calle antaño vacía, ahora rodeada por una pequeña muchedumbre. Son seis personas. El grupo la mira con desconcierto, mientras ella corre hacia sus sobrinas con la cara ensangrentada y un revólver en las manos.

Corre y observa. El hombre del bate es el más impetuoso. Es alto, pero delgado. Viste pantalones mimetizados y una camiseta gris. Una fea barba de color castaño circunda su rostro de chivo. Sus ojos enjutos y claros miran el bate con una estúpida excitación, casi como un jovencito que ve por primera vez a una mujer desnuda. A su lado, un hombre gordo y pequeño, de piernas ligeramente torcidas y piel sonrosada, parece sudar bajo su elegante camisa de algodón color marrón. Del otro lado del auto, un niño delgaducho y con cara de idiota mira, boquiabierto, el BMW.

Las otras tres personas que cercan a sus sobrinas son mujeres. Dos son viejas. Un par de ancianas que visten el mismo traje de tela color *beige*. Una es más alta que la otra. La más pequeña tiene el pelo canoso tan largo, que le cae por la espalda. La más alta lleva el pelo corto y teñido de un rojo cereza brillante. En sus manos llevan unos panfletos y, en sus pechos adornados con camisas de un deslucido color mostaza, cuelgan pequeños rosarios. En medio de ambas hay una mujer tan delgada que parece anoréxica. Tiene la espalda encorvada y el aspecto agrio de una vagabunda. Un sucio cabello gris cae por su demacrado rostro.

—Son mis sobrinas —dice Joanna—. Son mis sobrinas, no mis hijas.

Se detiene frente al grupo. La presencia del revólver en sus manos hace que aquellos extraños guarden la distancia. Eso es bueno. Lo malo es que siguen interponiéndose entre sus chicas y ella. Y no parecen querer

moverse. Por si fuera poco, el hombre del bate, a diferencia del resto, no parece tener ni un atisbo de miedo.

Escucha a las ancianas susurrar. La mujer drogadicta comienza a rodearla, cabizbaja, como una hiena. El hombre gordo hace lo mismo por el otro lado de su cuerpo.

—No permitiremos que las mates —dice el hombre del bate con voz ruda—. No permitiremos que sigan matando niños.

—No son mis hijas —vuelve a decir. Da dos pasos.

Las ancianas, lejos de temer, se ponen frente a ella.

—Dios nos presenta a sus demonios —dice la fanática de Jesús más alta—. Y nosotros somos sus ángeles.

—Y nosotros somos sus ángeles —repite la fanática de Jesús más pequeña.

Joanna ve cómo el hombre del bate pone las manos por la ventanilla rota. Busca el seguro. Sus sobrinas se sacuden al interior del vehículo. Sus gritos infantiles hacen que el corazón de Joanna dé un vuelco. Sus pulsaciones corren a mil.

De repente, uno de los rayos solares se proyecta en los vidrios rotos que han caído al suelo. Se levanta una línea cegadora justo sobre sus ojos. Se ve obligada a cerrarlos. Un resplandor anaranjado subyace en su visual. Alcanza a ver la sombra de un niño, sobre un barril de pólvora. El chico sonríe maliciosamente. Luego enciende un fósforo. Joanna siente la temperatura ascender en su cabeza. Se siente agotada. A punto de desmayarse.

Hace un esfuerzo por continuar consciente. Abre los ojos. El hombre del bate ya ha abierto la puerta. Lo oye hablar con sus gemelas.

—Cálmense —les dice—. Las mantendremos a salvo. Su madre ha enfermado, pero nosotros impediremos que les hagan daño.

Las chicas no dicen nada. Gritan. Es todo.

—No ha enfermado —dice la fanática de Jesús más alta—. Ha sido poseída por Satanás.

—Pero acá están los ángeles de Jehová —dice la fanática de Jesús más pequeña, con un orgullo apasionado que no conoce el miedo.

Joanna apunta con el revólver y, entonces, lo comprueba. El par de viejas no parece inmutarse. El hombre del bate, tampoco. Sigue, como un tonto hombre que intenta sonar decente, asustando con sus tontos consejos a las

gemelas. El niño sigue mirando el auto con cara de estúpido, aunque se ha alejado varios pasos de la escena. El hombre gordo la mira con estupefacción, como un tonto hombre en un zoológico mirando a... una bestia. Sí, Joanna tiene la impresión de ser algo así como una bestia. Recuerda a la mujer de aspecto demacrado. Ya no está a su lado. Se gira hacia atrás rápidamente. La mujer no está. Ha desaparecido.

Aquel movimiento veloz hace que sienta un mareo. Náuseas. El mundo soleado da vueltas a su alrededor. El chico que estaba sentado en el barril ha caído sobre su masa cerebral. Siente el golpe. El fuego del fósforo se enciende en la superficie de su colapsado estado mental. Y la amenaza de fuego se arrastra en su consciencia como una culebra venenosa. La mordida, el veneno, la puta explosión, se acerca. Debe hacer algo o aquello se saldrá de control.

El hombre gordo ha dado un paso de valentía hacia ella. El hombre del bate ha estirado la mano hacia una de sus chicas. Parece querer tocarlas para tranquilizarlas. El niño se ha acercado al auto e intenta abrir la puerta trasera. Y las ancianas están sobre ella, cada vez más cerca.

La más alta ha tomado su crucifijo y lo acerca a su cara con insolencia. La segunda hace lo mismo. Comienzan a orar. Su aliento a café con leche cae, en forma de baba, sobre el rostro ensangrentado de Joanna.

Siente cómo la sangre del hombre de la barbería se acumula en su nariz. En la punta de esta se forma una gota. Cae sobre sus labios. Aquella situación es exasperante. El bullicio da tumbos sobre ella. Tiene unos enormes deseos de gritar. Siente una mano en uno de sus brazos. Se trata del hombre gordo. Joanna se eriza. Recuerda que la mujer demacrada ha desaparecido. Aquello ya se ha salido de control. Debe disparar. Lo hace. La cabeza de una de las fanáticas de Jesús estalla. Era la mujer más grande.

La cara de su compañera queda llena de gotitas de sangre. Parecen lunares. Joanna sonríe con inquietud.

De pronto, todo pasa muy rápido. Los gritos siguen a su alrededor, como si su disparo no hubiera servido de nada. Salvo por el niño que ha salido corriendo, los demás continúan abalanzados sobre ella. La voz de la anciana fanática de Jesús, tras la muerte de su compañera, ha cobrado bríos. Los gritos de sus gemelas también. Descubre que el hombre gordo intenta quitarle el arma. Descubre, además, que la mujer de aspecto demacrado está detrás de ella. Ha puesto un cuchillo en su garganta.

—Baja el arma, puta —le dice con voz agria—. Baja el arma o te corto el cuello.

—No son mis hijas —dice Joanna—. Son mis sobrinas, no mis hijas. No les quiero hacer daño. Quiero salvarlas.

Baja el arma y se la entrega al hombre gordo. El hombre, sudoroso, mira el arma sin saber qué hacer con ella. La mujer demacrada se la quita de las manos con una habilidad extraordinaria. Sin soltar a Joanna, guarda el arma con una mano detrás de su camiseta.

Aquella mujer desprende un feo olor a orina, axila y humedad. Joanna desea quitársela de encima. La vagabunda, que la llama *puta*, le recuerda a Maicol. Le recuerda al hombre de la barbería. Le recuerda que no es más que una jovencita estúpida e indefensa. Jodidamente indefensa. Y que no puede, claro, proteger a los suyos. Y esa sensación de indefensión es desagradable. Huele mal. Huele a una vagabunda que se mea encima y que no se baña en años.

—Dame la llave del BMW —ordena el hombre del bate. Abandona por un momento a las gemelas. Mira a Joanna con soberbia—. Llevaré a las niñas a algún orfanato. O a algún refugio.

—No me las quites, por favor —ruega Joanna—. Son mis sobrinas. Las amo. Quiero devolverlas con su padre. Es todo.

—¡Dame la llave!

—Dale la llave —repite la vagabunda—. Dale la llave, puta.

Joanna se siente como una boba colegiala en aprietos. Está llena de ira. Y un nuevo barril con pólvora parece acumularse en su cerebro.

—¡Dame la llave! ¡Dámela o te daré un batazo en la cabeza!

—Dale la llave —dice el hombre gordo con una molesta voz refinada—. Dale la llave, puta.

Y otra vez aquella palabra.

Odia esa condenada palabra.

Put.

Incluso ese gordo burócrata que parece sacado de una oficina bancaria se da el placer de llamarla así. Su rabia interior asciende. Mira a la fanática de Jesús sobre el pavimento; muerta. Mira a su compañera, arrodillada a su lado y lanzando una silenciosa oración con el rosario entre las manos. Aquella escena no le produce tristeza. Le produce un extraño y desconocido placer. Y ese placer vigoriza el fuego interior. Pero ahora no tiene cómo

defenderse. No tiene cómo estallar. No tiene arma. Y una navaja circunda su cuello. Entonces, su rabia se canaliza en una desesperante sensación de impotencia que la hace llorar como una tonta niña indefensa.

No le queda de otra que entregar la llave. Busca en el bolsillo de su pantalón. Da con la libreta del guardia de la clínica. Recuerda el asunto de los zupatecas y el incendio. El asunto de sus planes. Se van. Se van a la mierda. Junto a sus sobrinas.

Encuentra la llave. No quiere sacarlas del bolsillo.

—Apresúrate, puta —dice la vagabunda.

Joanna mira hacia todos lados. No parece haber nadie que pueda ayudarla.

—¿Qué esperas? —dice el hombre del bate con una inusual voz de calma. Le estira la mano—. Tranquila, mujer. No les haré daño a tus hijas. Las pondré a salvo.

—No son mis hijas —se anima a responder. Su voz casi ni sale de su boca. Se encuentra agotada—. Que no son mis hijas, maldita sea.

¿Por qué diablos les cuesta entender algo tan simple? ¿Por qué no la escuchan? No es la mamá de las gemelas y ya. Mira a sus chicas. Ellas ya no gritan. Lloran. Lloran desconsoladamente. Han sufrido tanto las últimas horas, que Joanna siente una horrible pena por no poder ayudarlas. Por no poder hacer nada por defenderlas y cuidarlas. Y las perderá. Las perderá para siempre.

—La llave, puta —dice el gordo—. Ya ríndete y entrega la llave, maldita puta.

Joanna mira al hombre gordo. Le da asco. Siente un potente deseo de darle un puñetazo. En su mirada no hay miedo porque ella mate a las chicas. No hay un dejo de heroísmo en su actuar. No hay más que disfrute. Aquel hombre disfruta verla sufrir. Parece sentir un placer sucio y corrompido al verla impotente. Y el llamarla *puta* parece aumentar su placer. Sus mejillas sonrosadas y sudorosas se expanden hacia los lados, al tiempo que sus labios secos y anchos se abren. Sus dientes amarillos se disponen a dejar a la vista su lengua babosa, y la palabra *puta* no tarda en salir de su alma obscena.

Joanna finalmente se rinde. Entrega la llave. El hombre del bate la toma. Se acerca al BMW. Joanna siente cómo la vagabunda le quita el cuchillo de encima. Antes de que Joanna diga algo, la mujer la empuja al suelo. Debido

a su cansancio y nervios, cae de culo sobre el pavimento. Su cuerpo da con los pies de la fanática de Jesús muerta.

Ve cómo el hombre del bate abre la puerta delantera del descapotable. Entonces, Joanna ríe tontamente al recordar algo: el puto auto no tiene gasolina. Lo había olvidado por completo. Aquello le da una luz de esperanza. Efímera, después de todo, ya que aquel hombre bien puede tomar a las chicas y llevárselas a otro lugar. Antes de siquiera pensar en algo, la vagabunda se abalanza sobre ella con el cuchillo en alto.

—¡Te mataré, puta! —grita la sucia mujer—. ¡Te mataré, maldita puta!

Acerca el cuchillo a la cara de Joanna, quien intenta cubrirse con su brazo. El metal filoso no alcanza siquiera a rozar su piel. La vagabunda cae sobre ella. Cae muerta. Un inesperado balazo le ha atravesado la garganta.

Mira hacia el lugar del balazo. Un hombre conocido se acerca. Es Félix, el viejo conserje de la escuela técnica, con una enorme escopeta de caza en sus manos.

—¡Largo! —exclama—. Dejen en paz a la mujer, o les volaré los sesos.

La llave del BMW cae al suelo. El hombre del bate sale huyendo. La mujer fanática de Jesús se queda en el suelo, rezando. No parece importarle nada. Joanna se pone de pie lentamente. Félix la ayuda.

—Maldición, profesora, tiene un aspecto horrible.

El hombre gordo sigue ahí. Mira al conserje con cara de estúpido.

—Las chicas —dice él—. Las madres están matando a sus hijas. Esta puta...

Joanna se inclina al piso. Saca el revólver de entre el cuerpo de la mujer vagabunda. No duda en dispararle al hombre gordo. Le dispara a la cara. Su rostro regordete estalla de manera grotesca y perversamente divertida. El cadáver no tarda en caer de cara sobre el cemento.

Mira a sus sobrinas. Luego mira a Félix.

—Debo encontrar al padre de mis sobrinas.

Félix le sonríe con amabilidad, y un dejo de tristeza.

—Y yo a mi nieta —dice.

A los segundos, Joanna y Félix, junto a dos niñas iguales, caminan hacia el viejo auto del conserje de la escuela. Aquella máquina oxidada tiene gasolina. Delante del grupo se abre una enorme ciudad de laberíntico y sangriento futuro. Detrás, tres muertos secándose en la acera y una religiosa lanzando una silenciosa plegaria.

Sí, piensa Joanna, los planes de Dios todopoderoso son raros... y siniestros.

Culmina su idea con aquella frase publicitaria.

Cómo nos cambia la vida en un segundo.

Quiere sonreír. Pero le es imposible hacerlo.

33

—He matado —susurra Joanna—. Y no siento remordimiento.

—Creo que yo también —confiesa Félix—. Esta cosa saca lo peor de nosotros.

Le tiende a ella un poco de papel higiénico. Comienza a sacarse la sangre del rostro.

—¿Esta cosa? —pregunta confundida—. ¿Qué es todo esto?

—No lo sé.

—¿Es el juicio final?

Félix le da un breve vistazo al espejo retrovisor. Joanna recuerda a sus sobrinas. Deja de hablar sobre demonios.

—Mi nieta —empieza Félix, mientras conduce con cautela—. Estaba en una presentación de *ballet*, en el teatro, junto a sus compañeras y madres. Al llegar, después del caos, solo encontré eso. —Apunta la sangre seca sobre el papel higiénico—. Y, claro, otras... otras cosas. Pero mi nieta no estaba. —Sonríe esperanzado—. Es lo único que tengo. Debo encontrarla.

—Yo debo encontrar al padre de mis sobrinas.

Mira hacia atrás, sonriente, y esperando una sonrisa de vuelta. Sus gemelas no sonríen. Parecen temerle. O quizá no a ella, pero sí al mundo perverso que da vueltas a su alrededor. El silencio incandescente y el vacío postapocalíptico que circundaba las afueras de la ciudad, poco a poco son reemplazados por imágenes caóticas.

Vehículos policiales, de bomberos y ambulancias, detenidos por todas partes con las sirenas encendidas. Hombres y mujeres, sentados en los jardines de sus casas, sosteniendo cadáveres. Llantos y gritos esparcidos por cuadradas, como el canto de buitres enajenados revoloteando sobre un cementerio de tumbas abiertas. Ve vehículos particulares accidentados sobre las aceras. Una que otra mujer convertida en zombi, deambulando por las calles. Buscan a sus hijos e hijas, por supuesto. El caos de esa primera mañana postdesastre hace que Joanna recuerde: todo el mundo tiene una

madre. Ah, claro, y las familias, pilar social, se han roto. Un desperfecto materno les ha comido los pies.

En ese sitio es difícil encontrar a alguien con vida.

—Su padre está bien —dice entonces—. Él estará bien.

Las chicas no dicen nada. Se animan a mirarla con temor. La miran como lo haría cualquier infante que ha visto a un ser querido cometer un crimen. Ella es una asesina. Una doble asesina. La fanática de Jesús y el hombre gordo. Y Félix le ha abierto la garganta de un escopetazo a la vagabunda. Aquellas niñas viajan en el asiento trasero de un auto oxidado, en medio de una ciudad aterradora y angustiante, y bajo la protección de dos asesinos. Ni mami ni papi están para protegerlas. Joanna, empática, se pone en su lugar de niñas asustadas. Tiene la necesidad de abrazarlas y hacerles cariño. Pero está agotada.

—Papi estará bien —se anima a decir—. Lo encontraremos y él se quedará con ustedes. Luego buscaré ayuda para su madre. Todo estará bien.

Las niñas no dicen nada. Elizabeth la mira fijamente. Parece llamarla mentirosa. Mentirosa y asesina. Camila, ligeramente más ingenua, se infunde esperanza. Dice que sí con la cabeza.

—No se preocupe, profesora —dice Félix—. Ellas estarán bien.

—Su nieta, don Félix. Ella también lo estará.

—Usted estaba en el paseo de verano con sus alumnas y sus amistosas apoderadas, ¿cierto?

—Así es.

—Sus alumnas, ¿ellas?

Joanna mira de reojo la sangre en el papel higiénico que sostiene sobre sus piernas. Niega con la cabeza. Ve cómo Félix traga saliva y anula una lágrima.

—Las niñas —dice Joanna con calma—. Ellas están bien. Siempre están bien.

Félix parece consternado. Aprieta el volante de su auto y mira la calle con escaso entusiasmo. Después de todo, piensa Joanna, aquel viejo llevaba trabajando en la escuela técnica más de una década. Había visto crecer a esas niñas. Eran parte de él.

—Lo lamento —susurra Joanna.

Félix guarda silencio.

—¿Dónde vive el padre de las niñas?

—En la zona sur, por la laguna de avenida Franklin.

—¡Es una casa naranja! —dice Camila con emoción.

—Lejos —se lamenta Félix.

—Pero tiene un taller mecánico cerca del centro, por la costanera —indica Joanna—. Estamos a menos de dos minutos. Cabe la posibilidad de que esté allí.

Está segura de que está allí. Florencia siempre decía que el ebrio de su ex solía dormir sus borracheras en aquel sucio sitio. Y, bueno, acostarse con sus prostitutas.

El auto llega a un semáforo en rojo. Félix dobla hacia la calle lateral. Un hombre grita sobre el pavimento. En sus brazos sostiene el cadáver de un niño. Detrás, en el umbral de una enorme casa, una mujer yace muerta. El metal de un cuchillo resplandece sobre su cabeza.

—Niños muertos por sus madres —susurra Félix. Acelera, haciendo que esa imagen quede atrás—. Y madres asesinadas por sus esposos. La historia de la familia feliz cae al barranco.

Joanna mira a sus sobrinas con preocupación.

—Aquella escena se repetirá por toda la ciudad —insiste Félix—. Los humanos somos seres de costumbres. Curiosa habilidad, pero nos acostumbramos a cualquier cambio, por terrible que nos parezca. Dioses, incluso nos acostumbramos a la muerte de un ser querido. —Hace una mueca de desasosiego—. Incluso a eso nos acostumbramos.

Joanna recuerda a su madre. Todavía no se acostumbra al suicidio mal acabado de esa mujer, pero sí al trauma y alucinaciones que le provoca el recuerdo. Y sabe que, algún día, también se acostumbrará a la muerte de mami. Así que, sí, el viejo conserje tiene razón.

Con una velocidad extraordinaria, el auto llega a la costanera. Toma el acceso norte, apegado a la costa. El océano Pacífico, sosegado y expectante, los mira con su salino oleaje plácido, atravesar la calle de la costa, la cual se encuentra sumida en un silencio lleno de suspenso.

Un par de vehículos abandonados, con puertas abiertas y focos encendidos, reposan de mala manera sobre las vías. Félix maniobra para quitárselos de encima. Joanna mira los asientos y palmeras de la costa, junto a negocios y centros de juegos, completamente vacíos. Aquel paisaje que antaño la llevaba varios kilómetros hacia el norte, a la playa, y que solía

producirle emoción, ahora le produce desconsuelo y, otra vez, esa jodida sensación de sentirse abandonada y diminuta.

Por el otro lado de la calle, el mismo espectáculo desolado, solo que, en vez de un paraje con vista al mar, allí solo encuentra pequeños edificios, bares, locales comerciales, galerías y, bueno, más bares. En su mayoría, de mala muerte. Los buenos bares, sabe Joanna, se alzan hacia el norte. Hacia el estuario y la playa. En aquel lado más céntrico de la costa solo hay galerías comerciales de baratijas. Y, a medida que se acercan a la parte más alejada del centro, aquella calle se convierte en la base de bares malolientes y residenciales de mala reputación. De sus mamparas, Joanna sabe, tipos hostiles la observan. La sensación de sentirse vigilada persiste. Espera que uno de esos tipos sea el padre de sus sobrinas.

Está por averiguarlo. Le dice a Félix que se detenga. El taller mecánico se encuentra cerrado. Una enorme pared de metal negro la recibe. Con pintura blanca se lee: *TALLER MECÁNICO DE JOHN. EXPERTO EN AMORTIGUADORES Y NEUMÁTICOS*. Bajo las letras, una puerta de oxidado metal le cierra el paso.

—El taller de papi —confirma Camila.

—Esperen aquí —dice.

Baja del vehículo y golpea la puerta. Golpea por cerca de un minuto. Nadie responde. Se rinde. La frustración la impulsa a darle de patadas al portón. Toma el pestillo, por si las dudas, pero claro, aquel puto taller se encuentra con llave. Suspira.

Félix baja del vehículo y se queda junto a ella.

—Si le doy un balazo. —Joanna apunta el portón—. ¿Cree que se abra?

—No —dice Félix.

Golpea un poco más, casi desesperada. Nota que Félix mira en derredor, nervioso. Carga la escopeta en sus manos.

—Pruebe con la escopeta —dice Joanna.

—Los golpes han resonado por toda la cuadra —explica el viejo conserje—. Cualquiera, del otro lado, escucharía.

—Tal vez está con resaca. Tal vez el miedo y la preocupación por el paradero de sus hijas le ha empujado a beber. Quizá está con resaca.

—Es casi mediodía. —Félix mira el cielo, como si un reloj invisible confirmara sus ideas—. Por más alcohol que haya bebido, ya es hora de que cualquier resaca claudique. Vamos, profesora, el padre de sus sobrinas no

está aquí. Debemos irnos. Tal vez está en la casa naranja que ha mencionado una de las niñas. Debemos ir para allá lo antes posible y...

—Cálmese. Lo noto preocupado. ¿Y por qué ha bajado con la escopeta? Don Félix, esto parece un apocalipsis zombi, pero no lo es. No hay zombis come cerebros rondando cerca. Solo madres parricidas que, sí, parecen zombis, pero no comen más que a sus hijos. Ni usted ni yo tenemos a nuestras madres. Y la madre de mis sobrinas está muy lejos de aquí. ¿Acaso teme que otra multitud iracunda venga a por nosotros, creyendo que las gemelas del auto son mis hijas?

Don Félix no responde. Parece preocupado. Y alerta.

Miedo, dilucida Joanna. Hay miedo en el rostro del viejo.

Y el miedo se contagia como el más macabro de los virus.

Una idea aterradora atraviesa el alma de Joanna.

—¿Acaso las madres zombis ya no solo matan a sus hijos? ¿Acaso ahora matan a cualquier niño? ¿A cualquier persona? ¿Acaso el apocalipsis zombi no ha hecho más que empezar?

El viejo guarda silencio. Joanna no soporta eso. El miedo a que sus dudas sean respondidas de manera afirmativa contagia de miedo todos sus sentidos.

—No, no es eso —dice don Félix, por fin—. Solo que debemos irnos rápido de esta ciudad. Encontrar al padre de las gemelas y a mi nieta e irnos. Irnos lejos de... ellos.

—¿Quiénes son *ellos*?

—Mi escopeta —empieza Félix—. Tenía ocho cartuchos al salir de casa ayer por la tarde en búsqueda de mi nieta. Ahora solo tengo uno. Sí, le disparé a la vieja que te quiso apuñalar, pero el resto de tiros, ¿sabes a quién más le he disparado?

—¿A madres asesinas que querían comerse a sus hijos?

—No, profesora. No he andado desperdiciando balas por ahí, jugando a ser héroe. No he matado a ninguna madre zombi. Sé que suena feo, pero es verdad. Yo salí a buscar a mi nieta, no a salvar chicos. Tenía la intención de hacerlo, lo juro, pero entonces tropecé con *ellos*. Maté a algunos y sé que les ocasioné varias heridas a otros, pero... —Félix guarda un repentino silencio. Levanta una ceja. Parece querer escuchar algo. Joanna se contagia de incertidumbre y miedo. Sí, el miedo sigue ahí. Ahora más potente. Félix, finalmente, abre la boca—: ¿Escucha eso?

Y el miedo crece.

Joanna agudiza el oído. Entonces escucha.

Se trata del llanto de una niña. De una pequeña niña.

Ambos terminan mirando hacia un callejón que se abre en un costado del taller de John.

—Hay que salvarla —dice Joanna.

—No. Hay que irnos.

—El día de hoy he matado a dos personas —menciona Joanna—. Debo hacer algo bueno. Debo salvarla.

—Debemos irnos. Si seguimos más tiempo en esta ciudad, tendrás que matar más personas.

—Con mayor razón —termina Joanna—. Debo hacer algo bueno. Debo salvar a la niña. Usted quédese aquí, don Félix, con mis sobrinas. No tardo en volver.

Joanna corre hasta el callejón. Cuando sus sobrinas no la ven, saca el revólver y corre. Alcanza a oír las últimas palabras de Félix.

—Es valiente, profesora... —le dice él.

La distancia no le permite escuchar el resto.

Pero don Félix ha abierto la boca un poco más.

—Apresúrese —termina diciendo—. Apresúrese antes de que ellos aparezcan.

34

El callejón huele a orina y humedad. Sobre ese olor ácido que se seca en las paredes existe el nauseabundo olor que desprenden los tachos de basura. Encima de uno, y olfateando las bolsas con desechos, hay un gato gris. Se detiene y mira a Joanna. No tarda en salir huyendo al fondo del callejón. Joanna lo sigue. En el costado izquierdo hay una puerta de plástico transparente que lleva hasta una escala de metal. Está cerrada, pero no con candado, sino que con una pita de lana enganchada a un alambre. La desenreda y sube la escala.

Llega a otra puerta transparente. En ella se lee: *BAR PACÍFICO. EL MEJOR BAR DE LA COSTA*. Es una puerta pequeña, que le llega hasta el pecho. Se encuentra sin candado y sin ningún rústico seguro. Empuja. Llega hasta el techo de un sitio herrumbroso y sucio. Varias mesas y sillas plásticas, junto a un enorme parlante y plantas decorativas —también de

plástico— le dicen que se encuentra en la terraza de un sucio bar de mala muerte.

Se abre paso entre las mesas y sillas. Cree que el llanto del bebé, que ha aumentado en los últimos minutos, proviene del interior del bar. Camina hasta un pórtico rodeado de papel mural color celeste y agudiza el oído hacia el interior. No tarda en darse cuenta de que estaba equivocada. El llanto viene del exterior. Y de abajo. Entonces se acerca a la orilla de la terraza y mira hacia el edificio contiguo.

Al lado hay una roñosa casa de madera desteñida, derruida y llena de mierda de palomas. Joanna mira el patio que se extiende justo del otro lado de donde ella está. Alcanza a ver un verde césped recién cortado, rodeado por una enorme pandereta de cemento, cuya altura, justo del lado del bar, es más alta de lo común, casi como una torre —seguramente para impedir las miradas de los visitantes del bar— cuyo volumen de concreto, como una cortina de hierro, le impide a Joanna ver a la pequeña dueña del llanto.

Se devuelve al bar. Toma una de las sillas. Se sube encima. Se cuelga de la pandereta y se queda sobre ella con dificultad. Su pierna derecha queda hacia la casa contigua. Su pierna izquierda mira hacia el bar. De costado, sobre la pandereta, y teniendo la boba impresión de montar sobre el lomo de un elefante, mira por un breve instante la panorámica de la ciudad. Sus ojos se clavan en la costa y el océano Pacífico. El llanto de la niña, en el costado derecho, la obliga a girar la cabeza. Lo hace con cuidado para no perder el equilibrio.

Mira a la dueña del llanto. Una pequeña niña de, a lo más, tres años, con pijama rosa, de pelo rizado y mofletuda. Es la cosa más tierna que, después de sus gemelas, ha visto en su vida. Verla llorar le parte el corazón. Pero la niña no está sola. Sus pequeños brazos se encuentran enlazados a los brazos de una niña mucho mayor. Una preadolescente de, seguramente, dieciséis o diecisiete años. Tiene el pelo teñido de morado y un *piercing* atravesando sus orificios nasales. A pesar de su aspecto rebelde, un miedo vigoroso se ha infiltrado en sus rasgos puntiagudos; la chica en camino de ser una adulta parece mirar hacia atrás: hacia la vida infantil; de niña que se hunde en el miedo.

A unos metros de ellas, arrastrándose sobre el pasto, se acerca una mujer. Está llena de polvo y una delgada línea de sangre cae desde su pantorrilla derecha, justo donde tiene incrustado un cuchillo. Su pelo negro cae sobre

su rostro, enmarañado y sucio; parecen las patas de una enorme araña. Cuando alza la cabeza hacia sus, seguramente, hijas, Joanna entiende que esa mujer es en realidad un zombi. Su boca se abre y se cierra, y el golpe de sus dientes genera un ruido irritante y escalofriante. Rodeando la boca mortal, aquellas mejillas afiladas, tan delgadas que parecen pegadas a los huesos. Pómulos como volcanes a punto de estallar. Ojos enormes, amarillentos, y cuyo par de iris extendidos parecen huevos. La mandíbula alargada, como de caballo, firma con amplitud descabellada aquellos atributos siniestros.

Sus manos van hacia adelante. Las uñas se hunden en el pasto y la tierra, y empujan. Cada vez más cerca, como un enorme y feo gusano. La distancia se acorta. El miedo frente a ella, por el contrario, se alarga como un elástico. Pronto aquella cosa les golpeará la cara y les arrebatará la vida a ambas chicas.

—¡Oye! ¡Niñas! —grita Joanna—. ¡Yo las salvaré!

Las niñas la miran y una luz de esperanza atraviesa sus caras infantiles.

Joanna saca con sumo cuidado el revólver de la parte trasera de su pantalón. Luego de dispararle al gordo, le había vuelto a poner el seguro. Lo quita. Está más que familiarizada con el arma. Aun así, no cree poder apuntar y darle en la cabeza a aquella madre. No es una tiradora. La distancia es amplia. Y la altura juega un rol en sus nervios. Apunta nerviosamente y pone el dedo en el gatillo.

—¡No! —grita la niña más pequeña. Intenta deshacerse de los brazos de su hermana mayor y correr hasta donde su mami para impedir que Joanna le dispare. Su hermana hace un esfuerzo desde el suelo para impedir que la niña se le escape. Lo logra con dificultad.

La niña, a pesar de su llanto y sus intentos desesperados por huir y salvar a mami, todavía tiene la facultad para hablar. Y habla. O, mejor dicho, grita:

—¡No! ¡Por favor! ¡No mates a mami! ¡La amo! ¡La amo mucho!

Sus tiernos rizos se sacuden sobre sus mejillas infladas y tiernas. Joanna siente un estremecimiento en el alma. Esa niña tan dulce y tierna rogándole por no matar a mami.

—¡Descuida, corazón! ¡No dispararé!

Baja el arma.

La niña parece calmarse. Entierra su cara en el pecho de su hermana. La chica mayor le sonríe a Joanna. Y Joanna vuelve a preguntarse, como cada

vez que oía noticias sobre niños en peligro o dañados por adultos malévolos: ¿cómo es posible que haya gente que le haga daño a los niños? Son tan dulces y tiernos, piensa. Entonces lo vuelve a decir, porque decirlo le alivia el alma. Y les recuerda a todas, que Joanna, a pesar de su aspecto y su arma, es una buena chica.

—¡Descuida, corazón! ¡No dispararé! ¡No le dispararé a tu mamá!

Aunque eso no sea mamá, piensa.

Mira a esa mujer arrastrándose como los gusanos se arrastran sobre los cadáveres. Debe hacer algo.

—¿Por qué no escapan? ¿Por qué no rodean la casa y huyen?

La chica mayor apunta hacia el rincón más alejado del patio. Sobre la pandereta, y a un costado de un arbusto lleno de grosellas rojas y seductoras, hay una silla de ruedas caída al suelo.

—Soy paralítica —dice la chica mayor—. Yo no quise matar a mamá. Ni Alicia ni yo queríamos matar a mamá. La amamos y, sea lo que sea que esté pasando, tengo fe que terminará. —La chica ahoga el llanto y le acaricia el pelo a la pequeña Alicia—. Logré clavarle un cuchillo en la pierna, pero... —La chica mira a la mujer reptando hacia ella—. No para de seguirnos. Yo... yo intenté huir, pero tropecé. ¿Puede bajar y ayudarnos?

Joanna mira hacia abajo. Se encuentra en la parte más alta de la torre de cemento. Cerca de seis metros la separan del patio de la casa contigua. No parece mucho, pero lo es. Puede sostenerse de la muralla con las manos y dejar caer el cuerpo. Quedaría colgando, pero la distancia se acortaría un poco. Un poco bastante.

Mira a la madre de las chicas. Repentinamente, el rostro de la mujer ha cambiado. Es el rostro de su madre. El rostro deprimido que tenía el día en que se quitó la vida. A la mujer le falta un ojo. Comienza a hacer arcadas, como una ebria caída al piso, boca abajo, intentando vomitar. Vomita su ojo. Lo toma con las manos y se lo enseña a Joanna. Abre la boca para sonreír. No tiene dientes. Tampoco labios. Sonrisa amorfa bajo aquella mandíbula mutilada. Sello perverso de esa repentina ilusión.

Joanna siente miedo. Se marea. La ilusión ha acabado, pero tiene la fea impresión de tener a alguien detrás, montando, al igual que ella, la pandereta. A su madre. Ella le hablará. Está segura de eso. Nadie habla. Pero se ha sugestionado tanto, que cree oír la voz. Voz aguda y malintencionada, como los gritos de una ebria e insidiosa mujer histérica.

Salta, hija. Salta y mata al bebé que crece en tu interior. Mávalo antes de que él te mate. Quizá te quiebres unos huesos, pero qué importa, una silla de ruedas espera allá abajo, Jo. Salta y mávalas a todas. A esas jodidas niñas lloronas y a su madre. ¿Madre? No, verdad. Ambas aquí sabemos que eso no es una madre. Es un monstruo. Como yo, deslizándome en el preludio de mi suicidio mal acabado. Maldición, Jo. Jamás pude hacer algo bien. “Una zorra buena para tocar el piano”, decía tu padre.

La voz femenina ríe. Ríe a carcajadas. La risa retumba como ráfagas impertinentes que le hacen vacilar sobre la pandereta. Cree estar sobre la colina, en cuya cima, el rey de un pueblo extinto le ofrece decenas de tambores.

¡Salta, hija! Salta y, a diferencia de tu madre, ¡haz las cosas bien!

Cállate, susurra Joanna. Déjame en paz, bruja.

¡Salta, zorra! ¡Salta, ratón! ¡Salta, puta!

Cállate, por favor.

¡Tu madre ha muerto! ¡Tu padre era un machista malnacido que golpeaba a tu madre! ¡Y aun así ella lo amaba! Vaya mierda, ¿no? ¡Salta, puta! ¡Tu madre, muerta! ¡Tu padre, lejos! ¡Tu hermana y sobrinas, lejos, puta! ¡Increíblemente lejos! Y tu hijo, puta, tu hijo quiere comerte. Quiere masticarte, ¡que no oyes sus dientes!

Sí, los oye. Pero son los dientes de la madre de las chicas arrastrándose por el patio. Vuelve, paulatinamente, a la realidad.

¡Salta!

Pero la voz insiste. Joanna entiende, sin embargo, que esa voz no es de su madre. Es de otra persona. ¿Persona? Pertenece a algo. A algo ajeno a este mundo. Ajeno, incluso, a esta galaxia. Es la voz de viejos reinos muertos por el inexorable tocar de tambores de años, años y más años. Y espacio, espacio y más espacio. Una distancia infinita, como los pensamientos. Es la voz de la maldición. Es la voz de la cosa que anida en las copas de los pinos, o bajo tierra, en las raíces de estos. Es la muerte. Es el lamento de miles de madres obligadas a matar a sus hijos. Es la voz de... algo malo, inmensamente malo. Sea lo que sea.

Y la voz quiere botarla por la pandereta.

Cierra los ojos. El mareo se acentúa. Intenta controlarse. Negro. Abre repentinamente los ojos. Su madre, desnuda, está a su lado.

¡Salta!, le grita.

Joanna da un respingo. Su cuerpo se balancea y se inclina hacia el patio. Casi cae. Se controla. Un mensaje similar, pero más amable, le habla desde abajo.

—¡Salte!

Las niñas la miran, expectantes.

Debido a sus miradas y voces, junto a la apremiante cercanía que ha tomado su madre, Joanna olvida por completo la voz. Comienza a deslizarse. Toma impulso con las manos y arrastra el culo hacia adelante, lentamente por sobre la pandereta. Busca llegar a la parte final de la torre de cemento, allí donde la muralla desciende drásticamente hacia el suelo. Lo logra, no sin recibir un fuerte ardor en las nalgas y en las palmas de las manos.

Sostiene con dureza las manos en la muralla. Levanta la pierna izquierda y la lleva hacia el lado derecho de la pandereta. Ahora ambas piernas miran hacia el patio. Debido a eso, debe esforzarse en sujetar con las manos la pandereta para no caer. Desliza los dedos hacia el lado, nerviosa. Inmensamente nerviosa.

Tiene miedo de que la voz regrese.

Tiene miedo de que la madre alcance a sus hijas.

Tiene miedo, sobre todo, a caer.

Sabe que no debe hacerlo, pero lo hace. Mira hacia abajo. La distancia, de seis metros aproximadamente, parece más grande de lo que es. La sensación de vértigo le *piñizca* los pies. El ardor en la cara por los golpes y el alarido de la mano cortada por el vidrio le dicen que se apure. Entonces, el final de la torre de cemento llega a su fin. Ahora un espacio vacío de por lo menos metro y medio de largo yace a su lado. Abajo, la nueva pandereta. Si la alcanza, la distancia a superar sería de, a lo más, cuatro metros.

Debe soltarse con las manos estiradas y tomar la nueva pandereta. Suena fácil, pero no lo es. Recuerda vagamente el incendio ocurrido en la casa de sus vecinos cuando ella era una niña. Una de las hijas que vivía en la casa incendiada murió quemada detrás del cristal de la ventana del segundo piso. La ventana estaba abierta, pero la niña no se atrevió a saltar. Eran poco más de tres metros. ¿Cómo no saltó? Se preguntó Joanna, incrédula.

Ahora lo entendía. Suena fácil, pero hacerlo... la distancia cobra extrañas insinuaciones. Si cae mal, se golpeará. La sabiduría del próximo dolor la detiene como a un niño pequeño que aguarda, a la espera de una vacuna. Se

ha vacunado antes, y sabe que no dolerá, pero la certeza del pinchazo le provoca cierto nervio.

La caída, Joanna, buena o mala, dolerá.

Suelta una mano. Luego suelta otra.

Cae con las manos estiradas. Logra sostener una en la base de la muralla de abajo. La otra mano golpea el cemento y cae en el aire. El peso de su brazo, más el dolor, hacen que caiga al patio. Cae de mala manera. Un agudo dolor en el pie izquierdo le dice que se ha torcido el tobillo.

—¡Mierda! —grita.

Intenta ponerse de pie. Lo logra con una dolorosa dificultad. En su esfuerzo, una palabra llega a ella: *aborto*.

Debe abortar. Debe hacerlo antes que ese chico que crece en su vientre le haga daño.

Está segura, además, que aquel embarazo no deseado le hace oír voces.

Y esas voces, por cierto, deben de ser las mismas que escuchan las madres antes de que la maldición acabe con ellas.

Se pone de pie completamente. Las ideas, como el dolor, giran en su cabeza alborotada. Siente un tonto alivio por haber llegado al patio. Tonto, porque a pesar de haber superado la barrera de la altura, ahora debe superar el dolor en el tobillo.

Respira. Mira la pandereta. Era grande. Después de todo, era grande.

La chica preadolescente grita. Su hermana pequeña, cuyo nombre es Alicia, también. Se gira hacia ellas. Su madre se ha acercado lo suficiente para alcanzar a tomarle los pies. Sus uñas, sucias por el barro, tocan ya las zapatillas de la hermana mayor.

Joanna toma impulso y camina hacia ellas. Una última palabra inadecuada, pero presente debido a la importancia que tiene para ella, cae sobre su cerebro: *misoprostol*.

Debe conseguir aquel medicamento para interrumpir su embarazo. Es el único método que conoce, ya que en el país el aborto es ilegal. Entonces una nueva palabra, agradable, aparece: *farmacia*.

Sí, concluye, intentará conseguir el medicamento ahora que está en la ciudad.

Se concentra, ahora, en salvar a las chicas. El patio no es tan grande. Cuatro metros desde ella hasta la pobre familia. Da un paso. El pie

izquierdo la hace bramar. Se atreve a dar más pasos. Pero no tarda en comprender que le es imposible.

La idea de darle un tiro en la cabeza a la madre vuelve a ella.

La chica inválida empuja a su hermana a un lado para ponerla a salvo. Intenta arrastrarse lejos de mamá, pero mamá le coge un pie. Abre la boca y se acerca a morderla. La hermana más pequeña se acerca peligrosamente y toma a mamá del pelo.

—¡No, mami! —dice con agitado tono infantil—. ¡No, mami! ¡No, mami! ¡No, mami!

Aquella escena sobrecogedora hace que a Joanna se le humedezcan los ojos. Apunta por instinto con el revólver a la madre. Pero entiende el amor que esas niñas sienten por mamá. Todavía, incluso, la llaman *mami*, aun cuando aquella mujer es cualquier cosa, menos una *mami*.

La libreta en su bolsillo. La palabra *incendio*. Debe ayudar. Debe ayudar a esas niñas y a su familia. Debe hacer que aquel hallazgo en la casona amarilla sirva de algo. Entonces comienza a cojear con la pierna derecha. Alcanza a llegar hasta las niñas.

Con la pierna buena, pisa la mano atacante de la mujer. Mami hambrienta le lanza una mirada de odio. Intenta ponerse de pie. Al hacerlo, sus uñas sueltan la zapatilla de su hija. La chica, entonces, se arrastra hacia su silla de ruedas. La más pequeña deja de jalarle el pelo a su madre y corre a abrazar la pierna de Joanna.

—No le haga, daño. Por favor, señora, no le haga daño a mami.

La niña le sonríe con los ojitos cubiertos en lágrimas. Jala de su pantalón y vuelve a suplicar. Joanna le revuelve su pelo amistosamente. Desea tomarla en brazos e, incluso, apretarle sus mejillas, tal como lo hacía con sus sobrinas cuando tenían esa edad. Pero el tobillo...

—No le haré daño —vocea—. La dejaremos acá mientras buscamos ayuda.

Guarda el revólver. Toma a la niña de la mano y se apresura en llevarla hasta donde la hermana mayor. Joanna, con un intenso dolor, ayuda a la joven a subirse a la silla de ruedas.

Una nueva palabra queda flotando en el ambiente: *gracias*.

Las chicas le dan las gracias. Joanna se siente eufórica. Y heroica.

Abandonan la casa, mientras la madre convertida en zombi se gira sobre el suelo y se arrastra hacia ellas. Joanna cierra el portón que da al patio y

sonríe satisfactoriamente. Esa mujer queda a resguardo.

Haber salvado a esas niñas le da optimismo. Piensa en sus planes. En encontrar al padre de sus gemelas. En abortar. En el incendio.

Incluso tiene la potente esperanza de encontrar a la nieta de don Félix.

Optimista, llega al exterior. El auto aguarda. En su interior, sus gemelas. Sobre él, expectante y nervioso, se encuentra Félix. Menea la cabeza en gesto de incomodidad. Luego le sonríe vagamente a Joanna y la ayuda a subir a las chicas al auto. Guardan la silla de ruedas en la cajuela. Cierran. Félix la mira fijamente.

—Las he salvado —le comunica, con la emoción de una niña contándole de su última sobresaliente calificación a su padre.

Félix hace una mueca que intenta acabar en una sonrisa. No puede hacerlo. Mira en derredor, preocupado.

—Tardaste, no debiste hacerlo. —Mira su escopeta de caza—. Nos pusiste en riesgo.

—Salvé a dos niñas —se queja Joanna—. ¿Acaso no vale la pena?

—Debemos apurarnos. Debemos salir de aquí.

Y una nueva palabra cae sobre Joanna: *miedo*.

Muta rápidamente a otra: *ellos*.

—¿Quiénes son *ellos*?

—Lo explicaré después. Debemos encontrar al padre de tus chicas y...

Félix hace ademán de ir al asiento delantero del auto. Joanna lo toma del brazo.

—Don Félix, me está asustando. Dígame, ¿quiénes son *ellos*?

El conserje se muerde los labios.

—Personas —responde al fin—. Personas muy extrañas. Y malas, profesora, muy malas. Parecen haber llegado junto a la maldición. Parecen venir de Adoración. Jamás los había visto por acá. Los he llamado *los adoradores*.

—Gente de Adoración visita la ciudad todos los días —le recuerda Joanna.

—Estos son distintos —se apresura en decir él—. No son campesinos adoradores de pinos. Son seres siniestros, adoradores de... adoradores del diablo.

Una nueva palabra se queda en la panorámica de Joanna: *adoradores*. Aquel mote de un grupo de gente malvada mastica sus otras ideas.

Sus planes.

Y su optimismo.

Y lo mastica, Joanna intuye, para siempre.

35

Son adoradores del diablo.

La casa naranja del padre de sus gemelas se encarama sobre un pretérito siglo, de eternas cualidades malévolas. Finalmente, y luego de un extenso recorrido por la ciudad, han llegado a su destino. Las voces de las niñas pequeñas, desde los asientos traseros, encumbraban márgenes inocentes que empujaban a los adultos de adelante a guardar silencio.

Son adoradores del diablo.

No podían hablar de eso delante de las niñas.

Pero aquella frase perdura con onda difusión secreta, bajo la franja polvorienta del silencio. Está ahí, oculta, como basura escondida bajo una alfombra. Se propaga por el sistema nervioso de Joanna, como diminutos ácaros deslizándose por las hendiduras de las tablas, viejas y ulceradas, que soportan sus emociones. Intrusos son, en su espíritu previamente optimista, ahora incierto, dramático y roído por diminutos invasores; por seres que viven junto a ella, pero que no ha visto jamás. Son adoradores del diablo.

Los adoradores están junto a ella, morando en su conciencia y desbaratando cualquier luz que la casa naranja pueda ocasionar. La casa naranja, donde vive el padre de sus gemelas, es la dirección final de todas sus incertidumbres. Allí, en aquel castillo anaranjado, sus niñas estarían a salvo. Pero algo ha pasado. Un desperfecto. Adoradores del diablo parecen anidar dentro, del otro lado de las ventanas, y aprecian y susurran, con ojos enormes y verdes, como cañones de viejas guerras; y como voces fatigosas, avezadas ya a la corriente demoniaca que claman, que disgregan, como ventosa lúgubre de los muertos de muchas épocas.

Joanna desciende sola. Las chicas deben esperar. El silencio la rodea. El sol resplandece en el cielo raso de verano. La casa está ahí, frente a ella, iluminada como una vela que busca esclarecer, no las buenas ideas, sino las malas que, como sombras de dudas, se trazan en la acera; como el mensaje premonitorio de que algo anda mal. El destello de una luna llena, nigromántica y muerta hace muchos años, se iza en el cielo como la heráldica de un lugar naranja, supersticioso; donde seres de gibosa postura,

de vientres hinchados y cubiertos con pieles de animales salvajes, extintos y malditos, adoran al diablo.

Joanna pone la mano en el picaporte del portón. Abre. Un sobresaliente alarido metálico huye de las bisagras oxidadas. Arañas, en las grietas de la resonancia, evaden con rápido movimiento de patas, su presencia. Un fugaz movimiento desde la casa del lado. La persiana se sacude vagamente y, Joanna sabe, alguien la mira.

Camina por el corredor de baldosas blancas. Llega hasta la puerta principal, de color cereza, y golpea. Pero la puerta está abierta. Se gira hacia sus chicas, sonriente y esperanzada. Las chicas le devuelven la sonrisa. La chica inválida y su hermana pequeña también le sonríen. Félix, detrás del volante, la mira con premura. Sus ojos celosos de anciano preocupado, parecen decirle que se apure, ya que los adoradores andan cerca.

Joanna quiere decirle que no se moleste. Esos malditos adoradores ya han llegado. Han entrado a su cabeza. Culto negro, como nubes en un atardecer apocalíptico, cubierto de tornados de murciélagos y moscas, cruzan la plataforma de sus ideas, como una brisa de pérfidas turbaciones, alterando la paz en onduladas secuencias de horror. Han masticado su optimismo y han vuelto todo más sombrío y más viejo. Es el boceto mal dibujado de los malos presentimientos, que vienen desde sitios lejanos y extraños. Que vienen del Sudeste Asiático.

Joanna lo comprende, aquellos adoradores del diablo son la personificación del mal que anida en las malditas catacumbas, añosas y ácidas, de Adoración.

Empuja la puerta.

Nuevamente el sabor del peligro vibra debido al lamento de las bisagras oxidadas.

—¿John? —pregunta—. John, ¿estás aquí?

No hay respuesta. El interior de la casa circunda un mundo sin luz. Las ventanas están cubiertas por cortinas grises. En aquel sombrío espectáculo, se cuelan algunas líneas de luz solar que logran entrar por los bordes de las cortinas. Generan, vagamente, un extraño sentido onírico y melancólico en toda la casa.

Joanna se atreve a entrar. El peso de sus pies sobre las tablas del piso genera un molesto e inquietante chirrido que le pone los pelos de punta. Sintiendo la asfixiante sensación de toparse con un fantasma o, en su

defecto, con una mujer convertida en zombi, se apresura en sacar su celular y encender la linterna.

Desparrama la luz sobre las paredes. Se topa con cuadros, fotos y, al final, el interruptor. Enciende la luz. Sorprende a una persona. Joanna se sobresalta. Ahoga un grito. Es una anciana, de pie, a tan solo dos metros de ella.

—Hola, ¿quién es usted? —le pregunta, luego de recuperar la respiración.

La anciana sonríe. Sus arrugas, en su pálido rostro, se expanden. Una verruga bajo su labio inferior parece a punto de estallar.

—¿Es usted la señora Florencia? —pregunta la anciana.

—Soy la hermana menor. Mi nombre es Joanna. ¿Sabe dónde está John?

—Duerme. Anoche estuvo bebiendo.

—¿Quién es usted? —insiste.

—Amelia, la madre de John.

Joanna esgrime una sonrisa que no precede nada bueno. Lo sabe.

La anciana la mira. Parece haber despertado recién. Tiene el aspecto de una mujer que enfrenta sus últimos días de vida antes de que el cáncer se la coma por completo. Sus ojos amarillentos y sus mejillas tiesas, casi sin carne. Casi un pedazo de piel rugosa adherida a los huesos. Parece un espectro. Algo en ella resalta de manera grotesca. Es su abdomen. Yace hinchado, como una pelota.

Joanna siente un escalofrío.

—¿Quiere galletas? —ofrece Amelia con amabilidad—. También tengo jugo de mango.

—Un poco de jugo estaría bien —miente.

La anciana va a la cocina. Libre de su presencia, Joanna suelta un suspiro resignado. Da unos pasos hacia el fondo de la sala. Sentado sobre un sofá, dándole la espalda y mirando hacia la ventana, hay un hombre.

—¿John?

No responde. Yace quieto ante el cuestionamiento.

La anciana ha dicho ser la madre de John.

Y las madres matan a sus hijos, ¿no?

Maleficio del destino, o despiadado acto de Dios, el padre de sus gemelas estuvo el día del desperfecto junto a su madre.

Joanna tiene la impresión de que, tal vez, ella lo olió hasta aquí. Amelia, convertida en zombi, recorrió la ciudad olfateando a su hijo para comérselo.

Aquella idea le produce un nuevo escalofrío. Quiere salir corriendo de la casa. En su lugar, camina hasta John. Se pone frente a él. La cabeza del hombre está ladeada hacia la derecha. Parece dormido. Sin embargo, en su cuello, una profunda herida deja a la vista un pedazo de carne y sangre. Mucha sangre. Restos del líquido rojo han caído sobre su camisa verde. La prenda se encuentra desgarrada. La piel del abdomen se expone abierta a mordidas. No tiene órganos en su interior, solo un hueco rojo y un trozo de tripa colgando cerca de la pelvis. Ha sido devorado. John ha sido devorado, desde sus intestinos, por su propia madre.

Joanna hace una arcada.

Sobre el hombre muerto, tímidos rayos solares entrando por la orilla de la ventana, esclarecen la podredumbre de una trágica verdad.

El padre de sus gemelas ha muerto.

El primer plan se ha ido por el drenaje, conservándose en las cloacas del pesimismo. Allá abajo, ulcerándose en las entrañas húmedas de las malas sensaciones, Joanna escucha los gritos. Son los coros de una muchedumbre de adoradores del diablo que, como un hormigueo detrás de su cabeza, le dice que las cosas van mal.

E irán mucho peor.

36

—Estaba sentado en el sofá —dice Joanna—. Con el cuello herido. Tenía una mordida en el cuello. Y el estómago... abierto, con los intestinos afuera.

—Lamento oírlo —suelta Félix.

Ambos fuman cigarrillos en el estacionamiento de un supermercado cercano. El sol de la tarde cae sobre los pocos vehículos abandonados que reposan sobre el cemento. A pocos metros de ambos se encuentra el auto viejo y desaliñado de Félix. En su interior, las gemelas y las hermanas parecen buscar, al igual que los adultos, respuestas.

—No sé cómo decirles que su padre ha muerto.

—¿Qué hay de su madre?

—La dejé en un granero, amarrada. Espero ir por ella pronto.

—¿Crees poder salvarla?

—La madre de John, la abuela de las gemelas, se había alimentado de su hijo, pero cuando la vi, salvo por su estómago hinchado, ya no parecía un zombi. Tenía secuelas en el rostro, pero actuaba con una normalidad casi

escalofriante. No tenía idea, aparentemente, que su hijo yacía muerto en el living.

—¿Dices que no recordaba habérselo tragado? —pregunta Félix. Luego le da una larga calada al cigarro.

—Al parecer sí. Me dio la impresión de que esa anciana no tenía idea de lo que había hecho. Eso me da esperanza con respecto a mi hermana.

—Sí, pero la anciana tuvo que matar a su hijo para volver a la normalidad —le recuerda Félix—. Si quieres que tu hermana deje de parecerse a un zombi, primero tendrá que acabar con sus hijas. —Le da otra calada al cigarro y mira a Joanna con aflicción—. Lo lamento, profesora, pero esta mierda es perversa. No parece haber solución. —Fuma una vez más. Deja el cigarro en la boca. Bota el humo por la nariz. Apunta con el mentón a una mujer encorvada y de aspecto monstruoso que atraviesa la calle del frente—. Mira eso. Es realmente perverso. Esa mujer parece salida del infierno.

Joanna mira a la madre zombi caminar a pasos lentos, pero decididos por la calle. Parece una ebria a la que le han puesto una fea máscara de Halloween en el rostro.

—Es terrible —concede Joanna—. Aquella mujer parece tener prisa, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—John —responde Joanna—, el padre de mis sobrinas, era un hombre de más de cuarenta años, bueno para beber alcohol y, por lo que sé, bueno para acostarse con prostitutas. Tenía su propio taller mecánico y su propia casa. A lo que voy, es que no me parece la clase de hijo que viva con su madre. Ni siquiera la clase de hombre que invita a mami anciana a casa a tomar el té.

Joanna le da una calada al cigarro y vuelve a mirar a la madre zombi alejarse calle abajo.

—Creo que las madres huelen a sus hijos en la distancia —continúa—. Como perros cazadores, olfatean a sus víctimas y... —Apunta a la mujer que, súbitamente, gira hacia una avenida que se abre a su lado izquierdo—. Estoy segura de que esa madre va en busca de su hijo o hija.

—Como hienas —replica Félix—. Como animales salvajes acechando a sus presas. ¿Crees que lo atrape? ¿Crees que esa mujer atrape a su hijo?

—Espero que no —responde Joanna. Luego, con profunda desolación, vuelve a abrir la boca—. Aunque, si es verdad eso de que rastrean el olor

del fruto de su vientre, tarde o temprano dará con él y se lo comerá. Tarde o temprano se comerá a su hijo.

Félix mira hacia el cielo. Le da una última calada al cigarro y lanza la colilla al piso.

—Madres comiéndose a sus hijos. ¿Qué mierda ha pasado? Todavía no logro asimilar esto. ¿De qué se trata, profesora? ¿Es acaso el apocalipsis?

—No lo sé.

—¿Cree en Dios, profesora?

—Sí. ¿Y usted?

—Durante más de sesenta años, le diría que sí, que sí creo en Dios. No dudaría ni un segundo en responder, pero ahora, hace un día, yo... tengo mis dudas. El Dios en el que yo creía, no permitiría que el diablo haga algo así. Porque de algo sí estoy seguro: esto es obra del diablo.

—Tal vez sea el juicio final —sugiere Joanna.

—No. El juicio final será obra de Dios. Y, sí, será terrible, pero esto... digo, las madres aman a sus hijos. El amor materno es maravilloso y honesto. La matriz y cúpula de todo lo que signifique amor. Sin duda, lo más cercano al amor que Dios siente por los suyos. No imagino semejante locura de madres parricidas esparcidas por todo el mundo, alimentándose de pobres niños inocentes. Y no tolero la idea de miles de niños viendo a sus hermosas madres queriendo matarlos. Es cruel. El juicio final, profesora, será terrible, pero justo. No cruel. La crueldad es del diablo. Esto es obra de él. Y el Dios en el que yo creía, no permitiría algo así. —Saca la cajetilla del bolsillo y enciende un nuevo cigarro. El ritual del tabaco le sienta bien —. Así que, o Dios se ha tomado unas vacaciones, o simplemente no existe.

Joanna no sabe qué decir. Culmina su primer cigarro y acepta uno nuevo por parte de Félix.

—Si Dios existiera, nos ofrecería una solución —continúa el conserje—. Pero no hay solución aparente más que asesinar a las madres.

—No pierda su fe, don Félix. —Joanna busca en el bolsillo de su chaqueta. Le ofrece la libreta negra—. Existe una solución. Dios nos da una oportunidad para acabar con los juegos del diablo.

—¿De qué trata? —Félix mira con intriga la libreta. Pone el cigarro en la boca y hojea con rapidez el objeto negro.

—Hay muchas cosas ahí —responde Joanna, vacilante, ya que le da una ligera vergüenza contarle a ese viejo amable el asunto del cementerio indio,

cuyos niños yacen muertos en las colinas de Adoración. No quiere que el hombre amistoso que tiene frente a ella la tome por loca. Y, sí, el asunto de los zupatecas le suena a una enorme locura—. Antecedentes y soluciones —se anima a decir—. Habla de la maldición del bosque de pinos.

—¿Bosque de pinos?

—De la forestal de los Garretsen en Adoración. Yo estaba allá, junto a mi curso, disfrutando del paseo de fin de año.

—¿Dices que la forestal de un montón de empresarios gringos es la causante de toda esta mierda?

—Los pinos —responde—. Son esos árboles los culpables.

—¿Por qué?

—La libreta, ahí está todo.

—¿Quieres que la lea? Parece extensa.

—Cementerio indio. Zupatecas. ¿Ha oído hablar de ellos? —Félix asiente con la cabeza—. Mataban niños. Obligaban a las madres a matar a sus hijos en las actuales colinas de Adoración. Aquel pueblo ha quedado maldito y... esos condenados árboles se han alimentado de esa maldición, arrojándola junto a su respiración por la atmósfera. Si revisa la libreta, notará varias noticias de hijos asesinados por sus madres en Adoración. Algunas son muy antiguas. Además, el dueño parece haber investigado sobre los pinos. Sobre su polen, o algo así.

Félix alza las cejas y le da una calada mayúscula al cigarro. La comisura de sus labios se encoge cuando vuelve a dejar el cigarro detenido en su boca. Sus arrugas se hacen más evidentes. Vuelve a hojear la libreta.

—¿Y cómo es que la maldición ha rebotado hacia acá?

—La forestal de los Garretsen se ha extendido hacia la ciudad. Sus putos pinos ya alcanzan toda la región. Es posible verlos alrededor de la autopista norte, y en el acceso de la ciudad. Los Garretsen han hecho una descomunal fortuna apropiándose del suelo del sur de este país para exportar su maldita madera. —Joanna le da una calada al cigarro. Nota que Félix la mira fijamente. Parece escudriñarla con la mirada—. Lo sé, créame que lo sé, suena a una locura, pero es verdad.

—¿Por qué dices que es verdad?

—He oído, cuando estaba en Adoración, el susurro de los pinos. Sonaba como un silbido, pero... estoy segura de que es el sonido de la maldición. Es lo que activa en las madres el instinto asesino. Desconozco cómo se

irradia desde los árboles al exterior, pero lo hace. La maldición escapa. Lo sé porque... porque he escuchado el sonido. Yo... yo estoy embarazada.

Los ojos de Félix se agrandan como platos. Mira el vientre de Joanna y hace una mueca de inquietud. Se queda en silencio. Parece incómodo. No sabe qué decir. Se desentiende con una nueva calada al cigarro. El ritual del tabaco sabe placentero.

—Una locura, ¿no?

Joanna espera que el viejo le diga que la loca es ella y nadie más. En vez de eso, Félix mira la libreta con detención. Parece estudiarla. Medita algo.

—No me extraña que toda esta mierda venga de Adoración. De aquel pueblo no viene nada bueno. —Levanta la libreta—. Esto explica, además, la presencia de esos tipos. Aquellos adoradores están tan locos como la historia que me cuentas. Pero los he visto. Así que te creo. —Agita la libreta—. ¿Dónde la encontraste? ¿A quién pertenece?

—La encontré en la zona de *camping*, en Adoración. Pertenecía a un guardia de seguridad de la clínica.

—¿Y bien? —pregunta Félix.

—Y bien, ¿qué?

—¿Cuál es la solución?

—Quemarlo —responde emocionada—. Quemar todo ese bosque de pinos. Quiero decir, monocultivo. Quemar todo ese monocultivo de pinos.

—Pensé que sería más difícil. —Félix sonríe—. Aunque, ahora que lo pienso, resulta lógico. Si la vida de los pinos desprende la maldición, quemarlos parece obvio. ¿Cómo se supone que quemaremos aquellos pinos? Son cientos de hectáreas. Necesitaríamos un bidón gigante de gasolina.

—Hay que intentarlo. Si tenemos suerte, el fuego se propagará con facilidad. Y en la libreta dice algo sobre camiones y...

Y las palabras de Joanna quedan detenidas de manera abrupta. Un extraño sujeto se acerca desde el costado más cercano del estacionamiento. Sus repentinas pisadas han puesto de cabeza el tranquilo silencio que había hace un rato.

—¿Pueden darme un cigarro? —dice con voz amistosa.

Félix se apresura en ofrecerle su cajetilla. El joven, de pelo liso y rojo, sonríe. Viste una camisa floreada y unos pantalones anchos de color gris. Su

rostro es ingenuo, blanco como el papel y rodeado de pecas. A Joanna no le agrada. A Félix, mucho menos.

—No sé qué diablos está pasando, ¿ustedes?

Ambos niegan con la cabeza. Comparten una cómplice mirada de incomodidad.

—¿Quién me dará fuego?

Félix le ofrece el encendedor.

—A propósito de fuego. —El joven pelirrojo enciende su cigarro. Le da una calada y se queda mirando la llama sobre el encendedor un momento—. No pude evitar oír su conversación. Quisiera ayudar.

—No —vocea Félix.

—¿Por qué no? Al igual que ustedes, quiero acabar con esto.

—Vete —gruñe Félix. Mira raudamente hacia el maletero de su auto.

Joanna recuerda que allí guardó la escopeta. Entonces, instintivamente, lleva una de sus manos hacia su espalda. Busca el revólver.

Mira al pelirrojo. No parece querer hacer daño. Pero su presencia es molesta. Aquel sujeto parece esconder malas intenciones.

—Vamos, chicos —insiste con agudeza—. Solo quiero ayudar.

Mira la libreta en las manos de Félix. Se acerca al conserje.

—¿Qué tienes ahí?

Joanna nota cómo Félix hace ademán de ir hacia el auto y tomar la escopeta. Aquello supondrá un nuevo sobresalto en sus chicas. Quiere evitarlo. Pero sacar el revólver es la misma cosa. Entonces, y como toda una mafiosa, toma del brazo al pelirrojo. Este la mira.

—Mejor vete —le dice. Saca la empuñadura del revólver para que el chico la vea. Luego la vuelve a guardar donde estaba.

—Tranquila, amiga —dice él con una sonrisa nerviosa—. Ya me voy.

Finalmente, da dos pasos hacia atrás. Joanna teme que aquel extraño saque un arma. Para su alivio, el pelirrojo se aleja.

Félix lo sigue con la mirada.

—Tranquilo. —Joanna le da una última calada al cigarro y lo tira al piso—. Ya se ha ido.

Félix también culmina su cigarro. Lanza la colilla al piso y la aplasta con el pie. Mira a Joanna con preocupación.

—Ha escuchado tu historia sobre la libreta y el contenido que tiene. Por alguna razón, aquel sujeto me recuerda a *ellos*. Esos adoradores del diablo

provenientes de Adoración y tu historia de aquel pueblo maldito no puede ser una coincidencia. Están relacionados.

—Descuide, don Félix. Creo que se está sugestionando. La ciudad es enorme. No creo que sea uno de *ellos*. Deberíamos concentrarnos en nuestros planes. —Joanna le toma el hombro con cariño—. Le ayudaré a recuperar a su nieta. Y luego, juntos, quemaremos el bosque.

—No he sido completamente honesto con usted, profesora.

—¿A qué se refiere?

—Mi nieta, junto a sus compañeras de la escuela de *ballet*, estaban ayer en una presentación en el teatro del centro. Prácticamente todos los asistentes eran mujeres. Ya sabe, los hombres no solemos ir a esa clase de espectáculos. De esas mujeres, la mayoría eran madres. Las madres de las bailarinas y otras madres que acompañaban a sus hijas a disfrutar del espectáculo. Luego del desastre, corrí a buscarla, pero cuando llegué... —Se cruza de brazos y traga saliva—. Bueno, ya sabe, vi el mismo espectáculo horroroso que hemos visto por toda la ciudad. Santo cielo, profesora, todavía recuerdo la sangre salpicar por los suaves vestidos blancos de las niñas. Todavía tengo la imagen de la sangre secándose en el rostro de esas dulces bailarinas.

El viejo conserje rompe en llanto.

—Lo lamento. —Joanna lo abraza—. Lamento lo que le pasó a su nieta.

El conserje se separa de sus brazos y da un paso atrás.

—Mi nieta no está muerta. Y tampoco se halla desaparecida. La han secuestrado. La han secuestrado *ellos*.

Joanna frunce el ceño.

—En medio de la confusión y las muertes —explica Félix—. Logré escuchar sobre *ellos*. Alguien me dijo que algunas bailarinas junto a algunas madres fueron raptadas por extraños sujetos de mirada agreste. Alcancé a algunos. Los seguí hasta un viejo edificio, pero estaban armados. Pude huir gracias a mi escopeta, pero ahora he vuelto.

—¿Sabe cómo llegar a ese edificio?

—Claro. Es a un par de cuadras de aquí. Por eso me he detenido en este lugar.

—Lo acompañaré —anuncia Joanna—. Usted ha dicho que su escopeta tiene solo un tiro. Pues, yo tengo un revólver. Creo que aún tiene un par de

balas. —De inmediato recuerda la pistola olvidada en la guantera del BMW. Aquello la hace sentir mal—. Déjeme ayudarlo.

—Es peligroso. Debe cuidar a sus chicas. A sus sobrinas y a las niñas que rescató.

—Las dejaremos en un lugar seguro e iremos a recuperar a su nieta.

—¿Un lugar seguro? ¿Dónde es eso? Las madres matan a sus hijos, y todo el mundo tiene una madre. Todo el mundo está en peligro. Todo el mundo parece hecho un caos. Vamos, profesora, ¿de verdad quiere dejar a una niña de tres años, a otra paralítica, y a dos inocentes gemelas, solas en este mundo?

—No podré quemar el bosque yo sola, don Félix. Necesito su ayuda.

—Puedes...

Don Félix no alcanza a terminar. Las puertas del auto se abren y descienden las gemelas. Don Félix se apresura en acercarse al oído de Joanna.

—Se hace tarde. Tienes razón, ambos necesitamos estar juntos. En el subterráneo del supermercado hay una tienda de caza y una armería. Vuelvo enseguida. Mantén el auto encendido. Y, profesora, no confíe en nadie.

Don Félix se acerca a la parte trasera del auto y abre el maletero. Las gemelas se acercan a preguntarle cosas a Joanna, que por un instante pierde la concentración del conserje.

Nota que el viejo saca su escopeta.

—Por si acaso —dice—. Vuelvo enseguida.

Joanna asiente con la cabeza. El conserje sale disparado por la escalera que lleva al subterráneo. Las palabras de sus gemelas invaden su cabeza. La niña de tres años no tarda en bajar del vehículo.

Un bullicio infantil copa el entorno. Pero, en medio del tornado, una idea se abre paso. De pronto suena un celular desde el maletero del auto. Extrañada, y cojeando, va hasta allá. Nota que Félix ha dejado abierta la cajuela. Toma el celular. Alguien ha dejado activada una alarma. La alarma contiene un mensaje: *HUYA. Y QUÉMELO. ADIÓS.*

El viejo conserje no volverá. Joanna lo supo apenas lo vio correr escaleras abajo. Su idea acaba de ser confirmada. Suspira molesta.

El grupo de niñas la observa detenidamente.

Detrás, escondido tras un vehículo, la observa el joven pelirrojo. A él se le suma otro hombre. Este último está armado.

—Esa perra, camarada —susurra el pelirrojo en voz baja—. Esa perra quiere quemar el bosque de pinos. Quiere quemar nuestro hogar, camarada.

—¿Cómo lo sabes?

—La he escuchado hablar con, ¡mierda! —exclama, susurrante—. ¡No me vas a creer con quien conversaba esa perra, camarada!

—¿Con quién?

—Con el viejo de la escopeta.

—¿Ha vuelto?

—Sí, he escuchado que quiere volver. Creo que tenemos a su nieta. Ha ido a sacar armas de la armería del subterráneo. Cuando vuelva los mataremos a ambos, camarada. —Pelirrojo sorbe por la nariz y sonríe jactanciosamente—. Ha sido una suerte venir al supermercado a comprar víveres.

—Te recuerdo que fue Lidia quien nos ha mandado en busca de víveres. ¿O me equivoco?

—No se equivoca, camarada. Fue la maestra quien nos ha mandado.

—Entonces no fue suerte, imbécil. Fue la magia de nuestra maestra quien nos ha traído aquí. Lidia quería que nos cruzáramos con ese viejo de mierda una vez más.

—Lo mataremos, camarada. Y a las chicas, igual.

—Yo iré a matar al viejo. Tú y los demás encárguense de las mujeres.

—¿Las mataremos?

—Solo a la mujer. Es inútil. Con respecto a las niñas, sabes bien que las necesitamos.

—Camarada, he olvidado algo.

—¿Qué?

—Le he oído decir a la mujer que está embarazada.

—Entonces secuéstrela junto a las niñas. Si está embarazada, nos servirá para el ritual.

Pelirrojo asiente con la cabeza. De una oxidada camioneta Toyota de los ochenta descienden dos personas más. Se le unen. Le entregan un arma. Los tres están armados con pistolas. Se disponen a ir hacia donde Joanna y sus chicas. El otro hombre, al que pelirrojo llama *camarada*, rodea el supermercado en dirección al subterráneo. En dirección a Félix.

Joanna apaga la alarma del celular de Félix. Suspira desalentada. Le agradaba aquel viejo. No le agrada la idea de llevarse su auto. Pero no tiene otra forma de llevarse los bidones con gasolina que, espera, pueda robar, para así poder urdir el incendio. Sus cavilaciones son sorprendidas e interrumpidas por pisadas. Un sujeto ebrio y con aspecto de gañán la mira con postura vacilante.

—¿Puedes darme una moneda?

—Vete.

—Dame una moneda, chica. Oye, ¿quién te ha hecho eso en la cara? ¿Quién te ha golpeado?

—Vete.

Las gemelas, nerviosas, se acercan al auto y se sientan junto a la joven discapacitada. Esta llama a su hermana pequeña.

—¡Alicia! ¡Ven aquí!

La pequeña niña de tres años se ha quedado detrás de la pierna de Joanna. Mira al extraño con curiosidad infantil. Aquel ebrio despierta una sonrisa divertida en la pequeña.

—Alicia, hazle caso a tu hermana —sisea Joanna.

—No quiero —protesta la niña—. Adentro del auto hace calor.

—Hace calor —repite el ebrio con jocosidad—. Hace mucho calor, la niña tiene razón. Vamos, mujer, dame un billete para una lata.

—¿Para qué quieres un condenado billete? Solo entra al supermercado y toma una o mil latas. Nadie te dirá nada.

—Pilluela, astuta. Soy un ebrio, no un ladrón.

—Demasiado ebrio para darte cuenta de que el mundo se ha ido a la mierda.

—Mi mundo se ha ido a la mierda hace mucho. ¿Qué no lo ves?

—¿Es qué no has visto a las madres...? —Joanna se cruza de brazos y suspira agotada al darse cuenta de que está discutiendo con un ebrio que no tiene idea dónde tiene puestos los pies. Pone las manos en los bolsillos—. No tengo dinero —dice—. No tengo ni una diminuta moneda.

Joanna se gira hacia la niña. Ha olvidado que se torció el tobillo. Un dolor agudo se lo recuerda.

—Entra, corazón.

—No.

—Vamos, Alicia, compórtate —demanda su hermana.

—No quiero. Hace mucho calor. Quiero una Coca-Cola.

Joanna va a decir algo, pero el vago la interrumpe.

—Y yo una cerveza. Pero tu madre no tiene dinero. —Hace una mueca de enojo bastante divertida—. Pero, si le haces caso, tal vez ella robe una para ti. Creo que es amiga de lo ajeno.

—¿Puedes robar una cerveza? —pregunta Alicia.

—Claro —se anima a responder Joanna.

La niña por fin sube al auto. Joanna rodea el vehículo para ir hacia una gasolinera y poder robar bencina. El vago la sigue. Se apresura en subir y cerrar la puerta. El hombre golpea la ventanilla. Joanna abre.

—¿Segura que no tienes una moneda en la guantera?

—En serio, amigo, ve al supermercado y saca una cerveza. Nadie te dirá nada.

Alicia se estira hacia adelante y pone su cara al lado de la de Joanna.

—Yo quiero una Coca-Cola —insiste—. Tía, tenemos sed.

El vago suelta una risa adulterada por malos pensamientos. Un inesperado disparo. Una bala atraviesa la frente del hombre borracho. Un hilo de sangre recorre su rostro. Cae al piso de espaldas. Alicia se apresura en volver a los brazos de su hermana. Ambas, junto a las gemelas, quedan congeladas.

Joanna mira sus manos, quietas sobre el volante del vehículo. Parecen vibrar sobre el cuero. Gotas de sangre fresca corren desde sus dedos hasta sus muñecas. Se atreve a levantar la vista y mirar hacia el lugar de los disparos. Tres individuos se acercan a ella. Poco más de diez metros de distancia. Una mujer y dos hombres. Todos armados, apuntan al vehículo. Uno de los hombres es pelirrojo y tiene la cara llena de pecas. Es precisamente este quien vuelve a disparar.

La bala rompe el espejo lateral del conductor. Los vidrios estallan en pedazos. Las chicas se esconden detrás de los asientos. Joanna, tiritando, enciende el motor. Ha visto la salida del estacionamiento a su costado derecho, a tan solo unos metros. Agacha la cabeza y acelera despacio. Gira hacia la salida, sin ver. De levantar la cabeza, está segura, una bala le volará los sesos. El auto se mueve despacio, espera, hacia la salida de aquel estacionamiento. Las ruedas sueltan un ruido metálico al pasar sobre un riel. Se trata del riel del portón de aquel supermercado. Ha salido.

Va a levantar la cabeza, pero se oye un nuevo disparo. Un tintineo de metal acusa un disparo en la llanta delantera. Un balazo en el neumático

trasero. Siente cómo se desinfla. Acelera, pero el auto no responde. Otro balazo da con el otro neumático trasero. Joanna entiende, a pesar de sus nervios, que esos tipos no quieren matarla. Aquello aumenta sus nervios.

Presiona el acelerador a fondo y el auto trastabilla. Se sacude. Se ve obligada a levantar la cabeza para no chocar. Nota que el auto se dirige a la entrada de una galería. Sube por el asfalto y, sin soltar el acelerador, permite que el auto ingrese a ese lugar.

Un corredor ancho y oscuro, como un túnel tapizado en ambos costados por locales comerciales, termina a varios metros en un claro. La salida. Intenta acelerar hacia allá, pero a mitad de camino los neumáticos traseros le comunican, mediante un resuello, que su huida ha terminado.

—Bajen —les ordena a sus chicas.

Las puertas se abren. Las gemelas salen disparadas. Joanna mira en derredor raudamente. Allí no parece haber nada más que una plomiza oscuridad. Apunta a una tienda donde hacen tatuajes. La puerta se encuentra abierta y del otro lado no parece haber nadie. Les ordena a las chicas que se escondan ahí. Hacen caso.

Mira al interior del vehículo. Alicia yace inmóvil, aferrada a los brazos de su hermana, quien le acaricia el pelo con ternura. Joanna recuerda que la joven no puede caminar. Cojea hasta el maletero del auto y se apresura en sacar la silla de ruedas. La deja a un lado de la puerta trasera del auto.

—¿Puedes subirte sola?

—Sí.

—Bien. Suelta a tu hermana, Alicia, y ve con mis sobrinas.

La chica suelta a su hermana, pero se queda sentada a orillas del auto, incapaz de moverse. Mira a Joanna con cara de niña aterrada que acaba de despertar de una fea pesadilla y quiere un abrazo de mami. Mami no está, y Joanna es lo más cercano a eso. Pero el tobillo torcido le dice que no es posible ser buena con los niños. Cuando se va a animar a mover los pies, una sombra corre raudamente por su costado. Estira los brazos hacia la niña.

Es Elizabeth, su sobrina.

—Vamos, pequeña Alicia, es momento de ponerse a salvo.

La niña toma la mano de Elizabeth y la sigue hacia el local de tatuajes.

Joanna mira la escena con un nudo en la garganta. Sus sobrinas son amables. Y crecen. Crecen junto al miedo que las rodea.

La hermana mayor de Alicia desciende con dificultad del vehículo. Estira las manos sobre la silla y se acerca a ella entre jadeos. Cuando pone la mitad del cuerpo, Joanna nota cómo dos hombres entran por la galería. Saca el revólver y les dispara. El estruendo hace un eco monstruoso al interior de aquel lugar. Los logra ahuyentar. La joven sube a su silla y empuja hacia la tienda de tatuajes.

Joanna se da cuenta de dos cosas terribles en ese momento. Tan solo le queda una bala en el revólver. De la parte trasera de la galería, se oyen pasos. Mira rápidamente y ve a la mujer armada acercándose. Los dos hombres del otro lado han vuelto a emerger.

Joanna toma impulso y, con un solo pie, salta hasta la entrada de la tienda de tatuajes. Tropieza y suelta un alarido diminuto que solo escucha ella. Se alcanza a apoyar en la manilla de la puerta. Entra. Cierra de un manotazo y, de manera inútil, le pone la cerradura. Una mampara de vidrio en el costado le dice que da igual.

Aquella tienda es pequeña. Se encuentra completamente a oscuras. Sus chicas están ocultas detrás del mesón principal, que casi ocupa todo el sitio. Va a ponerse a su lado. Ve en las paredes una cantidad enorme de modelos de tatuajes. También ve fotos de personas siendo tatuadas. Un afiche con la fotografía de John Denver sonriente le recuerda a su abuelo. A su lado, otro afiche con la portada del quinto disco de Johnny Cash, *Sings Hank Williams*, hace que el recuerdo de su abuelo flote allí de manera nostálgica, junto a recuerdos de viejos paseos por la finca del viejo, cuando ella no era más que una niña de la edad de sus gemelas.

Se pregunta si el dueño de aquella tienda no está todavía allí. Mira hacia atrás. Una cortina aparentemente marrón, o rojo oscuro, no está segura. La corre un poco y fisgonea hacia el otro lado. Ahí no hay nadie. Solo el sitio de operaciones donde la gente es tatuada. Sobre una desocupada camilla descansan un par de botas Dr. Martens de un rojo cereza brillante. Las reconoce de inmediato, pues eran su calzado favorito en su época juvenil, cuando era toda una chica punk.

Se vuelve donde sus chicas. Alicia, la pequeña inocente, se encuentra aferrada a los pies de su hermana, quien, encorvada sobre la silla, oculta su cuerpo detrás del mesón. Sus gemelas sobre el piso, una al lado de la otra. Joanna se sienta a su lado y les toma las manos.

Nadie dice nada.

Siente los jadeos de todas sus chicas.

La pequeña Alicia no para de sollozar. Pide por su mami. Joanna recuerda a Gabriela. Siente melancolía.

Oye el gemido triste de Elizabeth. También el lamento silencioso de Camila.

Las pisadas intrusas se escuchan más cerca.

Observa la parte interior del mesón. Está cubierta de papeles. Hay una cajetilla de cigarrillos vacía. Hay un billete de los grandes, enrollado en una taza. En la taza está grabada, sobre la cerámica blanca, la figura de Joey Ramone.

Joanna vuelve a recordar su juventud. Sus tardes fumando cigarrillos a escondidas de mamá, soñando con hacerse tatuajes y escuchando Ramones. Recuerda "*Sheena Is a Punk Rocker*". Esa era su canción favorita.

Los pasos se acercan.

—¡No queremos hacerles daño! —grita la mujer desde la oscuridad—. Queremos llevarlas con nuestra maestra.

—Sabemos que estás embarazada —agrega una voz que Joanna ya ha escuchado antes. Es la voz del joven pelirrojo—. Y todos aquí sabemos cómo el mundo trata a las embarazadas. Somos de Adoración, nena, sabemos cómo ayudarte.

—Te liberaremos de ese crío —agrega una tercera voz, masculina—. Solo ven con nosotros y te librarás de esa cosa que crece en tu vientre. Te librarás de él para siempre.

Joanna mira el revólver. Solo una bala.

Suspira.

Va a morir. No tiene más opción.

Mira, otra vez, la taza con la figura del vocalista de Ramones.

Oh, sí, piensa, eres toda una chica punk, Joanna.

Sonríe nerviosa. Las imágenes de su pasado deambulan frente a ella. Un tonto pensamiento cruza el umbral de sus nervios: la persona a cargo de la tienda de tatuajes debe ser alguien genial. Seguramente le caería bien. De una u otra forma, lamenta no haberle conocido.

Y vuelve esa sonrisa nerviosa.

Los pasos se acercan entre la plomiza oscuridad. Levanta el revólver y apunta hacia la nada. No logra ver a ningún ser humano frente a ella.

Nuevos pasos. Mueve el arma de lado a lado, aguardando por dar su último tiro.

Ve la cara de la mujer asomarse del otro lado de la mampara. Joanna va a jalar el gatillo, pero un repentino disparo la sobresalta. La cabeza de esa mujer explota en un hilo de sangre.

Los sesos de la extraña salpican la enorme ventana de la tienda y caen hacia el piso, dejando a su paso una gruesa y viscosa línea roja.

39

Félix corre por las escaleras. No lo hace porque crea que Joanna lo vaya a seguir. Es imposible que lo alcance con una chica inválida y un tobillo torcido a cuestas. Corre porque intuye que *ellos* están cerca. Por aquel motivo puso la alarma solo un minuto después de su huida. Espera que Joanna entienda el peligro que se cierne sobre ella y se largue.

Llega al subterráneo, jadeante y con un tímido sudor cayendo sobre su espalda. Una oscuridad alarmante lo recibe. Al parecer alguien ha cortado la electricidad. No obstante, una luz parpadeante ilumina, de forma intermitente, el lugar. Proviene de uno de los tantos autos que reposa abandonado en medio de los pilares de cemento que sostienen aquel subterráneo. Mira hacia el origen de la oscilante luz. Una furgoneta color rojo parece guiñarle un ojo. Un ojo siniestro de malas insinuaciones.

No le agrada ese lugar, pero si quiere recuperar a su nieta necesita armas. Se acerca a la orilla de la pared principal y, apoyado en ella, comienza a caminar a un lado de los locales comerciales. El último, a unos treinta metros de distancia, es el único que tiene las luces encendidas. Es una tienda de mascotas, Félix lo recuerda. En medio de la hilera de locales, se encuentra la tienda de caza y armería de su viejo amigo Erick.

Lleva menos de un minuto caminando. Un ruido lo sobresalta. Alguien se acerca rápidamente desde atrás. Se gira asustado. Levanta la escopeta. No ve más que oscuridad.

—¿Quién anda ahí?

Nadie responde. El ruido no cesa. Viene del piso. Inclina la mirada y ve una rata pasar raudamente. La sigue con la mirada y la ve ingresar a la tienda que tiene a tan solo un metro de su cuerpo. Baja la escopeta y va hasta allá. Los focos parpadeantes de la camioneta iluminan la mampara de una ferretería. En su interior, la rata olfatea algo. Félix se acerca al vidrio y escudriña del otro lado.

Ve a un niño sentado en el piso, apoyado en un estante de tubos de PVC. Tiene los ojos abiertos. Pero los ojos no miran nada. Ha muerto horas atrás. El abdomen lo tiene abierto por la mitad, y las tripas y vísceras han caído sobre su piel masticada y su camiseta ensangrentada. La rata se acerca a sus órganos desprendidos. Posa sus patas sobre el charco de sangre que rodea el cadáver, olfatea y sale huyendo por donde vino.

La imagen aparece y desaparece, debido a los focos intermitentes de la camioneta, provocando un efecto electrizante y horroroso.

Un repentino movimiento desde el interior de la tienda ha provocado la huida del roedor. Y el horror en Félix se vuelve más fuerte cuando ve a la mujer reptar por las baldosas del piso. Su rostro pálido, alargado y huesudo está cubierto de estrías, granos y sangre. Aquella mirada animalesca se ve rodeada por un enmarañado pelo rubio.

La luz se apaga.

Negro.

La luz se enciende.

La mujer mete las manos en el estómago abierto del chico y hurga con las uñas.

La luz se apaga y Félix deja de mirar esa mierda. Se apresura en llegar hasta la armería. Nota que alguien lo sigue. Ha escuchado los pasos y ha visto la sombra, gracias a los guiños de la camioneta, proyectarse sobre el cemento del subterráneo. El extraño se esconde detrás de uno de los autos.

Ante el miedo de que una bala impacte su cuerpo, da largas zancadas hacia la armería. La puerta está abierta. Piensa en lo afortunado de encontrar la puerta abierta, pues ni siquiera había considerado la opción de tropezar con puertas con llave.

No logra ver nada, pero no debe encender la luz o será visto por quien le sigue en medio de la oscuridad. Debe esperar adentro y fingir desconocer que está siendo seguido. Aquí la luz de la camioneta alcanza a iluminar solamente un pedazo de la pared izquierda de la armería. Cuelga un póster con la imagen de John Wesley Hardin, el hábil pistolero del lejano Oeste norteamericano, iluminado de vez en cuando, parece juzgarlo. La mirada de aquel famoso criminal no le agrada en lo absoluto.

Un olor a cigarrillo inunda la nariz de Félix. Ve un puntito rojo consumirse en la oscuridad. Y sobre él, una línea de humo sobre la cortina

negra. Súbitamente se hace la luz. Erick lo mira con confusión. Se quita el cigarro de la boca y, detrás del mostrador, se dispone a mover los labios.

Félix, nervioso, mira hacia el exterior. El extraño ya está frente a la armería. Ninguna palabra sale de la boca de Erick, solo un quejido. La pistola rompe el vidrio y penetra en la mejilla de su viejo amigo. Una segunda bala en su cráneo. Su cabeza sin vida golpea la caja registradora y se queda sobre ella para siempre. La imagen de John Wesley Hardin queda bañada en sangre. El viejo vaquero parece complacido.

Félix aprovecha la distracción del atacante y dispara la escopeta. Su vieja arma con la que solía cazar ciervos. Está familiarizada con ella. Jala el gatillo y el desconocido cae al piso. No parece querer levantarse. Su pistola cae cerca de sus pies. Va hasta donde él y se inclina al piso. La toma. Revisa el cargador. Cinco balas. Entiende que, si quiere recuperar a su nieta, debe volver a la armería y coger más armas. Pero disparos desde arriba, es decir, desde la superficie, interrumpen sus ideas.

Joanna y las niñas están en peligro. Lo intuye. Cuando escucha el rugir de un vehículo arrancar, su intuición se hace verdad. La armería puede esperar. Corre en medio de la oscuridad. Llega al exterior. El sol le entorpece la vista. Cubierto por el resplandor repentino y cegador, le dice adiós a su escopeta. La deja sobre el cemento. Corre hacia la galería de la calle contigua, donde el auto ha ingresado. Detrás del vehículo corren dos hombres y una mujer.

La pistola en una mano. La escopeta olvidada atrás. Tiene la impresión de que jamás volverá a verla. Tal como a su muerto amigo Erick.

Y su impresión es correcta.

Llega, jadeante, hasta la entrada de la galería. No hay rastros de *ellos*. Estudia los alrededores. Entonces escucha sus voces en mitad de la galería. Escucha una voz femenina, que no es infantil, ni tampoco de Joanna.

Se acerca, silencioso. Cuando la distancia se acorta, levanta la pistola y le dispara en la cabeza a la mujer. Cae al piso junto a su arma. Los dos hombres que la acompañaban se parapetan detrás de un asiento de madera.

Félix hace lo mismo desde su lado. Nota que alguien dispara desde el costado de la galería. Seguramente es Joanna. La bala de su revólver hace que uno de los hombres grite. La bala le dio. El herido se defiende y apunta a Joanna.

Entonces, Félix dispara para obligar al hombre a esconderse. Lo logra. No obstante, el segundo hombre no tarda en alzar la pistola y dispara hacia él. La bala impacta contra el borde del asiento de madera y hace estallar varias astillas cerca de su rostro.

Nota, con cuidado de no levantar la cabeza, que Joanna no dispara. Supone que su revólver no tiene más balas. Recuerda la pistola caída cerca de la mujer muerta. Es difícil que Joanna pueda hacerse con ella, pues está muy cerca de *ellos*.

Entonces, y sabiendo que solo le quedan tres balas en la pistola, se pone de pie y corre orillando por la galería, con la pistola en alto y los nervios a punto de saltarle por las orejas. La adrenalina le hace sentir eufórico, pero es un hombre viejo que entiende que el juego mortal en el que se encuentra puede, en cualquier momento, costarle la vida.

Está más cerca. Ve una mano que sujeta una pistola alzarse a unos metros de él. Nervioso, va a jalar el gatillo. No lo hace.

Concéntrate, chico. No desperdicies balas.

Cree oír la voz, en su conciencia, de John Wesley Hardin. Aquel criminal le habla.

Cúbrete, viejo. No seas insensato.

Corre a cubrirse. La bala le roza el hombro y el silbido metálico resuena como un susurro asesino.

Debido al impulso que ha tomado, tropieza al suelo. Se queda detrás de una planta.

Una nueva bala sacude las hojas de la planta y suelta un sonido hueco al estrellarse en el concreto de un basurero.

Eso estuvo cerca, viejo.

Sí, muy cerca, se dice copado en nervios.

Lejos de sentirse el aprendiz de un despiadado vaquero, se siente como un insensato policía que reprobó ese difícil curso sobre mantener la calma en tiroteos.

Piensa que la única posibilidad de salir ileso es que Joanna tome la pistola de la mujer muerta. Pero no escucha siquiera sus gritos. Se pregunta si acaso está muerta. Solo oye los gritos de las niñas. Quizá gritan, desesperadas, mientras Joanna se desangra. Toma aliento y se pone de pie.

Si corre hasta el siguiente basurero, quedará a un metro de *ellos*. Pero sabe que al ponerse de pie nuevas balas le escupirán a la cara. Debe disparar. Le

quedan tres balas. Puede deshacerse de una. Y tiene dos para los dos pistoleros.

¿Es una buena idea?

La respuesta a sus dudas no aparece.

El vaquero guarda silencio.

Se pone de pie y dispara hacia *ellos*.

Ellos, debido al disparo, se esconden. Aprovecha de correr y cae sobre el siguiente asiento. Apoya la cabeza en la parte trasera del respaldo y el cemento frío se siente bien. Muy bien. Cierra los ojos y busca serenarse. Una nueva bala impacta del otro lado del respaldo. Rompe el cemento y levanta una nubecilla de polvo. Saca la cabeza de ahí rápidamente y nota que alguien le mira.

Es Joanna, quien parece mirarlo fijamente desde una esquina de la tienda de tatuajes que se alza casi al costado del asiento que lo cubre. Cuando las miradas se cruzan, ella mira raudamente la pistola en el suelo, casi al lado de la entrada a la tienda de tatuajes.

Ella parece instarlo a ponerse a disparar para que así, cubierta, pueda coger el arma que pertenecía a la mujer muerta y, entonces, rodearlos a *ellos*. Pero Joanna no sabe que a él le quedan dos balas.

Tiene que intentarlo, no queda de otra. Uno de *ellos* está herido. Quizá muerto. Puede lanzar una bala para que Joanna pueda coger la pistola. Al mismo tiempo, puede correr hasta ponerse frente a frente con *ellos*. Le quedaría una bala.

Mato a uno. Joanna, con la pistola en la mano, mata a otro.

Oye, viejo, ¿no suenan así las películas?

Su conciencia le hace dudar.

Viejo... es una insensatez. Y de los insensatos es el reino de los cielos.

Suelta un gruñido, nervioso. Está indeciso. Nota que Joanna ya se acerca, agachada, hacia la pistola. No le queda de otra. Se pone de pie y da largas zancadas hacia *ellos*. El asiento que les cubre parece mirarlo como una estatua de mármol, despiadada y sin vida. Pero con un monstruoso apetito por arrebatarse la suya. Y el asiento muestra los dientes. La pistola emerge sobre él.

Uno de *ellos* dispara. La bala, debido a que el pistolero no lo ve, pasa varios centímetros por encima de su cabeza. Tira su penúltima bala. Impacta

contra el cemento. El pistolero oculta la mano. Con el camino libre, se apresura en llegar hasta ellos y rodearlos.

Simultáneamente, Joanna ha alargado la mano hacia la pistola. Si todo sale bien, ambos tendrán una pistola en sus manos. Y estarán frente a frente con *ellos*. Dos contra dos. Todo dependerá de quien sea más rápido.

Cuando está por llegar a su destino final, Félix escucha un disparo. Va dirigido hacia Joanna. Debido a eso, ella devuelve su mano al resguardo de la pared, sin alcanzar a tomar el arma. Quien le ha disparado ha sido el hombre herido. Su acompañante, de cara idiota y cabello rojo, levanta el arma hacia Félix, que ya está frente a él.

Se apuntan mutuamente.

Una bala impacta en la mano armada de Félix. La pistola cae al piso. Ha sido desarmado.

El balazo no ha sido del hombre que yace frente a él. El balazo ha venido desde la entrada de la galería.

Se acerca un hombre. Es el hombre a quien el pelirrojo llamaba *camarada*. El hombre del subterráneo. Lleva una pistola corta, robada seguramente de la armería de su amigo Erick. Un cinturón rodea, en forma de torniquete, la parte superior de su brazo. El sangrado se ha detenido alrededor de la herida.

No lo he matado, piensa Félix con desaliento. La bala impactó entre su hombro y su brazo izquierdo.

Masculla una maldición, levanta las manos y se entrega a la muerte.

Ve la sangre correr por su mano herida y salpicar al suelo. Siente un ardor.

Estás jodido, viejo.

Nota que Joanna no lo puede ayudar, porque el otro pistolero, que también tiene una herida de bala en el brazo, apunta hacia la tienda de tatuajes.

Estás muy jodido, viejo.

Pelirrojo, frente a él, va disparar.

—No —ordena el *camarada*—. No lo mates. Este viejo de mierda casi me asesina. Merece un castigo.

Félix lanza un suspiro. Piensa en las chicas, detrás del mesón. Ha visto lo que *ellos* son capaces de hacer. Las horribles cosas que hacen esos adoradores del diablo venidos de Adoración. El culto siniestro que *ellos* realizan, bajo las órdenes de Lidia, su maestra.

Claro que sí, viejo, las chicas también están jodidas.

Y *camarada* le dispara en la pierna derecha.

Debido al dolor, cae al piso. Cae sobre su propia sangre que se desparrama desde su mano. Mira de reojo su pistola, sobre el piso, a unos metros lejos. Le queda una bala.

Y esa bala, sin ser disparada, quedará allí por mucho tiempo más.

40

—Tía, ellos dijeron que usted está embarazada. ¿Es cierto?

La pregunta de Camila la desconcierta.

—No. Por supuesto que no.

—Qué mal. Yo quería tener una prima para jugar.

Elizabeth mira a su hermana gemela con impaciencia.

—No digas eso, Camila, no ves que las madres matan a sus hijos.

Un silencio.

—Pero hay una cura, ¿verdad? —Camila mira a Joanna—. ¿Mami se pondrá bien?

—Sí.

—¿Y dónde estamos?

Otro silencio.

Elizabeth lo rompe.

—¿Y quiénes son los hombres que nos han traído hasta acá? ¿Por qué disparaban?

—Policías. Creo que son policías o... detectives. Ha sido un malentendido, pero ya estamos a salvo.

—No me parecen policías —indica Elizabeth.

—¿Y por qué le dispararon a don Félix? —pregunta Camila.

—Porque don Félix les disparó primero. Pensó, al igual que nosotros, que ellos eran malos.

—¿Y no lo son?

—¿Por qué le dispararon al vago del supermercado?

—¿Dónde está Alicia y su hermana?

—¿Dónde está don Félix?

—¿Por qué han dicho que usted está embarazada?

Joanna escucha las preguntas de sus sobrinas ir y venir, en un vaivén frenético que le hace doler la cabeza. Una última pregunta, que ya había escuchado antes, es dicha por Elizabeth.

—Tía, ¿dónde estamos?

Joanna recuerda haber sido subida a la parte trasera de una fea furgoneta junto a las demás chicas. A oscuras, y conducidas por extraños tipos armados, fue testigo de un breve viaje que no alcanzó a durar cinco minutos. Recordó que Félix le dijo que *ellos* tenían a su nieta cerca. Donde sea eso de “cerca”, ahí habían sido llevadas Joanna y sus chicas.

A punta de pistola bajaron de la furgoneta. Escuchó los gritos de los pistoleros heridos. También escuchó los gritos de dolor de Félix. No habían matado al viejo. Debía ser castigado, recordó, y sintió lástima por el conserje.

Un verde terreno, como el largo patio de una casa, los recibió. En el fondo crecía un enorme pino. A su lado, y custodiado por sus verdes hojas, la entrada a una vieja y grande casa de madera deslucida, que más bien parecía una iglesia abandonada.

Félix fue llevado hasta allá. Joanna y sus chicas a la dirección contraria, es decir, les dieron la vuelta por donde habían venido. Frente a la iglesia, pero varios metros más allá, se levantaba un bajo pero ancho edificio de concreto derruido, con enredaderas en sus esquinas y con los vidrios de pequeños ventanales completamente trizados. Parecía un fantasmal sitio abandonado, sacado de una película de policías. De esos lugares donde los psicópatas suelen llevar a cabo sus horribles crímenes. O donde suele estar la chica secuestrada.

Un mensaje conocido en la pared hace que Joanna sienta un escalofrío:

DIOS SIEMPRE TE ABANDONA. EL DIABLO, JAMÁS.

Varios gorriones canturreaban sobre el pino de atrás. El sol en el cielo iluminaba el césped del piso con una curiosa tranquilidad. Ruido de aves graznando en el cielo, y perdiéndose en la distancia. Arrullo de algunas palomas, quietas en lo alto del edificio, vigilando todo con cautela. En aquel paisaje sereno y silente, el mensaje, como musgo creciendo en el más limpio de los cementerios, crecía y se llevaba su paz. Las pistolas y *ellos*, como zombis emergiendo de ultratumba, ensombrecían todo.

Le aterraban.

Y el escalofrío, como piel de gallina, se hacía más grande.

Su miedo contagió a sus chicas. No hablaban. Camila le preguntó algo, y repitió la pregunta un par de veces, pero nadie le contestó.

Entraron al edificio. En el alto techo, un tubo fluorescente iluminaba de manera ácida un estrecho pasillo. Al final de este, a mano derecha, se abría otro más pequeño. El interior del edificio tenía forma de L. Alicia y la joven inválida fueron llevadas a una de las puertas de la línea más larga de la L, es decir, el primer pasillo. Joanna, que sintió un vuelco en el corazón al tener que separarse de la pequeña Alicia, fue conducida junto a sus gemelas al tramo más corto de la L. Las metieron a una habitación pequeña, de paredes grises y llenas de grafitis. El piso de cemento estaba frío y olía a orina.

Una vez adentro, sus sobrinas hablaban.

Y liberada de las pistolas, y de *ellos*, Joanna escuchaba.

—¿Dónde estamos? —insiste Elizabeth.

—No lo sé, cariño —admite—. No sé dónde estamos.

—No son policías, ¿verdad?

—Yo no lo sé. Es un malentendido. La gente está asustada en toda la ciudad, ¿vale? Pero todo estará bien. Quizá nos ayuden a encontrar una solución para ayudar a su mami. Quizá... —No puede seguir. Mentirles es una mierda, pero generarles falsas esperanzas es cruel—. No sé. Chicas, yo no sé.

—Tengo miedo —confiesa Camila.

Joanna abraza a sus sobrinas. Una pequeña ventana en lo alto de la pared del fondo, que sostiene sus cuerpos, deja que entre el sol. La luz cautivante y cálida ingresa en líneas irregulares, debido a barrotes de fierro que cubren la ventana.

Aquella habitación parece una prisión, piensa Joanna. Agrega, a sus constantes definiciones sobre el lugar en el que se encuentra, una última idea: aquel sitio parece una de esas casas abandonadas, donde jovencitos sin padres van a inyectarse heroína y fumar pasta base.

Mira los grafitis en las paredes. Nada legible. Solo letras estúpidas, sin ningún mensaje claro. Aquello aumenta su malestar. Mira a sus sobrinas. El sol ilumina sus preciosas caras sonrojadas por el agotamiento. Elizabeth se quita los lentes, los pone sobre su cabello y se frota los ojos. Camila

juguetea con su pelo negro. Desorientadas y con miedo, Joanna sabe que sus gemelas reúnen fuerzas para invadirla con nuevos cuestionamientos.

Decide cambiar el tema.

—¿De verdad te hubiera gustado tener una prima?

—Sí —responde Camila.

—¿Y a ti?

Elizabeth dice que sí con la cabeza. Vuelve a ponerse los anteojos y comienza a leer, o, mejor dicho, a ver los grafitis de las paredes.

—¿Una prima o un primo?

—Una prima —responde Camila—. Hubiera sido divertido jugar con ella. Hubiera sido tierna como Alicia. Y usted sería una buena mamá.

—¿Yo sería una buena mamá? ¿Tú crees?

—Recuerdo la vez que me sorprendió haciendo trampa en el examen de historia. ¿Lo recuerda?

—Claro. El profesor de historia había enfermado. Yo, como su profesora jefe, tuve que tomarles el examen. Todavía recuerdo tu cara de espanto cuando te sorprendí.

—Pensé que me mandaría a inspección. O que le diría a mamá.

—Flores te hubiera regañado.

—Sí. Ese verano fuimos a México. Tal vez no hubiéramos ido, si usted le hubiera dicho a mamá de mi travesura.

—¿Y perderme un viaje a México? —Joanna suelta una risita nostálgica—. Tu madre me invitó. Conociendo lo drástica que es con respecto a los asuntos de la escuela, no me iba a arriesgar a perder mis vacaciones. Ah, por cierto, no lo llares travesura.

—¿Por qué?

—Recuerdo tus calificaciones en historia. Estabas por reprobar. Una travesura no te salva de reprobar el curso y ser castigada todo el verano por mamá. —Joanna le da una palmadita en el hombro a su sobrina—. Llámalo astucia. Instinto de sobrevivencia.

Camila ríe.

—¿Usted hacía trampa en los exámenes?

—Instinto de sobrevivencia.

—Perdón, ¿usted sobrevivía a los exámenes?

—Sobre todo a los de historia.

—¿Es genético?

—Sin duda, cariño. Y tú, Elizabeth, ¿sobrevives a algunos exámenes?

La niña no parece escucharla. Está concentrada mirando la pared. Joanna estudia nuevamente las líneas y letras. Nada legible. Nota, sin embargo, cómo una larga babosa se arrastra en la pared lateral, cerca de la puerta.

De pronto, Elizabeth se gira hacia ella.

—Tía —dice—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé, cariño. De verdad, no lo sé.

Los frenillos de la niña y sus anteojos ya no parecen detalles dulces de una niña silenciosa. Parecen las armas de una chica con muchas preguntas que Joanna no tiene idea cómo contestar.

—Tía —insiste—. ¿Estamos en peligro?

—No.

Un nuevo silencio.

Hace menos de un día, Camila era la de las preguntas incómodas. Aquel papel de personalidades parece haber cambiado. Para su fortuna, la introspección habitual en Elizabeth vuelve.

—¿Recuerdan nuestro viaje a México? —pregunta.

—Sí, fue hace dos años —responde Camila—. Mami ha dicho que volveremos algún día.

—Sería genial volver a la playa.

—Sí, lo pasamos muy bien. Mamá tiene un álbum de fotos en su Facebook. ¿Anda con su celular? Podríamos ver las fotos.

—No hay señal, cariño.

De todos modos, lo comprueba. No se equivoca. No hay señal.

Y un nuevo silencio se arrastra desde alguna parte.

—¿Recuerdan al perro? —pregunta.

—Era un pastor alemán. —El recuerdo del perro parece emocionar a Camila—. Nos siguió desde el hotel hasta la playa. Le gustaba meterse al agua con nosotros. ¿Se acuerda que una señora nos llamó la atención, diciendo que no deberíamos llevar animales a la playa?

—Sí. Dijo que llamaría a la Policía.

—¿Lo hizo?

—Florencia le dijo que el perro no era nuestro. Pero a pesar de eso, lo hizo.

—Era difícil creer que no era nuestro. No dejaba de jugar con nosotras.

—Y ustedes no dejaban de hacerle cariño.

—Elizabeth y yo lo llamamos Toby. Él nos quería mucho.

—Sí, a los perros callejeros les agradan los niños.

—Y, al final, ¿llegó la Policía?

—No. Nunca llegaron.

Y el silencio, reptando por el cemento frío, retorna.

—¿Qué será de Toby? —pregunta Joanna.

—Si volvemos a México —dice Camila—, podremos buscarlo. Solo han pasado dos años, seguramente sigue vivo.

Para Joanna, la imagen de sus sobrinas, Florencia y ella, caminando a orillas de la playa, humedeciendo sus pies en agua cristalina y sintiendo la espuma del mar caribeño, y la brisa estival sobre su rostro deseoso por un trago de dulce licor tropical, junto a la perspectiva de buscar un perro amistoso por los rincones más coloridos de ciudades hermosas, le resulta de lo más excéntrico e ingenuo.

Pero no pierde la esperanza. Después de todo, los planes de Dios todopoderoso le recuerdan eso de “cómo nos cambia la vida en un segundo”.

—Y tal vez podríamos viajar a Estados Unidos —sugiere—. ¿Les gustaría ir a Miami?

—¿Hay playa en Miami? —pregunta Camila.

—Por supuesto, cariño. Hay playas para hartarse.

—¿Y son bonitas?

Joanna va a responder, pero algo llama su atención. Es la babosa. Parece haber avanzado demasiado. Su cuerpo viscoso ha dejado una estela transparente sobre la orilla del suelo y se acerca a los pies de Elizabeth. La niña no parece notarlo. Parece ausente.

Súbitamente, se gira hacia Joanna.

—Tía, ¿dónde estamos?

El miedo en su sobrina es demasiado poderoso. Contagioso. Sus lentes reflejan el rostro de Joanna. Hay manchas de sangre seca y moretones en la nariz y mejillas. Un corte pequeño, pero largo, surca su frente. Suda y posee enormes lagañas.

Desde los anteojos de su sobrina, se proyecta el horror que todas han vivido.

Joanna, sin saber qué decir, baja la vista, avergonzada. Ve la sangre seca del vago del estacionamiento que se ha impregnado en sus manos.

Un nuevo silencio.

Roto, otra vez.

A las niñas con miedo el silencio no les agrada.

Joanna lo descubre rápidamente.

—Tía, ¿dónde estamos?

Y el miedo es contagioso. Y las niñas son víctimas susceptibles al contagio. Camila la mira, ahora, también con temor.

—¿Nos han secuestrado?

Y sus chicas aguardan una respuesta. Joanna oye sus respiraciones como el pitido de una alarma insistente.

Y la babosa no se detiene.

Joanna intenta abrir la boca. Balbucea. El reflejo sangriento proyectado en los lentes de su sobrina le recuerda a John, muerto sobre el sofá de su casa anaranjada. Sobre eso es lo único que podría hablar.

El padre de ellas está muerto.

Y tiene la sabiduría de que todas lo estarán pronto.

Oye pasos acercándose a la habitación. Abren la puerta. De pie, en el umbral, se encuentra el pelirrojo con cara de idiota. Las invita a seguirle. Su tarjeta de invitación va acompañada del cañón de una pistola.

No les queda de otra que seguirlo.

Mientras caminan por el edificio, Joanna comprende la suerte de aquel imbécil. Del grupo de tiradores, fue el único que no resultó herido.

Es un pensamiento ambiguo. El único que puede controlar. Sus gemelas, muertas de miedo, caminan adheridas a ella. Lo hacen en silencio. Atraviesan el patio e ingresan a la aparente iglesia abandonada. No hay electricidad, pero un hueco en la pared más alejada de la entrada permite que una luz sombría irradie todo el espacio con una brumosa sentencia.

Joanna y sus chicas son arrojadas al fondo, cerca de la entrada. Junto a ellas hay un grupo de niñas vestidas como bailarinas de *ballet*. También está Alicia, en brazos de su hermana. Al fondo, e incapaz de moverse por sus heridas, se encuentra Félix.

En los alrededores, apoyados en las paredes, se encuentran *ellos*. Extraños individuos con la peculiar mirada agreste de los pobladores de Adoración. La mirada de campesinos adoradores de pinos. Sin embargo, hay un filo umbroso y lejano enarbolándose en sus miradas. Es la sórdida crueldad

abriéndose paso en el carente ingenio, pero malvado espíritu, de adoradores del diablo.

Del otro lado del lugar, bajo el hueco en la pared, amarradas, e iluminadas por la asfixiante luz gris, se agitan dos madres convertidas en zombis. Su aspecto demoniaco y de peligrosas fauces en movimiento yacen ante una mujer que, en medio de ambas, parece custodiarlas con turbadora sonrisa.

Atravesando esa sonrisa cadavérica, una fea cicatriz que empieza en el costado derecho de la quijada, traspasa los labios en diagonal y culmina en el pómulo izquierdo.

41

Ambas madres yacen en el flujo de la locura que se ha apoderado de ellas. Están arrodilladas sobre un escenario de madera putrefacta que, como un barco en una tormenta, rechina con cada sacudida que sus cuerpos poseídos liberan. Se encuentran completamente desnudas. La piel de ambas está pálida, cubierta de cortes y suciedad. Parecen polvorientos y olvidados juguetes del más macabro de los juegos; gárgolas de un infame castillo crecido como la cúpula de misteriosos y tenebrosos lugares.

Sus ojos comparten la incomprensible zona del miedo en el que una susurrante voz de otro universo les dice que deben comerse a sus hijas. Y sus tripas rugen como el más ávido de los apetitos. De esas necesidades sucias que se ocultan a millares de mundos alejados de nuestra consciencia y a las cuales no deseamos ir. No porque no queramos. Sino porque no podemos. Como un tarro de neopreno en lo más alto de una repisa, imposibilitando al niño de la casa de poder tomarlo. Así, semejantes ideas parricidas, yacen tan lejos de nuestra cabeza, que ni siquiera una vaga impresión del hecho rebosa el océano palpable de nuestra consciencia.

Pero, por algún motivo, la idea de matar a sus hijas se ha alojado en sus cabezas. O en sus corazones. Y desnudas, agitándose como perros hambrientos, alejadas de toda cordura, esas mujeres sucumben ante el viento brumoso y cruel que aúlla entre sus oídos.

Tienen cadenas rodeándoles el cuello, las cuales están amarradas a un extenso pilar de fierro que atraviesa el techo. De pie, entre ambas, como el más perverso de los magos guiando el perverso acto de las mamis caníbales, se encuentra ella: la mujer de la cicatriz.

Viste una ancha y larga sudadera amarilla limón y unos anchos pantalones de color negro. Ambas prendas están feamente arrugadas. La mujer bajo

ellas es tan delgada que, a pesar de las arrugas en su cara, parece una tonta mocosa que no tiene dinero para planchar la ropa. Ni mucho menos para alimentarse como corresponde. Ah, y por cierto, tampoco tiene para comprarse zapatos. Va descalza.

Joanna no puede dejar de mirarla. Atrae su vista como un limonero en medio de un desierto. Aquella mujer, que debe bordear los cincuenta años, parece agradable, pero Joanna sabe que detrás de su agradable apariencia se esconde una ácida, cruel y monstruosa esencia.

Su mirada ausente sucumbe ante la ictericia. Su rostro cadavérico decae ante el tinte amarillento que parece deshacer su piel; engullirla ante la infección hepática que la corroe. Pero Joanna ya había visto esos síntomas antes. Sabe muy bien que no es hepatitis, ni ninguna enfermedad relacionada con el hígado lo que causa esa coloración amarillenta en su piel. La ictericia que la carcome es parte de la maldición que afecta a las madres.

Joanna siente temor al comprender el pasado de esa mujer.

—El diablo existe y yo me entrego a él —dice en voz alta.

Una voz acentuada, infantil y ligeramente estúpida. Pero el mensaje perverso subraya con sangre su estupidez. Y Joanna sabe que el más peligroso de los estúpidos es aquel que tiene poder.

Y ella tiene poder.

No tarda en descubrirlo.

La multitud de *ellos*, apostados a los bordes de aquel siniestro verso, repiten el mensaje como fieles en una iglesia.

—¡El diablo existe y yo me entrego a él!

La mujer sonríe complacida. Su pelo negro y largo le cae sobre sus hombros, y una larga chasquilla sobre su frente le hace parecer una colegiala de lo más ingenua. Pero la cicatriz. La condenada cicatriz le otorga una tilde de despiadada personalidad a su semblante ingenuo.

—El diablo nos habla, eso lo sabemos —dice.

Y la multitud, en su mayoría femenina, repite.

—¡El diablo nos habla, eso lo sabemos!

—Hemos escuchado el mensaje.

—¡Hemos escuchado el mensaje!

—Matarás a tus hijos.

—¡Matarás a tus hijos!

—Y hemos escuchado el terror detrás del mensaje, como el más poderoso de los miedos.

—¡Y hemos escuchado el terror detrás del mensaje! ¡Como el más poderoso de los miedos!

—El diablo nos ha elegido.

—¡El diablo nos ha elegido!

De pronto, y antes de que la mujer de la cicatriz abra la boca, Félix, desde su rincón, la interrumpe:

—¡Cállate, loca de mierda! ¡Maldita loca de mierda!

—¿Maldita? —pregunta ella con cautela.

—¡Sí, loca de mierda! ¡Estás maldita! ¡Yo te maldigo!

—Ya estoy maldita, anciano —dice con completa serenidad—. Todos lo estamos.

—¡Loca! ¡Loca de mierda! ¡Maldit...!

—¡Abuelito! —interrumpe una de las bailarinas de *ballet*—. ¡Abuelito, no grites! ¡No grites, por favor!

La niña, que debe tener ocho o nueve años, se ha puesto de pie. Es rubia y lleva el pelo cuidadosamente tomado hacia atrás, rematado con el famoso “tomate”. Su bello uniforme blanco le da un adorable aspecto de inocencia y paz. Su voz angelical rompe las ondulaciones terroríficas del lugar que la rodea.

Pero la mujer de la cicatriz, como una madre devorando a su hijo, destruye su suntuosa inocencia.

—Hazle caso a tu nieta, anciano.

Félix mira a su nieta. Sonríe resignado y mira el suelo. Joanna ve las lágrimas caer de sus ojos amables. También la sangre caer de su mano y pierna. Nadie le ha curado las heridas. Aquel valiente conserje de escuela aguanta de manera sobrecogedora el dolor. Y la pena.

—El diablo nos ha elegido —repite la mujer de la cicatriz.

—¡El diablo nos ha elegido!

—El diablo quiso que matáramos a nuestros hijos.

—¡El diablo quiso que matáramos a nuestros hijos!

—Y nosotros, sus siervos, aceptamos el regalo.

—¡Y nosotros, sus siervos, aceptamos el regalo!

La mujer de la cicatriz sonríe maliciosamente, como una niña traviesa a punto de decir una broma muy cruel.

—Y cumplimos la orden —termina diciendo.

—¡Y cumplimos la orden!

El joven pelirrojo, que estaba apostado en la entrada, camina decidido hacia el grupo de niñas bailarinas de *ballet*. Son cuatro en total. Coge a una niña del pelo. No es la nieta de Félix. Es la niña del lado. Tiene la misma edad, la misma vestimenta y el mismo peinado que todas sus compañeras. Pelirrojo la toma del brazo y la apunta con la pistola en la cabeza.

—Camina —dice con su voz pastosa de idiota.

La niña, sudando y con los ojos llenos de lágrimas, camina resignada hacia el escenario principal.

—¡No! —exclama Félix con desesperación—. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor, no lo hagas!

—¡Abuelito!

Pero Félix no escucha.

—¡Oye, perra! ¡Qué haces! ¡Es una niña! ¡Es una niña, maldita perra!

La niña llega a los pies del escenario. Félix intenta ponerse de pie. Le es imposible. De todos modos, una gorda mujer rubia que yace a su lado le apunta con una pistola. Por si las moscas.

Una de las madres se sacude con más vehemencia de lo habitual. El tener a la niña en frente despierta en ella mucha hambre. Y la niña grita e intenta alejarse hacia atrás, pero pelirrojo la sostiene de la cintura y la obliga a mirar a la mujer que, Joanna entiende, es su mamá. Ha sido secuestrada junto a las niñas de la presentación de *ballet*.

—¡Basta! —insiste Félix—. ¡Basta! ¡Basta, por favor! ¡Es malo lo que haces!

—Todo es malo en este lugar —vocifera la mujer de la cicatriz—. Todo es malo desde que el diablo se apoderó de esta región austral del mundo.

—¡El diablo no existe!

—¿Ah no? —Apunta a las madres que se sacuden frente a la asustada niña—. Y esas cosas desnudas ahí, ¿qué son?

—Están enfermas, es todo.

La respuesta de Félix no es suficiente. Vacilante, se pierde en el ambiente, como gritos de desesperación en medio de un tornado.

—El diablo existe —continúa la mujer de la cicatriz, incapaz de inmutarse por los gritos de la niña y de su madre—. Fue el diablo quien me habló en

1998. Fue el diablo quien les habló a ustedes. —Apunta a las mujeres del lugar—. ¿Verdad?

—¡Fue el diablo quien nos habló! —responde la femenina muchedumbre, como corderos asustados.

—Y todos los parricidios ocurridos en la historia de Adoración —insiste la mujer de la cicatriz—. Las madres que no se suicidaron, ¿qué es lo que dicen?

Y la muchedumbre responde.

—¡Que el diablo les habló!

—Exacto, el diablo habla. El diablo existe. —Levanta los brazos, como la más excéntrica de las líderes religiosas—. Y, tal como yo anuncié, el diablo ha expandido su voz. Las madres matarán a sus hijos. La humanidad se quedará sin descendientes. El apocalipsis ha llegado. Los demonios del inframundo se han colado a la tierra y...

—¡El diablo no existe, perra estúpida! —grita Félix.

—¿Y entonces? —pregunta ella con sarcasmo. Mira a las madres, agitándose a sus pies—. Entonces eres ciego, anciano, porque yo presencio dos demonios al interior de estas mujeres.

Joanna mira las piernas de ambas madres. Tienen heridas de bala bajo las rodillas. Seguramente para incapacitarlas y poder subirlas al escenario. Aquel pensamiento, sacado de la mente analítica y nerviosa de Joanna, será el último pensamiento racional que aborde su cabeza durante esa jornada.

—El diablo nos ha elegido —dice la mujer de la cicatriz de manera súbita.

—¡El diablo nos ha elegido!

—El diablo quiso que matáramos a nuestros hijos.

—¡El diablo quiso que matáramos a nuestros hijos!

—Y nosotros, sus siervos, aceptamos el regalo.

—¡Y nosotros, sus siervos, aceptamos el regalo!

—Y cumplimos la orden.

—¡Y cumplimos la orden!

—¡El diablo me habló en 1998! —agrega la mujer de la cicatriz. Ahora es ella quien grita—: ¡Él me eligió! ¡Me habló de lo que se acercaba! ¡Y de lo que había que hacer!

Y a su grito se suman los gritos de la pobre bailarina de *ballet*. Su madre, frente a ella, no soporta ya el deseo de comérsela. Tira de la cadena y el

fierro que la sostiene se agita peligrosamente, sacudiendo todo el lugar. Del techo cae polvo.

La mujer de la cicatriz, desde lo alto del escenario, le hace un gesto a pelirrojo. Este, desde atrás, agarra a la niña por el cuello y la empuja hacia adelante. Hacia la boca de mamá. La niña intenta zafarse. Pero pelirrojo la tiene bien agarrada. Ella se sacude y grita.

—¡No! ¡Mami! ¡No! ¡Mami!

A sus gritos y forcejeos, se le suman sollozos. Se le suman los gritos de Félix y también del resto de niñas. Las sobrinas de Joanna han escondido el rostro en el abdomen de su tía. Ella las aprieta con fuerza. Nota que la pequeña Alicia grita desesperada, mientras su hermana, desde la silla de ruedas, la rodea con sus manos.

Joanna no sabe dónde mirar ni hacia dónde ir. Sus oídos han sido invadidos por gritos de desesperación. Mira al grupo de bailarinas de *ballet*, arrodilladas en el piso, sacudiéndose y gritando. Le parecen pobres pollitos en apuros. Una alta mujer les apunta con una escopeta.

Joanna mira entonces al destino final del desvarío llevado a cabo en todos los rincones de su alma. El paisaje rojo se vuelve umbroso, espeso, cubierto de gritos infantiles e imágenes demoniacas. La niña en el frente intenta con todas sus fuerzas huir, pero ese malnacido de pelirrojo se lo impide. La tiene tomada del cuello con una crueldad que hace que la impotencia en Joanna la haga llorar.

—¡No! —grita la niña con desesperación—. ¡Soy yo, mami! ¡Tu hija! ¡Tú me amas, mami!

Mami abre la boca y sus dientes amarillos se agudizan como colmillos. Un agujero negro, del otro lado, mastica los gritos de la niña. Y parecen gustarle. Son placenteros. Le satisfacen, como especias de lo más exóticas sobre el festín de siniestro canibalismo maternal que hierve frente a sus ojos.

—¡Mami, no! ¡Mami!

—Deja el lloriqueo, mocosa —dice la mujer de la cicatriz con perversa calma—. No es tu mami. Es un demonio. Es el demonio que quiere comerte, niña.

Y el demonio expande los ojos. El amarillo en sus globos oculares y mejillas alargadas se cierne sobre la chica. Acerca la boca al cuello de la

bailarina de *ballet* y muerde. La niña grita. Sangre cae sobre su blanco traje de baile.

Pelirrojo la suelta y se aleja. La mujer coge de la cintura a su hija y la levanta. Le muerde uno de sus brazos. Joanna tiene la impresión de estar viendo una horrorosamente realista representación del cuadro *Saturno devorando a su hijo*, del pintor español Francisco de Goya.

La pobre niña suelta un gemido agonizante. Se sacude con exasperación. Joanna ve sus piernas moverse hasta que, finalmente, quedan quietas. El sufrimiento de la niña ha culminado. Gracias a Dios, piensa Joanna.

La mujer insiste en morder el brazo. Desprende la carne y la engulle con ferocidad. Resuella como un animal hambriento que no ha comido en años. Finalmente, el brazo se desprende del cuerpo. La extremidad, como un hueso cubierto por jirones de carne y piel, queda atorado en los dientes alargados de mami. El resto del cuerpo cae sobre el escenario. Los ojos abiertos de la niña, con mortal expresión de terror, quedan mirando hacia el techo.

La otra madre, a su lado, ni siquiera se inmuta por el cadáver a sus pies. Se agita, pero es por la presencia de alguien más. De su propia hija, por supuesto. Joanna mira al grupo de *ballet* y no tarda en adivinar quién es la siguiente. Quiere hacer o sentir algo, pero no es capaz de nada.

Pelirrojo toma del cuello a la nieta de Félix. La apunta con la pistola y la obliga a ponerse de pie.

—¡Abuelito! —grita la niña.

Atraviesa el pasillo, gritando e intentando zafarse de las garras rojas e idiotas que tiene detrás. Félix hace el ademán de ir hasta donde su nieta y salvarla. El hombre alto y de brillantes ojos verdes, llamado por pelirrojo *camarada*, y cuyo hombro yace herido debido al disparo que el propio conserje le dio en el subterráneo del supermercado, se acerca al viejo y lo toma del cuello.

El conserje le esconde el rostro. El tipo alto levanta la cabeza hacia su líder. La mujer de la cicatriz le guiña un ojo. Entonces él saca un cuchillo y lo clava en el estómago de Félix. Lo desliza desde el costado derecho al izquierdo. Lo abre con despiadada facilidad. Las tripas del anciano caen al suelo, como un enorme gusano rojizo. Félix, con los ojos abiertos como platos, mira sus intestinos caer. Lleva las manos al vientre. Luego cae al suelo. Muerto.

Los gritos de su nieta se exacerban. Parece a punto de desfallecer. Y pelirrojo, sonriente, la empuja a su destino fatal. Mami se impacienta del otro lado. La otra madre, en su costado izquierdo, mastica sin cesar la carne de su hija. Joanna cree oír los dientes arrancar la carne. Y el soplido en su cabeza emprende la marcha bárbara del culto más espeluznante de sus pesadillas.

En algún lugar del soplido, oye a dos niñas idénticas aunar lamentos bajo sus brazos. Y más lejos, más llantos y gritos de niñas vestidas de blanco, como cándidos espíritus olvidados en el rojo campo de las ideas adultas, trastocadas por las locuras de adoradores del diablo. Y oye sus llantos más fuerte, terriblemente desconsoladores, como decenas de huérfanos llorando en la madrugada de un orfanato, mientras el más cruel de los guardias les rompe los huesos a patadas.

Y aquellos llantos patinan por la fisura del cerebro de Joanna, como hojas puntiagudas arrastradas por el viento que sopla en sus oídos. Se acumulan allí, como torre de hojas muertas, marchitas y secas, en cuyo interior se pudre el cadáver mutilado de una niña.

El sonido persiste. Se hincha en forma de tumor. Crece, ya no en su cabeza. En su vientre. Un tumor con vida propia. Tiene pelos, huesos y dientes, como un tumor teratoma. Y duele. Duele en todas sus formas. Un dolor celular.

Quiere abandonar ese espacio. Quiere despertar de esa pesadilla. Quiere decirle al hijo de puta que la subió al cohete, que eso de visitar otros planetas es una mierda. Quiere volver a tierra. Quiere volver a su departamento color crema, mirar la botella de *whisky* y reprocharle por la menuda cosa de locos que ha alucinado. Quiere que acabe, pero la jodida bailarina de *ballet*, rubia y encantadora, todavía grita. Y a sus gritos responden las demás niñas. Y lloran y se desesperan, como un peso demasiado voluminoso que se infla en el estómago de Joanna. Siente náuseas. Quiere vomitar un alargado grito de horror. Y despertar. Desea, por sobre todas las cosas, despertar.

Mami y bailarina de *ballet*. Frente a frente. Las manos paliduchas del idiota de pelo rojo atenazadas al cuello frágil de la pequeña. Y mami abre la boca y se alimenta de los gritos. La abre de una manera descomunal y...

—¡Son los pinos! —grita Joanna. Aunque no cree haber sido ella quien gritó.

La mujer de la cicatriz le hace un gesto a pelirrojo para que se detenga. La pequeña bailarina de *ballet* es alejada de las fauces de mami. Está a salvo. Joanna, de manera inconsciente, le ha comprado un boleto dorado con la palabra *tiempo*.

—¿Qué dices? —pregunta la mujer de la cicatriz.

—Son los pinos —responde con los nervios arañando su garganta. Intenta respirar y mantener la compostura. No le agrada balbucear. Menos frente a esa perra de amarillo—. Son los pinos —repite con calma—. Ellos son los causantes de la maldición.

Saca del bolsillo de su pantalón la libreta negra. La gorda mujer que apuntaba a Félix, ahora la apunta a ella.

Joanna siente cómo las manos de sus sobrinas se aferran a sus brazos con más fuerza. Entiende que su exabrupto puede comprar un par de boletos dorados con la palabra *muerte*, tanto para ella como para sus gemelas.

Pero ya habló.

Ya no hay nada que hacer.

Ya está concursando por los jodidos boletos.

El cañón de la pistola, besándole la cabeza, le dice que se ande con cuidado.

Va a decir algo, pero guarda silencio. Entiende que eso de andarse con cuidado es lo mismo que mantener la boca cerrada. Para su mala suerte, la mujer de la cicatriz camina hacia ella. Hace que la gorda mujer se aleje. Se inclina frente a Joanna y la mira con el ceño fruncido.

Ahora que la tiene en frente, Joanna ve los detalles en su rostro. Está llena de granos rodeándole la sien. Entiende que su frente debe estar igual, por eso las tontas chasquillas. Sus ojos están lagañosos y sus labios anchos son secos. Sus dientes combinan a la perfección con su fea sudadera. Son amarillos y de un aspecto asimétrico.

Lidia le arrebató la libreta de las manos. No se molesta en mirarla. Se la entrega a la mujer gorda, quien la guarda en su bolsillo.

—Así que conoces al idiota de Alan, ¿no?

—¿Alan? —pregunta Joanna con desconcierto.

—El dueño de esta bendita libreta. El pobre guardia de la clínica que quiso quemar el bosque. Pero, ¡ja!, no pudo hacerlo. Y tú, zorra, ¿quieres hacer lo mismo? ¿Quieres quemar mi hogar y el de todos nosotros?

Joanna no responde.

De pronto, la mujer toma del pelo a Elizabeth. Su sobrina suelta un alarido, el cual ahoga rápidamente. El hombre alto y de ojos verdes que había destripado a Félix, como si leyera la mente de la mujer de la cicatriz, va hasta ella y coge a la niña.

Joanna se queda sin palabras. Camila grita, pero Joanna la sostiene del brazo para impedirle que se mueva.

—Me llevaré a la niña a nuestro hogar, para que tu idea de quemarlo se evapore.

—Por favor, no —se anima a decir. Resignada.

Está todo perdido, lo sabe. Mira el cadáver de Félix sobre sus tripas. También el cadáver de la bailarina de *ballet*, a los pies del escenario. Y la otra bailarina, a su lado, llorando.

Sí, está todo perdido. No hay nada que hacer.

Ve cómo el hombre de ojos verdes, junto a otro tipo, se llevan a su sobrina afuera del edificio.

La mujer pone la palma de su mano derecha sobre el vientre de Joanna. Sonríe con admiración.

—Un pajarillo rojo me dijo que estás embarazada. Un demonio crece aquí. Pronto hará que te mates. ¿Será divertido? ¿No crees?

Joanna no responde. Siente un enorme deseo de abofetearla. De morderle el cuello y aplastarle los ojos. Pero se aguanta. Sabe que, de hacerlo, la mujer le entregará el boleto dorado con la palabra *muerte* junto a un ramillete de balas.

La mujer de la cicatriz se pone de pie.

—Te llevaré conmigo. Será increíble verlo. Ahora debemos seguir con el culto.

Joanna ve con espanto que Elizabeth ha desaparecido.

—Esos hombres —se atreve a decir—. ¿Dónde se han llevado a mi sobrina?

—Descuida, pronto estarás junto a ella.

La mujer le guiña un ojo.

Joanna tiene la certeza de algo: matará a esa mujer.

Y su futura víctima sube al escenario. Pelirrojo acerca a la nieta de Félix una vez más con su madre. Y Camila llora desconsoladamente en los brazos de su tía. Antes de que Joanna pueda pensar cualquier cosa, un conocido y sublime sonido ingresa por sus oídos.

Un disparo desde el exterior.

Se le suma otro, y otro.

Joanna nota cómo la mujer de la cicatriz y su grupo de seguidores escapan. Antes de huir, la líder le hace un gesto a la gorda mujer de la escopeta para que se quede adentro y les dé tiempo. Joanna ve el súbito abandono en aquel lugar siniestro. Nota con alivio cómo la nieta de Félix ha quedado a salvo. Ha vuelto con sus amigas. Tirita. Joanna quiere ponerse de pie e ir a abrazarla. Pero la gorda mujer le apunta con la escopeta.

La puerta ha quedado abierta. Los disparos se oyen a lo lejos, como si vinieran de varias calles abajo. Disparos fuertes, como de metralletas. Joanna ve con lamento cómo la mujer de la cicatriz y sus seguidores se pierden por las calles. En algún lugar, con *ellos*, va Elizabeth.

Y el ruido de las metralletas se acerca. El rugir de un camión envuelve la atmósfera con su grito de guerra. La gorda mujer mira hacia todos lados, confundida. Ya no sabe qué hacer. Corre hacia la puerta. Es tarde. El camión militar ha frenado en la calle. Soldados descienden. Se introducen por el sendero lateral que lleva al patio del derruido edificio. Pisan el césped del patio con sus uniformes mimetizados.

—¡Ejército Nacional! ¡Baja el arma! ¡Estamos aquí para ayudar, no para matar!

La mujer gorda, con torpeza, dispara la escopeta. La bala se pierde en la nada. Uno de los militares dispara su fusil. La bala atraviesa el corazón de esa enorme mujer.

Los soldados ingresan a la iglesia abandonada. Dos se acercan a Joanna y sus chicas. Otros dos se acercan a las madres zombis del escenario. Joanna nota que llevan máscaras de gas. Presume que ellos creen que se trata de algún arma biológica que ha invadido la región.

Escucha nuevos disparos. Ambas madres desnudas mueren baleadas.

—Mi sobrina —le dice Joanna a los soldados que tiene enfrente—. Ellos se han llevado a mi sobrina.

Los militares no parecen escucharla. Joanna intenta ponerse de pie. Uno de los soldados toma su fusil y la golpea en la nuca. Cae, aturdida. Pierde la consciencia.

Por fin, todo se vuelve negro.

—Se han llevado a una de mis sobrinas —anuncia.

El hombre de bata blanca la estudia con irritante calma.

—¿A una? ¿Cuántas sobrinas tienes?

—Dos. Una la secuestraron *ellos* y la otra, maldición, no lo sé. De seguro se la llevaron los soldados.

—¿Y quiénes son “ellos”?

—Adoradores del diablo.

—¿Satanistas?

—Exacto.

—Los militares han ocupado la región. De seguro los atraparon ya. De ser así, sus dos sobrinas ya deben estar juntas.

—¿Dónde?

—A unos cuantos kilómetros de aquí.

—¡Maldita sea, doctor! —Joanna mira sus manos. Se calma—. Doctor, ¿puede ser más claro? Desperté recién y tengo la impresión de llevar dormida un mes. ¿Puede decirme dónde estoy?

—En el kilómetro 107 de la carretera sur. A unos minutos de Adoración.

—¿Es esto un hospital?

—Una clínica.

—¿Es impresión mía, o usted es un psiquiatra?

—Efectivamente, señorita Joanna. Se encuentra usted en la última ala del edificio, el área de salud mental.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Estaba en su billetera.

Joanna, sentada en el lado de visitas de aquel escritorio, se mira a sí misma. Nota que lleva encima una de esas batas blancas para enfermos graves, o también para locos.

—¿Estoy internada? No quiero estar aquí.

—La situación afuera es compleja. Toda la región es una zona de guerra.

—¿Y eso a mí qué?

—Es deber del Gobierno y las Fuerzas Armadas resguardar a los ciudadanos, señorita.

—¿Dónde se supone que está mi sobrina? La que estaba conmigo cuando llegaron los soldados.

—Debe estar en el orfanato de Adoración.

—¿Adoración? No, es peligroso que esté ahí. Los adoradores son de allí.

—Debo suponer que se refiere a los adoradores del diablo.

—Por supuesto.

—Señorita Joanna, ¿su sobrina tiene madre?

—No. La mamá de mis sobrinas está muerta. —Se asegura de remarcar la última S en la palabra *sobrinas*.

—¿Y usted, tiene hijos?

—No.

—¿Y madre?

—No. Ella se mató hace años.

—Lo lamento. —El hombre de bata blanca se pone de pie y se dispone a irse—. Estará con nosotros hasta que, sea lo que sea que esté pasando afuera, termine. Mientras tanto, siéntase como en casa.

—Espere.

El psiquiatra, que ya estaba con la mano en la cerradura de la puerta, se vuelve hacia ella y la queda mirando con el entrecejo fruncido.

—¿Qué necesita?

—Los militares y su zona de guerra será un fracaso. Deben quemar los pinos. Los pinos de la maderera.

—Desde que llegó, ha dormido cerca de quince horas. Creo que debería dormir un poco más.

—¡No! ¡No debería estar aquí! ¡Debo ir al orfanato a buscar a mi sobrina! ¡No debería estar aquí!

—Aquí —termina el hombre de bata blanca—. Es el lugar exacto donde gente como usted debe estar.

Abre la puerta y se marcha. Tras él, ingresan dos hombres enormes, como largos edificios. Uno es viejo y el otro de mediana edad. Invitan a Joanna a seguirlos.

Joanna se pone de pie. Los rodea y sale de la habitación. Los hombres la conducen por un enorme pasillo de blancas murallas y blancas baldosas.

Santo cielo, cómo odia ese puto color blanco.

El psiquiatra, más adelante, parece escapar de ella.

—¡Los pinos! —exclama—. ¡Hay que quemar los pinos!

Nadie parece escucharla.

Llegan a una sala de descanso. Varios hombres y mujeres de batas blancas y semblante de locura, observan recelosos su andar.

—¡Los pinos, doc! ¡Hay que quemar los pinos!

El doctor toma su costado derecho, al fondo de la sala, y sube por una escalera de zigzag. Joanna llega a la misma escalera, pero, en vez de subir, los hombres la acompañan hacia abajo. Escucha, desde la sala principal, la voz de una mujer.

—¡Los pinos! ¡Hay que quemar los pinos! —grita con tono burlón—. ¡Oh, sí! ¡Quememos los putos pinos!

Joanna se muerde los labios.

Los hombres la llevan hasta el primer piso de aquel sitio. Se detiene en el descansillo. Allá abajo no le gusta. No hay ventanas. No parece realmente el primer piso. Parece un subterráneo. Un solo y largo pasillo a mano izquierda, rodeado de puertas, le dice que nada bueno le aguarda.

—No quiero estar aquí —dice.

—Es temporal —masculla uno de los hombres. Se trata del más viejo—. El doctor nos dijo que debes descansar.

—¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana —responde el mismo hombre.

—¿Y desde cuándo estoy aquí?

—Desde ayer en la tarde —responde su compañero más joven.

—No recuerdo nada desde que llegaron los soldados.

—Estabas exhausta cuando los soldados te trajeron —explica el hombre más viejo—. Los doctores te sedaron y te curaron las heridas. Con todo respeto, señorita, pero tenía un aspecto horrible.

—Necesito ir al baño.

El hombre más joven y menos hablador, le ofrece la puerta del baño. Joanna se gira hacia allá. Entra y cierra la puerta. No es mentira. Necesita el baño. Tiene fuertes ganas de mear. Abre el retrete de aquel pequeño baño y lanza un alargado suspiro de alivio. Luego de desahogar la necesidad de su vejiga, se enjuaga las manos y se queda mirando en el espejo.

Su aspecto ha mejorado bastante desde la última vez. Ya no tiene lagañas. La herida en su frente ha sido reemplazada por un blanco parche. Otro parche similar cubre su tabique nasal. La hinchazón en el pómulo derecho se ha reducido. Sale del baño.

—No quiero estar acá abajo, encerrada. Quiero ir arriba.

—Podrá hacerlo después de las diez de la mañana —explica el hombre más viejo—. Todavía está sedada y necesita un descanso y un poco de paz.

—Sí —agrega el segundo hombre—. Allá arriba va a tener que poner a prueba sus nervios. Esos condenados locos no son peligrosos, pero te sacan de quicio.

—¿Y por qué diablos estoy en la misma zona que ellos?

—Los soldados han traído varias mujeres a este sector. La mayoría se encuentran del otro lado, en una bodega del patio. Aunque yo no las llamaría mujeres.

—Poseídas —agrega el hombre menos hablador—. Aquellas mujeres parecían poseídas.

—El resto de mujeres y hombres —continúa el más viejo— han sido traídos a psiquiatría. No están locos, se supone, pero no parecen del todo bien mentalmente. Ahora debemos dejarla en su habitación y llevar a otra mujer arriba, para que charle con el doctor.

Joanna suspira. Se gira hacia la que, al parecer, es su habitación.

—Tengo hambre —dice. Luego se queda mirando al hombre más anciano.

—No se preocupe. Cerca de las diez de la mañana, cuando el efecto del sedante se esfume, podrá desayunar.

Le abren la puerta. Ingresa, pero el hombre más silencioso la detiene.

—Señorita, ¿es cierto que las mujeres... ellas han enfermado?

—Las madres —corrige—. Las madres han... —“Han sido poseídas”, piensa decir, pero no quiere ser fijada como loca. No, por ningún motivo quiere un mote así en un lugar como ese—. Han enfermado. Las madres han enfermado.

Antes de ver las reacciones en esos hombres, Joanna cierra la puerta y se interna en la soledad de su habitación.

Se sienta a los pies de una cama de edredón blanco. Todo allí es de ese color. Recuerda que el blanco no es un color. Es la ausencia de este. Suelta una risotada. Ninguna ventana cerca. Cierra los ojos. Una idea atraviesa su oscuridad: es una suerte que esos hombres sean amables y hayan respondido a sus dudas. O si no estaría perdida y llena de conjeturas dando vueltas en su cabeza.

Ahora, gracias a las palabras de esos tipos, puede dilucidar algunas cosas. Entiende que está a pocos kilómetros de Adoración y de Elizabeth. Entiende que el orfanato a donde ha sido llevada Camila está cerca. Entiende que los militares han ocupado la ciudad y están llevando a parte de la población a aquel recinto médico. Entiende que debe salir de ahí lo antes posible. Pero,

para ello, debe dejar de lado *eso* del bosque de pinos. Si continúa con esa idea, la etiqueta de *loca* va crecer en su espalda. Y a las locas no las dejan salir de un recinto psiquiátrico. No con la premura que le urge.

Suspira. Se soba las rodillas. Le pesa la cabeza de tanto dormir. Aún se encuentra somnolienta y algo aturdida. Pero recuerda. Recuerda a la mujer de la cicatriz y a su banda de adoradores de Satán. La odia. Los odia a todos ellos. Tiene que recuperar a Elizabeth. Y matarlos a todos. ¿Pero cómo? Sabe que el hogar de *ellos* se cierne en alguna parte de Adoración, y a pesar de que aquel maldito pueblo es pequeño, sus alrededores boscosos son inmensos. Se muerde el labio al notar su desafortunada perspectiva.

De repente, alguien golpea a la puerta. Mira hacia allá. Ve una sombra deslizarse por debajo. Repentinamente un papel es arrojado por la hendidura.

Joanna se acerca y toma el papel. Lee:

*YO TE CREO.
CONOZCO LA MALDICIÓN DE LOS PINOS.
SALDREMOS DE AQUÍ.*

—¿Quién eres?

Una voz masculina y susurrante le responde con velocidad.

—Lánzalo de vuelta.

Joanna lo hace. El extraño lo recibe y se aleja.

—Oye, espera.

Pero no obtiene respuesta. Escucha a lo lejos el ruido de la cadena del retrete en el baño más cercano. Aquel mensaje se pierde en el desagüe. Joanna se gira a su habitación y un blanco cadavérico parece cegarle la vista.

Da dos pasos. Llega al fondo de la habitación. Es pequeña, después de todo. Mira para todos lados. Blanco. Cómo odia ese color. No, es ausencia de color. ¿Acaso lo olvidó, profesora? Y da vueltas y más vueltas, como la aguja de un reloj de pared, cuyo fondo, números y minutos, son blancos. Ausentes de color, mas no de tiempo. Tiempo, inmenso, que retorna sobre sí mismo, atrapado en una habitación diminuta. Y blanca. El color de la locura.

No, carajo, la ausencia de cordura.

Eso suena mejor.

Da vueltas. Se sienta sobre la cama. Recuerda el mensaje. La ansiedad la carcome. Empieza a rechinar los dientes. Se pone de pie. Siente cómo los segundos pasan con vil lentitud, casi como gotas de sudor cayendo sobre su espalda. Y recuerda todo lo sucedido en la zona de *camping* de Adoración. El arroyo ensangrentado. La iglesia abandonada y las bailarinas de *ballet*. Félix y sus viscosas tripas desparramándose sobre tablas podridas. Gabriela. La niña muerta. Una de muchas. En verano, todas morimos, profesora... ¿acaso lo olvidó?

Las gemelas también morirán. Elizabeth. Ella representa el mayor problema. Debe rescatarla. Pero calma, profesora, todavía no son las diez. Debes esperar. La chica puede esperar. Esperar. De eso se trata. Y da vueltas, nerviosa, en su blanca prisión.

Su corazón late a mil. Siente las palpitaciones ir y venir, como el ruido que hacen los vagones de un tren que marcha a toda velocidad. Se acerca a la puerta. Pone el oído para escuchar. Nada. Solo el tum, tum, tum, de su corazón. Parece un tambor. No, parece el tictac de un condenado reloj dañado, que ha quedado detenido en la misma hora. La hora de esperar.

Joanna se empieza a desesperar. Hace una arcada. Los ataques de ansiedad no son recurrentes en ella, pero a veces... comienza a costarle respirar. Se acerca a la puerta y golpea. Grita por ayuda. Luego finge tener ganas de mear. Pero nadie acude a su rescate. Gritar le hace más daño a sus nervios. Deja de hacerlo. Intenta conciliar la calma. Cierra los ojos. Respira. Inhala y exhala, coordinadamente, tal como le enseñó mamá. Pero no sirve. Las putas respiraciones también le suenan como el tictac de un reloj.

Vuelve al fondo de la habitación. Luego se tiende sobre la cama. Aquello es insoportable. Estar tendida le resulta fastidioso. Es como darse por vencida. Se levanta. Siente un mareo. Un resuello escapa de su garganta. Tose. Una nueva arcada. Ya no lo soporta. Cada condenado minuto es una imagen distinta de Elizabeth muriendo en manos de esos locos.

¿Sufre?

Sufre, porque las niñas secuestradas sufren.

¿Y si la matan?

Y no para de dar vueltas. El blanco se convierte en algo así como una tormenta de nieve. Y ella, descalza, pesca la gripe de ese estado ausente. La enfermedad en que el corazón quiere escapar por la boca. Y el tictac de las palpitaciones ya no es un puto reloj. Es una bomba que quiere estallar a

medida que su imaginación tiñe de rojo la nieve. La superficie demencial que la abriga troca a un arroyo rojo, salpicado por miembros humanos. Miembros infantiles. Miembros de sus alumnas.

Todas moriremos, profesora, no lo olvide.

Y en alguna parte de ese arroyo nada la cabeza de Elizabeth.

Vuelve a la puerta. Golpea con furia. Vuelve a la pared del fondo. La bomba estalla. Cae al piso. Se ha desmayado.

Unos minutos más tarde, despierta. Se encuentra boca arriba. Mira el techo. Sí, blanco. Se queda un momento así, mientras el dolor en la cabeza, por la caída, remite. Se levanta con cuidado. Un hormigueo en la sien le hace quedarse quieta un par de segundos, mientras intenta serenarse. Los incisos de la ansiedad retoman el paso desde alguna parte de sus pulsaciones. Intenta controlarlos, pero aquello es tan difícil como controlar el tiempo.

Se acerca a la puerta.

—¿Puedo salir ya? —solicita.

No hay respuesta. Se devuelve a su cama. Oye pasos. Sonríe esperanzada. Alguien se ha detenido del otro lado de la puerta. Introducen una llave en la cerradura y el hombre silencioso y de mediana edad que la acompañó hasta ahí, emerge. La mira con el entrecejo en alto.

—Me dijeron que a las diez debía usted subir.

—Los efectos del sedante ya han pasado. Y no me hace bien estar aquí, sola. Además, tengo hambre.

—Entiendo —dice lacónico.

Le hace un gesto para que le siga. Joanna, complacida, lo hace.

—¿Qué hora es? —pregunta mientras sube las escaleras.

—Las nueve.

Condenado tiempo, piensa.

—Creí que era más tarde.

El hombre, detrás, no dice nada.

Llega hasta la sala principal del segundo piso. No hay nadie.

—Los pacientes psiquiátricos descansan —le dice su acompañante—. Pronto saldrán las demás mujeres y hombres que han sido traídos por los militares. Aproveche su soledad. Y aproveche de comer.

El hombre le enseña unos bocadillos sobre la mesa de centro que descansa al medio de la sala. Joanna va hasta allá. Nota que el hombre sigue ahí. La

mira como si quisiera decirle algo. Parece nervioso. Joanna se pregunta si acaso fue él quien escribió la nota. El hombre da un paso titubeante hacia ella. Pero unos pasos desde el pasillo principal hacen que el hombre regrese hacia la salida.

Joanna lo sigue con la mirada. Lo ve esfumarse al mismo tiempo que dos enfermeras pasan delante de sus ojos. La ignoran por completo. Desaparecen escaleras abajo. Aprovechando su soledad, se inclina a la mesa para tomar un pedazo de pastel. Repentinamente, siente que alguien se ha parado detrás de ella.

—Sígueme —le dice la voz.

Sonríe. La espera ha terminado. Aquella voz masculina la conoce.

43

—¿Quién eres?

—Alan, ¿y tú?

—Joanna.

De pie, en una extensa sala de juegos completamente vacía, con enormes ventanales, ambos se estudian. A través del inmenso cristal del costado, un ancho manto de luz solar ilumina el rostro del desconocido. Joanna, cuando leyó la libreta, suponía que el guardia de la clínica era un viejo taciturno y dramático. Ahora, frente a Alan, la imagen que se hizo al leer la libreta le resulta muy diferente a la realidad.

Alan es joven. Alto y de anchos brazos. Tiene aspecto rudo y semblante austero, pero amable. Como un estricto, pero muy educado militar. Su pelo corto y negro, con diminutas canas emergiendo detrás de las orejas, le dan un toque de benevolencia. Parece una buena persona.

Y es atractivo. Sus ojos son azules y pequeños, pero muy expresivos. Su nariz, simétrica y amable, dispone suspicacia en sus bien acomodados rasgos faciales. Una piel caucásica y tersa, con una barba lisa y uniforme delineando una mandíbula cuadrada y masculina, hace de Alan un sujeto circunspecto y fuerte, pero de dilatado ingenio y simpatía.

Y sexy, añade Joanna en su mente.

—He oído lo que dijiste hace unas horas. Y... yo pensé que eso de los pinos era... ya sabes, una locura.

—¿No fuiste tú quien escribió todo eso en la libreta?

—Así es —responde. Luego estudia todo el lugar—. Pero este sitio. Llevo aquí, internado en esta clínica, tanto tiempo que, vaya cosa, empezaba a

creer que me había vuelto loco de verdad.

Alan intenta sonreír. Hace un amago de rectitud ante la desconocida y, en ese vuelco de emociones, Joanna alcanza a notar cierta melancolía en su cara. Algo así como unos oscuros deseos de echarse al suelo a llorar.

—Por lo que leí, trabajaste aquí, ¿cierto?

—Un año trabajé de guardia en este mismo edificio y... ¿cómo diste con mi libreta?

—La encontré en una vieja casona amarilla. En la zona de *camping* de Adoración.

Y, otra vez, Joanna vislumbra aquel destello amargo.

—Debemos quemar los pinos —continúa—. Debes ayudarme a salir de aquí y acabar con esta jodida maldición.

—Salir de aquí no será tan difícil. Quemar el bosque, sí. Verás, aquel nido de pinos no solo rodea un pueblo maldito, sino que además es la guarida de...

—Adoradores del diablo —interrumpe Joanna—. Ya me crucé con ellos. Tienen a mi sobrina. ¿Sabes dónde queda esa guarida?

—La secta de Lidia y los suyos se halla a los pies de las colinas. Ellos también tienen algo mío.

Y la neblina nuevamente flota, con pompas transparentes que, como lágrimas en su interior, amenazan con caer al igual que cae una deprimente lluvia de otoño en las sucias callejuelas de un lugar abandonado.

—¿Qué cosa? —se atreve a preguntar Joanna.

Alan guarda silencio. Se vuelve hacia la ventana. El sol ilumina con agresividad su carácter atribulado. Joanna nota que los dedos de sus manos tiritan sobre el alféizar del largo ventanal. Sus ojos benevolentes, de pronto, parecen ausentes. Lejanos, en muertos recuerdos.

—¿Alan?

Él se gira lentamente hacia ella.

—Los pinos —dice—. ¿Hacen que las madres maten a sus hijos?

Joanna, confundida, se anima a asentir con la cabeza.

Alan, inesperadamente, le toma una mano con suavidad.

—Gracias —susurra—. Pensé que... que lo había soñado.

Joanna no sabe qué decir. Él la mira a los ojos. Ahora parece ansioso. Y nervioso. Nota una repentina sustancia extraña en su personalidad. Como si

uno de los tantos secretos que esconde hubiera dado un vistazo sobre sus ojos, y Joanna hubiera podido ver el reflejo de algo malo. Muy malo.

Ideas tuyas, cree.

Se queda en silencio.

Para su alivio, Alan vuelve a abrir la boca.

—Esos adoradores tienen algo que me pertenece. Debo recuperarlo.

—¿Qué cosa?

—Ya te contaré. Ahora no hay tiempo. Tus gritos durante la mañana fueron escuchados por todo el mundo en esta clínica, y esos cabrones, estoy seguro de que están aquí.

—¿Te refieres a los adoradores?

—Sí. Estoy seguro de que más de alguno habita en este lugar. Están en todos lados, te lo aseguro. Es peligroso seguir hablando mientras no estemos lejos de este edificio.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Joanna con emoción.

—Debido al *desperfecto*, el edificio no solo está custodiado por guardias. También por soldados. Vestidos así. —Alan apunta la bata blanca de Joanna y luego hace lo mismo con la suya—. No saldremos con vida de este lugar. Dos locos en fuga... mmm, creo que cualquier error nos hará recibir una bala en la nuca.

—¿Y dónde diablos se encuentra nuestra ropa?

—Da igual, necesitamos ropa de enfermeros. Debido al *desperfecto*, la vigilancia es exhaustiva, sobre todo después que la clínica haya sido elegida como refugio. Si salimos como civiles despertaremos sospechas, y eso significa preguntas. Ya sabes, los soldados no son buenos haciendo preguntas. Sobre todo, cuando tienen un fusil en las manos.

—Bien. Conseguiremos los uniformes. ¿Y después?

—Si queremos enfrentar a Lidia y sus fanáticos de Satán, necesitaremos armas. El viejo Arón tiene una.

—¿Aron?

—El jefe de seguridad de la clínica. Mi exjefe y excolega. Dos veces excolega.

—¿Por qué dos veces?

—Aron es un policía retirado. Yo, antes de trabajar en la clínica, también fui policía. —Una nueva niebla, ahora menos brumosa, atraviesa su mirada de azules ojos. Él mismo se encarga de disiparla—. Aron siempre decía que

tener un arma en un edificio donde duermen los locos es buena idea. Agregaba que los locos, los malos locos, no dormían. Luego me mostraba el arma con una sonrisa jactanciosa en su anciano rostro.

—¿Algo más? —pregunta Joanna, impaciente.

—La mayoría de los guardias me conoce. Para salir sin hacer problemas, necesitamos una distracción.

—¿Cuál?

—Ya pensaré en algo. Por el momento, yo iré por el arma. Tú debes conseguir los uniformes.

—¿Cómo se supone que haré eso?

—Abajo, del lugar donde viniste. Seguramente viste solo el pasillo izquierdo de las habitaciones. Pero, a mano derecha, en un angosto costado en la pared, hay una puerta amarilla. Nunca está con llave. Es la lavandería. A esta hora no debería haber nadie del otro lado. El personal de aseo toma desayuno en el casino de arriba. Una vez que estés cambiada, me esperas.

—¿Qué hay de las cámaras? —Joanna mira disimuladamente la cámara que yace quieta en el rincón de aquel lugar de esparcimiento.

—Arón está a cargo. Sé que hace cualquier cosa, menos verlas. Y, como sea, una vez que le quite el arma, también le quitaré cualquier posibilidad de ver las cámaras. Seremos invisibles.

—¿Lo matarás?

—No. El viejo me agrada.

Joanna se da vuelta con intenciones de salir de ahí, pero algo la detiene. Son los nervios. Y descubre que Alan también parece copado en nervios. Y, bajo ese nerviosismo, se esconde en él algo extraño. Algo que no le gusta. Le parece que todo va muy rápido. Y muy bien. De ese inusual optimismo se levanta un polvo de sospecha y desconfianza.

Son ideas mías, piensa, e intenta quedarse con eso.

—Oye, Alan —dice.

—Dime, Joanna.

—Saldremos de aquí y quemaremos el bosque, ¿vale?

—Quemaremos a Lidia y sus seguidores —agrega Alan. Una extraña sonrisa se cuela en sus labios—. Y acabaremos con esta mierda de una vez por todas.

Joanna asiente con la cabeza. Sale de la sala de esparcimiento y desciende hasta el primer piso que, sigue creyendo, se trata de un subterráneo. Gira a

la derecha. Encuentra la puerta amarilla. Un letrero dice: *PROHIBIDO EL PASO. SOLO PERSONAL AUTORIZADO*. Toma la cerradura, pero algo la detiene. Se pregunta si acaso Alan está equivocado y del otro lado hay alguien.

Suelta un suspiro y gira la cerradura. Entra a una sala iluminada. Otra vez el blanco. Y ahora se encarga, otra vez, de iluminar todo. Varias lavadoras y secadoras se apiñan al fondo. En el costado derecho hay cestas con ropa sucia. En el costado izquierdo hay varios muebles con ropa limpia. Pero es ropa blanca de pacientes. A un lado de la puerta, en la pared más cercana, yacen nuevos armarios. En ellos hay otro tipo de ropa. Se trata de los uniformes de enfermeros y enfermeras.

Joanna, con espanto, ve a un hombre parado allí.

—Mierda —dice por el susto. Se queda encrespada. Intenta actuar con normalidad, pero le es imposible, pues a ese hombre lo conoce.

Se trata del mismo hombre alto que la escoltó a su habitación en la mañana, después de su cita con el psiquiatra. Y es el mismo que le abrió la puerta en sus desesperados intentos por salir de su estado de ansiedad. El mismo que, frente a la mesa de bocadillos, parecía querer decirle algo.

Ahora, frente a ella, aquel hombre silencioso y de aspecto huraño vuelve a mirarla de la misma forma. Como si le urgiera hablar con ella.

Joanna entiende que aquel supuesto enfermero no es más que uno de esos malditos adoradores de pinos.

—Lidia tenía razón —dice el hombre. Luego hace una mueca de disgusto—. La maldición se ha esparcido por toda la región y el diablo parece haber llegado a la tierra. Todo un apocalipsis.

—No me mates —dice Joanna.

—¿Por qué lo haría?

De pronto la puerta de la lavandería se abre. Ingresa Alan, con la empuñadura de la pistola asomando de sus blancos pantalones.

Sonríe.

Joanna quiere advertirle, pero no alcanza a decir nada.

Alan saca la pistola y, de manera sorprendente, la apunta a ella.

—Mujer estúpida —dice—. Nadie quemará nuestro hogar.

Joanna, completamente confundida, mira hacia el costado con disimulo. Nota con asombro que el hombre alto ha desaparecido. Lo ve escabullirse por detrás del armario, casi pegado a la pared contigua a la puerta.

—¿Alan? ¿Qué haces?

—No soy Alan, mujer.

Joanna entiende que fue engañada. Se siente tan estúpida. Pero antes de siquiera pensar en algo, él quita el seguro del arma. Un sonido diminuto le dice que pronto va a morir. Pero su atacante no alcanza a disparar. El hombre alto y de aspecto huraño lo toma por detrás y, con una destreza increíble, lo desarma. Luego le da un puñetazo en el rostro. Quien decía ser Alan, cae al piso, ligeramente aturdido.

—Yo... no lo entiendo. ¿Qué es todo esto? —pregunta Joanna, todavía desconcertada.

El hombre alto golpea la cabeza de su víctima. Luego mira a Joanna y sonríe con gesto de rabia.

—Lidia tenía razón con el asunto del apocalipsis —repite, mientras intenta recuperar la respiración—. Pero yo también tenía razón. Tú me lo has hecho saber. Los pinos están malditos y hay que quemarlos. —Le entrega la pistola a Joanna. Ella la acepta de inmediato—. Soy Alan. El verdadero.

Joanna va a abrir la boca, pero Alan la detiene.

—Lo lamento, señorita, pero como ve, este lugar es peligroso. Debemos irnos ya. Hay un bosque que quemar.

44

—Casi caigo en su trampa —admite Joanna.

—No se preocupe. Desde que los militares han llegado a la clínica, lo del *desperfecto* me ha tenido más preocupado y atento a todo lo que sucede a mi alrededor. Sus gritos, en la mañana, también los escuché.

—Me ha salvado la vida —dice Joanna—. Gracias.

—Usted también ha salvado la mía. Llevo un par de años internado, creyendo que todo lo vivido había sido una pesadilla. Pero el asunto del *desperfecto*, y los militares ocupando la ciudad, me han hecho entender que eso de las madres asesinas es cierto. Y, quiera o no, Lidia tiene razón, la maldición se ha expandido por toda la región como el apocalipsis.

—¿Usted intentó quemar los pinos? —pregunta Joanna mientras caminan rápidamente hacia la salida de la clínica—. ¿Usted fue policía?

—Todo lo que te dijo el imbécil de ojos azules es cierto. Lo escuché. Aquel jovencito se tenía bien aprendida mi vida.

Se detienen frente a un baño del segundo piso.

—Debes ponerte esto. —Alan le ofrece una bolsa negra.

Joanna la acepta. Va a ingresar al baño a cambiarse de ropa, pero se detiene. Mira a Alan con recelo.

—Te entregué la pistola —explica él—. Lo hice para que confíes en mí.

Joanna asiente con la cabeza. Se gira, pero nuevas dudas la detienen.

—¿Qué hay de Arón? ¿Las cámaras? ¿Los soldados?

—Pensaba irme de aquí apenas escuché lo del *desperfecto*. Lo tengo todo bajo control. Si te ayudo a salir de aquí, es porque sabes lo de los pinos. Si quiero incendiar la forestal de los Garretsen, necesitaré ayuda.

Joanna, finalmente, se encierra en el baño. Se asegura de que no haya nadie. Abre la bolsa y encuentra, con fascinación, su ropa. Se quita el uniforme blanco y se viste como iba antes de ser abordada por los soldados. Pensaba encontrar el uniforme de enfermera. Agradece el hecho de estar equivocada. Ir vestida como enfermera por las calles de un mundo apocalíptico no le resultaba para nada cómodo.

—Es tiempo de irnos —dice Alan apenas la ve salir.

—Usted sigue vestido como enfermero.

—Da igual. La gente aquí está muy ocupada y nerviosa para fijarse en esas cosas. Y, como sea que vaya vestido, los demás guardias me conocen. No me dejarán salir, vista como vista. Necesitamos una distracción, tal como dijo el imbécil de ojos azules.

—¿Tienes un plan? Supongo.

Alan dice que sí con la cabeza. Le explica el plan. Joanna, entonces, se apresura en caminar hasta el casino del segundo piso, cuyas puertas dan al exterior. Aquella información confirma su idea de que, lo que creía era el primer piso, y donde estaba recluida, no era más que un subterráneo.

Llega hasta el comedor. En el camino se cruza con el personal de aseo. Ni se molestan en verla. Ingresa. No hay nadie. Salvo el hombre que Alan aseguró, estaría.

Joanna camina hacia él con cautela. Alan le dijo que mantuviera la distancia necesaria para salir huyendo cuando la locura en el desconocido empezara.

—Oye —susurra Joanna.

El desconocido, delgado y con expresión de disminuida lucidez, le recuerda a Larry Fine, de *Los Tres Chiflados*. Se gira hacia ella con una pereza tan larga como su papada. Levanta los ojos y sus diminutas cejas.

—¿Qué? —vocea.

—La reina de plata —comienza Joanna. Repite exactamente lo que Alan le aconsejó que dijera. Aun así, las palabras le suenan estúpidas. Sin sentido. El decirlas le hace sentirse como el amigote chiflado de aquel cabeza dura—. El sol negro. Juntos, han bajado a la tierra. Y controlan el tiempo en su infinita magnitud.

Y aquellas palabras, como la frase clave para despertar a un hipnotizado, hacen que Larry Fine vuelva a la realidad que, hace un rato, le parecía tan ajena. Pero la realidad le resulta aberrante. Esas palabras, tal como dijo Alan, despiertan en él una enorme furia.

—¡No! —grita—. ¡No! ¡No es verdad!

Joanna lo ve agitarse hacia todos lados, casi como un pobre chico convulsionando. Siente lástima por el pobre muchacho. Pero su lástima se evapora al recordar el plan. Se acerca a la pared lateral más cercana y presiona el botón rojo de emergencias. Una sirena estalla por todo el comedor.

—¡No! ¡La reina de plata no existe!

Y sus gritos enfermizos e incoherentes se esparcen bajo ese sonido, como espasmos en un enfermo de los nervios que colapsa ante la angustia. Sus sandeces se acoplan de buena forma al sonido de la alarma.

Joanna retrocede hacia la puerta.

Ve con desesperación cómo el loco empieza a dar largas zancadas hacia ella. Y sus gritos pierden sentido. No parecen más que el silbido mal articulado de un idiota que ha olvidado las palabras. Antes de que se acerque lo suficiente, Joanna ve ingresar por la puerta principal a los guardias que hace unos minutos custodiaban la entrada de la clínica.

Aprovecha el alboroto y escapa.

—¡Una crisis! —le oye decir a uno de los guardias.

—¡Maldito loco! —le oye decir a un segundo.

Pronto, las voces quedan lejos. Corre por el pasillo y llega hasta donde Alan, quien la espera en el recibidor. La entrada se encuentra despejada.

—Afuera habrá soldados —le recuerda él—. Pero no te preocupes, yo me haré cargo.

—Los desarmarás como hiciste con el falso tú.

—¿Desarmar a un soldado? A dos, en realidad, pues nunca están solos. —Alan sonrío. A Joanna le agrada su sonrisa. Le recuerda a la sonrisa de

Félix, aunque varios años más joven—. Fui policía, señorita, no Rambo.

—¿Y entonces?

Alan le muestra una credencial.

—El enfermero se va a casa —explica.

—¿Qué hay de mí? No tengo credencial.

—Tú no trabajas aquí. Has venido a buscarme. Eres... eres mi hija.

Caminan hacia la entrada. Las puertas automáticas se abren.

Joanna, nerviosa, frunce el ceño.

—¿Hija? Oye, tengo veintiséis años. ¿Cuántos tienes tú? ¿Treinta y cinco?

Alan no alcanza a responder. Ya están afuera y el cadáver en el camino los deja en silencio.

—Mierda —susurran ambos.

Se quedan inertes, sorprendidos ante el cuerpo. Se trata de un soldado, boca arriba sobre el cemento. Su fusil cuelga de su hombro, no obstante, la pistola que colgaba de su cinturón ha desaparecido. Un largo corte en la garganta todavía mana algunas gotas de sangre.

Antes de que cualquiera diga algo, emerge de entre uno de los pilares de concreto del exterior el falso Alan. Aquel adorador de ojos azules todavía parece aturdido por los golpes que el verdadero Alan le propinó en la lavandería.

—No debiste dejarme con vida, hijo de puta. Fue un error, ciudadano. Ahora morirás.

Joanna ve cómo aquel tipo de rostro rudo apunta con la pistola del militar a la cara de Alan. Ella, a su lado, busca disimuladamente el arma entre sus pantalones.

—¿Por qué le haces caso a Lidia? —pregunta Alan, con el afán de ganar tiempo—. No es más que una loca que desvaría. Una loca asesina de niños.

—¿Una loca? Loco tú, ciudadano, que reposas en una clínica mental. Lidia, la maestra, tiene razón. El diablo existe, y nos ha elegido. —Agita algo con la mano izquierda. Algo metálico que tintinea. Son llaves—. He abierto la bodega donde ocultaban a las madres zombis. Su olfato criminal las llevará hasta el orfanato de Adoración. Allí, donde los soldados han dejado a sus hijas.

—Mierda —masculla Joanna.

Piensa en Camila, recluida en aquel orfanato. Y una vaga imagen de Florencia siendo descubierta por los soldados y llevada hasta la bodega,

ahora abierta, le pone los pelos de punta. Pero no, se dice a sí misma, es imposible. O eso quiere creer.

Va a sacar la pistola, rezando por ser más rápida que el idiota de ojos azules. Pero no hace falta. Un nuevo militar, seguramente el compañero del soldado caído, emerge desde un costado de la clínica. Viene con la máscara de gas puesta, con las manos rodeando la bragueta del pantalón y con la postura relajada de quien viene de una buena cita con el retrete.

Cuando ve a su compañero caído, es tarde. Tiene encima al idiota de los ojos azules. De pronto todo pasa muy rápido. El falso Alan, debido al ruido de los pasos, se voltea. Tropieza con el rostro del soldado. Forcejean. Una bala sale disparada por el aire y pasa a unos metros del cuerpo de Joanna.

Alan y ella aprovechan la oportunidad y salen huyendo hacia la parte frontal de ese lado de la clínica. Se internan en los arbustos. Corren. Pronto aquel lugar queda atrás. El orfanato de Adoración, a varios kilómetros a la distancia, les aguarda. Deben llegar primero que las madres zombis.

A los planes de ambos, que dan giros en sus cabezas, llega un fuerte estruendo.

—Eso ha sido un balazo —afirma Alan.

Un silencio. Ambos, sin embargo, comparten una idea: esperan, con todas sus fuerzas, que el baleado sea el tipo de ojos azules.

El maldito adorador del diablo.

45

—Ha soltado a las madres —espeta Joanna—. Debemos apurarnos.

Alan, que camina detrás de ella y mira el entorno con curiosidad más que con apremio, apunta con el índice de su mano derecha todos los rincones del monocultivo de pinos que se yergue en derredor.

—El lugar es inmenso. Esas madres, a pesar del olfato que las guía hacia el orfanato, caminan como zombis. No llegarán antes que nosotros. Además, el orfanato estará custodiado por militares. Las niñas, del otro lado, no están en peligro.

A pesar de sus palabras, Alan alcanza a Joanna y empieza a mover las piernas con rapidez.

—¿Y entonces? —pregunta Joanna con el ceño fruncido.

—Hubo solo un disparo. Puede que el muerto sea el soldado. Ese idiota de ojos azules puede venir detrás de nosotros. Y más. Más de ellos.

Joanna mira hacia atrás. Ve la maraña de pinos entrelazados bajo la sombra oscura que las ramas proyectan en la tierra. Siente un vago escalofrío.

—Descuida —menciona Alan. Luego mira con astucia la empuñadura de la pistola manifestándose en la espalda de Joanna.

Un silencio flota entre ambos. Sus pisadas sobre el suelo, vigiladas por unas intermitentes brisas tibias, surcando el espacio como vaho inquieto de personas con ansias por cumplir con sus planes.

Recuperar a sus sobrinas, piensa Joanna.

Luego piensa en el fuego.

Y, entremedio de las llamas de su cabeza, la imagen de Lidia y los suyos, quemándose.

Sus planes son como trámites de lo más enrevesados e importantes. Han cobrado un extraño efecto heroico; algo así como salvar el mundo. Mira a Alan, su compañero en su extravagante plan.

—Tú intentaste quemar el bosque la última vez. ¿Qué pasó?

Alan parece no escuchar. Joanna descubre que teme la respuesta.

—Los adoradores del diablo —responde con mesura—. Sus ideas se han acoplado de buena manera con la maldición. Quemar el bosque es quemarlos a ellos.

—¿Y cómo es que acabaste en la clínica?

—Yo mismo solicité internarme. Trabaje ahí y conocía al director.

—Pero... ¿cómo es que...?

—¿Quieres saber las razones que tuve para tomar la decisión de internarme? ¿Quieres saber cómo supe de la maldición? ¿Por qué no pude quemar el bosque?

Alan parece molesto. No con Joanna, sino con él mismo. Joanna no se deja intimidar.

—Bueno, si vamos a quemar el bosque juntos, debemos confiar el uno en el otro.

—Supongo que todo se resume en una cosa —responde Alan—. Tenía una esposa y un bebé.

Alan le quita la mirada de encima. Sus ojos se vuelven tristes.

Joanna, finalmente, ha sido intimidada.

Y el silencio incómodo congestiona la caminata.

—Descuide —dice Alan con cordialidad—. Por lo que sé, ellos no han muerto. Lidia los secuestró y se los llevó a su secta. Intenté recuperarlos, pero... eran muchos. No logré sobreponerme.

—¿Por qué no fuiste a la Policía?

—Lo hice, pero no de la manera adecuada. En Adoración, la Policía es tan agreste como el resto del pueblo. Fui donde mis viejos colegas de la ciudad, pero cometí el error de hablar acerca de la maldición de los zupatecas y... ya sabes, creyeron que estaba loco. Resignado, intenté recuperarlos por mi cuenta, pero esos malditos fanáticos me lo impidieron.

—Ahora somos dos —dice Joanna. Lo mira con fraternidad—. Esta vez lo haremos.

—No solo de esos satánicos debemos cuidarnos. Verás, ese bosque parece defenderse. Quiera o no, esa loca de Lidia tiene razón, y el mismísimo diablo parece haberse apoderado de Adoración hace mucho tiempo. Parece haberlo hecho su madriguera.

Joanna, mientras camina, se ve obligada a mirar hacia arriba. Las copas de los pinos parecen sosegadas y tranquilas, balanceándose con cautela debido a las esporádicas brisas provenientes del sur. Algunos gorriones revolotean de rama en rama. Allá arriba no parece haber nada más que el sosiego de la naturaleza creciendo en verano.

Cuando mira para atrás, la sensación de que alguien acecha le hace recordar que Alan no se equivoca al decir que Lidia tiene razón en eso del diablo. Un grupo de madres zombis, liberadas por ese tipo de ojos azules, deambulan en algún sitio, en dirección al mismo destino que ella.

Una brusca ráfaga le golpea el rostro. Se gira hacia adelante. Recuerda su embarazo y los susurros del bosque parecen querer sugestionarla. Entonces entiende cuando Alan dice que el bosque parece querer defenderse.

—Aun así, Lidia es una loca —agrega Alan—. La conocí antes de saber que era una fanática del diablo. Mató a su hijo en el verano de 1998. Fue diagnosticada con esquizofrenia. Estuvo años internada, pero nunca pudo tolerar ser llamada “enferma mental”. Después de todo, no lo estaba. Escapó, de alguna forma, del manicomio de Adoración y dio rienda suelta a sus locuras.

—Tiene un gran número de seguidores.

—Adoración es un enorme cementerio de niños muertos —explica Alan con desaliento—. Varios padres han visto a sus cálidas esposas, de la nada,

perder la razón. Para ellos, creer en el diablo no es tan descabellado, solo faltaba una líder. Lidia era maestra de religión en la escuela secundaria de Adoración, además de la hija millonaria del dueño de la forestal. Tiene habilidades para manipular a la gente. Y, bueno, con respecto a las mujeres seguidoras de su culto, creo que varias madres habitantes de Adoración, perdidas en la incredulidad de haber asesinado a sus hijos luego de oír voces, estaban más que predispuestas a dejarse envilecer por líderes satánicas.

—¿Sabes aproximadamente cuántas personas forman la secta?

—Yo he visto a más de cien. Son, en su mayoría, mujeres.

—No creo que podamos con tantos —alude Joanna.

—No todos tienen armas —aclara Alan—. La mayoría no son más que corderos asustados, arrodillándose ante quien dice ser la enviada del anticristo.

—¿Cómo es posible que sean tantos? No creo que todas las madres hayan escapado del psiquiátrico.

—El mito de las madres asesinas está impregnado en todo el pueblo. Ha crecido junto a él, como ratas creciendo en un pozo. Respóndame algo, señorita, en su estancia en Adoración, ¿vio niños?

—No. Salvo los forasteros.

—Exacto. La maternidad no es algo que se estile por aquí. Adoración es un pueblo de ancianos taciturnos que, hace mucho tiempo, dejaron de tener hijos. Como recordatorio, el pueblo está lleno de afiches y animitas sobre críos asesinados por sus madres. —Alan toma aliento. Jadea ligeramente. La caminata ya empieza a agotarlo—. Entonces, la mayoría de seguidoras de Lidia son forasteras. De hecho, tengo la horrible certeza de que Lidia y los suyos siguen a las madres que ingresan a Adoración, incautas de la maldición y... bueno, puedes imaginarte el resto.

—Las llevan hasta su secta y ven cómo se comen a sus hijos.

—La mayoría de sus seguidoras son forasteras secuestradas que jamás fueron buscadas. Comprenderás que ellas tampoco quisieron escapar de Lidia. Después de haber matado a sus hijos, no tienen dónde ir. La maestra, como le llaman, se convierte en su guía.

—Eso es aterrador —admite Joanna.

—Estuve investigando a este pueblo desde mi llegada —continúa Alan—. Las otras seguidoras, jóvenes nacidas aquí, incrédulas y que desafiaron al

destino maléfico de Adoración, se atrevieron a embarazarse. Sus crímenes, gracias a la astucia de Lidia, quedaron impunes. Sus madres, fieles seguidoras.

—En tu investigación, ¿supiste de alguien más que haya intentado quemar el bosque? ¿Alguien más que no haya sido embaucado por Lidia?

—Hubo alguien. Un anciano que trabajó conmigo en la clínica. Pero Lidia se encargó de él. Verás, Adoración es un pueblo pequeño. Cuando el resto del país dice que hay más pinos que personas, va en serio. La palabra *familia* ha dejado de existir aquí desde hace años. La empresa de los Garretsen se ha extendido tanto, que casi ocupa toda la región. Ya casi no hay habitantes. Solo forasteros que trabajan en la forestal, y viejos. Este pueblo está lleno de viejos.

La caminata continúa. Los pinos, como obedientes escuchas de la conversación, parecen impasibles frente al diálogo que, sereno, se desarrolla bajo ellos.

—¿Y antes? ¿Cómo nadie investigó antes? Me refiero a antes de Lidia y el anciano. Antes de 1998.

—La forestal ha tenido un crecimiento explosivo en los últimos años —responde Alan—. Debido al aumento de consumidores de madera a nivel mundial, sobre todo después de los tratados de libre comercio firmados por los Gobiernos de las dos décadas pasadas con los países asiáticos. La maldición crece con los pinos, igual que su efecto. Antes de los noventa, la forestal era pequeña y, retrocediendo décadas, mucho más pequeña. Lo mismo con la maldición. Las madres asesinas han ido en aumento en los últimos años, despertando la superstición de los habitantes con respecto a que tener hijos aquí es mala idea. Pero antes, y me refiero a la década del setenta, sesenta, cincuenta, y así para atrás, las madres asesinas eran eventos esporádicos. Sí, varias personas creían que este pueblo tenía algo malo, pero eran presentimientos. Los hijos crecían, pero no todos morían. A nadie le llamaba demasiado la atención. Niños mueren todo el tiempo.

—He vivido toda mi vida en la ciudad aledaña —escupe Joanna—. Vecina de toda esta mierda. Y jamás presentí el hedor a podrido que emanaba de este sitio.

—Lo mismo con la gente de Adoración —dice Alan—. Hasta los noventa, por lo menos. Después, tal como le decía, la forestal creció en un radio muy extenso. Y la maldición, también. Ya no era algo que se pudiera ignorar.

Los niños empezaron a morir con la misma velocidad que crecían los pinos plantados artificialmente por Garretsen y compañía. El pánico se convirtió en un secreto colectivo sobre algo maldito que respiraba en Adoración, pero nadie jamás sospechó de la forestal.

—Hasta el anciano de la clínica. Y ahora nosotros —concluye Joanna.

Repentinamente, a los oídos de ambos llega el rugido electrizante de un camión en la distancia.

Joanna mira a Alan con el entrecejo fruncido.

—¿Estamos llegando?

—Así es. Pocos metros nos separan de la parte trasera del orfanato. Del otro lado, la carretera sur.

Y Alan tiene razón. La maraña de pinos, poco a poco, empieza a volverse menos espesa. La luz solar, a medida que las copas de los pinos van haciéndose menos, esclarece el horizonte. La tierra en el camino no tarda en transformarse en hierba. Pronto, y desde la oscuridad del bosque, emergen Joanna y Alan, sudorosos e impacientes.

En medio del claro se encuentra el largo y rústico orfanato de Adoración. De un verde claro deslucido, se acopla de buena manera al paisaje.

Un cerco con alambres de púas lo rodea. Joanna mira los alambres con fatiga.

—Parece una prisión.

—Parece un lugar abandonado —corrige Alan—. Como decía, antes de los noventa, seguramente estuvo plagado de niños sin padres que, antes de serlo, vieron cómo mami mataba a sus hermanos. Y esos niños se salvaban gracias a padre que mataba a mami. Toda una mierda dramática. Después, desde que Adoración sucumbió a la maldición, este lugar fue abandonado. Ya prácticamente no quedaban niños.

Joanna rodea el cerco en dirección al frontis. Alan la sigue.

—Sí que has investigado a este pueblo —dice Joanna.

—De hecho, leí que el siglo pasado, cuando el asunto de las madres asesinas no era más que un titular horroroso puesto una vez al año en las portadas de los periódicos, este edificio era ocupado por la clínica, particularmente por su área de salud mental, para realizar experimentos de electrochoque. Seguramente, algunas de las madres asesinas que no murieron en la silla eléctrica, fusiladas o en la horca, fueron electrificadas en este sitio.

Joanna siente un escalofrío ante esa idea. Se gira hacia Alan.

—Lo lamento —dice él.

Sonríe. Joanna quiere odiarlo, pero no puede. Descubre que le agrada su sonrisa. Después de todo, le recuerda a don Félix, o a la amabilidad de aquel muerto conserje.

Le sonríe de vuelta.

—De seguro hay fantasmas —lamenta Joanna—. No es un lugar apropiado para niños.

—Al Gobierno y a los militares les pareció buena idea.

—Sí, esos nunca hacen nada bien.

Alan le vuelve a sonreír. Sonrisa honesta, aunque algo taciturna, melancólica. Joanna se la queda viendo un rato.

Alan se acerca y se pone frente a ella. Tienen los alambres rodeando sus cuerpos por el lado izquierdo. Frente a ellos, a varios metros, la carretera y el rugir de algunos vehículos que se deja escuchar con más fuerza.

—Estamos llegando a la entrada principal —le dice él con cautela—. Habrá soldados. No nos entregarán a tu sobrina. Supongo que lo entiendes.

Joanna asiente con la cabeza. Se toca la espalda. Ahí donde guarda la pistola. De pronto escuchan pasos desde el interior del orfanato. Corren a esconderse detrás del pino más cercano.

Observan a un soldado caminando junto a tres hombres. Joanna suelta un ahogado grito de emoción. No puede ocultar su felicidad. Ve a la pequeña Alicia correr por la parte trasera del orfanato con una extensa sonrisa en sus mejillas sonrosadas. Sus rulos dan sacudidas sobre su frente.

—¡Papi! ¡Papito! —grita con emocionada voz infantil.

Uno de los hombres se inclina al piso y la espera con los brazos abiertos. Él la alza y le da un beso en la mejilla. La niña lo abraza y se queda sobre su padre. Más allá, una preadolescente con el pelo morado aguarda sobre una silla de ruedas. Una extensa sonrisa juvenil se dibuja en su rostro emocionado.

El segundo padre no tarda en abrazar a un niño. Finalmente, el tercer padre, le muestra un documento al militar. Este lo lee y llama por radio. Del fondo del orfanato emerge una niña conocida. Ya no viste como bailarina de *ballet*, pero Joanna la reconoce. La rubia y encantadora nieta de don Félix parece traumatizada por los eventos vividos en la iglesia abandonada. No obstante, al erguir el mentón y ver a papá, ella sonríe y corre.

El soldado lee, solo por leer, el documento que acredita que aquel hombre es el padre de la bailarina de *ballet*. La felicidad en la niña es más que suficiente. Padre e hija se abrazan y Joanna siente un nudo en la garganta. Se descubre llorando de la emoción.

Ese condenado trámite de salvar el mundo le sienta bien. En ese momento, ese trámite extravagante que lleva a cabo se siente jodidamente bien. Piensa en sus sobrinas y en sus planes. Ya no puede esperar más para actuar. Se gira hacia Alan para decírselo. No hace falta. Él comparte sus emociones.

Tropieza, otra vez, con esa sonrisa agradable.

—Lo quemaremos —dice él—. Quemaremos los malditos pinos y recuperaremos lo que nos pertenece.

46

Dos soldados custodian la entrada. Joanna se da cuenta de que ninguno porta máscara de gas. Aquello le genera cientos de preguntas internas, pero estas se evaporan ante la urgencia de otros pensamientos.

—¿Cómo rayos lo haremos para entrar?

—Me acercaré yo —responde Alan—. Fingiré ser el padre de tu sobrina.

—Camila no te conoce. No se irá contigo.

—No veo otra forma. Si tú vas, ellos te llevarán de vuelta a la clínica. Ninguna mujer parece ser bienvenida en este nuevo mundo.

—Podemos disparar —sisea sin entusiasmo. Entiende que es un plan ingenuo y condenado al fracaso. Los fusiles, brillando bajo el sol, y sobre los trajes mimetizados de los soldados, le dicen que no es una buena tiradora.

—Será imposible —complementa Alan—. Del otro lado del orfanato habrá más soldados. Fui policía, no...

—Rambo —termina Joanna de mal humor.

Él sonríe. Ella, quiera o no, termina sonriendo igual. Una sonrisa nerviosa que se extravía en el semblante caluroso de esa mañana llena de dudas.

—Tengo una idea —dice Alan. Revuelve en el bolsillo de su pantalón de enfermero. Saca un celular. Joanna lo reconoce. Es el suyo—. Estaba junto a tu ropa, en la lavandería. Puede sernos útil.

—No hay señal —le recuerda Joanna.

—Da igual. Grabemos un video juntos, hablándole a tu sobrina. Explicándole la situación. Algo breve. Sé que suena insensato, sin sentido,

pero no se me ocurre nada más.

Joanna coge el celular y le hace caso. Enciende la cámara frontal y se graba junto a Alan. La situación le resulta cómica y le produce cierta vergüenza. Lo hace lo más rápido que puede.

—Camila —dice a la cámara—. Este hombre, Alan, irá por ti. Confía en él. Yo estoy esperándote aquí afuera.

Da vuelta la cámara y graba el orfanato. Finalmente termina el video.

Alan toma el celular y lo guarda en su bolsillo.

—Espérame aquí —termina diciendo—. No tardo. Debes estar atenta a todo lo que se acerque al orfanato.

Joanna asiente con la cabeza. Se encuentra tan nerviosa que le cuesta hilar una idea con claridad. Se queda oculta detrás de uno de los pinos del borde del camino y observa cómo Alan camina por el costado del orfanato. Su postura afable le genera confianza. Su usual mirada cortés le recuerda al viejo conserje de la escuela, y con él, todos los buenos momentos vividos en ese edificio escolar. Alan le provoca una inusual sensación de nostalgia.

Aquel hombre delgado y alto, pronto llega al frontis del edificio. Encara, sin aparentes nervios, a la pareja de militares. Joanna no alcanza a escuchar lo que dicen. Para su fortuna, uno de los soldados invita a Alan al interior del edificio.

Joanna suspira. Aquel ataque de ansiedad que la embargó al interior de su blanca habitación de la clínica parece querer volver. Aquello le resulta aterrador. Cierra los ojos. Se concentra en respirar profundamente. Oye un ligero sonido sobre su cabeza. Conoce aquel sonido. Se deleita con el canto. Y el sonido se repite. Abre los ojos, ya más tranquila, y los ve. Cerca de ocho gorriones, sobre una rama, la miran con tranquilidad.

De manera brusca y repentina, levantan vuelo. Joanna da un paso para atrás. Los ve alejarse hacia el tejado del orfanato. El sol le impide seguir viéndolos. Baja la vista. Mira al soldado, de pie y con el fusil en las manos. Una ráfaga de viento le golpea el rostro. Un vago zumbido en el oído derecho le hace recordar algo. Recuerda el soplido que había escuchado al interior del supermercado de Adoración, antes de que las madres empezaran a matar a sus hijos.

Siente un electrizante escalofrío morder su espalda. Un ruido nuevo sobre su cabeza le hace mirar, otra vez, la copa del pino que la oculta. No hay

nada. Pero las hojas se agitan con brusquedad, como si una ventisca de los mil infiernos le atravesara.

No, piensa Joanna, es como si alguien o algo, escondido en la frondosidad de la copa, intentara salir de allí. Joanna, sometida al temor de ver salir repentinamente a alguna bestia, ve oprimida su conciencia y sus huesos. Paralizada, no es capaz de moverse. Siente un agudo dolor en el vientre. Allí, de pie en el territorio de sus miedos, experimenta un mal momento. Piensa en Alan llevándose a Camila muy lejos. A la guarida de los adoradores. Y ella, ingenua otra vez, aguardando inútilmente a la vera de un camino custodiado por un solitario soldado.

Se siente tonta. Hace un esfuerzo por moverse. Lo logra. Tropieza con una rama del pino y cae de culo al piso. Nota que las hojas se han detenido. No obstante, su caída ha despertado la curiosidad del soldado.

—¿Quién anda ahí?!

Joanna se arrastra hasta el tronco. Mira de soslayo. Ve cómo el soldado apunta hacia donde está ella. Traga saliva. Saca su pistola, dispuesta a empezar un tiroteo con un militar. Una voccecita en su conciencia, a pesar del miedo que la oprime, la educa sobre lo insensato que es jugar a los vaqueros del lejano Oeste. De paso, le recuerda que ella es profesora de matemáticas, no de tiro al blanco.

Vuelve a mirar de soslayo. Nota con horror cómo, detrás del soldado, y caminando desde el otro costado del orfanato, se acerca el grupo de madres zombis que escaparon de la bodega de la clínica gracias al idiota de ojos azules.

Joanna logra ver las marcas en sus cuellos. Entiende que fueron capturadas por los soldados, al igual que se capturan animales salvajes: inmovilizadas por el cuello con un lazo. Aquellas madres, que no son muchas, pues la mayoría fue asesinada a balazos, se acercan peligrosamente a la entrada del orfanato.

El soldado, debido al ruido de sus pisadas, se gira. Antes de poder hacer algo, una bala le atraviesa la cabeza. Su cuerpo cae al suelo. Joanna ve cómo las madres ingresan al orfanato. Son seis. Sus espaldas encorvadas, rostros hinchados y mandíbulas alargadas, son escoltadas por un hombre de aspecto normal. El pistolero no es otro que el idiota de ojos azules.

Joanna espera que ingrese. Cuando lo hace, corre hacia allá. Escudriña por una ventana, pero del otro lado no ve más que oscuridad. Vuelve a la puerta.

Ingresa con la pistola en alto. Un ruido a su derecha. Se gira. No hay nada. En todo el recibidor no parece haber nadie. Del otro lado de un enorme mesón, se levanta un alargado corredor. En el costado izquierdo del mesón, en cambio, hay una escalera.

Sus ojos dan con una figura humana deslizándose por el pasillo. Su cuerpo torcido y su mirar demoniaco se acercan a una puerta que se encuentra abierta. Joanna la sigue. Se detiene. Del fondo del corredor escucha gritos infantiles. Se queda paralizada, sin saber qué hacer. Finalmente toma una decisión. Corre hasta la primera puerta. Un nuevo grito infantil la recibe. Un niño, caído al suelo, ve a madre zombi sobre él. La mujer levanta los colmillos sobre su cara. Joanna le dispara en la cabeza y, sin preocuparse por el chico, vuelve al corredor y llega al fondo. Es tarde, allí un niño convulsiona y se desangra, mientras su madre le muerde el cuello.

Joanna apunta con la pistola, pero alguien le gana el pulso. Un soldado le dispara a la madre. Luego apunta a Joanna. Alcanza a devolverse al corredor e ingresa a una de las habitaciones. Una luz evanescente, que ingresa por una pequeña ventana del costado, la envuelve en su opaca esencia de extrema fatalidad. Se pega a la puerta y apunta, esperando que el soldado ingrese. No lo hace.

A sus oídos llegan nuevos disparos.

Y voces.

—¡Esta vez sí te mataré, Alan!

La voz del adorador de ojos azules se pierde en el protuberante evento de disparos. Le sigue un moribundo silencio. Es roto de manera escalofriante por un agudo chirrido infantil. Joanna se atreve a tomar la cerradura y girarla. El crujido de la madera abatiéndose en el ambiente agudiza oscuros desenlaces. Joanna queda en medio del pasillo. Ninguna persona ni ningún cadáver a la vista. Una bala, sin embargo, yace incrustada en la pared.

El grito infantil se convierte en un gemido. Se le unen ruidos de forcejeos. Corre hasta la puerta de los ruidos. Toma la cerradura. Un disparo la deja quieta, con los hombros erizados. El balazo ha venido desde lejos. Entonces entra.

Un cuarto pequeño y de blanca luz natural le ofrece un mortal espectáculo. Una mujer de unos treinta años, con un verde uniforme de profesora, se encuentra sentada en el piso. Una cuchilla atraviesa su cabeza.

Una línea de sangre cae fresca por su mejilla izquierda. Los ojos color avellana de la joven mujer miran con un vacío mortal a su asesina.

La madre absorbida por la maldición y cubierta de desesperación por querer comerse a su hija que, a sus pies, del otro lado de la profesora muerta, no deja de gemir. Sus gemidos, como rojos ecos que claman por ayuda, cruzan el umbral consciente de Joanna. Apunta, así, a la madre.

La bestia sobre ella, como si oliera la amenaza, se gira rápidamente hacia Joanna y le da un manotazo a la pistola. El arma cae. Joanna se inclina para tomarla, pero la mujer le da una bofetada tan fuerte en la nuca que el mareo encima de Joanna da brincos. El mundo, la mierda de mundo que la rodea, baila una danza perversa a su alrededor. Puntitos amarillos se cuelan en su vista entrecerrada. El golpe ha sido tan duro, que siente que va a desmayarse.

La mujer abre las fauces de manera grotesca y repulsiva. Su boca se extiende hacia arriba, y sus dientes crecen hacia abajo hasta convertirse en amarillos y puntiagudos colmillos. Sus labios, rodeándolos, parecen gelatina de fresa. En medio de esa zanja maloliente y manchada de saliva, emerge una rosada y angosta lengua llena de granos amarillentos que rebosan pus. Pronto, aquella faz demoniaca y deseosa de carne infantil, se abalanza sobre Joanna. Se abre y se cierra como una tenaza oxidada y ácida, cuyo hedor a cadáveres húmedos, cae sobre Joanna en forma de salivas purulentas.

Joanna hace una arcada. Retrocede un paso. Tiene la impresión de que esa madre quiere comérsela a ella. Tiene la obligación de verla a los ojos. Tiene ambos. No es mamá. Tampoco una ilusión.

Se queda viéndola, casi cautivada ante las macabras maniobras de una remota maldición, de lejanos horrores. La cara hinchada de una manera espantosa, como la piel llena de hematomas de la más desafortunada boxeadora. Y esos ojos, tan amarillentos pero agonizantes, como velas que expiran sobre la raíz ulcerada de viejas ruinas de malditos castillos. Sin ningún haz de luz más que la provecta luminosidad de arcaicas maldiciones. Moribunda, como luna llena de agrietada superficie, muerta hace siglos y siglos de hijos muertos. Vaya cosa, esos ojos inhumanos, como focos descompuestos de una nave espacial navegada por monstruos de las profundidades del espacio, le guiñan a Joanna una verdad: esa mujer quiere matarla, tal como lo hizo con la profesora que muere en el suelo.

Pero la niña la salva. La niña se levanta e intenta golpear a su madre. Joanna, inerte, ve cómo la boca abierta llena de dientes afilados, y colmillos gemelos a los costados de esa mandíbula ajena a la humanidad, se clavan en la cabeza de la pequeña. Se abren y se cierran sobre la nuca. Los colmillos se clavan tan profundamente, que atraviesan la masa cerebral y hacen que los ojos de la niña exploten de sus órbitas y se desparramen por las mejillas junto a goterones de sangre.

Joanna, incapaz de moverse, ve cómo la madre intenta tragarse la cabeza entera. Parece querer desgarrarla del cuello. Se agita con violencia intentando lograr su fin. Desiste. Abre la boca. Los colmillos salen de la cabeza. Atraviesan el cuero cabelludo. Las puntas ensangrentadas tienen pelos y trozos de sesos de la hija muerta.

La chica, o lo que queda de ella, cae al piso. Genera un golpe en el suelo, el cual enreda los intestinos de Joanna. Siente un estreñimiento. Un ardor en la boca del estómago que irradia hacia su espalda y, de pronto, una arcada. Vomita.

Para su alivio, la madre se ha olvidado de ella. Se inclina sobre el cadáver de su hija y, como un animal carroñero, empieza a devorar los restos. Joanna se apresura en coger su pistola y sale de la habitación. Debido al espanto, ha olvidado los disparos. Se cruza con un soldado. Pero este le da la espalda. Aprovecha la situación y se escabulle a la habitación del frente. En el interior no hay nadie.

Disparos otra vez. Alguien abre la puerta de una patada. Joanna apunta rápidamente, pero al ver que se trata de Alan, baja el arma.

—¿Y Camila? —le pregunta.

—No lo sé.

—Se supone que tú la tendrías.

—La tenía conmigo, pero ese hijo de puta de ojos azules lo arruinó todo.

—¿Se la ha llevado? —pregunta Joanna con terror.

—No. Pero debido a la confusión, he perdido a la chica.

—De seguro está afuera, donde dije que la estaría esperando. Debemos salir de aquí.

Alan asiente con la cabeza.

Nuevos disparos desde el exterior.

—¡Están perdidos, soldaditos! —grita el adorador de ojos azules, desde alguna parte del orfanato—. Las madres que habían capturado para hacer

experimentos, las he liberado. ¡Su puta ciencia no sirve! ¡Esto es el apocalipsis, hijos de puta!

Alan sale al pasillo. Se vuelve hacia Joanna.

—Los gritos vienen desde lejos —advierte con precaución—. Debemos aprovechar e irnos.

Joanna, con los ojos clavados en el piso del corredor, parece no querer moverse.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí —miente.

Estaba ensimismada, viendo la sangre correr desde la parte baja de la puerta del frente, cuyo otro lado encerraba aquellos largos colmillos.

Sigue finalmente a Alan. Ambos apuntan hacia la entrada. De manera súbita, desde el recibidor principal, emerge la figura de un militar. Alan se apresura en ingresar a una habitación. Joanna le sigue. Una bala sopla cerca de su espalda. Se encierran.

—No vamos a poder salir —lamenta Joanna.

—Se la he robado a un soldado. —Alan apunta su pistola y mira a Joanna con optimismo—. Ambos estamos armados. Y, definitivamente, no somos el blanco de los militares. Están preocupados de matar a las madres. Y, ese imbécil de ojos azules los tiene entretenidos. Si nos concentramos, podremos salir de aquí, ¿vale?

—Debemos apurarnos o... —Joanna balbucea. Aun así, logra terminar su idea—. O Camila pensará que la he abandonado. Se perderá en el bosque o, quién sabe qué mierda le pasará allá afuera con estos locos sueltos.

Las manos y la voz de Joanna tiritan. Las imágenes de los colmillos arrastrándose por el cuero cabelludo de la niña siguen girando en su memoria. Alan la queda mirando fijamente. Le sonrío y, otra vez, esa sonrisa extrañamente familiar reduce sus nervios paulatinamente. Se concentra en verla. Finalmente le sonrío. Ambos se acercan a la puerta con sus respectivas pistolas en alto.

—Oye —le dice Alan cuando toma la cerradura de la puerta y la abre—. Todo va a estar bien.

En la visual de Joanna, concentrada en el corredor, no hay nadie. El fatigoso silencio premonitorio de nuevas balas le advierte que se apresure. Se escabulle detrás de Alan, con la pistola en alto. Queda poco para llegar a la entrada, sin embargo, se ven obligados a detenerse. El sol ingresa por el

recibidor, cerca de la puerta principal, y provoca en el suelo la sombra amenazante de un hombre armado. A la sombra, le suceden balas. Alguien corre hacia ellos. Una silueta oscura apunta al corredor. Alan se apresura en entrar en una habitación. Joanna, desde atrás, entra a otra habitación. Tropieza con un líquido en el suelo y cae al piso.

—¡No te dejaré salir, Alan!

La voz del adorador de ojos azules se escabulle por los rabillos de las puertas, como la resonancia fantasmal de una casa embrujada.

Joanna ve la sangre pegarse a sus zapatos. Se aleja del charco que tiene a sus pies. Se acerca al fondo de la habitación. Pone la cabeza sobre el cristal de la ventana y la tibia luz exterior le sienta bien. Apunta hacia la puerta, a la espera.

La espera se hace eterna. Al grito le sigue un prolongado silencio. Joanna oye un ruido de pisadas acercándose. Sus sentidos tienen las orejas puestas allí, pero sus ojos permanecen quietos sobre el cadáver que tiene frente a ella.

La mujer muerta tiene un balazo en la cabeza, justo en medio de la frente. Un hilo rojo cae sobre sus párpados y boca. Otra bala le ha atravesado el cuello. Una línea más ancha de sangre cae al piso, no sin antes humedecer parte de su cabello color caoba. La expresión en la madre ha disminuido el carácter de monstruo que configuraba su andar antes de que, seguramente, un soldado la matara. Su mandíbula no posee colmillos y ya no se encuentra tan alargada. Su cara se ha deshinchado y no parece haber joroba en su espalda.

Joanna mira el resto de la habitación. No hay rastro del cuerpo de algún niño o niña muerta. Los dientes de la mujer tampoco se encuentran rojos por la sangre. Joanna dilucida que fue asesinada antes de cometer su crimen. Aun así, al morir, la maldición que la poseía parece haber muerto con ella.

Tiene la obligación de preguntarse por su hermana, Florencia. Se la imagina liberada de sus cadenas. Deambulando por la autopista, olfateando a sus gemelas. Muerta, en el arcén, debido al disparo de un militar.

Una idea todavía peor flanquea sus pensamientos. Se imagina a Lidia y sus adoradores hallando a su hermana, liberándola y obligando a la pobre y cautiva Elizabeth a acercarse a su madre maldita y enfrentar esos enormes colmillos.

El dolor en el corazón al pensar en eso es demasiado para enarbolar más ideas sobre aquel desenlace. Lo digiere y lo desecha de inmediato. Sin masticar. Sin sentir demasiado el mal sabor que esas ideas provocan. Aun así, algo concluye con desconsuelo: tiene la impresión de que jamás volverá a ver a Florencia.

—¿Dónde estás, Alan?

La voz del adorador se hace más clara. Sus pisadas se acercan.

Joanna intenta acercarse a la puerta, pero es detenida de súbito.

La mujer desparramada en el piso abre los ojos y ha vuelto a la vida. Intenta ponerse de pie. No lo logra. Desde el suelo, y con la cabeza en alto, mira a Joanna.

—En verano, todas moriremos.

Su voz aguda, como la voz lacerante de una bruja, la obliga a retroceder dos pasos. Golpea su espalda con la ventana. Se queda mirándola con la boca abierta. Abre y cierra los ojos, creyendo que se trata de una ilusión. El espectro de sus arquetípicas ideas yace frente a ella, con la boca abierta. Y habla. Sus palabras la mastican.

—¿Acaso lo olvidó, profesora?

Y a su voz afilada y demoniaca, se le suma la voz del idiota de ojos azules.

—¿Dónde estás, Alan?

Y sus pisadas, cada vez más cerca.

—Tu vientre, hija —escupe la mujer—. Tu vientre está maldito. Todos lo están. Son la matriz del inframundo.

—No eres real —susurra Joanna—. No eres real.

—¡Maldito sea el fruto de tu vientre, hija de perra!

Joanna apunta con la pistola.

Oye una mano posicionarse en la cerradura de la puerta del frente. Allí donde se escondió Alan. Ve la sombra de alguien colarse por la parte baja de la puerta. Se trata del idiota de ojos azules, que ahora pone sus manos en la cerradura de la habitación donde ella se oculta. Joanna apunta. La sombra se aleja.

Oye una risita del otro lado. La risa se transforma en una risotada. Se da cuenta de que es la mujer que tiene enfrente la que ríe.

—Maldito sea el fruto de tu vientre —repite—. Maldito, hija, mil veces maldito.

Joanna vuelve a apuntar. Va a jalar el gatillo.

—No lo hagas —dice el espectro—. Una bala ya se encuentra atorada en mi cerebro. Dale unos segundos, hija, ya me matará.

Joanna ve cómo el espectro se convierte en su madre. Sigue en el suelo. Su ojo izquierdo no para de moverse, inquieto, como una canica resbaladiza.

—No quemarás el bosque —dice—. ¿Cómo lo quemarás, si no eres capaz de quemar tus miedos? ¿Si no eres capaz de quemarme a mí? ¿Puedes quemar tus recuerdos, hija?

A sus preguntas se suman los disparos del exterior. Joanna quiere salir y ayudar a Alan, pero le es imposible. No se atreve a pasar por el lado de mamá.

—Hablando —susurra. Recuerda al psicólogo—. Hablando, el polvo sobre los recuerdos se aleja. Los recuerdos siempre quedarán, pero si hablamos, el polvo asfixiante y cegador que hay sobre ellos se aleja. Toda la mierda que trae tu recuerdo se irá a la mierda, mamá.

Cierra los ojos. Cuando los abre, la imagen de mamá ha desaparecido. El cadáver sigue en el suelo. Muerto. Escucha un nuevo disparo. Las voces de Alan y el adorador de ojos azules se camuflan en ese relente de disparos. A lo lejos se escucha el ruido de un vidrio quebrándose.

Va a salir al exterior, pero un fuerte ardor en el estómago la hace caer al piso. Pone las manos, sin querer, sobre el charco de sangre que rodea la cabeza de la mujer muerta. Intenta ponerse de pie, pero le es imposible. El dolor en el estómago se posiciona sobre su vientre. Deduce que no son los intestinos, sino el útero el que duele. Le duele de una manera alucinante. Culmina su estado con un aullido de dolor.

Lleva las palmas ensangrentadas a su vientre. Se acaricia con suavidad, intentando sosegar el ardor, pero es inútil. Aprieta los puños y los dientes. Comienza a sudar y a retorcerse del dolor. Tiene la sensación de tener una serpiente enroscada en su vientre, cuya cabeza llena de colmillos le muerde la pared uterina. Y se desangra por dentro. Lleva su pistola y apunta su abdomen. Acaricia el gatillo mientras gime de dolor.

Deja de apuntarse. Golpea el piso con rabia. Abre y cierra la boca. Cree haberse mordido la lengua, pero el dolor se hunde en un cráter lejano, al mismo tiempo que el cráter en su barriga parece querer explotar. Y la lava, como sangre, emana a su garganta. Hace una arcada. No puede vomitar.

Suelta un nuevo gemido, casi culminante. Se encuentra a punto de desfallecer.

Recuerda, en el balanceo rojinegro del dolor en el que pisa, que Alan dijo que el bosque se defendía. Y lo estaba haciendo. Estaba impidiendo que llevara a cabo sus planes. La maldición la atacaba. El niño en su vientre, de a lo sumo dos meses de vida, ya era lo suficientemente grande para activar el desperfecto. Para hacerla chillar de dolor, como si cientos de cuchillos le atravesaran el abdomen.

El soplo de la ventisca cae sobre ella, desde alguna parte de la maraña de pinos que imbuyen los parámetros de Adoración. El vapor frío la confunde. Levanta una bruma asfixiante que se desploma sobre su cerebro, como polvo y escombros provocados por la caída de enormes edificios en una ciudad abandonada. Y siente un poderoso deseo de abrirse el estómago y meter las manos allí dentro, más allá de sus tripas, y escarbar, desesperada, hasta desprenderse de lo que sea que le hace daño.

Saturada del daño interior, no percibe con claridad los eventos del exterior. Pero se cuelan rastros. Huellas. Disparos. Y pisadas. Y también voces. Voces masculinas. Y, dentro de todo, logra escuchar una voz femenina.

No le resulta desagradable. No es la voz de su madre. Es una voz conocida, que nunca le agradó, pero que resuena en sus dolores, quiera o no, como la voz de la conciencia en una adolescente malcriada que odia las reglas. Como la voz de madres sobreprotectoras que le resultaban similares a zorras.

Retorcida en el suelo, nota cómo la muerta a su lado levanta la cabeza y la gira hacia ella. No tiene ojos. Ni dientes. Un hedor a humedad y huevos podridos emana de su boca.

—Tú puedes, hija. Acaba con el demonio en tu interior.

Joanna, erizada, se arrastra hasta el fondo de la habitación. Se queda allí, con la cara metida en las rodillas. El dolor en el estómago parece remitir. Se transforma en puntadas cada vez más débiles. Como ecos de un viejo dolor. De un viejo recuerdo deprimente. Canaliza su actual estado con un suspiro satisfactorio. De pronto, cierra los ojos. Al abrirllos, el espectro ha vuelto a desaparecer. De todos modos, tiene a una figura femenina en frente. Una figura real. La dueña de la voz conocida que había escuchado flotar mientras sucumbía al dolor. Ingrid la mira con apremio.

—Profesora —dice. Le tiende una mano—. Debemos apurarnos.

Joanna la coge de la mano y se levanta. La sigue por el corredor. Tropieza con el cadáver del idiota de ojos azules. Llegan al recibidor. Salen a la luz. Bajo un pino hay dos sombras humanas. Alan aguarda con una sonrisa. Ya no viste bata de enfermero. Ha robado una camiseta negra que le hace ver más severo. A su lado yace Camila. La niña corre a abrazar a su tía.

La abraza con fuerza. Le besa el cabello. Se olvida del páramo gris y la ventisca de sangre que rodeaba aquel orfanato. Deja atrás el reguero de malos pensamientos. Recuerda a la nieta de Félix, a la chica en silla de ruedas y a Alicia, abrazando a sus padres. Orienta esos recuerdos a una sonrisa. Una larga y real. Como todo lo que tiene a su alrededor.

Segura de que es real, se atreve a mirar a Ingrid.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Loreto?

—La han secuestrado —se lamenta—. Cuando íbamos por la autopista, a pocos metros de salir de Adoración, unos tipos muy extraños la han secuestrado.

—Los adoradores del diablo —dice Alan—. Debemos acabar con ellos.

—Y con la maldición —termina Joanna.

Los tres, armados con pistolas, como un grupo de niños cortándose las manos y haciéndose promesas de sangre, se miran el uno al otro. Luego miran sus armas. Camila, a su lado, parece unirse al juramento.

Sobre el grupo, un lío de enormes pinos se sacude debido a una brisa proveniente de las colinas gemelas alzadas al norte, a decenas de kilómetros de Joanna y compañía.

CAPÍTULO CINCO

CORAZONES ENVENENADOS

47

2018

Alguien camina detrás de él. Camina con malas intenciones. Quien le sigue, quiere matarlo. No se atreve a mirar atrás. Pero oye las pisadas, cada vez más cerca. Pocas personas caminan a esas horas de la mañana. Se siente solo. Finalmente, en un acto de insensatez, se detiene en seco y se gira hacia su costado. Se queda quieto frente a la mampara de una tienda de artículos musicales. Pone las manos en los bolsillos largos de sus pantalones y da con la pistola. Acaricia el gatillo. Deja de hacerlo cuando nota que las pisadas que le seguían han dejado de existir.

A través del reflejo de la mampara, ve a un hombre transitar por la calle del frente. Finge hablar por celular, pero Alan sabe que está actuando. Se da vuelta y lo mira. El extraño hace lo mismo. No tarda en esconderse detrás de un vehículo estacionado y, con una velocidad aterradora, saca un revólver.

Alan alcanza a inclinarse y ocultarse detrás de un tacho de basura. Mientras lo hace, siente pisadas correr velozmente por la acera. Se acercan a él. Mira en derredor, sudando de pánico. No hay nadie cerca. Todo el pueblo parece haber desaparecido. Incluso su atacante. Pero sabe que el idiota de pelo rojo no es ningún fantasma. Solo lleva demasiado tiempo viviendo en ese pueblo para escabullirse en él, de tal forma que parece invisible.

Una repentina brisa invernal golpea su rostro. Fría y húmeda, preámbulo de una gripe de los mil demonios, le muerde la frente desnuda y le genera un vago eco en la sien. Tiene la terrible certeza de que está a punto de morir. Bajo un basurero maloliente, sobre el pavimento húmedo y cercado por un muchachito con cara de imbécil. La idea de morir jamás se le había presentado como algo tan detestable.

Un movimiento desde su costado derecho. Entiende que su atacante se oculta detrás del viejo Mercedes-Benz que yace contiguo al basurero. Mira hacia allá y apunta con la pistola. Piensa en Emilia, su esposa, y en su hijo recién nacido. Entonces dispara.

Un mes antes

Iba casi un año desde que esa joven madre había arrojado a su bebé recién nacido escaleras abajo. Ningún otro crimen ocurrido desde entonces. Aquel evento no tardó en quedar atorado en el pozo más profundo de su conciencia. Alan, después de eso, ya no deseaba ver más bebés. Tuvo suerte durante bastante tiempo, pues la sala de maternidad había estado en desuso desde entonces. No obstante, hace dos meses su esposa fue internada en la clínica para dar a luz a su primer hijo.

El pequeño Alan nació sano. Era lo único que le importaba. Dos meses desde su nacimiento. Dos meses más sin avistar ninguna otra mujer embarazada. No le causaba mayor extrañeza, ya que Adoración era un pueblo pequeño, con la cantidad de población suficiente para llenar un estadio de fútbol europeo. Nada más.

Hoy le toca turno de noche. Es el segundo, de tres guardias, que vigila que todo ande bien en el edificio clínico. Su perímetro no es otro que el tercer y cuarto piso. Sala de maternidad, área de procedimientos y área de salud mental. Las alas más aburridas, pues durante la noche los procedimientos médicos como exámenes, tomas de muestra y radiografías no funcionan. Con respecto al área de salud mental... bueno, hasta los locos descansan. Y no descansan allí. Descansan en el edificio contiguo. Con respecto a la sala de maternidad, a Alan le da la impresión de que ninguna madre quiere tener a su hijo en aquel pueblo de campesinos. Y la idea le resulta del todo precisa. Adoración es un sitio espantoso. Y las noches lo vuelven peor.

Pero ahí está, trabajando de guardia en pasillos silenciosos y congestionados por esa atmósfera abúlica en donde no resuenan más que sus pasos y pensamientos. Su apática vigilancia es interrumpida drásticamente por la llegada de una madre con trabajos de parto. El bebé nace prematuro. Solo siete meses. Es puesto en la sala de incubadoras mientras la madre descansa en la sala de maternidad.

El barullo por su llegada culmina a eso de las cinco de la madrugada. Alan aprovecha la repentina desaparición de las enfermeras y va hasta la zona de incubadoras. Del otro lado de un enorme cristal descansa el delgado y frágil bebé recién nacido. Por los comentarios del personal nocturno sabe que es un hombre.

Se lo queda viendo con una paz avasalladora. Le es inevitable no pensar en su hijo. El pequeño Alan descansa en casa, junto a su madre. El recuerdo del chico le produce tranquilidad. Y motivación para persistir, porque si de algo está seguro es que, de no ser por ese chico, hubiera mandado aquel trabajo de guardia por el drenaje hace mucho tiempo.

Pero darse el gusto de ser cesante, con sus antecedentes de hombre policial desahuciado y dado de baja, y con un bebé auestas, es, sin duda, lo que los hombres serios llaman una insensatez. Y para los no tan serios, una real estupidez.

Los pensamientos dulces sobre el pequeño Alan no tardan en colapsar sus sentidos. Piensa en el chico durmiendo en sus brazos. Tomándole la mano y paseando en algún colorido parque estival. Dándole sus primeros consejos: “La vida es una mierda, chico. Tiene feo aspecto y huele mal”; “No sonrías tanto, chico, o las chicas pensarán que eres retrasado”. O, bueno, dependiendo de su estado de ánimo, podría intentar cosas mejores. Algo así como: “Persiste, hijo, y no te darás ni cuenta cuando tengas los bolsillos rebosantes de dinero”.

Sonríe. Oye un ruido desde el cuarto contiguo, donde descansa la madre. Va hasta allá para ver si la pobre joven necesita algo. Ella duerme plácidamente sobre la camilla. Alan regresa por el pasillo y va al baño. Abre el retrete y mea. Se acerca al lavabo y, repentinamente, la ampollita parpadea. Alza la vista y la luz se desvanece. A oscuras, sale del baño.

Tropieza con una espesa oscuridad apropiándose de todo el pasillo de maternidad. Cuando se acerca a la ventana y observa el exterior, descubre que los focos del estacionamiento se han apagado. La oscuridad es total.

Toma su radio de comunicación e intenta hablar con los demás guardias, pero la frecuencia se ha ido. Toma el celular, pero no tiene señal. Suspira. Su suspiro se extravía en lo negro. Enciende su linterna e ilumina el entorno.

Se dirige al primer piso para que, junto a sus colegas, puedan encender los generadores. Un inusual viento golpeando las ventanas lo detiene. Va hasta allá. Se apoya en el alféizar e intenta iluminar el exterior, pero no ve más que el círculo amarillo que expelle la linterna sobre el cristal, cuya luz cegadora refleja su figura.

Apaga la linterna. Abre la ventana. Una calidez absoluta, que irradia los últimos esbozos del verano, le produce confusión. Se queda unos segundos

con la cara a la espera de una nueva brisa de verano, pero no la encuentra. Se devuelve y enciende la linterna. Un ruido de pisadas desde la sala de maternidad le obliga a ir para allá.

La joven madre se encuentra de pie frente al enorme cristal de la sala de incubadoras. Alan, que la ve de perfil, no parece vislumbrar nada raro, solo una enorme somnolencia desgarrando sus sentidos. Pero, venga, de raro no tiene nada, considerando que son más de las cinco de la madrugada.

—Señorita —dice. La alumbra con la linterna—. ¿Se encuentra usted bien?

—La puerta —señala con sopor. Apunta la puerta que se alza a un costado del cristal, y que conduce a la sala de incubadoras—. Han cerrado la condenada puerta. Y yo necesito ver a mi hijo.

Alan mira hacia el otro lado del cristal. El niño se encuentra dormido.

—El bebé está bien. Pero, como sea, iré a ver a alguna enfermera en el primer piso. ¿Vale?

La mujer no responde. De manera repentina, inclina la cabeza hacia atrás. Luego la impulsa hacia adelante. Le da un fuerte cabezazo al vidrio. Este se triza. El bebé, del otro lado, empieza a llorar. Antes de que Alan diga o haga algo, la mujer le da otro cabezazo al vidrio. Un golpe tan fuerte, que varios pedazos de cristal caen al piso.

Alan, boquiabierto, ve cómo la mujer se gira hacia él, casi como un insecto atraído por la electrizante luz artificial que irradia la linterna. El brillo amarillento se desparrama sobre su cara. Sus ojos son verdes, pero sin vida, sin más expresión que una poderosa ausencia de sentido común. Como la cara de una ebria a minutos de caer al piso para ponerse a roncar como una locomotora. El bosque verde de pinos que rodeaba el pueblo se ha apropiado del verde de sus ojos, vociferando a través de ellos una esencia maldita. Aquella mujer parece ahora más hosca, superficial y estúpida.

—¡La puerta! —grita con voz áspera, pastosa, como si un fuerte dolor de garganta le impidiera manifestarse—. ¡La puerta está cerrada! ¡Necesito a mi hijo!

Ya no le da cabezazos. Ahora golpea con el brazo.

La sangre que corría por su frente, ahora también corre por los nudillos de sus manos incrustadas en fibras de cristal.

—Deja de hacerlo —gime Alan, sin ser capaz de hilar más palabras—. Deja de hacerlo —se anima a repetir—. Deja de hacerlo, que te harás daño.

La mujer no dice nada. Ha abierto un hueco tan grande en la mampara, que ya casi todo su brazo ingresa. Pero no es suficiente para entrar. Sigue golpeando. Debido a los golpes, el frágil bebé prematuro chilla angustiado, como si captara la vibra de purpúreo terror que intenta engullirlo.

Y ese llanto llena de apetito a mami.

Ella, como si estuviese siendo arrastrada por el llanto de su hijo, golpea con más fuerza. Otros pedazos de vidrio caen al suelo. El hueco en la mampara ya es lo suficientemente grande para que ella pueda introducir su cabeza.

Lo hace, y mira hacia los lados, como un robot psicópata. Luego pone las manos. Con ellas toma impulso para empujar el resto del cuerpo hacia el interior de la sala. No tarda en quedar atrapada entremedio de los filosos vidrios rotos que rodean el orificio. Ella se esfuerza en entrar, haciendo un estúpido intento por lograr su objetivo, como si fuese un tonto animal acorralado. Alan, que sigue parado e iluminando con la linterna, ve con espanto cómo la pobre mujer queda ensartada en medio del cristal roto. Su cuello y sus brazos están completamente cortados, y desde sus heridas la sangre no deja de caer. Mientras tanto, su abdomen ha quedado clavado en una filosa fibra de vidrio.

A Alan le da la impresión de que el cristal la ha masticado, apretando sus dientes de vidrio contra su pobre cuerpo, el cual queda con la cabeza y los antebrazos hacia el interior de la sala de incubadoras, el resto del cuerpo colgando hacia el corredor. Su vientre ha quedado a la mitad del largo cristal de la sala de incubadoras, atravesado por su impulso asesino. La linterna ilumina la sangre y las tripas que caen sobre el suelo, generando un sonido viscoso.

Alan, que continúa con la boca abierta, da un respingo. No da crédito a lo que ve. Le da la impresión de estar viendo a esos animales despellejados colgando en la vitrina de una carnicería. Pero es una mujer. Una mujer ensartada por el vientre debido a los colmillos de vidrio que ella misma ha provocado. Sus piernas hacia el pasillo yacen quietas. Del otro lado, es decir, hacia la sala de incubadoras, su cabeza y brazos ensangrentados no dejan de moverse. Cuando el último trozo de tripa cae al suelo, ella muere. Deja de moverse. Sobre su cadáver, el llanto del bebé no cesa.

Horas después, cuando ya ha amanecido y otro día caluroso de fines del verano se avecina, Alan se dispone a marcharse. Le había dado la declaración a la Policía. Según el oficial a cargo, era muy probable que lo citaran a declarar al juzgado. Estaba tan absorto en lo ocurrido durante la madrugada, que no era capaz de digerir asuntos policiales. Una frase, repetida en varias ocasiones, se había quedado en su cabeza: “Estrés postparto”.

A eso de las ocho y media de la mañana, se encuentra en el exterior. Consternado y sin rumbo fijo, llama a Emilia para decirle que tardará unos minutos en llegar. Le oculta, por supuesto, las razones. Miente y dice que tiene que hacer un breve trámite en el banco. El único trámite del que se hace cargo es aquel sobre olvidar. Y eso de olvidar se lleva muy bien con eso de beber. Pero beber alcohol a esa hora le es imposible. Decide, entonces, machacar sus piernas y deambular.

Llega hasta una cafetería y pide un café bien cargado. Está harto del café dulzón de la cafetería de la clínica. El nuevo café cargado le cuesta un billete de los bajos. De todos modos, es mucho por un café, pero no le sorprende. Después de casi un año viviendo en ese pueblo, ya ha entendido algunas costumbres locales. Una de ellas guarda relación con inflar los precios a los forasteros. El lema de la ciudad es “aquí adoramos a las visitas”.

Alan tiene uno mejor: “aquí adoramos joderte, forastero idiota”.

La cara del dueño de la cafetería le dice que está en lo cierto. El anciano, calvo y con cara de obsceno gusto por mirarle el culo a las clientas y una tendencia a mirar pornografía, le levanta una ceja al recibir el billete. Mientras Alan se va, entiende que una agreste mirada le muerde la espalda.

Aquí tampoco sonreímos, hijo.

Ese lema es mejor. Piensa en un “y adoramos la pornografía”. Mientras le da una calada al café, comprende que tiene cientos de otros lemas en su cabeza. Complacido, se da cuenta de que podría estar toda la mañana inventándose frases y riéndose solo, como un lunático.

Desestima la idea. O la idea se aleja por su cuenta. Como sea, mientras la amargura de la cafeína se desliza por su garganta, aboca sus pensamientos al asunto de la madre incrustada en la mampara de la sala de incubadoras. Aquella madre quería hacerle daño a su hijo, pero, ¿por qué?

No sabe la respuesta. Tropieza, a medida que se acerca al centro, con el tránsito indiferente de los peatones. Había olvidado las características de las calles y las características de las personas. No frecuentaba el centro. A decir verdad, no frecuentaba Adoración. Su vida se reducía a ir de su casa a la clínica y viceversa. Emilia, su esposa, compartía su desplante. A ella tampoco le satisfacía mucho compartir con los adoradores de pinos. Durante los nueve meses del embarazo, ese desplante en ella aumentó. Y, con el pequeño Alan lloriqueando a todas horas, eso de no salir de casa se había convertido casi en un hábito.

Ahora, Alan absorbía nuevamente esa corriente de miradas mal agestadas, propias de los habitantes de Adoración. Miradas que le recordaban a una de las hermanas de su madre. Aquella mujerzuela apática que, hace años, le desplegaba todas sus miradas de odio cada vez que le veía jugar con sus caros adornos de porcelana. Un “lárgate de aquí, crío de mierda” se dibujaba en sus labios atrevidamente pintados con labial color guinda. Luego, subrayaba su pensamiento con una sonrisa de prostituta sarcástica que hacía que Alan sintiera un revoltijo en el estómago. Y ahora esa mirada se multiplicaba por doquier.

Vaya cosa, no salir de casa en Adoración era algo muy cercano a esos instintos de sobrevivencia que te dicen que no metas las manos en los enchufes. Emilia y él habían acordado eso pocos días después de su llegada, pero hoy era pertinente desobedecer. Hoy, después de lo ocurrido en la clínica, era pertinente oler un poco de aire. Era pertinente meter las manos en el enchufe, por peligroso que resultara.

Alan no se acostumbraba a ese peligro. A pesar de trabajar en la clínica del pueblo, la mayoría de los hombres y mujeres que trabajaban en el edificio eran forasteros que vivían en las ciudades y provincias aledañas. Y en cuanto a los pacientes, la mayoría eran viejos decrepitos que estaban tan cercanos a la muerte, que eso de jugar al “localista xenófobo” les sabía mal.

Deja de pensar en eso. Llega hasta la plaza. Se sienta en un banco y le da una última calada al café. En derredor no anda casi nadie. Mejor. Termina el café con un soplo provechoso. Luego eructa. Unos amistosos rayos solares le soban la nuca. Se deja lisonjear. A los minutos se pone de pie y se acerca al basurero más cercano. Vacío. Su vaso plástico de café es arrojado ahí. Cerca del piso hay un papel perteneciente al grupo cristiano del pueblo.

MISA ESPECIAL.

ESTE SÁBADO AL MEDIODÍA.
OREMOS JUNTOS POR LOS HIJOS ASESINADOS.



Siente una extraña sensación de remordimiento. Deja el papel en el basurero. Camina hasta el final de la plaza. Tropieza con un par de animitas. Rodeando sus estructuras de concreto, brillan varias flores de plástico. Alan ve, al interior de ambas animitas, e iluminadas por velas, las fotografías de dos pequeños niños inocentes.

—Más niños muertos —le dice una voz que conoce—. Una locura, ¿no?

Alan se vuelve, sobresaltado. Tropieza con el viejo conserje y encargado del aseo de la clínica de Adoración. Se anima a asentir con la cabeza.

—¿Qué piensas de lo de la madrugada? —le pregunta el viejo—. Lo que pasó en la sala de incubadoras, ¿qué te hace pensar?

—Que el mundo es un sitio perverso —responde lacónico.

—Estoy de acuerdo. —El viejo pone las manos en los bolsillos de su chaqueta anaranjada. Mira las animitas y suelta un alargado suspiro melodramático—. El mundo es perverso, pero la perversión germina aquí, en Adoración. Este jodido pueblo, hijo, es el núcleo de toda la maldad en el mundo. El epicentro del mismísimo infierno.

Alan lo observa con la cara de las personas cuando miran a los ancianos despotricar cosas sin sentido.

—¿Crees que exagero?

Alan no dice nada. Se dispone a irse.

—¿Recuerdas a la madre que arrojó al bebé por las escaleras?

—Cómo olvidarlo.

—No es coincidencia, hijo. En Adoración las madres matan a sus bebés. ¿Qué creías que la mujer de la sala de incubadoras pretendía hacer? —El viejo mira a Alan acongojado—. Quería comerse al bebé. La maldición de los pinos se activó en ella. Ni el jodido cristal de la sala de incubadoras la detuvo en su descabellado actuar. Tú mismo lo viste, ¿no?

Alan lo mira fijamente, intentando encontrar alguna falla en la superficie gris que sostiene sus palabras. Algo. Cualquier acento de estupidez en su mirada. Cualquier indicio de que el viejo se esté burlando de él. Cualquier principio de senilidad en sus articulaciones. Para su disgusto, no las halla.

Pero, tragarse esas cosas, y a esas horas de la mañana, después de haberse puesto encima el café más cargado de su vida... no. Es imposible. Siente

vergüenza ajena. Mira hacia todos lados. Un nuevo lema da vueltas en su cabeza: “Adoración, el pueblo de pueblerinos malditos”. Intenta sonreír. Lo hace. Le sigue una risita nerviosa. Un ¡ja! acaba saliendo de su boca. Finalmente, se atreve a mirar al viejo con el ceño fruncido.

—¿Está ebrio?

—No. Voy en serio.

—¿Crees que es buena idea burlarte? ¿Crees que es divertido hacerlo después de la mierda de la que fui testigo?

Alan no espera respuesta. Se da vuelta, con intenciones de marcharse. El viejo lo toma del brazo.

—Adoración está maldito, hijo. Hay que quemar los pinos. Ayúdame a hacerlo. Necesito de tu ayuda.

—Claro que sí, viejo. Ahora mismo voy por fósforos.

—Tu hijo nació en la clínica —continúa—. Está en peligro. Él y tu esposa corren riesgo de que la maldición se apodere de ella.

Alan siente un pinchazo en la cabeza. Enojado, se quita al viejo de encima. Siente un deseo de darle un puñetazo. Pero recuerda un lema más personal, aunque compartido por cualquiera que se considere decente: “no les pegarás a los viejos”.

Por más locos que estén, piensa.

Y a su lema se le suma otro: “la vida está llena de excepciones”.

Cierra el puño, colapsado por su estrés y cansancio. Finalmente, no lo hace. Deja al viejo hablando solo.

Luego de unos minutos dando vueltas por el pueblo, regresa a casa.

—¿Cómo estuvo el turno? —pregunta Emilia apenas lo ve entrar por la puerta.

—Agotador.

Estira los brazos y coge al pequeño Alan. Lo acurruca en su pecho y olvida todo lo demás. El bebé, a sus dos meses, es el niño más tierno que ha conocido en su vida. Lo llena de dicha. Mira a Emilia y su dicha aumenta. Canaliza sus emociones en una alargada sonrisa matutina. Por un breve instante, mientras su bebé balbucea en sus brazos y su esposa le mira con ternura, todo lo acontecido en la mañana parece haber sido una ilusión. Una pesadilla. Tiene la certeza de haber despertado recién.

—Te amo —dice entonces—. Los amo a ambos.

—También te amo, Alan. Y tengo buenas noticias.

—¿Ah sí?

—Han llamado de la oficina policial en la ciudad. El capitán Higuera dice que quiere hablar contigo.

—¿Por qué no me llama?

—Sabes lo orgulloso que es. Espera que tú lo llames a él.

—Que se vaya al diablo —espeta Alan—. Me dio de baja cuando más lo necesitaba. ¿Después de un año quiere ayudarme?

—Lámalo —ordena Emilia con una ligera severidad. Y Alan sucumbe, como siempre, a esa voz.

—Lo haré.

—Quizá quiera ofrecerte la placa y la pistola otra vez.

—No, Emilia, eso no va a pasar.

—No te castigues. Lo que pasó no fue tan grave.

—Fue lo suficientemente grave para que me dieran de baja.

—Y lo suficientemente no grave para llamarte y querer hablar contigo.

—Sí, después de un año —le recuerda Alan.

Emilia le sonríe. Las pecas rodeando su nariz pálida sobrecogen el alma de Alan.  l se pone de pie. Juguetea un minuto con su hijo cerca de la ventana. Se gira a su esposa y le regresa al pequeño. Les besa la frente a ambos. Luego agrega dos besos en el cuello de Emilia.

—Tranquila, amor, lo har . Llamar  al importante y orgulloso capitán Manuel Higuera.

Una luz de esperanza se abre en el interior de Alan. Eso de volver a ser policía lo llena de emoción, casi como un adolescente llamando a sus amigos para su primera fiesta fuera de casa. Sí, toda una mierda apasionante.

Toma el celular y marca. Pero no llama. Dudas emergen del otro lado de esos números. Tiene miedo de que quizá se trate de simple cortesía y curiosidad sobre su estado y el de su familia. La desilusión será demasiado grande.

— Qu  diablos querr ? —Vuelve donde Emilia.

—Tal vez quiera ofrecerte trabajo como ayudante de policía en Adoración. O, tal vez, quiere ofrecerte un puesto como policía del pueblo. Ya sabes lo importante que es dentro del mundo policial y político. Es, sin duda, una autoridad en la región. Tiene influencias y...

—¿Policía de Adoración? —interrumpe Alan—. ¿A quién perseguiría? ¿A los ladrones de pinos?

Emilia lo mira con una sonrisa maliciosa.

—Amor, ese chiste no es divertido. Jamás alguien se ha robado un pino.

—Adoración es siniestro. He tenido que ir al centro hoy. —Alan mira a su bebé. Luego recuerda la conversación con el viejo—. ¿Alguna vez has visto niños en este pueblo?

—Los vecinos tienen niños —responde Emilia.

—Sí, pero ellos son del norte. Han venido aquí a trabajar en la forestal. Esos niños no nacieron aquí. De verdad, ¿alguna vez has visto niños? Digo, niños nacidos y criados aquí.

—No lo sé. ¿A qué viene todo esto?

—Nada —termina.

Alan, agotado debido al turno nocturno, va a su habitación a dormir. Duerme cinco horas. Cuando despierta, nota que Emilia y el bebé también duermen en el cuarto contiguo. Lo entiende. Su esposa también está agotada. Cuidar a un bebé no es fácil.

Debido al silencio, decide volver a dormir. Esta vez le cuesta. Tiene una pesadilla. Sueña con Emilia dándole puñetazos al vidrio de la ventana principal. Su esposa, con las manos ensangrentadas, toma un pedazo afilado de cristal y se acerca al bebé.

Alan despierta gritando y sudando.

Emilia y su hijo están ahora en la sala principal. Un olor a estofado hace de Alan un hombre hambriento. Mientras comen, y durante las horas que siguen, una palabra en particular se repite constantemente: *llama*. Aquellas cinco letras dichas por su esposa abren una rutinaria discusión, extensamente agotadora.

—Llama.

—Lo haré más tarde.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Ligeramente irritado por la situación, Alan vuelve al cuarto con intenciones de dormir un poco más. Después de todo, a la medianoche debe volver a la clínica. Un nuevo turno nocturno aguarda. Pero, como era de esperar, no puede dormir. El miedo a tener más pesadillas, así como la

sustancia venenosa sumida en su memoria, emitiendo un lejano jadeo de la mujer atorada en el vidrio, le impide conciliar el sueño.

Enciende el televisor. En la pantalla da con el canal de películas clásicas. Para su disgusto dan *La noche de los muertos vivientes* de George A. Romero. Le encanta la película, pero, considerando las circunstancias, ver devoradores de carne le resulta tan fastidioso como ver esos tontos programas de telerrealidad en donde musculosos jovencitos y curvilíneas jovencitas compiten en ridículas pruebas de talentos. Va a apagar la tele, pero decide curiosear un poco más. En el canal de música aparece un concierto de Helloween. Michael Kiske canta “*Dr. Stein*” en algún estadio de Alemania. Escucha un momento. Luego cambia los canales con velocidad. En el canal del tiempo hablan de una feroz tormenta eléctrica acercándose a las regiones del sur del país.

—Mal tiempo —masculla de mal humor—. Lo que faltaba.

Apaga la tele. Cierra los ojos. Busca serenarse. La puerta se abre. Ingresa Emilia con el bebé en brazos. El pequeño Alan duerme. Ella lo deja en su cuna y se sienta a los pies de la cama.

—Llama —dice.

—Ya basta —se queja Alan, intentando no alzar la voz—. Deja eso.

—¿Por qué no quieres llamar?

—No quiero oír la voz de ese viejo fanfarrón. No quiero oírlo. No hoy. Tal vez mañana.

—Pensé que querías largarte de este pueblo.

—Por supuesto que sí. No hay día que no quiera. Pero ya sabes mi situación. Encontrar trabajo en la ciudad, o en cualquier otra, con mis antecedentes, es imposible. Higuera ya me ayudó suficiente con este trabajo en la clínica. Gano casi lo mismo que de poli. Y le doy las gracias por eso. Pero ya no quiero pedirle más favores.

—No seas orgulloso.

—Y tú no seas estúpida... —Alan se traga sus palabras—. Y tú no seas ingenua, Emilia. Si ha llamado es porque quiere saber de mi hijo. Quiere mostrarse preocupado. Quiere saber cómo me he adaptado en la clínica y bla, bla, bla. No me devolverá mi empleo.

—Jamás lo sabrás, si no lo intentas.

—¿No escuchas, Emilia? Te he dicho que mañana, hoy no deseo hablar con nadie.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado durante la noche?

—Que no deseo hablar con nadie, maldición.

—¿Ni siquiera con tu esposa?

—Migrañas, sí. Han vuelto. Y me ponen de mal humor.

Emilia se vuelve hacia él. Lo mira un momento. No dice nada. Alza la vista al techo. Suspira.

—Algo ha pasado, ya no me mientas. Te conozco. Si no quieres hablar conmigo, deberías llamar. Hablar con alguien te hará bien.

—Maldición, ¿cuál es tu interés en que llame?

—Yo también estoy cansada de este pueblo de mierda. Ambos somos de la ciudad. Pertenecemos ahí. Cuando el bebé crezca, yo me iré. Buscaré un trabajo allá. Lo lamento. Tienes que venir con nosotros.

—Dios, Emilia, entiende que también quiero irme, pero gano casi un dineral al mes en un trabajo de guardia. Solo porque Higuera me hizo el favor de ayudarme. De lo contrario, andaría mendigando trabajos en la ciudad y cobrando el mínimo. Eso no es vida. Ni para ti. Ni para el bebé. Ni para nadie.

—Ambos trabajaremos en la ciudad. Ganaremos el mínimo, pero podremos salir adelante.

—Creo que esta conversación es inútil.

—¡Maldición! —grita Emilia—. ¡Estoy cansada de este pueblo! ¡Quiero irme!

—No grites. Despertarás al bebé.

—Mierda, Alan —sisea Emilia—. Eres agotador. Eres una maldita migraña. Tú y tus tontas inseguridades. Llama. Llama ahora y pídele al maldito jefe que te reintegre a la Policía. No es tan grave lo que pasó.

—Es eso, ¿verdad? Te avergüenza el hecho de estar casada con un miserable guardia de seguridad.

Emilia se pone de pie y se dirige a la puerta. Bajo el dintel, se da vuelta hacia Alan.

—Solo quiero recuperar la vida que teníamos antes, idiota. —Se pone a llorar—. Pero tú ni siquiera lo intentas.

Ella sale al pasillo y cierra la puerta.

Ver llorar a su esposa le provoca angustia. Quiere ponerse de pie, pero decide quedarse recostado mirando el techo. Recuerda uno de los lemas que había creado para Adoración: “aquí adoramos joderte, forastero idiota”.

Sonríe con sarcasmo. Se acerca a la ventana. La abre. Enciende un cigarro. Le da tres caladas. Lo arroja al cemento del exterior. Cierra la ventana y regresa a la cuna del bebé. Se queda mirándolo un instante. Se relaja. Va hasta donde su esposa.

Emilia toma un té en el living. Se sienta a su lado y la abraza. Ella intenta alejarse. Pero finalmente cede.

—Lo lamento —dice.

—Yo igual. Estoy algo agotada. Ser mamá es más difícil de lo que parece. Y este pueblo cabrón es... es igual de agotador.

—Extrañas la ciudad. Y yo igual. Te prometo que llamaré mañana a primera hora. Juro que lo haría ahora, pero no me siento bien, amor, anoche tuve una mala noche.

—Problemas en el turno.

—Anoche llegó una embarazada —empieza—. Dio a luz a un niño prematuro. —Se detiene. Toma un respiro. Busca la forma de contar lo sucedido. No la hay—. El pobre bebé no dejaba de llorar. Es todo. Sus llantos me pusieron los pelos de punta.

—Ahora ves lo que se siente. Tu hijo a veces también me pone los pelos de punta con su llanto. Es por eso que estoy algo estresada. Ambos lo estamos. —Emilia lo mira con cariño—. ¿Quieres que te haga un té?

Alan le da un beso en la boca.

—No —dice con cautela—. Hay mejores formas de quitarse el estrés.

Emilia sonríe. Los hoyuelos en sus mejillas estiran de una forma muy sexy las pecas que rodean su nariz. Alan ve sus labios rosados, suaves y delgados. Le quita la taza de té de las manos y le da nuevos besos. Luego le da besos en el cuello. Finalmente, y dominado por el deseo, la toma de la cintura y le acaricia sus muslos.

Ella no parece querer.

—¿Qué pasa? —le pregunta a su esposa.

—Estoy menstruando —dice con sequedad.

—Eso nunca ha sido un problema.

La toma con más ímpetu y comienza a acariciarle las tetas por debajo de la blusa. Pero ella le quita las manos de encima.

—No, Alan. Hoy no. No quiero, ¿vale?

—Santo cielo —escupe.

Se levanta y se devuelve al cuarto. Vuelve a recostarse sobre la cama. Mira el techo. Luego mira hacia la ventana. El sol de la tarde le produce cierta intriga. No puede creer que se avecine una tormenta. Completamente molesto, se divierte hilando conjeturas sobre asuntos del clima.

La puerta, al rato, se abre. Emilia se recuesta a su lado.

—Siento un ligero dolor en el útero —explica. Apoya su cabeza en el pecho de él.

Alan le acaricia el pelo con suavidad. Una plena tranquilidad lo abraza, pero de manera súbita, la tranquilidad se escapa por debajo de la cama. Emilia comienza a introducir su mano por debajo del pantalón de Alan. Empieza a acariciarle el pene.

—¿Qué haces?

—También estoy deseosa.

—¿Y tu útero?

—Me duele el útero, no la lengua.

Ella le baja los pantalones y empieza a acariciar su pene erecto. Alan rememora un lema más agradable: “y adoramos la pornografía”.

Sonríe como un crío bobo. Mira hacia la ventana. Siente la lengua de Emilia sobre su pene, mientras el sol le golpea el rostro con suavidad.

Cierra los ojos y, entonces, se concentra en la tormenta.

50

Iban siete días desde el comienzo de la tormenta eléctrica. Los noticieros la habían bautizado como “la tormenta de Muhammad Ali”. La lluvia con viento, los granizos, truenos y relámpagos no claudicaban y, Alan presumía, aquel boxeador no acabaría de darle puñetazos al pueblo hasta el término del verano.

Siete días también, en que las cosas con Emilia habían mejorado sustancialmente. Le había hecho caso y había llamado. Manuel Higuera le había ofrecido una reunión en la semana que se acercaba para acordar ofertas laborales. Eso de volver a ser policía se vislumbraba a la vuelta de la esquina. En la misma esquina aguardaba un boleto de primera clase para abandonar Adoración.

Hoy, sin embargo, mientras abandona la clínica a eso de las cuatro de la tarde, tropieza con las primeras trampas que nunca le permitirán salir de Adoración.

La tormenta había llegado y el viejo conserje de la clínica había desaparecido, como si el viento se lo hubiera llevado lejos. Una semana sin ir al trabajo. Alan había preguntado si acaso el viejo se había reportado enfermo. No. Nadie en el edificio sabía algo del anciano. No se molestaba siquiera en contestar el teléfono. Y, peor aún, a nadie parecía importarle.

Intrigado por la ausencia del hombre días después de hablar sobre maldiciones, y además, preocupado porque el anciano estuviera agonizando en su casa, es que decide ir a visitarlo.

Con la dirección conseguida en la clínica, llega hasta una rústica casa de madera resquebrajada a las afueras de Adoración. Golpea, pero sus golpes parecen silenciados por la feroz tormenta. Mira al cielo y le reprocha a Muhammad Ali su incesante gusto por los puñetazos. Una ráfaga de viento le responde con violencia.

—¡Señor Igor! ¡Señor Igor! ¡¿Se encuentra en casa?!

No obtiene respuesta. No es de su agrado quedar calado hasta los huesos. Tampoco es de su agrado regresar a casa con la preocupación todavía aguardando en sus bolsillos. Toma impulso y le da un empujón a la puerta. Rememora sus viejos días como policía derriba puertas. La vieja puerta de madera le responde con una sonoridad casi perversa. Un nuevo empujón y se abre.

Ingresa. La luz está encendida. La casa huele mal.

—¿Señor Igor? Soy Alan, el guardia de la clínica. ¿Se encuentra en casa?

No hay respuesta. Un ruido desde la habitación del fondo le hace caminar hasta allí. Le da un rápido vistazo a la casa. Una estufa a leña cubierta de cenizas es lo único que llama su atención. Llega a la habitación del ruido. Se queda de pie un momento frente a una cama pulcramente ordenada bajo un edredón blanco. El batiente de la ventana se sacude debido a las ráfagas de viento.

—Bendito Muhammad Ali.

Su susurro se pierde en el inicuo e imparable efecto de mal clima y casa abandonada. Levanta el pie para acercarse a la ventana. Un sonido pegajoso bajo su zapato llama la atención. Baja la vista. Ve su huella húmeda sobre la madera. La mancha no solo es de agua lluvia, sino que además roja. Es una huella ensangrentada. Se gira, sobresaltado. Ve la línea de huellas rojas que han dejado sus zapatos. El origen yace quieto a un costado de la puerta

principal. El viejo conserje de la escuela está sentado con una bala incrustada en el tórax. Una poza de sangre se seca a su alrededor.

Luego de llamar a la Policía y nuevamente dar declaraciones, se aleja a un bar. Últimamente se ha vuelto el amigo de los polis y un futuro visitador del juzgado. Aquello no le hace ninguna gracia.

Pide una cerveza helada de ámbar. Se la bebe en cuatro tragos. Pide otra. La garganta se lo agradece. El cerebro, también. Luego pide una botella de *whisky* y va hasta el fondo del bar. Se sienta sobre una pequeña ventana y, como un observador melancólico, traga *whisky* y mira caer la lluvia sobre ese desolado pueblo.

En el interior del bar, la cosa es similar. Solo otras dos personas beben ahí, aunque, para ser justos, no son más de las seis de la tarde de una horrorosa hora de tempestad. Se queda pensando en el viejo asesinado. Se pregunta por los motivos de querer matar al viejo, y la palabra *maldición* no deja de revolver sus tragos de *whisky*.

Observa cómo ingresa una mujer con un amarillo traje de agua completamente mojado. Se quita la capucha y mira a Alan sin timidez. Se acerca a su mesa. Se sienta en frente.

—¿Puedes darme un trago, forastero? —pregunta entre jadeos.

Alan le alarga el vaso.

—¿Cómo sabes que soy forastero?

—Pareces educado. —Bebe el vaso sin detenerse. Sonríe con amabilidad

—. La educación no parece haber llegado a Adoración.

—¿Te he visto en alguna parte?

Ella le enseña la cicatriz que atraviesa su mandíbula.

—Seguramente te has cruzado conmigo. Poca gente con semejante cicatriz deambula en este pueblo.

—¿Qué te pasó? —pregunta Alan.

—Al idiota de mi hermano le parecía divertido jugar con motosierras.

De repente, una ráfaga golpea la ventana. Alan parece volver del agujero ebrio e introspectivo en el que se hallaba. De pronto es consciente de que hay una mujer frente a él bebiendo de su *whisky* y hablándole. Una mujer de aproximadamente cincuenta años, con el rostro pálido y demacrado, casi como una drogadicta. Y con una fea cicatriz tejiendo su rostro extrañamente atrayente. No por ser bello, ni tampoco por su fealdad. Sino por sus ojos, que yacen quietos en los de él. Irradian una luz perversa.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Lidia. ¿Y tú?

—Alan.

—Tienes un hijo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—No hay secreto que sobreviva en este pueblo —dice ella con mordacidad—. Ya sabes, esa mierda de “pueblo chico, infierno grande”. Todos se conocen y todos murmuran cosas. Siempre he dicho que este pueblo es como un avispero enredado en una maraña de pinos.

—¿Un avispero?

—Sí —dice. Levanta una ceja y sonríe. Su cicatriz se alarga como una estría sobre su cara—. ¿Acaso no escuchas los zumbidos?

Alan se la queda viendo, digiriendo la locura que ella desborda. Un nuevo golpe de viento sobre la ventana. Alan, debido al sobresalto, da un respingo. Ella suelta un bufido. Alan quiere sacársela de encima. Parece una de esas vagabundas disparatadas que piden limosna en la plaza. Pero hay algo más. Ella sabe que él tiene un hijo. Eso no le gusta.

—¿Supongo que has oído del gran secreto de Adoración? —pregunta ella.

—Claro —responde de mal humor—. Que está copado de pueblerinos estúpidos.

Ella no parece haberlo escuchado.

—Hablo de las madres asesinas. —Se sirve un nuevo trago de *whisky* y le da un largo sorbo. Detrás del líquido ambarino atravesando su garganta, ella parece analizarlo—. Los niños aquí no crecen. Mueren. Son asesinados por sus madres.

Alan traga saliva. Recuerda a los bebés muertos de la clínica.

—Y el bosque de pinos está maldito —dice, recordando lo dicho por el anciano. Ahora él se sirve un trago de *whisky*. Bebe con lentitud—. No son más que estupideces. Verás, las estupideces se arrastran en este pueblo como pedazos de mierda en un desagüe.

Ella sonríe. Hay algo malicioso en su sonrisa.

—No es una estupidez. Dime, ¿has visto algún niño desde que llegaste aquí?

Alan no responde. Siente un ardor en el estómago.

—Las mujeres aquí no abren sus piernas para dar a luz. Adoración envejece. Y los viejos no son estúpidos, forastero, son sabios. Sabios y

malhumorados. Eso explica sus caras de mierda. Siempre lo he dicho: Adoración es un lugar muy sombrío.

Alan quiere decir algo, pero tiene todas sus palabras de fatiga atoradas en sus dudas y en el recuerdo del viejo conserje muerto en su casa. La imagen de muerte se multiplica al recordar los eventos de la sala de maternidad de la clínica.

—El diablo existe —suelta ella de repente—. Se refugia aquí, entre nosotros.

Recuerda al conserje.

—Entonces hay que quemarlo —dice. Nota cómo el rostro de Lidia se vuelve tenso—. Hay que quemar el pueblo con todo lo malo de su interior.

Alan suelta una risita nerviosa. Aquella mujer le resulta desagradable y ya entiende las razones. Le recuerda a esos fanáticos de Jesús insoportables que, con megáfono en mano, se ponían a gritar cosas de la Biblia en las avenidas más céntricas de la ciudad. Eran jodidos dolores de cabeza, y eras incapaz de quitártelos de encima. Eso era esa mujer vestida de impermeable amarillo. Un foco defectuoso, parpadeante y cegador, arruinándole la vista y generando sombras a su alrededor.

—Yo he escuchado al diablo murmurar dentro de mí —insiste ella.

—¿Sabes qué es más molesto que un maldito fanático de Jesús? —pregunta Alan—. Una maldita fanática del diablo. No eres más que una satanista loca. Ahora vete, déjame en paz.

Alan toma la botella y llena su vaso. Espera que ella se marche, pero no lo hace. En su lugar, comienza a llorar.

—No estoy loca —solloza—. Yo tenía un hijo. Lo amaba con todo mi corazón. Era mi único hijo. Se llamaba Eliot. Era el niño más adorable e inteligente que pisaba este pueblo cabrón. Le gustaban los barcos. Era fanático del Titanic. Se sabía los diálogos de la película de memoria. Y qué hablar de la historia del barco real. Todo el día me hablaba emocionado sobre conjeturas y cada cosa misteriosa que rodeara el barco. Era mi hijo, ¿vale? Y lo maté.

Alan, de mala gana, le da un sorbo al *whisky*. Luego le ofrece el vaso. Ella acepta y bebe.

—No quería hacerlo —continúa—. Pero oí su voz. La voz susurrante del diablo, como un soplo sugestivo reptando por las columnas de mi alma. Me habló, ¿puedes creerlo? Y yo lo escuché.

Alan le quita el vaso.

—Hablas como si te fascinara la idea.

—Él me eligió —suelta—. Me dijo lo que se avecinaba. Todas las madres, forastero, todas las madres matarán a sus hijos en todo el mundo. No debía sentirme mal por mi crimen, pues era parte de algo mucho mayor. Del apocalipsis. Y yo, Lidia, soy la mesías.

—No eres más que una loca —dice Alan. Se pone de pie, dispuesto a irse—. Una maldita esquizofrénica parricida.

—¿Por qué crees que me senté en tu mesa? —Ella sonrío maliciosamente—. Porque tu hijo corre peligro. Tu hijo es el siguiente. Pronto su madre se lo comerá.

Alan siente que el ardor en el estómago se acentúa. Se aleja del bar. De todos modos, logra oír las últimas palabras de esa mujer.

—Ella matará al bebé. Pero no te preocupes, forastero, todo es parte de un plan mayor.

Sale al exterior, mareado y molesto por las lucecitas amarillas dando vueltas en su visual. Una ráfaga de viento golpea su rostro. Muhammad Ali le asesta un derechazo en la nuca. Cierra los ojos. Las luces amarillas, como una idiota satanista vestida de impermeable, le asesta otro derechazo. Lo sugestiona en el riel ambarino y oxidado que sostiene el paso de sus ideas. De malas ideas. De esas que le dicen que su bebé está en peligro. Porque Emilia quiere matarlo. Se apresura, entonces, en volver a casa.

51

En casa no hay ningún prólogo mortal custodiando un futuro crimen. La normalidad rige el confort del hogar a través de la sonrisa crepuscular y serena de Emilia y los balbuceos lozanos del bebé. Sin embargo, cuando Alan ingresa, el crepúsculo en el rostro de su esposa es rápidamente ensombrecido, esculpiendo drásticamente los paréntesis de la noche a su alrededor.

—Maldición, Alan, ¿dónde diablos estabas?

—Pasé a un bar. Bebí un poco de *whisky* para celebrar que la semana que viene recupero mi empleo. Y que regresamos a la ciudad.

—¿Un poco de *whisky*? A juzgar por el olor, diría que fue más que un poco.

—No exageres. —Alan se acerca al bebé, que descansa en su cuna.

—Si vas a volver a ser policía, debes dejar de beber alcohol.

—Solo fue un poco. La tormenta me ha calado los huesos y quería calentarme.

—Existe algo que se llama café.

Alan hace como que no escucha. Le acaricia las manos a su hijo, quien responde con una sonrisa furtiva en sus frágiles labios.

—Alan, voy en serio, debes dejar de beber alcohol.

—Déjame en paz, ¿quieres? No bebía alcohol hace meses.

—Mal momento para reiniciar —le reprocha ella con cara de jugadora de póquer que intuye que tiene la mejor mano—. Mal momento, Alan. Muy mal momento. No creo que al capitán Higuera le agrade la idea.

Alan tiene un impulso de ira. Quiere gritarle y darle inicio al juego de los gritos, pero el bebé mirándole desde su cuna disminuye su ira y, bueno, el *whisky* en su cabeza le recuerda que gritar no es agradable.

—Amor —dice con calma—. Estaba feliz y quería beber. No volverá a pasar.

Pero Emilia insiste en seguir jugando. Tiene buenas cartas, después de todo. Y las usa.

—Recuerda los problemas que te ha generado el alcohol, Alan. Te costó dejarlo. Tener recaídas es malo. No es buena señal.

—Déjame en paz —se anima a decir.

Va a su habitación con la sensación de que escapa de algo. Se tumba sobre la cama y el desgastado color gris del techo le difumina los pensamientos en un somnoliento tornado. En medio de las briznas alcanza a notar gotas ambarinas de un amargo *whisky* escocés. Cierra los ojos y se deja llevar.

Sueña con una fiesta. Una fiesta familiar de un colorido carácter infantil. Es un cumpleaños. El cumpleaños del pequeño Alan, que ha crecido junto a las grietas de su sueño. Debe tener por lo menos ocho años. Sentado frente a una mesa, rodeado de otros niños de su edad y con un enorme pastel guiñándole un dulce ojo cremoso. Velas, globos y serpentinas atavían el horizonte onírico de aquel buen momento familiar. Las luces se apagan y la sonrisa del niño ilumina, junto a la sonrisa de decenas de más niños, el fuego anaranjado de las velas sobre el pastel. Cantan. Acaba. Su hijo sopla las velas. Una repentina oscuridad, seguida por el regreso de la luz eléctrica. Emilia está al lado de su hijo. Tiene un cuchillo en las manos. Lo clava, súbitamente, en la garganta del pequeño Alan. El pastel se llena de sangre.

“Tenía que hacerlo algún día”, dice Emilia con perpleja serenidad.

Alan despierta. Debido a las ventanas, y al índigo brillo zigzagueando por las paredes, entiende que anochece. Debe ir, otra vez, a cubrir el turno nocturno en la clínica. Uno de los últimos. Durante el fin de semana próximo debe preparar todo para regresar a la ciudad a recuperar su empleo. Eso le da un aventón de entusiasmo.

En la sala aguarda Emilia, ensimismada en el televisor. El bebé duerme en su cuna.

—Lo lamento —dice—. De verdad, no volveré a beber.

—Estoy cansada —señala con languidez.

—¿Por qué no duermes? Yo me quedé un rato con el bebé.

—Aún hueles a alcohol.

—¿Y eso qué?

Alan se sienta a su lado. Ella se recuesta sobre él.

—Ese condenado perro de la casa del lado —se queja Emilia—. No deja de ladrar. Y el clima no ayuda mucho a conciliar el sueño.

—Al bebé no parece importarle.

Ambos miran a su hijo, quieto sobre la cuna. Su respiración pausada parece no sincronizarse con el temporal de lluvia que cae drásticamente en el exterior.

—Prométeme que la otra semana ya estaremos en la ciudad, Alan.

—Es un hecho.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Emilia. Te prometo que la otra semana estaremos en la ciudad.

—No puedo creer que vuelvas a ser policía.

—Ni yo me lo creo.

Emilia cierra los ojos y comienza a respirar profundamente. Pronto conciliará el sueño. Alan le hace cariño en el pelo.

—Recuerdo cuando estábamos cenando y se cortó la electricidad —recuerda ella.

—Nuestra primera cena con velas —apunta Alan—. Nuestra primera cena romántica.

—¿Puedes creer que extrañe esas cosas? —Emilia bosteza—. Extraño el ruido y la gente. Acá en Adoración todo es tan sombrío. Y la gente, dioses, maldita gente melindrosa.

—Esos puñeteros pinos ponen de mal humor a cualquiera.

Las últimas palabras de Alan son sucedidas por un alargado y suave bostezo de Emilia. Pronto ella se queda dormida. El perro del lado empieza a ladrar. El bebé despierta llorando. Alan se pone de pie, cuidadosamente, para ver al bebé. Su movimiento hace que, al rato, Emilia despierte.

Horas después, Alan se encuentra deambulando en los pasillos de la clínica. La noche siniestra, manifestando su respiración agitada a través de truenos y relámpagos, resplandece malos pensamientos, inquietantes y lacerantes, como llamas de fuego enarbolándose en las fisuras de cientos de conjeturas flotando en su cerebro.

La ansiedad por salir de ahí y largarse a la ciudad hace que los minutos transcurran con una velocidad diminuta; semejante dilación declaran sus ideas, cuya esencia mordaz, hacen de su guardia un eterno instante de preocupación, en donde una cosa en particular no deja de vagar sobre su alma: en Adoración, las madres matan a sus hijos. Y Emilia está con el bebé, sola en casa.

Con los pelos de punta, da vueltas por el pasillo de la sala de maternidad, trastocando paredes de enormes muros, en cuyas cimas aguarda un maldito demonio de impermeable amarillo que le levanta el dedo del medio, le lanza piedras a la cara y le dice, con voz de lunática mujerzuela ebria, que su esposa matará al pequeño Alan.

Guiado por esa preocupante intuición, se acerca al mesón de maternidad y, asegurándose de que la enfermera de turno duerma en su habitación, enciende la computadora administrativa y se dirige a los registros de niños nacidos en la clínica.

Busca el nombre de las madres registradas en Google y, como un electrochoque en su madrugada vacilante, descubre que la palabra *asesinato* va pegada de igual a igual con el nombre de esas madres, casi como las moscas se pegan a un pedazo de mierda. Y el olor nauseabundo no tarda en impregnar el preludio de ese amanecer.

Ha descubierto que todas las madres que han dado a luz en el pueblo, tarde o temprano, matan a sus hijos. Estén donde estén. Aquello le avisa que huir no es del todo útil.

Se desespera.

Cuando llega a casa, descubre que el mal olor y la desesperación le han acompañado.

—Lo maté —confiesa Emilia.

Alan, bajo la puerta, siente un impetuoso terror. Mira hacia todos lados, sin ser capaz de ver a su hijo.

—¿Qué hiciste, Emilia?

—Lo maté —repite.

Ella se encuentra triste y alterada, pero a la espera. Parece una enfermiza ludópata, borracha y extenuada por una larga noche de juego. Hizo girar la rueda de la fortuna por última vez, y espera, espera, espera y espera.

—Maté a ese condenado perro —confiesa de pronto.

Alan absorbe sus palabras. Una secuencia de malas ideas se adhiere a la repentina oscuridad de saber que su esposa, de manera irracional, había asesinado al animal de la casa del lado. De todos modos, era un alivio. Considerando las circunstancias, era un jodido alivio. La mejor carta que podía lanzar a la mesa.

—¿Dónde está?

—Afuera. En el patio.

Alan sigue a su esposa al patio trasero, no sin antes ver al pequeño Alan dormir tranquilo en su cuna. Llega al patio, se inclina al piso y mira el pequeño perro blanco, tieso sobre el césped. Los ojos sin vida de la mascota del niño de la casa del lado le hacen sentir extraño. Y aterrado. Pero era el precio a pagar por el alivio.

Sin duda, había que pagar por ver.

Oh, nena, menudo susto me hiciste pasar.

La vocecita en su cabeza escucha otra voz. La femenina voz, angustiada y seca, de su esposa.

—Lo envenené, Alan. El condenado perro no dejaba de ladrar. Sus ladridos despertaban al bebé. Yo... lo lamento.

Alan, inclinado en el piso, no sabe qué decir. Aquel acto de su esposa es un mal presagio.

—Quiero que te vayas —dice ella de repente.

—¿Qué? ¿Quieres que me vaya de la casa?

—No. Quiero que te vayas de aquí. Déjame sola un momento.

Oh, nena, menudo susto que me hiciste pasar.

Otra vez.

Doble o nada, como en el póquer.

Se pone de pie y mira a su esposa. Ella parece una rebelde jovencita que ha cometido una travesura, evidentemente salida de control. Él la abraza.

Emilia se deja abrazar. Alan comprende que su esposa se queda sin corazones. Un solo corazón envenenado parece latir detrás de su pecho.

Y esa noche, mientras llueve de modo torrencial, se dedica a investigar. Ha conseguido un libro sobre pinos en la biblioteca local. Pero nada parece ser útil en su interior. Agotado, lo arroja a la chimenea. Mientras ve el fuego, recuerda al conserje. Recuerda que quemar el bosque parece ser la única solución.

52

Varios días en la ciudad. Demasiado ocupado con su devuelto empleo de policía como para pensar en cosas sobre el diablo verde proveniente de Adoración. No obstante, todas las noches, antes de dormir, en su memoria daban vueltas las circunstancias malditas de Adoración. Su pesadilla con Emilia, el asunto del perro envenenado, los bebés asesinados en la clínica y la conversación con la mujer del impermeable amarillo, ocasionaban un tornado de roja materia. No era roja por la sangre nata de los eventos, sino por el fuego. Todas esas malas ideas se canalizaban en el fuego que, el anciano conserje de la clínica, había intentado cometer.

Si quería acabar con la maldición, y esas ideas rojas que conjuraba, debía hacerle caso al anciano. Debía quemar el bosque de pinos.

Motivado por el miedo de la pesadilla, se encontraba viajando hacia Adoración durante la última mañana tormentosa. Pensando en que, si no hacía algo, la incertidumbre le generaría, a lo menos, unos terribles cólicos. Y a lo sumo, la muerte de su hijo.

La pesadilla le recuerda que, en cualquier momento, de cualquier año, la maldición puede activarse en Emilia. En algún cumpleaños, Navidad, paseo de verano; en el momento menos oportuno, lleno de risas y alegría familiar, aplastados de manera espontánea por Emilia, trastornada, tal como la mujer de la sala de incubadoras.

Y bajo su trastorno, su hijo, recientemente asesinado.

Llega a Adoración a eso del mediodía. La tormenta ha amainado hace rato. Por fin Muhammad Ali ha quedado en el esquinero, bebiendo agua y quitándose el sudor con una toalla blanca. Su representante, Jabir Herbert Muhammad le dice: “Muy bien, hijo, le rompiste varios dientes a este pueblo cabrón”. Y en cierto modo, era verdad, varios pinos, debido a los rayos, habían caído al piso. De paso, algunos habían roto techos y convertido en añicos la paz mental de sus moradores.

Piensa en eso, y una sonrisa de mentecato le dice que lo que está haciendo es una completa estupidez. Mira hacia los asientos traseros de su Fiat. Los tres bidones con gasolina que consiguió en la ciudad para quemar los pinos refuerzan esa idea.

Detiene el vehículo en el extremo occidental de la calle más grande de Adoración. Abre la ventanilla y enciende un cigarrillo. El ritual del tabaco se siente caliginoso, como una barrera de humo gris que intenta confundirlo más que apaciguarlo. Enciende la radio. Suena Kansas con “*Dust in the Wind*”. Mientras oye eso de que “somos polvo en el viento”, el humo del cigarrillo se iza frente a sus ojos.

Le sienta mal. Empieza a toser. Lanza el cigarrillo por la ventanilla. Siente un ligero estremecimiento. Es abatido por una sensación de abandono increíblemente poderosa. Como si en la avenida en la que se encuentra flotase, en alguna parte del drenaje, un torcido secreto de negras cualidades. Allá abajo, lejos de los escombros de la tormenta, y pudriéndose en la humedad y las manchas de salitre y excremento, yacen extraños seres de impermeable amarillo que le rinden culto a Satanás.

Pone los ojos en la alcantarilla más cercana y agudiza el oído. Cree oír los susurros de nula benevolencia, discurrir en los rincones oxidados de las cloacas de Adoración. Zumban como avispas. Vaya cosa, cree estar oyendo a un panal de avispas sincronizarse con sus miedos.

Recuerda al viejo conserje muerto de un disparo en el tórax. El mismo viejo que pretendía quemar el bosque. Lo había matado esa mujer de impermeable amarillo que conoció en el bar, y sus seguidores. Sí. Estaba seguro de que esa mujer de la cicatriz tenía seguidores. Ella lideraba una secta satánica. De eso se trataba.

Quita la vista de la alcantarilla. Se concentra en la radio. Ahora suena Sam Cooke con su famosa canción “*A Change Is Gonna Come*”. Las vibraciones tranquilas y la atmósfera de oquedad sin movimientos, de serena esencia de los años sesenta, no hacen efecto. Se pierde por las alcantarillas. Busca refugio en sus ideas. Vuelve a pensar en Muhammad Ali, dándoles puñetazos a esos idiotas adoradores del diablo.

Pero el boxeador se convierte en un mocosito malcriado metiendo las manos donde no debe. Metiendo las manos en el desagüe de una ciudad maldita.

Acabarás con las manos embarradas en mierda, chico listo.

Pero el sarcasmo también se pierde. Se ve a él mismo metiendo las manos donde no debe. Metiendo las manos en un avispero. Y acaba aullando y con la mano llena de irritantes ampollas.

Está en peligro.

Y esa idea no es un presentimiento vacío germinando de las partes bajas de un pueblo de campesinos. Es un eco inconsciente que le avisa que, desde la superficie de Adoración, alguien lo mira. Y ese aviso inconsciente activado en su cerebro está en lo correcto: alguien lo mira. A decir verdad, son dos personas que lo miran. Un pelirrojo con cara de idiota y una mujer con una alargada cicatriz atravesando su cara famélica. Lo miran sin que él sepa.

Alan desciende del vehículo y decide caminar. Necesita aire. Necesita pensar. No camina mucho. No le es grato caminar allí. Menos con el presentimiento de que alguien lo observa. Va hasta una villa, en una zona alta del lado oeste. Una callejuela de carácter abandonado, rodeada por elegantes y viejas casas, le ofrece una novelesca sensación de paz. Hay un grifo amarillo en una esquina, casi como el monumento al umbral de los malos pueblos. Detrás, en el enorme muro que hay del otro lado, cerrando esa calle sin salida, alguien escribió con enormes letras rojas lo siguiente:

*ÚNICO GRIFO DE LA VILLA
CUIDE EL GRIFO. NO MALGASTE EL AGUA
EN CASO DE INCENDIO, EL GRIFO ES LA VELA EN LA
OSCURIDAD.*

Al lado hay pegado un sinnúmero de afiches, en su mayoría de propaganda política dirigidos a la elección de alcaldes y gobernadores que se aproxima. Alcanza a leer cosas como:

*UN VOTO POR MÍ, ES UN VOTO POR TI. SOMOS IGUALES. AMBOS
ADORAMOS ADORACIÓN. AMBOS VOTAMOS POR JIMMY GARCÍA.*

Lee también uno que le provoca una breve sonrisa:

*CUIDÉMONOS DE LOS INCENDIOS.
SI QUIERE MÁS GRIFOS, VOTE POR KATTY SADE.*

Con las manos en los bolsillos, sigue mirando el muro. Hay un diminuto mensaje de amor en el costado izquierdo:

JOSEFA Y ALONSO, POR TODA LA ETERNIDAD.

Más abajo, con una letra diferente, alguien garabateó:

JOSEFA, QUIEN ADORA EL SEXO ORAL.

Se devuelve, cansado de leer. Da con el letrero rojo de Coca-Cola. La entrada a un negocio de barrio, pequeño y de aspecto huraño. No desea entrar, pero la publicidad y el estrés hacen lo suyo. Descubre que su garganta anhela una bebida azucarada.

Detrás de un mostrador bajo y desgastado se levanta una reja antiasalto. Del otro lado de los delgados barrotes aguarda un anciano taciturno y canoso, de barriga prominente y espalda torcida. Detrás de esos barrotes, parece un trol encerrado. A Alan no le parece buena idea molestarlo por una lata de Coca, pero el viejo, apenas lo ve entrar, levanta las cejas en gesto de desconfianza.

—¿Qué quieres? —pregunta con aspereza.

Alan apunta la máquina de bebidas que vibra al lado del anciano.

—Una lata de Coca.

—Mil quinientos.

—¿Por una lata?

—Esto es la villa San Rafael, hijo. Tenemos un grifo exclusivo para nosotros. Aquí no nos andamos con monedas.

Le entrega el dinero de mala gana y recibe a cambio una lata fría. Le sorprende que esté tan helada. Abre el anillo y bebe. Siente los murmullos del viejo detrás. Lo ignora. Vuelve al exterior. Nota, en el muro, un nuevo mensaje. Las enormes letras negras y el feo mensaje que manifiesta, no estaban. Está seguro de eso.

DIOS SIEMPRE TE ABANDONA. EL DIABLO, JAMÁS.

Un mal momento se apodera de él. La sensación de estar siendo observado se vuelve mayúscula. Se hace necesario mirar hacia todos lados. Nadie. Luego palpa la pistola al costado de su pantalón, y oculta gracias a su sudadera. Eso lo hace sentir un poco más aliviado.

Si hueles problemas, le decía su jefe en la estación de Policía, haz que ellos huelan la pólvora. Nunca había seguido los consejos de sus violentos jefes. Y ese día no sería la excepción. No hay nadie cerca, por cierto, para enseñarle la pólvora. Y andar con pistola en mano en medio de un pueblo de lunáticos no le resulta alentador.

Mira el grifo amarillo con desidia. Finalmente, lo mira como un solitario marino mirando un faro en medio de un mar tormentoso. Busca respuestas. No las halla. Solo halla la boba sensación de sentirse un tío muy metafórico y romántico. Mira su Coca-Cola. Le da un largo sorbo. Siente el gas

inflamar su garganta. Eructa. Satisfecho, lanza la lata casi vacía al tacho de basura más cercano. Está seguro de que, al igual que el grifo, es el único basurero de la villa.

Vuelve al vehículo. Saca el celular. Investiga un poco sobre Adoración. La idea de ir hasta la biblioteca le resulta espantosa. Todo lo que implique divagar en ese pueblo es espantoso. Y, como sea, nunca ha sido un buen lector.

Somos hombres de armas, no de libros.

Ese era otro consejo de alguno de sus jefes policiales.

No recordaba de quién. Pero estaba seguro de haberlo oído en la estación.

Finalmente, recurre al todopoderoso internet. Le queda poca batería. Pero es suficiente. Va al apartado de historia. Lee desde los zupatecas hasta la actualidad. Nada más que historias relacionadas con la vieja forestal de los Garretsen.

Enciende un nuevo cigarro. Busca ahora la palabra *Adoración* en la sección de noticias del buscador. Descubre, entre caladas cada vez más largas de tabaco, cómo las noticias sobre madres asesinas se repiten. También aparecen, en los últimos años, varias noticias, reportajes y afiches de “se busca” sobre mujeres embarazadas y madres extraviadas en Adoración o en las cercanías.

Alan frunce el ceño. Siente un rugir en las tripas. El hambre hace que nos humillemos. No divisa ningún otro negocio cerca. Vuelve donde el trol tras los barrotes. Sale de ahí casi disparado. Vuelve con unas galletas. Por el precio, piensa que están bañadas en oro. Una crema de mala calidad que se adhiere a sus encías le dice que no.

Sigue investigando. Lee sobre la historia de la clínica. Sobre la historia de la forestal. Sobre las exportaciones de madera, torres de aserrín, los monocultivos, detractores ambientalistas y zupatecas. Lee sin un objetivo claro, solo en búsqueda de algo que le motive a encender el fuego. Algo que lo motive a ser un pirómano. Algo que lo motive, además, a cometer un delito que le haría una vez más perder su empleo. Y acabar en la cárcel. Conoce un consejo para eso también.

No lo hagas. No es una buena idea.

O un *vuelve a casa*, que es casi lo mismo.

Pero volver a casa implica todas las preocupaciones que rondan el temor de ver a su hijo muerto en manos de Emilia. Entonces sigue leyendo. Lee y

fuma, como el más intelectual. Se inmiscuye en una página de historia indígena. Lee con detalle, otra vez, las características de los zupatecas. Su cosmovisión y rituales le hacen detenerse. La palabra *Iparika*, que al principio no parece tener mayor sentido, termina siendo el nudo que amarra todas las preocupaciones en sus pies. Fuma un nuevo cigarro. Bebe grandes bocanadas del aire intrigante de la tarde. Saca sus propias conclusiones. Quemarlo, termina. Quemarlo es lo mejor que puede hacer.

Abre la puerta trasera del vehículo. Les da unos golpecitos a los bidones de gasolina. Se muerde los labios. Se siente frustrado. Tiene un tonto impulso de darle un golpe al vehículo. Agita la cabeza. Sus ojos dan con un tipo pelirrojo que, en la calle del frente, parece vigilarlo. Finge no verlo. Pone los ojos en el cristal del Fiat. No se equivoca. Aquel sujeto lo mira.

Decide caminar unas cuadradas para comprobar sus ideas. Las calles se encuentran despobladas, abúlicas y completamente alejadas de su inquietud. De la persecución sigilosa que discurre en sus rincones, Adoración y los paletos que viven dentro ni se han enterado. Le parece caminar por la maqueta de un sitio macabro, manipulado por una tonta mujer de impermeable amarillo. Aquella idea le da escalofríos. Se detiene en seco y mira rápidamente para atrás. Nadie. Pero ha oído los pasos. Sabe que alguien anda cerca.

Sigue caminando. Sus palpitaciones aumentan. Su ritmo cardíaco ha aumentado por sobre lo normal. La constante repetición de sus latidos, como pasos de un maratónico desfile militar, aplastando sus botas sobre su corazón, mientras entonan el desesperante y ahogado grito de guerra llamado taquicardia.

Se detiene, entonces, frente a la tienda de instrumentos musicales. El pelirrojo por la calle de enfrente. Finge hablar por celular. Alan se gira, con las manos en su pistola oculta tras su pantalón. El pelirrojo saca el revólver...

Alan, luego de perderlo de vista, lo vuelve a ver, escondido detrás de un auto. Va a disparar. Pero debe ampliar el campo visual. Rodea con cuidado el basurero. Piensa en eso: Adoración es un enorme basurero. Dentro, comiendo basura como ratas, la mujer de amarillo y el idiota pelirrojo que, está seguro, es uno de sus seguidores.

Nervioso, piensa en el muro de la villa San Rafael y en sus frases. Muchas dan vueltas en su cabeza. De pronto siente que alguien está detrás. No

alcanza a disparar. Mucho menos a voltearse. Ve la sombra proyectarse en la acera. Luego siente el paño y el olor a cloroformo ingresar por sus orificios nasales. Alcanza a pensar en una frase. Una frase conocida: “En Adoración adoramos joderte, forastero idiota”. Luego todo se vuelve negro.

53

Cuando despierta, descubre que le han jodido de veras. Se encuentra amordazado. Las botas que trotaban sobre su corazón ahora parecen detenidas en su cerebro. Una jaqueca de los mil demonios le dice que lleva bastante tiempo bajo los efectos del cloroformo.

Despierta desorientado y con unas horribles ganas de mear. La vejiga le arde. Tiene la impresión de que el trol del negocio de la villa se encuentra presionándole los testículos, al tiempo que le recuerda que eso de tomar bebidas azucaradas es la mayor insensatez de los tiempos modernos.

Mira hacia todos lados. Está solo. Se encuentra sentado, apoyado en la pared de cemento de una pequeña bodega con olor a polvo. Una cinta de plástico anuda sus manos. Una luz artificial de un desagradable y potente amarillo ácido le incomoda la vista y aumenta su jaqueca. Le recuerda a esos familiares momentos del día en que preparaba las ensaladas y el jugo de limón salpicaba a sus ojos.

Aquel tonto pensamiento le hace entender lo solo que está. Y que, por supuesto, está en problemas.

Y está que se mea encima. Mearse en los pantalones no le parece divertido. Pero sacar su pene en un sitio hostil, mucho menos. Calibra sus opciones. Finalmente, y con la dificultad de tener las manos amarradas, se pone de pie, se abre la bragueta del pantalón y orina sobre el suelo. Un suspiro de emoción queda atorado tras la cinta que cubre su boca.

Oye pasos acercándose. Se apresura en ocultar su pene. La idea de verse desnudo frente a sus secuestradores tampoco le parece divertido.

“Oh, miren, muchachos, me estoy corriendo una paja de la emoción”.

Intenta sonreír. Descubre que tira. Finalmente, tiene su pene bien oculto. Andarlo mostrando por todas partes también le parece una insensatez de los tiempos modernos. La puerta metálica, que acaba de ver, se abre. Deja de pensar tonterías.

El tipo de pelo rojo y cara de idiota, junto a otro tipo de semblante más duro, de ojos verdes y tan alto como la tilde de bravucón que lleva encima,

lo arrastran por los brazos a través de un estrecho pasillo con olor acre y papel mural podrido.

Lo conducen hasta una bodega polvorienta, iluminada por una ampolleta que cuelga de un alto techo de metal. Hay un grupo de gente, en su mayoría mujeres, apiñadas en el centro. En las paredes de madera yacen varios artículos de una ferretería. Alcanza a notar herramientas oxidadas, diversos tipos de pegamentos y decenas de pilares de fierro y tablas de hormigón.

Se pregunta qué clase de cosa estarán construyendo esos tipos. También se pregunta dónde diablos está.

Y si le harán daño.

Claro, hijo, en Adoración adoramos hacerte daño.

El muro en su cabeza se derrumba cuando es arrojado al suelo. Cae de rodillas. Siente la pistola de pelirrojo en su cabeza. A su costado derecho yace la multitud de individuos. Expectantes.

A su costado izquierdo se encuentra, sobre un escenario, la mujer de la cicatriz. Viste un vestido blanco cubierto de tulipanes amarillos, rosados y rojos. A pesar de ese aspecto ingenuo y amoroso, sus pies descalzos, la cicatriz en su cara y su pelo negro tomado hacia atrás y con un largo mechón cayéndole sobre la frente, le dan el aspecto de bruja lunática con una inclinación enfermiza por jugar con el demonio.

Adoración es el pueblo maldito, y ella es quien lo gobierna.

Alan escucha un llanto. Ve, del otro lado del escenario, y conducidos por el alto tipo de ojos verdes, a Emilia. En sus brazos, y completamente alterado, su pequeño bebé.

Alan se sacude. Intenta ponerse de pie. Pelirrojo lo sujeta de la solapa de su camisa y le saca el seguro al arma.

—No te mueves o te volaré los sesos.

Su voz es tonta, como la de un crío púbero. Que, por cierto, no se lava los dientes. Su aliento huele a desayuno de huevos revueltos y jugo de naranja.

Su impaciencia comienza a dirigirse a un cúmulo de aire cargado, asfixiante, sobre su lengua. Siente que se ahoga. Y suda. Dios, jamás había sudado tanto.

El hombre de ojos verdes le hace un gesto a Emilia para que suba al escenario. Ella le hace caso. Él la sigue. Se queda al lado de Lidia, quien estira los brazos y coge al bebé.

—No le hagas daño —suplica.

Alan nota lo enrojecida que está Emilia. Sus manos tiritan y sus piernas flaquean. No parece poder sostenerse en pie por mucho tiempo más.

—Eres tú la que le hará daño algún día —dice Lidia con perturbador tono profético.

Emilia niega con la cabeza. Parece querer llorar. Alan siente un avasallador deseo de ir a abrazarla. A ella y al bebé.

—Algún día, tarde o temprano, matarás a tu bebé.

Lidia se gira hacia la audiencia.

—¡Algún día! ¡Tarde o temprano! ¡El diablo le hablará!

Alan siente los ojos de su esposa encima. Él, de rodillas, completamente dominado y avergonzado, no se atreve a mirarla.

—En Adoración los hijos no crecen —continúa Lidia—. En Adoración los hijos mueren. Nada más.

—Nos iremos —dice Emilia—. Nos iremos de su pueblo. Lo juro. Nos iremos de aquí.

—Diste a luz aquí, querida. La maldición ya crece en tu interior. Donde sea que estés, no importa el lugar ni el tiempo, la voz del diablo ya germina del otro lado de tu conciencia. Algún día la oirás. —Mira al bebé con preocupación—. Y este pobre chico morirá.

—No.

Es la única palabra que escapa de la boca de Emilia.

Parece tan indefensa. Alan siente su ternura y su confusión explayándose sobre ese escenario, como una colegiala en la obra de teatro de la escuela. Es la protagonista, pero, fea cosa, ha olvidado sus líneas.

Y el pánico la absorbe, del otro lado de sus decenas de pecas que bordean su mirada afable. Pide ayuda a la audiencia. Pide ayuda a Alan.

Alan tiene el tonto arrebató nostálgico que le ofrece su memoria. Recuerda cuando la conoció. De eso, hace casi siete años. Era igual de tierna. La conoció en una cafetería, mientras leía la novela *De aquí a la eternidad*, de James Jones. Vaya si era la cosa más tierna que había visto en su vida.

Y cuando ella dormía en sus brazos y él le contaba las pecas de su cara. Eran veinticuatro. Veinticuatro puntitos anaranjados atravesando su piel pálida. Arrinconando su amable nariz y cubriendo sus mejillas sexys con una multitud de estrellitas de lo más hermosas. Y tiernas. Muy tiernas.

Y su memoria le ofrece llanto. Pero no lo hace. Se agita. Siente el cañón de la pistola enfriando su nuca. A la mierda. Desobedece el miedo. Intenta hablar. Sus palabras quedan atoradas detrás de la mordaza.

Lidia se gira hacia él.

—Tú querías quemar el bosque. Quemar mi casa. La casa del diablo. Maldito, hijo de perra, querías quemar nuestro hogar. —Mira brevemente a la multitud. Luego vuelve donde Alan—. Debería matarte. Pero, en vez de eso, te ayudaré. Y ayudaré a este bebé. Lo ayudaré a sobrevivir.

Lidia mira al tipo de ojos verdes, quien se acerca a Emilia.

Alan se sacude con más fuerza. Entiende lo que está a punto de suceder.

Lidia mira a pelirrojo.

—Sácale la mordaza. Déjalo que hable.

Y su seguidor hace caso.

Alan traga saliva. Tiene una oportunidad de hablar. Tiene muchas palabras para decir. Sobre todo, esas con la palabra *perra* como protagonista. Pero decide no malgastar el aire. Ni el tiempo. Mucho menos poner en peligro a su familia.

—Déjanos ir, Lidia —suplica—. Déjanos ir. Yo cuidaré a ambos. Cuidaré a mi hijo y a mi esposa. Jamás volveré a este pueblo —al decir eso último, siente una sensación de honestidad sobrecogedora. Jamás, ni por un millón de dólares, volvería a poner un pie en ese pueblo atorado en pinos—. Déjanos ir. Por favor.

—Pensé que me darías las gracias —dice Lidia, decepcionada. Luego pone los ojos en sus súbditos, que aguardan con extraña calma, al fondo de la gran bodega polvorienta—. Satanás me habla. Me hace ver cosas. La maldición se extenderá en el mundo entero. Y con ella, nosotros. Seremos los profetas de su culto. —Mira a Alan con la típica acritud de los habitantes del pueblo—. Pronto, todas las madres matarán a sus hijos en todo el planeta. Dios nos ha abandonado, pero el diablo, jamás.

—Loca —dice Emilia.

Y Alan masculla lo mismo, pero en voz baja.

—Loca.

Lidia mira a Alan con las cejas en alto.

—Debería dejar que esta mujer se una a nosotros. Dejar que mate a su hijo.

—Jamás haré eso —explica Emilia.

—Tienes razón —termina Lidia.

Mira al tipo de ojos verdes. Este levanta la pistola y apunta a Emilia. Le dispara desde atrás. La bala atraviesa su cabeza. La esposa de Alan cae de cara al piso. Una nubecilla de polvo se levanta alrededor de su cuerpo.

—He salvado a tu hijo —le dice Lidia—. Lo he salvado de morir, en un futuro, en manos de su madre. El desperfecto se acerca, pero yo lo he rescatado. Necesito gente. Así que, en recompensa, ahora tu hijo es mío.

—¿Lo mato? —pregunta el pelirrojo.

—No hace falta —responde Lidia—. Debe darse cuenta de lo que significa perder tu mundo y ser juzgado como un loco. Es lo que él hizo conmigo hace años. Ahora se da vuelta el asunto.

Alan no escucha. Ha perdido a su hijo. Lo sabe. Y a Emilia. Escucha el llanto del primero, incesante sobre el ambiente. Bajo este, de cara sobre maderas podridas, el rostro de Emilia. No lo logra ver. No lo logrará ver nunca más. La sangre discurre por los cabellos de ella y gotea bajo el escenario. Los puntitos rojos se acumulan allí. Uno tras otro.

CAPÍTULO SEIS

FUEGO

54

—¿Cuál es el plan? —pregunta Joanna.

—Conseguir gasolina —responde Ingrid.

—No necesitamos tanta —explica Alan—. En la maderera de la empresa forestal hay camiones con gasolina, torres de madera astillada y aserrín. Eso arderá con velocidad. Además, la hacienda de Lidia y los suyos está a menos de un kilómetro de la forestal. Esa maldita lunática es la hija del dueño.

—Primero debemos ir ahí —dilucida Joanna—. Recuperar a las niñas y...

—Mira a Alan con camaradería—. A tu familia.

—Ese lugar es amplio, y es fácil escabullirse entremedio —dice él—. Pero hay guardias. Esos jodidos adoradores del diablo están bien armados.

—Nosotros también. —Ingrid apoya su mano derecha sobre su pistola.

El arma resplandece bajo el sol. La madre de Loreto la guarda de inmediato, al tiempo que se acercan a la gasolinera más cercana. Parece desierta.

Alan e Ingrid caminan con determinación. Joanna, detrás, mueve las piernas a la misma velocidad que las de su sobrina. Camila va despacio. Y va silenciosa.

—No tengas miedo —dice Joanna.

—Pensé que no volvería a verla, tía. Ni a usted ni a nadie.

—Tranquila. Ya estamos juntas. Ahora iremos por tu hermana.

—En el orfanato vi a varios padres llevarse a sus hijas. Incluso vi a Alicia y su hermana reencontrarse con su padre. Parecían muy felices.

—Yo también las vi. Y, sí, estaban felices.

—¿Cuándo veremos a papá?

Joanna siente un nudo en la garganta.

—Pronto, Camila. Recuperaremos a tu hermana. A tu madre. Y también a tu padre.

La niña la abraza.

—Debemos apurarnos —le dice Alan apenas la ve pisar la estación de servicio. No parece haber nadie en este lugar, pero esos adoradores pueden

estar cerca. Vigilantes.

Joanna se ve obligada a mirar en derredor. Las calles desoladas y tambaleantes bajo el sol de verano no parecen más que un cementerio lleno de soleras vacías. Pero de ecos sugestivos. Sí, Alan tiene razón. Ellos pueden estar cerca.

—Cinco bidones de cinco litros cada uno —anuncia Ingrid.

Se encuentra parada en una esquina de la estación de servicio. Hay, en efecto, cinco bidones plásticos de color azul, uno sobre otro, en una canasta. Sobre ellos, un cartel.

BIDÓN DE BENCINA/5LT. A \$5.000 C/U.

POR LA COMPRA DE UNO, LLEVE GRATIS UN EMBUDO.

CORTESÍA DE COPEC MIDWEST.

AQUÍ ADORAMOS QUE TE MUEVAS RÁPIDO.

—Será suficiente —dice Alan mientras comienza a sacarlos.

Los llenan.

De pronto, todos se quedan mirando.

—No tenemos auto —anuncia Ingrid.

—¿Alguien tiene fuego? —pregunta Joanna.

Los tres adultos revisan sus bolsillos. Los tres niegan con la cabeza. Y los tres se sienten de lo más estúpidos.

—Iré por encendedor —resuelve Joanna mientras apunta hacia el local de abastecimiento de Copec Midwest. Se vuelve a Camila—. Acompáñame.

La niña la sigue.

Abre la puerta de vidrio. El local es pequeño y está vacío. En el centro del mostrador hay una caja con encendedores, justo a un costado de la máquina de Redbanc. Toma la caja completa. Tiene el tonto deseo de darse la vuelta, abrir la caja registradora y coger todos los billetes. Camila, como si leyera su mente, la toma del brazo.

—Tía, ¿puedo llevarme uno de estos?

Su sobrina apunta la bandeja de dulces de chocolate. El índice de su mano derecha yace sobre un paquete de M&M.

Joanna sonríe.

—Saca los que quieras. Llévale uno a tu hermana. Se pondrá feliz.

La niña le hace caso.

—Saca un *brownie* si quieres —agrega Joanna—. Es bueno que te alimentes. De seguro estás hambrienta.

—No. Los soldados nos alimentaron. Aunque no tenía hambre, me obligaron a comer.

Joanna alarga la mano y coge un paquete de *brownie* de chocolate con almendras.

—Yo sí tengo hambre.

Luego alza la mirada y ve la cámara de seguridad apuntándole.

Joanna sonríe majaderamente. Luego levanta el dedo del medio a la cámara. Se vuelve hacia la entrada. Nota que los bidones de gasolina se encuentran en el piso. Abandonados. Ingrid y Alan están ocultos detrás de una bomba de gasolina.

Joanna, alertada, escudriña las calles. Ve pasar un camión militar lentamente por la avenida lateral. El soldado que va de copiloto mira hacia la bencinera. Parece mirar hacia Joanna. Cree que la ha visto. Las miradas se cruzan. Pero ha sido impresión suya. El camión continúa su marcha, sin detenerse, hasta desaparecer calle abajo.

—Debemos conseguir un auto —dice al reunirse con los demás—. Es peligroso seguir deambulando en este pueblo.

—Iré a buscar uno. —Alan mira a Joanna—. Regresaré por ustedes.

—Por ningún motivo. Debemos estar juntos.

—Joanna tiene razón —señala Ingrid—. Debemos estar juntos.

—Está bien.

Con los bidones en las manos, se alejan de la gasolinera. Atraviesan la calle hasta llegar a la del frente. Un grupo de gorriones sobre el tendido eléctrico vigila su aventura con extrema quietud.

—Allí. —Joanna apunta a una Ford Explorer de color blanco y vidrios polarizados que aguarda al final de la calle.

Está cerrada. Ingrid se inclina al piso en busca de una piedra. Coge una. Hace ademán de romper el vidrio de la puerta del conductor. Joanna la detiene.

—¿Alguien sabe hacer andar un auto sin su llave?

Un *no* angustiante se desparrama en el aire.

—No sacas nada, entonces, con romper el vidrio. Si está con seguro, es prácticamente imposible que dentro estén las llaves.

—No perdemos nada con intentarlo —dice Ingrid con los ojos puestos en Joanna.

—El ruido del impacto, más el ruido de la alarma, llamará la atención. Debemos pasar desapercibidos.

—No parece haber gente en este pueblo.

—Pero los hay —sisea Joanna—. Ocultos dentro de sus casas.

—¿Qué haremos? —Ingrid mira a su alrededor—. No parece haber autos cerca.

—Caminaremos —sugiere Camila.

—Caminar en Adoración es mala idea —murmura Ingrid—. Con el peso de estos bidones y con este sol, creo que es mala idea, de verdad.

—En la ciudad, debido al pánico por el desperfecto, era fácil encontrar autos abandonados y con las puertas abiertas —dice Joanna—. Pero en Adoración no hubo mucho pánico. La gente aquí no tiene hijos.

—Hay que caminar —insiste Camila.

—Tal vez no sea necesario —dice Alan.

Mira hacia el poniente. Allá, con la puerta del conductor abierta, y estacionada frente al pilar principal de una librería cerrada, hay una patrulla policial. Tiene los focos delanteros trizados.

—Es de la ciudad —apunta Alan.

Caminan hacia el vehículo policial.

—Lo conozco —dice Joanna a metros de la patrulla—. Buscaba a su hija. Era alumna mía. Me regaló un arma. Era un buen poli.

Gotas de sangre seca se esparcen cerca de la puerta abierta.

Alan se gira. Joanna entiende la situación. El poli está muerto. Y, a pesar de que el mundo parece una mierda sangrienta, nunca es bueno que una niña vea cadáveres.

—Encenderé el auto y me daré la vuelta —declara Alan—. Espérenme aquí.

—¿Crees que sigan vivas? —le susurra Ingrid.

Joanna acaricia el cabello de Camila.

—Sí.

—Estaba saliendo de Adoración —se lamenta Ingrid—. Después de vagar por el bosque, por fin había recuperado a Loreto. Estábamos dejando atrás toda esta mierda. Pero esos hijos de puta estaban en medio de la autopista. Se llevaron a mi hija. Loreto ha sufrido bastante. Es una huérfana que vivió dos años en un orfanato. Desde que la adopté, hemos formado un vínculo especial. No puedo vivir sin ella.

—Descuida —dice Joanna—. La recuperas.

—Mataré a esa mujer. A la mujer de la cicatriz. La mataré por haber secuestrado a mi hija. ¿Puede creerlo, profesora? Se la llevaron para formar parte de una secta satánica. Para formar parte de su mundo siniestro.

Joanna no sabe qué decir.

Siente que la patrulla se acerca. Alan la detiene frente a ellas. Desciende y las ayuda a cargar los bidones. Su carácter pronto se endurece.

—Mierda —farfulla. Saca la pistola—. Atrás —ordena.

Joanna y las demás hacen caso. Se parapetan detrás del vehículo policial. Alan apunta hacia la calle contigua. Se oyen pasos acercándose. Y se acercan con velocidad. Como si alguien diera largas zancadas. Alan abre el seguro. Acaricia el gatillo.

Emerge un jovencito de distraído semblante. Tiene la cara blanca quemada por el sol. Su enorme frente está rodeada por rastros de viruela. Un pelo corto de color castaño le da un bobo toque de infantilismo.

—Levanta las manos —dice Alan.

—Tranquilo, amigo, no tengo más arma que la palabra de Dios.

Acto seguido, sacude una Biblia negra que sostiene en su mano.

—Levanta las manos —repite Alan.

El chico hace caso.

—Solo quería invitarte a la iglesia. Hay una reunión excepcional por todo lo que está pasando en el mundo. Está el alcalde y un montón de gente distinguida.

—Vete.

—Es buen momento para hablar de Dios. No hay televisión ni internet. Es buen momento para comunicarnos con nosotros mismos. —El chico sonríe. Tiene los dientes con frenillos—. No necesitamos señal para hablar con Dios. Solo fe, amigo. Es la única frecuencia: fe. Nada más que fe.

—Vete o te dispararé.

—¿Eres de la ciudad? Las madres han matado a sus hijos, ¿verdad? Está pasando. El gran secreto de Adoración ha discurrido por el mundo, tal como nuestro pastor lo ha señalado. Es el juicio final. Debemos estar juntos, amigos.

El joven comienza a acercarse con imprudencia.

—Vamos, no tengas miedo. Dios ayudará a sus...

No alcanza a terminar. Alan le da un golpe con la pistola en la cabeza. El chico cae al suelo. La Biblia cae a unos centímetros de su cuerpo. Encolerizado, Alan comienza a darle puntapiés. El chico chilla de dolor. Pero no se detiene. Se siente bien. Se siente demasiado bien.

Joanna lo obliga a detenerse.

—Ya basta. Debemos irnos.

—Malditos fanáticos. Santo cielo —termina—. Este pueblo es un dolor de cabeza.

Alan sube al auto. Pone las manos en el volante. Pisa el freno. Suelta el freno de mano, pisa el embrague y pone primera. Acelera. Tiene un deseo incontrolable por pasarle por encima al chico.

No tardan en pasar por la plaza de Adoración. Se apiña un grupo considerable de gente. Bajo la cúpula de madera que se alza en el centro, hay un tipo gritando cosas de la Biblia. Sobre ese capítulo llamado *apocalipsis*.

Se alejan del pueblo. Se adentran en la autopista. No tardan en tomar el primer acceso a mano derecha. Un camino de tierra los introduce, poco a poco, en el corazón del bosque de pinos. Las colinas gemelas, a lo lejos, aguardan con soberbia grandeza.

—La frecuencia está dañada —menciona Alan—. Las radios de los guardias no funcionan. Si los burlamos, podremos introducirnos en su granja. Recuerdo, cuando estuve allí, que las mujeres que trabajan en las cosechas no van armadas. Una de ustedes puede dormir a alguna, quitarle su uniforme de granjera y, fingiendo trasladar alimentos, infiltrarse en la casa principal y buscar a las chicas.

—¿Por qué una de nosotras? —pregunta Ingrid desde el asiento del copiloto.

—Una de ustedes debe quedarse en la entrada, con el auto y Camila, aguardando por nuestro regreso. Hay autos en esa hacienda. Debemos tener el escape listo.

—¿Qué hay de ti? —pregunta Joanna.

—Mientras una de ustedes busca en la casa, yo buscaré en sus bodegas. Son más pequeñas y pasaré desapercibido. Quien encuentre a los nuestros debe volver a la patrulla y esperar al otro. Si no llega en unos minutos, supongo que es porque ha muerto.

—Suen a un mal plan —se queja Ingrid.

—No parece sencillo —se lamenta Joanna.

—Lo sé. Pero entrar disparando como vaqueros del lejano Oeste no me suena sensato. No solo pondremos en peligro nuestras vidas. También la de los nuestros.

—Si logro ponerme el traje de granjera —concede Joanna—, tal vez pueda infiltrarme. Tal vez pueda traer de vuelta a las chicas. —Mira a Ingrid—. Tú cuida a Camila. Y yo traeré de vuelta a tu hija.

Ingrid parece querer quejarse. Finalmente, no lo hace.

—Está bien —dice.

—Hace calor —agrega Alan—. Seguramente habrá sombreros. Servirán para ocultar tu rostro. Venga —termina diciendo—. El plan va a funcionar.

Joanna quiere creer. Observa los pinos alzarse a los costados de la patrulla policial. Siente que el bosque se la traga. La absorbe. Siente un fuerte terror mezclándose con su ansiedad. A medida que Alan acelera, los pinos se difuminan, convirtiéndose en una mancha verdosa y triangular, colapsando todos los rincones de sus sentimientos. Los neumáticos, desde el suelo sin pavimentar, levantan nubes y nubes de polvo.

Camila no quiere quedarse con Ingrid. Joanna no tiene capacidad de serenar a la niña. Para su fortuna, Ingrid lo hace. La niña calla. Pero no parece convencida.

Alan detiene la marcha. El sendero de tierra se ensancha y se abre hacia la izquierda. La maraña de pinos desaparece por un espacio lo suficientemente ancho para que pasen tres camiones, uno al lado del otro.

—El acceso a la forestal —advierde Alan—. Y el acceso a la hacienda de los Garretsen. El asentamiento de Lidia y los suyos. Desde aquí es mejor seguir a pie.

—Los esperaré aquí —dice Ingrid.

La mujer tampoco parece muy convencida.

—Tía Joanna —dice Camila—. No quiero que se vaya.

—Descuida, pequeña —dice Alan. Apunta al acceso que conduce a la forestal—. No más de cuarenta metros nos separan de la hacienda de Lidia. No nos alejaremos. Estaremos aquí a la vuelta.

—Sé valiente —añade Ingrid—. Todos debemos serlo. Aquí las dos vigilaremos las cercanías, ¿vale? Para que tu tía pueda traer de vuelta a tu hermana. Y a mi hija.

—No tardaré, Camila. Te lo prometo.

Camila abraza a su tía.

—Está bien —dice a regañadientes. Se apresura en buscar en los bolsillos de su pantalón. Saca el M&M de su hermana—. ¿Puedes llevárselo a Elizabeth?

—Tú se lo darás. Créeme, Camila, regresaré con tu hermana.

Al rato, Alan y ella se alejan por el acceso. Frente a ellos, más cerca que nunca, las colinas gemelas parecen mirarlos. Parecen alimentarse de sus secretos. De sus planes.

Los mastican, una y otra vez, hasta hacerlos desaparecer.

Y un negro pesimismo se apodera de ambos.

55

—Eras policía —le recuerda Joanna—. ¿Por qué lo dejaste?

—No lo dejé. Me dieron de baja.

—¿Por qué? Digo, si quieres contármelo.

—Drogas —responde Alan con una ligera vergüenza—. Me volví adicto a la cocaína. Y bueno, al alcohol también. Pero fue la droga la que me jodió. Fue la maldita cocaína la que me hizo perder mi empleo.

—Lamento oírlo.

—Lo superé —dice con triunfal orgullo—. Recibí ayuda. El capitán del departamento me estimaba. Lo presionaron de arriba para que me dieran de baja. No tuvo de otra. Pero no dejó de ayudarme. Me ofreció tratamiento gratuito en la mejor clínica del país. Y, además, me consiguió trabajo de guardia en Adoración con un sueldo similar al de policía. —Alan ahoga una sonrisa—. El capitán tenía influencias en la región.

—¿Cómo fue que supieron lo de tu adicción? Me refiero a los de arriba. Si el capitán te estimaba, no creo que les haya dicho de tu situación.

—La coca afectó mi trabajo. Maté a un hombre a golpes.

Un repentino silencio circunda el sendero. Esa extraña confesión genera una perversa incomodidad. Joanna lo mira a los ojos, pero su miedo se esfuma. En la mirada de aquel hombre no parece haber nada malo. Solo recuerdos.

—No maté a una buena persona. Maté a un criminal abusador de mujeres. Antes de conocer a mi esposa, estaba enamorado de una colega del departamento. Se llamaba Martina. Pero ya sabes, era de esas cosas que nunca iban a pasar. No era mutuo. De todos modos, me agradaba. Y con los años, la quería como si fuese mi hermana.

—Su esposo la mató, ¿no? —pregunta Joanna.

—Ellos se estaban divorciando. En el departamento todos la apoyábamos y queríamos. Le decíamos que era la persona más tierna que ha cargado una pistola en su cintura. Le decíamos que debía dejar a ese pedazo de mierda antes de que fuera tarde. Pero qué va, el maldito la secuestró cuando ella volvía a casa. Luego la violó y después la mató a golpes.

Alan sorbe por la nariz. Traga aire. Le sabe mal. Le sabe angustiante. Una lágrima cae de su ojo.

—La encontraron dentro de un basurero —continúa—. Estaba llena de hematomas. Casi irreconocible. Y el maldito había desaparecido. Un mes buscándolo. Un mes horrible en que la droga y el alcohol no me dejaron en paz. Pero no dejé de buscarlo. Lo encontré oculto en una bodega abandonada en las afueras de la ciudad. Lo maté a golpes, Joanna. La cocaína me obligó a hacerlo. Se sentía genial. Se sentía genial golpearlo.

Joanna nuevamente no sabe qué decir. Se da cuenta de que hubiera preferido no hablar. Nunca fue buena con eso de las palabras de ánimo. Para su fortuna, Alan vuelve a hablar.

—Emilia me apoyó en todo. Mi esposa nunca me dejó solo. Ella me amaba. Dios santo, me amaba demasiado.

—La recuperaremos —suelta Joanna.

—Lo siento, pero mentí. Esos adoradores del diablo solo tienen a mi hijo. Mi esposa murió. Ellos la mataron.

Y la cara de Alan no soporta el acceso de lágrimas. No lo puede evitar. Llorar. Detiene sus pasos y llora como un crío. Joanna le da un golpecito en el hombro y después lo abraza. Solo dura un par de segundos. Él se la quita de encima con una ligera vergüenza. Hace un esfuerzo por dejar de llorar. Lo logra.

—Estuve vagando varios días en este lugar después de eso. Intenté recuperar a mi hijo, pero fue imposible. Quise quemar el bosque, pero eso suponía, de una u otra forma, asesinar a mi hijo. Finalmente, moviendo las piernas entremedio de los pinos, di con la casona amarilla de la zona de *camping*. Me quedé allí un tiempo. Recuerdo que había una libreta. Escribí lo sucedido. Luego fui a la Policía. Busqué ayuda en el departamento, pero no solo denuncié la muerte de mi esposa y el secuestro de mi hijo. Estaba tan alterado, que cometí el error de mencionar la maldición del bosque y,

bueno, la conclusión fue obvia: el pobre oficial Alan ha vuelto a meterse polvo blanco en el cerebro.

—¿Ellos te internaron en la clínica de Adoración?

—No. Lo hice yo mismo. Era el mejor sitio donde estar. Pasé tanto tiempo entre esos locos, que hasta me convencí de estarlo. Gracias a ti, pude recuperar mi cordura. Y recuperar las ganas de volver aquí. Quemar el bosque y recuperar a mi hijo. Acabar de una vez por todas con esta mierda.

—Yo también debo darte las gracias —dice Joanna—. Si no hubiera sido por esa libreta, estaría perdida. Yo vi morir a casi todas mis alumnas, Alan. Y vi a mi hermana convertirse en zombi. De no ser por esa libreta, no hubiera tenido ningún plan. Fue de mucha ayuda, Alan.

Ella le estrecha la mano. Él hace lo mismo.

—Una vez que recuperemos a los nuestros —dice Alan—, yo seguiré sendero abajo hasta la forestal. Le prenderé fuego y huiré con mi hijo. Tú deberás ir en sentido contrario, hasta la zona de *camping*. Le prenderás fuego a ese lugar. Los dos incendios, más el que haremos aquí en la hacienda de Lidia, serán suficiente para propagar un enorme fuego y acabar con todo esto.

—O sea que, después de salir de la hacienda, no te volveré a ver.

—No aquí, en Adoración. Pero qué va, de seguro te volveré a ver en otro lugar.

Joanna asiente con la cabeza y sonríe.

Dejan de hablar. Se acercan a la entrada de la hacienda. Se ocultan detrás de un pino, del otro lado del sendero. Se adentran en el bosque y orillan, ocultándose entre los árboles, hasta quedar justo frente a la entrada. Observan sigilosamente. La hacienda está rodeada de pinos, como era de esperarse. Un pequeño acceso de cemento lleva hasta el cerco de entrada. Está abierto. Hay un hombre fumando un cigarro.

—Solo un guardia —susurra Alan.

—Nos acercamos fingiendo ser turistas —empieza Joanna—. Y cuando se distraiga lo mandas a dormir. Ya sé que no eres Rambo, pero te vi golpear a ese enorme idiota de ojos azules. Sé que puedes dormirlo.

—Dormirlo es peligroso. Tendré que matarlo. Pero no podemos disparar.

—No tengo ningún cuchillo. ¿Tú?

—No. Pero hay rocas lo suficientemente grandes en derredor. Tendré que romperle la cabeza.

Joanna lo mira con el ceño fruncido.

—Sé que es espantoso. Pero no queda de otra. Allá adentro, si algo sale mal, habrá que disparar. Que no te quepa duda.

—Lo sé —dice Joanna. Luego suelta un suspiro.

—Caminaré unos metros por el bosque en dirección a la forestal. Luego saldré por el camino de tierra para que parezca que vengo de la empresa de los Garretsen. Fingiré ser un trabajador más. Le pediré fuego y lo mataré. Tú quédate aquí, con la pistola en mano. Si algo sale mal...

—Le disparo. Lo sé.

Alan se queda viendo al frente.

—Una vez adentro, yo iré hacia el sur, donde tienen sus bodegas. Tú hacia el este, donde tienen sus graneros y sus invernaderos. Como supondrás, estará lleno de pinos. Será fácil ocultarse. Luego saltaremos las murallas traseras y volveremos donde Ingrid.

—¿Y luego qué? ¿Irás con tu bebé, caminando hacia la forestal? Te recuerdo que es casi un kilómetro de camino.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Alan, no me mientas.

Él la mira con suspicacia.

—Eres lista, ¿no?

—Soy profesora de matemáticas. Sé de ecuaciones.

—No creo que mi hijo sepa quién soy. Era un bebé cuando lo raptaron. Ha crecido viendo a estos locos. —Una sombra gris, cargada de tristeza, atraviesa los ángulos de su mirada. Y de su voz—. No debe recordar a su madre. Mucho menos a mí.

—¿Qué quieres decir?

—No me siento preparado para cuidar a un niño. Yo... lo lamento, Joanna. Solo quiero quemar el bosque y dejar al bebé en buenas manos. Debes llevártelo. Déjalo en un orfanato de alguna ciudad.

—Oye, no. Ese niño es tu hijo. Sabrá lo que pasó. Sabrá que lo salvaste. Sabrá que lo amas. Y, sin duda, sabrá amarte.

Joanna le toma la mano.

—Alan, tu esposa, Emilia, ella querría que lo vieras crecer. Ella hubiera querido que lo cuidaras.

—¿Saldremos vivos de esto?

—Por supuesto.

Alan le da un beso en la frente. Con cuidado de no tocar el parche que cubre la herida de Joanna.

—Prométeme que lo cuidarás —dice ella.

Alan la mira fijamente. Una extraña conexión subyace entre ambos. A la espera de la promesa, un prolongado silencio, cubierto por una repentina brisa estival.

—Lo prometo —dice. Luego se aleja entre los pinos.

Joanna lo ve alejarse. Saca la pistola. Aguarda. Y mientras lo hace, una voraz impaciencia se apodera de ella. Mira a las colinas. Imperturbables. Parecen querer decirle algo. Pero Joanna no escucha. Se concentra en vigilar al guardia que tiene frente a ella.

56

Joanna ve a Alan acercarse desde el fondo del sendero. Su plan parece funcionar. Parece un trabajador de la forestal que sale del trabajo. O que escapa de él, a decir verdad.

Lo ve pararse, con un semblante imperturbable, frente al guardia. Joanna apunta desde el bosque, por si las moscas. Aunque el guardia, que es obeso y tiene más granos en la cara que deseos de moverse, no parece una amenaza.

—Oye —le escucha decir a Alan—. ¿Tienes un cigarro?

El gordo, que debe tener unos cuarenta años, lo escruta con la mirada. Termina su estudio con una sonrisa mofletuda.

—Sí —dice.

Busca en los bolsillos de su pantalón. Alan aprovecha la distracción y le da un puñetazo en la cabeza al extraño. Joanna no lo había visto, pero Alan tenía una roca en su mano derecha, del tamaño ideal para pasar desapercibida al interior de sus dedos, pero suficientemente grande para dejar nocaout al guardia.

Este cae al piso como un saco de papas. Alan le sigue golpeando en la cabeza. Debe matarlo. Ese es el plan. Como sea, a Joanna no le parece agradable mirar. Pone los ojos hacia el bosque. Ver pinos tampoco le parece agradable, pero sigue siendo mejor. Los golpes llegan a sus oídos. Finalmente, cesan.

Va hasta donde Alan. El portón está abierto. Ingresan. Alan se detiene. Mira los rincones del portón.

—¿Qué haces?

—La última vez no había cámaras.

—¿Y?

—Tampoco ahora —responde. Luego mira el interior. Una hilera de pinos se extiende a ambos lados de la hacienda de Lidia Garretsen. Siguiendo en línea recta, un camino de cemento lleva hasta la casona principal—. Yo iré por la izquierda. Del otro lado de la casona se encuentran las bodegas. Tú debes ir por la derecha, hasta pasar por detrás de la casona y llegar al patio trasero, en donde se encuentra el granero. No es necesario que saques tu arma. Este sitio está lleno de mujeres. Si alguien te descubre, todavía puedes fingir ser miembro de la secta, ¿vale?

—Vale.

Alan se aleja. Joanna lo detiene.

—Oye.

—¿Qué?

—Suerte.

—Suerte también para usted, profesora.

Joanna se queda sola. Lo ve alejarse entre los pinos. Cierra los ojos brevemente. Inhala y exhala. Está cubierta de nervios. Tiene la desagradable impresión de que no saldrá de la hacienda con vida. Hace una mueca extraña con la boca. Mueve los labios hacia los lados. Abre y cierra las manos. Se da cuenta de que añora una cerveza. No, un *whisky*.

Mueve las piernas. Va de pino en pino, sigilosa. Mira hacia la izquierda. Ha perdido de vista a Alan. Vuelve a mirar al frente. Llega al último pino. Observa la casona principal. Es de color marrón. Enorme. De por lo menos tres pisos. La construcción es simple. Un edificio cuadrado, sin relieves, con ventanales dobles, grandes y apostados en cada costado de ese sitio que parece una enorme caja de cartón.

Una añosa y descuidada escalinata, de madera podrida, conduce hasta la puerta principal. Es alta y de color verde. Hay una aldaba sobre la cerradura. Más arriba, cerca del dintel, yace la figura de una salamandra de metal.

Joanna mira hacia las ventanas. Están todas cerradas. Cortinas blancas la miran con quietud. No tiene la impresión de estar siendo observada. Por el contrario, tiene la inquietante impresión de estar en un lugar abandonado.

Nada en el paisaje hace que la sensación de abandono se marche. El césped verde claro brillando bajo el sol. Los largos floreros de cerámica

celeste apostados en cada lado de la escalinata. Las azucenas de todos los colores sobre ellos y los amarillos abejorros zumbando a su alrededor. Nada de eso la hace sentir una chica en un paisaje novelero y sereno. Por el contrario, el abandono que flota en ese lugar le pone los pelos de punta. Es como reposar en un preámbulo de muerte. Como los Campos Elíseos del otro lado del inframundo.

Una mosca zumba en su oído. La aleja con la mano. Se atreve a caminar por el costado de la casona. No hay ventanas allí. Se mueve rápido. Con la vista al frente. Llega al final. Del otro lado de la casona, el patio. Es inmenso. Y, como era de esperar, más allá del claro, a por lo menos cien metros, una columna de pinos. Escondiéndose detrás, seguramente, las murallas de las que habló Alan.

Esconderse allí, e incluso jugar a los pistoleros, es fácil. Los pinos allí son escudos naturales. Pero el puñetero claro que se presenta frente a ella es de más de cien metros de largo. Y, seguramente, la misma cantidad de ancho. Es inmenso. Poner los pies allí es poner los pies en el peligro.

Se apoya en la pared de la casona. Nota que una pileta bastante señorial, de mármol anticuado y agua cristalina, se levanta en medio del claro. Al final, a la distancia, se elevan las bodegas de las que habló Alan. Frente a ella, y pegados a la muralla más cercana, se encuentran los invernaderos. Más allá, más cerca del fondo de lo que le gustaría, casi a un lado de los pinos, se encuentra el granero y otras pequeñas edificaciones. Alcanza a divisar a dos mujeres inclinadas en el piso.

Descubre que no visten de ningún modo en particular. Una lleva una camiseta anaranjada y la otra una sudadera de un rosa desteñido. La primera lleva minifalda. La segunda un buzo Adidas bastante desgastado y feo. Tiene la obligación de mirar la ropa que lleva puesta. Es ropa normal, después de todo. Manda a la mierda el plan de Alan sobre vestirse de granjera. Quizá antes se vestían como campesinas, con jardineras, guantes, sombreros u overoles para no mancharse. Ahora no parece importarles tanto el asunto de la jardinería.

Se concentra en buscar a las niñas y al bebé. Entonces se gira hacia la casona. Sabe que debe buscar dentro. Algo la detiene. Son pisadas acercándose desde atrás. Queda helada. Lleva la mano a la parte trasera del pantalón en búsqueda de la pistola. Una mano toma su brazo. Se gira asustada.

—¿Todo bien?

La pregunta viene de una joven mujer, muy delgada y con cara de ratón. Un pelo castaño y recién lavado cae liso sobre sus hombros. Desprende olor a crema de peinar de naranjas. Un largo vestido color miel le da el aspecto de una cuarentona con un severo pero inofensivo retraso mental.

—Todo bien —se atreve a responder. Carraspea. Se quita de encima las manos de la extraña—. Solo quería tomar algo de sol.

—¿Eres de las nuevas?

—Sí.

—Pues entonces debes apresurarte. A la maestra no le gusta que lleguen tarde. Sobre todo, las nuevas.

Joanna mira hacia el claro, fingiendo saber hacia dónde se dirigen.

—Vamos —invita la extraña.

Y Joanna la sigue. La tiene a su lado. No sabe qué decir. La preocupación aumenta.

—Descuida —le oye a decir a la mujer—. Aquí no juzgamos. Todas hemos matado a nuestros hijos. No porque hubiéramos querido hacerlo. Fuimos escogidas por Satanás. Oímos su voz. Él existe. La maestra es su profeta.

Joanna asiente con la cabeza.

—Oírla es genial. Te hace sentir mejor.

—Ya lo creo —se atreve a decir. Y decide dar un paso más—. ¿A dónde vamos?

La extraña guarda silencio.

Joanna cree que ha metido la pata. Cree que su nuevo paso la ha hecho tropezar.

—¿Acaso lo has olvidado? Vamos a la misa de la tarde.

De pronto observa a un hombre acercárseles. Está tan concentrada en no cagarla con la extraña, que apenas había notado su presencia. No se trata de pelirrojo ni del alto tipo de ojos verdes. Como sea. Tiene una herida en el hombro. Es el hombre al que le disparó en la galería. El acompañante de los otros dos.

Joanna, a medida que el hombre se acerca, mira al piso. Ve sus zapatos hundirse en el césped. Siente los pasos de él acercándose. El sudor frío en su espalda se hace más voluminoso. El hombre pasa por su lado.

—Apresúrense —escupe.

Joanna siente la mirada de él encima.

—Ya vamos —replica la extraña—. Llevo a la nueva hacia el lugar de reunión.

Joanna tiene la desesperante necesidad de mirar al tipo. No lo hace. El tipo se aleja. Masculla unas palabras. Joanna presiente que aquel tipo la ha reconocido. ¿A dónde va? Se pregunta. Puede que vaya a la casona. O puede que vaya a la entrada, a ver al gordo que custodiaba el acceso. Si descubre su cadáver, todo el plan se irá al garete.

Mira hacia adelante. La extraña la conduce a la bodega más grande. Una fea estructura de metal sin ningún relieve, solo un opaco triángulo cubierto por láminas de metal oxidadas. Busca algún rastro de Alan en los alrededores. Nada, solo un herrumbroso silencio.

Su angustia le dice que Alan ha sido tomado prisionero. Y que ahora a ella la conducen a la misma prisión. Traga saliva. A medida que se acerca, nota un grupo de niños jugando afuera de la bodega. Abre los ojos, con semejante impresión de asombro al ver entre los niños a dos niñas de pie, a un lado de la puerta. Una es Loreto. Y la otra es Elizabeth. Las niñas la miran. La reconocen. Joanna les hace una disimulada mueca de silencio.

—Bien —le dice la extraña—. Debemos entrar.

Joanna entiende que entrar allí es una peligrosa pérdida de tiempo. Sin duda es meter las manos en el panal. No hay necesidad. Pero dispararle a la mujer es hacer ruido. Es atraer a las abejas.

La extraña le hace una seña para que la siga. Le da la espalda. Joanna la toma del pelo con fuerza. Saca la pistola y le apunta la cabeza.

—No grites. No grites o te mato. Lo único que quiero es llevarme a mis chicas.

—No son tuyas. Son de la comunidad —susurra con desesperación—. Son parte del nuevo mundo. El mundo se ha quedado sin hijos. Los nuestros son el futuro del nuevo mundo. El nuevo mundo comienza aquí, con la maestra.

Joanna nota que en la cintura de la mujer cuelga un cuchillo. Se lo quita con cuidado. No debe dispararle. Pero puede cortarle la garganta. La gira en sentido contrario de las niñas. La mujer le da un cabezazo.

Joanna alcanza a poner el hombro. Ella se la quita de encima y abre la boca con intención de gritar. Joanna le pone la mano en la boca. La extraña

le muerde la piel con fiereza. Joanna ahoga un grito. Luego le clava el cuchillo en el corazón.

Mientras lo hace, cierra los ojos. Atrae a la mujer hacia ella para no verla morir. Sacude el cuchillo dentro del cuerpo de la mujer al tiempo que ella muere en sus brazos. Se siente espantoso. Y asqueroso. Mover el cuchillo ahí dentro, hasta palpar la carne, es repulsivo. Ya había hecho algo parecido con Maicol. Pero no se acostumbra a eso de matar gente. Siente un potente cargo de conciencia mientras deja caer a la mujer al piso. El cuchillo se queda atorado en la víctima. Siente lástima por toda la situación, pero cuando se gira a sus chicas, el rostro sobresaltado de las niñas le dice que el tiempo apremia.

—Debemos irnos.

Las chicas hacen caso. Se acercan a ella.

—¿Dónde está Camila? —pregunta Elizabeth.

—¿Y mi mamá? —pregunta Loreto.

—Están bien. Esperan afuera. Debemos irnos.

Recuerda al bebé de Alan. Mira al grupo de niños jugar distraídos a unos metros del reciente asesinato. Se pregunta cuál de todos es. Y se pregunta dónde diablos se encuentra Alan.

Mientras mira, llega a sus oídos la voz de Lidia, del otro lado de la bodega.

—El diablo existe —empieza en voz alta—. Y nosotros somos sus siervos.

Y la multitud responde.

—¡El diablo existe! ¡Y nosotros somos sus siervos!

Le sigue el sonido de puertas abriéndose. No vienen de la bodega. Vienen desde la parte trasera de la casona principal que ha dejado atrás. Emergen cuatro hombres armados. Miran hacia Joanna. Apuntan. Y abren fuego.

Desde las bodegas laterales emerge Alan. Les dispara a los desconocidos. Joanna también abre fuego. Luego, en medio de las balas, se forma el caos.

57

Alan se introduce en medio de las bodegas. Huelen mal. Huelen a óxido y a orina. Y a malos recuerdos. En la del fondo, de donde vienen los susurros, mataron a su esposa. Saca su pistola y apunta al frente, mientras mueve los pies en aquel laberinto de construcciones de metal.

Se acerca a la puerta de la primera. Está con candado. Golpea suavemente en la superficie para ver si alguien, del otro lado, responde. Nadie lo hace. Hace lo mismo con la segunda y con la tercera. Obtiene la misma respuesta muda. Cuando va a llegar a la cuarta, se cruza de frente con un niño pequeño.

Aquella visita inesperada obliga a Alan a bajar el arma. El pequeño, que debe tener cerca de dos años, camina a pies descalzos. Un buzo y una camiseta gris bastante desgastada le dan el aspecto de un pequeño niño callejero. El chico balbucea algo. Sonríe. Aquella sonrisa es semejante a la de Emilia. Y algunas pecas, diminutas y casi imperceptibles debido a su sonrisa, se explayan en su amable expresión infantil.

Alan siente un estremecimiento.

—Hijo —dice. Una sonrisa escapa de su alma.

El niño le devuelve un tierno balbuceo. Alguien aparece y se posiciona a su lado. Es una mujer. Estira los brazos hacia el niño, pero queda congelada al ver la pistola apuntándole.

—Tranquila, no grites —advierde Alan—. No grites o tendré que dispararte.

—¿Qué quieres?

—Es mi hijo. Lo llevaré conmigo.

—No. Claro que no. Es mi hijo. Yo lo adopté. Es mío.

La mujer se acerca al niño, desesperada. El pequeño comienza a llorar. Alan coge a la mujer del cuello. Forcejean. Solo un momento. No le es difícil quebrarle el cuello. Deja caer a la mujer al suelo. Va a tomar al niño, pero ha desaparecido.

—Mierda.

Su susurro es acompañado por una mirada furtiva en derredor. De pronto descubre a Joanna hablando con unas niñas. Hay una mujer en el piso. Hay un grupo de niños cerca. Ninguno es su hijo.

Súbitamente aparecen unos hombres de la casona principal. Le disparan a Joanna. Alan la cubre, disparando con su pistola. Debido al tiroteo, el grupo de niños comienza a correr en todas direcciones. Las balas cesan. De la bodega principal, de donde emergían los gritos del culto satánico, emerge un grupo de mujeres y algunos hombres, quienes llenos de confusión buscan proteger a los niños. Otros solo corren.

Joanna y las dos chicas con las que hablaba se parapetan a su lado, detrás de las láminas metálicas de una de las bodegas.

—En el grupo de niños —dice Joanna entre jadeos—. ¿Viste a tu hijo?

—Ahí está. —Alan apunta a Loreto. En brazos de la niña está el pequeño.

—¿Tommy es su hijo? —pregunta Loreto.

—Sí. Y se llama Alan.

—Bien —suelta Joanna—. ¿Y ahora qué haremos? ¿Cómo diablos vamos a salir de aquí?

Una bala impacta contra una de las láminas de metal.

—Tres hombres vienen hacia nosotros —continúa—. Y cuando Lidia consiga poner a salvo a los suyos, seguramente vendrá con refuerzos.

Alan medita la situación.

—Debemos salir por el costado izquierdo y escabullirnos por los pinos de la entrada. Debemos ser rápidos.

Alan lidera la marcha. En medio, el grupo de niños. Detrás camina Joanna. Las balas rebotan una y otra vez contra las bodegas de metal. Llegan a la última estructura. Los pinos se elevan a varios metros de distancia. Para llegar allá deben atravesar el claro. Deben quedar, entonces, peligrosamente vulnerables a los disparos.

—Mierda —escupe Alan.

Joanna mira la muralla que hay detrás. Es demasiado alta para intentar saltarla. Entonces da con un par de vehículos estacionados en medio del claro y pegados a la muralla.

Alan parece leer sus pensamientos.

—Sigue siendo una distancia muy grande.

—Podríamos intentarlo —sugiere Joanna.

—Es imposible. Más de alguno recibirá una bala.

Se quedan quietos tras la última bodega. Notan en los pinos del costado a varios niños corriendo por ahí. Algunos adultos intentan ayudarlos a volver a la casona. Luego miran al frente. Escudriñan por el costado de la bodega. Ven a un solo hombre acercándose a ellos. Lleva una pistola en las manos.

—Solo uno —dilucida Joanna—. ¿Dónde están los demás?

—Rescatando a los niños o rodeándonos desde el otro lado. Vigila tu derecha. Yo creo que puedo acabar con este hijo de puta.

Joanna hace caso. Apunta hacia el otro lado.

Alan, por su parte, intenta apuntar al desconocido. Este le responde con un disparo. La bala penetra en el metal, a unos tres centímetros sobre su cabeza. Aprieta el gatillo. Con una puntería aprendida en años, su bala da en el tórax del tirador. No tarda en caer al piso.

—Le di —dice con entusiasmo.

Alguien aparece desde el claro. Se ha ocultado detrás de los vehículos. Se pone de pie y apunta a Alan. Cuando lo ve es demasiado tarde. Pelirrojo le dispara. La bala se incrusta en su brazo izquierdo. Suelta un alarido de dolor al tiempo que el plomo muerde la carne. Siente la sangre desparramarse por la piel.

Dispara tres veces, desesperado hacia su atacante. Lo obliga a esconderse detrás del auto. Luego da la vuelta y, junto a Joanna y los niños, quedan ocultos entre dos bodegas de metal.

—¿Estás bien? —pregunta Joanna.

—Ha sido en el brazo. Me pondré bien. Solo necesito detener la hemorragia. Debes dispararle al idiota pelirrojo mientras hago un torniquete.

—Creo que no se va a poder.

—¿Por qué?

Joanna apunta, por la hendidura que separa ambas bodegas, hacia el lugar en donde se llevaba a cabo el culto. A la puerta de la bodega principal acaba de llegar un nuevo tirador. Parece listo para disparar. Joanna y los niños corren a esconderse del otro lado. Alan hace lo mismo. Una bala silba sobre su cabeza.

—Nos están rodeando —dice con dolor.

—Iremos hacia la bodega principal. Sorprenderemos al imbécil por detrás. Y luego escaparemos por las murallas traseras. Son más pequeñas que las murallas laterales, ¿cierto?

—Así es —responde Alan—. Ve tú y encárgate de él. Te seguiré en cuanto acabe con el imbécil del pelirrojo. Si no lo hago, nos seguirá.

—Está bien —dice Joanna con apremio.

Los niños y ella se escabullen hacia el otro lado. Alan se vuelve hacia el lugar en donde estaba pelirrojo. Apunta. Sabe que está en una posición vulnerable. En cualquier momento, el otro tipo, desde la bodega principal, le puede dar un tiro. Da entonces un impulso hacia adelante. Ahora tiene la

espalda cubierta. Pero la parte delantera del cuerpo peligrosamente visible para que el pelirrojo le dispare.

Y lo hace. La bala se incrusta en el metal. Devuelve el disparo. Pelirrojo oculta la cabeza detrás del auto. La bala hace estallar en cientos de pedazos el vidrio delantero del viejo vehículo oxidado.

Alan corre a esconderse detrás de un arbusto que crece a los pies de la muralla. Es pequeño. Se agacha y oculta la cabeza entre las hojas. Se sienten cálidas. Abre bien los ojos y se concentra en su adversario. Lo odia. Fue él quien le apuntaba en la cabeza mientras mataban a Emilia. Fue él quien impidió que pudiera ayudar a su esposa.

La sangre no deja de correr por el brazo. Siente un hormigueo en el área del balazo. Pelirrojo se asoma desde la parte alta del auto. Alan le dispara. La bala pasa a centímetros de su oreja.

Masculla una maldición. Si estuviera en una mejor posición, aquel idiota adorador del diablo ya estaría muerto.

Recibe un balazo que se escabulle entre las hojas del arbusto. Alcanza a agachar la cabeza. Alza la vista, impotente y lleno de rabia, dispara. Escucha un nuevo cristal rompiéndose.

Un extraño silencio del otro lado. Se atreve a mirar por las hendiduras de las hojas. Pelirrojo parece haber desaparecido. Alan mira en derredor rápidamente. Nadie cerca. Escucha un disparo a lo lejos. Espera que Joanna haya podido matar al otro idiota.

Un ruido de pisadas, desde el auto, le hace volver a mirar hacia allá. Pelirrojo se asoma desde la parte trasera del vehículo. Alan rápidamente dispara a los pies. Oye cómo aquel imbécil aúlla de dolor.

Alan se pone de pie y le vuelve a disparar, solo para ganar tiempo. Con pelirrojo herido, puede ir hasta donde Joanna y escapar por detrás. Pero su última bala no escapa del cañón de la pistola. Vaya mala fortuna, se ha quedado sin balas.

Pelirrojo lo descubre. Se para con dificultad y lo mira con una estúpida sonrisa en el rostro. Cojea hacia él.

—¡Maldito, malnacido! —le grita—. ¡Rompiste mi zapato de cuero! ¡Arruinaste mi pie!

Su coqueo y su voz infantil e hilarante le dan un aspecto infernalmente descabellado. Su presencia es desesperante. Alan siente un enorme deseo de abalanzarse hacia él y romperle los dientes a puñetazos.

Pelirrojo le apunta. Alan se lanza al piso con velocidad y queda otra vez oculto detrás del arbusto. Una bala atraviesa las hojas y penetra en el césped, a centímetros de su mano. Sabe que es cuestión de tiempo para que su atacante llegue cojeando hasta él y lo mate.

Intenta ponerse de pie. Se queda agachado detrás del arbusto. Listo para abalanzarse sobre el cuerpo de su enemigo. Pero, para su sorpresa, pelirrojo, como un bobo niño extasiado, se queda parado en medio del claro.

—¡Estás rodeado! —empieza a gritar con voz aguda y triunfalista—. ¡Estás rodeado! ¡Rodeado, forastero idiota! ¡La maestra y los demás ya vienen!

Alan, en efecto, escucha que algo viene. Es el ruido del motor de un auto. De pronto, una camioneta blanca de los años noventa se dirige violentamente hacia pelirrojo.

El imbécil hablador mira con sorpresa el vehículo acercándose. Se queda pasmado debido a la impresión. La camioneta le impacta. Lo hace caer por varios metros. Le pasa por encima. Los neumáticos giran sobre su cuerpo, aplastando sus músculos y órganos. Sangre explota sobre el césped.

La camioneta frena. Retrocede sobre el cadáver. El cuerpo de pelirrojo se ha convertido en una masa deforme, completamente roja. Una poza sanguinolenta contamina el césped verde. Carne, vísceras y huesos rotos se desparraman sobre ella.

Alan ve la cabeza. Yace desgarrada del cuello. Uno de los ojos ha explotado. Su pelo rojo ahora está bañado en sangre. Y, siniestra cosa, no puede más que sentirse complacido.

Mira al conductor de la camioneta, creyendo que se trata de Joanna. Pero no. Es Ingrid.

58

Joanna deja a Elizabeth, junto a Loreto y al bebé, ocultos detrás de la última bodega lateral que queda justo a un lado de la enorme estructura de metal herrumbrosa que irradiaba, hasta hace poco, los gritos de Lidia y sus seguidores.

Se acerca por detrás a esa bodega. La pistola apuntando al frente, con firmeza, aunque no puede evitar sentir un leve temblor en las manos. Rodea el lugar. En su apresurado andar, logra divisar varias telarañas colgando de los esquineros del tejado, así como, desde el suelo, varios tarros de metal llenos de aceite y pintura. Uno de sus pies tropieza con otro tarro más

pequeño, lleno de clavos. A su lado hay otro igual, pero lleno de tornillos. Al final, apoyados en la esquina de la bodega, observa un taladro, varios destornilladores, una sierra eléctrica y otra cantidad de herramientas.

Joanna se pregunta qué clase de mundo siniestro construyen allí. Piensa en la cantidad de niños jugando al interior de esa hacienda. Siente un estremecimiento y el recuerdo de que el mundo se ha puesto de revés. De repente, mientras camina sigilosamente en los rincones de ese lugar, siente una repentina quietud en sus emociones desesperadas. El ruido de los disparos y el peligro que corre parecen haber quedado atrás. Una sola sensación de desconsuelo se apodera de ella. Y, otra vez, siente que va a morir. Tiene la fuerte impresión de que nada es útil. Quemar el bosque no sirve de nada. El mundo se ha ido hace rato al basurero. Ya las madres, en lugares tan alejados como Australia y Japón, se han comido a sus hijos.

Gira hacia el costado derecho de la bodega.

Allí no hay nadie. Salvo un malintencionado pesimismo.

Sabe que, al llegar al fondo, deberá girar a la izquierda. Se encontrará con el adorador. Debe concentrarse en matarlo. Intenta hacerlo. Pero concentrarse no parece una tarea fácil. No puede. La atmósfera singular de la hacienda de los Garretsen desprende un sonido minucioso, incapaz de ser escuchado por sus orejas. Pero que atraviesa su alma y le dice que algo anda mal. Que las cosas andan mal. Que el mundo anda mal.

Recuerda a Florencia. Se pregunta qué será de su hermana. ¿Seguirá todavía con vida?

Desea verla. Y entonces su concentración parece volver. Pero solo un segundo. El tiempo necesario para recordar que, desde su derecha, se expande gran parte del claro de la hacienda. No parece andar nadie cerca. La mayoría de los niños corrieron hacia los pinos de la entrada. Y Lidia y los suyos fueron tras ellos. Otros se escondieron en la casona. Seguramente a buscar armas. Debe apresurarse, o en cualquier momento ellos saldrán.

Llega a la esquina. Del otro lado, hacia la izquierda, debería estar el adorador. No hay nadie. Quizá ingresó a la bodega. Eso de jugar al gato y al ratón en medio de un bosque maldito no le produce gracia. Mira por el rabillo de la puerta. Adentro solo hay una densa oscuridad. Pone la mano izquierda en la cerradura. Con la derecha apunta con la pistola. Se siente toda una detective. Primeriza. Con mucho miedo.

Sabe que, al abrir, la puerta generará un molesto silbido, algo así como las quejas de una anciana de huesos endebles y desgastados. Pero en su lugar escucha otro ruido. Viene del otro lado de la bodega. Desde el exterior. Desde donde ella había comenzado a rodearla. Aparentemente, el adorador ha empezado a dar la vuelta. O quizá haya decidido salir en búsqueda de sus chicas y el hijo de Alan. Entonces Joanna vuelve por donde empieza. Se acerca con cautela.

A lo lejos alcanza a sentir la presencia de las colinas gemelas. Parecen llamarla. Siente el carácter insidioso abalanzarse sobre ella mediante un soplido de naturaleza que ignora; pues no es de este mundo. Pero que se asemeja a lo que conocemos como terror. Solo que más nubloso, como si el terror humano fuese eclipsado por luces estrambóticas venidas de otro sitio, infinitamente lejano y pérfido. Como un sitio de cualidades malditas, de superficie cubierta por miles de niños muertos, arrojados desde las alturas de colinas de tiempos remotos, de eones de espacios habitados por pueblos extraños, de lenguas muertas y tradiciones siniestras. Allí estaba ella, tratando de sobrevivir sobre un cementerio indio. Allí, a los pies de las colinas, nada parece urdir cosas buenas. Solo pesimistas insinuaciones que vagan, como fantasmas, en cada rincón verde de aquel páramo sugestivo.

Y un fantasma armado aparece frente a ella. El adorador emerge de su escondite de manera imprevista. Joanna, atorada en sus malas sensaciones, es abordada de golpe. Literalmente. El hombre, delgado, le da un fuerte manotazo en la cara. Luego intenta quitarle el arma. Joanna se resiste. Le da un golpe de vuelta.

El hombre la toma del cuello con una mano. Con la otra intenta quitarle el arma. Ha notado que aquel tipo es viejo. Debe tener por lo menos sesenta años. No es fuerte. Pero sí impetuoso. Lleva un revólver asomando del costado de su pantalón.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta él, con una senil calma.

—Ustedes tienen a mis sobrinas —se queja Joanna.

—Ya no hay mundo allá afuera —dice él con sombría voz—. No queda nada. Acá dentro, entre los pinos, brota lo nuevo.

Continúan forcejeando. La mano de él se acentúa sobre su garganta.

—¡Déjame! —aúlla con sequedad.

—Debes darme el arma. Solo así te dejaré tranquila.

—¡Déjame!

—¡Únete a nosotros!

Joanna le escupe a la cara. El hombre parece querer devolverle el favor, pero Joanna es más rápida y le da un puntapié en los testículos. El viejo la suelta de inmediato. Ella lo empuja hacia la bodega. Le golpea la cabeza contra el metal. El viejo intenta sacar su revólver. Joanna se lo impide.

Se toman de ambas manos. Él impide que ella use su pistola. Y ella que él saque su arma. Una danza de lo más espantosa. El forcejeo culmina con él mordidiéndole la mano en donde ella sostiene la pistola. Se ve obligada a soltar el arma. La pistola cae al piso. Nota los dientes marcados en su mano. Y luego siente el dolor.

Su atacante aprovecha de tomar fuerza para sacar el revólver. Lo logra. Pero no puede apuntarlo. Joanna se lo impide. Se le escapa un tiro. La bala penetra en las tablas del piso.

—Zorra —dice él.

Joanna lo vuelve a escupir. Se siente bien hacerlo. Ahora con ambas manos, aquel hombre intenta apuntarla con el revólver. Es más fuerte que ella. Le da una bofetada en su rostro senil. El viejo no parece sentirla. Va a darle otra patada en los bajos, pero él se adelanta. La empuja hacia él y le quita el revólver.

Le va a disparar, pero una sombra aparece desde el costado. Una figura infantil toma la atención de ambos. Se trata de Elizabeth.

El viejo le apunta y dispara.

Joanna se abalanza, al mismo tiempo, sobre el viejo. La bala pasa a centímetros de su sobrina.

—¡Sal de aquí! —le grita furiosa—. ¡Sal de aquí, maldita sea!

Desconoce si la niña le hace caso. De pronto todo pasa muy rápido. Muchas cosas pasan muy rápido. Oye el ruido de un motor acercándose. Oye el ruido de un impacto.

Al mismo tiempo siente que alguien se ha abalanzado sobre ella. Cae al piso. El viejo cae sobre ella. Ve que el hombre lleva el revólver a su cabeza. Joanna le coge la muñeca y se lo impide. Aprovecha que lo tiene encima y le muerde una oreja. Siente la carne entre sus dientes. Se siente tan horrible como cuando apuñaló el corazón de la adoradora hace un rato. Pero mucho más satisfactorio.

Está segura de que le ha sacado un pedazo de carne. Un hilito de sangre cae desde su oído, junto a un grito de suplicio. El viejo va nuevamente en

busca de su arma, pero alguien le ha pisado la mano. Es Elizabeth. El viejo parece querer morderle el pie. La niña pisa con más fuerza. El viejo abre la mano debido al dolor. Joanna le quita el revólver y lo lleva hasta su cuello. Jala el gatillo.

Siente muchas cosas en ese momento, pero algo se sobrepone a todas: un pitido. El pitido, debido al impacto tan cerca de sus oídos, ha quedado en su cerebro y no parece querer irse.

Se levanta, completamente mareada. Coge de la mano a su sobrina. Apunta hacia el claro con el revólver al tiempo que corre hacia la camioneta. Mientras lo hace, nota a Loreto y el bebé subir a los asientos traseros. Alan va recostado en la parte trasera.

—¡Suban! —grita.

Luego dispara en dirección a la casona. Joanna ve emerger desde allá a un pequeño grupo de hombres armados. Cree que alcanza a ver a Lidia. Pero también cree que se trata de su imaginación.

Aprovecha que Alan la cubre. Corre a la camioneta. Elizabeth entra a los asientos traseros. Ella sube al lado de Ingrid.

—Agachen las cabezas —dice la madre de Loreto. Luego da una vuelta en U y acelera hacia la salida.

—¿Dónde está Camila? —pregunta.

—Está bien —responde Ingrid.

¿Está bien? Aquella pregunta da vueltas en el cerebro de Joanna. ¿Está bien? ¿Está todo bien? ¿Qué está pasando? ¿Es real? Y a todas sus dudas se sobrepone aquel odioso pitido. Siente que una bomba ha estallado dentro de su cerebro y ha hecho explotar toda lógica consciente. Ahora solo subyace una irrealidad nauseabunda, cruel y jodidamente surreal.

Y la sensación de onírica vereda pasa rápido, como una camioneta yendo a mil por hora sobre un terreno escalofriante plagado de seres extraños. Inclined hacia abajo para que las balas no la maten, tiene el desgarró en la consciencia, en donde, por las fisuras de los pedazos de sesos que tiene al interior de la cabeza, se arrastra, como un gusano, una duda. ¿Es real?

¿Camila está bien? ¿Dónde está? ¿De dónde ha salido la camioneta? ¿Qué no era acaso una patrulla hasta hace un rato?

El vidrio del asiento del copiloto estalla. Siente las fibras en su cabeza. Siente los gritos infantiles detrás. Alcanza a ver, por el vidrio trasero, a Alan, recostado como un militar en la bandeja de la camioneta. Oculta su

cuerpo tras el metal, pero alza la pistola y dispara hacia los adoradores para impedirles que detengan el escape.

No obstante, algunos se las arreglan para disparar. Siente cómo se desinfla un neumático. Cómo la camioneta se desequilibra. Siente sus sacudidas.

De repente, la panorámica se oscurece. Entiende, a pesar de su confusión, que se acercan a la entrada. O, para ser más exactos, a la salida. Los pinos, rodeando el lugar, se alzan a cada lado y envuelven la panorámica con su brumosa oscuridad verde.

Sobre el torbellino, y sucumbiendo a las sacudidas de la camioneta, persiste el sonido. No claudica. No la deja en paz. Se mezcla con el umbroso voceo que flota como niebla desde las colinas; que baja desde allí y llega al erial exhausto que es el espíritu de Joanna.

Algo sopla desde el interior. Es el vapor que retorna. Y el pitido se difumina en las entrañas de esa sustancia de ignorada naturaleza y vicios escalofriantes. Y Joanna nuevamente escucha la maldición del bosque apoderándose de ella. Y la consume desde dentro. Desde su vientre. El vapor crece allí como veneno. Aturdida, cree que va a desmayarse. En esa frágil cordura, de inestable sostén, Joanna ve canalizarse toda la situación en una sola sensación: pesimismo.

Pero están escapando, ¿no?

El plan está funcionando.

No es real, Joanna.

Estás jodida, perra.

Estás...

—¿Estás?

Ingrid la sacude.

—Joanna —le dice con apremio—. ¿Dónde estás?

Joanna canaliza su confusión en un suspiro. Al que le sigue un vómito. Se disculpa.

—¿Estás bien?

—¿Tía, está bien? —pregunta Camila.

Y entonces vuelve a la realidad. Nota que la camioneta blanca se aleja. Alan va en su interior junto a su hijo.

—Estoy bien, solo estoy algo mareada. ¿Adónde va?

—A quemar la forestal —responde Ingrid—. Debemos irnos. Ellos se acercan.

Se suben a la patrulla. Se alejan en sentido contrario.

—¿Dónde estaba Camila? —le pregunta a Ingrid.

—Nos estaba esperando acá afuera. Descuida, estaba oculta en los pinos.

—No debiste dejarla sola.

—Oye, mi hija estaba allá adentro. Además, de no haber entrado, los hubieran matado.

—Tía, no se preocupe —agrega Camila desde el asiento trasero—. Estaba bien escondida.

—¿Y la camioneta? ¿De dónde la sacaste?

—Pues de la hacienda. Era de uno de esos malditos adoradores.

Ingrid parece cansada de hablar. Se concentra en el camino.

—Debemos ir a la zona de *camping* —dice Joanna—. Debo encender el fuego desde el otro extremo del bosque. Junto al incendio que Alan haga en la forestal, todo este maldito lugar arderá.

—Y debemos salvar a mami —le recuerda Camila.

—Claro que sí —se anima a decir.

—Lo que sea que hagamos —concluye Ingrid—, debemos hacerlo rápido. No pudimos quemar su secta ni tampoco pudimos matarlos. No a todos. Ellos se acercan —repite—. Impedirán que quememos su hogar.

A lo lejos, Joanna nota que la camioneta se acerca a su destino. Siente lástima por Alan. No pudo despedirse como corresponde. Ni darle las gracias como corresponde.

Tiene, además, la certeza de que Ingrid no se equivoca: las vienen siguiendo.

Sobre esa certeza, el pitido ha desaparecido por fin.

El soplido denso de la maldición, recayendo en su cerebro y desparramándose a su vientre, ha disminuido.

Ya casi no lo siente. Pero volverá. Debe apresurarse. Lo sabe.

59

La camioneta se tambalea debido al neumático desinflado. Se esfuerza por conducir rápido. Da gracias a Dios de que no deba conducir hasta tan lejos. Su gratitud religiosa desaparece en la envoltura del lugar maldito por donde conduce.

Alan mira por el espejo retrovisor. Ni un alma parece perseguirlo. Pero lo hacen. No se trata de espíritus. Se trata de alguien de carne y hueso. Algún

adorador debe venir detrás dispuesto a matarlo y así evitar que queme los pinos. Y dispuesto, también, a llevarse al pequeño Alan.

Quita la vista de la retaguardia. Mira hacia delante de manera furtiva. Luego mira al bebé, en el asiento contiguo, con gesto de preocupación. Su hijo parece consternado. Debido a los disparos, se había cubierto de miedo y había corrido a los brazos de un adulto. Pero luego de los impactos, parece comprender el asunto. Parece comprender que lo están secuestrando. Y que mami, o lo que él identificaba como mami, ha muerto. Asesinada por el extraño tipo que sangra de uno de sus brazos y que conduce a su lado.

De repente, el niño rompe en llanto.

—¡Mami! —dice—. ¡Quiero a mi mami!

Alan piensa en Emilia. Muerta hace un par de años. Traga saliva. Siente un increíble impulso de detener la camioneta, sentarse en medio de la vía y echarse a llorar. O echarse a correr. No sabe realmente qué quiere. Solo que odia el momento.

—¡Mami! ¡¿Dónde está mami?! ¡Quiero volver!

Su hijo ha olvidado a Emilia. Ha olvidado a su verdadera madre. Quiere volver a la hacienda de los Garretsen. A la hacienda de Lidia y esos locos adoradores del diablo.

Vaya cosa, Adoración le ha arrebatado a su hijo.

La camioneta, debido a la velocidad y el neumático desinflado, pierde estabilidad. Alan pierde por un momento el control. El pequeño Alan se sacude y se golpea en los brazos con el costado de la camioneta.

Logra estabilizar el vehículo. Descubre que están por llegar. Comienza a bajar la velocidad. Descubre también que ha olvidado el rostro de Emilia. Después del tiempo que estuvo encerrado en la clínica, sin acceso a internet (y, por ende, a redes sociales), no había podido ver fotos de su esposa.

Gira hacia la izquierda, donde se encuentra el acceso a la forestal. Suelta el acelerador y, a medida que reduce la velocidad, aprieta el embrague. Luego el freno. La camioneta se detiene luego de un quejido. Mira en derredor, intentando ver la presencia de un guardia, pero su mente no ayuda en esa tarea. Parece más preocupada de recordar el rostro de Emilia.

—Tenía pecas —dice en voz baja—. Tenía veinticuatro pecas rodeando su nariz.

Sobre su voz, el llanto del pequeño Alan persiste. Se mezcla con una leve tos.

—Deja de llorar —repite en voz baja—. Te harás daño.

El chico le hace caso un momento. Sorbe por la nariz y se restriega la humedad de los ojos. Sus mejillas blancas se encuentran enrojecidas. Sobre el escozor, sobresalen sus pecas.

—Tu mami tenía veinticuatro pecas —susurra—. ¿Cuántas tienes tú?

El chico no responde. Parece asustado.

Alan va a decir algo, pero una punzada en el hombro le dice que se apresure.

Pone sus ojos en la forestal. El portón está abierto. A un costado hay una caseta amarilla. En su interior no hay nadie. El guardia, si es que ha quedado uno, debe estar haciendo sus rondas. O en el baño. Suelta el freno y pone los neumáticos de la camioneta sobre el camino de tierra.

En su costado derecho se alza una enorme muralla de cemento, en cuya cima, unos intimidantes alambres de púas le dan el aspecto de una prisión. En el costado izquierdo hay un rústico estacionamiento. Una motocicleta color marrón parece mirar a Alan con desdén. Aparca la camioneta a un lado.

Debido al dolor, y aprovechando la ausencia del guardia, se saca la sudadera que encontró en el orfanato. La rompe por la mitad y rodea su brazo herido con la tela. Gime de dolor, pero finalmente el torniquete toma forma. Y surte efecto. La hemorragia se ha detenido. Y la bala ya no mastica tanto su carne.

—Mami —empieza a balbucear otra vez el pequeño Alan—. Quiero a mami.

Y, subrayando esas palabras, el impulso de echarse a llorar.

Alan quiere decirle que su madre ha muerto. Que ha muerto hace años, pero que lo amaba. Lo amaba con todo su corazón de mujer dulce. Quiere decirle también que él es su padre. Y que las personas que vivían junto a él en la hacienda de los Garretsen no son más que locos asesinos, que mataron a su madre y que han matado a varias otras madres.

Quiere decirle, además, que la mujer que él llama madre, no es más que una adoradora del diablo, disparatada y, por cierto, muerta.

No dice nada, claro. El niño empieza a llorar. Alan lo abraza. El niño intenta quitárselo de encima. Le teme. No le teme con ese agobiante miedo infantil que tienen los niños hacia los adultos que les hacen daño. Es menos potente que el miedo al monstruo que se esconde debajo de la cama. Se

trata de confianza. Aquel chico no confía en él, porque no lo conoce y porque siente sus vibras de frenética angustia.

No lo vio matar a su supuesta madre. De haberlo hecho, el chico no solo no confiaría en él. Le temería. Alan sería, a todas luces, el monstruo bajo la cama, y el chico no lloraría, gritaría. Y estaría todo jodido.

No es así. Se trata de confianza. Entonces lo abraza con más fuerza y comienza a hacerle cariño en el pelo. Sus cabellos huelen a perfume de manzana. Le besa la frente. El chico parece querer calmarse. Alan se pregunta si acaso lo reconoce. Si acaso, en su memoria, ha quedado retenido algún fragmento del recuerdo de papá. De su verdadero padre.

El niño lo queda mirando con un semblante extraño, mientras se quita las lágrimas. Alan va a abrir la boca y le va a decir quién es él, pero el niño se le adelanta.

—Quiero a mami —dice—. Quiero volver con mami.

Alan se muerde los labios.

—Está bien, ella volverá. Ahora debes quedarte aquí.

El niño lo mira perplejo. No parece entender.

—Allá había disparos —explica—. Había peligro. Había que salir de ahí. Pero tu mami viene. Viene a buscarte. Debes esperarla, ¿vale? ¿La esperarás?

El chico asiente con la cabeza. Juguetea con sus manos. Alan abre la puerta y sale al exterior. El chico le sujeta una mano con desesperación.

—Mami —dice.

Tiene nuevas intenciones de echarse a llorar.

—Ya viene —repite Alan, exhausto—. Ya viene. Debes esperarla aquí.

No lo mira. Intenta salir del vehículo, pero el chico se desespera. No le agrada la idea de quedarse solo.

—No vaya... —balbucea—. No te vayas.

—Solo voy a buscarla, ¿vale? Voy a buscar a tu mami.

Alan sabe que debe apresurarse. Va contra reloj. Se apresura en salir. El chico comienza a agitarse. Y a sollozar. Le deja abierta la ventanilla hasta la mitad. Abre las puertas traseras y saca los dos bidones con gasolina. Se asegura de que nadie lo vea. Luego se asegura de que haya un encendedor en el bolsillo de su pantalón. Lleva tres. Son los que Joanna robó en la bencinera. Cierra la puerta.

—¡No! —grita su hijo. Comienza a patalear. A darle sacudidas al asiento del copiloto.

Le es inevitable echarle un último vistazo. Su pelo negro le cae sobre su frente. Sus ojos inocentes y negros se clavan en los de él. Lo miran con infantil desidia, mezclada con altanería. Parece un crío malhumorado haciendo una rabieta. Bueno, eso, en parte, es.

Alan tiene por un instante la vaga impresión de estar metido en un sueño. En él, Emilia sigue viva. Los adoradores no existen. Adoración jamás se levantó en la zona sur del país. Alan y compañía no son más que una familia feliz. Yacen en el simple momento familiar de una rabieta del hijo. El chico quiere acompañar a papi al supermercado a comprar golosinas. Pero papi no quiere. Papi quiere andar solo.

La imagen desaparece al darse cuenta de que, sobre los rasgos enojados del pequeño Alan, subsiste una realidad más oscura. No se trata solo de rabietas infantiles. No se trata solo de desconfianza infantil sobre adultos extraños que se comportan como idiotas. Ahora, sobre la cara del chico, hay miedo. Un lacerante miedo infantil, sobrecogedor. El pequeño Alan suplica por no quedarse solo. Teme ser abandonado. Ser abandonado sin su mami.

—Quiero ir —suplica—. Quiero ir donde mami.

—Ya vuelvo —dice—. Solo tardaré un par de minutos.

Los labios del pequeño Alan se contraen. El llanto regresa. Y las sacudidas. Entonces decide agregar algo más.

—Volveré con mami —miente—. Mami vendrá por ti.

Cierra la puerta trasera y se aleja. Oye, en la distancia, los llantos y gritos de su hijo. Se le aprieta el corazón. Y se le rompe. Mientras camina hacia el interior de la forestal, es atacado por un sollozo. Las lágrimas caen por su rostro. Alza la vista al cielo y ahoga una maldición. A regañadientes, obliga a la tristeza a tomar un atajo. Apresurarse. Las lágrimas caen veloces. Luego dejan de hacerlo.

La situación apremia. El dolor físico también. Debido a la herida de bala, se ve obligado a cargar con los dos bidones de bencina en la misma mano. El desequilibrio de peso hace que su hombro herido chille.

Divisa, a pocos metros, la torre de astillas y aserrín. Una máquina taladora y otra máquina retroexcavadora a sus pies. Al costado derecho continúa estando la enorme muralla, abriéndose paso en la distancia como la barrera natural de la forestal con el resto de la región. En el costado izquierdo, en

cambio, se abre paso el resto del lugar. Cerca de las torres de restos de madera, hay tres enormes camiones de carga, junto a otra máquina taladora. Detrás, cientos de troncos de pinos descansan sobre el suelo. Más atrás hay dos edificios.

El primero es un enorme almacén de metal, de forma triangular y sin puertas. Adentro, Alan alcanza a notar que no hay nadie trabajando. Ve, sin embargo, un sinnúmero de máquinas y tablas de madera procesada.

El segundo edificio es más sofisticado. Es de concreto blanco, con enormes ventanales en su costado. Debe tener por lo menos cuatro pisos, y está antecedido por un nuevo estacionamiento. No es de tierra, como el de la entrada, sino que de cemento. Allí, Alan dilucida, se encuentran las oficinas de los ejecutivos de la forestal.

Camina raudamente. Sus zapatos se hunden en la tierra y levantan polvo. En su panorámica, todos esos edificios, camiones y trozos de madera deslumbran bajo el sol. Parecen quemarse lentamente bajo las altas temperaturas del verano. Casi como una señal del incendio que se avecina.

Su abdomen desnudo también es acariciado por el sol. Su sudadera rajada, sujeta a su hombro herido, ha provocado que deje de manar sangre. La que había caído hasta entonces, también se seca velozmente bajo el sol.

La empuñadura de su pistola sobresale sobre su vientre. El cañón se oculta bajo sus pantalones de enfermero. En caso de cruzarse con alguna persona, no dudará en usar su brazo herido, coger el arma y disparar.

Jadeante, llega hasta la torre de aserrín. Deja un bidón en el piso. El otro lo destapa. Comienza a derramar el líquido inflamable sobre los trocitos de madera. No mucho, pues sabe que arderán por sí solos. Debe haber, sobre el contenedor que los sostiene, varias toneladas.

Se dirige luego a la segunda torre de astillas. Hace lo mismo. Luego derrama un poco cerca de los neumáticos de los camiones. Va en búsqueda del segundo bidón y se aleja hasta los edificios del fondo y también los rocía con gasolina.

Acaba el primer bidón con las bodegas herrumbrosas que se ocultaban detrás del almacén de metal, en donde la madera era procesada. En aquellas bodegas, Alan concluye, se encuentran los sitios destinados a los empleados de la forestal. Cerca hay camarines y baños químicos. A unos metros de ese lugar, comienzan a abrirse paso las plantaciones de pinos. Aquel enorme

monocultivo se extiende a kilómetros en la distancia, generando un verdadero bosque de pinos, frondoso y extenso.

Alan sabe que es allí donde se desarrollan las faenas de la planta forestal, pero que ese monocultivo no tiene límites. No hay ninguna muralla de cemento. Se extiende sin parar hasta confluir con los límites de la autopista sur, que lleva hasta las ciudades australes.

En algún lugar de esa maraña de pinos, orientándose hacia el oeste, se encuentra la parte trasera de la hacienda de los Garretsen. Allí sí hay una muralla cercando el paso, sin duda para evitar que los trabajadores de la planta tengan fácil acceso a una de sus propiedades privadas.

Finalmente, del otro lado de la autopista, y dirigiéndose hacia el otro lado de las colinas y de Adoración, se encuentra la segunda etapa del monocultivo perteneciente a los Garretsen. Allí no hay edificios, solo pinos y más pinos. Se encuentran rodeando la zona del arroyo, las lagunas y la zona de *camping*. Allí donde, espera, Joanna pueda iniciar un segundo fuego.

Alan descubre que lleva unos minutos observando el horizonte de pinos. Parecía hipnotizado. Le pareció incluso oír voces desde las copas de esa infinita cadena de árboles, todos iguales. Y todos endiabladamente sugestivos.

Mueve los pies en dirección a ellos. Debe gastar todo el bidón que le queda en impregnar la tierra y las raíces de ese centro de faenas de los Garretsen. Su plan se detiene bruscamente. Alguien le sigue. Alguien camina detrás de él con velocidad.

Se gira rápidamente, al tiempo que saca la pistola. Deja caer el bidón. Gracias al cielo, está cerrado. Y, gracias al cielo, quien le sigue es un perro. Un pastor alemán adulto. Le enseña los colmillos. Luego le ladra.

—Tranquilo, amigo —dice con suavidad—. Solo he venido a quemar tu hogar. No te pongas bravo.

Al perro no parece gustarle el sarcasmo. Y no parece gustarle el intruso. Es un perro guardián, después de todo. Con su rabo en alto y el hocico abierto, el animal se acerca a Alan lentamente. Estudia su miedo. Lo huele. Y le gusta. Suelta un par de ladridos más.

Alan nota que los colmillos del perro tienen sangre. Y su pelaje negro y marrón, que rodea su cuello, también está cubierto de sangre. Pero no es la sangre fresca del animal. Es sangre seca de alguien más.

Alan se inclina al piso. Hace el truco de la piedra imaginaria. Pero el perro es viejo. No se traga los inventos de humanos bobos. Se abalanza sobre Alan. Alan suelta el seguro de la pistola. Lleva el dedo al gatillo. Una bala atraviesa la cabeza del animal.

Pero no ha sido él quien ha disparado.

No ha sido él quien ha jalado el gatillo. No ha alcanzado a hacerlo. Alguien se le ha adelantado.

—Soy yo quien debe matarte —dice el adorador de ojos verdes y hombro herido.

Alan se apresura a cubrirse detrás de uno de los baños químicos. No obstante, en su huida, una bala atraviesa su pierna derecha, a unos siete centímetros sobre su rodilla.

—Mierda —dice.

Se apoya en el baño y aprieta los dientes. Dos balazos en un día. No cree que pueda resistir tanto. Recuerda el bidón. Debe impedir que aquel idiota se adueñe de él. Entonces se acerca a la orilla del baño y dispara rápidamente en esa dirección.

Escucha pisadas escabullirse hacia las bodegas que hay enfrente. Mira de soslayo hacia el bidón. Sigue ahí. A su lado, el cadáver del perro. Se apresura en quitarle la vista de encima.

La sangre cae detrás de sus pantalones. Sabe que ha perdido mucha sangre desde el brazo. Debe detener la hemorragia de la pierna rápidamente o sus fuerzas se irán. Pero no tiene nada con qué hacer un torniquete. Sabe que debe actuar rápido, para así poder llevar a cabo el incendio.

—He llegado demasiado lejos —dice, dándose ánimos—. Debo resistir. Fui policía. Mierda, debo resistir.

Presiona la pistola con fuerza. Entonces lo ve. Apoyado en el baño químico contiguo, a solo metro y medio de distancia, agoniza un viejo. Es el guardia. Tiene un corte en el estómago y un cuchillo clavado en el tórax.

Se trata del guardia de seguridad. Y es su sangre la que iba encima del perro. El viejo lo mira con debilidad. Parece querer decirle algo. Pero no le quedan muchas fuerzas para hacerlo.

Alan mira por el espacio que hay entre los baños. No hay nadie aguardando. Nada amenazante. Solo una bodega de metal. Cojea hasta el guardia. Se sienta a su lado con un terrible dolor en la pierna.

—Lo siento, viejo —susurra—. Pero necesito esto.

Le quita, con el mayor cuidado que puede, su camiseta. El viejo se sacude bajo sus movimientos. La sangre cae sobre él. Pero aquel hombre ni siquiera pestañea. Parece muerto. Pero aún respira. Alan siente el impulso de darle un tiro en la cabeza y acabar con su sufrimiento. Pero sabe que no podrá hacerlo. No sin antes pensarlo dos veces. Y la situación no amerita pensamientos que deban repasarse más de una vez.

Envuelve la camiseta sobre la herida de su pierna. Duele. Vaya, si duele, y mucho.

Con enorme dificultad, se pone de pie. Va a la orilla del baño. Ve una sombra escabullirse del otro lado. Siente la presencia de su adversario cerca. Oye su respiración.

—No somos tan diferentes —masculla el adorador.

Alan dispara en dirección a la voz. Dos balas atraviesan el baño químico. Pero del otro lado no parece haber cuerpo alguno. Descubre que el hombre se oculta en el costado izquierdo. Antes de pensar en algo, el adorador empuja el baño químico de una patada. Cae sobre la cara de Alan. Luego, Alan se lo quita de encima, botándolo al piso, en dirección contraria al cuerpo del guardia moribundo. Comienza a desparramarse un líquido azul.

En un abrir y cerrar de ojos, tiene el cuerpo del adorador encima. Lo empuja con tanta fuerza hacia el otro baño químico que, debido a su herida en la pierna, Alan cae al piso. Su pistola cae lejos.

El adorador se queda sobre él, ahorcándolo con ahínco. Sus manos anchas y sudorosas se pegan a su cuello. Alan siente las yemas de sus dedos, grasosos y tibios. Pero mortales. Tiene las uñas largas y estas arañan su piel. Ve sus ojos verdes, inmensos e inmisericordes, cargados de ira, sobre los suyos. Van inyectados en sangre. Una vena de rabia late cerca de su ceja izquierda. Parece a punto de estallar.

—Te mataré al igual que lo hice con el guardia.

—Mataste a mi esposa —le recuerda Alan.

Su voz suena acalambrada y afónica. Como si tuviera piedras bajo la lengua. Siente cómo los huesos del cuello demandan un respiro. Parecen a punto de quebrarse como astillas. Entiende que ninguna otra palabra saldrá de su boca.

—Deberías estar agradecido —le dice el adorador—. Salvé a tu esposa de convertirse en una parricida. Yo salvé a tu familia.

Alan intenta alcanzar su pistola, pero le es imposible. Está demasiado lejos. Además, el adorador tiene apoyado uno de sus codos cerca de su hombro herido. Y el peso de parte de su cuerpo sobre su pierna baleada. No puede más del dolor. Se deja llevar por la muerte.

Y, mientras transita por la arteria mortal, su asesino mueve la boca con desdén.

—Nadie, en cambio, salvó a mi familia. Nadie detuvo a mi esposa cuando mató a nuestros hijos. Nadie la detuvo cuando los ahogaba en la piscina. Pero Lidia me salvó. Nos salvó. Cuando estábamos perdidos, ella nos salvó.

—El ambiente verde en sus ojos parece expandirse. Y la vena sobre la ceja izquierda se ha ensanchado. Parece una serpiente púrpura latiendo bajo su piel, a medida que la cólera le da bríos para acabar con Alan—. ¡Ella nos ofreció un mundo nuevo! ¡Un mundo donde las madres asesinas son parte del plan! ¡Donde los hijos asesinados no duelen! ¡Cohabitan en la realidad boca abajo que respira en Adoración!

Alan hace un último esfuerzo por coger su arma. Estira el brazo, aunque esto le ocasione dolor. Pero, por más esfuerzo, no alcanza. Entierra, frustrado, las uñas en la tierra.

Nota que los ojos del guardia le miran fijamente. Pero no se mueven. Cree que ha muerto. Pero de pronto, pestañea. Lo ve llevar su mano derecha al bolsillo de su pantalón.

—¡La tristeza no funciona en los parámetros del diablo! —continúa el adorador—. ¡No puedo ser desdichado bajo las alas de Satán! ¡Los hijos muertos no duelen bajo el hálito de sus órdenes!

El guardia, mediante sus manos que no dejan de tiritar, le arroja un cortaplumas. Alan alcanza la ayuda. La abre. La navaja plateada, pequeña —del tamaño de su dedo del medio— pero afilada, se queda quieta en su mano izquierda.

—¡Mi hijo muerto ya no duele bajo la voz de la maestra! —continúa el Adorador—. ¡No duele nunca más! ¡Mi esposa no lo mató porque se había vuelto loca! ¡No! ¡Siguió siendo la amorosa mujer que siempre ha sido! ¡Lo mató por orden del diablo! ¡El diablo existe! ¡Dios, no! ¡No más!

Su voz es bufonesca e hilarante. Suena descabellada y aguda, como una reverberación desesperada haciendo eco tras un grito disparatado. Aquel hombre parece un tipo ebrio tratando de justificar sus actos. El dolor de su espíritu comparece de magistral forma en su rostro cada vez más perverso.

Sus ojos verdes han cobrado una magnitud selvática, frondosa e inexpugnable. Pero su voz, atormentada por las palabras que discurren por su paladar, nulifican su aspecto homicida y lo reducen a un lunático vagabundo que grita estupideces.

Por fin, Alan, cuando está a punto de matarlo, puede ver al asesino de su esposa en todo su esplendor. No es más que un arruinado hombrecillo que no soporta el peso de eventos pasados en su vida. Y que busca racionalizarlos mediante locuras a las cuales sus ojos verdes y grandiosos, educados en complejo sostén, no soportan. Ni entienden. En esa compleja dualidad, aquel tipo no es más que un criminal que cree en el diablo, aun cuando sabe que no existe. Sabe, sin embargo, que sus hijos han muerto. Han muerto ahogados en una piscina por su madre. Y esa horrible verdad palpita sin parar, como una vena inflamada gritando en alguna parte de su nuca.

Y aprieta con más fuerza la garganta de Alan.

Alan lleva la navaja hasta su abdomen. Lo apuñala sin parar en, por lo menos, diez ocasiones. Siente la sangre de su víctima salpicar sobre sus dedos y discurrir por la palma de su mano. El adorador cae a un lado. Pero no ha muerto. Se apresura en sacar la pistola del interior de su chaqueta. Apunta a Alan. Forcejean.

El adorador alcanza a disparar. La bala penetra el estómago de Alan. Siente el plomo en alguna parte de sus tripas. Y ve el rojo humedecer gran parte de su abdomen desnudo.

Al mismo tiempo, y antes de que el adorador vuelva a disparar, Alan le clava el cortapluma en su garganta. Una y otra vez. Como un crío emocionado que abre, con poca educación, el regalo más grande bajo el árbol de Navidad.

La pistola del adorador cae. La sangre, sobre su cuello, también. Pero Alan continúa un poco más. Se siente bien vengar a Emilia. Y se siente bien mover esa navaja dentro de la garganta de ese hombre. Hace que el dolor en su vientre desaparezca. O se pierda, por lo menos, durante un instante.

Grita de dolor al ponerse de pie. Cojea minuciosamente hasta el bidón de bencina. Inclinar al piso para tomarlo es un calvario. Internarse en el monocultivo, también lo es. Antes de hacerlo, se vuelve hacia el guardia.

—Gracias —dice.

No obtiene ninguna clase de respuesta.

Suda y sangra.

Se muere.

Pero la adrenalina le da un impulso. Pánico ciego, le llaman. No es capaz de verlo. No es capaz de ser consciente de la sangre que cae de su abdomen. No es mucha. Pero lo suficiente como para desmayarse en cualquier momento.

Comienza a desparramar los cinco litros sobre la tierra, a medida que camina por los pinos. No cree, debido a su estado, que pueda alcanzar el corazón del terreno en donde se realizan las faenas de la forestal. No cree alcanzar el núcleo en donde los operarios de los Garretsen, armados de motosierras y máquinas cortadoras, apuñalen la materia prima de sus exportaciones. Pero tiene la fe de que el fuego se dilatará con velocidad.

Con los litros ya desparramados por gran parte de la forestal, Alan regresa. Mezclada con la gasolina, hay algunas partículas de su sangre. Su mano, sobre la herida, ya es completamente roja. Regresa por fin a la zona de bodegas. Se pregunta si acaso hay trabajadores en medio de los pinos. Descubre que le da igual.

Jadea. Su cabeza y su respiración dan vueltas sin parar, provocándole un cada vez más fuerte mareo. Las palpitaciones sobre su corazón resuenan como un termostato que se acerca al punto de explosión. Y el dolor, el negro dolor, no claudica. Se ha multiplicado desde su brazo, pierna y abdomen, hacia todos lados. Sobre esos sitios, una radical adrenalina se arrastra desde los parámetros de sus angustiantes alaridos, como una bruma asfixiante provocándole una dificultad para respirar que, sabe, acabará en un desmayo.

En su muerte, se corrige.

Pero la adrenalina se intensifica al ver una figura humana, de pie a la entrada de la zona de bodegas. Es una mujer. En una de sus manos aprisiona la mano del pequeño Alan.

—¿Creíste que podías llevártelo?

Alan se queda pasmado. Sin energías. En una mano tiene la pistola y en la otra el fuego.

—Si usas cualquiera de esas dos cosas —continúa la mujer—. Pues, bueno, ya sabes. —Hace una pistola con los dedos de su mano y luego finge dispararle en la cabeza al niño.

Rápidamente, la pistola de dedos se convierte en una pistola de verdad. El cañón negro amenaza la cabeza de su hijo que, aislado de esa amenaza, parece de lo más feliz al lado de su captora.

—Ese niño confía en ti —dice Alan—. No le hagas daño, por favor.

—Hecho. A cambio, tú no quemas los pinos.

Alan no desea abrir la boca. Está agotado de oír tonterías sobre el demonio. Y sabe que debe apurarse con el incendio. Acaricia la rueda del encendedor, indeciso. Nota de reojo que algo se ha movido cerca de los baños químicos, a pocos metros de la adoradora. Esa puede ser su salvación. Se anima, entonces, a apuntar con la pistola a la mujer.

—No dispararé —miente, mientras hace sus últimos esfuerzos analíticos por apuntar la cabeza de la intrusa. Lo logra. Pone el dedo en el gatillo.

Entonces el guardia, que intenta ponerse de pie, fracasa en su intento. Cae de rodillas, incapaz de moverse. Pero no importa, su intento ha sido suficiente para llamar la atención de la adoradora. Ella ha desviado su cabeza hacia el lugar del movimiento y el ruido. Alan aprovecha el momento y jala. La bala penetra la frente de la mujer. Muere. A su lado, el pequeño Alan queda pasmado, igual que su padre hace un rato.

—Tu madre ha llegado —miente—. Debemos ir donde ella. Nos espera en la camioneta.

El niño no parece creer. Los niños tienen una facilidad extraordinaria para captar las mentiras. Pero alrededor del niño hay dos personas muertas, otro agonizante y el cadáver de un perro. Un sitio desconocido y tenebroso se encumbra a su alrededor. El sentido común infantil le dice que irse con el adulto no es mala idea. El adulto no le desagrada del todo. Y, además, está la promesa de volver a ver a mami. Entonces empieza a creer.

—Oye —dice Alan al tiempo que se le acerca—. ¿Quieres ver algo extraordinario?

—Ma... mami —balbucea el niño. Lleva los dedos a su boca.

—Claro. Mami.

Alan guarda la pistola entre su pantalón. Estira la mano hacia su hijo. El niño duda. Finalmente acepta. Hace ademán de cargarlo, pero le es imposible con sus tres heridas de bala. Lo toma de la mano y caminan hasta la entrada de la zona de faenas. Enciende el encendedor.

—¿Te gusta el fuego? —pregunta.

No obtiene respuesta.

Da igual. La pregunta ha sido para él mismo.

Busca en el bolsillo de su pantalón una astilla que recogió del suelo. Le enciende fuego. Tarda unos segundos en encender. Finalmente, la llama es lo suficientemente grande para no apagarse con los movimientos de su mano al arrojarla al suelo. La llama hace contacto con la gasolina y el resto es lógica. De una lógica roja y serpenteante.

—¡Guau! —exclama el pequeño Alan.

—Increíble, ¿no?

Alan mira a su hijo. Le acaricia el pelo. Luego se toma unos segundos para ver el espectáculo. El incendio no tarda en volverse inmenso y peligroso. Las llamas, impulsadas por la gasolina, queman todo a su paso. El fuego se extiende alrededor de los pinos con una vehemencia extraordinaria. Sobre el espectáculo rojo envolviendo las verdes copas de los árboles, comienza a ascender humo. Humo negro.

Pronto la vista empieza a molestar. Se gira. Lleva a su hijo de regreso a la salida de la forestal. El chico balbucea algo, pero Alan no logra escuchar. De camino observa al guardia. Aquel anciano le salvó la vida dos veces. Pronto, su cadáver quieto sobre la tierra desaparecerá calcinado.

Regresa a la zona de los camiones, las torres de aserrín y astillas, y los edificios. Con sumo cuidado de no pisar en el rastro de gasolina, vuelve a robar una astilla. Le prende fuego y la lanza hacia el rastro de líquido que lleva hacia los edificios del fondo. Ve con asombro cómo la línea de fuego se apresura en marcar la tierra como un cinturón de fuego. Sigue el rastro y llega a su destino. Pronto el almacén de madera procesada y el edificio de oficinas arden.

Se inclina al piso y coge una nueva astilla. Esta tarda un poco más en arder. Pero finalmente lo hace. La lanza hacia la torre de aserrín. Arde con violencia. Como una chimenea descontrolada. Las llamas, pronto, consiguen invadir la torre contigua.

Alan se aleja de allí.

Ingresan a la camioneta.

—Mamá —insiste el chico.

—Ya viene —termina diciendo.

Acelera y se aleja de la forestal. El neumático desinflado provoca nuevas sacudidas. Se internan en el camino de tierra y Alan conduce unos metros más hasta llegar al acceso de la autopista. Frena. Para el motor. La carretera

está vacía. Abre la ventanilla. Hay, frente a sus ojos, un enorme letrero publicitario emergiendo más allá del arcén.

CONSTRUYA SU CASA AQUÍ, EN VALLE RÍO AUSTRAL.

PARCELAS DE 5000 MTS2. FACTIBILIDAD AGUA POZO PROFUNDO.

Más allá hay un letrero de no adelantar.

Alan escucha el silencio. Es tranquilo. El pequeño Alan, a su lado, insiste en pedir a mami. Parece querer agitarse. Parece querer una nueva rabieta. Alan alarga una de sus manos y comienza a hacerle cariño en el pelo.

—Te amo, hijo —es lo último que dice.

Luego le da un vistazo y piensa en Emilia. Aquel niño es jodidamente igual a su madre. A su verdadera madre.

Escucha, a lo lejos, una explosión. Se trata, sin duda, de los camiones de la forestal. Luego escucha el ruido de motores acercándose. Nota que se trata de una nueva caravana de militares dirigiéndose a la región austral del país. Dirigiéndose al desperfecto.

Alan sonríe. Los ve detenerse frente a la camioneta. Entiende que el pequeño Alan está a salvo. Entonces cierra los ojos y se deja llevar por el dolor en el abdomen. Se deja llevar por la muerte. Y al final, muere.

En los alrededores, el fuego en la forestal se ha vuelto descomunal, haciendo que todo el paisaje cobre un inquieto sentido rojo.

60

—Me voy —dice Ingrid en voz alta.

Y se marcha.

Ingrid se ha ido. Joanna no lo puede creer. Se ha ido junto a Loreto y un bidón de bencina. Dijo que haría su parte con eso de prenderles fuego a los pinos. Joanna se lo agradece.

La vocera del comité no hizo reparaciones acerca de irse en un auto robado de una de las otras apoderadas que había aparcado su auto en la zona de *camping*. Y aquel lema sobre cómo nos cambia la vida regresa. Y regresa con más fuerza cuando Joanna descubre que extrañará a esa mujer. Y que, por cierto, le estaba agradecida. Le estaba agradecida por todo lo que hacía.

Era valiente. Una mujer muy valiente.

Otra cosa que Joanna no puede creer es el hecho de hallarse a los pies del primer pino que rodea la zona de *camping*. Al entrar por la breve planicie que lleva hasta la casona amarilla, ha escuchado los pasos incesantes y

desesperados de Florencia, del otro lado del granero. Se ha soltado de sus cadenas. Pero no ha logrado salir. Y sigue viva.

Pensaba, hasta hace un rato, que esos adoradores del diablo la venían siguiendo. Pero al parecer estaba equivocada. No hay nadie cerca más que un silencio expectante. Sus sobrinas han quedado al interior de la casona amarilla, ocultas en el segundo piso.

Sabe que debe apurarse. No la siguen. Pero puede estar equivocada. Se interna solo unos cuantos metros al interior de la espesura del bosque. Comienza a verter la gasolina sobre la hierba. El primer bidón queda vacío en pocos minutos.

Mueve las piernas. Se aleja de la casona amarilla y comienza a internarse tan lejos, que cree escuchar el sonido del agua correr sobre el arroyo. Y empieza a sugestionarse ante el recuerdo de las madres caníbales que, del otro lado de esa agua, abren y cierran la boca.

Ha terminado con el segundo bidón. Lo arroja sobre la raíz de un pino. Lo mira, satisfecha, y regresa por donde vino. No tarda en oír pasos. Vienen desde alguna parte del bosque. Agudiza el oído. Se queda quieta. Desenfunda el arma. Pero un disparo la sorprende. La bala penetra en su hombro derecho. Debido al dolor inesperado, su pistola cae al piso.

—Mierda —masculla.

Lleva la mano izquierda sobre la herida para detener la hemorragia. Se acerca a su pistola. Se inclina al piso para tomarla con la adolorida mano derecha, pero es tarde. No alcanza a tomarla. Los pasos se han acercado lo suficiente para que la pistola de su atacante quede sobre su cabeza.

—No te muevas —dice una punzante voz femenina.

Y el cañón duro y frío sobre su nuca tibia por el sol y el sudor, subrayan eso de *no te muevas*.

—¿Creíste que podrías escapar? ¿Creíste que podrías quemar el bosque?

—No es un bosque, mujer estúpida —se defiende Joanna—. Es un puto monocultivo que ha hecho inmensamente rica a tu familia. Han explotado el suelo de este pueblo sin parar por años. El dinero es lo único que te preocupa.

—¿Crees que se trata de dinero? Aquí reside su hogar. No dejaré que lo quemes.

—¿El hogar del diablo? Vaya estupidez, ¿escuchas lo que dices? No eres más que una lunática zorra que no puede aceptar la idea de haber asesinado

a su hijo.

Joanna, cabreada y colérica debido a la bala incrustada en su hombro, no mide sus palabras. Lidia la jala del pelo y la gira hacia ella. Luego se aleja unos pasos. Le apunta la cara.

—No maté a mi hijo —dice molesta—. Él lo hizo. El diablo lo hizo.

—Y entonces, ¿por qué lo adoras? ¿No deberías odiarlo?

—El me habló. Él me eligió. Él me dijo lo que vendría. Él me dijo que el apocalipsis de madres asesinas se avecinaba y que yo debía guiar el nuevo mundo. Yo debía guiar a los demonios del juicio final.

Joanna frunce el ceño. El sol cae sobre el rostro blanco de Lidia, esclareciendo todavía más sus ángulos de macabra palidez. Y esa fea cicatriz arañando su cara en diagonal parece la tilde de una palabra extraña, de cualidades remotas y añosas; una palabra que ignora el lenguaje humano, pero que sin duda guarda relación con la locura. Con la más grotesca y estúpida de las locuras.

—No eres más que una fanática que se ha inventado un culto para justificar su mente parricida.

Joanna sabe que no es verdad. Sabe toda la mierda siniestra que discurre en Adoración. Pero se siente bien fastidiar a Lidia.

—Amaba a mi hijo. Era lo único que amaba en el mundo —anuncia con desconsuelo—. Ninguna enfermedad mental, ni la más oscura de las desviaciones del alma, hubieran hecho que yo asesinara al fruto de mi vientre. Solo Satanás podía hacerlo. Solo el rey del inframundo, que teje los murmullos de las cloacas de la mente humana podía arrojarme a tal acto. Él me eligió, a mí y a todas las madres de este pueblo.

Y la necedad vuelve a imbuir los sentidos de Lidia. Parece una insoportable religiosa golpeando a la puerta de Joanna un domingo a las ocho de la mañana, anunciando la llegada del apocalipsis.

Lidia da dos pasos hacia atrás. Parece hastiada del sol. Se cubre bajo la sombra de la copa de un pino. Ahora sus rasgos amarillentos, que combinan a la perfección con su camiseta deslucida, aumentan su carácter despreciable; de lunática jovencita ebria que parece divertirse su historial de crímenes.

—Debo secuestrar niños —continúa—. Nuevos niños para el nuevo mundo. El mundo sin madres.

Joanna siente los rayos del sol castigar sus ojos. Ya no puede más con esa desesperante conversación.

—Loca de mierda —dice de mal humor.

—Cuando las madres den a luz —continúa Lidia, como si no la escuchara—. Serán separadas de sus bebés para que no puedan matarlos. Y así, el nuevo mundo, entre demonios, dará a luz.

—Es una teoría estúpida.

—No dejaré que quemes el bosque. No dejaré que arruines mi nuevo mundo.

—Arruinaste tu mundo al matar a tu hijo.

—No. Ya te dije que yo no lo maté.

—Sí, lo mataste. Solo finges locura para olvidarte. Pero lo mataste, zorra estúpida. Eres una mami muy mala.

Los ojos de Lidia parecen inyectados en furia. El foco amarillo que, parece ser, se ha vuelto defectuoso, parpadeante. Se triza y se vuelve oscuro. Y un tenebroso punto negro, sobre cada iris de sus ojos, se expande sobre el globo ocular, como una oscura niebla esparciéndose en su vista.

—¡No lo maté! —grita desesperada.

—¡Sí, mujerzuela estúpida! ¡Lo mataste! ¡Mataste a tu hija! ¡Asesina!

Lidia dispara.

La bala se pierde en el aire.

Joanna se traga sus siguientes gritos. Sobresaltada, por fin guarda silencio. Pero lo ha disfrutado. Sabe Dios que lo ha disfrutado.

Lidia comienza a llorar. Encorva sus hombros y hace movimientos erráticos sobre la hierba. Se ha vuelto impredecible. Joanna aprovecha de mirar su pistola. No está lejos de sus pies. Da unos pasos. Va a inclinarse, pero Lidia la sorprende.

—Actúas igual que ese policía idiota. Cuando me detuvieron hace más de veinte años. Alan no me detuvo ni estuvo presente en mi interrogatorio. Pero recuerdo haberlo visto pasar por el cuartel. Recuerdo su mirada al caminar por el pasillo mientras yo declaraba. Esa puta mirada condescendiente. Esa mirada furtiva, que no es capaz de mirarte a la cara, pero que, hacia el suelo, levanta un polvo de vergüenza y de “Pobre mujer. Pobre loca. Espero nunca vivir algo así”. La misma mirada de mierda con la que me miras. Es como si no les importara mi desgracia. Solo la usan como

recordatorio de que la vida es una mierda, y es mejor vivirla antes de que la locura de esa lunática, en la sala de interrogatorios, me alcance.

Lidia se quita las lágrimas de sus ojos.

—A gente como a él —continúa— jamás le ha importado la desgracia ajena. Solo la usan como recordatorio de que el mundo es una mierda. Y que es mejor moverse con cuidado, si no quieren que pedazos de esa mierda se adhiera a sus zapatos.

Joanna queda justo a un lado de su pistola. Intenta inclinar la mano hacia el suelo, pero otra vez es detenida.

—Pero lo reconocí cuando lo volví a ver. Y le dije que la locura ya lo había alcanzado. Que su hijo moriría en manos de su madre. Yo lo salvé de ese destino. Y no fue capaz de agradecérmelo. No, claro, a los locos no se les agradece nada.

—Mataste a su esposa. Y mataste a tu hijo. No hay nada que agradecerte, zorra.

—¡Yo no lo maté!

Ella da dos largas zancadas hacia Joanna, completamente encolerizada. Joanna intenta alcanzar la pistola, pero no puede. El dolor en el hombro le impide ser rápida. No tarda en tener las manos de Lidia encima.

—Camina —le ordena mientras le apunta la nuca.

Joanna hace caso. No tardan en llegar al final del embrollo de pinos.

—Detente.

Y lo hace. Se queda mirando hacia el claro. Específicamente, hacia la casona amarilla. Y entiende qué es lo que está por venir. Traga saliva y siente un hormigueo en la espalda.

—La mujer del granero es tu hermana, ¿no? Es la madre de esas gemelas que andan contigo.

Joanna guarda silencio.

Lidia le jala el cabello.

—Responde.

—Sí —dice resignada—. Lo son.

—¿Su madre las ama?

—Sí.

—Más que tú, seguramente. Ya sabes, no hay nada como el instinto materno. ¿Creerías, alguna vez, que ella quisiera hacerles daño?

—No.

—Pues, sin duda que no. Seguramente es una de las madres más dulces que conoces. Si alguien te dijera que algún día esa madre les haría daño a sus gemelas, seguramente no lo creerías.

Joanna asiente con la cabeza.

—Pero está por hacerlo. Está por comerse a sus hijas. ¿Crees que ella quiere hacerlo? ¿Crees que tu hermana quiere matar a sus hijas? ¿Crees que es consciente de lo que sucede?

—No —escupe, impotente y molesta.

—Yo era como tu hermana, cariño. Amaba a mi hijo. Si alguien me hubiera dicho que algún día yo lo mataría, me hubiera puesto a reír, completamente incrédula. Pero lo hice. Pasó. Tal como ahora pasa con tu hermana. Ninguna de las dos pudimos evitarlo. Fue el diablo quien nos poseyó. Fuimos elegidas. Todas las madres en Adoración lo somos. No queda más que aceptarlo. Dios no existe. Se ha ido de este lugar. Pero el diablo no. Él nunca te abandona.

—Zorra —masculla Joanna.

Ve a una nueva adoradora del diablo acercarse al granero. Intenta abrirlo para dejar libre a Florencia.

—Cuando asesiné a mi hijo, lo supe —prosigue Lidia—. Busqué auxilio en Dios. Pero no lo encontré. Solo encontré oscuridad. Solo encontré miradas de lástima y el eco infernal de que yo era una asesina y que jamás volvería a ver a mi hijo. Jamás volvería a ser feliz. Dios, en ese sitio, me había abandonado. Pero el diablo, cariño, el diablo estaba ahí, susurrándome al oído. El diablo jamás te abandona. Incluso en los peores momentos, él está contigo.

—Por favor —dice Joanna—. Deja a mis gemelas en paz. No dejes que abran ese granero.

—Descuida, cariño. Tu hermana pronto encontrará consuelo con Satanás.

Joanna revuelve en el bolsillo de su pantalón. Da con el encendedor. Sabe que es capaz de incendiar el bosque con ella adentro. Ya no le importa. Solo quiere mantener a sus sobrinas a salvo. Pero sabe también que necesita algo para encender el fuego. Y que, mientras Lidia y la otra adoradora vivan, sus sobrinas nunca estarán a salvo.

Mira en todas direcciones. La busca. El granero todavía no se abre. Todavía hay tiempo. Pero presiente que ella se ha ido. Se ha ido para

siempre y no volverá. La ha abandonado. Entonces, ella regresa. Y Joanna sonríe con optimismo.

—¿Creíste que estábamos solas? —pregunta Joanna con satisfacción—. ¿Creíste que ella se había ido?

—Las vi despedirse —masculla Lidia.

—Sabíamos que venías detrás. No estaba del todo segura, pero era mejor prevenir. No eres tan lista, mujer.

Lidia no dice nada. Parece sorprendida.

Su colega en el trabajo de adorar a Satán, también.

Joanna la ve girarse desde la puerta del granero. Es tarde. Ingrid levanta la pistola y le vuela los sesos.

Lidia, boquiabierta, se distrae. Le quita la pistola de encima a Joanna, quien aprovecha y le toma el brazo armado. Una bala sale disparada hacia el suelo. Forcejean un par de segundos, pero Joanna, que ya tiene un doctorado en peleas cuerpo a cuerpo, le da un fuerte puntapié en la vagina a Lidia. Esta deja caer la pistola y se retuerce de dolor.

Joanna busca hacerse con el arma. No alcanza a hacerlo. Lidia arremete contra ella. Caen al piso. Lidia encima. Ella la araña. Mientras lo hace, siente el aliento de la fanática del diablo sobre su nariz. Otra vez, ese aliento a café con leche. Ahora mezclado con tostadas con mantequilla. Nota, además, una cantidad horrorosa de caspa brillando como estrellas del reino de las asquerosidades, sobre su grasiento cuero cabelludo. Siente náuseas. Deja de mirar allí.

Busca alcanzar la pistola. Lidia también lo hace. Sus miradas se cruzan bajo una línea de sol. Solo fugaz. Pronto alguien alcanza la pistola.

Es Joanna.

Lidia le ofrece un último golpe en su hombro herido. Joanna chilla de dolor. Luego, debido al desconsuelo, jala el gatillo. El pecho de Lidia se llena de sangre. Su camiseta amarilla se cubre de líneas rojas, como si estuviera desgarrada y, desde esos desgarros de tela descuidada, no dejara de brotar sangre.

Joanna se pone de pie con velocidad. Busca en el piso, desesperada. No encuentra nada con qué iniciar el fuego. Quitarse la camiseta pasa raudamente por su cerebro. La opción de quedarse casi desnuda en ese lugar no le resulta del todo buena idea.

Finalmente da con la raíz de un pino. Una rama delgada parece sobresalir. Le pone el pie encima y, con la mano izquierda, jala hacia arriba. El hombro baleado resuena de dolor. La rama se rompe. La humedece con la gasolina que hay en el suelo. Luego saca el encendedor.

Fuego.

Lanza la rama encendida hacia el interior del bosque. Pronto la llama se hace grande. Inmensa.

Escucha un balazo desde la casona amarilla. Se vuelve. Descubre que un nuevo adorador ha llegado e intercambia tiros con Ingrid.

Va hacia allá, pero algo la detiene. Es Lidia. No ha muerto. Se ha puesto de pie con una fuerza sobrenatural. Y camina hacia el fuego, como un insecto atraído por luz artificial. Por una inmensa luz artificial.

61

El fuego envuelve todo.

El fuego es lo único que ve.

—Yo no maté a mi hijo —declara Lidia, entre lágrimas y dolor—. Fue el diablo quien me ordenó hacerlo.

—Lo sé —le concede Joanna—. Lo sé.

Y Lidia parece entregarse a la muerte con más tranquilidad.

El fuego no tarda en masticarla con sus líneas de adusto calor, ensimismado por la gasolina que humedece con acritud cada ángulo de la hierba seca.

Pronto, la tranquilidad de su alma, como negro humo brillando en el cielo encapotado de la más lóbrega de las noches de invierno, escapa de ella. Joanna observa los pies de Lidia moverse de lado a lado, como una bailarina encapotada por la ruina del más vaporoso de los dolores. Y mientras su piel se derrite, ella se desliza con desesperación alrededor de la muerte roja.

No tarda en ponerse a gritar. Sus femeninos aullidos que inclinan el desgarró enfermizo de quien ha trocado el eje de su conciencia a los ojos del demonio, vibran en una sonoridad perversa; de quien se quema sobre el abrigo de un lugar maldito que se derrite, desaparece y muere. La maldición del bosque muere junto a ella.

Joanna ve los dedos de Lidia moverse con angustia. Se los lleva a su cabello. Se restriega los pelos. Una llama, que asciende desde su espalda, no

tarda en adueñarse de esa sucia maraña negra. El pelo, como plástico, empieza a derretirse. Luego su cuero cabelludo y el resto de su cráneo.

Antes de morir, se alcanza a girar hacia Joanna. Sus ojos, dilatados como el fuego, se mueven de lado a lado, al tiempo que la piel que los rodea se arrastra como una máscara que lleva mucho tiempo a un lado de la estufa.

Lidia abre su quijada. Sus dientes amarillentos parecen ser el único rasgo que se ha salvado del fuego. Pronto todo su cuerpo es alcanzado por las llamas. Su aspecto cadavérico parece querer decirle algo, pero las palabras, como cenizas bajo su lengua, se pierden en el rocío rojizo que se desenvuelve en ese rincón de Adoración. Cae al piso. Y Joanna ya no puede seguir viéndola.

Pero tampoco puede salir de allí. Un aire de infernal crepúsculo eterno ha crecido a través de las hendiduras de miles de árboles mudos que, como enredaderas del más pérfido y remoto de los castillos, ve, sin nada que hacer, cómo su hogar muere calcinado. Y aquello, para Joanna, resulta hipnotizador.

En medio del incendio, respirando la corriente anaranjada que flota en el ambiente, le parece estar analizando la catarsis de la peor de las pesadillas; ahora convertida en nada más que un extraño sueño, de lóbrego semblante y mortecina naturaleza. Le da la impresión de soñar con el fin del mundo. Es como poner los ojos en el rojo escenario en donde mueren los demonios. En donde el apocalipsis acaba. Y ella, claro, también acabará. Acabará quemada. Si no muere desangrada antes.

Pero no hay nada que pueda hacer. Intentar mover los pies le es imposible. Ha notado cómo el fuego se ha expandido con una velocidad extraordinaria. Como si alguien, o algo, estuviera empeñado en quemarlo todo.

A pesar de la esencia fatalista que fluye en leguas y leguas de pinos, Joanna no deja de sentirse extasiada. Las sombras de rojo carácter resplandecen, sinuosas, bajo el quieto viento de ánimo transido; de voz que se apaga. Que se esfuma, bajo el bullir de eones de velas que iluminan el sótano de un sitio en donde los muertos reviven. En donde las madres matan a sus hijos.

Lejos de sentir miedo por ser testigo de la muerte de viejas maldiciones, Joanna siente un estupor fantástico. Como si estuviera dormida, viviendo una pesadilla y, de pronto, la faz de su consciencia le permite salirse del

onírico trance de su cerebro y ver, de forma lúcida, a la cosa que adulteraba su memoria durmiente. Ver, a los ojos, al terror de sus pesadillas.

Y el terror le ofrece cualidades más grotescas. Tarde o temprano, sucedería. La atmósfera crepuscular trocaría hacia la noche. La oscuridad llegaría. Sin duda llegaría. Y el fuego parece convertirse en un nubarrón de humo negro, asfixiante, que se mueve hacia todos lados, como una bandada de cuervos hambrientos.

La esencia soñadora, melancólica y taciturna que envolvía el mundo, como una escalera de caracol a orillas de un roído castillo, se ha derrumbado ante el peso de su insolencia. Ante el peso de su acecho. Y Joanna cae, por ver lo que no debe, sobre las ruinas. Y más abajo incluso. Hacia las cloacas. Hacia esos sitios de medieval sentido, en donde viejos caballeros se comen sus propios dedos debido al hambre.

Allí, en insondables prisiones de oxidados barrotes y famélicas ratas, Joanna cae aturdida. Y el prisionero del lugar es Lidia. O sus restos. Sus restos de carne calcinada. Negra como carbón.

—No podrás salir de aquí —le dice la voz venida de la cripta—. Morirás con nosotros.

Y de pronto, más seres, de las mismas cualidades carbonizadas, pero de diferentes ángulos faciales, o lo que queda de ellos, emergen. Y se multiplican.

—Morirás con nosotros, ratón —le dice Maicol.

—Dejó que muriera, profesora —dice Félix.

—Mereces morir —dice Marta.

Y la pequeña Gabriela, a su lado, está de acuerdo.

—Muérase, como nosotros. Mi cuerpo, y el cuerpo de todas sus alumnas, se quemarán aquí. Y se disgregarán aquí.

De manera repentina, el barullo de voces se multiplica con voracidad. Y decenas de voces infantiles y femeninas emergen de algún lado.

—Dejó que nos mataran —repiten las voces—. Dejó que nuestras madres nos comieran.

Y el torbellino de quejas infantiles se mezcla, una voz sobre otra, y otra y otra, hasta hacer de las voces un canto enfermizo y cruel que se repite desde algún lugar de las sombras que sostienen sus ojos. Y, en ellas, se trazan recuerdos. Ningún otro recuerdo más que aquel que le ofrece las imágenes de sus alumnas siendo devoradas por sus madres del otro lado del arroyo. Y

una profunda tristeza se arrima al árbol de sensaciones ominosas que se agita en alguna parte de su cerebro.

Las voces se multiplican. Crecen, al igual que fisuras en una pesadilla, arrojándola, cada vez, al más hondo de los vacíos sórdidos de la mente humana. Generan ecos. Ecos infinitos, agudos, como motosierras bajo tierra. Como un canto de niños fanáticos del demonio que, sin ya un ápice de cordura, y entregados a la mayor exaltación de las verdades, se dejan llevar por el fanatismo.

Y las voces son muchas. Demasiado desesperantes. Como tener a todo un pueblo encima. Dándole patadas en su masa cerebral.

Sobre todas esas voces, una conocida se sobrepone.

Es Lidia.

—Ahora te sigue un pueblo. Porque tú has decidido seguirme a mí.

Joanna siente que va a desmayarse. Si acaso eso es posible en el lugar, sea cual sea, en el que se halla.

Pero alguien viene a su rescate. Es Alan. Ha muerto. Y su voz, como un sueño bajo otro sueño, la intenta traer de vuelta.

—Se quema —dice—. Solo se quema.

Y la voz de Alan la hace regresar.

En medio del fuego, intenta devolverse. Intenta retornar a la zona de *camping*. A donde sus sobrinas. Pero la casona amarilla parece haberse esfumado de la faz de la tierra. La tierra se quema. Fuego. Fuego por doquier.

Oye disparos. Es Ingrid, en alguna parte del fuego, intercambiando disparos con algún adorador del diablo. Intenta concentrarse en los sonidos de las balas, pero no puede. Sabe, eso sí, que una bala se ha alojado en su hombro. Y se desangra. Y muere paulatinamente.

Una figura humana aparece entre los pinos. Es su madre, con la misma expresión sombría que llevaba encima en los meses que precedieron su suicidio.

Y parece manifestar las palpitaciones del terror mismo. ¿Qué es el terror? Ella. Una pieza de deprimentes expresiones desplazándose como un artefacto embrujado de una tierra desconocida; cayendo en las manos de una inocente criatura que, sin saber, ha invocado el lado más oscuro de cientos de demonios introspectivos que, en las sombras de la soledad, y exhortados por la noche, le susurran malas decisiones.

Sola, completamente sola. Envuelta en llamas, pero sin quemarse. No del todo. Mamá se extingue con gradual calma. El fuego quema, pero no derrite. No hace desaparecer la carne. Como una bala que no hace desaparecer la vida. Y en el ángulo posterior a una mala decisión, y sin vuelta atrás, ella es desgarrada por el silente eco de los demonios que ha invocado.

—Se quema —le dice a Joanna—. Se quema, hija. El terror se quema.

—Te amo, mamá.

—Pero se defenderá —dice ella, sin inmutarse por semejante declaración de amor—. El bosque se defenderá.

Y lo hace. Las alucinaciones acaban. Se extinguen y se convierten en brasas. Las cenizas rojas, sobre el suelo, se remueven. Algo quiere salir de allí. Parece ser una voz. La voz de la maldición, escapando de la naturaleza humana y dirigiéndose bajo tierra. Hacia el vientre hinchado en odio del diablo.

Es el momento de las brujas, cree escuchar, y una profunda sensación de desconsuelo se aferra a ella. Por un instante. Solo por un instante. Luego desaparece para siempre.

Pero deja un rastro. Un eco fatigoso, como un eructo de la tierra misma. Y Joanna siente el embate de los últimos resuellos de la bestia. Son el espíritu de maldiciones alojándose en su útero y, desde allí, lanzando calambres hacia su cerebro.

Siente un retorcijón. Dolor en la entrepierna que no tarda en ascender al útero. Cae de rodillas sobre la tierra calcinante. Y una intrépida palpitación acelera del otro lado de su abdomen. De su vientre. Reverberaciones de un verde fluorescente y nauseabundo crecen allí, al igual que ácido deslizándose por su pared uterina.

Nada crece allí. Solo la amorfa sustancia que ha quedado deambulando en el aire. La maldición ya no tiene fuerza y el embrión que crece en su vientre no le produce mayor daño que ciertas lagunas de ardor. Ecos de dolor. Como fragmentos rotos de un pergamino en donde, antaño, se leyese el hechizo que estimulaba a un imperio entero a escurrirse bajo la luna maldita y las malas decisiones que irradiaba.

El imperio, o viejo reino de añosos delirios, muere por fin.

El pergamino de sus malas letras se quema. Y no hace mayor daño.

Sin embargo, Joanna, a pesar de aliviar el espanto físico, concluye con ímpetu, un final que ya conocía. Pero que se refuerza. Abortará. Claro que lo hará. A pesar de que ese niño ya no pueda apretarle las entrañas.

Pero le apretará la vida. Y no quiere. Dios y todo el puto bosque donde muere el diablo saben que no quiere. No quiere ser madre. Le resulta una experiencia apocalíptica.

Y se pone de pie.

Siente un extraño optimismo. Nota que los pinos comienzan a caer al piso. Nota que un viento tibio le acaricia el rostro. Un viento tibio y anaranjado, como la columna tranquila de un sueño de nostalgia. En medio yacen miles de madres zupatecas, y otras más contemporáneas, dedicándole una culminante ráfaga de agradecimiento.

La maldición del bosque se defendía.

Pero, entremedio de su enredo oscuro, mujeres petrificadas bajo las colinas, y muriendo junto a sus hijos, por fin se deshacen de la maldición que las tenía atadas. Y por fin pueden descansar en paz.

—Se quema —vuelve a decirle la voz de Alan—. Solo se quema.

Y se aleja. Puede mover las piernas. Llega tosiendo hasta el claro. No es necesario mirar hacia atrás. Del otro lado de la zona de *camping*, también hay fuego. Alan lo ha conseguido. Ha hecho incendiar la forestal. Y el fuego se propaga con una velocidad maravillosa.

Un humo negro profundo asciende al cielo. Bajo él, una calcinante y peligrosa atmósfera rojiza calienta el aire y le dice que debe apresurarse en salir de ese lugar.

Lo hace. Después de todo, Alan y su voz mortal tienen razón: se quema. Adoración se quema.

62

Ingrid ha logrado sobreponerse. El adorador ha muerto. No ha sido fácil. Una bala le hace sangrar su muslo izquierdo. Pero Ingrid parece extasiada. No parece importarle nada, solo el fantástico espectáculo de fuego que se yergue a su alrededor.

Joanna le da las gracias. Juntas, y precedidas por Loreto, llegan a la casona amarilla. Las gemelas corren hacia su tía, intactas. Al rato, y apremiadas por escapar del aire quieto y rojo que las hace toser, se posicionan frente al granero.

Abren la puerta. Florencia, con sus normales cualidades, aunque completamente aturdida, se queda pasmada. En su estado de parálisis postembujo, estira sus labios. Parece querer sonreír. Finalmente lo hace. En su sonrisa no hay nada anómalo. Se esconde, sin embargo, una verdad: ha terminado. Aquello ha terminado al fin.

El grupo se marcha. Cogen dos autos y atraviesan la autopista con rumbo al norte. A alguna parte del país alejada del caos y del rojo que arde a su alrededor. Sobre ellas, y cubriendo todo el cielo, una inmensa nube de humo negro se propaga en todas direcciones.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

Febrero de 2022

Joanna camina lentamente por la costanera de una playa de alguna ciudad del norte. Se detiene tras un banco. Se sienta sobre él. Abre una lata de cerveza. Bebe un trago largo y con los ojos cerrados. Como debe ser. El oleaje sereno, más allá de las rocas, brilla bajo un fuerte sol, y amaina todas sus emociones.

Un grupo de jóvenes cadetes de la Marina trota sobre el cemento y pasan detrás de ella. Luego pasa una pareja de enamorados junto a un perro. Les da la espalda, pero ve las sombras proyectarse en las rocas. Finalmente pasa un grupo de niños, de la mano de un grupo de madres.

Complacida, acaba la lata y se aleja de ahí. Se mueve despacio. El atardecer es tibio y placentero. Su celular suena.

—Señorita Joanna, soy Anastasia Rebolledo, directora del Colegio Frontera. Habló conmigo en la mañana. Quería saber si podía presentarse al establecimiento el día lunes a las ocho de la mañana.

—Claro que sí —responde emocionada—. Creí que no lo había hecho bien.

Un ligero aspaviento de cordialidad del otro lado. Algo así como una sonrisa nerviosa.

—Lo hizo mejor que muchos.

—¿El trabajo es mío? —se atreve a preguntar.

—Sin duda. El lunes haremos el papeleo. Intente llegar unos minutos antes. Estará Víctor, de la unidad pedagógica. Le agrada que sus docentes lleguen temprano.

—Lo haré.

—Bien. Las clases comienzan en marzo. Pero su trabajo comenzará desde la semana entrante. Hay muchas cosas que preparar. Aproveche de descansar este fin de semana, señorita Joanna.

—Lo haré.

Se da cuenta de que ha dicho esa frase diminuta dos veces.

Debe ser más amable.

—Y gracias por confiar en mí. No la defraudaré. Usted igual descanse.

Corta la llamada con un intento de sonrisa en el rostro. Llega al final de la costa, antes de que las rocas se transformen en arena y el paisaje se

convierta en una cálida playa. Joanna toma una empinada avenida que, hacia la derecha, lleva a su casa.

Las paredes blancas están humedecidas. Sabe que seguir allí le hará cargarse un horrible resfriado. Hace una mueca de fastidio. Se deja caer sobre un sofá color mostaza. Mira el interior. No es para nada acogedor. Extraña su departamento en el sur. Extraña muchas cosas. Se lamenta. No mucho. Toma su celular y marca un número.

Va hasta la sala y vuelve a caer sobre el sofá color mostaza. Una usual sensación de desamparo se sienta a su lado. O sobre ella. Le aprieta el cuello hasta asfixiarla. Y el vacío es insoportable. Quiere llorar, pero no lo hace. Mira al exterior. Ya es de noche.

Al día siguiente, en la mañana, recibe la visita de Florencia y sus sobrinas.

—Tía Jo —dice Camila—. ¿Tiene avispas en la cabeza?

—Es domingo —dice—. Los domingos no hay avispas.

La niña y Elizabeth se sientan a su lado. La abrazan. Se siente bien. Florencia, en cambio, se queda mirando el departamento.

—Este lugar es un avispero —apunta.

Se queda mirando a su hermana con una sonrisa.

—Vamos a la playa —sugiere—. Es una bonita mañana para caminar.

—Lo es —concede.

Una hora después, sus sobrinas humedecen sus pies a la orilla del mar. Florencia y ella se han sentado sobre la arena. Beben jugo de piña y comen pan con mermelada de frutilla.

—Todo un día de campo —señala Joanna.

—De playa —corrige Florencia.

—Conseguí trabajo en el Colegio Frontera.

—Te felicito. Es una buena oportunidad de volver a empezar. Es... ¿no pareces feliz?

—¿Crees que sepan?

—No tienen cómo saberlo.

—En algún momento sabrán que trabajé en la escuela técnica, en el sur. Sabrán lo que les pasó a mis alumnas. No creo que siga trabajando después de eso.

—Descuida, Joanna. No va a pasar. Y si llega a pasar, tú no tienes la culpa.

—No se trata de culpa. Se trata de locura. Creerán que estoy loca. Que he quedado chalada después de toda esa mierda.

—No estás loca —dice Florencia con cariño—. Ninguna lo estamos. Ambas sabemos que fue real.

Florencia saca su celular y busca algo. Se lo muestra a Joanna. Es la portada de un periódico *online*. Luego vienen más.

“A DOS MESES DEL DESPERFECTO EN EL SUR”.

“GRAN INCENDIO FORESTAL EN ADORACIÓN”.

“UN ENORME NÚMERO DE NIÑOS MUERTOS DEJA COMO SALDO PSICOSIS COLECTIVA EN EL SUR DEL PAÍS”.

“GOBIERNO Y MINISTERIO DE CIENCIAS SE UNEN PARA ESTUDIAR EL FENÓMENO QUE ACABÓ CON VARIOS NIÑOS MUERTOS EN EL SUR”.

“GENERAL DEL EJÉRCITO Y CONTROL DE ENFERMEDADES NO DESCARTAN ATAQUE BIOLÓGICO”.

“¿QUÉ FUE LO QUE SUCEDIÓ EN EL SUR? EXPERTOS ANALIZAN LA TRAGEDIA”.

“ADORACIÓN: ¿ES UN PUEBLO MALDITO?”.

“¿QUÉ HAY DETRÁS DE LAS MADRES ASESINAS?”.

—Basta —chista Joanna—. Deja eso.

—No estamos locas, ¿vale? —Florencia guarda el celular—. Ya sé que lo hemos hablado, Jo. Pero, si se te ha olvidado, lo afrontaremos juntas.

Las gemelas caminan hacia ellas. Se sientan en frente. Elizabeth come un pan, mientras entierra los dedos de sus pies en la arena. Camila bebe jugo.

—¿Iremos a México? —pregunta Camila.

—Dentro de una década —bromea Florencia.

—¿Cuánto es una década?

—Diez años —le responde Elizabeth.

—Es mucho tiempo —se queja su hermana.

—Tal vez iremos el otro verano —propone Florencia—. Un año pasará volando. Ya lo verán.

—¿Para qué México? —Joanna mira a Camila con diversión—. Acá tienes una playa para ti sola.

—Quería ver al perro. ¿Lo recuerda?

—¿A Toby? Claro que sí.

—Quizá nos extraña.

—Lo dudo. De seguro ya les mueve el rabo a otras niñas allá.

Joanna sonríe. Toma un poco de arena y la lanza a las piernas de su sobrina.

La chica responde con un poquito de arena sobre las manos de su tía. Luego comienza a reír.

—Tía Jo, vamos al agua.

—Más tarde.

—Vamos, mami, dile a mi tía que venga.

—Sí, tía —agrega Elizabeth—. No nos vemos hace una semana. Vamos a meternos al agua.

—No tengo traje de baño —explica.

—Solo serán los pies —dice Florencia.

—Está bien, pero, en ese caso —Joanna invita a Florencia a acompañarla—, tú también vienes.

—Dalo por hecho, hermanita.

Y se hunden en la orilla de la playa. Tanto, que deben arremangar sus pantalones. El agua igual les llega hasta la cintura. No importa. El sol matutino se cierne sobre ellas con la dulce calidez de los últimos días de verano.

Diciembre de 2022

Revisa los exámenes finales. Todos sus alumnos han aprobado matemáticas. Y todos sus alumnos han aprobado sus cursos. Firma el libro escolar y le da unos golpecitos al lápiz. Le da el último sorbo al café. Se pone de pie y va hasta su abrigo.

—¿Vamos?

—Vamos —responde Jimena, su colega de artes.

Salen del Colegio Frontera y caminan tranquilamente bajo la lluvia de los últimos días de primavera. Una lluvia suave que golpea los paraguas de ambas con sosiego.

—Se avecina un verano lluvioso, según los estudios de meteorología. —Jimena hace una mueca de enfado—. Es el cambio climático.

—Estamos condenados —dice Joanna con sarcasmo—. Tal vez venga acompañado de huracanes y tormentas.

—¿Un nuevo virus respiratorio? O, ¿por qué no?, una maldición como la del año pasado. “El desperfecto”, como le han llamado. —Jimena hace una

expresión de terror. Luego suelta una risa—. ¿Por qué no un apocalipsis zombi?

—Creo que estamos yendo demasiado lejos —se anima a decir Joanna—. Es solo mal clima.

Ingresan a una cafetería del centro. Un lugar acogedor, con olor a delicado incienso de lavanda. Una sofisticada mujer las recibe con una amistosa sonrisa.

Se sientan al fondo, al lado de una pareja de jovencitos enamorados que comparten un pastel de chocolate.

—A propósito —dice Jimena—. ¿Sabías que el profesor de historia hará un libro sobre el desperfecto en el sur?

—¿Un libro?

—Sí. Eso me ha dicho. Un libro de terror.

—No sabía que ese tipo escribía libros de terror.

—Lo hace. Me parece interesante. —Jimena ve con entusiasmo cómo la señora del recibidor les trae una bandeja con dos capuchinos humeantes al interior de elegantes tazas de cristal. Sopla. Mira el líquido titubeante. Le da el primer sorbo. Se dibuja una sonrisa en los labios. Alza los ojos hacia Joanna—. ¿Crees que sea guapo?

—¿El profesor de historia? —pregunta Joanna—. No. Pero es inteligente. Y un buen tipo.

Le da una calada al café. Mientras lo hace, en el exterior comienza a granizar. Eso aumenta su placer.

—¿Qué harás en verano? —pregunta Jimena.

—Mi hermana me ha invitado a México un par de semanas. El resto del verano, pretendo relajarme. Ya sabes, escuchar música, ir a la playa y conocer chicos. La vida es corta.

—Eso es cierto.

—¿Y tú a dónde irás?

—No lo sé. Pensaba ir junto a mi novio a conocer Sudamérica. El arte andino me fascina y...

Y Jimena se explaya con emoción sobre el arte andino. Joanna disfruta oírla. No hay nada mejor que oír a alguien hablar sobre lo que le gusta. A ella en particular no le agrada el arte andino. No le agrada el arte. Pero le agrada su nueva amiga.

Al rato Jimena se va. Joanna decide quedarse un momento más dentro de la cafetería. A eso de las siete de la tarde, solo ella y un oficinista pegado en su computadora quedan al interior del lugar.

Joanna pide un nuevo café. Comparte un vago comentario con la dueña sobre el clima lluvioso. Luego, sola, se concentra en el exterior. Un hombre con impermeable amarillo transita por la acera y se detiene en un paradero a la espera de un taxi. Se quita la capucha y la lluvia adherida a su rostro. Le parece un rostro conocido. Un amable rostro conocido. Pero no es más que su imaginación. No es más que otro rostro amable deambulando por ahí.

Le recuerda a Alan. Siente una vaga angustia. Su angustia aumenta cuando recuerda al bebé. El pequeño Alan había sido entregado a sus abuelos maternos. No tiene idea dónde está, pero espera que esté bien. Y espera que Alan y Emilia, en algún lugar del cielo, también lo estén.

Lanza un suspiro que empaña el vidrio. Se hace tarde. Y el cielo nublado aumenta la oscuridad. Pero le gusta estar ahí. Desde la radio suena The Byrds con “*Turn! Turn! Turn!*”. La canción la llena de una profunda calma.

*To everything
turn, turn, turn
There is a season
turn, turn, turn...*

Y Joanna sabe que es verdad.

*Todas las cosas
cambian, cambian, cambian
Tienen un tiempo y
cambian, cambian, cambian...*

Descubre que ama la canción. Llegará a casa a escucharla en YouTube. Su expectativa le hace sonreír.

Le da una larga calada al capuchino. Deja de granizar. El hombre de impermeable ha desaparecido. Cierra los ojos un momento. Piensa en mamá. Decide que irá, tarde o temprano, al sur. Volverá. Y le dirá que ha aceptado su muerte. También que abortó y que no está interesada en ser madre. Después de lo vivido en el sur, la idea ha madurado en su cabeza: ser madre es algo apocalíptico. Le contará también que la vida se ha vuelto difícil, muy difícil, pero que siempre sabe cómo sobreponerse.

Dibuja una carita sonriente en el vidrio empañado.



La carita comienza a difuminarse. A volverse borrosa. Gotas de lluvia caen sobre ella como lágrimas. Del otro lado del cristal empañado, Joanna ve a Florencia convertida en una mujer borracha y deprimida. Golpea a sus gemelas.

Es solo mi imaginación, dice Joanna, y deja de mirar. Pone los ojos sobre las paredes blancas de la cafetería. Blancas, piensa, cómo odia ese color. Le recuerda a los manicomios. Por un momento cree estar en uno.

Vuelve a mirar por la ventana. Se concentra en el paisaje exterior. Deja llevar su imaginación y se olvida de todo lo demás.

FIN

OceanofPDF.com